

247

DAD A  
CIÓN G

BIBLIOTECA  
DE RELIGION

I

INDIFFERENCIA  
EN MATERIA

BT33

L3

V. 1

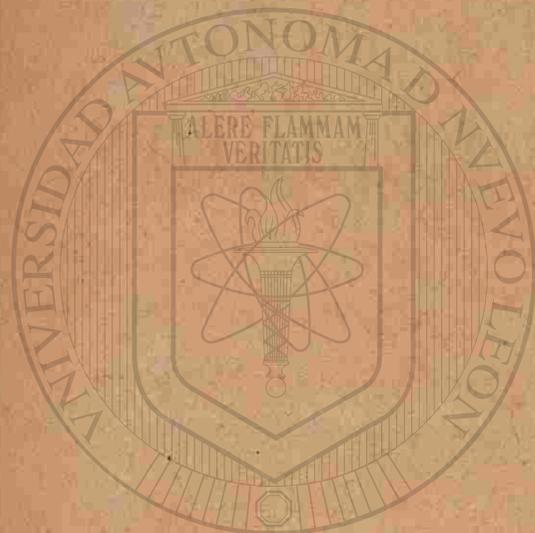
C. 1

210

E # 2 - G # 31

LIBRERIA ANGEL  
BERAVIDEZ

210



# BIBLIOTECA DE RELIGION,

ó SEA

COLECCION

**DE OBRAS CONTRA LA INCREDELIDAD  
Y ERRORES DE ESTOS ÚLTIMOS TIEMPOS.**

Comede volumen istud, et vadens loquere.  
EZECH. III, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
TOMO I.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# ENSAYO

SOBRE

## LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION,

POR EL ABATE DE LA MENNAIS.



*Inquisitum in profundum venerit... contemnit.*  
PROV. XVIII, 3.

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON  
TOMO PRIMERO.

110986



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARIS,

LIBRERIA DE A. BOURET Y MOREL,  
CALLE DE L'ÉPERON, 6.

1846

37502

IMPRESA DE BEAU,  
San German en Laye.

BT33  
L3  
v.1



1080047033



A LOS ILLMOS. Y RMOS.

SEÑORES ARZOBISPOS Y OBISPOS

DE ESPAÑA.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*La tendencia natural de un proyecto literario de Religión, es como á su centro á los primeros Pastores, á quienes el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios. Estos son los maestros de la sana doctrina, los jueces natos en las controversias, los órganos del Espíritu Santo en sus decisiones, y los conservadores del depósito de la fe. La Iglesia de España en todos tiempos ha podido justamente gloriarse*

a

del mérito relevante de sus Pastores : desde el primer Concilio general de Nicea; hasta el último de Trento; desde el primer nacional de Elvira hasta los de estos últimos tiempos en Lima y Méjico, ha brillado la sabiduría y piedad de los Obispos españoles : los Osios, Leandros, Fulgencios, Isidoros, Braulios, Ildesonsos, Julianes, Eugenio, Toribios en los concilios de Toledo, Sevilla, Braga, Tarragona y Zaragoza, forman época en los fastos de la Iglesia, y el número catálogo de los sabios y zelosos Prelados del siglo XVI es el mejor ornamento de la España, y honor de la Iglesia católica. El Obispado español jamás se ha desmentido : las revoluciones mismas de estos últimos siglos conservan en sus archivos los nombres de sus mayores enemigos en los Prelados de España : la posteridad misma se admirará de su sabiduría y de su fortaleza apostólica, y no podrá menos de tributar los mas justos homenajes al mérito extraordinario que arrojan de sí los documentos justificativos que comprende la Coleccion eclesiástica española, monumento eterno de honor, y de gloria para la presente y venideras generaciones.

Bajo la garantía de esta verdad colocada á una inmensa distancia de la adulacion, y de la misma maledicencia, ofrecemos á VV. Illmas nuestro pequeño trabajo en la formacion de la Biblioteca de Religion que presentamos al pueblo español; y si el proyecto ha sido de la aprobacion de VV. Illmas, esperamos que su desempeño logrará igual suerte, y es lo único á que aspiran los editores, prometiéndose

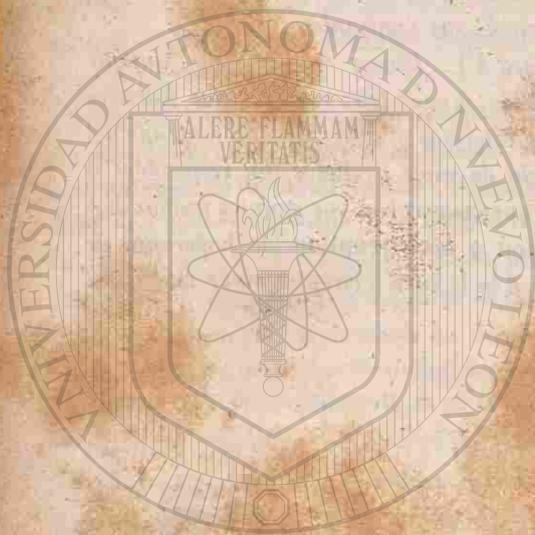
por este medio cooperar del modo posible al desempeño del cargo pastoral con el desengaño de los seducidos por los impios, y lectura de malos libros, con un preservativo para los débiles, y con una obra que comunicando nuevas luces á los sabios, las emplearán en beneficio de sus semejantes.

Reciban pues VV. Illmas este segundo, aunque pequeño obsequio, á cuyo feliz resultado los Editores sacrifican sus intereses y su reposo, no dudando del acreditado zelo de unos Prelados tan respetables á todas luces, que cooperarán por cuantos medios dictan la Religion y las circunstancias imperiosas de nuestro siglo á la lectura y circulacion de esta obra.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES,

B. I. M. de VV. Illmas. con el debido respeto sus mas  
atentos y obedientes Capellanes

Basilio Antonio Carrasco      F. Juan Antonio Diaz  
Hernando.                              Merino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## DISCURSO PRELIMINAR.

Negar el influjo de la Religión en la sólida y verdadera prosperidad de las Naciones, es contradecir su misma conciencia, el testimonio de los hombres mas sabios, y el consentimiento universal de todos los pueblos: la Religión ha sido y será siempre el norte fijo de las sociedades morigeradas, y el verdadero barómetro de su grandeza y elevacion. Los Atenienses, los Griegos y los Romanos, las mismas naciones bárbaras en el mas alto grado de su prepotencia, como en el último de su declinacion, nos presentan la fuerza moral de la Religión. Asi es que ni ha existido, ni menos existirá sociedad ni pueblo sin Religión: todos los esfuerzos de los ateos en esta parte han sido infructuosos, y los mismos observadores oculares de los pueblos incultos y menos civilizados han sido testigos, y no pocas veces a pesar suyo, de los indelebles vestigios de una verdad proclamada desde el principio del mundo, sellada por una no interrumpida confesion de todas las naciones, grabada en el corazon de todo hombre por la mano sabia del Hacedor, y conservada, aunque bajo de diversas y a veces monstruosas formas, en medio de innumerables revoluciones de los imperios, y en la dilatada serie de mas de seis mil años: *El Hombre es naturalmente Religioso*: la Religión nació con él, le acompañó en su cuna, dirigió sus pasos en la juventud, y no le abandonó en la ancianidad.

El hombre sin religion nada cree; sin fe no hay

esperanza, y hombre sin fe ni esperanza para lo porvenir es un autómató, es una quimera. Si existiesen pueblos de esta naturaleza inconcebible, sus habitantes serian en esta hipótesi hombres sin principio vital del conocimiento, sin objeto y sin fin que moviese y determinase sus acciones; y por una consecuencia natural estos hombres-fenómenos serian por su misma naturaleza insociables é irreligiosos por falta de resortes, de vínculos, de relaciones; hombres sin duda vaciados en el molde intelectual de Rousseau: hasta este exceso de degradacion ha llegado la filosofía de nuestro siglo, ó para hablar con mas propiedad, unos hombres nacidos para oprobio de la humanidad. La idea de la Religion, si no nace con los hombres, es de aquellas que se hallan al alcance de su luz intelectual, como dimanada del conocimiento del Ser Supremo que ilumina á todos los hombres, grabando en sus almas su imagen y semejanza, los principios y los medios para conocerle y adorarle.

Todo cuanto hay de mas grande, de mas admirable en el cielo y en la tierra, todo conspira en favor de esta idea tan propia del hombre, como digna de su Hacedor; y aun cuando esta prodigiosa nube de testigos mudos, pero elocuentes é irrecusables, no nos demostrasen una verdad de tanta trascendencia para la sociedad, la voz del mismo Dios se ha dejado oír en todos los angulos de la tierra, y sus testimonios se han hecho creibles de un modo admirable: *Dios ha hablado á los hombres*; y esta voz de una virtud omnipotente, escrita por el dedo de Dios, divulgada en todas las naciones, transmitida de siglo en siglo, de generacion en generacion, es la que disipa las tinieblas del error, y nos descubre el lleno de las relaciones esenciales, la íntima union de la Religion con la Sociedad. *Dios ha hablado á los hombres*: este es un hecho tan innegable á los ojos de la razon, como mareado en la opinion y creencia de todos los pue-

blos, figurado en sus ritos, ceremonias y sacrificios: *hecho* sellado por Moisés en su Pentateuco, primer monumento de la antigüedad en esta clase, conservado con mas especialidad por el pueblo judío en su culto, en su fe, en sus misterios, y en los prodigios obrados por su mano omnipotente: *Dios ha hablado á los hombres por medio de su Unigénito Hijo*: otro *hecho*, si es posible, mas evidente que el primero, prefigurado y anunciado en aquel mismo libro divino, creído por los Patriarcas, señalado por los Profetas con los caracteres de la verdad, manifestado por el mismo Jesucristo con estupendos milagros, y con predicciones asombrosas cumplidas á la vista de sus enemigos: *hecho* autenticado por los Evangelistas, y sellado con su sangre; anunciado en todas las naciones por los Apóstoles, probado con toda clase de señales y prodigios, creído y atestiguado en todos los países del mundo, confesado en medio de los mas atroces tormentos por innumerables Mártires, consignado en los registros públicos del Imperio, en los escritos de sus sabios, y en los monumentos de sus ritos supersticiosos: *hecho* indudable por la misma conversion del mundo; milagro el mas asombroso, comprobado por la serie de diez y nueve siglos, y cuyas pruebas se hallan á la vista y alcance de todos.

Descorramos por un momento el velo de las naciones; registremos su historia, y á la primera página nos veremos obligados á cerrar los ojos por no poder sufrir tanto envilecimiento, tanta degradacion del hombre. La idolatria y la supersticion eran los primeros artículos de su simbolo religioso: una Venus obscena ocupaba para ellos el trono de la divinidad; Júpiter miraba con zelos á los ajos y los puerros: no habia cosa, por inmunda, por abominable, que no recibiese honores divinos: los Dioses llegaron á ser en mayor número que las familias; cada cual se formaba su idolo, y este el dios á quien adoraban. La

moral no desmentia el caracter de sus deidades : la barbarie, la crueldad, la ferocidad, la indecencia, la obscenidad en toda su extension, eran obsequios dignos de sus deidades : en sus aras se inmolaban la niñez y la ancianidad : la mentira, el hurto y la rapiña eran una parte de su moral : el amor conyugal, la piedad con los padres, la misericordia con los pobres, la caridad con los enfermos, la conmiseracion con los afligidos no entraban en los planes de la educacion moral, y aun la mayor parte de estas virtudes eran desconocidas del pueblo : el orgullo, el egoismo, el interés, la venganza, el perjurio, la infidelidad en los matrimonios, la ninguna fe en los contratos, la sensualidad y embriaguez en la mesa, la prostitucion sin pudor ni reserva, hallaban proteccion en el código de sus leyes.

A esta monstruosidad de costumbres séanos licito oponer en el siglo XIX y al frente de sus apologistas un breve paralelo de la moral del Evangelio, y presentar un diseño de la asombrosa mutacion que obró la Religion del Crucificado; aquella Religion divina, cuyos felices *anuncios* fueron la paz y tranquilidad de todas las naciones : sus *fundamentos* la verdad eterna, prometida desde el principio del mundo, anunciada y manifestada por el Supremo Legislador Jesucristo : los *medios* de su establecimiento y propagacion desde el Oriente al Occidente, y desde el Norte al Mediodia, al parecer los mas débiles, los mas improporcionados : doce Pescadores, hombres rústicos, ignorantes y timidos : sus *enemigos*, los Emperadores, los Filósofos, los sacerdotes, los pueblos todos en masa : las *armas* para la conquista del mundo, la mansedumbre, la paciencia, el sufrimiento de toda clase de trabajos, y el anuncio de una nueva Religion, formada de unos misterios incomprensibles á la razon, y de un gran número de preceptos en una total é inmediata oposicion con su creencia, con sus leyes, usos

y costumbres, y todo esto propuesto bajo la garantia de su palabra, y de haber sido testigos oculares de unos acontecimientos en un todo extraordinarios y acaecidos en un rincón de la Judea. ¿Seria creible que los Reyes, los Sacerdotes, los sabios, y los pueblos mas feroces, nacidos y educados en la idolatria, en toda clase de supersticion, familiarizados con los vicios mas groseros, con las pasiones mas vergonzosas, con el goce de los deseos mas criminales, de los placeres y deleites mas sensuales, á solo este anuncio abjurasen la Religion de sus padres, sus leyes, usos, costumbres, tan análogas á su felicidad temporal? La muerte cruel de los Apóstoles es la prueba perentoria y decisiva de la resistencia de los pueblos á una Religion tan austera y penitente como la del Crucificado; pero no lo es menos del fruto copiosísimo que produjo la semilla de la divina palabra, anunciada por ellos, confirmada con los mas estupendos milagros, sostenida con una invencible fortaleza, regada y sellada con su sangre : el dedo de un Dios Omnipotente marcaba esta empresa toda divina, disipaba las tinieblas, movia los corazones, comunicaba sus dones y gracias extraordinarias, y aquel pequenuelo rebaño de escogidos en poco tiempo, se multiplicó con una rapidez incalculable.

Con este *hecho*, que no han podido negar los incrédulos de nuestro siglo, esforzaba esta prueba de la divinidad de la Religion cristiana uno de sus primeros apologistas, reproduciendo lo que sus mismos enemigos sabian y veian, *que no existia reino, provincia, ciudad, villa ni aldea en donde no hubiese un gran número de Cristianos*: la misma capital del mundo pagano vino á ser en breve tiempo la capital del mundo cristiano, el alcázar de la Religion, y la silla de un pobre Pescador : el trono Pontificio sucedió al de los Césares, y su constante y no interrumpido

vida sucesion es un triunfo visible de la misma Religion.

El mundo idólatra se hizo cristiano: es verdad, dicen los incrédulos de nuestros dias; pero este mismo suceso, al parecer tan maravilloso, señala la época de la decadencia de los imperios, y de la infelicidad de los pueblos. La Religion Católica es incompatible con la felicidad de las naciones, dijo Maquiabelo, y repitió Juan Jacobo: no dijeron menos Celso y el Apóstata coronado, y la experiencia de muchos siglos los ha desmentido. No debemos ensangrentar la pluma contra unos visionarios que han muerto en los brazos de la incredulidad, y colocados en el panteon de la infamia conservan entre los hombres de bien una fama póstuma digna de sus servicios sociales y religiosos; pero si debemos, siguiendo el hilo del establecimiento de la Religion, y conversion del mundo á la fe del Crucificado, insinuar las mejoras, el sublime estado de perfeccion á que elevó á las naciones esta institucion verdaderamente divina en su culto, en sus leyes, en la moral, en sus instituciones, en sus gobiernos, en sus usos y costumbres. Con su influjo todo orden de cosas recibe una nueva perfeccion, el hombre recobra su dignidad, y las naciones sus legitimos derechos.

*Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César*, pronunció el Soberano Legislador Jesucristo, y en esta breve sentencia descubrió de un modo el mas enérgico y el mas expresivo el enlace esencial de los deberes sociales y religiosos, y sobre ellos trazó el plan admirable de su Religion, y la felicidad de las naciones. El eco del Evangelio, de la nueva Ley, de la Religion Cristiana, se hace sentir en todos los ángulos de la tierra: y á proporcion que los pueblos conocen las ventajas que les proporciona una Religion pura, y sin mezcla de las supersticiones

paganas, las ideas groseras se transforman en sublimes, se reconoce la verdadera dignidad del hombre, se contempla en él con admiracion la imagen y semejanza de la divinidad, admiran con entusiasmo el orden maravilloso de la creacion, conocen la causa de los extravíos de la razon en el pecado del primer hombre, la necesidad de un Redentor, de un Legislador, de un Maestro Dios, que ilumine sus tinieblas, disipe sus errores, enseñe los caminos de la salud, y por los medios incomprensibles de su sabiduria infinita renueve la faz de la tierra abandonada al error, á la supersticion, á la idolatria.

El culto del verdadero Dios se establece con toda majestad sobre las ruinas de la mas grosera idolatria: cesan los sacrificios inmundos, se ofrece la victima pura en las aras del Dios vivo: el incienso de los corazones renovado por la penitencia sube hasta el trono del Omnipotente; la Religion cubre con su manto á los nuevos hijos, y recibe el homenaje de su fe y de su obediencia: se respetan sus leyes, se observan con placer sus preceptos, y al turbulento impulso de las pasiones sucede la paz, la tranquilidad del corazon. Este nuevo orden de ideas divinas no podia menos de influir en la felicidad de las naciones, en su cultura, en su legislacion, y en todos los ramos capaces de contribuir á su prosperidad.

Asi es que desde luego se mejoran sus instituciones, las leyes se uniforman con los principios de la Religion, y de esta reciben la mas firme, la mas estable sancion: en su virtud desaparece la ferocidad y barbarie, y ocupan su debido lugar la humanidad, la compasion, la dulzura y la amistad: el vinculo matrimonial recibe el sello del amor legitimo, y su perpetuidad: cesa el bárbaro espectáculo de la exposicion de los hijos, la natural rivalidad en la poligamia, y la comunidad brutal de las mujeres: los padres entran en el goce de los derechos de la natura-

leza, la educacion moral en los planes de los legisladores, y el debido respeto al derecho de propiedad: la pobreza evangélica ocupa el trono que habia usurpado la avaricia, y la virginidad el de la mas vergonzosa y autorizada prostitucion: á influjo de la Religion las leyes suavizan las cadenas de la esclavitud, y estas victimas desgraciadas experimentan su proteccion: la pobreza pierde su deformidad, y la indigencia ve con placer asilos de misericordia: con la Religion la conciencia recobra sus derechos, y se hace respetar: con ella se afirman los Tronos, las leyes se observan por amor, y los mismos deberes sociales se enlazan con los religiosos por la mas intima union: podriamos decirlo todo en pocas palabras: al desorden sucede el orden, á la supersticion la verdadera Religion, á la inmoralidad autorizada las virtudes del Evangelio, y al egoismo sistemático las relaciones sociales con sus semejantes, con la sociedad, y por medio de la Religion con el verdadero Dios.

Solo el hombre poseido del frenesi de la incredulidad, podrá poner en duda la gran influencia de estas virtudes religiosas en la verdadera felicidad de las naciones: una paradoja de esta naturaleza no es, ni puede ser obra de la razon: los mismos impios al grabarla en el papel conocian que su corazon les engañaba. La conversion del mundo á la Religion, la mejora de sus instituciones, leyes, usos y costumbres, como su tendencia rápida á la felicidad, es un hecho incontrastable: en su favor concuerdan las historias profanas y religiosas, los monumentos de la antigüedad, la tradicion oral de padres á hijos: los mismos judios, y sobre todo sus mayores enemigos, obligados por la fuerza de la verdad, han sido sus apologistas, aunque involuntarios.

Esta prodigiosa mutacion que (á despecho de los impios de nuestro siglo) únicamente pudo ser obra de la diestra del Excelso, conmovió los fundamentos de

la supersticion, y la idolatria se puso en alarma contra una Religion que la obligaba á cederle el trono, y aun á desaparecer de la faz de la tierra: no hay género de ataque que no se emplee para impedir su propagacion: todas las baterias del error ruegan á un mismo tiempo: la opinion, reina del mundo, las ideas, las pasiones, los intereses, la autoridad, la vida, la muerte, sus dioses son otros tantos ejércitos en orden de batalla contra una institucion toda divina, toda paz, toda amor, toda beneficencia, toda felicidad, y que por unos medios incomprensibles á la sabiduria del mundo trastornaba el imperio del error, y la monarquía universal de la supersticion. El hombre desconoce su propia utilidad: arrastrado por las pasiones mas groseras, tan análogas, tan propias del hombre animal, como indignas de la razon, y envilecido por las preocupaciones de la educacion y del ejemplo general, á un mismo tiempo declara y hace la mas cruel guerra á la Religion y á su felicidad: el hombre se hace enemigo de sí mismo, y todos los tiros de su maledicencia contra la Religion del Crucificado son otras tantas heridas hechas á sus verdaderos intereses y á los de la sociedad.

Sin embargo, el carácter obstinado de la preocupacion, la violencia de la costumbre, la fuerza de la pasion y la cegüedad del entendimiento habituadas á deferir con placer al dictámen de los sentidos, juran no hacer jamás las paces con una nueva Religion, enemiga por principios de sus dioses, de sus leyes, usos y costumbres: los Emperadores, los Magistrados, los Poderosos, los Sacerdotes, los grandes y pequeños, todos se declaran soldados, ó mas bien verdugos de los Cristianos. Los Emperadores sellan sus edictos, se promulgan en todas las provincias y ciudades del imperio, se establecen tribunales, se forman circos y anfiteatros, se hace pesquisa de fieras, se inventan y premian nuevos géneros é instrumentos

para martirizar y quitar la vida á los Cristianos; y estas victimas inocentes, ó despedazadas por las fieras, ó fritas en aceite, ó tostadas en parrillas, eran un espectáculo de placer para aquellos bárbaros que únicamente se entristecian cuando las fieras se postraban y lamian con su lengua los piés de los Mártires, cuando el acero no podía cortar sus cervices ó el fuego no les quemaba. Solo una Religion toda divina pudo triunfar de diez y siete á veinte persecuciones generales, tan crueles, tan feroces, tan sanguinarias las últimas como las primeras: por espacio de casi trescientos años los Cristianos sufrieron estas pruebas de su fe en todo el ámbito del imperio, sin que en los siglos siguientes hayan cesado en la Persia, en el África, en la España y en otras naciones iguales ó mayores persecuciones. Este es uno de los caracteres mas expresivos de la divinidad de la Religion, colocada como su Divino Fundador *in signum cui contradicetur*, como una señal de contradiccion: en su cuna se regó, se alimentó y fortificó con la persecucion de sangre; en su juventud con la persecucion de los herejes, y en su edad varonil con la mas formidable de todas las persecuciones, con la seduccion de los incrédulos é impios. La bárbara crueldad de los Emperadores lejos de debilitarla, impidiendo su propagacion, la daba el mas brillante realce: la sangre de los Mártires era una fecunda semilla que producía un fruto centuplicado, como se explicaba Tertuliano. Este nuevo milagro de la incalculable rapidez con que de entre los arroyos de sangre y de los innumerables cadalsos se multiplicaban y reproducian los Cristianos, les obliga á mudar de rumbo, y cambiar de direccion: el odio á los Cristianos se aumenta, y los medios de ataque reciben un nuevo impulso de malignidad: á la violencia substituyen la persuasion, y á la fuerza el raciocinio. Esta nueva táctica, tanto mas peligrosa, quanto que ingeniosamente oculta el

blanco de sus operaciones, es la que constantemente se ha presentado en la palestra ya con ataques fingidos, ya disfrazados, ya por el frente, ya por los costados, ya minando sus fundamentos, ya debilitando las fuerzas con el proselitismo, ya en fin con todas las arterias de la maledicencia.

Los herejes de los primeros siglos adoptaron en parte este plan; pero erraban sus cálculos, atacando la Religion con unos sistemas abstractos que interesaban muy poco las pasiones del hombre: aun aquellos mas decantados enemigos del Crucificado *Celso* y *Juliano*, y que son reputados por precursores de los de nuestros siglos no habian descubierto los principios luminosos de estos: ignoraban en todo rigor la táctica anti-eristiana: les era desconocido el arte de minar por sus fundamentos la Religion: esta invencion, que considerada en todas sus partes es esencialmente diabólica, en nada se parece á las anteriores persecuciones: un descubrimiento de tanta trascendencia estaba reservado á los herejes y á los impios de los últimos siglos: los del XVIII perfeccionaron la obra, y la revolucion francesa, su hija primogénita, puso en movimiento todas sus arterias; pero ella misma, á despecho de sus autores, ha dado un nuevo y brillante testimonio de la verdad de la Religion cristiana, y de la soberana influencia que ejerce en la felicidad de las naciones.

Es verdad que un Mahoma en el Oriente privó al cristianismo de los primeros frutos de su cuna, y con la espada, con la persuasion, con los embustes y patrañas consiguió formar un imperio de idolatras, ó mas bien de bestias epicureas; pero el Occidente abortó por desgracia, y para oprobio de la humanidad, no sabremos decir si uno, si tres, entre innumerables que se han disputado la gloria de haber sido padres de un aborto sin semejante en los anales de la impiedad *Lutero, Rousseau, Voltaire*, hé aquí

tres fenómenos intelectuales, sin que podamos clasificar su especie ni designar el predicamento á que pertenecen : si la incredulidad los reconoce y aclama por sus héroes, nosotros creemos de nuestro deber colocarlos en otra esfera : no es posible persuadirnos que el hombre por sí solo pueda producir unos monstruos de esta naturaleza : tal fué sin duda el exceso incalculable de su inmoralidad, de la impiedad de sus ideas, de su rabia ferina contra la Religión, contra los tronos, contra la sociedad, contra el mismo hombre. *Lutero* encendió la tea de la independencia religiosa, *Rousseau* la aplicó á la política, y *Voltaire* las reunió en su pluma desoladora. *Lutero* de un solo golpe de su pluma trastornó el orden de Dios y de la naturaleza ; quitó la autoridad de donde Dios la habia puesto, la colocó en el espíritu, en el juicio privado, y así de cada uno de los hombres formó un jefe de la Religión y un monarca : de este modo preparó la ruina de la Religión y de los tronos.

No puede dudarse : de este mismo principio parten todas las líneas del pacto social de *Rousseau*, y á su sombra han avanzado *Voltaire* y todos los impíos al término fatal que hemos tocado con nuestros propios ojos en la Francia, y que ya habia contagiado otras no pocas naciones. La pluma de *Voltaire*, mojada en la hiel del odio á la Religión católica, ha sido mas funesta al Occidente que la espada de Mahoma en el Oriente : con ella ha podido este transformar el pais de la Religión en una media luna habitada de bárbaros sensuales, sin educación, sin ciencias ni artes, y abandonados á las patrañas de un visionario feroz, que aun despues de muerto se hace adorar en la Meca : mas la pluma de aquel impío, aborto del jacobinismo francés, ha sabido formar un nuevo imperio de incrédulos sistemáticos, tanto mas peligrosos, cuanto que para propagar la irreligion llaman en su auxilio todas las ciencias, las artes, las

gracias de la naturaleza, y hasta la misma Religión.

A estos monstruos, que han reunido todas las heces de la impiedad, deben sin disputa agregarse los corifeos de otra secta maquinadora por principios, que ha trazado el plan de trastornar la Religión ocultando su mano traidora, y aun anhelando á cubrirse con su mismo manto : los jansenistas, es un hecho incontestable, con una mano han atizado el fuego de las revoluciones, y con la otra preparaban la ruina de la Religión por medio de unas arterias, de unos amaños tan sagaces y tan pérfidos, como desconocidos hasta nuestros dias, pero que seguian el mismo rumbo y los mismos pasos que la revolucion de los imperios. Para separar el supremo honor y la suprema autoridad del jefe de la Iglesia, en quien la depositó su divino Fundador, formaban la apologia del obispado elevándolo sobre sí mismo, ó, para hablar con mas propiedad, desquiciándolo para destruirlo tan luego como hubiesen ejecutado otro igual ensayo con el clero inferior : adulando á este, le sublevaban contra el obispado : extendiendo los limites de este, deprian la soberana potestad de su cabeza ; y cuando, para no perder el concepto de católicos, se veian obligados á confesarla con las palabras, la negaban de hecho con un gran número de suposiciones, restricciones y apelaciones. Conmovido así el centro de la unidad católica, todo el edificio debia resentirse, y por este medio minaban la Iglesia y la Religión. De todo trastorno, de toda revolucion, de todo incidente político ó religioso procuraban nuevas ventajas á la secta : en todas han entrado su mano destructora ; no han omitido medio, por rastrero, por inmoral, por impío que fuese para alucinar, para seducir, para descatalogar el mundo : parecerian increíbles los conatos tan redoblados como impudentes de esta secta, y los daños casi irreparables que ha cau-

sado á la Religion, si la historia y la experiencia no estuviesen de acuerdo en su apoyo.

Sin embargo, si nos es permitido expresar nuestro dictamen en esta materia, la impiedad y el espíritu de la revolucion deben rendir parias al Filósofo de Ginebra : este ser incharacterizable reunió en un mal formado corazon toda la malignidad del hombre, ó para expresarlo de un modo mas analogo, toda la perversidad del demonio de la rebelion, que le sugirió el proyecto de sepultar al hombre en las ruinas de las sociedades y de la Religion. Este genio del mal halló la piedra filosofal de la independencia absoluta del hombre, descubrió el punto centrico de las pasiones sin freno, ó si le halló trazado por Lutero, poseyó el arte de desenrollar el misterio de la iniquidad, sublevando las pasiones de unos contra otros, de los hijos contra los padres, de los súbditos contra los Soberanos, y en su decantada fabula del *Pacto Social* estampó el germen de la irreligion, las semillas del destronamiento de los Reyes, formó y describió el circulo de las revoluciones, de las guerras civiles, y del trastorno universal así político como moral del mundo. No hay que ir mas lejos para ver el origen de tantas desgracias como han sufrido el Trono y el Altar en el último medio siglo; y no tememos avanzar nuestro cálculo asegurando que iguales ó mayores revoluciones experimentarán todos los países del mundo, do quiera den entrada al *Pacto Social* : las mismas murallas de la China se resienten á su vista, y la Religion en todos los angulos de la tierra teme sus funestas consecuencias. Un reflexivo conocimiento del hombre y de sus propensiones basta para convencerse de esta verdad, y esto mismo pudo servir de base á una invencion tan alhagüena como monstruosa.

El hombre es de todos los países : en la misma masa de su naturaleza lleva grabado el deseo de la

independencia : es fruto del pecado del primer hombre, esta la herencia de todos sus hijos, y por una consecuencia natural el flanco de todo hombre : así es que todo yugo de autoridad y dependencia se le hace insoportable. La Religion sola es la que le hace suave, y ella sola es poderosa para contenerle en los límites de la subordinacion debida á Dios y á los hombres : sin este freno el hombre siempre aspira á la independencia absoluta : *Non serviam*. Dios mismo con toda su omnipotencia no les es un justo título de subordinacion y dependencia. *Et quis est Omnipotens ut serviamus ei?* Tal es el abismo á que conducen los principios del *Pacto Social* : admitidos una vez, no es posible evitar sus consecuencias : le es incompatible toda modificacion : su tendencia esencial es á sacudir el yugo de la autoridad y de la Religion : aun cuando su mismo autor no hubiese hecho esta ingenua confesion, y aun cuando hubiese suprimido el capítulo que habla de la Religion, uno mismo habria sido el resultado : con una mano mina los fundamentos del Trono, y con la otra los del Altar : la independencia absoluta de toda autoridad, este es el *Dogma social* que se quiere persuadir al mundo, y cuyo ensayo hemos visto en la Francia : la irreligion preparó el camino á los revolucionarios : el estandarte de la impiedad tremolaba en las Sociedades patrióticas, en la Asamblea, en la Convencion, y en el Directorio : los mismos Franceses que han sobrevivido á aquel fanático entusiasmo de irreligion se admiran, y como quien dispierta de un profundo sueño recuerdan con asombro que fueron testigos del término fatal de este sistema diabólico : la pluma se cae de la mano al querer estampar un decreto original en los anales del mundo, *la proscripcion de todo culto* : se cumplieron los deseos de aquel monstruo (el frenético Dupont) que embriagado con las heces de la impiedad solo aspiraba á poder anunciar desde

la tribuna : *no hay Dios* : desde aquel dia, época memorable para la Francia y para todo pueblo religioso, la *Razon* en traje de prostituta es el Dios de los revolucionarios : en este acto de impiedad el hombre se aniquiló á si mismo : con él desaparecieron los templos, el culto, el sacrificio, la Religion, Dios; y hombre sin Dios es una verdadera quimera.

¡Tal es el aspecto formidable de esta persecucion sin semejante en los fastos de los tiranos! Sus autores y propagadores se regocijaban ya con la segura esperanza del triunfo : ya se daban el parabien de haber destronado la Religion y su autor; y al parecer morian contentos con la satisfaccion de haber emprendido y consumado una obra que no estuvo al alcance de los Emperadores ni sabios del mundo. Es indudable, ellos erraron el cálculo : su malicia los cegó para no ver, que errando en los principios es infalible el extraviarse en las consecuencias : por una como forzosa de su impiedad llegaron á persuadirse que la Religion era obra de los hombres, y que el mismo Dios subsistia únicamente por la opinion; y en esta hipótesis debemos confesar que el genio del mal y el espíritu de la revolucion poseian el talento de Lutero, de Voltaire, de Rousseau, Diderot, d'Alembert, Condorcet y sus asociados, y con su auxilio podrian haber mudado la opinion del mundo á pesar de su imperio exclusivo. Sus esfuerzos casi diabólicos han añadido esta irrecusable demostracion á las incontrastables pruebas de los apologistas de la Religion católica : Dios mismo se ha valido de sus mas encarnizados enemigos para que den testimonio á la verdad : *salutem ex inimicis*.

Nosotros convenimos con ellos en que este ataque al Trono y al Altar es el mas directo, por lo mismo que es el mas astuto y el mas alhagüeno á las grandes pasiones; pero al mismo tiempo deben confesar con nosotros que el lleno de su impiedad ha hecho ver al

hombre reflexivo, y ha cooperado contra su voluntad á corroborar mas y mas una verdad que es de todos los siglos, el origen divino, la firmeza, la estabilidad, la indestructibilidad de la Religion católica : sus fundamentos son la verdad eterna, la palabra de Dios; y antes desaparecerán el cielo y la tierra que la verdad de sus palabras y promesas. Murieron sus primeros perseguidores, el abismo recibió los tiranos manchados con la sangre de tantas victimas inocentes, y el sepulcro guarda las cenizas hediondas de unos hombres feroces, que fallecieron con el consuelo de haber puesto en ejecucion todos los medios que les sugeria su encarnizado odio á la Religion, y les proporcionaba su ilimitada autoridad, sin haber logrado mas triunfo que cooperar al esplendor de la misma con un numeroso catalogo de héroes. Sus muertes á todas luces desgraciadas, y adornadas de su bárbara crueldad y de una infamia póstuma, es lo único que nos ha conservado la historia.

Murieron aquellos monstruos con que de siglo en siglo castigaba Dios los desórdenes del mundo : murieron los jefes de un número sin número de herejias, y bajaron al sepulcro sin otro mérito ni otro premio que sus errores y apostasia : á nuestra misma vista han fallecido los corifeos de la irreligion, y hasta las mismas circunstancias de su muerte son un testimonio decisivo en favor de la Religion que odiaban con tanto encarnizamiento. Rousseau, cansado de una vida empleada en hacer la guerra á Dios y á los hombres, se quitó la vida de un pistoletazo : Voltaire, recordando la cadena interminable de sus crímenes, y queriendo, sin querer, reconciliarse con la Religion, á quien tan descaradamente habia ultrajado, y con Dios de quien tantas veces y tan á sangre fria habia blasfemado, murió en los brazos de la impiedad, envuelto en su misma hediondez : Condorcet pereció en la cárcel á impulsos de la desesperacion y el veneno :

de este mismo modo podriamos formar la apoteosis de los impios que les han sucedido; pero solo diremos que su epitafio se compone de los anatemas de la Iglesia, y de las imprecaciones de todo hombre religioso.

Sin embargo, la experiencia arranca de nosotros una confesion dolorosa: murieron cargados sin duda con la infamia de su impiedad; empero viven en sus obras tan alabadas de los iniciados en los misterios de la iniquidad, como odiadas de todo hombre sensato y reflexivo. El sarcasmo, las sales picantes, el ridiculo homicida, como le llamaba Voltaire, los coloridos de la elocuencia, el estilo alambicado, los sofismas artificiosos, pinturas obscenas, maximas de libertad é independencian, y todo presentado con los poderosos atractivos de las pasiones propias de grandes y pequeños, han conseguido formar un imperio de ateos, propagar sus ideas irreligiosas y antisociales en la mayor parte del mundo civilizado, y á su impulso los Tronos y el Altar amenazaban desplomarse simultaneamente. Un número incalculable de folletos, de libretes de faltriquera, de obras de todas clases y materias sembradas de impiedades, de bufonadas sacrilegas, de blasfemias las mas execrables, de chistes obscenos, de paralogismos ridiculos, pero envueltos en la mas refinada impiedad, han circulado por toda la Europa y América, y por una gran parte del Asia y Africa. A pesar de las leyes prohibitivas, de la vigilancia de los gobiernos, de los tribunales destinados á impedir su circulacion, se ha hecho una introduccion escandalosa de este género de contrabando: la sola sospecha de la prohibicion de uno de estos folletos, era causa bastante, y un título justo para triplicar su precio: y por la razón inversa, en los desgraciados dias de su libertad indefinida se vendian á precios cómodos, y á la vez se repartian como un obsequio: su lectura era un verdadero anzuelo para

los talentos superficiales, para los semisabios, que, careciendo de principios sólidos, se dejaban arrastrar de sus atavios, y contentándose con admirar el follaje, jamás analizaban sus pruebas. Estos han sido las tropas auxiliares y los destinados para el enganche: los jóvenes han sido, por desgracia de la generacion presente y futura, los mas fáciles de seducir: una juventud fogosa, en la mayor efervescencia de las pasiones, sin conocimiento ni experiencia de sus ardidés irreligiosos, impelida de los deseos de gloria, y demasiado blanda para resistir á los alhagos, y menos para hacerse superiores á los dictérios y apodos de sus iguales, han contagiado todas las clases y preparado al siglo XIX el complemento de sus desgracias.

No puede dudarse que algunos sabios se han alucinado, se han dejado seducir, y con sus escritos, con la viva voz y con su ejemplo se han declarado partidarios de la irreligion; mas esto no debe ser un motivo de admiracion para el hombre reflexivo: la irreligion y la impiedad tienen su origen en el corazon, y tantas cuantas son las pasiones viciosas, son otros tantos arroyos que entran en este mar proceloso: con sus alhagos triunfan de la voluntad, y con el humo de sus inagotables deseos obscurecen la razon, la hacen cambiar de ideas, y la *nada* del mal viene á ocupar el lugar del verdadero bien del hombre, la Religion. Por una como transformacion mágica, el entendimiento obra como pasion, y la pasion juzga como deberia hacerlo la razon; y para expresarlo con toda propiedad, la impiedad del corazon pasa á ser la Religion del entendimiento.

El resultado de este trastorno de ideas es bien conocido de todos: la Religion ha vencido una borrasca sin igual, ni aun semejante en los anales de la impiedad. Omitamos por ahora la historia de las variaciones religiosas de otras naciones: hombres sabios las han consignado á la posteridad como un

preservativo contra la irreligion para las generaciones venideras : nosotros debemos contraernos á nuestra España, á esta Nacion privilegiada entre todas las del mundo. ¡Ojalá hiciésemos justicia á esta verdad, á nuestra gloria y á nuestro propio interés! La naturaleza y la gracia se han disputado sus dones : tenaz y obstinada en romper los lazos de las supersticiones paganas, no ha sido menos inflexible en conservar el depósito de la verdadera Religion : en los tiempos de Recaredo se puso el sello á nuestra creencia, y los Españoles parece hemos heredado con la naturaleza la religion Católica. Doce siglos se han sucedido unos á otros, y la Religion Católica, Apostólica, Romana ha sido y es la Religion de todos los Españoles, con exclusion de toda otra; este eco ha resonado siempre entre nosotros : la dominacion Agarena asoló sus hermosas y fértiles campiñas, destruyó sus mas bellas y ricas poblaciones ; el terror, la ferocidad, la esclavitud, la espada, el fuego y la muerte pasaron como en triunfo por sus mas abundantes provincias ; puede decirse con verdad que todo desapareció de este hermoso suelo : solo la Religion y el valor han sido las riquezas que no pudieron robarnos : esta es nuestra herencia y el feliz origen de la emulacion extranjera : la España siempre ha sido la misma, jamás se ha desmentido. Por mas de setecientos años luchó dia y noche contra los enemigos de su Religion y de sus leyes : el corazón religioso de los Españoles solo pudo hallar descanso con la expulsion de los moros y judios : un Dios, una Religion y un Rey, hé aqui todo el carácter español : la paz, la riqueza, las artes, las ciencias coronaron sus triunfos, y el siglo XVI adornará eternamente sus sienes.

No es dable señalar otra causa de preferencia ; con solo formar un paralelo, ó mas bien un simple cotejo con otras naciones, veremos que la razon en perfecta armonia con los hechos, no reconoce otro origen que

la Religion verdadera y la autoridad legitima consolidada con sus bases. « Con el influjo de esta Religion » sublime, dice el sabio y reflexivo La Mennais, el » género humano caminaba al término de su perfeccion, cuando repentinamente aparecen de nuevo » en la sociedad las doctrinas del paganismo sobre el » Poder. El ensangrentado espectro de la Soberania » individual ó absoluta, invocado por la Reforma, » sale del sepulcro donde le habia desterrado el Cristianismo. Al momento el espíritu de independencia » subleva las pasiones contra la autoridad : guerras » atroces desolan toda la Europa, y la discordia con » su implacable encono penetra hasta el seno de las » familias. Lutero y sus discipulos justifican la rebelion, la autorizan, la promueven con sus escritos y » sermones sediciosos. Un no sé qué violento fermenta en lo interior de los corazones, y el fanatismo » de la libertad religiosa produce el fanatismo de la » politica. La Alemania, la Francia, los Países Bajos, » Inglaterra y Escocia, sirviendo de presa á los furorés de una multitud embriagada en doctrinas antisociales, se cubren de ruinas y nadan en su sangre. » Vacilan los tronos, y llegan á hundirse algunos. » El espíritu de independencia politica y religiosa se apodera de las naciones europeas : unas se vieron al borde del precipicio, otras naufragaron, y todas sin saber como se contagiaron : la España es una nave perfectamente carenada, que camina boyante por entre los terribles y peligrosos escollos de tantas herejias y de tan violentas revoluciones como la rodeaban : ella misma, sin otras armas que su Religion, es un testimonio incontestable de una verdad que deberia grabarse en el corazón de todos los hombres y en los umbrales de sus casas. La Religion salva las naciones. Asi es que el siglo XVI, tan fecundo de héroes de la Religion, como de sabios de primer orden en toda clase de literatura, artes y bellas letras para

la España, tan ominoso fué para otras naciones menos religiosas. Él fué la cuna de los primeros ensayos contra la Iglesia y su autoridad infalible : el taller donde se prepararon las armas contra la Religion, y el semillero de toda independencia de autoridad asi civil como religiosa : el siglo XVII vió con dolor, aunque con la mayor apatía, los rápidos progresos de la rebelion ; el XVIII la miró con placer sentada en el trono de la felicidad de las naciones, y el XIX nos ha hecho sentir toda la amargura, las heces mismas de sus envenenados principios. Casi por tres siglos la irreligion se ha mofado de la pureza de nuestra fe, de nuestra constancia religiosa : los corifeos de la impiedad nos insultaban á su salvo en los folletos ; y para darnos á beber con dulzura el espíritu revolucionario, nos imputaban dos siglos de atraso en la cultura y civilizacion, y lo que en realidad era una prueba evidente de nuestra religiosa y firme adhesion á la creencia de nuestros padres, se nos improporaba como una falta de ilustracion, y se nos hacia pasar en otras naciones ya contagiadas la plaza de hijos legitimos de los siglos bárbaros, adheridos á las ideas de una educacion fanática, supersticiosa y enemiga de las Luces. ¡Plugiésemos al cielo hubiésemos los Españoles permanecido en aquel dichoso *fanatismo*, en aquella feliz *supersticion*, y en aquellas luminosas *tinieblas!* no nos veriamos ahora obligados á llorar los extravios de tantos de nuestros compatriotas, ni comprometidos á reparar las ruinas de una Religion que moraba entre nosotros como en su verdadero y legitimo suelo : no habríamos tenido el imponderable sentimiento de ver atacada la Religion de nuestros padres por unos seres desnaturalizados é hijos espúreos de una tierra toda católica ; no habríamos tenido el desconuelo de ver, no sin admiracion, entronizada la impiedad, perseguidas con un odio encarnizado nuestras piadosas

costumbres, nuestras leyes religiosas, y minadas con un furor innominable los fundamentos indestructibles de nuestra siempre amada Religion Católica, Apostólica, Romana : hablamos á la faz de todos los Españoles, de aquellos mismos testigos de estas verdades amargas ; su testimonio es irrecusable, y en una hipótesi no esperada, los escritos y las prensas se hallan aun manchadas con esta tinta irreligiosa.

En sus escritos, es indudable, proclamaban la libertad, se gloriaban de Padres de la patria, de regeneradores benéficos, de protectores de la religion y enemigos del despotismo civil y religioso ; mas á linea seguida tiranizaban la libertad y la conciencia, minaban las leyes que habian por tantas veces salvado la patria, sacaban de quicio las instituciones benéficas de un gobierno dulce y religioso, comprobado por la serie no interrumpida de tantos siglos, autorizaban un doble despotismo, y quitando de una plumada el antemural de la Religion con el especioso título de *proteccion*, la dejaban á disposicion de sus enemigos. Prevalidos de estas arterias lograron seducir á una juventud incauta, propagar el veneno de la irreligion, descatolizar á no pocos, introducir la impiedad en todas las clases del Estado, y arrebatár á la Religion los frutos preciosos de tantos siglos. No hay motivos para exagerar : todos lo hemos visto, y la posteridad sensata se llenará de rubor al fijar su vista en el cuadro horroroso que presentan un número considerable de Españoles imbuidos en los tenebrosos misterios de la impiedad ; y aun cuando nuestro catolicismo ó nuestra delicadeza nacional tratase de sepultar en el olvido los extravios religiosos de nuestros compatriotas, sus mismos escritos hablarán por ellos, y lo que es aun mas sensible, la irreligion transmitida por herencia dará un testimonio siempre vivo de la inmoralidad de sus progenitores.

No es fácil llegar á persuadirse hasta qué punto ha

subido el encono contra la Religion : la generacion presente por su mismo honor trataria de desmentirnos si no tuviese á la vista tantos documentos incontestables del ateismo reducido á sistema, de la impiedad á principios, de la irreligion á reglas, y la misma obscenidad convertida en arte. La decencia, el pundonor, la conciencia misma no permiten formar el diccionario de las impiedades, blasfemias, herejias, burlas sacrilegas, sarcasmos escandalosos, calumnias altamente impias, suposiciones irreligiosas, y tantas otras abominaciones cuantas pudo sugerirles el Emulo de la divinidad. La creacion de cielos y tierra, el origen primordial de los hombres, su civilizacion y Religion, su primer crimen, la pena transcendental á todos sus descendientes, el diluvio universal, las promesas de Dios á los Patriarcas, sus visiones á los Profetas, la libertad del pueblo judío, el paso milagroso del mar Bermejo, la historia, los preceptos, la moral, las profecías, los libros canónicos del antiguo Testamento, todo se ha negado á la vez, todo se ha ridiculizado.

El Evangelio, tantas veces puesto en el crisol de la razon humana, y otras tantas victorioso de toda clase de enemigos, ha sufrido una contradiccion al parecer inconcebible por el hombre : los asombrosos misterios de un Dios hombre, su nacimiento de una Madre Virgen, sus leyes, sus preceptos, sus máximas, sus ejemplos, sus milagros, su muerte afrentosa de Cruz, y su Resurreccion, todo ha servido de juguete, de mofa y escarnio á la impiedad, á la filosofia de nuestros dias. La Ley evangélica, su propagacion prodigiosa, la conversion del mundo, que puede con razon llamarse el *Milagro permanente* de la Religion católica, la ruina de las supersticiones paganas, el establecimiento de la Iglesia, los Mártires, los milagros, Sacramentos, gerarquía, disciplina, todo ha caido bajo la guadaña destructora del ridiculo impio; y de la mas

insulsa, pero á todas luces la mas sacrilega critica. El hombre mismo ha sufrido, ha experimentado todo el lleno de degradacion : el hombre, imagen viva de su Hacedor, se ha visto asociado al número de las bestias : su alma se ha hecho mortal, sus esperanzas y su fin como el de aquellas; su voluntad la única ley : la bondad y honestidad de sus acciones la opinion de los hombres, y la diversidad de climas : su felicidad el placer y el deleite : su estado natural silvestre : su conservacion, propagacion y deberes en el mismo orden. Para complemento, para llenar las medidas de la impiedad, se hacia indispensable desquiciar la piedra angular del edificio : *pusieron su boca en el Cielo y dijeron : No hay Dios*. Tal es el catecismo abreviado de la incredulidad, y tales los artículos del Símbolo de los ateos.

Sin embargo, ¿quién lo creyera? muchos Españoles, degenerando de sus progenitores y del suelo católico en que habian nacido, han suscrito á las mayores extravagancias de la impiedad, y aun se han declarado sus decididos apologistas. En prueba de esta tan dolorosa verdad bastaria leer los folletos publicados en los años de nuestras desventuras, y formar un índice de los monstruosos abortos de la impiedad francesa en los años de sus extravios, *traducidos, glosados, adicionados*, aplaudidos y propagados por nuestros mismos compatriotas. Entre estos han circulado por todas partes el *Citador*, el *nuevo Citador*, las *Ruinas de Palmira*, la *Moral Universal*, muchos de los folletos vaciados en el molde del Barón de Holbach y socios en la impiedad, las obras de Voltaire, de Maquiavelo, Rousseau, Diderot y d'Alembert : entre los Españoles el *Diccionario crítico burlesco* de Gallardo, la *Triple Alianza* adoptada por Megia, los *folletos* de Bernabeu, los *Diálogos Argelinos* de Blanco, los *tres Enmascarados* contra el celibato eclesiástico, la *Inquisicion sin más-*

*cara*, las obras de Llorente, de Toreno, de Villanueva, de . . . un comercio escandaloso de estas impiedades ha circulado por todas nuestras provincias, ciudades, villas y aldeas : en todas las clases, en todos los estados y sexos han hecho sus conquistas, y adquirido un gran número de prosélitos ; y si es verdad que unas mismas causas en igualdad de circunstancias siempre producen los mismos efectos, no sería aventurar nuestro juicio, después de una experiencia tan deplorable, copiar el informe del Conde de Passeran, testigo nada sospechoso á los impíos, sobre el influjo de los principios irreligiosos en ciertas clases del Estado : sin embargo no tratamos de atraernos ni aun por medios indirectos la odiosidad, y si de presentar á la vista de todos los Españoles los males incalculables de los libros é ideas irreligiosas sembradas en nuestra España.

Esta ha sido la mas fatal desgracia, la mayor de todas las pérdidas para la católica, para la religiosa España. A pesar de esta gloria tan poco conocida de otras naciones, la España ha sufrido y ve con el mayor dolor el extravío de un gran número de sus hijos : una llaga de tan difícil curacion debe llenar de amargura á todo español. Sin Religion no hay vinculos, no hay union, no hay ni puede haber relaciones del hombre consigo mismo, con sus semejantes, con la sociedad, ni con el mismo Dios. Es pues de una absoluta necesidad retrogradar en las ideas, y volver al mismo punto en que nos desviamos del respeto, de la veneracion, del amor, de la práctica de las máximas religiosas heredadas de nuestros padres, si queremos recuperar el honor, la gloria, la paz, la abundancia, el verdadero carácter español.

La religion tiene un derecho de preferencia en los Españoles : genio, indole, carácter, propensiones, leyes, usos y costumbres todo respira un aire religioso : á su sombra hemos sido felices : con su brazo

fuerte nos ha salvado de los mismos escollos en que han naufragado otras Naciones católicas : cuando hemos militado bajo sus banderas, el triunfo y victoria nos han seguido por todos los ángulos de la tierra ; y por mas que los émulos de las glorias de España traten de obscurecerlas, jamas podrán aventurar su opinion, ni menos negar, que los Españoles han extendido el imperio de la Religion hasta el mismo punto donde han llevado sus conquistas, y es casi el circulo de la tierra ; y lo que en nuestro concepto es aun mas digno de consideracion, que esta firmeza religiosa de los Españoles ha sido una contrabarrera á la incredulidad de unas naciones, á la irreligion de otras, y acaso la salvacion de todas : el catolicismo de los Españoles (asi habla M. Clausel de Consergues después del naufragio religioso de la Francia) ha salvado del naufragio á la Francia, la Alemania, la Prusia, la Rusia y hasta la misma Inglaterra : los mismos Franceses, rivales eternos de nuestras glorias, obligados y como violentados de los hechos innegables de que han sido testigos oculares, nos han hecho justicia en esta ocasion ; é imitando nuestra conducta religiosa, han dado una leccion práctica á todas las Naciones, volviendo á religar el hilo de la Religion en el mismo punto en que una revolucion, á todo aspecto impia, lo habia cortado : sus mayores ingenios se han puesto al frente de la Religion, se han declarado sus mas decididos apologistas, y con su pluma han detenido, ó para expresarlo como es en sí, han obligado á retroceder el impetuoso torrente de la irreligion : la Francia misma, como asombrada de su letargo religioso, ha levantado su cabeza orgullosa, y mirando con horror los frutos de la impiedad, ha vuelto presurosa á la fe de sus padres, y descansa tranquila en los brazos de la Religion : los nombres de Chateaubriand, Bonald, Maistre, La Mennais, Prayssinous y otros resonarán en los siglos venideros

con el entusiasmo que justamente se han merecido sus obras en defensa de la Religion y de los tronos; y no dudamos asegurar que han demostrado hasta la evidencia dos verdades del mayor mérito, la *necesidad* de la Religion católica para la *felicidad* de las *naciones*, y que la *práctica de sus máximas* es el *verdadero barómetro* que señala el grado de felicidad de los Estados; y aun podríamos añadir otra digna del hombre reflexivo, que si bien aparece algun astro irregular en esta materia, es un verdadero fósforo que debe desaparecer con la misma velocidad que se ha formado.

La España, mas feliz en esta parte que otras naciones, no ha llegado al término fatal de sus desgracias. Nuestros Augustos Soberanos y una inmensa mayoría de la Nacion siempre han caminado bajo la égida de la Religion católica, han detestado esos folletos tenebrosos: la sola sospecha de perder su religion ha puesto en movimiento todos sus resortes, y no ha dudado sacrificar en su defensa sus intereses, su reposo, su tranquilidad, todo lo mas amable: nos lamentamos si de los muchos prosélitos que ha reunido la impiedad en los interregnos de nuestro Augusto y Católico Monarca. La fatalidad de los sucesos, las arterias de los Masones, la siempre osada impudencia de la impiedad los vino a colocar en el gobierno; ó mas bien prevalidos de estos manejos irreligiosos, se erigieron en Legisladores de una nacion que cifra su mejor divisa en su catolicismo; y al mismo tiempo que extendian sus conquistas contra el trono de nuestros Soberanos, las preparaban y urdian contra la Religion a expensas de un sinnúmero de folletos anti-religiosos é impios. Con ellos fascinaban á los incautos, y á los que por sus extravíos é inmoralidad se hallaban dispuestos á sacudir el yugo paternal de nuestros Monarcas, y los deberes de la Religion.

Esta dolorosa apostasia de muchos de nuestros compatriotas es, y debe ser, la que llame toda la atencion de un Gobierno Católico, y de todos aquellos que por sus luces y talentos puedan cooperar á la felicidad de sus conciudadanos; y si, como es indudable, los libros irreligiosos han pervertido su juicio, han cambiado sus ideas, y han sido el origen de sus extravíos, presentémosles un verdadero antídoto, las obras mas luminosas y mas sólidas de Religion, aquellas que reunan en si el doble atractivo de instruir y deleitar; aquellas que siendo acomodadas á la capacidad de toda clase de lectores hagan aparecer en toda su belleza la verdad de una Religion toda divina. En su defensa debemos seguir los pasos, la táctica artificiosa de sus enemigos: estos, sin otras armas que un estilo florido, unas frases sonoras, unos períodos recortados, han logrado seducir á los talentos superficiales, y toda esa nube de semisabios, hombres en verdad susceptibles de ideas tan inconsecuentes como impropias á un talento sólido: por lo mismo es de nuestro deber presentarles las verdades de la Religion en todo su esplendor y con toda dignidad. El error y la mentira siempre han mendigado los adornos y atavíos, y por un medio tan rastrero han logrado no pocas veces ocupar el solio de la verdad: esta, sin necesidad de ajenos coloridos, con un aire sencillo aunque majestuoso, con el brillo que comunica al alma, y con la luz con que hiere los ojos del entendimiento, se ha hecho amable en todos tiempos, en todas épocas a hombre reflexivo.

Sin embargo, como hay verdades amargas para el corazon, la delicadeza de nuestro siglo exige como de justicia que se le presente la verdad con todos los atractivos, con todas las bellezas de una elocuencia penetrante y persuasiva, pero sin degradarla. En tiempos mas felices la verdad desnuda de todo fo-

llaje postizo se hacia amable por si misma : en nuestros desgraciados dias apenas llama la atencion, aun cuando se nos presente revestida de una elocuencia patética de un estilo fino, y de aquellas expresiones favoritas al genio y gusto de nuestro siglo : tanta es sin duda nuestra degradacion.

La fuerza de esta verdad es la que ha enriquecido á las Naciones de obras maestras en esta clase; y como por una consecuencia natural la misma tierra que aborta los errores produce los apologistas de la verdad, la Francia, la Italia, la Holanda y otras naciones nos suministran pruebas nada equívocas de esta verdad; y esta misma nos demuestra la causa de la escasez de esta clase de obras en nuestra España. Pocos años ha que los nombres de Rousseau, Voltaire, etc. los oiamos en el mismo sentido que las noticias de la China ó del Gran Mogol : las ideas confusas que se nos daban de sus errores y extravagancias religiosas, eran miradas por los Españoles á sangre fria; sin duda descansábamos de buena fe en la bondad de nuestra causa, y en los fundamentos indestructibles de nuestra adorable Religion : nos parecian sueños los proyectos avanzados de aquellos incrédulos, y por lo mismo que atacaban de frente y por los costados la Religion ; la indiferencia y el desprecio característico de los Españoles ocupó el lugar debido á la impugnacion de tamaños errores para preservar á nuestros compatriotas. No faltó, es verdad, quien previendo las funestas consecuencias que hemos experimentado se presentó en la palestra, y dió la señal de alarma á los Españoles (el P. Ceballos); pero nuestra confianza, siempre perjudicial por excesiva, y la sagacidad de los ya iniciados en las tramas antisociales é irreligiosas, impidieron el feliz resultado. La experiencia debe hacernos cautos : al influjo de estos pestilentes folletos hemos visto trastornados los Tronos, prófuga la Religion en unas naciones, desplomados sus

fundamentos en otras, y socabados sus cimientos en todas : lo repetiremos con entusiasmo : las profundas raices de la religiosidad española, nos han salvado del naufragio, á pesar de haber experimentado los violentos y repetidos ataques de la impiedad, y á pesar de muchos Españoles degenerados que han suscrito á sus planes, á sus ideas, á sus ataques, y de no pocos que han ensangrentado sus plumas contra la misma Religion, en cuyo seno habian sido educados.

Esta dolorosa confesion de nuestra apatia nacional nos presenta un doble motivo de interés para la empresa que hemos tomado á nuestro cargo : proporcionar un feliz desengaño á los Españoles seducidos, y un preservativo eficaz á los incautos, tal es el plan que nos hemos propuesto en beneficio de nuestros compatriotas : las obras mas selectas de los siglos XVIII y XIX formarán esta preciosa coleccion : ellas han sido parto feliz de los mayores talentos de la Europa, hijas de mayores y mas tristes circunstancias, y vaciadas en el molde del genio, del gusto de la presente, y aun de las generaciones venideras. No puede dudarse que cada siglo lo tiene diverso, y los apologistas de los primeros siglos, los de la edad media y la presente han tratado de hallar el secreto de refutar los errores en el idioma mas universal y mas bien recibido, y con las expresiones mas analogas al convencimiento y á la persuasion.

Si tratásemos de acumular erudicion, acaso ninguna otra verdad podria proporcionarnos la gloria de ocupar muchas paginas, y con notoria utilidad de cierta clase de lectores : con solo abrir la historia de la Iglesia, dar una rapida ojeada sobre el mapa de los errores y extravios del hombre, y colocar á su frente los campeones de la fe. sus mas sobresalientes apologistas, manifestariamos de un solo golpe de vista el triunfo de la Religion en Justino é Ireneo,

Melito Sardiario, Atenágoras, Clemente Alejandrino, Tertuliano, Orígenes, Jerónimo, Agustino y todos los de la edad media, en cuyo número no podemos menos de colocar al gran Tomás de Aquino en su obra clásica contra los errores de los gentiles y árabes de su tiempo : errores que han reproducido los impíos de nuestro siglo bajo de diversas formas y figuras ; pero que analizados por los mayores ingenios de los dos últimos siglos, han patentizado y manifestado á todo hombre reflexivo los poquitos progresos de los incrédulos, y aun estos únicamente aparecen como talentos de perspectiva, de adornos sobrepuestos, pero de ninguna solidez.

Mas para oprobio eterno de la incredulidad y de sus propagadores bastan los nombres de Huetio, Valsechi, Gotti, Bergier, Nonote, Pey, Feller en el siglo XVIII, y los de La Mennais, Frayssinous, Chateaubriand, Maistre y Bonald en el XIX: en nuestra misma España se leen con aplauso el *Preservativo* contra la irreligion, y las *Apologías* del trono y del altar de Velez, la *Pastoral* de los Obispos refugiados en Mallorca, las *Cartas del Rancio*, las dos impugnaciones del *Citador*, la *Coleccion Eclesiástica*, el *Dominio Sagrado* de Inguanzo, y otras varias obritas que impugnan los errores de Llorente, Villanueva y otros; y si bien no podemos menos de confesar que los extranjeros nos aventajan en la delicadeza de la expresion, y en la cultura del estilo, con igual satisfaccion decimos que la solidez de los conceptos y la rectitud del juicio están por los Españoles.

Por lo mismo, el mayor obsequio que podemos hacer a nuestros compatriotas es proporcionarles una *Biblioteca* selecta de Religion, en la que reunidas las obras de mérito conocido por la solidez de sus principios, por la fuerza de sus raciocinios, por la fluidez y elegancia del estilo, y por el nervio de la elocuencia, hija de la verdad y madre del convencimiento, pue-

dan instruirse en los fundamentos de la verdadera y por lo tanto única Religion, comparar la sublimidad de sus verdades con los extravios y errores del hombre incrédulo, y pesar en la balanza de un juicio libre de preocupaciones los incontrastables motivos de su credibilidad. En este mapa del Cristianismo trazado por los primeros talentos del siglo, se manifiestan las verdades mas interesantes, se ven rebatidos los errores, desenmarañados los sofismas de los incrédulos, convertidas las calumnias contra los mismos agresores, cubiertos de oprobio los impíos, y la Religion triunfante.

El hombre religioso al fijar su vista en estas brillantes apologias de su Religion, como que se engrie al verse superior á esos tan decantados genios de la incredulidad, y compadecido de tamaños extravios de sus semejantes, en su misma degradacion aprende á adorar sus incomprensibles misterios, y á respetar unas verdades que forman su mayor gloria y todo el cúmulo de sus esperanzas. Tal es el fruto de la lectura de estas obras luminosas, en las que la Religion, en vez de cubrir con un velo sus misterios, como nos improperan sus enemigos, aparece en todo su esplendor, les presenta unas verdades que, si bien son amargas á un corazon corrompido, tarde ó temprano las verán cumplidas los mismos que ahora se mofan de ellas.

No dudamos asegurar que los verdaderos católicos, los seducidos por los malos libros, los incrédulos por sistema, y aun los mismos indiferentes en materia de Religion, último grado á que puede llegar una razon extraviada, hallarán en esta *Biblioteca* luz abundantisima para conocer el precipicio á que se han dejado arrastrar, desengaños á sus preocupaciones, punto seguro donde fijar su inconstancia, centro donde descansar despues de tantas y tan irregulares revoluciones de ideas, norte adonde dirigir sus mas intere-

santes especulaciones, y medios los mas poderosos para hacerlas útiles á la sociedad y á sí mismos.

Los editores, siempre constantes en sus ideas, proclaman á la faz de toda la España la sinceridad de sus deseos: no ambicionan empleos, no calculan sobre intereses, ni sus especulaciones tienden á otro objeto que á cooperar al bien de sus compatriotas: conocen el deplorable estado de la literatura española, y no menos el gusto dominante de nuestro siglo: hay hombres sabios, no puede negarse: nosotros conocemos á unos, y otros se han dado á conocer al público por sus escritos llenos de ideas sólidas; pero que reducidos á este pequeño círculo, parece miran con desden los adornos y cultura del estilo, y sea efecto de la educación ó genialidad española, el resultado es que chocan de frente con el gusto del siglo, y sus obras se hallan cubiertas de polvo en las librerías, cuando por la solidez y exactitud de sus ideas son dignas de mejor suerte: la experiencia debería desengañarnos: los triunfos que han conseguido los enemigos de la Religión han sido fruto del estilo florido y seductor con que han vestido sus folletos. ¡Cuántas ventajas podría conseguir la Religión si al profundo estudio de sus verdades reuniésemos el buen gusto! ¡Cuántos de los hombres sabios que han tomado la pluma en nuestros días habrían excusado el humillante desprecio que por su falta de gusto, por su desaliño, se ven obligados á sufrir al ver que no hay quien pase la vista por sus opúsculos! No podemos menos de aplicar á este asunto las palabras de Jesucristo: *Filii hujus seculi prudentiores filiis lucis sunt.*

## ENSAYO

SOBRE

# LA INDIFERENCIA

EN MATERIA

## DE RELIGION,

POR EL ABATE DE LA MENNAIS.

*Impius cum in profundum venerit... contemnit*  
PROV. XVIII, 3.



## ADVERTENCIA.

Deseando los editores merecer la confianza de los sabios en la elección de las obras que tratamos de publicar <sup>1</sup>, hemos fijado la consideración en el primer tomo del Ensayo de la Indiferencia en materia de la Religión, obra de F. de la Mennais, uno de los primeros sabios de la Europa, y oráculo de la Religión Católica, Apostólica, Romana en el presente siglo. No es posible leer este primer tomo sin ser poseído de la admiración al contemplar la energía, la vehemencia con que presenta el inminente peligro en que se hallan las Naciones á consecuencia de los errores de estos últimos tiempos, la delicadeza y solidez con que descubre el funesto origen de estos extravíos religiosos, la claridad con que señala los pasos por donde la Europa ha llegado al borde del precipicio, la precisión con que ha sabido concentrar las arterias y amaños de que se han valido los enemigos de la Religión para desacreditarla, la viveza inimitable con que pinta el término fatal, el caos á que caminan con la mayor rapidez los gobiernos protectores de estas doctrinas antisociales é irreligiosas, el abismo á que les conduce la Indiferencia en orden á la Religión, vicio característico de nuestro siglo, aunque poco conocido, pero que es una verdadera

<sup>1</sup> S. M. ( que Dios guarde ) por su Real decreto de 10 de mayo de este año de 1826, encarga al Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Toledo don Pedro Inguanzo y Rivero, nombre tres Eclesiásticos que, en unión de los dos editores, formen una Junta de Censura, y de elección de materias y obras. Los nombrados por su Eminencia son el Doctor don Serapio Serrano, Arcediano de Trancos, y Ayo del Serenísimo Señor Infante don Sebastian, el Reverendísimo Padre Fr. Clemente Barbagero, ex-General del orden de San Bernardo, y el Reverendísimo Padre Fr. Miguel de Godos, ex-General del orden de San Benito.

tisis de las Naciones que las consume, y sin otra esperanza de remedio que la Religión misma á quien atrocemente persiguen, y en fin, aquel estilo sostenido, aquella elocuencia encantadora con que alhaga, arrastra el corazón y convence al entendimiento, todos son unos justos títulos para que los sabios y los menos instruidos reciban con gusto la primera muestra de nuestros trabajos; y para que no se crea que en estos primeros rasgos tiene parte la exageracion, presentamos á nuestros lectores el elogio y analisis que M. Genoude, célebre por sus traducciones de los libros de Job, Isaias y los Salmos, hizo de esta obra, y nos prometemos será del agrado de cuantos lo lean: dice así:

« Aparecieron en el último siglo unos hombres dotados en grado eminente del talento de seducir, ansiosos de gloria á cualquier precio, y que escogieron la destruccion como medio para llegar á ella; sedientos de dominacion, devorados por un espíritu inquieto de desorden; tales, en fin, cuales nunca dejan de aparecer cuando el cielo quiere descargar sobre los pueblos algun castigo grande. » Las naciones no viven sino por las creencias. Las impugnaron todas, é hicieron la guerra en todas partes al depósito de la verdad confiado á la sociedad. Metafísica, política, poesia, novelas, la literatura toda formó una conspiracion impia. Fué ridiculizado el Cristianismo, y el mundo moral estuvo cercano á sucumbir. Pero aquel que ha dicho á las olas del mar *hasta aquí llegaréis, y no pasaréis mas adelante*, ha señalado al error y á las pasiones humanas un término que no pueden traspasar. Del mismo exceso del mal sale el remedio; y en este caso se ve obrar aquella gran ley de conservacion, que sin violentar la libertad del hombre le detiene en el borde del abismo que él mismo se habia abierto. La Francia, extraviada por los sofistas, fué abandonada á sí misma, y la verdad no reinó mas en ella.

« Gobernaron la Francia ateistas, y en el espacio de algunos meses amontonaron en ella mas ruinas que un ejército de tártaros habria podido dejar en toda Europa á los diez años de invasion. Jamás desde el principio del mundo fué dado al hombre tal poder para destruir... Se redujo á sistema la muerte hasta en las pequeñas poblaciones; y acabando con decretos lo que se habia comenzado con puñales, fueron exterminadas clases enteras de ciudadanos. Entre tanto el odio al orden, considerándose demasiado estrecho en este vasto teatro de destruccion, rompió sus barreras y fué á amenazar á todos los soberanos de Europa sobre sus mismos tronos. Tuvo el ateísmo sus apóstoles, y la anarquía sus *seides*<sup>1</sup>. La Francia cubierta de ruinas presentaba la imágen de un inmenso cementerio cuando . . . ; cosa espantosa! hé aquí que en medio de estas ruinas las cabezas mismas del desorden, sobrecogidas de un terror repentino, retroceden asombradas, como si el espectro de la nada se les hubiese aparecido. Su orgullo cae por tierra de improviso, conociendo que una fuerza irresistible les arrastra á ellos mismos al sepulcro. Vencidos por el terror proclaman precipitadamente la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma, y puestos de pié sobre el cadáver palpitante de la sociedad, llaman á grandes gritos al Dios que solo puede reanimarla. »

Pero el odio á la Religión católica se conservó todavía en los corazones. Se seguía proscribiendo á los ministros de su culto; solo se habia renunciado al ateísmo y la anarquía. Entonces aparecieron la *Teoría del poder político y religioso, la legislación primitiva y el divorcio*. Quedaron descarnados los fundamentos de la sociedad; y M. de Bonald leyó en ellos

<sup>1</sup> *Seide*, asesino y parricida en la tragedia de Voltaire, intitulada: *El Fanatismo*.

esta verdad, escrita con caracteres de sangre : *una filosofía irreligiosa destruye la sociedad; sola la Religion puede fijar á los hombres en un estado conforme á la naturaleza de los seres.* La filosofía moderna confundia en el hombre el espíritu con los órganos, en la sociedad el Soberano con los súbditos, en el universo la naturaleza con el mismo Dios, y destruía así todo el orden general y particular, quitando todo poder real al hombre sobre sí mismo, á los jefes de los estados sobre el pueblo, al mismo Dios sobre el universo. M. de Bonald resucitando entre nosotros la metafísica de Platon, Descartes, Malebranche y Leibnitz, con la política de los Bossuet, Domat, Aguesseau y Fenelon, puso de nuevo la Religion á la cabeza de la sociedad y de todos los pensamientos del hombre. Nadie probó mejor que él la union íntima de la Religion con la sociedad; y por lo que hace á la metafísica, sus ideas acerca de la palabra comunican grandes luces á esta ciencia, y la unen con lazos indisolubles á la revelacion. De este modo la razon elocuente de M. de Bonald vindicó al catolicismo de la política de Rousseau, y de la metafísica de Helvecio.

Pero quedaba otro género de ataque mas frivolo, y por consiguiente mas usado. Voltaire en el siglo pasado, Parny á principios de este, y una turba multa de escritores en pos de ellos, prodigaron al cristianismo insultos, sarcasmos y calumnias. Era la Religion para muchos una supersticion añeja y triste, una produccion informe de la edad media, con la cual podia acomodarse la política; pero que no se habia hecho mas que para el pueblo. Apareció el *Genio del Cristianismo*. Entonces se desarrollieron las bellezas poéticas y morales del cristianismo : entonces se vió cuanto debian las artes, el ingenio, las letras y las ciencias tambien á una Religion, cuyo objeto es la perfeccion completa del hombre en todo su ser. M. de Chateaubriand se dedicó á hacer ver sus rela-

ciones con la imaginacion, el sentimiento, y todas las facultades del hombre; y en un estilo lleno de encantos y que hizo brillar tanto su imaginacion, probó que todo tiene conexion en el hombre con el sentimiento religioso, y que el cristianismo presenta este testimonio en toda su pureza.

No por esto se dieron por vencidos los enemigos del cristianismo; respondieron á M. de Bonald que sus escritos no eran mas que una pura metafísica; á Chateaubriand que habia compuesto una mitología; y abandonando los sistemas de Helvecio y los sarcasmos de Voltaire se refugiaron á la *indiferencia*. Aquí es donde M. de La Mennais vino á atacarlos. Pretendieron inútilmente sostenerse en este atrinchamiento; su terrible contrario les privó de esta última defensa. Vamos á exponer los argumentos de su lógica rigurosa.

« Mr. de La Mennais reconoce dos géneros de indiferencia : la una que no es mas que apatia, pereza y seducción, de la que se ven ejemplos en todos los siglos, y contra la cual clamaron los predicadores en todos tiempos.

» La otra indiferencia que mas particularmente pertenece á este siglo, y que puede llamarse dogmática, consiste en decir que todas las verdades, ó un cierto número de ellas son indiferentes en sí mismas, ó que es indiferente negarlas ó admitirlas; y. gr. si existe Dios ó no, si la única obligacion que tenemos es la de satisfacer nuestros apetitos, ó si debemos arreglarlos como tambien nuestra creencia á una ley fija y divina : he aquí lo que ciertos hombres tienen por un objeto indiferente. No es esta una doctrina, no es tampoco una duda, es, como dice Mr. de La Mennais, una ignorancia sistemática, un sueño voluntario del alma, un entorpecimiento universal de las facultades morales. No puede ser duradero este estado sin destruir la sociedad, porque las doc-

trinas tienen el mayor influjo en su existencia, porque son necesariamente verdaderas ó falsas, y porque necesariamente producen el bien ó el mal, porque el *error vicia y la verdad perfecciona*. Si nada hay indiferente en política ni en moral, con mas razon tampoco puede darse nada indiferente en lo que toca á la Religion. ¿Qué delirio, pues, enajena á estos indiferentistas sistemáticos, que, á fuerza de haber oido repetir que todas las religiones son indiferentes, las menosprecian todas sin conocerlas, y rehusan examinar si alguna es verdadera? Mr. de La Mennais reduce á tres sistemas generales la doctrina de los que no quieren admitir la verdad católica: ateísmo, deísmo y herejía. La herejía consiste en escoger entre las verdades reveladas aquellas de que mas se paga la razon, desechando las otras como inútiles ó dudosas, ó como errores ciertos. Aqui comienza el desorden: « se convierte la razon que debe obedecer » en autoridad que debe mandar; y transformando » la Religion en pura opinion, se destruye el fundamento mismo de las verdades que se pretende conservar. » Si el hombre se resiste á oír á la Iglesia, porque su razon no comprende, muy pronto se resistirá á oír á su Fundador, porque su razon no podrá comprenderle; rehusará tambien luego creer la tradicion universal del género humano que atestigua la existencia de Dios, porque su razon no es capaz de comprender á Dios. « Al punto que se desconoce la » regla es indispensable llegar hasta este extremo; » falta todo medio para detenerse; el principio arrastra, y cuanto mas vigor y rectitud tenga el espíritu, » mas se ha de extraviar. » Los que dicen que Mr. de La Mennais llamaba á los protestantes ateos ó deístas, no le han entendido. Lo que prueba Mr. de La Mennais es que el principio de independencia, que quiere no se admita un artículo del simbolo sino cuando la razon le ha comprendido, lleva á negar todo lo que es

incomprensible, á saber, Dios y el hombre mismo. Pone á los protestantes entre los indiferentistas; nombre que el mismo Lutero daba á Zuinglio, el que no era indiferente en cuanto á la divinidad de Jesucristo, pero lo era sobre la presencia real: y el mismo Lutero era indiferente en cuanto á la primacia del Papa y la transubstanciacion, pues que declaró se podia no creer estos dogmas sin dejar de ser cristiano.

Cualquiera, pues, que esté convencido que no es posible ser indiferente en materia de Religion, por fuerza está obligado á probar que es posible y conforme á razon detenerse en uno de los tres sistemas que niegan, ya sea la autoridad de la Iglesia, ya la autoridad del mediador, ya la autoridad de Dios, ó bien que fuera de la Religion católica hay un cuarto sistema. Hasta tanto que esto se haga, Mr. de La Mennais tiene derecho para concluir de sola esta parte de su libro que fuera de la Religion católica no hay mas que sinrazon y falsedad, de donde se deduce la obligacion de abrazarla que tiene todo hombre que no quiera permanecer en la indiferencia.

Mr. de La Mennais hace ver además que entrando necesariamente uno en otro los tres sistemas generales de indiferencia, vienen á parar en la indiferencia dogmática absoluta de Religion; de que se sigue, que refutando los principios en que se apoya esta indiferencia general, se refutan al mismo tiempo todos los sistemas particulares de indiferencia. La indiferencia absoluta en materia de religion no puede apoyarse mas que en la no importancia de la religion; ó suponiendo esta importancia, en la imposibilidad de discernir entre las diversas religiones aquella que es verdadera. Dificil seria establecer con mas fuerza que lo hace el autor la infinita importancia de la Religion con respecto al hombre, con respecto á la sociedad, y con respecto al mismo Dios. Se propone además publicar otro tomo, en el que destruirá la segunda base

en que se apoya la indiferencia, probando que hay para todos los hombres un medio fácil y seguro para distinguir la Religión verdadera de cualquiera otra.

El título solo de esta obra es un rayo de luz, y está tan bien apropiado á las circunstancias y tiempo, como el nombre que dió Bossuet á su historia de la Reforma, cuando la llamó Historia de las Variaciones. Solo con haberla hecho conocer debe tener fin la indiferencia. Así el libro ha sido acogido con tanta ansia, que la cuarta edición está ya casi agotada. Al pronto no se mezcló censura alguna con los aplausos que por todas partes se le daban. Hoy se hace oír en algunas bocas la nota de intolerancia. Los que acusan á Mr. de La Mennais de intolerante ponderan al mismo tiempo la tolerancia de Fenelon. Pero entendámonos. Si se llama tolerancia aquel sentimiento de caridad que no pide cuenta de su vicio al vicioso, del error al que yerra; que distingue siempre entre opiniones y personas, la encuentro por todas partes en la obra de Mr. de La Mennais como en la de Fenelon: no porque este sea un espíritu particular y privativo de ellos, es el espíritu del Cristianismo, y ambos lo tienen porque los dos son cristianos. Si se llama intolerancia la declaración franca de que no se puede ser indiferente á la verdad, y de que la Religión católica comprende toda verdad, hé aquí lo que dice Fenelon en sus cartas al duque de Orleans: « No tiene el hombre que escoger ni deliberar; cualquier otro culto que el católico no es una Religión. » Mas abajo añade: « No hay medio entre el ateísmo y el catolicismo si se ha de ser consecuente. » Esto, y nada mas, es lo que pretende Mr. de La Mennais. Nada mas responderemos tampoco nosotros á aquellos á quienes este raciocinio parece una reconvenção; pero creemos que la luz es intolerante en este sentido, porque donde quiera que ella está no puede haber tinieblas: lo mas que probaria esta acusación si se re-

pitiese seria la imposibilidad de oponer algo formal. Digámoslo hoy porque es una verdad: así como el último siglo abortó un enjambre horroroso de talentos contra la Religión, el décimo nono comienza de una manera enteramente opuesta. Se presentan hombres dotados de un verdadero ingenio, y penetrados en un todo de la importancia de la Religión y de su verdad. El cielo, pues, echa ojeadas de clemencia sobre nuestra patria.... ¡ Infelices de nosotros si cerramos todavía los ojos á la luz!

El mérito del estilo en el *Ensayo sobre la Indiferencia* se hace tan digno de atención, que no hay razón que alcance á dispensarnos de hablar de él. Nunca se ha visto desde Pascal reunida tanta profundidad de pensamientos con tan viva fuerza en los coloridos. Hay en esto algo que se asemeja á Tácito y á Bossuet. Aquel estilo pintoresco, la dición tan enérgica, aquellas expresiones tan vivas con los rasgos de un patético sombrío y una elocuencia irresistible, finalmente aquel arte tan vigoroso de abrazar el todo sin confundir lo mas menudo, hacen ver en él un escritor superior. De tal modo enlaza sus pensamientos con una vasta erudición, que forma un todo indestructible. Seria muy embarazoso escoger con preferencia algun trozo que presentar aqui, siendo tantos los pasajes sobresalientes, las ocurrencias felices y observaciones admirables, tanto en política como en moral é historia. Solo una cosa nos parece puede llamar en esta obra la atención de una crítica escrupulosa, y es una acumulacion muchas veces desmedida de imágenes; pero puede ser que otro gusto mejor que el nuestro le absuelva de este defecto. Se ve bien que así es como se debia hablar á un siglo indiferente. Tácito no escribió la historia como Tito Livio, que escribia en tiempos mas pacíficos. Hay un tono propio y peculiar que viene á hacerse general en cada siglo. Es claro, preciso y profundo en

su estilo, y todas las bellezas de este en el *Ensayo* son del orden mas sublime, y al mismo tiempo originales. Se conoce que el autor era todavia muy jóven cuando vió el espectáculo horroroso que hemos dado al mundo: se estremeció su alma; ha buscado ahora la causa, y tiembla todavia al escribir; teme que las mismas causas produzcan de nuevo iguales efectos. Se da prisa, porque es preciso apresurarse cuando todo lo que nos rodea es instantaneo y pasajero; así su estilo ha tomado el colorido propio de esta posicion. Se advierte, singularmente por lo que tiene de enérgico y sombrío, que temia siempre no decir con la presteza necesaria todas las verdades que anuncia, recelando sea demasiado tarde cuando lleguen á oirse. En la introduccion, que es un trozo separado, es donde especialmente se echa de ver esta inquietud: son treinta y dos páginas que ofrecen cuanto hay mas brillante en la elocuencia. Nadie, ni aun el mismo Bossuet, presentó con mas fuerza las consecuencias de la Reforma, ni el desorden de las filosofías humanas. Mr. de La Mennais ha visto lo que aquel talento superior solo pudo preveer. Tal vez se echarán de menos en esta obra trozos que den lugar al alma para descansar, porque el autor nos arrastra tras si sin dejarnos respirar: desde la Reforma nos lleva á la Indiferencia: alli nos hace sondear el abismo, y al punto nos eleva para hacernos contemplar las alturas de la Religion y el cielo. Su talento se mece sobre los aires como el águila. El capítulo mas hermoso que escribió Malebranche, es aquel en que trata de la importancia de la Religion con respecto á Dios; ni aun las elevaciones sobre los misterios presentan cosa que sea mas sublime. M. de La Mennais derrama torrentes de luz sobre las cuestiones más incomprensibles al entendimiento humano. Su libro se conservará como un monumento de su edad, é inútilmente se pretenderá impugnarlo, porque su triunfo irá siempre en aumento,

y tendrá la suerte de las obras de los grandes talentos cuando vienen á tiempo. = Genoude<sup>1</sup>.

*Lo que es mas que suficiente para conocer el verdadero mérito de la obra y de su autor. M. de La Mennais, como decia bien el Baron de Eckstein (Le Catholique num. 2), es un soldado de la Iglesia militante, que armado del raiocinio como de una espada de dos filos, se arroja entre las filas enemigas, y asaltando la Ciudadela en que se ha encastillado la orgullosa Razon, resuelto á morir antes que ceder, trastorna todos sus baluartes, derriba sus atrincheramientos, é imperturbable enarbola entre sus ruinas el estandarte de la Religion y de la fe. Si en la vehemencia de sus expresiones parece alguna vez deprimir demasiado la Razon, no es porque la desconozca; el uso que hace de ella es la mejor prueba de todas; sino para enfrenarla y avergonzarla al presentar sus desvarios. Así los PP. antiguamente al impugnar un error parecian propender al extremo opuesto.*

*Sin embargo, para que aun los mas sencillos no hallen en que tropezar, debemos advertir con él mismo (Prólogo de su segundo tomo) que esta palabra Indiferencia varia segun que se aplica á las personas, y á los juicios*

<sup>1</sup> Este elogio de La Mennais lo hemos tomado del prólogo que el R. P. Fr. José Maria Laso de la Vega, doctor en teología y lector en el convento de San Francisco de Cádiz, puso á su traduccion del primer tomo de aquel, y lo copió del periódico de París titulado el *Conservador*, t. II, página 193. Es bien conocido en nuestra España el mérito y la ilustracion de este sabio religioso. El año de 1820 hizo la traduccion del t. I de La Mennais, sin duda con el objeto de preservar á la Nacion de los desastres que la amenazaban con la nueva instalacion del sistema constitucional; pero como La Mennais ataca por sus bases las constituciones republicanas, el P. Laso para poner á cubierto la publicacion de esta obra, no pudo menos de añadir correctivos á los principios generales de aquel, y aun con esta estratagemá fué conocido por los mismos liberales. En el año de 24 dió á luz la impugnacion del Citador, y en ella descubre su vasta erudicion, y los sólidos conocimientos de un sabio teólogo. ¡Ojalá estuviera en manos de todos!

de las doctrinas: en el primer sentido equivale y viene á ser sinónimo de indolencia y apatía; y en el segundo, que es la dogmática, cuando se juzga que todas las doctrinas son indiferentes, y ninguna obligatoria. Como el primer capítulo son Consideraciones generales, abraza una y otra, y de la primera se deben entender aquellas palabras que la indiferencia es como «extinción» de todo sentimiento en la voluntad, en razon de la «falta de todo juicio en el entendimiento; que el juzgar es vivir; el creer, el amar es vida» no porque el hombre que actualmente no ama, no viva, sino á la manera que al sueño llamamos imágen de la muerte, así quien no ama, ni cree, ni juzga, ni siente, parece podia decirse muerto.

Si contraponiendo en la pág. 90 la Iglesia al gobierno civil llama á la primera «Sociedad espiritual» y que impone solo penas espirituales, no es porque no la entienda corporal y sensible, pues emplea páginas enteras en demostrar contra Jurieu que es visible, sino para contraponerla al gobierno que sobre las cosas de Religión se usurpó la Inglaterra. La Mennais, eminentemente católico, sabe bien que los Concilios están llenos de penas exteriores, y unas y otras son del resorte de la Iglesia, aunque ordenadas á la santificación y bien del espíritu. Siendo demasiado largos en esta advertencia, mas adelante daremos su nota biográfica. Solo nos resta añadir, que la presente traduccion se ha hecho por la sexta impresion de Paris, y la del P. Laso por la cuarta. Creemos de nuestro deber hacer esta advertencia, para que si nuestros lectores notasen alguna diversidad en determinados períodos ó expresiones, puedan cotejarlos por sí mismos.

---

## INTRODUCCION.

---

No es el siglo mas corrompido el que se apasiona por el error, sino el que desatiende, menosprecia, y desdeña la verdad. Cuando en un enfermo se ven violentas convulsiones, arrebatamientos furiosos, delirios, aun tiene fuerzas, y hay lugar á esperar su salud; pero cuando cesa en él todo movimiento, desaparece el pulso, el frio de los extremos llega hasta el corazon, ¿qué hay ya que esperar sino una próxima é inevitable disolucion?

En vano nos lo querriamos disimular: la Sociedad en Europa se avanza rápidamente hacia este término fatal: esos estrepitosos ruidos que resuenan en su seno, los sacudimientos que la agitan no son el sintoma mas terrible que ofrece al observador; pero esa indiferencia letárgica en que la vemos caer, de ese adormecimiento profundo en que yace sumida ¿quién la despertará? ¿quién soplará sobre esos huesos áridos para reanimarlos otra vez? El bien y el mal, el árbol de la vida y el que produce la muerte, nutridos por un mismo suelo, crecen en medio de los pueblos, que sin alzar siquiera la cabeza para distinguirlos, pasan, alargan la mano, y cogen sus frutos á la ventura. Religion, moral, honor, deberes, los principios mas sagrados y los mas nobles sentimientos, no son ya mas que una especie de sueño, unos brillantes y fugaces fantasmas, fuegos fatuos que se dejan ver momentáneamente á lo lejos del pensamiento para desaparecer en breve y no volver mas. No, nunca jamás se vió cosa semejante, ni aun se hubiera podido imaginar: han sido necesarios largos y pertinaces es-

fuerzos, una lucha infatigable del hombre contra su conciencia y contra su razon para llegar hasta esta indolencia brutal. Fijad por un momento los ojos en ese Rey de la creacion: ¿ó qué envilecimiento tan incomprendible! Su espíritu postrado y decaído no se halla bien sino en las tinieblas. Ignorar es su gozo, su paz, su felicidad; ha perdido hasta el deseo de conocer lo que mas le interesa. Contemplando con igual tedio y aversion el error y la verdad, afecta creer que no se pueden distinguir á fin de confundirlos en un desprecio comun; último exceso de depravacion intelectual á que es dado llegar al hombre: *cum in profundum venerit, contemnit.*

Cuando se llega á considerar este portentoso extravio, se experimenta no sé qué indecible compasion de la naturaleza humana; porque, en verdad, ¿puede concebirse condicion mas desgraciada y miserable que la de un ser que igualmente ignora sus obligaciones y su fin; ni trastorno mas extraño de la razon que el de poner su dicha, su gloria, su felicidad en aquella misma ignorancia que deberia ser mas bien el objeto de un llanto inconsolable, de un continuo gemir?

La causa primera de tan vergonzosa degradacion no es tanto la debilidad de nuestro espíritu como su vergonzosa sujecion al cuerpo. El hombre subyugado por los sentidos se habitúa á no juzgar sino por ellos, ó por lo que ellos le comunican y transmiten: no ve realidad sino en lo que á ellos les afecta; todo lo demás son para él vagas abstracciones y quimeras: no vive sino en el mundo físico, y el mundo intelectual es como si no fuera para él. Negaria su pensamiento mismo si no le fuera tan íntimo, y le tuviera tan presente; pero ya que no le es dado, si me es lícito hablar así, separarse de él, negándose á lo menos á reconocerle por lo que es, le materializa, le llama el resultado de la organizacion, de las afinidades químicas, para no verse obligado á admitir substancias espiri-

tuales ó que no estén al alcance de sus sentidos.

El cultivo de las ciencias físicas ¡cosa notable! esas ciencias que á cada paso y á cada instante advierten al hombre de su superioridad sobre los brutos, no parece ha servido sino para corroborar en él esa vil y baja inclinacion de abafirse hasta ponerse al nivel de los seres mas despreciables, ocupándole incesantemente en objetos materiales y terrenos. Desde entonces el alma se ha desagradado de si misma, se ha avergonzado de su origen celestial y divino, y aun esforzado á borrar hasta el último vestigio. Ha desviado de su curso natural ese amor inmenso, que forma como el fondo de nuestro ser, para aplicarlo únicamente á los cuerpos: pone en estos todas sus miras: los ama como su fin; ha querido identificarse con ellos, ser precedera como ellos, y en esta loca imaginacion diciéndose á si misma: *Tú tambien morirás*, ha saltado de placer, y regocijándose con esta esperanza.

Ciertamente, si burlando su destino le fuera posible al alma conquistar la muerte, el medio que habia elegido para ello seria infalible; y en efecto destruyendo por lo que respecta á si y aniquilando la verdad, en cuanto le era dado se ha aniquilado á si misma, porque en cualquiera sentido que se quiera tomar, la verdad es la vida, y la única causa de la existencia del hombre y de la sociedad. Así en el orden moral como en el político todo camina á la destruccion, y marcha mas ó menos rápidamente hacia este término fatal á proporcion que la guerra contra la verdad es mas ó menos activa, mas ó menos feliz. Una nueva, triste y demasiado memorable experiencia no nos deja duda alguna sobre este punto, y para el que no se quiere cegar voluntariamente, es evidente que la revolucion francesa, tan eminentemente destructiva, no habido ese carácter mortífero sino al delirio impío de sus promovedores, que con una rabia y furor hasta entonces inaudito atacaron todas las verdades juntas.

Esto no es decir que no haya existido siempre en el corazón humano una secreta oposicion á la verdad, que contraria sus inclinaciones, y humilla su orgullo. El la ama y la teme; la desea, la busca por una inclinacion natural como el principio de todo su bien; pero frecuentemente en el momento mismo cansado de su yugo, se irrita de haberla encontrado; contradiccion singular que no podrá explicarla nunca la filosofia sola. Despues de haber fatigado inútilmente nuestro espíritu, es necesario que la Religion, supliendo su impotencia é inaptitud, venga á desatar el nudo cuyos cabos profundamente ocultos se escapan á nuestros ojos y á nuestra consideracion, á nuestras miradas y á nuestras conjeturas : es necesario, en una palabra, que ilustrados é instruidos sobre nuestra verdadera condicion por una luz mas viva que la de nuestra vacilante razon, el autor mismo de nuestro ser nos revele la causa y principio de las contrariedades que nos asombran. Entonces solamente, entonces es cuando cae el velo que cubre nuestros ojos, y vemos al hombre cual es en si; á esta luz descubrimos en él como dos seres diferentes que luchan y combaten sin cesar, y alternativamente triunfan de si mismos : uno prendado y apasionado de todo lo que es bueno, verdadero, noble; el otro inclinado á todo lo malo, falso, vil : uno lanzandose con amor hácia la verdad y la virtud; el otro hundiéndose rabiosamente en el crimen y el error : la fe descubriendo á nuestros ojos este misterio de grandeza y abatimiento, en el primero nos muestra al hombre primitivo cual salió de las manos de Dios, y en el segundo á este mismo hombre degradado, y corrompido por la primera culpa, llevando sobre la frente la marca indeleble de su caida, y recibiendo con la vida una funesta herencia de inclinaciones viciosas y de dolores, que transmitirá de generacion en generacion hasta su último descendiente. Así el hom-

bre, por lo que tiene de su Criador, participa de las perfecciones de la Divinidad, cuya imagen es; á saber, inteligencia y amor : un deseo infinito de amar y de conocer le eleva incesantemente hácia el Cielo, donde contemplando la verdad que nunca muere, gusta, y se saborea, y goza como las dulces primicias de su propia inmortalidad. La simple apariencia del bien le enajena de alegría : imaginad, si es posible, una accion magnánima, un movimiento generoso que no sea natural á su corazón. ¿Se tratan de hacer por un noble fin, los mayores, los mas grandes sacrificios? Un instinto sublime mas veloz que el pensamiento le hace palpar de alegría : no duda, no calcula; bendice su suerte, se olvida de si mismo, y se sacrifica á ella. ¿Le hablan la humanidad y la conciencia? En el momento le veréis, con el sagrado nombre de Dios en los labios, volar entre los pueblos salvajes, hasta el cabo del mundo, para enseñarlos, ilustrarlos, aliviarlos, consolarlos en sus males, suavizar sus trabajos, dulcificar sus costumbres, y extender entre ellos el imperio santo de la verdad : veréisle bajar á los calabozos mas profundos, salir al encuentro á las torturas y suplicios para dar de ella un brillante testimonio, y morir con alegría para preparar su triunfo.

Hay pues en cada hombre, y por una conexion necesaria en cada pueblo, dos potencias que se hacen mutuamente la guerra y luchan entre si, á saber : los Sentidos y la Razon; ó para explicarnos con el lenguaje profundamente filosófico de nuestros Libros Santos, *la Carne* y *el Espíritu* <sup>1</sup>; y segun que uno ú otro prevalecen, la verdad ó el error, el crimen ó la virtud, dominan en la sociedad y en los individuos.

En efecto, el hombre por su razon aspira á la pose-

<sup>1</sup> Caro enim concupiscit adversus spiritum : spiritus autem adversus carnem : hæc enim sibi invicem adversantur. *Ad Galat.* v, 17.

sion de la verdad, alimento noble de su inteligencia, y camina con una fuerza invencible hacia el orden conservador de las criaturas. De ahí en él esa inclinacion que manifiesta hacia las creencias sublimes, por las doctrinas elevadas y rígidas, y por los dogmas mas espirituales : de ahí esa ansia insaciable de saber, esa sed inextinguible de la inmortalidad, ese instinto religioso, esa fe tanto mas ilustrada cuanto mas sencilla de todo y hacia todo lo bueno, hermoso, sublime, útil, y por consiguiente real y verdadero : de ahí ese asombroso dominio que ejerce sobre sí mismo, sobre sus sentimientos, pasiones y hasta sobre sus pensamientos : ese desprecio de los placeres frívolos y fruiciones físicas y materiales : ese tedio insuperable de todo lo transitorio : esos impulsos hacia un bien inmutable é infinito que apremian su corazon aun cuando su entendimiento no le comprende : ese amor inmenso de la virtud, y esas angustias y vivos remordimientos, esa inquietud inexplicable cuando ha obrado mal, y se ha apartado de ella : esa tierna compasion de todas las miserias así físicas como morales, y esa disposicion constante á sacrificarse por sus prójimos, origen y raiz única de todo lo grande, tierno y amable que se encuentra en la vida humana.

Por los sentidos al contrario, inclinado hacia la tierra, sumergido, encenagado en los placeres sensuales, sin gusto alguno por los del espíritu, se asemeja al bruto, y aun se complace en esta semejanza. Su entendimiento se oscurece ; y no siendo esto tan pronto como él quisiera, trabaja y ¡oh cuánto! para ofuscarle y oscurecerle él tambien. No parece sino que la verdad es su suplicio ; tan vivo y tan profundo es el aborrecimiento, que su vista le inspira y excita en su corazon : persiguela incansablemente, la ataca é impugna con furor en los otros y en sí mismo, en su entendimiento, en su voluntad, en su conciencia.

Pero ¡esfuerzos vanos! en el momento mismo en que ya se cree vencedor, cuando lleno de orgullo se aplaude de haber abatido, y logrado destruir esta verdad implacable, ella como una vision majestuosa, mas amenazadora y formidable que antes, vuelve á afligirle y contristarle de nuevo.

Pero si esclavo de los sentidos el hombre es enemigo de la verdad, y por consiguiente de las elevadas y sublimes doctrinas que emanan del cielo y le llaman á él, no lo es menos de las leyes eternas del orden, porque el orden en substancia no es mas que el conjunto de las verdades que resultan de la naturaleza de los seres y de sus relaciones ; verdades á que se les da el nombre de obligaciones y deberes, porque no son sólo objeto del entendimiento, sino que deben influir tambien en la conducta que ellas arreglan, imponiendo la doble obligacion de abstenerse de ciertas acciones, y practicar las contrarias. Siendo pues conexas entre sí las virtudes, y confundíendose en algun modo en su origen, el hombre está precisado á atacarlas todas, luego que el interés de las pasiones le arrastra á contrariar y trastornar una. Así es como por una conexion necesaria la corrupcion de las costumbres produce la corrupcion del entendimiento ; el desorden de las acciones arrastra al desorden de las ideas ó al error, y la depravacion del ser moral trae otra igual depravacion del ser inteligente. La inconsecuencia atormenta al corazon humano al tiempo mismo que ofende la razon ; y de ahí viene que muchas veces basta mudar de vida para creer las verdades que antes se negaban. Pero la verdad aun considerada en sí misma, en abstracto, viene á ser infaliblemente un objeto de odio interín que la virtud práctica no sea objeto de amor ; y como el odio por su naturaleza es un principio de destruccion, así como el amor lo es de produccion y conservacion, el hombre embrutecido por los sentidos y abandonado á los

placeres del cuerpo, se hace naturalmente destructor : su alma se endurece y saborea con las ruinas y espectáculos sangrientos; contrae hábitos feroces; y por una observacion singularmente notable se ve que todos los pueblos impíos, ó, lo que es lo mismo, incrédulos, ó sin fe alguna, han sido voluptuosos, y todos los pueblos voluptuosos crueles. Considerad las naciones paganas, ¡qué olvido de la humanidad así en la paz como en la guerra, en las leyes y en las costumbres, en los templos y en el teatro, en el corazón de los amos, y aun en el de los mismos padres! pero al mismo tiempo ¡qué materialismo tan bajo en la Religión! ¡qué aversion á las doctrinas que se ordenan á elevar al hombre, y á espiritualizar su pensamiento! La culta y sabia Grecia condena á Sócrates á muerte porque anuncia la unidad de Dios; y esta misma Grecia, coronada de flores, degüella cantando víctimas humanas, y cubre su hermoso suelo de altares infames.

La servidumbre á los sentidos produce siempre una fuerte oposicion á las verdades morales é intelectuales, y aquí y no en otra parte se debe buscar la causa del encarnizado odio que han mostrado en todos tiempos contra el Cristianismo algunos pueblos y algunas personas : ese odio es el combate eterno, la lucha implacable de la carne contra el espíritu, la rebelion de los sentidos que la Religión quiere sojuzgar, contra la razon á quien ella liberta, ilustra, diviniza; porque sus preceptos y sus dogmas no son otra cosa que el conjunto y la manifestacion de todas las verdades útiles al hombre.

Cuando el Cristianismo se dejó ver sobre la tierra, el género humano, permitasenos decirlo así, no vivia ya sino por los sentidos. El culto, reducido á una vana sombra, no estaba unido ni enlazado á creencia alguna : se conservaba por hábito, por razon de sus pompas y fiestas, y sobre todo porque era una de las instituciones del Estado. Por lo demás, la Religión en

si misma no inspiraba ni fe ni veneracion. Los sabios y los grandes la abandonaban con desprecio al populacho, que acaso menos corrompido que ellos queria que los vicios que adoraba bajo nombres supuestos, presentasen á lo menos en los emblemas que los representaban alguna cosa divina. Sin embargo, en realidad no habia mas religion que los deleites; y las sectas mas severas en sus principios, degenerando prontamente de su austeridad facticia, por un trastorno de ideas que se comunicó al lenguaje mismo, habian llegado á identificar la virtud con el placer.

Por estas sencillas observaciones se puede juzgar de la buena fe de los escritores que han pretendido que el Cristianismo se estableció naturalmente. En efecto, no tuvo que superar mas que los intereses, las pasiones y las opiniones. Armado de una cruz de madera viósele súbitamente adelantarse con paso firme y denodado en medio de los deleites que embriagan, y de las religiones relajadas de un mundo envejecido en la corrupcion : oponer á las fiestas brillantes del paganismo, á las graciosas y risueñas imágenes de una mitologia encantadora, á la cómoda licencia de la moral filosófica, á toda la seduccion de las artes y de los placeres, la pompa del dolor, graves y lúgubres ceremonias, las lágrimas de la penitencia, amenazas terribles, tremendos misterios, el fausto espantoso de la pobreza, el saco y la ceniza, y todos los simbolos de un desapropio y de una renunciacion absoluta, y de una consternacion profunda; porque esto y nada mas es lo que el mundo pagano descubrió á primera vista en el Cristianismo. En el momento mismo las pasiones se lanzan furiosas contra el enemigo que se presenta á disputarles el imperio. Los pueblos á bandadas corren á ponerse bajo sus banderas : la avaricia conduce á ellas á los sacerdotes de los idolos, el orgullo á los sabios, la política

á los emperadores. Comiézase una guerra espantosa: ni sexo, ni edad, nada se perdona; las plazas, las calles, los campos, hasta los lugares mas desiertos se llenan de instrumentos de muerte, de potros, hogueras y cadalsos; los juegos se mezclan á la matanza; de todas partes se corre á gozar de la vista de la agonía y muerte de los inocentes que se degüellan á millares; y ese grito bárbaro de *los Cristianos á las fieras* hace saltar de gozo á una multitud que se embriaga con sangre. Pero en estos espantosos holocaustos que se apresuran á ofrecer á sus divinidades moribundas, era necesario tambien que cada uno fuese sus victimas escogidas; y una crueldad refinada inventa nuevos suplicios contra el pudor y la honestidad. Por fin, los verdugos causados de matar se detienen, cáeseles la hacha homicida de las manos; no sé qué virtud celestial emanada de la Cruz comienza á conmoverlos á ellos mismos, y, á ejemplo de naciones enteras subyugadas antes que ellos, se arrojan sumisos, se prosternan á los piés del Cristianismo, que, levantándolos en sus brazos, en cambio de su arrepentimiento les promete la vida eterna, y ya les prodiga la esperanza. Su estandarte luminoso, signo sagrado de paz y de salud, tremola á lo lejos sobre las ruinas del paganismo desplomado. Los Césares envidiosos habian jurado su ruina; y hélo ahí sentado ya sobre el solio mismo de los Césares. ¿Y cómo ha vencido tanto poder? Presentando su pecho á las espadas, su cuello al cuchillo, á las cadenas sus manos desarmadas. ¿Cómo ha triunfado de tanto furor? Entregándose sin resistencia á sus perseguidores.

Si, los primeros ataques que debió sostener fueron los de una violencia ciega. Dios sin duda lo disponia así porque sabia que el valor y la constancia de los mártires eran mas á propósito que ningun otro espectáculo para asombrar y convencer á hombres dominados por los sentidos.

Por otra parte, el Cristianismo, apenas nacido, no habia podido disipar aun las nubes aglomeradas sobre el espíritu humano, ni familiarizarle con las profundas consideraciones de una metafísica exacta y de una teología toda espiritual. Su doctrina, demasiado elevada sobre las ideas habituales de los pueblos paganos, para que ellos pudiesen ni comprenderla en toda su extension, ni penetrar su profundidad, no podia aun ser materia de un exámen ilustrado, ni de una discusion rigurosa. Era necesario que el Cristianismo fuese poco á poco rectificando y engrandeciendo la razon del hombre para que esta misma razon se hallase en estado de combatir contra él sin deshonorarse demasiado por la inepticia de sus sofismas. Es cierto que Celso movió y agitó cuestiones de suma importancia; y en efecto, en los fragmentos que nos quedan de sus escritos, entre una multitud de opiniones absurdas y de pensamientos extravagantes, se encuentra el germen de las objeciones contra el fundamento de la fe, reproducidas hoy con mas artificio por Rousseau; pero la excesiva superioridad de este, las elevadas ideas que sobre Dios y su naturaleza, sobre nuestros deberes y nuestros destinos mezcla el autor del Emilio á sus errores (ideas desconocidas á los antiguos y puramente cristianas), muestran el inmenso espacio que el Cristianismo ha echo correr al espíritu humano en los siglos que se paran á los primeros adversarios de nuestra doctrina del sofista de Ginebra. Dificultades y soluciones, luces y sombras, todo está previsto y ordenado con anticipacion con una sabiduria profunda; todo se desenvuelve progresivamente en la época precisa en que esta manifestacion era necesaria, y siempre para triunfo de la verdad, triunfó tanto mas glórioso cuanto menos pacífico.

A medida que la razon se perfecciona, y por medio de la meditacion de las verdades intelectuales que

la Religion enseña igualmente á los niños que á los hombres del mas vasto ingenio, extiende la esfera de sus conocimientos, ella hace causa comun con las pasiones, se declara su aliada, y ensayando sus fuerzas contra las verdades á que es deudora de aquellas, se disputa á sí misma el pan que le da la vida. Entonces nuevas verdades, que en breve serán tambien atacadas, acuden á la defensa de las que una razon hostil ha puesto en peligro. Cada dogma es ocasion de una herejía particular, porque es necesario que todos sufran el contraste y sean probados para que queden consolidados: las pruebas se multiplican con las objeciones, y el Cristianismo se desarrolla todo entero.

A la persecucion de los sofismas sucede la persecucion de los sentidos: la fe queda intacta, y sin embargo las costumbres se depravan. Aquellos cristianos tan austeros, seducidos por los deleites, se entregan á unos desórdenes, de los cuales hasta el nombre debiera serles eternamente desconocido. La licencia penetra hasta el Santuario; el altar y el sacrificio es profanado por manos indignas. ¡Ah! ¿qué será del Cristianismo? De pronto un principio vivificante excita en esta masa corrompida una fermentacion saludable; todo se muda, se renueva todo: apóstoles inflamados de un zelo divino hacen correr las lágrimas de la penitencia; el orden renace con la santa disciplina; por todas partes las decaidas y lánguidas virtudes se reaniman y florecen; prodigios de caridad, milágrs de amor asombran de nuevo á la tierra consolada: segunda vez el *Espiritu* triunfa de la *Carne*, y la Iglesia vuelve á encontrar á sus hijos.

Mas no nos lisonjeemos que esta paz sea duradera; solo unas treguas de descaecimiento interrumpen el combate del error contra la verdad, cuyo poder, aunque de una fuerza irresistible para el entendimiento, no se extiende hasta destruir por su propio peso la oposicion de una voluntad pervertida. Bajo el imperio

mismo de la evidencia el hombre es y queda libre, no para engañarse, sino para rebelarse y resistir, no de no ver, sino de negar lo que ve: libertad terrible, que puesta frecuentemente en uso, es para todo el que sabe pensar la prueba menos equívoca del vicio original de nuestra naturaleza, y al mismo tiempo la explicacion de las pruebas á que ha estado perpetuamente expuesta la Religion desde su principio. Agitada sin cesar por alguna bórrasca, su destino como el del hombre, es el de no gozar jamás en la tierra de un perfecto descanso. El orgullo, la licencia, la avaricia, las pasiones todas coligadas en su daño, le suscitan incesantemente nuevas guerras, pero tambien le preparan nuevos triunfos. ¡Ó fuerza asombrosa de la sociedad cristiana! La herejía, ya deferente, ya atrevida, toma todas las formas, se cubre con mil máscaras, se vuelve y revuelve en todos sentidos para alterar sus dogmas; pero la Iglesia constantemente invariable en su doctrina, ve á las sectas rebeldes una en pos de otra espirar á sus piés: el espíritu de independencía, la ambicion de dominar excita en su mismo seno divisiones, á que frecuentemente siguen cismas deplorables; luego á luego de sus entrañas despedazadas, pero siempre fecundas, salen en tropas nuevos hijos que la consuelan de los que ha perdido. Los principes envidiosos atentan contra sus derechos, y se esfuerzan á turbar su jerarquia divina: á pesar de sus ardidés y violencias, su gobierno afirmado por los golpes que se le dan, subsiste inalterable, y se perpetua de siglo en siglo en medio de los trastornos y ruinas de los gobiernos humanos: semejante á aquellas antiguas é inmóviles piramides de Egipto, de las que el árabe vagabundo al levantar por la mañana la tienda que habia puesto á su abrigo por la tarde, quiere arrancar de paso algunas piedras, pero que bien presto fatigado de un trabajo infructuoso se entra y desaparece en desiertos no conocidos.

Mas ya el Cristianismo y el mundo moral van á ser combatidos por su base : se ha reconocido que la Iglesia y todos sus dogmas reposan sobre la autoridad como sobre una roca inmóvil é inalterable : al punto la multitud de los sectarios, divididos en todo lo demás, se unen para minar este fundamento de todas las verdades. La *reforma* es en el principio su grito de guerra ; luego será la *filosofía* : escuchadlos ; vienen á limpiar la tierra de los abusos que el tiempo y las pasiones han introducido, y á curar al espíritu humano de las preocupaciones que le obscurecen y degradan. Armados de este pretexto seductor multiplican sin término las *destrucciones* : la supremacía del Jefe de la Iglesia, el Episcopado, el orden de los Pastores, los Sacramentos, el culto y sus santas ceremonias, nada se libra de la temeridad de su zelo reformador. Mutilando á porfía la fe, y apresurándose en algun modo á librarse del tormento de creer como del de obedecer, proclaman rápidamente en sus símbolos efímeros é inconstantes la abolición de todos los dogmas religiosos y sociales. Bajo diversos nombres que indican las fases sucesivas de una misma doctrina, Luteros, Socinianos, Deístas, Ateos, prosiguen con una tenacidad incansable su plan de ataque contra la autoridad. Niegan los misterios del Cristianismo, niegan su moral, niegan á su Autor, « niegan á Dios, y se niegan á sí mismos. En esto viene á terminar la razón humana ! ».

Hasta aquí hemos pintado el delirio de sus opiniones ; pero su rabia desenfrenada ¿quién la pintará ? ¿quién contará sus esfuerzos impíos y negras maquinaciones ? ¡ Insensatos ! En vano atacan una Religión contra la cual no es dado al hombre prevalecer ; ella levanta su cabeza coronada de luz, mientras que ellos

<sup>1</sup> *Ensayo analítico sobre las leyes del Orden Social*, por M. de Bonald.

rodando de abismo en abismo, corriendo en su caída todos los grados del error, sin poderse detener en ninguno, agobiados bajo el peso vengador de las verdades que blasfeman, se precipitan y hunden en el abismo tenebroso de la indiferencia, donde el crimen estúpidamente tranquilo, se duerme en los brazos de la voluptuosidad sentada á los piés del horroroso idolo de la nada.

Tal es el lamentable fin en que viene necesariamente á parar toda esa filosofía sin regla, que, en vez de dejarse conducir por una guía superior, por la misma razón divina, se esfuerza á substituir á esta la razón humana, hace de ella la base de su fe, y acaba por negarlo todo, porque nada puede comprender, y nada quiere practicar. Uno de aquellos hombres singulares que descubren las cosas á largas distancias porque saben colocarse en una grande altura, Bosuet, observando que todos los dogmas habian sido sucesivamente atacados sin éxito alguno, predecía mas de un siglo ha lo que vemos cumplirse en nuestros días. Espíritus débiles, que palpando los efectos quereis aun desconocer la causa, oid las palabras proféticas del orador cristiano : « Yo preveo, » dice, que los libertinos, y los *espíritus fuertes* llegarán á verse desacreditados, no porque se conciba horror de sus sentimientos, sino porque todo, » excepto los placeres y los negocios, vendrá á mirarse y á dar en la indiferencia. » ¿ Lo habeis oído ? Dad ahora una ojeada al rededor de vosotros, y responded. ¿ Qué veis por todas partes sino una indiferencia profunda sobre las obligaciones y creencias, junto con un amor desenfrenado á los placeres y un apego y sed insaciable del oro, por cuyo medio nada hay que no se pueda alcanzar ? Todo se compra, porque todo se vende ; la conciencia, el honor, la religión, opiniones, dignidades, poder, el respeto mismo, vasto y general naufragio de todas las verdades y de todas las virtudes.

La absoluta extincion del sentido moral hace que ni aun merezca atencion el error especulativo; se le desprecia por lo que es, lo mismo que la verdad; no se piensa, ni aun se hace caso de ello: y no pudiendo aniquilar el libro de la naturaleza que se despliega magnificamente á los ojos de todos, se borra con cuidado el nombre de Dios, y apresurándose á volver las hojas que recuerdan al Criador, se detiene únicamente la vista en las que nos instruyen de las propiedades de los cuerpos, y de los placeres que de ellas se pueden sacar.

Observad cuan inmenso camino ha sido necesario correr antes de llegar á los últimos excesos que acabo de pintar. La orgullosa razon, que no solo quiere conocer, sino aniquilar y crear segun su capricho y el interés de las pasiones, arrojada sucesivamente de todos los puestos que ocupaba, se refugia de ruina en ruina siempre perseguida por la verdad que la estrecha, y no la deja respirar. Repelida hasta los límites del mundo intelectual, no teniendo ya mas asilo que el ateismo, se precipita ciegamente en él para ocultar en las tinieblas la humillacion de su derrota. Pero allí comienza un nuevo suplicio: para asegurarse este asilo comprado á tanta costa le sería necesario destruir aun, y no le queda nada que destruir mas que á sí misma. En situacion tan desesperada ¿qué hará? ¿qué resolucion tomará? Tiembla, se horroriza, pero no duda; el orgullo la arrebató, y consume el sacrificio.

Desde entonces á la agitacion y á la ardorosa fiebre, tristes pero al fin seguros indicios de vida, suceden la calma y el silencio de la muerte. Ya no hay alteraciones, no hay disputas; parece que reina una perfecta paz; pero ¡ay! paz lúgubre, paz triste, paz mil veces mas destructora que la guerra que la ha precedido.

Desengañada la filosofia de sus propios desvarios, no atreviéndose á reproducir los sofismas tantas veces refutados, ni pudiendo inventar otros nuevos, porque

no hay ni puede haber mas que un cierto número de objeciones contra las mismas verdades, irritándose de su impotencia, la que se creia tan poderosa con su razon cesa enteramente de raciocinar. Ya no dice: escuchad mis pruebas; sino, no quiero oír, ni atender las vuestras. No habiendo podido, despues de innumerables tentativas, hacer la menor brecha al Cristianismo, lo declara indigno de sus ataques, y aun de su exámen. Llegada al fondo del abismo lo menosprecia, y demasiado instruida para arrostrar la evidencia que resultaría en breve de una discusion seria, á todo lo que se le puede decir, responde: ¿qué me importa? y sonriéndose con desden vuelve á otra parte la cabeza.

El ateismo, decia Leibnitz, será la última de las herejias; y en efecto, la indiferencia que le sigue, y camina en pos de él, ya no es una doctrina, porque los indiferentistas verdaderos ni niegan ni afirman nada; no es duda, porque esta, como estado de suspension entre dos probabilidades contrarias, supone un exámen previo; es si una ignorancia sistemática, un sueño voluntario del alma que apura su vigor en resistir á sus propios pensamientos, y luchar contra recuerdos importunos, un entorpecimiento universal de las facultades morales, una privacion absoluta de ideas acerca de las cosas que mas le importa al hombre conocer. ¡Tal es, á lo menos en cuanto el discurso puede representar, lo que nada ofrece que no sea vago, indeciso y negativo! ¡tal es el horrible y estéril monstruo que se llama indiferencia! Todas las teorías filosóficas, todas las doctrinas de impiedad vienen á confundirse y desaparecer en este sistema devorador, verdadero sepulcro de la inteligencia, al cual ella baja sola, desnuda, abandonada igualmente de la verdad y del error; sepulcro vacío, en donde ni aun huesos se perciben.

De esta fatal disposicion, hecha casi universal, ha

resultado bajo el nombre de *tolerancia* un nuevo género de persecucion y de pruebas, la última sin duda que debe sufrir el Cristianismo <sup>1</sup>. En vano una filosofía hipócrita hace resonar á lo lejos las palabras seductoras de moderacion, indulgencia, condescendencia mútua y de paz : la miel pérfida de estas palabras disfraza muy mal la hiel amarga de los sentimientos que abriga en su corazon. Su odio inveterado contra todo principio religioso se descubre al través de esas fingidas demostraciones de benevolencia general y de dulzura. ; Extraña moderacion en efecto, y mas extraña tolerancia! Hemos oido muchas veces decir que la prudencia aconseja tolerar por algun tiempo ciertos errores : pero tolerar la verdad, ¿ qué otra cosa es sino una pretension insolente y sacrilega, una protestacion sediciosa contra la soberania que le pertenece en el mundo moral, una confesion implicita de la imposibilidad de destruirla? ; Quién, antes de este siglo de *luces*, oyó jamás tolerar la inmortalidad del alma, la vida futura, el castigo del crimen, y las recompensas de la virtud. . . . . tolerar á Dios? ; Y á qué se reduce en realidad esta tolerancia? Contemplad el estado de la Religion : no se la proscribire, pero se la esclaviza : no se degüellan sus ministros, pero se les degrada y empobrece para encadenar el ministerio. El envilecimiento es el arma con que se le combate, se le menosprecia, se le prodigan ofensivos y afrentosos desfavores, y la injuria aun mas amarga de una proteccion insultante. Algunas monedas, que la avaricia del que las da, envidia á la miseria del que las recibe, honores irrisorios, trabas

<sup>1</sup> La que se nos predice para el fin de los tiempos, será en algun modo una guerra personal del *hombre de pecado* contra Dios; y el estado á que caminamos es una de las señales por donde se reconocerá esta última guerra anunciada por Jesucristo. ; *Creéis que cuando venga el Hijo del Hombre hallará todavía fe sobre la tierra?* Luc. xviii, 8.

sin número, leyes opresoras, disgustos continuos y cadenas; hé aqui las liberalidades magnificas con que no se sacian de obsequiarla muchos de los gobiernos. Instruidos por una experiencia terrible, no se atreven á ensayar el pasarse enteramente sin ella ; pero un sentimiento mas fuerte que la voz de la experiencia los lleva á demoler con una mano lo que edifican con la otra. El interés mismo, ese interés por lo comun tan poderoso, no tiene fuerza bastante para empeñarlos á disimular la aversion secreta que les inspiran las creencias que son su salvaguardia. La *alta política* de nuestros días, convencida á su pesar de la necesidad de unir la tierra con el cielo, al hombre con su Criador, va á buscar en lo interior del Santuario al Soberano Ser que en él se adora, le cubre con unos harapos de púrpura, le pone un cetro de caña en la mano, una corona de espinas en la cabeza, y mostrándole al pueblo dice : *Hé aquí á Dios*.

En vista de esto, ¿ nos admiraremos que la Religion asi humillada y deshonrada no encuentre mas que indiferencia? Despues de mas de mil y ochocientos años de combates y de triunfos el Cristianismo sufre al fin la misma suerte que su Fundador. Citado, por decirlo asi, á comparecer, no delante de un procónsul, sino ante todo el género humano, se le pregunta : *Rex es tu?* ; *Eres tú Rey?* ; Es cierto, como te acusan, que pretendes reinar sobre nosotros? *Tú lo has dicho*, responde : si, *yo soy Rey*, yo reino en los entendimientos ilustrándolos, en los corazones arreglando sus movimientos y aun sus deseos; reino sobre la sociedad por mis beneficios. El mundo yacia sepultado en las tinieblas del error; yo *he venido á traerle la verdad*: hé aqui mi título : *El que ama la verdad, oye mi voz, me escucha*. Pero ya esta palabra no tiene sentido alguno para una razon pervertida; y es necesario explicársela. ; *Qué es verdad?* pregunta el juez estúpido y distraido, y sin esperar la respuesta, *sale*, declara

que *nada halla* en el acusado que lo haga digno de *condenacion*, y le entrega con indiferencia á la multitud para que le sirva de juguete, y de allí á poco de víctima <sup>1</sup>.

Esta escena tan grandiosa en su sencillez como todo lo que contiene el Evangelio, pinta mejor que los mas largos discursos ese desfallecimiento mortal, esa especie de muerte intelectual en que caen los hombres y los pueblos cuando dejando de ser engañados por las ilusiones del error, se niegan obstinadamente á ceder á la convicción de la verdad. « Tal es, clamaba pocos años ha un orador elocuente, tal es el dia de hoy la profunda llaga de la Iglesia; ó para servirnos de la expresion de los Libros Santos, su llaga desesperada; *desperata est plaga ejus* <sup>2</sup>. Porque en verdad, ¿qué podemos oponer á este estado de cosas? Se puede resistir á la violencia y fuerza declarada; pero ¿qué se podrá oponer á esas armas invisibles de la indiferencia y el desprecio, que rehusan toda especie de lucha? ¿cómo desalojaremos á la impiedad de este último puesto, donde fatigada de los combates ha venido á atrincherarse últimamente? Se conocen bien los remedios para las enfermedades corporales; pero ¿quién encontrará remedio á esta enfermedad epidémica de los espiritus? Se puede saber cómo se cura un enfermo que desea la salud; pero ¿por dónde empuzaremos la de aquel que no quiere sanar, y ni sabe siquiera si está enfermo, y que á las puertas mismas de la muerte tiene toda la confianza y seguridad de la salud? ¿quién le sanará? Sabemos cómo, y de qué manera se puede refutar un error, ó defender un dogma; mas ¿qué refutacion queda que hacer, ó qué instruccion que dar cuando se duda de todo, y el primer dogma es despreciar

<sup>1</sup> Joan. xviii, 37, 38. — <sup>2</sup> Mich. i, 9.

» todos los dogmas? Conocemos el freno que se puede poner al fanatismo religioso, pues que la Religion misma le señala; pero ¿qué arbitrio hay para contener el fanatismo filosófico? ¿dónde estará su contrapeso? y ¿cómo hacer oír la razon á unos hombres que no tienen mas regla de verdad que su propia razon, y que al modo que aquellos fariseos locamente presuntuosos de que habla san Juan, nos dicen fria y dogmáticamente: nosotros somos sabios porque somos sabios, y vemos porque vemos: *quia videmus* <sup>1</sup>? En fin, podemos contener un torrente en su curso impetuoso; pero ¿quién moverá esas aguas cenagosas y estancadas de una corrupcion reflexiva que se complace en su reposo, y no conserva energia sino para la intriga y la avaricia? ¿quién las moverá? y ¿quién sino Dios por un milagro singular de su misericordia puede sacarnos de este entorpecimiento inexplicable que desconcierta á un tiempo las observaciones de los sabios, y la solicitud de los pastores; y de esta consuncion y postracion moral, contra las que nada pueden ni la fuerza de la razon, ni la vehemencia del zelo, ni el vigor de las leyes, ni la fuerza tampoco de las armas <sup>2</sup> »

¡Estupor incomprendible el de los hombres de nuestros dias! Cuanto mas heridos se ven de la luz, mas se endurecen: cuanto mas esfuerzos hace la verdad para atraerlos á si, mas indiferentes son á la verdad. Mueran, pues, ya que quieren morir; pero quitémosles al menos toda excusa; hagamos patentes sus inconsecuencias y sinrazon; obliguémosles á avergonzarse del idolo á quien todo lo sacrifican, verdad, virtud, y hasta la misma vida.

<sup>1</sup> Joan. ix, 41.

<sup>2</sup> Carta pastoral del señor. Obispo de Troyes en la entrada en su diócesis, p. 11.

Lograremos este fin si demostramos que la indiferencia en materia de Religion, que se ensalza hoy como el último esfuerzo de la razon, y el mas precioso beneficio de la filosofía, es tan absurda en sus principios como funesta en sus efectos: y esperamos dar tanta evidencia á estas dos proposiciones, que aun los mismos que tuvieren el triste valor de negarlas, no lo tendran para combatir las é impugnarlas con la fuerza del racionio.

Y desde luego, no hay cosa mas absurda que la indiferencia, porque razonablemente no se puede apoyar sino en estos dos principios, á saber: ó que no nos interesa el asegurarnos de la verdad de la Religion, ó que nos es imposible descubrir una verdad que tanto nos importa conocer: dos principios que haremos ver son igualmente falsos que absurdos; manifestando además que todos los hombres en general y cada uno en particular tienen un medio seguro, fácil é infalible de convencerse de la necesidad de la Religion, y discernir la verdadera.

Nada es mas funesto que la indiferencia, porque ella conduce directamente á todas las calamidades y á todos los crímenes; enerva y destruye insensiblemente todas las facultades morales; y en fin, es incompatible con el orden de la sociedad.

Por último, para quitar así á la pereza como á la ignorancia aun el mas ligero pretexto de tranquilizarse en este estado deplorable, omitiremos cuidadosamente toda discusion que suponga conocimientos extraños al comun de los hombres, de manera que la luz natural mas regular baste para que se lea con fruto este libro.

Tal vez algunas almas débiles, algunos espíritus ligeros no enteramente pervertidos, despues de haberse dejado arrastrar por lo que llaman *el movimiento del siglo*, penetradas de un justo horror á la vista del abismo adonde corren, se decidirán á exa-

minar seriamente lo que hasta aquí han menospreciado sin conocerlo. Esto es únicamente lo que les pedimos; no les decimos: *creed*, sino *examinad*.

Aunque la materia que nos proponemos no exige que se demuestre la verdad del cristianismo, con todo daremos pruebas suficientisimas para convencer á los incrédulos de buena fe. Acaso encuentren tambien aqui una instruccion mas ventajosa y útil que la que podrian sacar de una refutacion directa de sus errores; pero siempre y seguramente hallarán motivos bastantes que justifican, y aun imperiosamente mandan el examen que les empeñamos á emprender. Quiera Dios se determinen á ello por la gloria de la verdad, y por su propio bien! Sea lo que fuere de su persuasion, estas dos cosas son inseparables: que no hay dicha ni felicidad sino en el seno de la verdad, porque no hay tranquilidad sino en ella. El error embriaga, la indiferencia adormece; pero ni una ni otra llenan el vacío del corazón. Lo repetimos, nuestro único deseo es que se examine de buena fe; esto es lo que únicamente nos hemos propuesto, y si lo conseguimos de uno solo que sea, nos daremos por contentos, y nuestro trabajo está pagado con usuras.

ÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INTRODUCCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lograremos este fin si demostramos que la indiferencia en materia de Religion, que se ensalza hoy como el último esfuerzo de la razon, y el mas precioso beneficio de la filosofía, es tan absurda en sus principios como funesta en sus efectos: y esperamos dar tanta evidencia á estas dos proposiciones, que aun los mismos que tuvieren el triste valor de negarlas, no lo tendran para combatir las é impugnarlas con la fuerza del racionio.

Y desde luego, no hay cosa mas absurda que la indiferencia, porque razonablemente no se puede apoyar sino en estos dos principios, á saber: ó que no nos interesa el asegurarnos de la verdad de la Religion, ó que nos es imposible descubrir una verdad que tanto nos importa conocer: dos principios que haremos ver son igualmente falsos que absurdos; manifestando además que todos los hombres en general y cada uno en particular tienen un medio seguro, fácil é infalible de convencerse de la necesidad de la Religion, y discernir la verdadera.

Nada es mas funesto que la indiferencia, porque ella conduce directamente á todas las calamidades y á todos los crímenes; enerva y destruye insensiblemente todas las facultades morales; y en fin, es incompatible con el orden de la sociedad.

Por último, para quitar así á la pereza como á la ignorancia aun el mas ligero pretexto de tranquilizarse en este estado deplorable, omitiremos cuidadosamente toda discusion que suponga conocimientos extraños al comun de los hombres, de manera que la luz natural mas regular baste para que se lea con fruto este libro.

Tal vez algunas almas débiles, algunos espíritus ligeros no enteramente pervertidos, despues de haberse dejado arrastrar por lo que llaman *el movimiento del siglo*, penetradas de un justo horror á la vista del abismo adonde corren, se decidirán á exa-

minar seriamente lo que hasta aquí han menospreciado sin conocerlo. Esto es únicamente lo que les pedimos; no les decimos: *creed*, sino *examinad*.

Aunque la materia que nos proponemos no exige que se demuestre la verdad del cristianismo, con todo daremos pruebas suficientes para convencer á los incrédulos de buena fe. Acaso encuentren tambien aqui una instruccion mas ventajosa y útil que la que podrian sacar de una refutacion directa de sus errores; pero siempre y seguramente hallarán motivos bastantes que justifican, y aun imperiosamente mandan el examen que les empeñamos á emprender. Quiera Dios se determinen á ello por la gloria de la verdad, y por su propio bien! Sea lo que fuere de su persuasion, estas dos cosas son inseparables: que no hay dicha ni felicidad sino en el seno de la verdad, porque no hay tranquilidad sino en ella. El error embriaga, la indiferencia adormece; pero ni una ni otra llenan el vacío del corazón. Lo repetimos, nuestro único deseo es que se examine de buena fe; esto es lo que únicamente nos hemos propuesto, y si lo conseguimos de uno solo que sea, nos daremos por contentos, y nuestro trabajo está pagado con usuras.

ÓNOMA DE NUEVO LEÓN

RECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DE LA INDIFERENCIA

EN

# MATERIA DE RELIGION.

### CAPÍTULO I.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA INDIFERENCIA RELIGIOSA.

*Exposición de los tres sistemas á que se reduce la indiferencia dogmática.*

El espíritu humano tiene sus épocas de sabiduría y de vértigo, de grandeza y de decadencia como las tiene la sociedad; y la sociedad no está sujeta á estas revoluciones diversas, sino porque ellas son naturales al espíritu humano, cuya suerte participa invariablemente. Esta verdad, que, enlazando y uniendo la moral con la legislación, da á las teorías políticas una base fija, no se habia ocultado al talento penetrante de Pascal: nadie mejor que él conoció el imperio de la opinion, á quien llamó *Reina del Mundo*, y fácilmente se conocerá que no exagera nada si se profundiza un poco su pensamiento, y por opinion se entienden las doctrinas dominantes. Su imperio sobre los hombres es absoluto, aunque alguna vez á la larga llegue á ser aparente, que es lo que engaña á tantos observadores superficiales, incapaces de abrazar en una sola ojeada de espíritu una vasta complicación de relaciones, y unir á largas distancias lo presente con lo pasado. Perciben hechos, buscan la causa, pero muy cerca de sí; espectadores de las tempestades que agitan la sociedad, del flujo y reflujo de los acontecimientos de que se compone su historia, explican cada

uno por el inmediato, cada oleada como si no tuviera mas impulso que el de la que inmediatamente la impele, en vez de remontarse y subir desde luego á la impulsión general que las produce todas. Así es como seriamente se atribuyó á la envidia de un fraile<sup>1</sup> la *Reforma* del siglo XVI, y á un simple *défait* de algunos millones en las rentas la revolucion francesa.

Es necesario decirlo, porque nunca llegaremos á penetrarnos demasadamente de esta verdad, que todo sale de las doctrinas: costumbres, literatura, constituciones, leyes, la felicidad de los estados y sus desastres, la civilización ó su barbarie, y esas crisis espantosas que hacen desaparecer los pueblos ó que los renuevan, segun que en ellos hay mas ó menos resto de vida.

El hombre no obra sino porque cree, y los hombres reunidos y formando cuerpo obran siempre conforme á lo que creen, porque las pasiones de la multitud están determinadas tambien por su creencia. Si esta es pura y verdadera, la tendencia general de las acciones es recta y está en armonía con el orden: si es errónea, las acciones al contrario se depravan: porque el error vicia, y la verdad perfecciona. Esto se hizo sensible en el principio del Cristianismo, cuando puestas al lado una de otra la Religion de los sentidos y la Religion del espíritu en una misma sociedad, los ojos podian á cada hora comparar sus efectos, al mismo tiempo que la razon comparaba sus doctrinas.

De aquí se sigue primeramente, que no hay, con respecto á la sociedad, doctrina alguna indiferente en Religion, en moral, en política; en segundo lugar, que la indiferencia considerada como un estado permanente del alma, es opuesta á la naturaleza del hombre, y destructiva de su ser.

Decimos, que con respecto á la sociedad no hay doctrina indiferente, y es extraño se nos obligue á probar en el siglo *de las luces*, y á pueblos cristianos, un principio tan evidente que las naciones paganas habian llegado á sentar como una de las primeras máximas de su

<sup>1</sup> Lutero sentido, dicen algunos, de que no le encargaron á él la predicacion de las indulgencias, y prefirieron á otro.

política. Conocian bien que la estabilidad de los estados dependia de la estabilidad de la creencia. Observadlas, principalmente en la época de su mayor gloria y poder, cuan zelosas se mostraron de la conservacion de las doctrinas establecidas. Sabido es el juramento que hacian los jóvenes Atenieses en el templo de Agraule: « Juro pelear » hasta morir por los intereses de la Religion y de la » patria, y que constantemente viviré en la fe de mis » mayores. » Caton no temia tanto la introduccion de la filosofía de los Griegos en su patria, sino porque preveia que los Romanos, aprendiendo á disputar sobre todo, acabarían por no creer nada<sup>1</sup>, y el suceso justificó completamente sus temores. Los filósofos, aunque desterrados muchas veces de Roma, triunfaron al fin de la resistencia de las leyes, de la prudencia del senado, y aun de los mismos destinos de la *Ciudad eterna*. Algunos sofistas, armados de la duda, hicieron lo que no habian podido conseguir las fuerzas del mundo entero: vencieron con opiniones á aquella república soberbia que habia vencido á toda la tierra; y es un hecho digno de la mas atenta consideracion, que todos los imperios, cuya historia es conocida, y que el tiempo y la prudencia habian consolidado y afirmado, fueron trastornados por los sofistas.

Los grandes trastornos en el orden político van siempre unidos con iguales trastornos en las opiniones, y el secreto de conmovier los pueblos es el arte de persuadirlos: cuanto mas viva es esta persuasion, mas poderosa es la accion que resulta de ella. Mahoma persuade á algunos Arabes que su cimitarra debe someter el mundo al Alcoran, y en menos de un siglo la media Luna tremola desde las orillas del Eufrates á las del Ebro. Lutero y sus discípulos persuaden á una parte de la Europa que la *Soberanía reside en el Pueblo*, y bien pronto la sangre de los reyes corre sobre los cadalsos. La lógica de las naciones es tan rigurosa como la misma verdad de Dios. Un individuo puede retroceder al ver ciertas consecuencias; la sociedad nunca. Una cosa mas fuerte que el horror de su destruccion la arrastra, y aun pereciendo, obedece á

<sup>1</sup> Hé aquí porque nuestros revolucionarios trabajaron con tanto afan por excitar en sus periódicos tantas cuestiones y disputas: el fin es ya conocido: hacer perder el respeto á las cosas mas santas.

la ley general conservadora de los seres inteligentes, á esa razon inmutable y universal que forma, por decirlo así, el fondo de todos los espíritus, y cuya rectitud inflexible no puede alterarse por cosa alguna, bien sea que se aplique al error ó á la verdad.

En toda doctrina hay necesariamente ó verdad ó error; luego toda doctrina influye ó en bien ó en mal de la sociedad; luego no hay doctrina alguna que sea indiferente para ella, á menos que no se diga que el vicio y la virtud, el órden y el desórden son cosas indiferentes. Se ha sostenido en efecto así, y esta es la mejor prueba á mi entender de la existencia de esa ley de que acabamos de hablar, y que tarde ó temprano obliga á salir de su principio las consecuencias mas extremadas, porque cuesta menos al orgullo confesarlas, y alguna vez á la conciencia practicarlas, que le cuesta el negarlas á la razon.

En los tiempos que se llaman bárbaros, el cristianismo habia afirmado y templado el poder, santificado la obediencia, establecido las verdaderas relaciones sociales, purificado las costumbres, y muchas veces tambien suplia por las leyes. Él enriqueció la Europa con instituciones admirables, que, llenando el vacío siempre inmenso que dejan las instituciones políticas, por el dulce influjo de una caridad pródiga en beneficios, estrecharon con el estado la clase innumerable de los desgraciados. Gracias al imperio que ejercia sobre las ideas, y mas aun sobre los corazones, el hombre llegó á ser sagrado para el hombre. Hubo sin duda pasiones, y por consiguiente crímenes y delitos; pero la Religion sabia hacer brotar de ellos por medio del arrepentimiento nuevas virtudes. Las acciones, sujetas á la regla invariable de las obligaciones, lo mismo que los pensamientos, se dirigian en su mayor parte al bien general, y esto es lo que caracteriza aquella época. El que era poderoso lo era para bien del débil, y el rico para favorecer al pobre. En vez de delirar sobre un órden de cosas exento de toda imperfeccion se dejaba al órden existente perfeccionarse poco á poco por sí mismo, y cada uno en su esfera se dedicaba á remediar el mal particular que mas llamaba su atencion. De aquí, además de esas limosnas pasajeras y diarias, tantos establecimientos permanentes erigidos en favor de

la indigencia, que se levantaban á cada paso en las ciudades, en los campos y en los caminos públicos, como otros tantos arcos triunfales de la caridad. Entonces no se creia haber cumplido todos los deberes de la humanidad alargando un pedazo de pan á un miserable; se sabia que un ser sensible é inteligente *no vive con solo pan*<sup>1</sup>, y que los dolores físicos no son los mas penosos. Una doctrina eminentemente espiritual y compasiva produjo una nueva especie de conmiseracion sublime, ocupada constantemente en recoger los entendimientos extraviados y distribuirles con medida un alimento saludable. No menos noble en sus emociones que inagotable en sus recursos, la piedad no se extendia únicamente á las necesidades de los cuerpos: las almas enfermas, los corazones lastimados tuvieron tambien sus hospicios; y las creencias establecidas, obrando á un tiempo sobre los gobiernos y sobre las naciones, la sociedad se halló gobernada por un poder infinito de amor.

Es inútil observar, que al recordar el influjo de la Religion sobre los destinos del género humano en esta época, considero únicamente sus efectos generales, permanentes y uniformes en todas las regiones, sin que por eso ignore en cuantas circunstancias fué turbada la felicidad pública, ya por las pasiones particulares, ya por las opiniones mas ó menos opuestas á las doctrinas recibidas; y bajo este respecto, la mayor parte de las calamidades, cuya noticia nos conserva la historia de aquel tiempo, confirman singularmente lo que hemos dicho acerca del poder absoluto de la creencia sobre los hombres reunidos en un cuerpo; porque entre todas estas calamidades las que se pueden atribuir al pueblo, ó á una parte de él, nacieron de algun error religioso ó político en que estaba imbuida la multitud.

Sin embargo, á pesar de los desórdenes parciales, y de algunos ligeros extravíos, la Europa se adelantaba á la perfeccion, á que el cristianismo llama, así á los pueblos como á los individuos, cuando la Reforma<sup>2</sup> vino súbita-

<sup>1</sup> Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei, *Matth.* iv, 4.

<sup>2</sup> Este es el nombre que dieron á su cisma todas las sectas que se

mente á detener sus progresos, y á precipitarla en un abismo donde ella se hunde de día en día, y cuyo fondo

separaron de la Iglesia Romana á principios del siglo XVI. Como hablamos á todos, no se extrañará que insertemos á veces notas que no son necesarias á los instruidos. La Historia Eclesiástica no presenta acaso suceso mas interesante : todo estaba tranquilo en Europa : todas sus Iglesias unidas por una misma fe y unos mismos Sacramentos : todas sumisas al Romano Pontífice, á quien reconocian como cabeza de la Iglesia universal. Lutero en Alemania empieza á declamar contra el abuso de las Indulgencias ; en seguida las impugna y ataca, al Papa que las concede, la Iglesia, su autoridad, y se separa de la Iglesia Romana : arma en su favor la Alemania, alhaga las pasiones, y arrastra á la Dinamarca, Suecia, y parte de Polonia y Hungría en su cisma. Zuinglio en Suiza principia casi del mismo modo, sigue los mismos pasos, quita las ceremonias, se desenfrena contra la mayor parte de los dogmas, etc., y uno y otro llaman *Reforma* la variacion que hacen en ellos y en el culto, y toman la cualidad de *Reformadores* ó *Reformados* : inspiran su fanatismo, y forman discipulos que llevan sus errores de unas partes á otras : enseñan en Inglaterra, y la Iglesia anglicana adopta una parte de ellos : turban los Países-Bajos : ocasionan la República de Holanda, sublevando aquellas provincias y haciendo dominante en ellas la religion de Calvino : penetran en Francia, se multiplican como tolerados, y obtienen el libre ejercicio de su religion por mas de un siglo, formando en ella un semillero de sediciones continuas que tanta parte han tenido en sus últimos trastornos : la España se libró por el Tribunal de la Fe. No es de nuestro intento exponer aqui sus errores particulares ; pero conviene mucho á nuestro propósito manifestar los principios que les eran comunes. No queriendo distinguir entre los abusos ó excesos de algunos particulares ( que la Iglesia nunca aprobó ), y entre la Iglesia misma que reprobaba estos abusos, no habiendo de culparse á si mismos, se obstinan y arrojan á decir : 1º que la Iglesia Romana ha caído en error, ha prevaricado : desconocida su autoridad, y no teniendo ya regla viva que seguir, establecen : 2º por única regla de la fe la Escritura ; y como desechados los pastores no habia mas razon para señalar por intérpretes á unos que á otros, enseñan : 3º que todo fiel es juez del verdadero sentido de la Escritura, y tiene derecho á juzgar de lo que pertenece á la fe, de separarse de la sociedad que ha caído en error, y adherirse á otra, ó formar una nueva en la que él restablezca la fe, y culto en su pureza. Hé aquí el germen de la division, y de la independencia, que con tantos desórdenes ha pasado tambien á lo político. Roto el freno y principio de *autoridad* que contenia, é introducido el derecho de *examinar*, ya no hubo término á las interpre-

no conocemos aun. ¿Cómo se hizo esta revolucion? Por una variacion total en las doctrinas. Al principio de *autoridad*, base necesaria de la fe religiosa y social, se substituyó el principio de *examen*, es decir, se puso á la razon humana en lugar de la divina, ó al hombre en lugar de Dios. El hombre entonces vino á ser enemigo del hombre, porque creyéndose cada uno soberano de *derecho* así en el orden político como religioso, aspiró de *hecho* á la soberanía, y quiso establecer el reino é imperio de su razon particular, y poder particular ; pretension absurda, pero consiguiente, y que inevitablemente debia terminar en la servidumbre política y anarquía religiosa, que en realidad de verdad es hacerse esclavo de todos los errores. Tal fué la causa de las guerras furiosas que inundaron de sangre la Alemania, Bohemia, Francia, Inglaterra, y los Países-Bajos. El espíritu de independencia ó de dominacion, que es lo mismo, aunque bajo diversas apariencias, pasó de las opiniones á las costumbres. Se habia negado la autoridad ; al primer paso se sacudió el yugo de la obediencia, y cada nueva negacion condujo á una nueva destruccion. Negando el sacrificio, se destruyó el culto y los monumentos de él : negando el libre albedrio, y la vida futura, se destruyeron las obligaciones ; negan-

taciones ; cada uno juzgó é interpretó á su arbitrio, y del seno de la *Reforma* de Lutero, Zuinglio y Calvino nacieron mil sectas diferentes, tan opuestas entre si, como enemigas de la Iglesia Romana ; los *Anabaptistas* que se dividieron en trece ó catorce sectas particulares ; los *Sacramentarios* distribuidos luego en otras nueve ; los *Confesionistas* divididos en veinte y cuatro ; los *Extravagantes*, es decir, los que tenian sentimientos opuestos á la confesion de Ausbourg, y se dividieron en seis : los *Calvinistas* divididos en *Gomaristas* y *Arminianos*, *Puritanos* y *Anglicanos* ; y en fin *Serveto*, *Okino*, los *Socinianos* y nuevos *Arrianos* : ni era extraño ; en sus principios cada uno tenia la misma autoridad para interpretar á su modo, y así lo hicieron : rasgaron la túnica inconsútil de Jesucristo, y de principio en principio, de consecuencia en consecuencia, casi no se sabe lo que creen, y si se sabe hoy no se podrá saber mañana ; pero siempre es digno de notarse que estos mismos principios aplicados á lo político, han causado esa fermentacion y trastorno general en casi todo el mundo, y que por último todas estas sectas, cual mas, cual menos, se van precipitando al Deísmo, si no han dado ya en el Indiferentismo.

do en fin á Dios, se destruyó todo, leyes, sociedad, el hombre mismo.

Después de una experiencia tan decisiva, no creo haya quien se atreva á poner en duda el extremado influjo de las doctrinas en la sociedad, ni suponer que pueda haber algunas que sean indiferentes para ella. Mas si no se quiere creer á la experiencia, créase á lo menos á la filosofía. ¿No se autorizaba ella poco ha para acreditar sus errores, que llamaba verdades, con la relación íntima é inseparable que hay entre la creencia y las acciones, entre la felicidad ó desgracia del género humano y las opiniones dominantes? Por el espacio de cincuenta años no ha cesado de repetirnos esta máxima; y las pruebas de hecho con que ha querido últimamente apoyarla, la han demostrado hasta la evidencia aun para los mas ciegos.

Bastaría, pues, saber que no hay doctrina alguna indiferente para la sociedad, para concluir que la indiferencia es opuesta á la naturaleza del hombre, que es esencialmente sociable. Sin embargo, sin insistir en una consecuencia, cuya legitimidad y exatitud acaso no será conocida de todos, trataremos de manifestar esta verdad por otro camino.

« Se puede definir la indiferencia absoluta la extincion  
» de todo sentimiento de amor y de odio en la voluntad,  
» en razon de la falta de todo juicio y de toda creencia en  
» el entendimiento. » Juzgar y creer, amar y aborrecer,  
son actos inherentes á la naturaleza de los seres inteligentes y racionales; este es su modo esencial de existir; despojarlos de él, seria aniquilarlos. Quitad el deseo ó el amor, y destruis la voluntad; quitad la conviccion ó la fe (entendiendo por esta palabra la acquiescencia<sup>1</sup> ó conformidad de la razon á una verdad real ó presunta), y destruis

<sup>1</sup> S. M. parece confundir aquí el acto con la potencia, pero nosotros los debemos distinguir; entiéndase no precisamente la actual y de hecho, sino la facultad ó poder de adherir ó asentir á la verdad, etc., porque ser inteligente es, no solo el que actualmente y de hecho piensa, sino el que tiene la facultad y poder de pensar, juzgar, etc., de otra suerte diríamos que la esencia del alma está en el pensamiento, y el hombre dormido no seria ser racional é inteligente: lo mismo debe entenderse del desseo.

el entendimiento; porque ser inteligente es juzgar, es pronunciar que son buenos ó malos, que hay bien ó mal, verdad ó error en los objetos ó en las ideas que el alma considera. Nuestra razon puede sin duda engañarse porque es finita, limitada; es decir, imperfecta, y mil causas extrañas concurren tambien á turbarla: juzga mal, porque no ve mas que una parte de lo que debería ver para juzgar bien, ó no lo ve sino entre sombras que lo obscurecen: sin embargo, aun entonces no queda indiferente, necesariamente juzga segun lo que percibe ó cree percibir.

Es cierto que cuando libres de toda preocupacion, reconocemos que no estamos suficientemente instruidos, tenemos la facultad de suspender el juicio; pero esto mismo es un juicio de otra especie, ó sea declaracion de una verdad claramente conocida; á saber, de nuestra ignorancia, ó invencible ó voluntaria. En este caso, la indiferencia es no solo posible sino inevitable; porque ¿cómo se ha de amar ni aborrecer lo que no se conoce? Sin embargo, esta indiferencia parcial ó relativa no es la destruccion de la inteligencia, como lo es la indiferencia absoluta: es únicamente el estado penoso y aflictivo de su limitacion natural, ó de los límites arbitrarios que le prescribe una voluntad débil ó corrompida; y la indiferencia, considerada bajo este último respecto, vuelve al dominio de la moral; porque cuando depende de nosotros el conocer, puede ser un delito, y delito gravísimo, permanecer indiferentes.

Por lo demás, la indiferencia, de cualquiera clase que sea, solo es propia para humillarnos, pues siempre resulta de la falta de conocimientos, ó de imperfeccion del entendimiento. Y ¿qué gloria puede resultar á una criatura racional de una ignorancia que la degrada? Supongamos que esta ignorancia va siempre en aumento, la indiferencia crecerá proporcionalmente, y se llegará á un mismo tiempo á una total indiferencia, y á un idiotismo absoluto.

Para que el hombre fuese indiferente sobre aquello que conoce, seria necesario que hubiese alguna cosa indiferente en él mismo: « mas yo no temo asegurar, dice uno » de nuestros escritores mas profundos, no temo afirmar » que nada se halla de este género, nada hay indiferente

» ni en la naturaleza, ni en las leyes, ni en las costumbres, ni en las ciencias, y con mucha » mas razon en la Religion..... En todo hay verdadero y » falso, bien y mal, orden y desorden: bien y mal moral, » bien y mal filosófico, político, literario, oratorio, poético, etc., etc.; bien y mal en las leyes y en las artes, » en las costumbres y en los modales, en los procedimientos y en las opiniones, en la especulativa y en la » práctica<sup>1</sup>. » Así el hombre en realidad no es indiferente sino respecto á lo que ignora, ó lo que no existe para él. Él está en relacion de amor ó de odio con todos los objetos de sus pensamientos, y á veces se aferra mas á sus opiniones que á su misma vida<sup>2</sup>. De ahí ese deseo innato de que prevalezcan nuestras opiniones, aun sobre las cosas mas frívolas; de ahí ese encanto, esa afición al estudio, tanto mas viva cuanto el entendimiento está mas cultivado, y los conocimientos son mas extensos; de ahí las controversias en todas materias, ya sobre física, ya de moral, de teología y de gramática; de ahí las sectas y academias, las discordias públicas, los espectáculos, las pasiones que turban la sociedad y las virtudes que la conservan; de ahí en fin el espíritu de proselitismo, tan ridículamente echado en cara á los cristianos, y que se encuentra en todas partes donde quiera que haya una persuasión, lo mismo en las tertulias que en las cátedras, en la política que en la literatura, en las ciencias que en las costumbres, en la filosofía y en la Religion, con sola la diferencia que en la Religion es mas duradero y mas noble, porque encierra mas verdades, y verdades mas importantes.

Hablád á un labrador ocupado en cultivar la tierra de las leyes de la atraccion que la contienen en su órbita; como son ininteligibles para él vuestros discursos, le dejarán indiferente sobre esas leyes de que le habláis, y él no conoce. Sin embargo, nadie por eso dirá que tales leyes son indiferentes en sí mismas, pues que de ellas

<sup>1</sup> Bonald, sobre la tolerancia de las opiniones: *el Espectador francés en el siglo XIX*, t. IV, pág. 69 y 71.

<sup>2</sup> La opinion suele preferirse á la vida, cuyo amor parece tan fuerte y natural.

pende el órden del universo: no lo serán en manera alguna para el astrónomo, que demuestra su existencia, calcula por ellas los fenómenos celestes, y no se cansa de contemplar su regularidad admirable y fecundidad prodigiosa.

Así es que el dominio de la indiferencia se estrecha y reduce á proporcion que la inteligencia se dilata y desenvuelve. Dios sobre ninguna cosa es indiferente, porque lo conoce todo: al contrario la materia es indiferente á todo, porque nada conoce. El hombre, colocado entre estos dos extremos, es mas ó menos indiferente segun que conoce mas ó menos; es decir, segun que se acerca mas á los seres puramente materiales, ó al Ser soberanamente inteligente: de donde nace que el materialismo conduce á la indiferencia especulativa, y por consiguiente al embrutecimiento, al paso que la Religion elevando al hombre hácia Dios, y familiarizándole con los pensamientos mas sublimes, y las doctrinas mas espirituales perfecciona infinitamente su inteligencia<sup>1</sup>, y no le permite ser indiferente sobre nada de lo que esencialmente le interesa.

Es necesario recordar aqui nuestra degradacion primitiva, y la perpetua lucha de los sentidos contra el espíritu, que es consecuencia suya, para comprender como la Religion, en virtud de la perfeccion que exige de nosotros, y de la suya propia, viene á ser para muchos un objeto de odio, y en seguida de indiferencia. Como en ella (la Religion) todo es de rigurosa verdad, nada hay á sus ojos indiferente, ni en el dogma, ni en las costumbres, ni en el culto: por consiguiente no puede dejar al hombre libre para creer y obrar á su arbitrio; antes le obliga á someter su razon á la fe, sus apetitos á las obligaciones, su mismo cuerpo á las prácticas que le impone; y es claro que sujetando de esta suerte al hombre en todo, cansa y desespera sus pasiones. Estas, nunca rendidas, aun cuando obedecen, trabajan sin descansar por romper el yugo que sufren, á mas no poder, murmurando

<sup>1</sup> Es claro que únicamente se habla de la Religion verdadera; las otras no son mas que *opiniones*, y en lo que tienen de falso *opiniones perniciosas*.

do. El orgullo, *padre de la mentira*, y enemigo eterno de la autoridad, sugiere al espíritu una multitud de sofismas tanto mas seductores, cuanto mas lisonjean los deseos secretos del corazón. Estamos muy cerca de no reconocer una cosa por verdadera, cuando se nos figura tener interés en que sea falsa: poco á poco las preocupaciones se fortalecen y extienden; el ejemplo de otros nos arrastra, y casi siempre dominados, á pesar nuestro, por el principio de autoridad que combatimos, cada uno funda su convicción en la fingida convicción de otro. Tal es en compendio la historia de todas las rebeliones contra la verdad: se duda, porque otros dudan; se niega porque niegan y porque nos acomoda negar y dudar. Con todo, al momento se advierte la necesidad de llenar el vacío de las creencias ó símbolos que se desechan: se quiere todavía y necesariamente creer, porque el creer es natural al hombre, y este no se arroja sino por grados á la incredulidad. Así es que ansiosamente se abrazan las apariencias de verdad que se presentan, y nos adherimos á ellas con una especie de obstinación violenta, como quien se agarra á una tabla en un naufragio, y la persuasión ciega del error produce el fanatismo en el obrar. Mas cada error no tiene sino un tiempo determinado, y este breve; no pueden ellos estar de asiento en la casa de la razón; viven allí como si dijéramos bajo de tiendas, y forzosamente se pasa de uno á otro hasta haberlos andado todos. Entonces antes que volver á la verdad que se teme, nos armamos contra ella de la ignorancia, de la distracción y del olvido. Una voluntad perversa la arroja del entendimiento, y se la trata como á aquellos proscritos á quienes no es posible convencer delante de la ley, pero que un tirano receloso y desconfiado hace desaparecer y destierra de la sociedad.

Cuando un pueblo llega á este estado de indiferencia absoluta hácia la verdad, su fin, no lo dudeis, está muy cercano: esta es la señal menos equívoca de la decrepitud de las naciones. En su indolencia apática se asemejan á un viejo que ha perdido hasta la memoria, y solo falta destruir en él algunos órganos gastados, cuya descomposición desagradable acaban de día en día las causas naturales. Objeto de compasión y fastidio aun para los niños, á quienes un noble instinto no los permite reconocer al

hombre donde no perciben ya pensamientos, se le ve arrastrar estúpidamente un resto de vida material, y sin deseos ni sentimientos sumergirse poco á poco en la muerte.

Sin duda depende de los gobiernos evitar ó prevenir esta disolución terrible, protegiendo las doctrinas vitales, fuente fecunda de la energía y vigor que notamos en ciertas sociedades, contra las pasiones que las combaten. La autoridad todo lo puede, así en el bien como en el mal, porque tanto en uno como en otro no se obra sobre los pueblos sino por la autoridad; y la autoridad general, cuando es lo que debe ser, prevalece siempre y necesariamente á las autoridades particulares que aspirasen á trastornar el orden, ó á viva fuerza, ó lo que es mas peligroso, con opiniones: y esta misma es la razón de la duración perpetua de la sociedad religiosa, cuya autoridad general, en virtud de un privilegio divino, está á cubierto de los errores y debilidades á que se halla sujeta la autoridad en la sociedad política. Pero por lo comun los gobiernos, lejos de poner un freno á la licencia y libertad de pensar, cuando es aun tiempo de contener sus progresos, los favorecen al menos con su ejemplo. Ellos son los primeros que no creen; y la irreligion nace de las autoridades ó de los que las rodean, y de allí viené á derramarse de uno en otro hasta las últimas clases de la nación. El pueblo mas adicto y firme en su creencia, porque tiene menos motivo para desear que sea falsa, resiste por largo tiempo á la influencia de las clases superiores. Defiende con su conciencia su fe, que ve atacada con sutilezas, y en lo íntimo de su corazón rodea con un muro sagrado sus esperanzas y consuelo. Pero si una vez llega á sucumbir; cuando á fuerza de corromperle se le ha hecho figurarse nuevos intereses; cuando los vicios mas feos y ver-

1 Malhesherbes, ministro y encargado del juzgado de imprentas en Francia, hacia venir bajo su nombre las *pruebas de la nueva Eloisa*, que se imprimía entonces en Amsterdam, y hacia ejecutar otra en Francia por Rousseau: solicitó además á este para que imprimiese el *Emilio*, prometiéndole su protección; y en efecto, por medio de ella se hicieron dos ediciones de él, una en Holanda, y otra en París. ¡Quién le diría á Malhesherbes que á efecto de aquella desenfadada licencia habia de tener que abogar un día por su buen Rey para librarle de la guillotina, sin poderle librar!

gonzosos vienen á formar sus costumbres habituales, sin que los remordimientos turben su sueño; cuando los premios y castigos de la otra vida ya le parecen preocupaciones de la niñez; en una palabra, cuando la Religión ha perdido para él sus terrores, é ignora igualmente los dogmas y los preceptos; cuando se rie con desprecio al solo oír el santo nombre de Dios, entonces todo temblando me pregunto á mí mismo: ¿si queda algun medio en lo humano para reducir á este pueblo á la creencia de la verdad y á la práctica de la virtud? ¿si de unos seres tan degradados se puede todavía formar hombres? Y no sé en verdad que responder.

Por lo demás, es muy del caso notar que se deben excluir del número de los indiferentistas reales y verdaderos á muchos que aparentan serlo, porque no es tan fácil como se piensa, á no ser un insensato ó groseramente ignorante, que un hombre sea indiferente sobre la Religión, que por todas partes se le descubre, á cada instante se le presenta, la halla dentro y fuera de sí, y donde quiera hace su tormento ó su esperanza. Así es que ni aun para esa secta de filósofos que poco ha vimos trabajando con furor para abolir hasta su nombre, cerrando y demoliendo templos, y degollando sus ministros, la Religión no era ni es indiferente. Un odio, un odio implacable es el sentimiento que anima á estos apóstoles de la impiedad, cuyo ciego fanatismo sacrificaría la sociedad entera al triunfo de sus azarosos é infaustos principios. Ciertamente es necesario tener lástima de estos insensatos, y marcar con el sello del horror sus máximas; pero no pensemos curarlos con razones; han llegado á un exceso de delirio que corta, inutiliza é impide ya toda discusión: no se dirigen tampoco á hombres tan exaltados las reflexiones que vamos á hacer: la verdad para ser conocida pide un espíritu mas tranquilo, y sobre todo un corazón susceptible de abrirse á sus dulces impresiones.

Hay además otra clase de *indiferentistas*, que tampoco intentamos combatir; y lo son esos cristianos débiles, que seducidos por los deleites, distraídos por los negocios, o subyugados tal vez por los respetos humanos, se dejan llevar del torrente del siglo, alejan de su pensamiento, aunque sin ponerlas en duda, las verdades que

les incomodan, y en su consecuencia puede decirse que no pertenecen á la Religión sino por una fe estéril y débiles remordimientos. ¿Qué hemos de decir á estos desventurados? Ellos se condenan á sí mismos; su razón no se niega á confesion alguna: no está aquí la raíz de su mal. A estos no hay necesidad de convencerlos, sino de moverlos y atemorizarlos con la justa y funesta suerte que les amenaza. Lo que importa es introducir el terror en su conciencia aletargada, y despertarla con el formidable trueno de las venganzas de un Dios, cuya paciencia cansan, y cuya misericordia atormentan.

No es este ahora nuestro intento. En este *Ensayo* únicamente nos dirigimos á los indiferentistas por sistema, á esos filósofos indolentes, que, á fuerza de haber oido repetir que todas las religiones son indiferentes, las desprecian todas sin conocer ninguna, rehusan examinar si hay alguna verdadera, y aun tendrían á menos y se avergonzarian de pensar en ello; é imaginándose, sobre la fe ciega de una preocupacion absurda, que la suprema sabiduría consiste en no inquietarse por lo futuro, vegetan en un profundo olvido de la primera obligacion de una criatura racional, que es instruirse en cual es su fin, su origen y su destino. Entre estos lo que uno de ellos mira con indiferencia, á otro le parece de la mayor importancia, según las luces y conocimientos de cada uno: se puede asegurar que su indiferencia varia hasta lo infinito, y presenta tantos grados diferentes, cuantos son no solo los individuos, sino aun los grados de extension de su inteligencia, las combinaciones de pensamientos, y las situaciones posibles del alma en cada individuo.

Sin embargo, considerada, no en las personas sino en las doctrinas, se reduce á tres sistemas, en uno de los cuales es indispensable entrar luego que se sale de la verdad católica; porque esta no se puede impugnar sino negando, ó la autoridad de la Iglesia, ó la autoridad de Jesucristo, ó la autoridad de Dios: tres grandes destrucciones ó errores que constituyen la herejía, el deísmo y el ateísmo.

Dividiremos, pues, en tres clases los indiferentistas dogmáticos. La primera comprende aquellos que, no viendo en la Religión sino una institucion política, no la creen

necesaria sino para el pueblo : la segunda los que admiten la necesidad de una Religion para todos los hombres, pero desechan la Revelacion ; y la tercera, en fin, se compone de los indiferentistas mitigados ó moderados, que reconocen la necesidad de una Religion revelada, pero permiten negar las verdades que enseña, á excepcion de algunos artículos fundamentales.

Despues de algunas reflexiones sobre cada uno de estos sistemas, reflexiones que bastarán para demostrar su inconsecuencia y absurdos, haremos ver que en último resultado todos vienen á parar á un mismo término, á un mismo punto, á saber : en la indiferencia absoluta de la verdad en materia de Religion. Nos dedicaremos pues á combatir esta indiferencia monstruosa, echando abajo los únicos principios en que el raciocinio puede querer apoyarla ; de manera que todos los indiferentistas, cualquiera que sea la modificacion que cada uno de ellos quiera dar á la doctrina general de la indiferencia, se hallarán refutados á un tiempo por lo que diremos de esta doctrina, la cual probaremos es comun á todos ellos.

Con el mayor encarecimiento que podemos rogamos á las personas á quienes se dirige esta obra, alejen de sí al leerla todo espíritu de contencion y de partido. ¿ De qué serviría engañarnos á nosotros mismos ? La verdad no se destruye por obstinarse en no conocerla : ella no deja por eso de ser lo que es, y tarde ó temprano llegará su día. En este, ya acaso cerca de nosotros, y que no podremos evitar, será de poco consuelo la vanidad de haber resistido á su luz. Recibámosla pues con regocijo, venga de donde viniere. Honremos el entendimiento que se nos ha dado elevándole hasta la contemplacion de la verdad infinita é inmutable, que encierra en su seno nuestros intereses eternos. Nuestra perfeccion es conocerla, y nuestra dicha amarla. Criados para ella y para la inmortalidad, reflexionemos que la vida se nos huye, y se nos huye para siempre : elevemos mas alto nuestras miradas ; y como viajeros que solo por momentos transitamos por estas regiones extranjerías, no pongamos nuestro orgullo en persuadirnos que no tenemos patria.

## CAPÍTULO II.

Reflexiones sobre el primer sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de los que, no viendo en la Religion mas que una institucion política, no la creen necesaria sino para el pueblo.

Se halla al lado de la cuna de todos los pueblos á la Religion, así como á la filosofía cerca de su sepulcro. « No » se ha fundado estado alguno, dice Rousseau, que no tuviese por base á la Religion<sup>1</sup>. » Y cuando la filosofía quiso poco ha fundar un estado sin ella<sup>2</sup> se vió forzada á cimentarle sobre sus ruinas : estableció el poder sobre el derecho de trastornarle, la propiedad sobre la expoliacion, la seguridad personal sobre los intereses sanguinarios de la multitud, las leyes sobre sus caprichos. Este órden social filosófico ha existido algunos meses, y durante ellos la Europa ha visto acumularse en su seno mas calamidades y crímenes que cuantos presenta la historia de los diez siglos precedentes ; y si Dios no hubiera abreviado estos dias horrorosos, no sé si habria quedado vivo un solo hombre para recoger el fruto de la leccion mas terrible que jamás se ha dado sobre la tierra.

Digan lo que quieran algunos sofistas ; la experiencia ha hecho ver ya que no puede subsistir un pueblo de ateos<sup>3</sup>, pues sola la tentativa de substituir el ateismo á la

<sup>1</sup> *Contrato social*, lib. iv, c. 8. — <sup>2</sup> En la revolucion francesa.

<sup>3</sup> El ateísta Diderot, apreciador poco sospechoso de su propia doctrina, conviene en esto, y su confesion es de tanto mas peso, cuanto que está consignada en una correspondencia familiar, que, como se crea no habia de ver la luz pública, debe presentar mas fielmente que sus demás obras los verdaderos sentimientos del autor. Hé aqui sus palabras : « Se ha dicho alguna vez que un pueblo cristiano que » siguiese en un todo el espíritu del Evangelio no podria subsistir. » Con mas razon y con mas verdad se verificaria esto de un pueblo » filósofo, si fuese posible formar uno : este tal encontraria su ruina » al salir de la cuna en el vicio mismo de su constitucion. » *Correspondencia literaria, etc.*, por Grim. y Diderot, t. I, pág. 492.

necesaria sino para el pueblo : la segunda los que admiten la necesidad de una Religion para todos los hombres, pero desechan la Revelacion ; y la tercera, en fin, se compone de los indiferentistas mitigados ó moderados, que reconocen la necesidad de una Religion revelada, pero permiten negar las verdades que enseña, á excepcion de algunos artículos fundamentales.

Despues de algunas reflexiones sobre cada uno de estos sistemas, reflexiones que bastarán para demostrar su inconsecuencia y absurdos, haremos ver que en último resultado todos vienen á parar á un mismo término, á un mismo punto, á saber : en la indiferencia absoluta de la verdad en materia de Religion. Nos dedicaremos pues á combatir esta indiferencia monstruosa, echando abajo los únicos principios en que el raciocinio puede querer apoyarla ; de manera que todos los indiferentistas, cualquiera que sea la modificacion que cada uno de ellos quiera dar á la doctrina general de la indiferencia, se hallarán refutados á un tiempo por lo que diremos de esta doctrina, la cual probaremos es comun á todos ellos.

Con el mayor encarecimiento que podemos rogamus á las personas á quienes se dirige esta obra, alejen de sí al leerla todo espíritu de contencion y de partido. ¿ De qué serviría engañarnos á nosotros mismos ? La verdad no se destruye por obstinarse en no conocerla : ella no deja por eso de ser lo que es, y tarde ó temprano llegará su día. En este, ya acaso cerca de nosotros, y que no podremos evitar, será de poco consuelo la vanidad de haber resistido á su luz. Recibámosla pues con regocijo, venga de donde viniere. Honremos el entendimiento que se nos ha dado elevándole hasta la contemplacion de la verdad infinita é inmutable, que encierra en su seno nuestros intereses eternos. Nuestra perfeccion es conocerla, y nuestra dicha amarla. Criados para ella y para la inmortalidad, reflexionemos que la vida se nos huye, y se nos huye para siempre : elevemos mas alto nuestras miradas ; y como viajeros que solo por momentos transitamos por estas regiones extranjerias, no pongamos nuestro orgullo en persuadirnos que no tenemos patria.

## CAPÍTULO II.

Reflexiones sobre el primer sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de los que, no viendo en la Religion mas que una institucion política, no la creen necesaria sino para el pueblo.

Se halla al lado de la cuna de todos los pueblos á la Religion, así como á la filosofía cerca de su sepulcro. « No » se ha fundado estado alguno, dice Rousseau, que no tuviese por base á la Religion<sup>1</sup>. » Y cuando la filosofía quiso poco ha fundar un estado sin ella<sup>2</sup> se vió forzada á cimentarle sobre sus ruinas : estableció el poder sobre el derecho de trastornarle, la propiedad sobre la expoliacion, la seguridad personal sobre los intereses sanguinarios de la multitud, las leyes sobre sus caprichos. Este órden social filosófico ha existido algunos meses, y durante ellos la Europa ha visto acumularse en su seno mas calamidades y crímenes que cuantos presenta la historia de los diez siglos precedentes ; y si Dios no hubiera abreviado estos dias horrorosos, no sé si habria quedado vivo un solo hombre para recoger el fruto de la leccion mas terrible que jamás se ha dado sobre la tierra.

Digan lo que quieran algunos sofistas ; la experiencia ha hecho ver ya que no puede subsistir un pueblo de ateos<sup>3</sup>, pues sola la tentativa de substituir el ateismo á la

<sup>1</sup> *Contrato social*, lib. iv, c. 8. — <sup>2</sup> En la revolucion francesa.

<sup>3</sup> El ateísta Diderot, apreciador poco sospechoso de su propia doctrina, conviene en esto, y su confesion es de tanto mas peso, cuanto que está consignada en una correspondencia familiar, que, como se crea no habia de ver la luz pública, debe presentar mas fielmente que sus demás obras los verdaderos sentimientos del autor. Hé aqui sus palabras : « Se ha dicho alguna vez que un pueblo cristiano que » siguiese en un todo el espíritu del Evangelio no podria subsistir. » Con mas razon y con mas verdad se verificaria esto de un pueblo » filósofo, si fuese posible formar uno : este tal encontraria su ruina » al salir de la cuna en el vicio mismo de su constitucion. » *Correspondencia literaria, etc.*, por Grim. y Diderot, t. I, pág. 492.

Religion ha trastornado de arriba abajo la sociedad en Francia, y destruídola enteramente. Así es que la opinion contraria, sostenida en un principio como una simple paradoja por algunas cabezas desconcertadas, no ha podido llegar á ser, ni formar creencia, sino para un corto número de insensatos tan faltos y escasos de luces como sobrados de orgullo, y tan profunda y miserablemente pervertidos, que cada pensamiento en ellos era un delito.

En todos tiempos se ha conocido que la Religion era el único fundamento de las obligaciones y deberes, así como las obligaciones y deberes son el único lazo y vínculo de la sociedad. Nada hay que pueda suplir por la conciencia, y ella suple por todo. Por mas que se hable á los hombres de bien público, y de interés general, el particular será su móvil constantemente, y el poder mismo de la Religion consiste en que ofrece y muestra á cada uno el interés inmenso que tienen en concurrir al bien general y comun. No se necesita mas que tener sentido comun para convencerse de esto: los legisladores de la antigüedad lo conocieron bien; y así en vez de racionar localmente contra la Religion, se sirvieron de ella para consolidar el edificio social; la hicieron intervenir en todas las cosas, la colocaron en todas partes, en las familias, cerca de los hogares domésticos, y en el estado como parte de su constitution y del gobierno. Ellos hicieron descender las leyes del cielo, y por medio de la opinion fijaron un no sé qué de divino á todos los acontecimientos de la vida humana, á todas las instituciones civiles, á los mismos objetos inanimados, á los bosques, á los rios, hasta las piedras destinadas á servir de linderos, y separar las heredades<sup>1</sup>; y si se miran las cosas de cerca se verá que el paganismo no multiplicó hasta lo infinito sus dioses, sino por un efecto de la necesidad infinita que el hombre tiene de la divinidad.

Cuando las costumbres se corrompieron, y la razon comenzó á examinar con aversion su fe y creencia, le fué fácil sin duda reconocer la falsedad del politeísmo; pero no era esto, no era lo que tenia de falso la Religion lo que contrariaba las inclinaciones de su corazon, y excitaba

<sup>1</sup> De ahí en efecto tantos dioses, tantos genios para todas y cada una de las cosas: los dioses Lares, Penates, el dios Término, etc.

por consiguiente su aborrecimiento; por eso la filosofía dejando en paz á la idolatría, dirigió sus principales tiros contra las verdades importunas á las pasiones, contra los principios de la moral, contra las penas y premios de la otra vida, la inmortalidad del alma, y la existencia de Dios. La licencia de costumbres que protegía, la dió numerosos discípulos: pero léjos de poner en duda la necesidad política de la Religion, estuvieron tan penetrados de ella que la confundieron con las instituciones puramente políticas, y la creyeron invencion de los legisladores. Por este título se conservó exteriormente como una cosa tan sagrada como las leyes; y aun el magistrado, imbuido en las máximas ateas de Epicuro, hubiera castigado con una severidad inflexible cualquiera atentado contra el culto establecido.

Antes pues de examinar este sistema filosófico, será oportuno verle en accion, digámoslo así, entre los antiguos y modernos; pues este es el mas breve y seguro medio de formar de él una idea exacta.

Introdujose entre los Romanos hácia el tiempo de la declinacion de la república, y su principio concurre con la decadencia de las virtudes públicas y privadas. Sin embargo, se hizo desde luego lugar entre los grandes y poderosos, siempre mas fáciles á dejarse seducir por todo lo que lisonjea el amor propio, tranquiliza las pasiones, y alivia el disgusto del tedio: el pueblo por mucho tiempo no dió entrada á la nueva filosofía, y á esta época se debe referir sin duda el cuadro del estado religioso del imperio trazado por Gibbon.

« El pueblo, dice, miraba las diversas especies de cultos que reinaban en el mundo romano como igualmente verdaderos, el filósofo como igualmente falsos, y el magistrado como igualmente útiles; y esta tolerancia producía no solamente una indulgencia mutua, sino una verdadera concordia entre las religiones. »

« La supersticion del pueblo no abrigaba odio alguno, ni rencillas teológicas, ni estaba encadenada en el círculo de un sistema exclusivo. El devoto politeísta, por adherido que estuviese á su culto y rito nacional, admitia con una especie de fe implícita todas las religiones de la tierra..... »

» Los filósofos conservaban en sus escritos y conversaciones la independencia y dignidad de su razón; pero en las acciones se sometían á las reglas establecidas por las leyes, el uso y la costumbre. Mirando con una sonrisa de compasión é indulgencia los errores del vulgo, practicaban con exactitud las ceremonias religiosas de sus antepasados, frecuentaban devotamente los templos de los dioses; y aun hubo entre ellos alguno que hacía gran papel en el teatro de la superstición, ocultaba los sentimientos de un ateo bajo la toga pontifical. Hubiera sido muy difícil determinar á unos hombres que pensaban de este modo á disputar entre sí sobre las diferentes especies de culto ó de creencia: les era muy indiferente que las locuras de la multitud tomaran esta forma mas bien que la otra; y con el mismo desprecio interior, y el mismo respeto aparente, se acercaban á los altares del Júpiter de Libia, que del Olímpico ó del Capitolino <sup>1</sup>. »

Nos sorprendería menos la complacencia con que pinta Gibbon la incredulidad romana si hubiese ignorado sus espantosos efectos. Pero él sabia mejor que ningún otro que el *desprecio interior* de los filósofos, no solo del *Júpiter de Libia y Olímpico*, sino de toda divinidad cualquiera, no tardó en propagarse entre los *devotos politeistas*, y que á ejemplo de los grandes la multitud, hecha *indiferente* á todo menos á los placeres, se desengañó de tal modo de las *locuras y supersticiones* antiguas, que el imperio privado del apoyo que le daba y tenía en la Religión, bamboleó de golpe como un hombre embriagado, y al fin desapareció en el fango adonde le arrastraron con ignominia los pueblos fuertes y robustos por su creencia y por sus costumbres. Montesquieu no teme atribuir su caída á la filosofía de Epicuro, cuyo resultado admira tan candorosamente Gibbon <sup>2</sup>. Este sin duda no advirtió que el cuadro que quería sacar agradable y atractivo, no es mas que una

<sup>1</sup> *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, t. I, c. XI.

<sup>2</sup> Bolingbroke piensa en un todo sobre este punto como Montesquieu. « El olvido y el desprecio de la Religión, dice, fueron la causa principal de los males que sufrió Roma en lo sucesivo: la Religión y el estado se destruyeron en la misma proporción. » T. IV, pág. 228.

descripción horrorosa del vicio interior que irremediablemente debía conducir á Roma á su ruina <sup>1</sup>.

Si se considera atentamente al género humano en la época en que comenzó esta grande revolución, á poco trabajo, en medio de los acontecimientos brillantes, se descubrirán las causas que la hacían necesaria. El cuerpo social estaba debilitado, y el vigor aparente que continuó mostrando por algun tiempo, casi únicamente dependía de la disciplina militar, que se alteró bien presto como todo lo demás. El poder absoluto de los emperadores suplió momentáneamente por las leyes, por las costumbres y por la Religión: habia en esto no sé qué fria y triste imitación del orden, porque al fin obedecía, y se obedecía por puro miedo. La espada del soldado legionario fué el cetro con que se gobernó á aquellos fieros y orgullosos Romanos que habian subyugado al mundo entero; y como nunca se habia visto ejemplo de semejante dominación, tampoco lo hubo de igual esclavitud.

Desde el reinado de Tiberio se ven depravarse las almas hasta tal punto que aun hoy mismo nos asombra; ó mas bien diremos, que se manifestó sin rebozo la degradación ya existente, que solo esperaba para presentarse con descaro, y tomar, digámoslo así, en algun modo la posesión solemne del oprobio, un primer ejemplo, y un premio ó salario indigno y vil. A la verdad, aparecian de cuando en cuando en la sociedad algunas raras virtudes, semejantes á aquellos fuegos que se suelen encender de noche en las costas de un mar borrascoso para indicar el rumbo á los navegantes; pero no alumbraban sino para hacer ver los

<sup>1</sup> No se debían esperar de Gibbon otras descripciones. Este inglés, convencido por la lectura de la historia de las variaciones, y hecho de protestante católico, y de católico otra vez protestante por estar en la casa de un ministro de la secta, parecia nacido para mirarlo todo con indiferencia. Su carácter frío no podia admirar los rasgos de una virtud sublime, y solo parece que los crímenes arrebatában su imaginación: enemigo de la Religión cristiana echaba de menos el paganismo, y él mismo lo confiesa en su carta al Lord Sheffield diciendo: « que si habia hablado bajamente de los cristianos, era porque estaba adicto y apasionado al paganismo. » Estuvo empleado en el Parlamento, y en el ministerio del Lord North, y murió en 1794.

nafragios que habrían debido evitar. Y aun estas virtudes examinadas sin pasión, ¿qué venían á ser al fin mas que el fácil y débil valor de morir, ó diremos mejor, de escapar del trabajo de vivir? El vigor de las almas mas elevadas consistía en ceder al peso de estos tiempos terribles: júzguese, pues, del pueblo entero por estas excepciones.

El espíritu humano no sabia ya en que fijarse. Despojado de su creencia, y aun de sus opiniones, erraba á la ventura en un inmenso océano de dudas é incertidumbres. Ya no habia paganismo, ni tampoco filosofía, á no ser que se quiera dar este nombre á aquellos pueriles juegos del ingenio, con que algunos Romanos entretenían su ociosidad en los jardines de sus quintas (*villa*), ó bajo los pórticos de sus palacios, sin que de todos estos discursos ingeniosos saliese una regla fija de conducta, ni un principio para la conciencia. Se disertaba sobre los dioses para dudar si existían: sobre las obligaciones, para eludir las; sobre la muerte, para inferir que se debían procurar todos los placeres de la vida; y sobre todo, se abandonaban gustosa y descuidadamente al torrente que arrebatava confundidos entre sí las ruinas del orden social, y los hombres, y las instituciones, y el mismo imperio.

Con todo, á pesar de la indiferencia general, y tal vez por un efecto de esta misma indiferencia, se conservaba el culto; pero era un culto vacío de fe, y por consiguiente incapaz de producir efecto alguno. En la tribuna se continuaba invocando por testigos á los dioses inmortales: jamás los retóricos fueron mas fecundos en máximas severas, y pomposas sentencias de moral; pero en el entretanto la sociedad se debilitaba visiblemente, porque las frases y discursos pomposos no son creencias, ni las fútiles declamaciones pueden suplir por las doctrinas sociales. La misma filosofía, aunque decidida á no ver en estas doctrinas mas que preocupaciones, ha reconocido en nuestros días su necesidad indispensable. «Indudablemente las preocupaciones son necesarias á los hombres, dice uno de sus mas célebres discípulos, en una obra en que enseña el ateísmo; sin ellas, ni hay resorte, ni acción, todo se entorpece y muere<sup>1</sup>.» Así es que, la muerte de la so-

1 Correspondencia literaria de Grim. y Diderot, t. V, pág. 8.

ciudad, la muerte del género humano seria el resultado de la victoria que la sabiduría moderna se esfuerza á alcanzar sobre lo que llama *preocupaciones*. Lo sabíamos ya; pero es útil oirlo de su propia boca.

El Cristianismo, pues, encontró al imperio en aquel estado de desfallecimiento moral que resulta de la privación de la verdad, y anuncia una disolución próxima; y por lo mismo para establecerse tuvo que vencer la indiferencia general, y la resistencia de los magistrados decididos á sostener el paganismo, no como Religion sino como una institucion del estado. Este fué casi el único motivo que dictó tantos edictos sanguinarios: el fanatismo tuvo tan poca parte en ello, que el filósofo Marco-Aurelio y Trajano no fueron menos perseguidores que Nerón: proscribieron á los Cristianos como enemigos de las leyes, y es de notar que la intolerancia política es la mas implacable y bárbara, porque no está suavizada por la Religion que prohíbe. En toda Religion, aunque sea falsa, hay algo de grande, generoso y favorable á la humanidad; la política, al contrario, no conoce la piedad, y se mantiene constantemente en calma y fría, aun cuando es atroz y cruel. Así se ha visto en todas las épocas, y bajo este respecto no hay cosa que se parezca mas á las persecuciones de los emperadores contra los primeros cristianos, que las persecuciones de la Inglaterra contra los católicos. Pero trataremos despues este importante objeto, que merece una atención particular.

No hay mas que un medio para arrancar á los hombres de la indiferencia en que los precipita el abuso de la razón; y este es el domar esta razon altanera, obligándola á humillarse bajo una autoridad tan elevada y brillante que no pueda desconocer sus derechos. Es preciso convenirla de que hay una razon superior, regla inmutable de la verdad, á la cual debe someterse como al supremo Monarca de todos los seres inteligentes; en una palabra, es preciso que, reconociendo la soberanía de Dios, se eleve hasta una obediencia absoluta, que, conteniéndola en su esfera, de la cual nunca sale sino para extraviarse, la impida despojarse á sí misma de la posesion de la verdad. Pues esto es lo que de un modo admirable hizo el Cristianismo. Anunciase desde luego con caracteres exterior-

res de divino; y tan pronto como hubo probado su origen celestial, destierra todas las dudas, sin dejar indecisa ninguna verdad necesaria, y obliga á la razon humana á prosternarse ante la razon divina, y á escuchar silenciosamente y con un pleno asenso las sublimes lecciones que le dictaba. Adquiriendo entonces el principio de accion, ó sea la fe, un grado de fuerza proporcionado á la autoridad infinita que enseñaba, se le pudo decir al hombre: *Sé perfecto como Dios mismo lo es*, se le pudo mandar todo, *porque todo es posible al que cree*<sup>1</sup>; y ciertamente, cualquiera que tenga idea de lo que era el género humano bajo Tiberio y sus sucesores, confesará que no se necesitaba menos que un poder infinito para substituir á las costumbres abominables de aquellos siglos la severa moral del Evangelio, y su doctrina rigida á la filosofía escéptica, cuyas máximas relajadas habian echado tan profundas raíces en todos los corazones. A los ojos de quien sabe ver y apreciar las cosas por lo que son, este milagro es mayor que la resurrección de un muerto; y la palabra que reanima un cadáver restituyéndole á la vida de los sentidos, es menos maravillosa acaso que la que hace revivir á un pueblo entero, restituyéndole la vida del alma.

Por el espacio de quince siglos una fidelidad constante al principio fundamental de la Religion cristiana preservó á la Europa, no de escándalos pasajeros del error, sino del letargo mortal de la indiferencia; y no se vió renacer esta enfermedad terrible en su seno hasta el momento en que la razon rebelde á la autoridad suprema, que la habia guiado hasta entonces, se esforzó á recobrar la servil independencia de que el Cristianismo la habia libertado.

La Reforma, que desde luego mostró una inclinacion baja y vil, y una veneracion impia á los héroes de la filosofía antigua<sup>2</sup>, no fué en verdad desde su origen mas que

<sup>1</sup> Omnia possible sunt credenti, Marc. v, 20.

<sup>2</sup> En la profesion de fe presentada por Zuinglio á Francisco I, aquel jefe de la reforma helvética ponía en el cielo, al lado de Jesucristo y de los Apóstoles, no solo á Aristides, Sócrates, Antigono, Numa, Camilo, los Catones y los Escipiones, sino tambien á Hércules y Teseo. Yo no sé, dice Bossuet (*Hist. de las Variac.*, lib. 2, núm. 19), porque no puso tambien á Apolo y Baco, y á Júpiter

un sistema de filosofía anárquica, y un atentado monstruoso contra el poder general, que rige y gobierna la sociedad de los seres inteligentes. Ella hizo retroceder el espíritu humano hasta el paganismo<sup>1</sup>, y al punto, causas semejantes á las que habian obrado entre los Romanos en los tiempos de su mayor corrupcion, produjeron iguales efectos en algunas naciones modernas, víctimas, sin conocerlo, de los mismos principios destructores. Consideremos sino por un momento á la Inglaterra en particular. Su posicion aislada permitió á la Reforma desenvolverse allí con menos obstáculos, de suerte que en ninguna parte se puede observar mejor su marcha progresiva, y su influencia en la sociedad.

Los anarquistas de 1793 trataron de establecer tambien el orden social sobre la *libertad* y la *igualdad*, *libertad* absoluta de accion, é *igualdad* de autoridad y de derechos, lo que no era mas que una consecuencia exacta de la *soberanía del pueblo*, la cual, excluyendo, por una parte todo superior, deja á cada uno enteramente *libre*, ó señor de sí mismo; y por la otra, perteneciendo *igualmente* á todos, debe repartirse y participarse por todos *igualmente*. Se sabe muy bien cual fué el resultado de esta doctrina; pero lo que yo quiero hacer observar aquí es su perfecta y entera conformidad con la doctrina teológica de los protestantes<sup>2</sup>. Sentando estos como principio la so-

» mismo; y si lo omitió por las infamias que los poetas les atribuyeron, ¿eran menores las de Hércules? El mismo Lutero se horrorizó de ver á la Reforma caer desde su nacimiento en la indiferencia de religiones; y así escribió que Zuinglio se habia hecho pagano colocando á unos paganos impíos, y hasta un Escipion epicureo, hasta un Numa, órgano del demonio, para establecer la idolatría entre los Romanos, en el número de los bienaventurados. Porque ¿de qué servirían el bautismo y los demás sacramentos, la Escritura y Jesucristo mismo, si los impíos, los idolatras y los epicureos son santos y bienaventurados? ¿qué otra cosa es esto sino enseñar que cada uno se puede salvar en su Religion y creencia? (*Parv. Confes. Luth. hosp. p. 2, 187.*)

<sup>1</sup> ¿Qué diremos al ver la ansia con que hoy se nos quiere reducir por nuestros filósofos á lo mismo, haciéndonos gentiles en todo, sin hablarnos mas que de sus héroes, y *gentilizando* todas las cosas?

<sup>2</sup> Pudiera añadir, y de los jansenistas. Siendo republicana la

beranía de la razón humana, ó de cada particular en materia de fe, intentaron dar por base á la Religión la *libertad* y la *igualdad*, es decir, la *libertad* de creer, y la *igualdad* de autoridad, y esta doctrina comun á los revolucionarios políticos y religiosos, ha debido tener y tuvo realmente un resultado igual en el orden religioso y en el político: en el uno produjo todos los crímenes, y en el otro todos los errores; y durante las fatales discordias que condujeron á uno de sus reyes al cadalso, la Inglaterra experimentó simultáneamente en uno y otro orden el mismo efecto.

Sin embargo, cada una de las sectas, al sentirse desfallecer, procuraba apropiarse sobre sus miembros una autoridad reguladora de su creencia y de sus acciones, ó echar mano de algunas reliquias del principio conservador que habian imprudentemente destrozado. ¡Tentativa inútil! Al punto se le hacia ver que no podia reclamar semejante autoridad sin condenarse á sí misma; y la impotencia absoluta de encontrar un punto de apoyo sobre las arenas movedizas de la Reforma, obligó á los espíritus consiguientes á atravesar rápidamente todo el Cristianismo para llegar al mismo término que la filosofía antigua; es decir, primero al ateísmo, y luego á la indiferencia, que encierra en sí todos los errores juntos, porque excluye á la vez todas las verdades.

Entonces se verificó en las ideas una revolución igual á la que acaeció en Roma hácia los fines de la república: se dejó de pensar en la Religión como en una cosa verdadera, por considerarla solo bajo un punto de vista puramente político. Se hizo de ella una institucion de estado sometida en un todo á la cabeza de él aun en lo tocante al dogma. Se habian negado á creer el Cristianismo bajo la garantía y autoridad de Dios, y se llegó á no creer en Dios sino bajo

doctrina jerárquica de éstos, ¿qué habian de ser sino republicanos en la política? Igualando á los obispos con el papa, á los curas y simples presbíteros con los obispos; y reputando á éste por el mejor gobierno, ¿qué podria esperarse de ellos sino una democracia? ó por mejor decir, asegurando, como lo hace Febronio, que el gobierno de la Iglesia no debe ser monárquico; estableciendo por otra parte que no es aristocrático, y no pudiendo ser en toda razón democrático, se infiere que no quieren que haya ninguno.

la autoridad del rey. « Si, cuando el soberano ha sancionado un símbolo, es una inmoralidad é impiedad, dice » un célebre filósofo inglés, negar ó poner en duda la autoridad divina de una línea, ó de una sola sílaba de este » símbolo, puesto que el testimonio y la autoridad de las » leyes son la única garantía que tenemos contra el error<sup>1</sup>. » Igual es el modo de pensar de Hobbes; segun él, los cristianos están obligados á obedecer á las leyes de un príncipe infiel, aun en materia de Religión: « El pensamiento, dice, es libre: pero en lo que toca á la confesion de la fe, la razón particular debe someterse á la » razón general, ó al soberano, que está en lugar de Dios<sup>2</sup>. »

No es posible confundir mas entera y completamente el orden político y religioso, ni mostrar mayor indiferencia por la verdad. Se conocia la necesidad de un culto, y por consiguiente de una autoridad que le defendiese contra la inconstancia de las opiniones; pero como no se conocia otra autoridad exterior que la autoridad humana, ó la fuerza, se hizo al depositario de la fuerza pública el árbitro independiente y supremo de la fe. Las pasiones y el interés se formaron una Religión como se habian dado una constitucion<sup>3</sup>; y la Religión no fué ya mas que un artículo de esta constitucion: una especie de contrato entre el pueblo y el soberano, en que el pueblo estipulaba su esclavitud religiosa, en cambio de la parte que se tomaba de la libertad política. Digo *esclavitud*, y dígo lo con toda reflexión, porque la *esclavitud* consiste no en la obediencia á la autoridad, en la que por el contrario estriva la sola libertad verdadera, sino en la sujecion á una autoridad falta de todo derecho.

Luego que la Religión llegó á ser una simple institucion política, y la fe una ley del estado, debio mirarse como un enemigo del estado y un rebelde á las leyes á todo el que profesase públicamente una fe diferente. De aquí las persecuciones que padecieron los disidentes en Inglaterra, persecuciones puramente políticas por su naturaleza;

1 Lord Shaftsbury's *Characteristics*, volum. 1, páginas 231, 360.

2 *Leviathan*, pág. 238.

3 ¿ Lo veis? las pasiones y los intereses forman esas constituciones, no el amor y el bien de los pueblos: todo por el pueblo, y bajo el nombre del pueblo, decia Bonaparte, pero nada para el pueblo.

porque notad la diferencia: la Iglesia, sociedad espiritual, y que no considera las diversas religiones sino bajo un aspecto espiritual, es decir, como verdaderas ó falsas, es soberana y absolutamente intolerante con los errores, pero no impone contra las personas mas que penas espirituales. Al contrario el poder político, considerando á la Religion bajo un respecto independiente de su verdad, es sumamente tolerante con los errores, y reserva toda su severidad para las personas, porque no puede conocer mas que los delitos exteriores ó las acciones extrínsecas. Así es que las leyes en Inglaterra no declararon por falsas tales ó tales doctrinas; pero privaron de los derechos civiles á los seguidores de tal ó tal culto, condenaron á las personas convencidas de haber ejercido estos cultos proscriptos, á la prision, al destierro ó la muerte; penas todas puramente civiles.

Sin embargo, la indiferencia por la verdad que formaba el fondo de estas leyes, protegió cada día mas contra el rigor de ellas á las sectas nacidas del protestantismo, las cuales todas participaban mas ó menos de la misma indiferencia. Hermanas, por decirlo así, de la Religion establecida, se asemejaban en sentimientos é intereses comunes, mientras que la Religion católica, igualmente opuesta á cada una de ellas, las tuvo á todas por enemigas, y acabó por llevar sola sobre sí todo el peso de una legislación opresiva. Lo mismo habia sucedido al Cristianismo bajo los emperadores, los cuales le proscribieron rigurosamente á causa de su incompatibilidad con la religion del imperio, y toleraron los cultos idólatras, porque fundados estos sobre un mismo error, no se excluian mutuamente. Paralelo vergonzoso, y no menos indisputable, porque ¿cómo se podrá contestar su exactitud cuando se ve á la Inglaterra prescribir minuciosamente á sus agentes en el Canadá medidas odiosas de persecucion contra la Religion católica, y al mismo tiempo garantir, afianzar y asegurar por un tratado solemne á los habitantes de la isla de Ceylan la libertad de la idolatría? ¿autorizar y asistir por sus embajadores á las ceremonias religiosas de estos pueblos, y ofrecer dones sacrilegos á sus divinidades.

Una nacion, á quien un escándalo tan afrentoso no ha arrancado un grito universal de indignacion y de horror,

no es ya una nacion cristiana: toca en el último término de la indiferencia religiosa, y hé aquí lo que la preserva del fanatismo de la impiedad. Por lo demás, creciendo siempre la indiferencia, debilita progresivamente la intolerancia política, y tarde ó temprano triunfará de ella. Este momento será el de la tan deseada época de la emancipacion de los católicos. El comun, ó la masa de la nacion indiferente á todos los errores, será tambien muy pronto indiferente á la verdad; y á fuerza de despreciarla, vendrá á tolerarla. La opinion lo ha hecho ya casi todo en este punto, y solo el gobierno resiste y se sabe bien el porqué. La existencia de la iglesia anglicana está ligada con la constitucion del estado; el gobierno tiembla colocar su Religion facticia delante de una religion verdadera. Será necesario al fin que se resuelva á ello, porque este acontecimiento es indispensable. Una política penetrante, cauta, previsiva, tal vez lo aceleraria, en lugar de retardarlo. Por otra parte, es fácil de percibir que esto no podia dejar de ser ventajosísimo á la Inglaterra. Víctima hoy de esa codicia devoradora, que jamás deja de apoderarse de las naciones cuando caminan á su ruina, despliega una inquieta y prodigiosa actividad, que á algunos parecerá vida, pero que en realidad solo puede llamarse así en el sentido que lo es una calentura, ó como lo son las contracciones de un cuerpo que se galvaniza. Está muerta en sus costumbres, y al primer golpe imprevisto que llegue á herir su riqueza, veremos con asombro este gran cuerpo, que se suponía tan vigoroso, espirar de debilidad despues de algunas convulsiones. Existen sin embargo en este pueblo semillas de regeneracion; pero no se reanimará sino por la creencia. Siendo nula hoy bajo este respecto á la Religion establecida, la Inglaterra debe elegir entre el fanatismo de algunas sectas turbulentas, y la Religion católica; es decir, entre opiniones que despues de haberla agitado por algun tiempo, la traerian al mismo

1 Warburton, que murió obispo de Gloucester en 1779, se horrorizaba de la suerte que preparaba á la Inglaterra la anarquía de las doctrinas de que se veía hecha presa. « ¿Qué será, decía, y en qué vendrá á parar esta pobre nacion situada, á la manera de un cuerpo de tropas entre dos fuegos, entre el furor de la irreligion y el furor del fanatismo? » *Warburton's Letters*, pág. 47.

punto en que se encuentra al presente, y una doctrina estable, severa, porque es perfecta, eminentemente conservadora, porque es eminentemente verdadera, y la única que puede salvarla á un tiempo de la lenta disolucion de la indiferencia, y de las turbulencias desastrosas en que la precipitarían infaliblemente los errores anárquicos de las sectas independientes.

El resto de la Europa, á excepcion de algunos países católicos, padece interiormente la misma enfermedad. Por todas partes la indiferencia para con la verdad conduce al sistema de la *libertad é igualdad* religiosas. Este sistema se desenvuelve aun en muchos países con mas rapidez que en la Inglaterra, porque no tiene que vencer la barrera de las leyes y de la constitucion política. Se confiesa, es verdad, que es necesaria al pueblo una Religion, pero una Religion cualquiera: importa poco que sea esta ó aquella; se le deja la eleccion; y para que se decida mas *libremente*, se le presentan todas con igual respeto, ó diremos mas bien, con igual menosprecio. Los gobiernos, si hay alguno aun que mire como cosa importante las doctrinas, en vez de procurar servirse y auxiliarse de ellas y sostenerse con ellas, toman de su cuenta el neutralizarlas recíprocamente por una mezcla ingeniosa. Deslumbrados igualmente que sus súbditos, y mas que sus súbditos, por las luces del siglo, no parece sino que se complacen en agitar sobre los pueblos la antorcha de la sabiduría moderna, á cuya luz nada hay que no parezca indiferente ó falso, empezando por sus mismos derechos. No parece sino que se figuran que los hombres serán mas dóciles y menos sediciosos é inquietos, cuando lleguen á quedar sin accion las creencias. Ni aun siquiera se les ofrece que la obediencia á la autoridad, aun á la civil, cuando no es resultado de la violencia, es el mayor esfuerzo de la fe. Si pudiese haber alguna cosa ridícula ó mirarse como tal, cuando la suerte de las naciones está comprometida y expuesta al mayor peligro, lo sería ciertamente ver á esos absurdos despreciadores del sentido comun y de la experiencia, prodigando su *proteccion* á todas las extravagancias llamadas religiosas que han degradado al género humano, y formando collecciones de cultos como se pudiera hacer de cuadros y pinturas en

un museo. Gracias á esta nueva invencion, la Religion pública no es mas que la reunion de todas las Religiones particulares. Se pagan ministros que enseñen que Jesucristo es el Salvador del mundo, y se pagan otros que lo nieguen; el sacerdocio envilecido y puesto como un menor, bajo la tutela ó *tutoría* de la administracion, depende de los caprichos del último comisionado, ú oficial de ella; y mientras que entre los paganos no habia un templo que no tuviese sus rentas sagradas, ni una divinidad á la cual sus adoradores no hubiesen hecho en alguna manera independiente, dotando sus altares, el Dios de los cristianos, admitido á duras penas á un salario provisional, figura todos los años en un presupuesto vilipendioso, como un asalariado del estado, esperando sin duda que llegue el momento de reformarle.

Sonriase enhorabuena la política del siglo complacida y satisfecha de este sublime resultado de sus máximas; vanagloriase de la paz que ha sabido establecer entre Religiones enemigas: gemimos, pero no nos sorprendemos. Paz, una profunda paz reinaba tambien en los lúgubres campos en que Germánico encontró confundidos los huesos de los Germanos con los de los soldados de Varo.

Contemplad la sociedad; solo observándola viva y atentamente, es como se puede únicamente apreciar en justicia el sistema filosófico que tanto se celebra. La Religion, como creencia, se extendia á todas partes, y hoy en todas se hace sentir su falta. Estaba en el gobierno para velar sobre los intereses del pueblo, y protegerle contra los abusos del poder ó de la tiranía; estaba en el pueblo para velar sobre la perpetuidad del gobierno, y escudarle y protegerle contra las pretensiones de la multitud, ó la anarquía, de donde resultaba que el gobierno era á un tiempo suave y fuerte, y el pueblo libre y sumiso. Mas apenas la Religion dejó de mirarse como una creencia divina, cuando los gobiernos y los pueblos puestos como en una especie de estado de guerra, porque el poder sin contrapeso propende al despotismo, y la obediencia sin seguridad á la rebelion, se han visto obligados á pedirse garantías mutuas, y buscar su seguridad en *pactos* ilusorios; ilusorios sí, pues que sus infracciones no tienen otro juez que las partes mismas. Tal es la causa

que ha producido en Europa esa multitud de constituciones medio monárquicas, medio republicanas; verdaderos tratados temporales, armisticios entre el despotismo y la anarquía.

La Religión era aun en las naciones como un resorte, y un manantial de energía patriótica, donde la sociedad bebía en los momentos de crisis una fuerza infinita de resistencia y de conservación. Lo que ha pasado en nuestros días en la España lo hace bien sensible: nunca se olvidará, no, aquel grito generoso inspirado por su catolicismo á todo un pueblo: *miramos por la justa causa*<sup>1</sup>.

1 Para desengaño de los enemigos de la Religión, y de nuestra España, no podemos menos de añadir á este pasaje de La Mennais otro no menos interesante de M. Clausel de Conserges, miembro de la Cámara de los Diputados de Francia, y confirmado por M. Bignon, de igual clase, en el que, á pesar de la rivalidad eterna de nuestras glorias, la verdad triunfa de la envidia y de las preocupaciones mas envejecidas. M. Clausel, despues de haber manifestado en sus *Observaciones sobre la Revolución de España*, dadas á luz el año de 1823, que la Religión y el amor al rey y antiguas instituciones ha sido el móvil de su heroicidad desde el año de 8, excita la cuestion siguiente: *¿Cuál fuera el estado de la Europa si los Españoles (en vez de haber conservado con todo su vigor aquel espíritu de cristianismo, que hace que se tenga en nada el perder la vida, cuando se trata de conservar la Religión), corrompidos y relajados por el epicureismo moderno, hubiesen quedado sujetos al dominio de Bonaparte, y le hubiesen entregado sus hijos para hacer la guerra á la Europa?* La contestacion es bien sencilla; Bonaparte hubiera tenido para atacar á la Prusia, á la Austria y á la Rusia los seiscientos millones que gastó en la guerra de España, y otra cantidad á lo menos igual que hubiera impuesto á aquel reino; los seiscientos mil hombres que allí perecieron desde 1808 hasta 1814, y otros tantos á lo menos que hubiera podido sacar de la Peninsula en aquellos seis años. M. Bignon ha demostrado muy bien cuales fueron los resultados de la resistencia de España al nuevo *Atila*.

Si despues de la dilatada lucha que ha sostenido durante veinte años el gobierno británico (dice este diputado), ha quedado dueño del campo de batalla, ¿á quién lo debe? ¿á su politica, á sus tesoros, al continente entero? No; á un aliado solo, á la *nación española*.

La Prusia, despues de una empresa temeraria (en 1806), fué aniquilada..... El palacio de Federico II podia ser aun por mucho

Y los nobles esfuerzos de este pueblo *fiel*, y católico, por conservar su independencia, esfuerzos que coronó la vic-

tiempo un cuartel general francés. ¿Quién será pues el que intercederá por la Prusia? Una potencia que *no negocia sino con la espada en la mano; la España, la España sola*, obligando á los franceses á llevar ciento cincuenta mil hombres á la otra parte del Pirineo. El territorio prusiano queda desocupado, Federico Guillermo vuelve á su capital: ¿quién lo restituyó á ella? *La nación española*.

Cuando Napoleon, admirado de los pocos progresos de sus generales, trató de dar en persona un golpe decisivo á aquella nacion, cien veces vencida y siempre invencible, el gabinete austriaco (en 1809) calculó que se le ofrecia una ocasion favorable á sus designios. La division de las fuerzas de la Francia multiplica las probabilidades de su buen éxito. Era ya una gran ventaja el sacar á Napoleon de España, y prolongar aquella guerra devoradora. Napoleon se separa rabioso de las orillas del Manzanares, y corre á las del Danubio; pelea y vence; está en Viena por segunda vez. Todos los obstáculos se allanan, prodígale la victoria sus laureles en los campos de Wagram; se detiene y negocia. Estando en su mano extender mas allá sus conquistas, solo anhela firmar la paz. ¿Cuál es la fuerza superior que le inspira tan repentinamente esta moderacion inesperada? ¿Quién salva á la Austria del enojo de un enemigo vivamente ofendido? *El mismo auxiliar que salvó á la Prusia, la nación española*.

Una guerra vastísima conduce á Napoleon á Moscow; el vencedor de Smolensko y de la Moscowa vuelve fugitivo á Paris, como Jerjes á Persépolis..... ¿Dónde están pues aquellas huestes aguerridas, cuya presencia le volveria su dominacion pasada sobre la Alemania y la Polonia? ¿Quién las detiene, quién las ocupa, *cual es el enemigo infatigable que batieron ayer y las desafia hoy á nuevos combates? ¿quién salva en fin á la Rusia, como á la Prusia y á la Austria? La nación española*.

La lucha que se ha empeñado en España no ha sido contra un gabinete, pero sí contra una nacion; solo allí ha sido negado á nuestras armas un triunfo definitivo. Si reinara Napoleon, todas las potencias del Continente estarian aun á sus pies; y la Inglaterra hubiera sufrido por segunda vez la paz de Amiens, si, limitándose á unas guerras de gabinete contra gabinete, y de ejército contra ejército, no la hubiese declarado al carácter *moral* de una nacion.

El carácter moral de la España es, como lo hemos demostrado en todas las partes de este escrito, una adhesion invencible á la Religión. Esta nacion se ha visto sorprendida otra vez en 1820 por un ejército revolucionario, formado en gran parte de todos los foragidos de Europa, atrincherado en aquella inmensa Peninsula, y amenazando ó insultando desde allí á todas las monarquías. Si la Religión

toria, y debia necesariamente coronarlos, son mas notables aun por el contraste de debilidad, ó pudiera decirse cobardía, de algunas otras naciones. Así es como la Religion, obligando al hombre á obedecer al poder ó autoridad, asegura la libertad de los pueblos; cuando la incredulidad, cuyo último término es la indiferencia, destruyendo el principio de la sumision y de la obediencia, dispone á la esclavitud, y tarde ó temprano nos conduce á ella.

La Religion intervenia como árbitra y legisladora en todas las transacciones sociales. El matrimonio la debia su santidad; y despues de haber afirmado y consagrado el fundamento de la familia, la conservaba por una prudente armonía de autoridad y dependencia. Todas las instituciones tomaban de ella algo de moral; mas como la autoridad es necesaria donde quiera que hay reunion de seres semejantes, así en la mas pequeña escuela como en el mas vasto imperio ennoblecia la obediencia por motivos sublimes. ¡Cosa admirable! Substituia la veneracion á la envidia, mostrando la imagen de Dios en todo lo que participaba de su poder. El espíritu de caridad, que le es propio é inséparable, aproximaba las clases sin confundirlas, y los beneficios y la gratitud formaban los dulces vínculos que las unian. De este modo, desprendiendo al cristiano de los intereses temporales, unia y ligaba estrechamente al hombre con el hombre, las familias con las familias, generaciones con generaciones, pueblos con pueblos. ¿Y qué es lo que hemos visto suceder á este dichoso estado? En el matrimonio, una diso-

no hubiese conservado su influjo en España, y que el pueblo hubiese obedecido á los revolucionarios, se hubieran necesitado las fuerzas de todas las potencias del Continente para combatirle, y con las inteligencias que tienen los *liberales* en todas partes, ¡cuán difícil y sangrienta hubiera sido esta lucha, y á cuántos riesgos hubiera expuesto á la Europa!

La Providencia parece haber permitido, para que no quepa duda de que la Religion es el único móvil de la resistencia de la España, que en las dos guerras contra la revolucion, mandada por Bonaparte diez años atrás, y ahora por las Cortes, los grandes de aquel pais hayan como renunciado á su derecho natural de ser los caudillos del pueblo, y que el ejército de la verdadera España no haya podido titularse sino el *Ejército de la Fe*.

lucion brutal, el vínculo conyugal aniquilado, y transformado en un convenio temporal y transitorio; la anarquía en la familias, la oposicion y resistencia á la autoridad en los inferiores, la insensibilidad y dureza en los grandes, y en todos el egoísmo; la mala fe en los contratos, el menosprecio sacrilego de los juramentos, la discordia de los ciudadanos, y odios de pueblo á pueblo, que nos recuerdan las épocas mas horribles de la historia.

La Religion, en fin, existia en los individuos particulares como un freno; sin este, las acciones á que no podia alcanzar la ley, han quedado sin mas regla que las pasiones. Toda la moral se ha escrito en las páginas del código criminal; moral horrorosa, cuyo ministro es el magistrado, y su defensor el verdugo. La distincion de lo bueno y de lo malo comienza al pié del cadalso, y allí solamente es donde acaba el dominio de la indiferencia. Han dicho al hombre que la Religion es una invencion de hombres, y al punto todo le ha parecido invencion humana, hasta la sociedad, y la justicia misma; y conociéndose bastante grande y elevado para no obedecer sino á Dios, ha desechado desdeñosamente el yugo del hombre. Desde este instante las leyes no han sido para él sino obstáculos, y obstáculos débiles é ineficaces; porque, si no se puede huir de la conciencia, se puede escapar de la ley, y la esperanza de conseguirlo y burlar su vigilancia, es tan fundada, que sin el temor de la otra vida, seria una locura el dejar de poner los medios. La prudencia está únicamente en proporcionar y valuar el riesgo con el interés. De este modo no solo han desaparecido, y se han desvanecido las virtudes, sino que tambien el crimen (me horrorizo en decirlo), el delito sin llevar ya consigo la infamia ni remordimientos, no es mas que una simple combinacion de probabilidades, una especulacion vulgar, un cálculo, menos aun, un juego con que la niñez entretiene su ociosidad, y viene á hacerse en ella un hábito, antes que las pasiones la hagan una necesidad.

Tal es el efecto de la doctrina, cuya historia acabo de bosquejar. El mundo la ha visto dos veces, y la última con un carácter mucho mas peligroso, extender sus extragos en las naciones enervadas y seducidas. Hace diez y ocho siglos que desapareció á la presencia del

Cristianismo, cuando él estaba aun en su cuna, y de nuevo desaparecerá otra vez delante del Cristianismo plenamente formado y desenvuelto, ó la sociedad y el género humano desaparecerán delante de ella.

### CAPÍTULO III.

Continuacion de la misma materia.

Vimos en el capítulo anterior que el sistema, cuyo origen y efectos hemos presentado, es un sistema funesto; vamos ahora á probar que es además un sistema absurdo.

Sin Religion no hay sociedad: la filosofía lo confiesa; ¿Pero qué infiere ella de aquí? Que, pues, la sociedad no ha podido establecerse y conservarse sino con el auxilio de las creencias religiosas, los legisladores son los que inventaron la Religion. Preguntadla ¿quién son esos legisladores á quienes es deudor el género humano de una invencion tan importante? No lo sabe. Decidla que señale siquiera un pueblo, en el cual se haya visto comenzar la Religion, ó asigne la época poco mas ó menos de este maravilloso descubrimiento: no se extienden á tanto sus conocimientos históricos. Por mucho que se remonte, encuentra siempre una fe y un culto anteriores, y todos los monumentos de la antigüedad se reúnen para desmentir sus conjeturas.

Podríamos contentarnos con esto, y decirle: tú sostienes un hecho nuevo, un hecho contrario á todos los documentos de la historia, y á la tradicion del mundo entero: una simple asercion no basta para trastornar ese conjunto poderoso y autorizado de testigos: es necesario alguna cosa mas; se necesitan pruebas; ó dadlas, ó callad.

¿Qué podria replicar á quien le hablase de este modo? La que se gloria de no deferir ni respetar autoridad alguna, ¿exigiria que nos sometiésemos ciegamente á la suya? Los anales de los pueblos están tambien en nuestras manos; lo que ha leído en ellos, podemos tambien nosotros del mismo modo leerlo: muéstranos, pues,

la página en que está escrito: *en tal año se inventó Dios.*

¡Extravagante lógica en verdad la de esta filosofía! «Esto es así porque yo lo afirmo, y yo lo afirmo porque» me parece que no puede ser de otro modo:» ¿no es en verdad una demostracion poderosa? ¡qué lástima! Pero el desprecio se aumenta cuando se examinan de cerca los incoherentes delirios que nos da por cosas sentadas y evidentes, ¿cómo pues no ve que antes que hubiese legisladores habia ya hombres reunidos, y por consiguiente sociedades, y por una consecuencia necesaria, como ella misma lo confiesa, una Religion? La sociedad es el estado natural y necesario del hombre, pues fuera de la sociedad no puede ni reproducirse ni conservarse. Luego la Religion, sin la cual no puede existir la sociedad, es necesaria como la sociedad misma; luego no es una invencion humana. A la verdad, el hombre puede desechar la fe y creencia antigua, y abrazar otra nueva. Ciertas religiones pueden variar en lo que tienen de arbitrario, sea en bien ó en mal, con ventaja ó detrimento del orden social; pero el fondo ha subsistido siempre, pues sin él la sociedad hubiera carecido de una condicion necesaria á su existencia: pero estos filósofos que impugnamos discurren como el fisiologista, que, de la necesidad del aire para dar accion y movimiento á los pulmones y vida al cuerpo humano, concluyese que los hombres han inventado el aire.

Es verdad, y yo lo confieso, que los legisladores antiguos se prevalieron de las creencias antiguas para imprimir á sus leyes una especie de consagracion divina; pero si la Religion no hubiera sido mas que una parte de estas mismas leyes; si no las hubiese precedido ¿cómo hubiera podido darles la autoridad y sancionarlas? La necesidad de las leyes es manifiesta y conocida por todos los hombres; y sin embargo ¿los legisladores, en vez de apoyarse sobre esta necesidad palpable, habrian ido á buscar fuera de la razon humana un absurdo para formar de él la base del orden social? ¿quién lo podrá creer?

Por otra parte, no debemos figurarnos que el hombre pueda mudar con una palabra las ideas de los otros hombres. No se concibe, es cierto, que un pueblo pueda subsistir sin Religion; pero si la Religion es falsa (ó en otros términos) si no es mas que una invencion de la política,

Cristianismo, cuando él estaba aun en su cuna, y de nuevo desaparecerá otra vez delante del Cristianismo plenamente formado y desenvuelto, ó la sociedad y el género humano desaparecerán delante de ella.

### CAPÍTULO III.

Continuacion de la misma materia.

Vimos en el capítulo anterior que el sistema, cuyo origen y efectos hemos presentado, es un sistema funesto; vamos ahora á probar que es además un sistema absurdo.

Sin Religion no hay sociedad: la filosofía lo confiesa; ¿Pero qué infiere ella de aquí? Que, pues, la sociedad no ha podido establecerse y conservarse sino con el auxilio de las creencias religiosas, los legisladores son los que inventaron la Religion. Preguntadla ¿quién son esos legisladores á quienes es deudor el género humano de una invencion tan importante? No lo sabe. Decidla que señale siquiera un pueblo, en el cual se haya visto comenzar la Religion, ó asigne la época poco mas ó menos de este maravilloso descubrimiento: no se extienden á tanto sus conocimientos históricos. Por mucho que se remonte, encuentra siempre una fe y un culto anteriores, y todos los monumentos de la antigüedad se reúnen para desmentir sus conjeturas.

Podríamos contentarnos con esto, y decirle: tú sostienes un hecho nuevo, un hecho contrario á todos los documentos de la historia, y á la tradicion del mundo entero: una simple asercion no basta para trastornar ese conjunto poderoso y autorizado de testigos: es necesario alguna cosa mas; se necesitan pruebas; ó dadlas, ó callad.

¿Qué podria replicar á quien le hablase de este modo? La que se gloria de no deferir ni respetar autoridad alguna, ¿exigiria que nos sometiésemos ciegamente á la suya? Los anales de los pueblos están tambien en nuestras manos; lo que ha leído en ellos, podemos tambien nosotros del mismo modo leerlo: muéstranos, pues,

la página en que está escrito: *en tal año se inventó Dios.*

¡Extravagante lógica en verdad la de esta filosofía! «Esto es así porque yo lo afirmo, y yo lo afirmo porque» me parece que no puede ser de otro modo:» ¿no es en verdad una demostracion poderosa? ¡qué lástima! Pero el desprecio se aumenta cuando se examinan de cerca los incoherentes delirios que nos da por cosas sentadas y evidentes, ¿cómo pues no ve que antes que hubiese legisladores habia ya hombres reunidos, y por consiguiente sociedades, y por una consecuencia necesaria, como ella misma lo confiesa, una Religion? La sociedad es el estado natural y *necesario* del hombre, pues fuera de la sociedad no puede ni reproducirse ni conservarse. Luego la Religion, sin la cual no puede existir la sociedad, es *necesaria* como la sociedad misma; luego no es una invencion humana. A la verdad, el hombre puede desechar la fe y creencia antigua, y abrazar otra nueva. Ciertas religiones pueden variar en lo que tienen de arbitrario, sea en bien ó en mal, con ventaja ó detrimento del orden social; pero el fondo ha subsistido siempre, pues sin él la sociedad hubiera carecido de una condicion necesaria á su existencia: pero estos filósofos que impugnamos discurren como el fisiologista, que, de la necesidad del aire para dar accion y movimiento á los pulmones y vida al cuerpo humano, concluyese que los hombres han inventado el aire.

Es verdad, y yo lo confieso, que los legisladores antiguos se prevalieron de las creencias antiguas para imprimir á sus leyes una especie de consagracion divina; pero si la Religion no hubiera sido mas que una parte de estas mismas leyes; si no las hubiese precedido ¿cómo hubiera podido darles la autoridad y sancionarlas? La necesidad de las leyes es manifiesta y conocida por todos los hombres; y sin embargo ¿los legisladores, en vez de apoyarse sobre esta necesidad palpable, habrian ido á buscar fuera de la razon humana un absurdo para formar de él la base del orden social? ¿quién lo podrá creer?

Por otra parte, no debemos figurarnos que el hombre pueda mudar con una palabra las ideas de los otros hombres. No se concibe, es cierto, que un pueblo pueda subsistir sin Religion; pero si la Religion es falsa (ó en otros términos) si no es mas que una invencion de la política,

es mas difícil aun de concebir que haya podido establecerse y perpetuarse en todos los pueblos, sin exceptuar ninguno. No hay ejemplo alguno de un error adoptado de este modo universalmente, y sobre todo de un error que contrarie á las pasiones: esto tiene tal oposicion con la naturaleza del hombre, que seria mas fácil comprender la adopcion general de una lógica errónea, pues á lo menos esta no hallaria oposicion en las inclinaciones del corazón.

Notad de paso que mientras las leyes, igualmente que las formas de gobierno, varían casi al infinito, los dogmas fundamentales de la Religion son siempre, é inmutablemente, y en todas partes los mismos. ¿Reconoceis acaso en esta asombrosa uniformidad el carácter de una invencion humana? El error es arbitrario: por eso las Religiones, en lo que tienen de falso, ni se asemejan ni convienen unas con otras, antes se contradicen; pero hay ciertos puntos que son comunes á todas: ¿y cuál es la causa? explíquese esta maravillosa concordia y uniformidad entre inventores enteramente desconocidos unos de otros. ¿Se dirá que con el pensamiento de servirse de él para el establecimiento del orden social, un mismo error casualmente ha caído en el espíritu de los legisladores de todos los países y de todos los siglos? ¿Casualidad extraña, á la cual debemos la sociedad! Pero la casualidad en substancia nada significa, y ciertamente no se admitiria como causal, ni nadie quedaria satisfecho, si pidiendo razon de la geometría, se respondiese que la casualidad habia hecho que los inventores de esta ciencia en los diversos pueblos, tuviesen la misma idea de la extension, de la magnitud, y de las figuras, y les atribuyeran las mismas propiedades. La cuestion queda siempre en pié, y jamás se resolverá, sino suponiendo una tradicion general mas antigua que los legisladores; es decir, una Religion anterior á las instituciones humanas y á las leyes positivas.

La historia, el raciocinio, la experiencia propia y la de nuestros semejantes, todo nos reduce á esta conclusion. La Religion es tan natural al hombre, que acaso no hay en él un sentimiento mas indestructible. Aun cuando su entendimiento la repele, todavia queda en su corazón un no sé qué, que se la recuerda y trabaja por conservarla; y este instinto religioso que se encuentra en todos los

hombres es uno mismo en todos ellos<sup>1</sup>. Enteramente á cubierto de los extravíos de la opinion, nada le desnaturaliza ni le altera. El pobre salvaje, que en los bosques desiertos del nuevo Mundo adora al gran genio, no tiene sin duda una idea tan clara y tan extensa de la divinidad como Bossuet, pero tiene el mismo sentimiento. ¡Ah! ¿Y qué? ¿está en el poder de las leyes, ni alcanzan estas á crear sentimientos, y sentimientos universales é invencibles? ¿Qué pensaríamos de un hombre que con toda seriedad viniese á decirnos: el género humano vivia disperso por los bosques: nadie pensaba mas que en sí, ni amaba mas que á sí mismo: entre el padre y los hijos no habia vínculo alguno moral, ni afecto reciproco, ni sociedad durable; el legislador inventó el amor paterno y el reconocimiento filial; y de aquí formaron las familias?

Mas aun cuando nos desentendiésemos de estos absurdos, se nos presentaria otra multitud de ellos. Quitad la Religion, y queda destruida toda moral obligatoria; y en efecto, los filósofos, así antiguos como modernos, que han impugnado las verdades fundamentales de la Religion,

<sup>1</sup> Nada decimos aquí que la filosofía antigua no haya formalmente confesado, y de que no haya inferido de buena fe la consecuencia natural. Hay verdades tan poderosas, que pocos espíritus tienen la triste fuerza de resistir á ellas. «Una prueba indestructible de la existencia de los dioses, decia Ciceron, es que no hay pueblo tan bárbaro, ni hombre tan embrutecido que no tenga el sentimiento de la divinidad. Es cierto que muchos engañados por costumbres viciosas se forman ideas indignas de los dioses; pero sin embargo, todos creen que hay un poder y una naturaleza divina. No es esta una opinion que los hombres se hayan comunicado unos á otros por el discurso, ó que se hayan convenido en adoptar; ni una opinion afianzada por las instituciones y las leyes. En todas partes terías el consentimiento unánime de los pueblos debe mirarse como una ley de la naturaleza.» *Firmissimum hoc afferri videtur, cur Deos esse credamus, quod nulla gens tam fera, nemo hominum tam sit immanis, cujus mentem non imbuerit Deorum opinio. Multi de Diis prava sentiunt: id enim vitioso more efficit solet: omnes tamen esse vim et naturam divinam arbitrantur. Nec verò id colloquio hominum, aut consensus efficit, non institutis opinio est confirmata, non legibus. Omni autem in re consensio omnium gentium, lex nature putanda est.* Tuscul. lib. 1.

han trastornado al mismo tiempo los principios fundamentales de la moral. Los inventores de la Religion serán tambien sin duda inventores de aquella. Antes de ellos no habia justo, ni injusto, ni crimen ni virtud; nada era bueno ni malo en sí; alimentar á su anciano padre ó degollarle eran acciones indiferentes<sup>1</sup>. No, no: esta sola idea ofende á todo hombre, y la conciencia al oirla da un grito horrorizada: ¿mas qué digo la conciencia? Si la moral no tiene fundamento alguno en la naturaleza de los seres; si como lo han dicho, y debian decirlo los que no ven en la Religion mas que una institucion política, ella no se apoya ni estriba mas que en las leyes ó voluntades arbitrarias, la

1 Segun Hobbes « todo hombre por ley de naturaleza tiene derecho á todas las cosas y sobre todas las personas; de manera que la condicion natural del hombre es un estado de guerra de todos contra cada uno, y de cada uno contra todos: la razon persuade á cada hombre que trate de sujetar, sea por fuerza, sea por maña ó astucia, al mayor número posible de sus semejantes, y por todo el tiempo que no corra algun peligro de parte de otro poder superior al suyo: las leyes civiles son la única regla del bien y del mal, de lo justo é injusto, de lo honesto, ó de lo que no es; y así antes que existiesen estas leyes, todas las acciones eran indiferentes por su naturaleza. » (De Cive, cap. 6, sect. 18, cap. 10, sect. primera cap. 12. *Leviathan*, páginas 24, 25, 60, 61, 62, 63, 71.) No creemos que Hobbes queria establecer directamente estas máximas monstruosas; pero debió ver que en buena lógica necesariamente se deducian de sus principios, y quiso mas bien admitirlas que no abandonar aquellos. Un primer error por lo común arrastra mas allá de lo que se piensa á las personas que ratiocinan. — (Thomas Hobbes nació en Malmesbury en 1588, fué ayo del conde de Devonshire; viajó con él por la Francia, é Italia, y con este motivo trabó conocimientos con Galileo y con Descartes: habiendo excitado un odio general sus obras de *Cive* y *Leviathan* contra él en Paris, donde las publicó, se retiró á Londres, donde tuvo tambien que estar oculto por la misma causa. Murió en 1679 en Harwich á los 92 años, con tanta pusilanimidad como audacia habia mostrado en impugnar los dogmas mas sagrados. Algunos le pintan como buen ciudadano, y amigo fiel; pero todas estas equalidades se concilian mal con la reputacion de ateista que se adquirió, y la cualidad de impío que no se le puede negar. Es mirado como uno de los corifeos de la moderna secta filosófica, y no le podian faltar elogios: fué célibe, pero como sucede en los que no lo son por Religion, vivió como un libertino, abandonado á las mujeres: ; tales son los héroes de la filosofia!

conciencia misma no es mas que una preocupacion, una creacion del legislador. No hubo pues conciencia, ni moral, ni Religion hasta que á este legislador desconocido le ocurrió el inventarlas. ¿Y hay hombres que pongan su gloria en persuadir locuras tan inconcebibles? Deberian á lo menos conocer que no les está bien tachar de crédulos á los demás.

Peró no paran las cosas aquí. El sistema que examinamos supone por una parte la falsedad de la Religion, y por otra su necesidad para la conservacion del orden social. Y bien, la Religion no es útil sino en tanto que se la cree: es preciso pues, ó que todos los miembros de la sociedad crean la Religion, ó que no sea necesaria sino á una parte de los miembros de ella. Y como seria una contradiccion manifiesta que los que tienen por falsa á la Religion la crean, es forzoso establecer como principio, que la Religion no es necesaria al pueblo: principio por confesion de Condorcet<sup>1</sup>, destructivo de toda Religion, y que incluye mas inconsecuencias de las que se pudieran decir ni estamparse en un volúmen.

Y desde luego, en el lenguaje filosófico, todo el que cree, aunque sea el jefe mismo del estado, es *vulgo y pueblo*; luego cuando se sostiene que la Religion no es necesaria mas que al pueblo, es como si se dijera que es necesaria á todos los hombres, fuera de aquellos que no la creen: de donde se sigue que si nadie la cree, á nadie será necesaria. A la verdad, no es fácil de comprender como en este caso no dejaria de ser indispensable á la sociedad; pero este es un misterio, cuyo secreto no se ha dignado la filosofia revelarnos aun, y que parece destinado á ejercitar por largo tiempo aun la fe de sus *adeptos* é iniciados.

En segundo lugar, la Religion no se dice necesaria al pueblo mismo, sino porque es la base de las obligaciones y deberes, y la regla de las costumbres. ¿Y qué? ¿el filósofo se creeria independiente bajo estos dos respectos, ó habria hallado á la moral otro fundamento? Yo sé que le

1 « Toda Religion que se permite defender como una creencia que es útil dejarla al pueblo, no puede esperar otra cosa que una agonía mas ó menos prolongada. » *Esquisse d'un tableau des progrès de l'esprit humain.*

han buscado con un ardor igual al interés que se figuraban tener en descubrirle: pero sé tambien lo que pensaba Rousseau de esta vana tentativa, que no tuvo jamás otro fin que el interés particular. Él como filósofo conocia bien á fondo á sus cohermanos; y puedo por consiguiente con toda confianza apoyarme en su testimonio y autoridad sobre un punto en que seguramente no es sospechoso de preocupacion. O tú, que sobre la palabra de algunos sofistas, te imaginas que es lo mejor *no creer nada*, pero cuya alma generosa y honesta mira todavía con algun aprecio á la virtud, conserva bien en la memoria, y nunca olvides estas palabras del autor del Emilio. « No entiendo como se pueda ser virtuoso sin Religion. Por mucho tiempo seguí la opinion contraria, de la que ya estoy bien desengañado<sup>1</sup>. » En efecto, sin descender á los argumentos personales, es fácil observar que los anales filosóficos no pueden en esta parte sostener la mas ligera comparacion con los anales religiosos. Si es pues alguna vez honroso separarse del pueblo, al menos no lo es cuando con la Religion se le abandona la virtud.

Mas concedamos por un momento que el interés bien entendido, ó cualquiera otro motivo de esta clase supla en ciertos individuos la falta de los preceptos obligatorios de una moral divina y la conciencia: quiero suponer en fin, que la Religion no sea realmente necesaria mas que al pueblo: pues por solo este título debe ser la ley mas sagrada de todas, pues que es la mas importante de las instituciones. Combatirla, impugnarla, desquiciarla, arruinarla en el espíritu de los hombres es minar el estado por los cimientos, es hacerse reo del enorme crimen de lesa sociedad *in primo capite*. Y bien, entre los filósofos que admiten la necesidad política de la Religion, ¿cuántos hay que no trabajen con todas sus fuerzas, cada uno segun su carácter, y los medios que les son posibles, los unos por escrito, otros de palabra, y todos con su ejemplo, en desacreditar la Religion, y propagar la incredulidad hasta en las últimas clases del pueblo<sup>2</sup>? Que miren

1 Lettres sur les spectacles.

2 Es cosa que pasma la incansable actividad de la filosofía de nuestros dias en pervertir los ánimos. Si sus mismos hijos en su

con lástima, como el sabio de Gibbon, *los errores del vulgo*, es una consecuencia natural de sus mismos errores; mas para ser consiguientes deberian, como el mismo sabio, *practicar con exactitud las ceremonias religiosas de sus antepasados, y frecuentar devotamente los templos de Dios*. Su sistema los obliga á ello: mas con todo ¿lo hacen así? Por el contrario, ¿no se avergonzarian de convenir, aun en la apariencia, con las opiniones del pueblo, y de disimular su menosprecio hácia los objetos de su respeto y de su fe? Su orgullo tendria mucho que sufrir si pensasen que se los podia confundir con la multitud de los fieles. Miran á estos con desprecio, se separan de ellos con des-

delirio no lo confesasen, se diria que se inventaba para calumniar. No son ya los tres millones y mas de libros impios, é inmorales que ha puesto en circulacion en estos últimos años, lo que asombra mas, es ese amaño propiamente diabólico de acomodarlos á todas las clases, reduciéndolos á compendios, sumarios, extractos, piezas sueltas de cuatro y cinco cuartós para que no haya quien no los pueda comprar. « En 10 años se han hecho en Francia treinta y cinco ediciones de Voltaire, una con otra de á dos mil ejemplares. » Así, dice el escritor liberal de quien toma este cálculo la Gaceta de Lyon (del 30 de abril de 1826), andarán en las manos de los hombres cuatro millones y doscientos mil volúmenes de Voltaire solo, que respiran en cada página, en cada frase, en cada línea el horror al fanatismo (es decir á la Religion), y á la opresion (es decir, los Tronos). — Toda especie de materias, Religion, historia, derecho público, sátiras, comedias, melodramas, todo se trata, y todo se pone al alcance de los mas rudos con notas explicativas de los pasajes en que se pudiera echar de menos alguna claridad ó energia. Todas las obras de los tiempos del último término de impiedad de la revolucion francesa se han vuelto á reimprimir, y para propagar sus doctrinas, por desgracia muchas de ellas se dan traducidas en español. No parece sino que hay un designio formal de corromper los pueblos para disponerlos á la revolucion. Que antes de los desastres pasados vieses la luz pública las obras impías del siglo XVIII se concibe, igualmente que los excesos de esta revolucion misma; pero que despues de ella y de tantos escarmientos se vean á sangre fria tomar los mismos medios, es lo que asombra. Si las mismas causas producen unos mismos efectos, ¿cómo se ha olvidado tan pronto que los libros impios fueron los que prepararon los instrumentos de muerte con que fueron asesinados los cristianos y los sacerdotes, los ricos hacendados y comerciantes, los nobles y los reyes!

den, se rien de su sencillez con bufonadas é irrisiones tan amargas como frecuentes; y ansiosos de ostentar una superioridad de talentos imaginaria, sacrifican de propósito á las vergonzosas ilusiones de un ciego amor propio el interés sagrado del estado, y sus mismos principios; de modo que, aun dado que no fuesen los hombres mas insensatos, todavía, juzgándolos por su misma doctrina serian los mas inconguientes y malvados.

Mas aun quando en obsequio del bien público renunciasen á su miserable vanidad filosófica; aun quando consintiesen en mezclarse en nuestros templos con el vulgo, no podrian disimular bastantemente sus verdaderos sentimientos para que el pueblo no los conociese. No está en las manos del hombre el violentarse hasta este punto. Por mas que el incrédulo componga su exterior, mida sus palabras y modere sus movimientos, jamás se equivocará con un cristiano, y se le parecerá tanto menos quanto mas rectitud y delicadeza conserve su alma; porque hay en la hipocresía un no sé qué de vil, que repugna invenciblemente á todo buen corazón. ¿Ni cómo el vago motivo de la utilidad general, que solo él toca indirectamente, alcanzaria del filósofo lo que la fe, aun con todas sus amenazas, premios y esperanzas, no alcanza siempre del fiel? Añadid á estas consideraciones el tedio y la mortificación inseparable de unas prácticas que se tienen por ridículas, y el orgullo secretamente irritado, y no dudeis en manera alguna que el *desprecio interior*, de que habla Gibbon, no se descubra bien pronto á su pesar en medio del *respeto aparente*. Al punto renacen los inconvenientes que acabo de exponer. El pueblo advertirá que se le mira como con lástima y desprecio, y no tardará en avergonzarse de una Religion que le humilla: y luego que se persuada que ella es la herencia de la imbecilidad y de la ignorancia, ¿pensais que le lisonjeará mucho este patrimonio?

Filósofos: ¡ó hablad menos de la dignidad del hombre, ó respetadla mas! ¿Cómo! á nombre de la razon, exaltando con énfasis sus derechos imprescriptibles, condenais friamente á mas de las tres cuartas partes del género humano á ser el juguete necio de la impostura! Mostraos mas generosos para con vuestros hermanos; dejad que lleguen hasta ellos algunos rayos de esa luz, de cuya posesion tanto os

jactais. Pero no está en vuestras manos el impedirlo; porque, observadlo, si se necesita tener virtudes, y por consiguiente fuerza para ser religioso, para ser incrédulo no se necesitan mas que pasiones, y por consiguiente flaqueza: el corazón se deja llevar por esta senda con todo el peso de su corrupcion. ¿Mas os imagináis que abandonando la Religion al pueblo, y diciéndole que es un freno necesario para él, se apresurará á recibirle, dejandoo á vosotros las riendas? Verdaderamente, veo que eso seria de gran comodidad. El se abstendria de gozar del mundo por vosotros, y vosotros gozaríais por el: pero en este cálculo ingenioso habeis olvidado dos cosas, que no eran de olvidar; á saber, el orgullo y la concupiscencia. Aun quando fuese una opinion admitida que la Religion no es mas que un cebo, ó engaño con que se entretiene al pueblo, ¿quién querrá ser pueblo é imponerse obligaciones penosas para adquirir la lisonjera reputacion de necio? Tomando cada uno por modelo la clase superior á él, tratará de ensalzarse y elevarse á ella no creyendo, y no dejará de repetir con un tono desdeñoso que la Religion es necesaria al pueblo. Los grandes la dejarán con desprecio á los magistrados, los magistrados á la clase media, esta á los artesanos, los artesanos á los simples menestrales y jornaleros, y estos á los últimos mendigos ó pordioseros, cuyo menosprecio experimentará tambien. Esta hija del cielo, semejante á aquellos mensajeros divinos, de que se habla en nuestros santos libros, extranjera en medio de la sociedad, y buscando en vano en ella un lugar de reposo, se verá reducida á sentarse sobre las piedras de las plazas públicas, rodeada de una multitud mofadora, que se avergonzaria de ofrecerle hospitalidad y asilo.

Apelo á la experiencia: ¿qué es lo que ha introducido la irreligion en las chozas y cabañas? ¿el racionio? no, sino el ejemplo contagioso, la verguenza de parecer crédulo. Esta, junta con la licencia de costumbres, es la verdadera causa de los progresos de la incredulidad. Y cierto que la filosofia es demasiado confiada si ha llegado á prometerse seriamente dividir el género humano en dos clases, de las cuales una creyese para seguridad de la otra, sin recibir mas premio que el desprecio, y la otra se riyera de lo que la primera respetaba por complacerla: una que

no reconociese mas obligacion que satisfacer sus apetitos, y otra que renunciase á sus inclinaciones por obedecer á obligaciones quiméricas; de modo que de una parte se encontrase, juntamente con la independencia, todo lo que el hombre puede desear en la tierra, y de la otra todo cuanto teme y aborrece, con la esclavitud de las preocupaciones, sin mas compensacion que el menosprecio. ¿ No es en verdad una feliz y acabada combinacion? ¿ Qué delirio! sin embargo, esto es lo que se cree, y se admira con preferencia á la verdad. Pero la naturaleza, cuyas leyes no varian al gusto y capricho de la pasiones, refuta muy pronto de un modo terrible esas teorías que el orgullo humano quiere oponer al orden eterno. Aquí los hechos hablan, y bien alto, para hacerse oír de los mismos que cerrarian los oídos á la razon. Si hubiese alguno que tuviese la triste y miserable arrogancia de celebrarnos las religiones políticas en medio de las ruinas de la fe, de las costumbres, y de la sociedad, todas estas ruinas levantarían juntas á un mismo tiempo la voz para confundirle. Así la Religion es indispensable en su sistema, y admitiendo este sistema, la Religion no puede subsistir. Deduce tú, ó lector mio, y medita la consecuencia.

Pero concedamos á los indiferentistas políticos lo que pretenden; admitamos que la Religion es un error, la moral otro, y veamos lo que de esto se seguirá. Por su confesion misma, estos errores son necesarios á la sociedad. Ahora bien, el hombre no se conserva sino en el estado de sociedad, pues solo en el estado de sociedad se desarrollan y desenvuelven sus facultades intelectuales, se eleva sobre los brutos por el ejercicio de su razon, el cultivo de las ciencias, y la práctica de las virtudes. Por otra parte el error no existe necesariamente; pudo ser ó no ser inventado, y es solo el producto contingente de lo que se llama casualidad: luego es preciso inferir:

1° Que la sociedad es un puro efecto de la casualidad, y que, segun todas las apariencias y verosimilitud, el género humano debió perecer al nacer, pues que no ha podido perpetuarse sino con el auxilio de una invencion fortuita y casual, infinitamente menos probable que la de los globos aerostáticos; porque en fin, esta es la aplicacion de leyes ciertas é inmutables, cuando la primera no

tiene conexion con cosa alguna real, ni otro fundamento que la imaginacion.

2° Que segun las leyes de la naturaleza, que no son mas que la expresion de las verdades eternas, ó de las relaciones necesarias de los seres, la sociedad no debia establecerse, ni el género humano perpetuarse; y por consiguiente que la verdad es destructiva de la sociedad y del hombre.

3° Que el desenvolvimiento ó desarrollo de estas facultades intelectuales, ó el ejercicio de su razon, que solo tiene lugar en estado de sociedad, es opuesto á la naturaleza, ó como se expresa Rousseau, que « el hombre que » piensa es un animal depravado<sup>1</sup>. »

4° Que todo lo grande y noble que hay en el hombre, sus luces, talento, ingenio, sus virtudes son el producto del error: consecuencia tan absurda que el mismo Diderot sienta y establece como principio la proposicion contraria. « El error de derecho, dice (ó el error de la doctrina), influye en toda criatura racional y consecuente, y » no puede dejar de hacerla viciosa<sup>2</sup>. »

5° Que la perfeccion del hombre, y su existencia misma está fundada sobre la violacion de las leyes naturales; el conocimiento de la verdad en la persuasion del error; en fin... ¿ qué sé yo? porque los absurdos se complican y multiplican en términos que no es posible computarlos. Y sin embargo, es preciso ó admitirlos todos, ó renunciar á la lógica, ó abandonar el sistema de donde se deducen y derivan necesariamente. Y ¿ habrá quién vacile en esta alternativa? ¿ Es posible que la razon se condene voluntariamente al tormento de creer, no digo ya lo que no puede comprender, sino cosas cuya imposibilidad conoce claramente? ¿ Qué hay en esta credulidad estúpida y degradante que pueda lisonjear su orgullo? Cualquiera que en física imaginase una teoría fundada en contradicciones tan palpables, excitaria la risa y el desprecio general: ¿ y es posible que las contradicciones muden de naturaleza, y se conviertan en pruebas cuando se trata de

1 *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes.*

2 *Essai sur le Mérite et la Vertu, part. 11, sect. 3.*

trastornar las obligaciones y destruir la Religion? En el sistema que examinamos es imposible que la Religion sea verdadera; en el mismo sistema es imposible tambien que sea falsa: una de estas dos proposiciones es su fundamento, la otra su necesaria consecuencia: ¿qué diremos pues? ¿cómo desembarazarse y salir de este laberinto sino negando la razon misma, y transformando ó convirtiendo los absurdos en motivos de creencia? Soy cristiano, y me glorio en serlo; pero lo declaro expresamente, renuncio al Cristianismo, desapruero su doctrina en el instante que se me muestre que mi fe se apoya sobre una base tan humillante.

No puedo menos de ofrecer aquí al lector una reflexion, que le suplico medite seriamente. Al escribir este capítulo no me propuse, ni mi intencion ha sido probar la verdad de la Religion; únicamente he querido refutar un sistema particular de filosofia; y por lo mismo la consecuencia inmediata de todo lo que se acaba de leer es, que la Religion es necesariamente verdadera, pues, que es un absurdo evidente el suponerla falsa: tan cierto es, que no se puede pensar en la Religion, ni tratar de ella, ni considerarla bajo cualquiera aspecto, sin que su verdad brille de un modo tan admirable, claro y evidente, cual á veces no se podría esperar. Millares de caminos diferentes van á parar al mismo término, mil racionios diversos terminan en la misma conclusion; de suerte que en la casi infinita multitud de pruebas que concurren á establecer la verdad mas importante, no hay un solo hombre, por limitados que sean sus alcances y talento, que no descubra con facilidad la que le conviene, la que le estaba, por decirlo así, destinada por la Providencia, con tal que la busque, y no emplee todos sus esfuerzos en rechazarla.

Reasumiendo pues las reflexiones expresadas en este y el anterior capítulo, se vé:

1° Que la doctrina de aquellos para quienes la Religion no es mas que una institucion política, únicamente necesaria al pueblo, es una doctrina destructiva de la sociedad, porque lo es de la Religion, sin la cual se concede, y se confiesa que la sociedad no puede subsistir.

2° Que esta doctrina es absurda y contradictoria: en primer lugar, porque supone que no podría haber socie-

dad sin Religion, y que la Religion no ha podido ser inventada ni establecida sino en una sociedad ya existente: y en segundo lugar, porque de ella resulta que la sociedad, que es por su naturaleza un estado necesario, es antinatural ó contraria á la misma naturaleza, una invencion casual y fortuita, una institucion arbitraria fundada en el error, y que no subsiste sino auxiliada por el mismo error: que segun las leyes inmutables del órden, y las relaciones que se derivan de la naturaleza de los seres, el hombre no debia conservarse; así que, su existencia es contraria á la naturaleza, sus deberes y obligaciones lo son igualmente; contrario á ella el desarrollo de la razon humana; y contraria tambien á la naturaleza la virtud: que la verdad es una causa de desórden y muerte, y el error un principio de perfeccion y de vida: en fin, que es imposible que la Religion sea verdadera, y al mismo tiempo es imposible que sea falsa.

3° Que este sistema, como que no permite considerar las diversas Religiones y la Religion en general sino bajo un punto de vista puramente político, se apoya por consiguiente en la indiferencia absoluta de la verdad en materia de Religion. Refutar pues la doctrina fundamental de la indiferencia, será combatir por sus bases, y destruir por los cimientos este sistema particular.

Y á vista de todo esto ¿no tendré derecho para terminar la discusion intimando á los contrarios, ó que abandonen sus principios, ó prueben que no se siguen de ellos las consecuencias que, como he manifestado, naturalmente se deducen? Mas no: sé cuanto le cuesta al hombre el reconocer que se ha engañado, y que por mucho tiempo lucha contra esta dolorosa conviccion. Lo que espero, y lo que únicamente pido es, que despues de haber meditado las reflexiones que anteceden, los filósofos á quienes se dirigen, se paren á dudar y sospechar que es posible haberse engañado, y que la Religion no sea una invencion humana. Esta simple duda les impone la obligacion de examinar: como criaturas racionales están obligados á ello, pero mucho mas diciéndose filósofos. Porque al fin ¿qué es lo que ellos echan en cara mas amargamente al pueblo? Que cree sin exámen, por hábito, y por preocupacion. ¿Y será decoroso, ni prudente, ser in-

crédulo en los mismos términos en que se tiene por un absurdo el ser creyente? El pueblo á lo menos en sus preocupaciones se reserva la esperanza; y aun cuando por imposible se engañase, si fuera necesario elegir entre este sentimiento celestial y divino, y las sombrías y desoladoras luces que no alumbran sino para entrever la nada, la suerte del Cristianismo siempre seria infinitamente mas feliz.

#### CAPÍTULO IV.

Consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de aquellos, que dudando de la verdad de todas las Religiones positivas, creen que cada uno debe seguir la del país en que ha nacido, y no admiten, ni reconocen otra por incontestablemente verdadera que la Religion natural.

Obligados algunos filósofos á modificar el sistema anterior por los absurdos, y perniciosas consecuencias que de él se deducen, han inventado una nueva teoría de indiferencia; pero aunque menos audaz y atrevida que la primera, no es mas satisfactoria, y en breve haremos ver que no puede sostener el mas ligero exámen. Ni aun se concebiría como ha podido producir ilusion en tantos espíritus, si por otra parte no supiésemos la vergonzosa facilidad con que el hombre admite toda especie de opiniones, cuando estas lisonjean sus apetitos, favorecen su preocupacion, y alientan sus pasiones.

Juan Jacobo Rousseau es sin contradiccion el mas sagaz defensor y promotor de esta doctrina que vamos á combatir; y por lo mismo creemos que no podremos proceder mejor que valiéndonos de sus palabras para exponerla; porque además de ser menos árido este método que el de un simple análisis, alejará de nuestra parte toda sospecha de infidelidad al presentarla.

Ante todas cosas hagamos ver en que se diferencian los principios de Rousseau de los adoptados por los filósofos que hemos refutado en los capitulos precedentes:

porque este cotejo ayudará mucho al lector para formarse una idea clara y distinta de unos y otros.

El sistema de los *indiferentistas políticos* envuelve en sí el ateísmo, y trastorna y da por el pié á todas las obligaciones y esperanzas del hombre. Rousseau mira la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, la existencia de la otra vida como dogmas sagrados y verdades incontestables; y aun se indigna de que se las quiera combatir<sup>1</sup>.

1 Sabido es ya que el odio de d'Alembert y Diderot contra J. J. Rousseau no tuvo otro motivo que el no haber querido reunirse con ellos para impugnar la existencia de Dios: *¿Sabeis cuál es mi delito con ellos, y para ellos?* le dijo varias veces á M. Anglanier de S. German, á quien se dirigió desde Bourgoin el 9 de noviembre de 1780, y el que nos lo ha dejado consignado en una carta suya fecha en Grenoble á 10 de febrero de 1783: *Porque yo creo en Dios, y ellos no creen en él.* « He sabido, continúa el mismo Anglanier, por otro conducto fidedigno que M. Rousseau agasajado y lisonjeado por Diderot y d'Alembert, se indispuso irreconciliablemente con ellos, por haberse negado con indignación á impugnar la existencia de Dios. ¿Qué hombre sensato no se hubiera tenido por feliz en tener por enemigos á unos hombres entregados á un designio tan criminal y nocivo á la sociedad? Pero su flanco era el temor de ser aborrecido aun de los malos: ni la estimacion, ni la amistad, ni el voto de los buenos le consolaban entónces, etc. — Lamentemos la desgracia de este talento malogrado, obligado en fuerza de sus principios, á contradecirse á sí mismo siempre que el amor á Dios, y á la virtud de que tanto se gloria, le obligaban á raciocinar rectamente. Pero observemos que de ahí viene tambien el peligro de sus doctrinas, y el escándalo que causan sus escritos. « El entusiasmo de la Francia, especialmente de las mujeres, dice Proyart (*Louis détroné, etc., pág. 81*), por las producciones de este solista, si debió mucho al natural seductor y á la pompa de su estilo, no por eso deja de acusar la corrupcion de costumbres de su tiempo. « Era necesario que fuese esta muy profunda, pues que daba todavia cierta reputacion de probidad y de virtud al cinismo personificado en este escritor, al historiador complacido y satisfecho de sus propias infamias, á un pícaro sin remordimientos, que encuentra satisfaccion en referir que renegó, y abjuró su Religion por dinero, que pagó los mas señalados beneficios con ingratitudes, que siendo lacayo robó, y habiendo robado imputó su delito á una persona inocente; en fin, al libertino, que pretende que el maestro á quien se confia la juventud, puede seducirla sin dejar por esto de ser virtuoso, asi como él, sin dejar de ser justo y estando apasionado por la moral pura, llenó las casas de expositos con el fruto de sus amores adúlter-

crédulo en los mismos términos en que se tiene por un absurdo el ser creyente? El pueblo á lo menos en sus preocupaciones se reserva la esperanza; y aun cuando por imposible se engañase, si fuera necesario elegir entre este sentimiento celestial y divino, y las sombrías y desoladoras luces que no alumbran sino para entrever la nada, la suerte del Cristianismo siempre seria infinitamente mas feliz.

#### CAPÍTULO IV.

Consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de aquellos, que dudando de la verdad de todas las Religiones positivas, creen que cada uno debe seguir la del país en que ha nacido, y no admiten, ni reconocen otra por incontestablemente verdadera que la Religion natural.

Obligados algunos filósofos á modificar el sistema anterior por los absurdos, y perniciosas consecuencias que de él se deducen, han inventado una nueva teoría de indiferencia; pero aunque menos audaz y atrevida que la primera, no es mas satisfactoria, y en breve haremos ver que no puede sostener el mas ligero exámen. Ni aun se concebiría como ha podido producir ilusion en tantos espíritus, si por otra parte no supiésemos la vergonzosa facilidad con que el hombre admite toda especie de opiniones, cuando estas lisonjean sus apetitos, favorecen su preocupacion, y alientan sus pasiones.

Juan Jacobo Rousseau es sin contradiccion el mas sagaz defensor y promotor de esta doctrina que vamos á combatir; y por lo mismo creemos que no podremos proceder mejor que valiéndonos de sus palabras para exponerla; porque además de ser menos árido este método que el de un simple análisis, alejará de nuestra parte toda sospecha de infidelidad al presentarla.

Ante todas cosas hagamos ver en que se diferencian los principios de Rousseau de los adoptados por los filósofos que hemos refutado en los capitulos precedentes:

porque este cotejo ayudará mucho al lector para formarse una idea clara y distinta de unos y otros.

El sistema de los *indiferentistas políticos* envuelve en sí el ateísmo, y trastorna y da por el pié á todas las obligaciones y esperanzas del hombre. Rousseau mira la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, la existencia de la otra vida como dogmas sagrados y verdades incontestables; y aun se indigna de que se las quiera combatir<sup>1</sup>.

1 Sabido es ya que el odio de d'Alembert y Diderot contra J. J. Rousseau no tuvo otro motivo que el no haber querido reunirse con ellos para impugnar la existencia de Dios: *¿Sabeis cuál es mi delito con ellos, y para ellos?* le dijo varias veces á M. Anglanier de S. German, á quien se dirigió desde Bourgoin el 9 de noviembre de 1780, y el que nos lo ha dejado consignado en una carta suya fecha en Grenoble á 10 de febrero de 1783: *Porque yo creo en Dios, y ellos no creen en él.* « He sabido, continúa el mismo Anglanier, por otro conducto fidedigno que M. Rousseau agasajado y lisonjeado por Diderot y d'Alembert, se indispuso irreconciliablemente con ellos, por haberse negado con indignación á impugnar la existencia de Dios. ¿Qué hombre sensato no se hubiera tenido por feliz en tener por enemigos á unos hombres entregados á un designio tan criminal y nocivo á la sociedad? Pero su flanco era el temor de ser aborrecido aun de los malos: ni la estimacion, ni la amistad, ni el voto de los buenos le consolaban entónces, etc. — Lamentemos la desgracia de este talento malogrado, obligado en fuerza de sus principios, á contradecirse á sí mismo siempre que el amor á Dios, y á la virtud de que tanto se gloria, le obligaban á raciocinar rectamente. Pero observemos que de ahí viene tambien el peligro de sus doctrinas, y el escándalo que causan sus escritos. « El entusiasmo de la Francia, especialmente de las mujeres, dice Proyart (*Louis détroné, etc., pág. 81*), por las producciones de este solista, si debió mucho al natural seductor y á la pompa de su estilo, no por eso deja de acusar la corrupcion de costumbres de su tiempo. » Era necesario que fuese esta muy profunda, pues que daba todavia cierta reputacion de probidad y de virtud al cinismo personificado en este escritor, al historiador complacido y satisfecho de sus propias infamias, á un pícaro sin remordimientos, que encuentra satisfaccion en referir que renegó, y abjuró su Religion por dinero, que pagó los mas señalados beneficios con ingratitudes, que siendo lacayo robó, y habiendo robado imputó su delito á una persona inocente; en fin, al libertino, que pretende que el maestro á quien se confia la juventud, puede seducirla sin dejar por esto de ser virtuoso, asi como él, sin dejar de ser justo y estando apasionado por la moral pura, llenó las casas de expositos con el fruto de sus amores adúlter-

» Huid, dice, huid de aquellos, que bajo pretexto de explicar la naturaleza, siembran en los corazones de los hombres doctrinas desoladoras, y cuyo aparente escepticismo es cien veces mas afirmativo y dogmático que el tono decisivo de sus contrarios. Bajo el orgulloso pretexto de que solos ellos son ilustrados, veraces, de buena fe, nos someten imperiosamente á sus secas decisiones, y pretenden darnos por verdaderos principios de las cosas los ininteligibles sistemas que ellos se han forjado en su imaginacion. Por lo demás, trastornando, destruyendo, hollando todo cuanto respetan los hombres, quitan á los afligidos el último consuelo en su miseria, á los ricos y poderosos el único freno de sus pasiones; arrancan de los corazones el remordimiento del delito, la esperanza de la virtud, y despues de esto se jactan de ser los bienhechores del género humano. La verdad dicen, jamás es nociva á los hombres; lo creo tambien como ellos, y esta es, á mi ver, una gran prueba de que lo que ellos enseñan no lo es, de que lo que dicen no es verdad<sup>1</sup>. »

Segun los *indiferentistas políticos* la Religion y la moral son instituciones humanas: Rousseau sostiene que « las verdaderas obligaciones son independientes de las instituciones de los hombres... y que sin fe no hay ninguna virtud verdadera<sup>2</sup> »: y como la virtud es un deber, y es de obligacion en el hombre, admite « que hay dogmas que todo hombre está obligado á creer<sup>3</sup> »: proposicion directamente opuesta al principio que afirma que la Religion es solo necesaria al pueblo.

Rousseau pues desecha todo el sistema de los *indiferentistas políticos*. Lo tiene, como yo tambien lo juzgo, á

ros; y que no obstante en el principio de sus *Confesiones* desafía á Dios á que, cuando se oiga la trompeta del juicio, se presente otros que sea mejor que él. — La contradiccion entre sus sentimientos y principios le hizo tan inconsecuente en sus doctrinas, así como la falta de la moral religiosa le hizo violar frecuentemente con sus acciones las virtudes que celebraba en sus escritos, pero privándolas de su mas firme apoyo y fuerza, que les viene de la revelacion. P. Lasto, nota 7.

<sup>1</sup> *Emile*, tom. 3, pág. 197, edit. de la Hays, 1762.

<sup>2</sup> *Ibid.* pág. 196, 197. — <sup>3</sup> *Ibid.* pág. 187.

un mismo tiempo por falso y nocivo, y nocivo precisamente porque es falso; lo que supone que en materia de doctrina la verdad es inseparable de la utilidad; ó en otros términos; que toda doctrina útil y provechosa al género humano, y con mucha mas razon, toda doctrina que le es necesaria, es verdadera. Ruego encarecidamente al lector no eche en olvido esta observacion.

Hasta aquí Rousseau es el órgano de la tradicion universal. Su razon está de acuerdo con la de todos los pueblos, con la experiencia, y todas las autoridades dignas de ser citadas en una cuestion tan importante; y como sucede siempre cuando se siguen semejantes guias, la verdad, poderosa por la excelencia de su causa y el consentimiento unánime de los siglos, toma en su pluma tal carácter de evidencia, que ni aun se ha intentado responder á sus argumentos.

Pero en el momento que principia á dejarse llevar de su propio espíritu, y no escuchar mas que á sí mismo; que estrechado entre el Cristianismo, adonde le conducen sus principios, y las *tristes doctrinas*, que tan elocuentemente ha refutado, trata de abrirse un nuevo camino, una senda quimérica que no pare en ninguno de los dos extremos, sus ideas se confunden, y perdiéndose de sofisma en sofisma, casi á cada paso cae en inconsecuencias tan groseras, que todas las sutilezas de una fina dialéctica, no alcanzarán jamás á disimular.

Hemos visto que conviene en la necesidad de una Religion para todos los hombres: pues sentado esto, ¿qué resta sino decidirse entre las diversas religiones despues de un exámen suficiente para determinar una eleccion de la cual no tenga que avergonzarse la prudencia? Pero esto es positivamente lo que Rousseau no quiere. « Si se yerra, » dice<sup>1</sup> se priva uno de una grande excusa ante el tribunal del supremo Juez: ¿no perdonará él mas bien el error en que uno ha sido criado, que el que se excogió por sí mismo? »

Pero este racionio, ó no tiene sentido alguno, ó el autor supone que hay una Religion verdadera; porque si no la hubiese, ¿en qué estaria el peligro de *extraviarse* y de

<sup>1</sup> *Emile*, tom. 3, pág. 196.

errar buscándola? *Extraviarse* es alejarse del término y fin adonde se camina; y si este término es imaginario, ¿cómo es posible alejarse de él? ¿se aleja nadie de lo que no existe? observemos por otra parte que Rousseau confiesa que en materia de Religion el error puede ser punible, y digno de castigo á los ojos del *supremo y soberano Juez*; es indispensable pues que confiese que hay una Religion verdadera; porque si en la materia no hubiese verdad, el error seria inevitable, y un error inevitable no tiene necesidad de *excusa ni de perdon*.

Además, no siendo posible que dos doctrinas contrarias sean á un mismo tiempo verdaderas, si hay y existe una Religion verdadera, no puede ser mas que una sola, como el mismo Rousseau formalmente tambien lo confiesa. «En» tre tantas Religiones diversas, dice<sup>1</sup> que se proscriben y «excluyen mutuamente, *solo una es la buena*, si es cierto «que una lo sea.» Luego todas las Religiones, excepto una, son necesariamente falsas; todas excepto una, segun el mismo Rousseau, cuyas palabras acabamos de citar, son *dañosas y nocivas*. Religiones *nocivas y dañosas* no son ciertamente *necesarias* al hombre; luego si una Religion, como sostiene Rousseau, es necesaria, esta no puede ser otra que sola la Religion verdadera. Por lo mismo que es la única verdadera, es la sola única buena, la sola y única necesaria, la única que viene de Dios. Y bien; ¿es creible que habiendo Dios impuesto á los hombres el deber y obligacion de seguirla les haya negado los medios de distinguirla y conocerla? Es imposible; y sin embargo es preciso que Rousseau así lo diga, ó que renuncie y abandone sus máximas; y no lo puede decir sin caer, como acabamos de patentizar, en palpables contradicciones.

Para salir de este laberinto, y romper por estos embrazos, se precipita en nuevas contradicciones. Por su confesion resulta que hay una Religion verdadera, y solo una, y que no hay mas que una: la consecuencia natural es que todos los hombres deberian, y están obligados á abrazarla, pero como esta ilacion, esta consecuencia le conduciría directamente al Cristianismo, el cual intenta y trabaja por destruir, ¿qué hace pues? Afirma que no se puede discer-

1 *Émile*, pág. 158.

nir la verdadera Religion: y como por otra parte reconoce la necesidad de una religion para todos los hombres, aconseja que cada uno siga aquella en que ha nacido<sup>1</sup>. Ciertamente, si fuera imposible descubrir y conocer la verdadera, este seria sin duda el partido mas prudente, si todas ellas llenasen el objeto para el cual Rousseau las juzga necesarias. Mas siendo, segun su dictámen, el error esencialmente nocivo, las Religiones falsas no pueden llenar aquel objeto: luego es preciso que haya de sostener y decir que todas las Religiones son indiferentes; es decir, que todas son igualmente buenas, ó igualmente verdaderas; porque estas dos cosas en sus principios están inseparablemente unidas y enlazadas: pero oigámosle como se explica.

«Yo miro, dice, todas las Religiones particulares como «otras tantas saludables instituciones, que prescriben un «modo uniforme de adorar á Dios en cada país, por medio «de un culto público, las cuales todas pueden tener su razón en el clima, en el gobierno, en el carácter de los «pueblos, ó en alguna otra causa local que haga preferible la una á la otra<sup>2</sup>.» Y en otra parte: «Honrad, en «general, á todos los fundadores de nuestros cultos respectivos; cada uno tribute al suyo la veneracion que «cree le es debida, pero no desprecie el de los demás. «Ellos tuvieron grandes talentos, y grandes virtudes, y «esto siempre es digno de aprecio. Se han llamado enviados de Dios; y puede ser que sea así, y puede no serlo<sup>3</sup>.»

Es la primera vez que oigo hablar de las *grandes virtudes* de Mahoma. Por lo demás, como seria un absurdo suponer que unos *enviados de Dios* enseñasen el error, y por otra parte una Religion fundada en la impostura no puede ser verdadera, las últimas palabras querrán decir, y en efecto literalmente significan: Que es posible que todas las Religiones sean verdaderas, y posible que todas sean falsas. Y si no pareciese aun bastante, podemos elegir entre esta proposicion, y estas otras dos que no menos naturalmente se deducen de los principios de Rous-

1 Es decir, que el moro sea moro, el judío judío, y el cristiano cristiano.

2 *Émile*, t. 3, pág. 184.— 3 *Lettre á M. de Beaumont*, pág. 184.

seau: Todas las Religiones son igualmente verdaderas: No existe mas que una sola Religión verdadera.

No es en verdad poco trabajo para quien quiere entender lo que lee, conciliar al autor del Emilio consigo mismo; y me persuado que el dialéctico mas sutil no hallaria á veces medio de conseguirlo. En efecto con la diferencia de pocas páginas Rousseau nos dice: «Que hay *dogmas* mas que todo hombre está obligado á creer <sup>1</sup>, y que no hay mas *dogmas* verdaderamente esenciales que los deberes y obligaciones de la moral <sup>2</sup>.» Y como si intentase hacer aun la contradicción mas palpable, añade inmediatamente que «el culto interior es la primera de estas obligaciones,» y que «sin fe no hay virtud verdadera <sup>3</sup>.» ¡Qué confusión tan extraña de ideas! ¿El culto interior es acaso la moral? ¿lo es la fe? Y si no hay virtud alguna sin la fe, ¿cómo la virtud puede ser un deber ú obligación esencial, sin que la fe lo sea igualmente?

Desde el momento en que nos apartamos de la verdad, la razon privada de todo punto de apoyo, semejante á un bajel que no pudiendo arreglar sus movimientos fluctúa á la merced de las olas, obra á la ventura, y sigue alternativamente direcciones opuestas. La inconsecuencia es compañera inseparable del error, porque el hombre nunca se desprende de una vez de todas las verdades; y no pudiendo las que conserva avenirse con el error, le fuerzan á contradecirse inevitablemente. Esto es lo que sucede á Rousseau casi en cada página <sup>4</sup>. «En la incertidumbre en que nos hallamos, dice él, es una presunción inexcusable profesar otra Religión que la en que se ha nacido, y una falsedad el no practicar sinceramente la que se profesa <sup>5</sup>.» Algunas líneas antes hace hablar así á su héroe: «Volved á la Religión de vuestros padres

<sup>1</sup> *Émile*, t. 3, pág. 186. — <sup>2</sup> *Ibid.* — <sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 195.

<sup>4</sup> Y á todos los falsos filósofos ó incrédulos: sus obras no son otra cosa que un tegido de inconsecuencias y contradicciones: hoy defienden el *si*, y mañana el *no*: y por último no saben á que atenerse. Barruel en sus *Helvianas* lo hace esto evidente, poniendo en las dos páginas las contradictorias doctrinas de unos mismos y en la misma materia: ¿qué remedio para esto? el que les da, de enviarlos á los Orates.

<sup>5</sup> *Émile*, t. 3, pág. 195.

» (era la religion de Calvino)...ella es muy sencilla, muy » santa; en mi concepto es de todas las Religiones que hay » en la tierra la que enseña la moral mas pura, y mas » completamente satisface á la razon humana <sup>1</sup>.»

Hay pues en su dictámen: primero, diversos grados de incertidumbre, y por consiguiente motivos de preferencia, pues que hay una Religión que *contenta y satisface mas que cualquiera otra á la razon*. Si esto es así, ¿porqué fundamento estaré yo obligado á vivir en una Religión que *no satisface* á mi razon, ó *la satisface menos*? Juan Jacobo vitupera falsamente al Cristianismo el que exige el sacrificio absoluto de la razon: y hé aquí que él impone á los hombres la obligacion de obrar contra las luces de ella misma. ¿De qué pues nos sirve, ni aprovechará ya, si no debemos consultarla en un punto de que depende nuestra suerte eterna? Rousseau nos dice en sus *Confesiones* que á él le fué bien tirando á una suerte su predestinacion <sup>2</sup>, y en consecuencia aconseja á todos que hagan lo mismo. Por miedo de engañarse ó de ser engañado excluye juntamente razon y autoridad: es en verdad de-

#### 1 *Émile*.

<sup>2</sup> Oigamos su misma relacion, pues de otro modo se haria increíble. Agitado sin duda de los remordimientos de su conciencia, después de haber convalidado de una grave enfermedad, y recordando los vergonzosos extravíos de su vida pasada, se le representaba la idea terrible de «si yo me hubiera muerto en esta ocasion, ¿qué seria de mí? y á seguida se preguntaba á sí mismo: ¿Y si en este instante me muriese, me condenaria? ¿En qué estado me hallo?» Y no pudiendo apartar de sí este pensamiento tan amargo, hé aquí el expediente que tomó para salir de esta incertidumbre. «Un dia, dice (l. 6 de sus *Confesiones* edit. de Ginebra de 1782 pág. 194), pensando en este triste asunto repentinamente me ocurre hacer una especie de pronóstico para calmar mis inquietudes. Dígame á mi mismo: Voy á tirar esta piedra contra aquel árbol que está enfrente: si le doy, es señal de predestinacion; si no le doy, señal de que me condeno. Acabando de decir esto todo temblando, y palpitándome el corazon de sobresalto, tiro mi piedra tan felizmente, que fué á dar en medio de su tronco, lo que verdaderamente no era difícil, porque yo habia tenido cuidado de excoger uno muy grueso, y ponerme muy cerca. Desde entonces no he dudado de mi salvacion.» Hé aquí un gran medio de acallar remordimientos. Avergonzaos, filósofos, de seguir á tal maestro. Véase la cita de la pág. 123.

masiado : ¿no podría haber lugar á una composicion? La casualidad suele tener á veces parte en las cosas ; sin embargo, la filosofía me parece que la hace valer demasiado.

Segundo. A los ojos de Rousseau el calvinismo es una Religion *sencilla, y muy santa*. Ahora bien, una Religion muy santa es una Religion muy verdadera ; sino ¿qué significaría esta voz *santa*? La incertidumbre con que nos asombraba poco ha el autor del Emilio no es en realidad tan formidable, pues que no le ha impedido á él descubrir una Religion *verdaderísima*. Siendo pues otras necesariamente falsas, ¿porqué no ha de ser permitido dejarlas por esta? Toda la dificultad está en discernir cual es la *única buena*; se ha hallado segun Rousseau ; ya no hay peligro de engañarse ; y aun cuando, volviendo á sus propios testimonios, supusiese buenas todas las Religiones, pero como no las pone en el mismo grado, cuando se tratase de saber cual es la mejor, tampoco se debería vacilar ; porque no me llevo á persuadir pretenda que nos debe detener el temor de que haya una Religion *mas que verdaderísima*.

Tercero. Si se le cree, *no hay otras obligaciones verdaderamente esenciales sino las de la moral* : sea así como lo supone ; ¿será pues una obligación esencial abrazar una Religion *cuya moral es la mas pura*? nada de eso ; al contrario sería una *presuncion inexcusable*.

Esta consecuencia es tan absurda, que ha obligado al mismo Rousseau á modificar sus principios, aunque como de paso, en una nota, verosimilmente por no desconcertar la regularidad del texto. De cualquiera manera que sea, él conviene en que «la obligación de seguir y amar la Religion de su país, no se extiende á los dogmas contrarios á la buena moral<sup>1</sup>.» No le exijais mas, porque no os concederá otra cosa. Sin embargo, esto poco no deja de ser tal vez demasiado embarazoso ; porque sin preceptos religiosos, y sin ley positiva, ¿cómo se distinguiría con certeza lo que es ó no contrario á la sana moral? En fin, cada uno se arbitrará como pueda. Pero en cuanto á lo demás, aun cuando uno estuviese mil veces convencido de que tal dogma es falso, y por consi-

<sup>1</sup> *Emile*, t. 3, pág. 187.

guiente *nocivo*, y por consiguiente injurioso á la suprema verdad, á nombre de la filosofía se os manda *amarle*; es una *obligacion*, y seguramente obligación moral, pues que no hay otras que *sean esenciales* sino estas. A vista de estos absurdos ¿no hizo bien el autor en excluir la razon de su sistema?

Veamos otra contradiccion. Despues de haber hecho un magnifico elogio del Evangelio<sup>1</sup>, á renglon seguido añade : «Con todo, este Evangelio está lleno de cosas increíbles, de cosas que repugnan á la razon, y que es imposible á un hombre sensato admitir ni concebir<sup>2</sup>.» ¿Parece esta decision muy positiva? pues esperad un momento, y se os dirá : que «el Cristianismo, no el de hoy, sino *el del Evangelio*..... es una Religion santa, sublime, verdadera<sup>3</sup>.» Tenemos, pues, que el Cristianismo es *santo, sublime, y que es imposible á todo hombre sensato el admitirle* : que el Cristianismo *repugna á la razon*, y con todo eso que el cristianismo es una Religion *verdadera*. Dóciles admiradores de este sofista inconsecuente, ¿con qué cara vituperais á los cristianos la obediencia de su fe? El Cristianismo, examinado con la mayor atencion, les parece como á vuestro maestro *una Religion verdadera*, y la creen : ¡pobres ignorantes! las preocupaciones los ciegan hasta el punto de no ver que *es imposible á todo hombre sensato admitir esta Religion santa, sublime, verdadera*, puesto que ella *repugna á la razon*.

Por lo demás, el sistema de indiferencia adoptado por J. Jacobo Rousseau no es todo suyo, ni propiedad que exclusivamente le pertenezca. Hasta en las contradicciones no es mas que un copista de Chubb<sup>4</sup>, y de otros deis-

<sup>1</sup> En el catecismo filosófico se verá en toda su extension este grandioso elogio.

<sup>2</sup> *Emile*, tom. 3, gág. 187. — <sup>3</sup> *Contrat. social*, pág. 194.

<sup>4</sup> Thomas Chubb, deísta inglés, nació en 1679 en East Hartham, cerca de Salisbury. En sus principios fué aprendiz de guantero, y despues fabricante de velas de sebo; pero su gusto por la metafísica le hizo dejar esta profesion : por desgracia los primeros libros que cayeron en sus manos eran tales que podian extraviar á cualquiera : bebió en ellos ideas heterodoxas sobre la Trinidad, y publicó una disertacion intitulada. *La supremacia del Padre establecida*, que le dió crédito entre ciertas gentes, y le suscitó enemi-

tas ingleses. Este reconoce « que no se puede explicar el » establecimiento del Cristianismo sino admitiendo la ver- » dad de la narracion evangélica : que habiendo sido el » ministerio de Jesucristo, y el poder que desplegó, favo- » rables, á lo menos en general, al bien público, es vero- » simil que Dios era el primer agente de este poder, y diri- » gia su ejercicio. » Y despues de algunas otras reflexiones semejantes añade : « Síguese de aquí, á mi parecer, que » es probable que Jesucristo tenia una mision divina ; » lo que no impide que el mismo Chubb piense que hay tambien *motivos plausibles* para atribuir á la religion de Mahoma un *carácter divino*. Comparense estos pasajes con el de Rousseau, cuando hablando de los fundadores de los diferentes cultos, dice : « Ellos se han llamado enviados de Dios ; lo que puede ser así, y puede no ser ; » y se convendrá en que la identidad de principios es completa : y no lo es menos la consecuencia, porque segun el autor inglés, « pasar del mahometismo al Cristianismo, ó del Cristianismo al mahometismo es únicamente dejar una forma exterior de religion por otra, procedimiento que no » ofrece otra ventaja real que la que encuentra un hombre » en mudar el color de sus vestidos, quitándose, por ejemplo, uno azul por tomar otro encarnado<sup>1</sup> ; » y nótese que lo que dice Chubb aquí de los mahometanos, lo repite tambien despues de los gentiles<sup>2</sup>, que abrazaron en los primeros siglos el Cristianismo.

La indiferencia absoluta pues de religiones es el fundamento de este sistema, cien veces mas injurioso á la divinidad que el ateísmo, y mucho mas humillante para el hombre, á quien en él se tiene valor para decirle : « Mortal » imbécil, criatura limitada, incapaz de descubrir la » verdad, ¿de dónde te viene á tí la *inecusable presun-*

gos : aunque encubrió sus opiniones, siempre se deja ver que no miraba á Jesucristo sino como puro hombre. Hay de él además una *Coleccion de tratados sobre varios asuntos*, y un *discurso sobre la Razon con respecto á la Revelacion*, en donde quiere probar que la razon basta en materia de Religion, y deja entrever que ni cree Providencia, ni tampoco otra vida. Murió este deísta en Salisbury hácia el 1747: Hé aquí el original del sofista de Ginebra. Véase *Chubb posthumous Works*, vol. 2, páginas 41, 42, 43.

<sup>1</sup> Chubb. pág. 40. — <sup>2</sup> *Ibid.*, páginas, 34.

» cion de intentar buscarla y conocerla? que exista ó no, » ¿qué te importa? no existe para tí. Tu *obligacion* es obe- » decer ciegamente á todos los impostores que se digan » *enviados de Dios*. Sea cual fuere el error que enseñen de- » bes *amarle*, y *practicar sinceramente* su culto, cualquiera » que sea el que establezcan. La casualidad te hizo nacer » en tierra de gentiles é idólatras, adora los dioses de » tu país ; sacrifica á Júpiter, á Marte, á Priapo, á Venus ; » inicia piadosamente á tus hijas en los misterios de la bue- » na diosa. Si es en Egipto, tributarás honores divinos á » los cocodrilos sagrados, y al buey Apis ; en la Fenicia, » ofrecerás tus hijos á Moloch ; en Méjico, tomarás las ar- » mas para conquistar victimas humanas al horrible idolo » que allí se reverencia : en otras partes, te prosternarás » humildemente ante el tronco de un árbol, de las piedras, » plantas, y aun de los despojos de los animales, restos » impuros de la muerte. ¿Viste en Constantinopla la pri- » mera luz? repite de lo íntimo de tu corazon : *Dios es Dios,* » y *Mahoma es su Profeta*. En Roma despreciarás á ese Ma- » homa como á un impostor. Todas estas Religiones, y otras » mil, *son otras tantas instituciones saludables, que tienen » su razon en el clima, en el gobierno, en el genio y carácter » de los pueblos, ó en alguna otra causa local que hace pre- » férrible la una á la otra*. Hé ahí la única diferencia ; y el » sabio, sin fatigarse, ni atormentarse por la eleccion, se » atiende á la que le dió la casualidad al nacer. »

Tal es sencilla y llanamente la doctrina de Juan Jacobo Rousseau, porque la única restriccion que la pone es visiblemente quimérica. Dice así : « La obligacion de seguir » y amar la Religion de su país no se extiende hasta los dog- » mas contrarios á la sana moral. » Está bien : ¿mas cuáles son los pueblos que obedeciendo á sus leyes religiosas se figuran ofender los deberes y *obligaciones de la sana moral*? Al contrario, violándolas es cuando creieran cometer un delito, y atraerse la ira del cielo. Cuando los discípulos de Mahoma corrian el Asia con la cimitarra en la una mano, y en la otra el Alcoran, intimando *cree ó muere*, ¿pensais que ellos dudaban si tenian derecho de degollar á los que se resistian á creer á la autoridad de su Profeta? Léjos de sentir algun remordimiento por asesinarlos, se persuadian hacer una obra agradable á Dios. La historia está llena de

ejemplos semejantes. Los habitantes de Cartago sacrificando sus hijos á Saturno verosimilmente no sofocaban los sentimientos de la naturaleza por el placer de creerse culpables de un crimen horroroso. Lo repetiremos una y mil veces, porque no hay verdad mas desconocida, ni mas importante: la Religion de los pueblos es toda su moral; y esto es lo que en parte hace mas peligroso el sistema que impugnamos. Porqué en efecto, santificando él todos los cultos, santifica por consiguiente todos los vicios, y aun todos los crímenes, todas las maldades. La poligamia, la prostitucion, todo, hasta el asesinato, viene á ser ya, no solo permitido, sino *soludable*, segun el *clima*, *gobierno*, *indole*, ó *carácter del pueblo*. ¡Gran Dios! ¿Dónde estamos, si es necesario refutar tales doctrinas? y qué; no será uno responsable á la humanidad de todos estos desórdenes, ó quedará libre y exento de ellos porque con pérfido artificio, en la dorada copa de un estilo alhagüeño y seductor se den á beber estas execrables máximas, orleadas con las mentirosas y lisonjeras voces de concordia, union, tolerancia, y paz?

Notad además que Rousseau no quiere que se examinen los dogmas para saber si son verdaderos, sino para ver si son conformes á la *sana moral*, como si este exámen fuera mas fácil que el primero, ó estuviese mas al alcance de todos los hombres. Pero ¿cuántos hay que sean capaces de percibir el enlace y conexión, muchas veces remota, aunque muy real y verdadera, que hay entre los deberes y obligaciones de la moral, y los dogmas especulativos? ¿Bajo qué principios, y con qué reglas se procedería á este exámen? ¿por la de la conciencia? Por esta cuenta cada uno se quedará tranquilo en su Religion; porque no sé que hasta ahora la conciencia del Musulman, del Chino, Indio, Otaitino, etc., haya disgustado á ninguno de su culto. — Se consulta á la razón. — Bien: pero entonces la moral quedará problemática, y esto por necesidad; porque para juzgar si un dogma es *contrario á la sana moral*, es indispensable conocer primero con certeza cual es la *moral sana*. Hablaremos sin fin, como los filósofos de la Grecia, y como los de nuestros dias, sobre los deberes y obligaciones, y cansados de buscar en vano su fundamento con vagas abstracciones, acabaremos por negarlas.

Este fué siempre el modo de proceder de la filosoffa. Nóm-breseme una virtud que haya respetado, ó un vicio de que haya tenido rubor de ser apologista. Desde Aristipo hasta Diderot nunca ha sabido mas que dar rienda y gusto á las pasiones, esforzándose á conciliar las obligaciones del hombre con sus apetitos, ó mas bien, haciendo de los apetitos la única regla de sus deberes y obligaciones. Así que, no hay Religion alguna en el mundo, aun cuando fuese la de los Drúidas, cuya moral no sea preferible á la moral filosófica. Los Drúidas al menos recomendaban las virtudes que mantienen y conservan el órden en las familias, el respeto á los ancianos, la fidelidad conyugal: es cierto que sacrificaban víctimas humanas á sus dioses sanguinarios; pero desde que la filosoffa se complació y tuvo á bien el sacrificarlas, y en gran número<sup>1</sup>, á una deidad no menos terrible, no veo que, aun bajo este respecto, presente ventaja alguna; á menos que no sea mas dulce, de mas consuelo, mas conforme á la dignidad del hombre ser degollado sobre los altares de la *diosa Razon*, que sobre los del dios Teutates.

La experiencia, pues, nos hace ver, que desde que se considera á la moral independientemente y separada de la Religion, la moral viene á ser tan problemática como la Religion misma. Por consiguiente la restriccion que Rousseau pone á su sistema, es verdaderamente nula. Por una parte excluye el raciocinio, por otra le admite, pero con condiciones que le hacen imposible á la mayor parte de los hombres, y peligroso para todos; porque quitadas las promesas y amenazas de la Religion, todos tienen un interés sensible en engañarse sobre sus deberes y obligaciones, y el mismo Rousseau nos ofrece en sus escritos mas de un ejemplo del modo con que en beneficio y por dar gusto á las pasiones, se pueden obscurecer los mas claros y mas esenciales preceptos de la moral.

Para reducir la discusion á los términos mas sencillos,

<sup>1</sup> Doce tomos en 8º gruesos, y de letra muy metida, forman la lista de las víctimas sacrificadas en los tribunales revolucionarios de Francia, y esto sin contar las matanzas en masa, las mortandades del septiembre, los arrojados á montones al mar en los bárbaros matrimonios republicanos, los sacrificados por filas enteras por la metralla de los cañones, etc. Véase *L'influence de la philosophie sur les forfaits de la révolution*.

no hay mas que tres suposiciones posibles: ó *todas las religiones son verdaderas*, ó *todas son falsas*; ó en fin, *no hay mas que una Religion verdadera*.

La suposicion de que *todas las religiones son verdaderas* es evidentemente absurda, porque dogmas contradictorios no pueden ser á un mismo tiempo verdaderos; seria verificar el *sí* y el *no* á un mismo tiempo, y sobre una misma materia. Esto el mismo sentido comun lo dicta; y aun Rousseau lo confiesa: «Entre tantas Religiones diversas que se proscriben, y excluyen mutuamente, » solo una es buena, si es que hay una que lo sea<sup>1</sup>. »

La suposicion de que *todas las religiones son falsas*, arruina por los cimientos el sistema del autor del *Emilio*, porque en él la Religion es necesaria á la sociedad, y á todos sus miembros. Es *un deber y una obligacion seguir y amar la Religion de su país*. Es así que el error (el cual por confesion de Rousseau, de Chubb, de Diderot, es *no-civo* por su naturaleza, y *no puede dejar de hacer viciosa á toda criatura racional y consiguiente*), no es ciertamente necesario al hombre, ni á la sociedad; ni el *amar* lo que es falso, y por lo mismo pernicioso, no puede ser *un deber*, ni una *obligacion* para nadie; luego, si todas las Religiones son falsas, la Religion léjos de ser *útil* es perjudicial; léjos de estar obligados á *amar y seguir* alguna, deberemos despreciarlas, aborrecerlas y proscribirlas todas como el mayor azote de la humanidad. Y en efecto, ¿quién se atreveria á constituir un *deber* y dar por *obligacion* á una *criatura racional* el *amar* el error, que *no puede dejar de hacerla viciosa*? ¿Y qué seria por otra parte de aquel otro principio, que *los deberes y obligaciones de la moral son los únicos esenciales*? La suposicion pues que examinamos es incompatible con el sistema de Rousseau. Admitir la una, es negar evidentemente el otro.

Resta la suposicion de *una sola Religion verdadera*, y por consiguiente única, *útil*, y *necesaria*, pues que todas las demás son falsas, y por una ilacion natural dañosas y *nocivas*. Y bien, ¿qué cosa mas absurda, en esta hipótesis, que imponer al hombre la obligacion de seguir la Religion en que ha nacido; presentarle todos los cultos

<sup>1</sup> *Emile*, t. 3, pág. 158.

como indiferentes, y como igualmente *saludables*; atribuir al error, fuente impura del vicio, los mismos derechos que á la verdad, madre de la virtud; prohibir á un ser racional el uso de su razon sobre el objeto que le interesa mas, y precisarle á respetar, y *amar* extravagancias que repugnan invenciblemente al entendimiento? ¿Y es esto lo que se llama filosofia? «Un hijo, dicen, nunca » yerra en seguir la Religion de su padre. » ¿Con qué, el nacimiento en materia de Religion decide de todo? Aquí es y será una *obligacion* ser politeísta, allí no adorar mas que un Dios. La fe deberá variar con los climas, y mudarse segun los diversos grados de latitud. Cuantos países, otras tantas opuestas obligaciones religiosas. El hombre, cristiano en Europa, musulman en Persia, idólatra en el Congo, deberá en las riberas del Ganges tributar honores divinos á Vishnú. Vuestro padre un poco crédulo adoraba una piedra, una cebolla; conservad este culto doméstico; un *hijo nunca yerra en seguir la Religion de su padre*. ¿Y si esta Religion es indigna de Dios, y vilipendiosa al hombre? no importa; nació en ella: *profesar cualquiera otra, seria una presuncion inexcusable*.

Discípulos de Juan Jacobo: reconoced las palabras de vuestro maestro, y decidnos si en la hipótesis de una Religion verdadera, es posible llevar á mas la inconsecuencia, ó digámoslo de una vez, la locura. ¿Cómo? ¿Hay una Religion verdadera, y la mayor parte de los hombres habian de estar obligados a *profesar sinceramente* una falsa! ¿Será para ellos una *obligacion* el ultrajar la Divinidad con un culto que reprueba? Todo deber y obligacion, aun en confesion de Rousseau, dimana y se deriva de la voluntad de Dios<sup>1</sup>; ¿con qué, la verdad suprema es la que impone á las tres cuartas partes del género humano la obligacion de *profesar* el error y *amarle*? ¿Dios es el que prescribe á ciertos pueblos el *deber* de adorar al vicio? Convengamos en que hay artículos raros en el símbolo de la indiferencia.

Pero sea cual fuere la suposicion que se adopte, el sistema de Rousseau repugna evidentemente al sentido co-

<sup>1</sup> « Toda justicia viene de Dios, y él solo es la fuente de ella. » Contrat. social, lib. 2, c. 6.

mun. Mirado especulativamente, implica y envuelve contradicción, y en la práctica es imposible; porque en él J. Jacobo exige dos cosas manifiestamente inconciliables: á saber, que se crea que todas las Religiones son igualmente buenas, y que se *profese sinceramente* la del país en que se ha nacido. ¿Pero no observa él mismo que las *diversas religiones* se proscriben y excluyen mutuamente? *Profesar sinceramente la una*; ¿no es *excluir y proscribir* todas las otras? Un judío *sincero* aborrece necesariamente el Cristianismo, como un *sincero* cristiano no quiere la Religión judaica. Lo mismo debe decirse de un mahometano, de un gentil, y de los sectarios de todos y cualquiera de los cultos opuestos. La naturaleza de las cosas no se muda con hermosas frases retóricas; no es posible que el hombre pueda creer una misma doctrina verdadera y falsa á un mismo tiempo; y así esta imaginaria *fe sincera*, en dogmas que se *excluyen mutuamente*, no es en substancia otra cosa que una incredulidad, ó una indiferencia absoluta.

De la reflexiones expuestas en este capítulo podemos, á mi parecer, con toda razon inferir, que los principios de Rousseau, despojados de los prestigios de una elocuencia falaz y seductora, no son mas que un conjunto informe de incoherencias, absurdos y contradicciones. Esto debería bastar para que sin mas exámen se abandonasen; sin embargo yo me contento solo con pedir que se los examine atentamente. No os apresureis á juzgar, diré á los partidarios de estas máximas; convenid solamente en que hay motivos poderosos para dudar de su verdad; desprendeos de toda prevencion, buscad sinceramente lo que es cierto y verdadero; estudiad las pruebas del Cristianismo con el mismo cuidado y buena fe que estudiaríais cualquiera ciencia humana, pues seguramente os importa tanto saber si la Religión cristiana es verdadera, como conocer la teoría de la electricidad, ó las leyes de los graves; haced una vez por el interés de vuestra suerte eterna, lo que haceis todos los dias por satisfacer vuestra curiosidad. Por poca estima y valor que deis á la verdad, á la razon, á la virtud, estais obligados mas que ningun otro á buscar una regla fija de creencia y de conducta, supuesto que careceis de ella mas que nadie. La que os

lisonjéis poseer es nula, falsa, ilusoria; se admite en la especulativa, pero se la desecha en la practica. En efecto yo pregunto particularmente á vosotros que habeis nacido en un país católico, y de padres católicos, decidme: *¿profesais sinceramente*, como Rousseau quiere, la Religión de vuestros padres? practicais las obligaciones que la Religión católica impone á los que hacen *profesion* de seguirla? asistis con la debida compostura y con frecuencia en los templos á los oficios divinos, á los sermones é instrucciones de los Pastores? obedecéis, cumplis las leyes y mandamientos de la Iglesia? guardais escrupulosamente los preceptos de la abstinencia, y del ayuno? huis de los espectáculos peligrosos? ¿frecuentais el tribunal de la penitencia? Os sonreís de estas preguntas, y á la verdad en vuestro sistema teneis razon. Persuadidos de que todas las religiones son indiferentes; é ignorando si hay una verdadera, y cual sea esta, ¿porqué, en tanta incertidumbre, os habiais de sujetar á tantas privaciones, á tantas prácticas penosas? Sin embargo, en fuerza de vuestros principios debéis hacerlo; mas estos principios contradictorios, exigiendo y suponiendo un imposible, os obligan, y es la única utilidad que sacais de ellos, á ser inconsecuentes hasta en el mismo error.

El sistema pues de Rousseau, compatible en la apariencia con todas las religiones, en la realidad las destruye todas. Destruye además toda virtud, porque en confesion suya<sup>1</sup>: «no se comprende que pueda un hombre ser virtuoso sin Religión: si por mucho tiempo, añade, seguí esta opinion falsa, estoy ya bien desengañado.» Ahora bien, destruyendo la virtud y la Religión, por boca del mismo Rousseau se destruye la sociedad: el lo dice tambien<sup>2</sup>: «Nunca jamás se llegó á fundar un estado, que la Religión no le serviese de base.» Quitada la base y los cimientos ¿qué será del edificio? ¡Ah! demasiado bien lo sabemos; y si hoy nos engañásemos no sería ciertamente por falta de experiencia.

Fundado sobre esta experiencia eternamente memorable ¿no me será permitido juzgar de la doctrina de Rous-

1 Lettre à d'Alembert sur les spectacles.

2 Contrat. social, lib. 4, c. 8.

seau como él juzga de la de los filósofos que antes he refutado, y dirigirle á él sus mismas palabras? «Nunca jamás, decis, la verdad es nociva á los hombres; yo también lo creo como vos, y esta es á mi parecer una grande é irrefragable prueba de que no es verdad lo que me enseñais.»

En virtud de sus mismos principios, y con todo el peso de ellos, cae también como Hobbes, en la indiferencia absoluta de religiones. En efecto, el uno las declara todas falsas, ó de institucion humana; el otro no sabe si hay alguna verdadera; y aun suponiendo que la haya, cree que es imposible el descubrirla. En ambas hipótesis es igualmente absurdo el creer, é igualmente inútil examinar. La conclusion es la misma, aunque las premisas sean diferentes. Yo no examino ni reflexiono aquí sino sobre las máximas confesadas y reconocidas por sus autores; porque en realidad de verdad Rousseau no evita el ateísmo, adonde irremediamente conduce su sistema, sino multiplicando contradicciones. De cualquier manera que sea, probando que hay una Religion verdadera, acabaré de refutar á los indiferentistas políticos; y refutaré á Rousseau, manifestando que Dios ha dado á todos los hombres un medio seguro, fácil, infalible para discernir la verdadera Religion de las falsas.

Si el lector sintiese alguna repugnancia al seguirme en este exámen y discusion importante; si dándosele poco de la verdad, rehusase consagrar á serias meditaciones algunos de los instantes, que con tanta prodigalidad dedica á los placeres, no quedaria ya otro consuelo que llorar y gemir profundamente sobre la miseria del hombre, á quien todo le atree, agita, mueve é interesa menos sus destinos eternos.

## DIRECCION GENERAL DE

### CAPITULO V.

Siguen las consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, y reflexiones sobre la Religion natural.

Toda la dificultad que se encuentra al impugnar las doc-

trinas filosóficas, es reducirlas á máximas fijas y precisas. En llegando á lograr esto está todo hecho, porque ellas se refutan y destruyen por sí mismas. El error no embarrasa ni sorprende sino cuando disfrazándose bajo mil formas diversas, y huyendo, digámoslo así, por su móvil é inconstante inconsecuencia, el cuerpo de la vista del entendimiento que quiere examinarlo, á fuerza de variaciones, logra ocultarse á los ojos de la razon. Este es el grande talento de Rousseau, y su método constante. Demasiado sagaz para no conocer el vicio de su sistema; percibiendo á cada paso las objeciones que desde luego se ofrecen á millones, procura prevenirlas ó eludirlas, ya por discursos ambiguos, ya por concesiones formales, que en seguida tácitamente revoca: y seguro de poder, por medio de una lógica flexible y en todo afectuoso y sentimental, engañar y hacerse creer de los lectores incautos, muda á cada paso de principios y de cuestion; pasa diestramente, segun la necesidad, de una hipótesis á otra; establece un supuesto, y lo abandona, y lo reproduce en seguida para abandonarle de nuevo; mezcla artificiosamente el error con la verdad; pone en boca de sus adversarios argumentos ridículos, y opiniones que no admiten para prepararse así un triunfo brillante; acalora, enardece, deslumbra, fascina con frases cuando no puede convencer por pruebas, y de este modo consigue obrar en los otros una ilusion que él no tiene. Jamás hombre alguno hizo uso mas hábil de las voces. Sin tener casi un pensamiento propio, todo su gusto al parecer es reunir los delirios ya de largo tiempo olvidados: y sorprender el entendimiento, ofreciéndoselos hermoseados con todas las gracias de una elocuencia encantadora. El atractivo de su estilo es tal que se enseñoorea de los sentidos como una dulce y suave melodía, y en el entretanto el alma se embriaga con las seductoras máximas de una filosofia que promete una lisonjera superioridad de luces al orgullo, la independenciamiento al pensamiento, pero que en realidad ¡ay! no produce mas que la esclavitud vergonzosa de la razon y la muerte del alma.

La causa principal de las contradicciones que nos han asombrado en Rousseau, proviene de que, estando intimamente convencido que se destruiria la sociedad aboliendo las Religiones positivas, sus principios no obstante

seau como él juzga de la de los filósofos que antes he refutado, y dirigirle á él sus mismas palabras? «Nunca jamás, decis, la verdad es nociva á los hombres; yo también lo creo como vos, y esta es á mi parecer una grande é irrefragable prueba de que no es verdad lo que me enseñais.»

En virtud de sus mismos principios, y con todo el peso de ellos, cae también como Hobbes, en la indiferencia absoluta de religiones. En efecto, el uno las declara todas falsas, ó de institución humana; el otro no sabe si hay alguna verdadera; y aun suponiendo que la haya, cree que es imposible el descubrirla. En ambas hipótesis es igualmente absurdo el creer, é igualmente inútil examinar. La conclusion es la misma, aunque las premisas sean diferentes. Yo no examino ni reflexiono aquí sino sobre las máximas confesadas y reconocidas por sus autores; porque en realidad de verdad Rousseau no evita el ateísmo, adonde irremediamente conduce su sistema, sino multiplicando contradicciones. De cualquier manera que sea, probando que hay una Religion verdadera, acabaré de refutar á los indiferentistas políticos; y refutaré á Rousseau, manifestando que Dios ha dado á todos los hombres un medio seguro, fácil, infalible para discernir la verdadera Religion de las falsas.

Si el lector sintiese alguna repugnancia al seguirme en este exámen y discusion importante; si dándosele poco de la verdad, rehusase consagrar á serias meditaciones algunos de los instantes, que con tanta prodigalidad dedica á los placeres, no quedaria ya otro consuelo que llorar y gemir profundamente sobre la miseria del hombre, á quien todo le atree, agita, mueve é interesa menos sus destinos eternos.

## DIRECCION GENERAL DE CAPITULO V.

Siguen las consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, y reflexiones sobre la Religion natural.

Toda la dificultad que se encuentra al impugnar las doc-

trinas filosóficas, es reducirlas á máximas fijas y precisas. En llegando á lograr esto está todo hecho, porque ellas se refutan y destruyen por sí mismas. El error no embargado ni sorprende sino cuando disfrazándose bajo mil formas diversas, y huyendo, digámoslo así, por su móvil é inconstante inconsecuencia, el cuerpo de la vista del entendimiento que quiere examinarlo, á fuerza de variaciones, logra ocultarse á los ojos de la razon. Este es el grande talento de Rousseau, y su método constante. Demasiado sagaz para no conocer el vicio de su sistema; percibiendo á cada paso las objeciones que desde luego se ofrecen á millones, procura prevenirlas ó eludirlas, ya por discursos ambiguos, ya por concesiones formales, que en seguida tácitamente revoca: y seguro de poder, por medio de una lógica flexible y en todo afectuoso y sentimental, engañar y hacerse creer de los lectores incautos, muda á cada paso de principios y de cuestion; pasa diestramente, segun la necesidad, de una hipótesis á otra; establece un supuesto, y lo abandona, y lo reproduce en seguida para abandonarle de nuevo; mezcla artificiosamente el error con la verdad; pone en boca de sus adversarios argumentos ridículos, y opiniones que no admiten para prepararse así un triunfo brillante; acalora, enardece, deslumbra, fascina con frases cuando no puede convencer por pruebas, y de este modo consigue obrar en los otros una ilusion que él no tiene. Jamás hombre alguno hizo uso mas hábil de las voces. Sin tener casi un pensamiento propio, todo su gusto al parecer es reunir los delirios ya de largo tiempo olvidados: y sorprender el entendimiento, ofreciéndoselos hermosos con todas las gracias de una elocuencia encantadora. El atractivo de su estilo es tal que se enseorea de los sentidos como una dulce y suave melodía, y en el entretanto el alma se embriaga con las seductoras máximas de una filosofia que promete una lisonjera superioridad de luces al orgullo, la independenciamiento al pensamiento, pero que en realidad ¡ay! no produce mas que la esclavitud vergonzosa de la razon y la muerte del alma.

La causa principal de las contradicciones que nos han asombrado en Rousseau, proviene de que, estando intimamente convencido que se destruiria la sociedad aboliendo las Religiones positivas, sus principios no obstante

le precisaban y forzaban á desecharlas como falsas, y por consiguiente como nocivas. « Las revelaciones, dice él mismo, no hacen mas que degradar á Dios dándole pasiones humanas. Los dogmas particulares, lejos de aclarar las nociones del Ser supremo, veo que las embrollan y confunden; en vez de ennoblecerlas las envilecen; que á los inconcebibles misterios que le rodean añaden contradicciones absurdas, que hacen al hombre orgulloso, intolerante, cruel; que en vez, en fin, de establecer la paz sobre la tierra, traen á ella el hierro y el fuego. De que, y para que sirve todo esto, me pregunto varias veces á mí mismo, y no sé que responder. No veo en ellas otra cosa mas que los delitos de los hombres, y las miserias del género humano<sup>1</sup>. »

Ateniéndose rigurosamente á esta pintura, debiera haber sido muy difícil imponer á cada hombre como una obligación el amar y seguir la Religión de su país; es decir, crear contradicciones absurdas; ser orgulloso, intolerante, cruel; abrazar, seguir, y amar doctrinas que en lugar de establecer la paz sobre la tierra, traen á ella el hierro y el fuego; y en las cuales, en fin, Rousseau no ve mas que los delitos de los hombres y las miserias del género humano; y sin embargo Rousseau lo hace.

Por otra parte él conoce que proscribiendo los cultos, de los que forma un retrato tan poco lisonjero, se acabaria toda Religión entre los hombres; y en su sistema le es absolutamente indispensable tener alguna. Por consecuencia, no quedándole mas recurso que excoger entre las contradicciones, ha preferido sagazmente la que le era útil en aquel momento; y dejando de representar las Religiones positivas como falsas y perniciosas, las ha declarado todas igualmente saludables, ó igualmente verdaderas. El deber y obligación de profesar sinceramente la del país en que se ha nacido se deducia de aquí naturalmente, y esto es lo que Juan Jacobo necesitaba por el pronto.

Sin embargo, no pensemos que por esto abandone sus primeras máximas, no: renunciar á ellas seria admitir la revelacion que impugna. Sienta principios cuando le vienen bien á su intento, y los deja cuando no tiene necesi-

<sup>1</sup> *Emile*, tom. 3, part. 133.

dad de ellos, reproduciendo seriamente sus precedentes aserciones

Así despues de haber afirmado que *un hijo nunca hace mal en seguir la Religión de su padre*, añade: « ¿ Buscamos sinceramente la verdad? pues no demos, ni cedamos nada al derecho del nacimiento, ni á la autoridad de los padres y de los pastores, sino llamemos y sometamos al exámen de la conciencia y de la razon todo cuanto nos han enseñado desde la niñez<sup>1</sup>. » De lo que se sigue, ó que Juan Jacobo se contradice groseramente, ó que *un hijo nunca obra mal en no buscar sinceramente la verdad*.

Despues de haber promulgado, desenvuelto y aclarado el precepto de *amar y seguir la Religión de su país*, nos dice con la mayor serenidad: « En tanto que concedamos algo á la autoridad de los padres, y á las preocupaciones del país en que se ha nacido, las luces solas de la razon no pueden, segun el orden é institucion de la naturaleza, llevarnos mas allá de la Religión natural<sup>2</sup>. ¿ No es en verdad un modo singular de confirmar el precepto de que se trata, enseñarnos que no tiene especie alguna de fundamento en la razon? »

Pues esta misma proposicion ya la habia establecido expresamente Rousseau en el principio de la segunda parte de la Profesion de fe: « No veis, dice, en mi exposicion mas que la Religión natural: *¡ es bien extraño que se necesite otra!* ¿ Por dónde conoceré yo esta necesidad? ¿ de qué puedo ser culpable sirviendo á Dios segun las luces que da á mi entendimiento, y los sentimientos que inspira á mi corazon? ¿ qué moral pura, qué dogma útil al hombre y decoroso á su autor, puedo sacar de una doctrina positiva, que no pueda sin ella sacar del buen uso de mis potencias? Mostradme lo que para gloria de Dios, y para mi propia utilidad se puede añadir á las obligaciones de la ley natural; y decidme, ¿ qué virtud hareis nacer de un nuevo culto, que no sea una consecuencia del mio? Las ideas mas grandes de la divinidad nos vienen de sola la razon. Poned los

<sup>1</sup> *Emile*, tom. 3, pág. 139. — <sup>2</sup> *Emile*, tom. 8, pág. 204.

» ojos en el espectáculo de la naturaleza; escuchad la voz interior. ¿No lo ha dicho Dios todo á nuestros ojos, á nuestra conciencia, á nuestro entendimiento? ¿qué mas nos dirán los hombres?

» Era necesario un culto uniforme; convengo en ello: ¿pero este era tan importante, que fuese necesario todo el aparato del poder de Dios para establecerle? No confundamos la parte ceremonial de la Religion con la Religion misma. El culto que Dios nos pide es el del corazón; y aquel, cuando es sincero, es siempre uniforme; y es una vanidad bien loca imaginar que Dios toma un tan grande interés en la forma del vestido del sacerdote, en el orden de las palabras que pronuncia, en los signos que hace en el altar, y en todas sus genuflexiones. ¡Oh amigo mio! por mas elevado que estés, siempre estarás muy cerca de la tierra. Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad: este es un deber de todas las Religiones, de todos los países, de todos los hombres. Por lo que hace al culto exterior, si debe ser uniforme por el buen orden, es puramente un negocio de policía: para esto no se necesita revelacion<sup>1</sup>.»

Partiendo de estos principios, y siguiéndolos hasta el fin, se llega á un resultado opuesto á las conclusiones de Rousseau; pero siendo estas, como antes hemos demostrado, contradictorias é implicatorias en sus mismos términos, sus discípulos se ven necesariamente impelidos á abrazar el sistema puro y simple de la Religion natural; es decir, que mirando todas las Religiones positivas como inútiles, absurdas, funestas, las desechan todas sin distincion, y se dispensan de practicar ninguna.

Rousseau, es verdad que distingue el *ceremonial de la Religion* de la Religion misma, que mira el culto exterior como *un puro negocio de policía*, y en el caso de que *deba ser uniforme*, sobre lo que no decide, parece aprueba que haya conformidad por *razon del buen orden*. Pero esta condescendencia es manifiestamente ilusoria; porque en toda Religion el culto, enlazado intimamente con el dogma, no es, por explicarme así, mas que la expresion de este; de modo que no se puede racionalmente

<sup>1</sup> *Emile*, tom. 3, páginas 132, 135.

negar el uno, y practicar el otro. Así, en la Religion católica el Sacrificio de la Misa supone la presencia real de Jesucristo, su divinidad, etc. La confesion supone en los sacerdotes la potestad de *atar y desatar*, y lo mismo en los demás sacramentos. Para practicar pues este culto, es necesario ser, ó católico de buena fe, ó el hipócrita mas vil, y el mas cobarde impostor: no hay medio. Rousseau seguramente no dirá que la mentira, la impostura y la hipocresia son compatibles con la buena moral; pero aun cuando lo dijese, la dificultad no seria menor; porque el filósofo que contra su conciencia se mostrase exteriormente católico, contribuyendo por su ejemplo á conservar y propagar dogmas que, segun Rousseau, *hacen al hombre, soberbio, orgulloso, intolerante, cruel, y llevan el fuego y el hierro por toda la tierra*, cometeria uno de los mayores delitos y crímenes que la justicia de Dios puede castigar.

Para alucinar al lector, Juan Jacobo finge confundir el culto con lo que no es sino un ligero accesorio; á saber, *la forma ó hechura del vestido del sacerdote, sus signos y genuflexiones*. Pero este yerro voluntario prueba únicamente que ha presentado la objecion, y le ha parecido mas fácil desfigurarla que responder á ella.

Su sistema, pues purgado de las contradicciones heterogéneas con que lo reviste y carga con exceso, no es mas que un puro deísmo, especie de secta que abortó el socinianismo<sup>1</sup> hácia los principios del siglo XVI. Me-

<sup>1</sup> Quitada por los protestantes ó reformados la autoridad de la Iglesia, de la tradicion y de los Padres, y establecida en única regla de fe la Escritura, y dado á cada fiel el derecho de juzgar de su verdadero sentido, el cristiano abandonado á si mismo en la interpretacion de la Escritura, no tuvo mas guia que sus propios conocimientos, y cada pretendido *reformado* solo descubria en ella lo que era conforme á las opiniones é ideas que habia recibido, ó á los principios que el mismo se habia formado; y como casi todas las herejias no eran otra cosa que falsas interpretaciones de la Escritura, casi todas las herejias volvieron á aparecer en un siglo en que el fanatismo y la licencia de costumbres habian esparcido por la mayor parte de la Europa los principios de la reforma. Bien presto se vieron salir del seno de esta reforma sectas que ya atacaban los dogmas que el mismo Lutero habia respetado, tales como el de la

lancthon, testigo de los rápidos progresos de la *libertad de pensar* entre los protestantes, preveía con espanto los mayores desastres, y que no habria verdad ni dogma alguno que fuese respetado por los novadores <sup>1</sup>. Lutero habia dado el impulso fatal; el espíritu humano se habia por decirlo así, precipitado, y nada podia ya detenerle, ni suspender su caída; era preciso que fuese siempre

Trinidad, divinidad de Jesucristo, eficacia de los sacramentos, necesidad del Bautismo; pero entre todas ellas se levantó con la fama universal la de los *Socinianos*, dicha así de los Socinos, tío y sobrino, Lelio y Fausto. El primero habia asistido con Okino y otros el 1546 á la famosa junta ó conferencia de Vicenza, donde resolvieron la destruccion del cristianismo, y él concentró sus esfuerzos para renovar el arrianismo y arruinar la Religión por sus cimientos, atacando particularmente los misterios de la Trinidad y Encarnacion: no pudiendo ocultarse aquella trama á la autoridad, y temeroso de la Inquisición, huyó de Italia, y murió en Zurich el 1562: heredero su sobrino de sus escritos, empezó á propagar sus errores, escribió comentarios sobre la Escritura, y otros diversos tratados, siempre con las mismas miras y objeto. Su fe, y la de todos los Socinianos, estaba reducida á una naturaleza y simplicidad, dice el célebre autor *del Origen, progresos y estado actual de la literatura*, que contenia poco mas que la religion natural; pero como ellos enseñaban con todos los protestantes que era necesaria la Escritura, se aplicaron á interpretar del mejor modo posible los pasajes que en ella presentan mas aire de sobrenaturalidad en los dogmas de la Religión, y no admitian, ni querian abrazar dogma alguno á que no pudiese alcanzar el entendimiento humano. Trabajando siempre en esto, y huyendo de un lugar á otro, Fausto se fijó últimamente en Polonia, donde murió el 1604. Sus discipulos se hicieron allí un gran partido, pero por sus excesos fueron arrojados del reino el 1654: para escarmiento además, de orden de los magistrados se desenterraron las cenizas de Fausto Socino su maestro, y llevadas á las fronteras de la pequeña Tartaria, metidas en un cañon, se arrojaron así al país de los infieles: decayeron con este motivo mucho sus sectarios en aquellas partes; pero si se considera que el *deísmo* es una rama muy natural de esta herejía, y que el ateísmo moderno dimana y se deriva de ella de un modo igualmente seguro (como prueba nuestro autor, y afirma el *Diccionario Enciclopédico*), podemos decir que esta herejía es una de las mas fecundas y mas formidables que jamás han existido; y en verdad que en nuestros días se han dejado ver bien los efectos de la dicha conjuración tramada contra el cristianismo.

<sup>1</sup> Lib. 4, Epist. 14.

cayendo hasta que llegase al fondo del abismo. Aunque el calvinista Viret sea el primero que en una obra publicada el 1563 hace mencion de ciertos sectarios que tomaban el nombre de *Deistas* <sup>1</sup>, su origen es mas antiguo; y en los escritos de los fundadores del protestantismo, especialmente en sus cartas confidentiales, se ve que la *Reforma* se sentia ya desde entonces interiormente atacada de no sé qué enfermedad terrible, que á ella misma la horrorizaba. Tristes presentimientos agitaban á sus jefes, quienes no descubrian en lo porvenir mas que *horrorosos combates de opiniones, y guerras mas desapiadadas y crueles que las de los centauros*. ¡Buen Dios, exclamaba uno de ellos, *qué tragedias verá la posteridad* <sup>2</sup>! Sin embargo, el contagio se propagaba de unos en otros: la *santa libertad evangélica* preparaba infatigablemente la destruccion del Evangelio, porque la *libertad* era entonces tambien el grito de reunion de los sectarios como lo ha sido despues de los revolucionarios y rebeldes; y la *libertad de obrar* que trastorna y ha destruido el orden político, no era mas que una consecuencia de la *libertad de pensar* que habia trastornado el orden religioso.

Un siglo despues de Socino el veneno del deísmo circulaba ya por todas las venas de la *Reforma*, y sus teólogos rígidos, pocos ya en número en esta época, no hablan sino de los espantosos progresos de la indiferencia de las Religiones en su seno. Lloraban el mal, pero no podian aplicarle el remedio. El árbol llevaba su fruto, y este, por mas amargo y dañoso que pareciese cada dia, ¿cómo se podria impedir que naciese y madurarse, mientras se conservaba y cultivaba con pasion el árbol que natural y necesariamente le debia producir?

De este modo la Inglaterra y la Holanda, receptáculos impuros en donde fermentaba la hez de las sectas, que el furor de innovar abortaba incesantemente, se poblaban de una nueva especie de hombres, que con el nombre de *tolerantes*, de *pensadores libres*, minaban todas las columnas de la sociedad, y las bases todas del Cristianismo. En Francia, donde tomaron el título de espíritus fuertes,

<sup>1</sup> Véase el Dic. de Bayle, art. Viret.

<sup>2</sup> Historia de las Variaciones, lib. 5, n. 31.

contenidos por el temor de las leyes se multiplicaron con lentitud, y se ocultaron entre espesas sombras en tanto que vivió Luis XIV. Si de cuando en cuando un ruido sordo de impiedad venia á alarmar el oído atento de Bosuet, é indignar su grande alma, este ruido nó era todavía, digámoslo así, mas que subterráneo, y la incredulidad temerosa se ocultaba de las miradas de los obispos y de los magistrados, custodios, conservadores y defensores de la sana doctrina. Aquel siglo fué para la Francia el de la gloria y el de la Religion. Con la regencia se dió principio á un periodo bien diferente<sup>1</sup>. Las costum-

1 Apenas habia espirado Luis XIV, dice Proyard, cuando el Regente duque de Orleans, dueño absoluto de los negocios, abrió la puerta en Francia á todo el mal que habia querido precaver el Rey difunto. Este príncipe al tiempo de morir le habia dicho en presencia de su corte: *Vais á réinar: lo que especialmente os recomiendo es la Religion*. Pero apenas el Monarca cerró los ojos, cuando la Religion encontró en él y sus consejeros sus mayores enemigos. Con un descuido y abandono que tocaba en irreligion, y hay quien diga que en ateismo, suprimió el Consejo de conciencia, al que confiaba la piedad de Luis XIV las causas religiosas: era inútil para un impio. Créolo despues, y fué peor, pues lo abandonó á los jansenistas; y sus miembros, incluso el presidente (*el famoso Card. de Noailles, quien despues abjuró sus errores*), eran refractarios. Volvieron á entrar triunfantes en la capital todos los que la sabiduría del gobierno tenia separados; el confesor del Rey difunto con otros varios jesuitas fueron desterrados, y aun todos ellos sufrieron un entredicho general en Paris y toda la diócesis. Sin embargo, cansado el duque Regente y temeroso de las cabalas jansenisticas, convirtió en rigor el favor que les habia dispensado, y los separó del Consejo de conciencia. Pero no cesó este escándalo sino para dar lugar á otro, pues tuvo la imprudencia, é impudencia de dar una plaza en él á Dubois, el hombre mas inmoral, y notoriamente conocido en toda Francia por sus desórdenes: habia sido su maestro, y se convirtió en favorito despues de haber sido fautor de sus primeras disoluciones. Desde entonces se miraron con desprecio en el gabinete los intereses de Dios, para cuya gloria solo deben réinar los que solo réinan por él, y la Religion fué humillada hasta ponerla á nivel con las instituciones humanas que emplea la politica para contener y dirigir la multitud. Entonces se oyó por primera vez el monstruoso axioma de que *con conciencia no se medra*, y que para un hombre de estado la *fidelidad* en las palabras, y la *buena fe* en los tratados no debe ser mas que el arte de engañar con habilidad,

bres de Felipe, y sus opiniones conocidas habian prometido á los espíritus fuertes un protector digno de ellos; y en efecto, apenas el vicio se apoderó del poder, conocieron que iban á réinar. El ejemplo del príncipe, la vanidad, el cebo del libertinaje y disolucion, llenaron sus filas de una multitud de prosélitos salidos por la mayor parte de las clases mas distinguidas de la sociedad. Su audacia, aumentada por el buen éxito, traspasó los últimos límites, y atacaron de frente todas las creencias é

dando al doblez la apariencia de la rectitud. Esta moral tan horrosa era conforme al carácter de su favorito, y fué su regla constante. Desembarazados por este medio de las trabas de la conciencia estos acusadores de la probidad de Luis el Grande, hallaron el secreto de adelantar, pero fué en un sentido deplorable. La Francia, que se habia recreado con la idea de un porvenir venturoso bajo el gobierno de un príncipe idolatrado por sus virtudes (el Delfín duque de Borgoña), privada cruelmente por su muerte (hay sospechas demasiado fundadas de veneno), de esta esperanza, se vió obligada á gemir bajo el peso de todos los vicios. El Regente no la ofreció mas que escándalos domésticos, y calamidades en el estado, los asignados de Law, y la bancarrota pública. Este infame príncipe habia convertido su palacio en un serrallo de prostitutas, donde tenia por comensales á los hombres mas disolutos, y los impios mas famosos de su tiempo. Su corte, que era un volcan de disolucion, inundó en pocos años con sus lavas impuras la capital y las provincias. Su administracion no parecia sino una critica tan indecente como injusta del reinado anterior; pero trastornándolo todo con sus innovaciones, hacia correr la voz de que no hacia mas que poner en práctica los planes del duque de Borgoña para cubrirse con una sombra tan querida. No se respetaron mas las disposiciones del difunto Rey relativas á la persona y educacion de su sucesor; antes le quitaron al Rey pupilo su confesor y su ayo. Cada día señalaba el Regente, Felipe de Orleans, su menosprecio de las costumbres con un nuevo escándalo. Su fin fué digno de su epicureismo, y el último acto de su vida fué tambien el último de sus delitos. Encenagado en la erápula y disolucion, pasó repentinamente, y sin que mediase ni un instante, de los brazos de una prostituta á los de la muerte y eternidad: tal suele ser la suerte de quien vive así. Mas ¡cuánto no recuerda este cuadro los dias de aquel Sibarita, en los que se abrieron las puertas tambien á nuestros males! Desde aquella época debemos tambien nosotros datar la de los progresos de la impiedad: antes se oia una que otra voz de alarma, desde entonces se empezó á hacer comun, y así halló preparados tantos espíritus en la revolucion constitucional. P. Laso, nota octava.

instituciones religiosas, *Toussaint* dió la señal por el libro de *las costumbres*<sup>1</sup>, que sublevó contra él toda la Francia cristiana. Pero otros escándalos mucho mayores hicieron bien pronto olvidar este primer escándalo. Un hombre de un ingenio extraordinario, pero no menos corrompido y depravado<sup>2</sup>, se persuadió que faltaría algo á

1 « *Toussaint* (Francisco Vicente), que en un principio, dice » M. Fieeve, había sido jansenista y aun convulsionario, se hizo » deísta para ser acogido de los filósofos, y ateo para conservar el pan » que le daba el rey de Prusia. » Su libro de las *Costumbres*, publicado el 1748, abrió la marcha á todos los de la impiedad; deísta en él, bajo un título que parece debía prescribir reglas de sana moralidad, las trastorna todas: permite los *amores y conversaciones galantes*; defiende y llama al *concubinato union mas pura, mas santa y mas estimable* que el matrimonio; aniquila el *respeto de los hijos* para con sus padres; condena el *juramento* en juicio, niega á la autoridad el *derecho de castigar* con pena de muerte á los malvados, etc.: pero volvió en sí en sus últimos dias. « Este in- » feliz, añade el mismo Fieeve, en la hora de la muerte hizo reunir » á toda su familia al rededor de su cama, la pidió perdon de haber » ridiculizado delante de ellos una Religion, que siempre en su interior había creído verdadera, y con lágrimas en los ojos, confesando que solo el interés le había condeuido á tanta vileza é infamia, conjuró á su hijo que viviese como hombre de bien, y como » *buen cristiano*, pues que el crimen que Dios no podría perdonar á » un padre sería el haber corrompido á sus hijos, y no procurar el » desengañarlos. » Nació en París el 1715, y murió en Berlin el 1772: ejerció en París la abogacía, que dejó por darse á la literatura; trabajó en Bruselas en *les Nouvelles publiques*, y el 1764 se le dió la cátedra de elocuencia en la academia de Berlin: los artículos de *jurisprudencia* de los dos primeros tomos de la *Enciclopedia* son suyos, y varias *memorias* de los últimos tomos de la academia de Prusia.

2 *Voltaire*: este hombre, no menos extraordinario por la profunda perversidad de su corazón, que por la extension de su genio, empleó los años de su larga vida en hacer la guerra al Cristianismo, en corromper las costumbres, en esparcir por todas las clases el espíritu de orgullo, de rebelion é independencia; en ensalzar la razon sobre todo, en presentarla como la única divinidad digna de ser honrada, en apresurar y acelerar aquellos dias de espantosa memoria en que la persona de una prostituta debía presentarse sobre los altares, y recibir las adoraciones públicas de un pueblo que había venido á ser ó tan estúpido que le diese culto, ó tan aterrado para permitir que se le tributase. Trabajaba en las sombras para acabar

su fama, y su reputacion no sería completa, mientras quedara un adorador á Jesucristo. La actividad increi-

toda creencia religiosa; pero especialmente la que unia á los pueblos á Jesucristo, sin la cual ni hay salvacion en la otra vida, ni civilizacion en esta; dirigia en una *Correspondencia* confidencial la ejecucion del plan que debía traer el trastorno de los Tronos y de los Altares; lanzaba incesantemente de su fecunda pluma libros sediciosos, inmorales, henchidos de licencia é infamia; y tiernamente inquieto por los discipulos á quienes podia alcanzar la vindicta de las leyes, prescribe y traza á cada uno con una prevision maternal la conducta que en un caso imprevisto deberían tener. Abrase la voluminosa coleccion de sus obras: ciertas apariencias de orden y regularidad; máximas graves sobre la existencia de un primer Ser; brillantes homenajes á la Providencia, á la Religion, á su divino Autor, á la Iglesia, etc., harán acaso admirar un hombre grande; pero penetrese hasta el secreto de sus confianzas íntimas, donde se descubren los misterios, y él manifiesta sus verdaderos sentimientos con tanta mas violencia y energia, cuanto que fuera de allí se ve obligado á contenerlos en su corazón: ¿qué veis? un hombre sin Dios, sin fe, sin ley: un hombre que no reconoce mas divinidad que *la sagrada majestad del Acaso* (Cart. de 29 de Marzo de 1773); mas Providencia que *su divina majestad el Destino* (ibid.); otra moral que la *del Placer* (21 de Diciembre de 1772); otro fin que el de una *máquina, ó de un pájaro que está en una jaula* (Junio de 1758); un hombre á quien *nada le importa lo que despues de muerto harán de su miserable cuerpo, y de su imaginaria alma* (22 de Diciembre de 1772). La palabra sola de *Religion* excita en él accesos de rabia y de delirio: dice y repite que *todas las religiones no se han hecho sino para los picaros é imbéciles*; que la Religion cristiana en particular no es mas que un *pan negro que se debe dejar á los perros* (5 de Enero 1767), y *sin contradiccion la mas ridicula, la mas absurda, y mas sanguinaria que jamás ha inficionado al mundo.* (ib.) Encarnizado personalmente contra el Fundador de esta Religion divina, como contra un rival, cree no poder satisfacer la horrible ansia que tiene de exhalar su odio, sino vomitando injurias á borbotones. Groseramente sacrilego halla un placer estúpido en tomar el nombre de *Burla-Cristo* (24 de Julio de 1760): el infierno le sugiere llamar *Infame* (perdónenos el decirlo por que se le defeste) á Jesucristo y á su culto, y obedece á estas diabólicas sugerencias; y dirigiéndose á todos los que el orgullo del entendimiento, la depravacion de la voluntad, el desarreglo de las pasiones, la impaciencia de la subordinacion, el ansia de los bienes ajenos debía alistar bajo las banderas de su *filosofía*; en una palabra, á todos los revolucionarios presentes y futuros, les grita:

ble de este hombre, sus grandes talentos, su odio implacable contra la Religión, todo contribuyó á colocarle á la cabeza del partido filosófico, por el que trabajó mas que ningun otro en aumentarle y fomentarle. La muchedumbre se atropó al redor de su gloria, y públicamente se tramó una violenta conjuración contra el Cristianismo. Ya habia mucho tiempo que existía en secreto,

*Guerra al infame; oprímalo, acabad con el infame, y no se aflige al tocar ya á las puertas de la muerte sino por no poder ayudar á los que combatirán contra el infame; ni se consuela en morir sino por esta exclamación que lo manifiesta todo entero: Dentro de veinte años, bueno estará Dios (25 de Febrero de 1758). El P. Le Jay, herido del atrevimiento de sus ideas cuando pequeño, le predijo que vendría á ser en Francia el Corifeo del deísmo, y el suceso ha justificado la profecía. — No hay fuerza en el mundo que pueda soportar el peso de indignación y de oprobio, que cae sobre los Carrier, Lehon, Saint-Just, los Marat, Robespierres, y sus atroces cómplices; sin embargo para no ser injustos con estos desventurados, es preciso reconozcamos que ellos no hicieron mas que realizar los votos, llenar las intenciones, y en algun modo ejecutar el testamento del Patriarca de la Filosofía. Cuando el edificio social agitado en sus diversas partes se desplomaba todo, en aquella hora de ruinas uno de los obreros de la destrucción proclamó la grande obligación que le tenia el mundo: « No ha visto todo lo que ha hecho, pero él ha hecho todo lo que vemos. Los observadores ilustrados, los que sepan escribir la historia, probarán á los que saben reflexionar, que el primer autor de esta grande revolución que asombra hoy la Europa, es sin contradicción Voltaire. Él fué el primero que hizo caer la primera y mas formidable trinchera del despotismo, el poder religioso y sacerdotal. Si él no hubiera quebrado el yugo de los sacerdotes, jamás se hubiera roto el de los tiranos.... » (Mercurio de Francé de 7 de Agosto de 1790, redactado entonces por sus discípulos Laharpe, Marmontel y Chamfort). Cuando en la asamblea los hermanos llevaron como trofeo las insignias de la superstición destruida, su digno presidente Laloy les dijo: « En vuestro aire republicano veo que la filosofía os ha conducido: habeis hecho desaparecer diez y ocho siglos de error. » (Moniteur de 93.) ¿Cuándo se abrirán los ojos para ver á donde guía esa filosofía altanera? Testigos de tantos desastres, ¿no escarmenaremos nunca? Despues de treinta y mas años de castigos enviados á la Europa para hacerla comprender que cuando se desconoce la Religión se destruye la majestad, que trastornado el altar, lleva en sus ruinas los tronos, ¿serán perdidos aun para ella? Véase la cita de la pág. 114.*

segun el parecer de Jurieu, quien nos asegura que muchos de los ministros refugiados en Holanda, despues de la revocación del edicto de Nantes, eran indiferentistas ocultos, que formaban en las iglesias reformadas de Francia, de muchos años atras, aquel *desventurado partido que conjuraba contra el Cristianismo* (*Tableau du Socinianisme, let. 1, p. 5*). Este testimonio no es sospechoso, y nos hace saber tambien á que escuela pertenecian los primeros autores de la guerra contra la Religión revelada.

Esta escuela no ha cesado un momento de suministrar y proveer de tropas auxiliares á la misma causa. Bayle era protestante: Rousseau, protestante tambien de nacimiento, no ha hecho mas que desenvolver los principios de los protestantes: los deístas ingleses, de quienes Voltaire y sus discípulos han tomado casi toda su ciencia anticristiana, eran protestantes, y protestantes mas consecuentes que los otros, como probaremos. Sí: se principió por reformar ó abolir ciertos dogmas, y se acabó por reformarlos todos, inclusa la revelación. En este punto tomaron los filósofos modernos el protestantismo, y siempre reformando, llegaron hasta reformar el mismo Dios, y querer realizar la monstruosa ficción de un pueblo ateo, inventada por Bayle, y tan del gusto de Diderot y de todos los sabios de su escuela. Desde entonces fué fácil convencerse que la impiedad tan humana y tan dulce en sus palabras, sabria á su tiempo valerse igualmente de la hacha del verdugo y de la pluma del sofista.

Durante los primeros años que siguieron á esta sangrienta época, la filosofía, que apenas acababa de bajar de los cadalsos, donde habia tenido y tenia sus cortes y sesiones, todavia, si puede decirse así, respirando muertes, no fué mas que un ateísmo horroroso y fanático. Poco á poco se fué acostumbrando á oír pronunciar sin enfurecerse el nombre de Dios. Robespierre habia dado el ejemplo de tolerar al Ser Supremo, y á la inmortalidad del alma, y se juzgó cuerdoamente que nadie tenia derecho para mostrarse menos tolerante que Robespierre<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Como el autor hablaba á un pueblo que ha presenciado estos horrores y extravíos, se contenta con indicaciones; permítasenos recordarlos á nuestros jóvenes para que vean á donde conduce la

Hoy la opinion se inclina hácia la indiferencia universal. Los gobiernos la favorecen con todo su poder, y

lectura de los malos libros. Despues de haber asesinado á los ministros de Dios, declaró la impiedad la guerra al mismo Dios, y quiso hacer del *ateísmo* una institucion política. Para llegar á este fin insensato, imaginaron fiestas tan sacrilegas como extravagantes, conocidas con el nombre de *Fiestas de la Razon*: Chaumette, su corifeo entónces, hizo derribar los altares de las iglesias, quitar los cuadros, y todo cuanto podia ofrecer algun vestigio de Religion, y rodeado de una turba numerosa de vándalos, que habian tomado parte en su delirio, vino á dar cuenta á la Convencion de la primera celebracion de las solemnidades. Presentóse en la Asamblea rodeado de una turba inmensa de gente; un grupo de músicos jóvenes abria la marcha; seguía á estos una tropa de niños coronados de flores, y una horda de clubistas con el terrible gorro encarnado, haciendo resonar el aire con las voces de Viva la República. *La Diosa de la Razon* se descubria despues sobre una especie de andas llevadas por cuatro hombres, y adornadas con guirnalda de hojas de encina. Una actriz de la ópera, llamada Maillard, hacia el papel de Diosa: un hermoso manto azul hondeaba sobre su espalda, tenia una larga pica en la mano, y sobre la cabeza el gorro fatal. Apenas se presentan en la barra, la Diosa es recibida con aclamaciones, y se la introduce en la Asamblea, se la coloca frente á frente del Presidente, quien á la cabeza de los representantes de la Nacion le prodiga sus admiraciones. Chaumette entonces tomando la palabra: « Lo habeis visto, dice, ciudadanos legisladores: el Fanatismo no ha podido resistir mas, y ha abandonado el lugar que ocupaba á la *Razon*, la *Justicia*, y á la *Verdad*; sus ojos extraviados no han podido sostener el brillo de la luz, y ha huido. Nos hemos apoderado de los templos que nos abandonaba, y los hemos regenerado. Hoy (10 de Noviembre de 1793) todo el pueblo de Paris se ha transportado á las bóvedas góticas, á donde por tanto tiempo resonó la voz del *Error*, que por la primera vez han resonado con los gritos de la *Verdad*; y allí hemos sacrificado en honor de la *Libertad* y de la *Igualdad*. Hemos gritado: ¡Viva la *Montaña*! (los mas acalorados ateístas)! y la montaña nos ha respondido, porque venia á reunirse con nosotros en el templo de la *Razon*. No hemos ofrecido sacrificios á ídolos inanimados, no; una obra maestra de la naturaleza es la que hemos escogido para representarla, y está *imagen sagrada* ha inflamado todos los corazones. » Dice, y fijando los ojos en su Diosa, invita con sus gestos á todos los espectadores á que la consideren bien para que se inflamen por la *imagen sagrada*. « Un solo voto, añade, se ha hecho oír allí, y un solo grite ha resonado por todas partes: *Fuera sacerdotes, no*

¿quién lo diria? se esfuerzan á arrastrar al Cristianismo á este sistema: nuevo género de persecucion, cuyos efectos estamos todavía muy léjos de conocer en toda su extension. El tiempo los desarrollará, y decidiendo de la suerte de las doctrinas sociales, decidirá de la suerte de la sociedad, y de la existencia del género humano. Pero volvamos á nuestra discusion.

La soberanía de la razon humana en materia de fe, que es el dogma fundamental del protestantismo, es tambien el fundamento del deísmo, y su carácter distintivo es la exclusion absoluta de toda revelacion.

« El deísmo, dice un autor inglés, no es otra cosa que la Religion esencial al hombre, la verdadera Religion de la naturaleza y de la *razon*<sup>1</sup>. » Rousseau usa el mis-

» *mas sacerdotes, ya no mas dioses que los que la naturaleza nos ofrece.* Nosotros, sus magistrados, hemos acogido y aceptado este voto; os lo traemos desde el templo de la *Razon*; venimos al de la *Ley* para festejar á la *Libertad*; pedimos que la metrópoli de Paris se consagre á la *Libertad* y á la *Razon*. » Estas blasfemias insensatas hacen la mas viva impresion en los legisladores de la Francia, y la proposicion de Chaumette convertida en *mocion* especial por el apóstata Chabot, se *decreta* solemnemente con espanto de la Europa y del mundo. En seguida algunas secciones de Paris prohiben á los sacerdotes decir misa: se mandan quitar las estatuas que se conservaban aun en los templos; y aun alguna de ellas hace derribar hasta el campanario, y propone que se derriben todos los de la capital, como contrarios al sistema de *Igualdad*, etc. etc., y se siguió así hasta el 7 de Mayo de 1794, en que á propuesta de Robespierre, no menos impio que los otros, pero mas astuto entónces, que lo creia un medio de llegar á un poder mas absoluto aun que el que ejercia, decretó la *Convencion* que el pueblo francés reconocia la existencia del *Ser Supremo*, y la *inmortalidad del alma*, y lo declaró su Pontífice; y el 8 de Junio, vestido de una especie de dalmática de azul violado, traje de luto de los reyes de Francia, celebró públicamente en el jardin de las Tullerías, acompañado de cánticos llenos de imprecaciones contra la Religion católica, y aquel dia era el de Pentecostes. Por estos pasos caminó la Francia: los malos libros quitaron el amor y respeto á la Religion: el abandono del culto católico trajo desde luego el *culto constitucional*; á éste sucedió el *culto de la razon*, y en seguida vino el *culto del Ser Supremo* inventado por el apóstol Robespierre para disculpar de ateísmo á la Convencion regicida.

<sup>1</sup> *Deism fairly stated, and fully vindicated, p. 5.*

mo lenguaje: « Las mayores ideas de Dios, dice, nos vienen por *sola la razon*. Poned los ojos en el espectáculo de la naturaleza; escuchad la voz interior: ¿No ha hablado, y lo ha dicho en efecto Dios todo á nuestros ojos, á nuestra conciencia, á nuestro entendimiento? ¿Qué es lo que nos añadirán los hombres? *Sus revelaciones no hacen mas que degradar á Dios*, dándole ó atribuyéndole pasiones humanas.<sup>1</sup> »

Réstanos saber en que consiste esta Religion de la naturaleza y de la *razon*, esta Religion *esencial al hombre*, y con la cual sin embargo el hombre nunca ha podido contentarse; porque es un hecho constante y notable, que jamás ha existido un pueblo deista, antes bien todos han tenido Religiones que creían reveladas, y por consiguiente Religiones opuestas á la *razon* y á la *naturaleza*, lo que no impide á Rousseau para mandar é imponer á todo hombre la *obligacion de seguir las y amarlas*. Mas eso ¿qué importa? pasemos por alto este juicioso precepto, y á ejemplo de los discípulos de Juan Jacobo, dejémosle como olvidado; y pues toda Religion se compone esencialmente de dogmas, de culto y de moral, examinemos la Religion natural bajo estos tres respectos.

Primeramente, por lo que hace á los dogmas, la Religion de la *naturaleza* parece que deja á cada uno en plena y entera libertad de elegir los que le acomoden, y muy pronto veremos que no podía ser de otro modo: por consiguiente cuantos deistas otros tantos símbolos. El del lord Cherbury<sup>2</sup>, patriarca de los deistas ingleses, se reduce á cinco artículos. 1º Que existe un Ser Supremo; 2º que debemos darle culto; 3º que la piedad y la virtud son y forman la parte principal de este culto; 4º que de-

<sup>1</sup> *Emile*, tom. III, p. 132, 133.

<sup>2</sup> Eduardo Herberto, mas conocido con el nombre de *Lord Cherbury*, nació en el país de Gales el 1581. Estuvo de embajador cerca de Luis XIII por Jacobo I: escribió varias obras, todas ellas llenas de deísmo y naturalismo, y se le considera como uno de los primeros que redujo el deísmo á sistema, y de ser el padre de los *latitudinarios*, ó *racionalistas*. Se dice que en sus escritos bebieron sus errores Spinoso y Hobbes. Un sabio alemán llamado *Korthold* publicó el 1680 una *Disertacion* sobre los tres impostores de su siglo: Spinoso, Hobbes y Cherbury. Este murió el 1648.

bemos arrepentirnos de nuestras faltas, y si así lo hacemos Dios nos perdonará; 5º que los buenos serán premiados, y los malos castigados en la otra vida<sup>3</sup>.

Se podían pedir al Lord Cherbury mil explicaciones sobre este corto simbolo. Por ejemplo, ¿qué entiende por piedad? ¿qué por virtud? ¿cómo sabe con certeza que Dios perdonará al arrepentido, etc.? Él insinúa que la Religion cristiana es demasiado indulgente en este punto<sup>2</sup>; luego conoce la medida precisa del arrepentimiento que merece el perdón, como si un sentimiento cualquiera tuviese una medida que pudiera valuarse. Así es que no se atreve á fijarla, y deja al hombre en la ignorancia mas terrible en que una criatura racional y débil puede hallarse.

¿El simbolo que antecede os ha parecido insuficiente? Blount<sup>3</sup> nos presenta otro en siete artículos: 1º que hay un Dios eterno, infinito y criador de todas las cosas; 2º que gobierna el mundo con su providencia; 3º que es una obligacion nuestra el darle culto como á nuestro Criador y Señor; 4º que este culto consiste en la oracion y alabanzas; 5º obedecer á Dios es conformarse con las reglas de la recta razon practicando las virtudes morales; 6º que debemos esperar en la otra vida penas ó premios segun que hayamos obrado en esta, lo que envuelve en sí la inmortalidad del alma; 7º enfin, que si nos hemos

<sup>1</sup> *De Religione gentilium*.

<sup>2</sup> *Appendix ad op. de Religione laici*, q. 6.

<sup>3</sup> Carlós Blount, famoso deista inglés, nació en Upper-Halloway el 1654: empezó á dar á conocer por una traduccion de los dos primeros libros de la Vida de Apolonio de Tiana, por Filostrato, con notas aun mas extravagantes que la obra misma, todas ellas dirigidas á desfigurar la Religion, y ridiculizar los Libros Sagtos, copiando las blasfemias, que él daba como originales, de los manuscritos del Lord Herberto, que tenia la misma Religion que él. Su libro fué proscrito en Inglaterra el 1693. En este año enamorado Blount de la viuda de su hermano, y no hallando esperanza de poder casarse con ella, se quitó á sí mismo la vida; fin natural de un hombre que no conocia mas felicidad que el deleite, y veia que no le podía conseguir. Entre otras obras donde compiten las extravagancias con las mentiras, fué el principal autor del libro intitulado: *Los Oriculos de la razon*. El pironismo que descubre en ella fué refutado por Gildon.

separado de la regla de nuestras obligaciones, debemos arrepentirnos, y confiar en la misericordia de Dios que nos perdonará<sup>1</sup>.

La razon de Blount, como se ve, pide un poquito mas en materia de fe que la razon del lord Cherbury. Este no admite explicitamente la inmortalidad del alma en su símbolo; puede ser que fuese olvidado, porque no se puede tener todo presente.

Por lo demás Blount, arguyendo contra la revelacion, escribia así á Sydenham: « En nuestro viaje al otro mundo, el camino comun es sin duda el mas seguro; y aunque el deismo sea una buena preparacion para la conciencia, si se siembra en ella el Cristianismo producirá una cosecha mas abundante<sup>2</sup>. »

Bolingbroke poco satisfecho de los símbolos de sus antecesores, ensanchó extrañamente la senda de la Religion natural. Niega que Dios puede ser ofendido por el hombre, y por consecuencia ataca la doctrina de los premios y castigos de la otra vida<sup>3</sup>. ¿Qué mucho? Todo se perfecciona con el tiempo.

Si el alma es material ó inmaterial; si es distinta del cuerpo, y en este caso, si es perecedera como él, ó debe sobrevivirle, son cuestiones que Chubb no decide, porque no encuentra sobre que pueda fundar la decision<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> *The oracles of Reason*, p. 197. — <sup>2</sup> *Ibid.* p. 91.

<sup>3</sup> *Bolingbroke's Works*, vol. V, pág. 209, 356, 493, 495, 498, 507, 508, 510. — El vizconde de Bolingbroke nació en Batersca, del condado de Surry, el 1672. Fué secretario de Estado de la reina Ana: tuvo mucha parte en los negocios y las revoluciones ocurridas en los últimos años del reinado de esta princesa, y fué enviado á París para concluir la negociacion ó tratado de paz entre Francia é Inglaterra. Después de la muerte de la reina se retiró de la corte, y repartió su tiempo entre el estudio y los placeres. Temeroso de sus enemigos que lo habían hecho excluir del parlamento, pasó á Francia, donde se casó con Mad. Vilette, sobrina de Mad. Maintenon. Volvióse despues á Inglaterra, donde murió el 1751. Hay de él varias obras políticas, etc. Se ha publicado tambien bajo su nombre el *Exámen importante de la Religion cristiana*, escrito violento contra el Cristianismo; pero aunque Bolingbroke fué incrédulo, no llegó su furor á tanto: se sabe que es obra de Voltaire.

<sup>4</sup> *Chubb's posthumous Works*, vol. I, p. 312, 313.

Sin embargo, parece inclinarse mucho al materialismo<sup>1</sup>; y aun suponiendo que haya castigos y recompensas en la otra vida, cosa para él muy dudosa, la totalidad del género humano no tiene por que inquietarse de ello, porque estas recompensas y castigos, segun él, no serán sino para hombres cuyas acciones hayan influido poderosamente en la felicidad ó desgracias del género humano: los demás no tienen nada que esperar ni temer: su vida es muy insignificante para que Dios se digne pedirles cuenta de ella. Esto seria lo mismo, dice Chubb, que imaginarse ó creer que Dios ha de juzgar un día á todos los animales<sup>2</sup>.

Segun esto, se ve que la existencia de Dios es el único dogma que admiten formalmente los dos últimos autores de quienes acabamos de hablar. Esta grande y sublime verdad, en medio de las ruinas de todas las doctrinas religiosas, ha quedado en pié en su alma, como suele subsistir una columna de un templo antiguo que el tiempo y los bárbaros destruyeron.

Juan Jacobo Rousseau extiende un poco mas el símbolo de la Religion natural; pero en breve haremos ver que segun sus principios no tiene derecho alguno para exigir que nadie adopte de él ni un solo artículo. Admite la existencia de Dios, la distincion entre el alma y el cuerpo, y una vida futura, en la que cada uno se acordará de lo que ha sentido, y lo que ha hecho durante su vida; y no duda que esta memoria formará un día la felicidad de los buenos, y el tormento de los malos. « No me preguntéis, añade, si habrá otras fuentes de felicidad ó de penas; yo no lo sé<sup>3</sup>. »

Esta doctrina es muy satisfactoria para los malvados, especialmente si se les junta la esperanza de que sus *recuerdos ó memorias* se acabarán con su existencia; y es puntualmente lo que Rousseau les hace esperar, igualmente que á los buenos el temor de que llegue un día el término fatal de la vida feliz que les promete. « ¿Cuál es esta vida? se pregunta á sí mismo: ¿y el alma es inmortal? por su naturaleza? mi limitado entendimiento, se res-

<sup>1</sup> *Chubb's* pág. 317, 318, 324, 326.

<sup>2</sup> *Ibid.* vol. I, p. 395, 400. — <sup>3</sup> *Emile*, t. III, pág. 87, 88.

» ponde, nada conoce que no sea limitado; todo lo que  
 » se llama infinito es para mí imperceptible. ¿Qué puedo  
 » negar, ni afirmar, ni qué raciocinios hacer sobre una  
 » cosa que no puedo concebir? Creo que el alma sobre-  
 » vive al cuerpo lo suficiente para la conservacion del  
 » orden, ¿pero quién sabe si esto es lo bastante para que  
 » dure siempre? »

De este modo es como *Dios se lo ha dicho todo á sus ojos, á su conciencia y á su entendimiento*. Notad además que deduce el dogma de la otra vida de la nocion de los atributos de Dios. Porque dice: «Si yo llego á descubrir  
 » sucesivamente estos atributos, de los que no tengo idea  
 » alguna absoluta, es por el buen uso de la razon, y por  
 » consecuencias *forzadas*<sup>2</sup>; pero los afirmo sin compren-  
 » derlos, que en substancia es lo mismo que no afirmar  
 » nada. Por mas que yo me diga: Dios es así; lo siento;  
 » me lo demuestro; no por eso concibo mejor como Dios  
 » puede ser así. En fin, cuanto mas me esfuerzo á contem-  
 » plar su esencia infinita, menos la concibo; pero ella exis-  
 » te, me basta; cuanto menos la concibo, mas la adoro<sup>3</sup>. »

Así es que Rousseau funda la *esperanza del justo* sobre atributos, de que *no tiene idea alguna absoluta*, y que *afirma sin comprenderlos*, que en substancia es no afirmar

<sup>1</sup> *Emile*, t. III, p. 86.

<sup>2</sup> Rousseau se sirve aquí, y tal vez con estudio, de una voz equívoca. En el modo comun de hablar, por consecuencias *forzadas*, se entienden consecuencias violentas, falsas, ó al menos dudosas. Se podría decir tambien que son consecuencias necesarias, que el entendimiento se ve *forzado* á admitir. *El buen uso de la razon*, que antes menciona Rousseau, favorece este último sentido; pero lo demás de la frase lo contradice, porque sacar ó deducir una consecuencia, es *afirmar* alguna cosa; y quien *no afirma* nada, nada concluye. Además, Rousseau cae en un error grave, suponiendo que para afirmar realmente es necesario comprender; y no es así, basta tener una idea clara de lo que se afirma. Por ej. la palabra *atraccion*, siempre y cuando se nos ofrezca una idea, y en todos ofrezca la misma, podemos afirmar ó negar la existencia de esta fuerza oculta, que no comprendemos en sí misma. Por lo demás, el pasaje sobre el cual recae esta nota, no es el único en que Rousseau procura ocultar la inconsecuencia é inestabilidad de sus doctrinas á la sombra de expresiones ambiguas.

<sup>3</sup> *Emile*, t. III, pág. 96.

*nada*. ¿No es en verdad una certeza maravillosa, y una esperanza bien consoladora? *Cuanto mas se esfuerza á contemplar la esencia divina, menos la concibe*; es decir, que no la conoce ni en sí misma, ni en sus atributos; y de esta suerte es *como las mas grandes ideas de la Divinidad nos vienen por sola la razon*. ¿Cosa admirable, y que sola la filosofa nos podia enseñar: la idea mas grande que tenemos de la Divinidad, es no tener idea alguna de ella!

Mas en fin, se dirá que *existe*, y *esto basta*: su existencia es un dogma admitido por todos los sectarios de la Religion natural. Sea enhorabuena; pero siempre sostendré, y sostengo, que en sus principios se puede legítimamente negar este dogma, y no como quiera se puede, sino que á veces se debe hacer.

En efecto, la primera regla de Rousseau, y de todos los deistas, su principio fundamental es formar su fe por solas las luces de la razon, y por consiguiente no creer nada sino lo que claramente se conciba: ahora bien; supongamos un filósofo para quien la existencia de Dios no sea mas clara que lo es para Rousseau su esencia y atributos; este podrá y deberá negarla, si es consecuente; quedarse indeciso, él mismo nos asegura que es imposible; luego deberá negarla. «La duda en cosas que nos  
 » importa conocer es un estado demasiado violento para  
 » el espíritu humano, y no puede resistir y estar en él  
 » mucho tiempo; y así á pesar suyo se decide por una ú  
 » otra parte<sup>1</sup>. »

Figurémonos por un momento el hecho supuesto: pongamos en boca de Rousseau sus mismas palabras; y veamos que responderia el filósofo de que hablamos; cuidaré para mas exactitud no atribuirle otras opiniones que las de uno de los mas célebres partidarios de la Religion natural.

ROUSSEAU

«Os compadezco de todas veras al ver no creéis en el Ser infinito. No concebís que existe; ¿eso que hace? yo tampoco concibo mas claramente sus atributos, y lo creo. «El uso mas digno de mi razon es anonadarse delante  
 » de él<sup>2</sup>. » Seguid mi ejemplo.

<sup>1</sup> *Emile*, t. 3, p. 27. — <sup>2</sup> *Ibid.* t. 3, p. 96.

FILÓSOFO.

« Decirme que someta mi razon, es ultrajar á su autor<sup>1</sup>: otro tanto me puede decir cualquiera que me engañe: para someter mi razon, necesito razones<sup>2</sup>. »

ROUSSEAU.

Y bien. « Poned los ojos en el espectáculo de la naturaleza; en este grande y sublime libro es donde yo aprendo á servir y adorar á su divino Autor. Nadie es excusable de no leer en él, porque habla á todos los hombres una lengua de fácil inteligencia para todos los entendimientos<sup>3</sup>. ¿Dios no lo ha dicho todo á nuestros ojos? Responded. »

FILÓSOFO.

A los vuestros puede ser, pero á los míos no: además, permitidme os diga, que raciocináis muy mal. « Tomar fundamento del curso y orden de la naturaleza para inferir la existencia de una causa inteligente que haya establecido, y conserve el orden en el universo, es abrazar un principio incierto é inútil juntamente; porque este objeto no puede caer en modo alguno bajo la experiencia humana: está muy léjos de su esfera<sup>4</sup>. »

ROUSSEAU.

A lo menos convendreis en que Dios lo ha dicho todo á nuestro entendimiento, « No creo que negueis la eterna correspondencia del efecto con su causa, de donde yo tan claramente he deducido la existencia del primer Ser. »

FILÓSOFO.

¿Y porqué no? A mi entender « no se puede sacar argumento, ni aun probable, de la relacion de la causa con el efecto, ó del efecto con la causa<sup>5</sup>: el enlace del efecto con su causa es enteramente arbitrario, no solo en su primera nocion *à priori*, sino aun despues que la experiencia nos ha sugerido esta nocion indicada<sup>6</sup>. » Ya veis que estamos muy léjos de convenirnos. Vuestras pruebas hacen muy distinta impresion en mi entendimiento que en el vuestro; yo no veo en ellas mas que

1 *Emile*, t. 3, p. 180. — 2 *Ib.* p. 139. — 3 *Ibid.* p. 177.

4 *Hume's Philosophical Essays*, pág. 224.

5 *Ibid.* pág. 62, 63. — 6 *Ibid.* pág. 53, 54.

sofismas, y los sofismas no me convencen. Por otra parte, me habláis de un Dios, *al cual rodean misterios inconcebibles*<sup>1</sup>; pues si yo comienzo una vez á creer misterios inconcebibles ¿quién sabe adónde esto me llevará? en qué, ó dónde me detendré? quién me guiará en la eleccion que debo hacer? con qué derecho ni fundamento he de desechar la revelacion? Vos mismo lo habeis dicho. « El que me presenta *misterios*, y contradicciones » en el culto que me predica, por el mismo hecho me enseña á desconfiar de él<sup>2</sup>. »

ROUSSEAU.

« Os he abierto mi corazon sin reserva alguna; lo que » creo por cierto es únicamente lo que os doy por tal; » y os he manifestado las razones que me asisten para » creer. Ahora vos solo sois quien debe juzgar<sup>3</sup>. Yo no » pretendo darme por infalible, ni me creo tal: otros » pueden hallar dudoso lo que á mí me parece demostrado, y falso lo que á mí me parece verdadero: raciocino para mí, y no para ellos: ni los vitupero ni los imito: su juicio puede ser mejor que el mio; pero no es culpa mia que no lo sea el mio<sup>4</sup>. » Para mí la existencia de Dios está atestiguada por sus obras: *ninguno*, os lo repito, *tiene excusa para no leer en este grande y sublime libro*: convengo en que esta máxima es demasiado general, y que como otras muchas se me ha escapado sin reflexionar bien en ello: sin embargo, en el fondo habeis debido conocer que este no era ni mi primero, ni mi último pensamiento. La prueba está clara en las palabras que anteceden un volumen entero á las que acabo de citar, y las modifican bastantemente. « El filósofo que no cree, obra mal, porque usa mal de la razon que ha cultivado, y se halla en estado de entender las verdades que desecha<sup>5</sup>. » Confieso que este texto es muy duro: porque si pone al pueblo á cubierto, al filósofo lo deja lleno de embarazos. Lo siento por vos, á quien filosóficamente condeno; y por mí, que aborrezco la bárbara intolerancia. Pero al fin « no es cosa de poca monta conocer que Dios existe; pero cuando

1 *Emile*, t. 3, p. 133. — 2 *Ibid.* pág. 150.

3 *Emile*, t. 3, p. 192. — 4 *Ibid.* p. 179. — 5 *Emile*, t. 2, p. 350.

» hemos llegado hasta aquí, y nos preguntamos ¿qué  
 » es, ó dónde está? nuestro entendimiento se confunde,  
 » se extravía, y no sabemos ya que pensar<sup>1</sup>. » Hé aquí  
 justamente lo que os sucede: « las ideas de creación,  
 » aniquilación, ubiuidad, eternidad, omnipotencia, la  
 » de los atributos divinos, todas estas ideas que pocos  
 » hombres alcanzan á ver tan confusas y oscuras como  
 » son, se os presentan en toda su fuerza, es decir, en  
 » toda su obscuridad<sup>2</sup>. » ¿Y no sería una crueldad verse  
 condenado por haber tenido mas talento que los demás  
 hombres? ¿sería posible que no hubiese salvación sino  
 para los tontos? Pues sentado lo que acabo de decir, esto  
 es lo que infaliblemente resultaría del principio vulgar:  
 « que es necesario creer en Dios para salvarse<sup>3</sup>. » No  
 permita la filosofía que yo me obstine en sostener esta  
 máxima cruel; veo claramente las consecuencias. « Este  
 » dogma mal entendido es el principio de la sanguinaria  
 » intolerancia, y la causa de todas las vanas instituciones  
 » que dan el golpe mortal á la razón humana acostum-  
 » brándola á contentarse con palabras<sup>4</sup>. » Vuestra causa  
 es pues la de la razón humana, y no debéis temer que yo  
 la dé un golpe mortal. « Es claro que un hombre que lle-  
 » gase á la vejez sin creer en Dios, no sería por esto  
 » privado de su presencia en la otra vida, si su cegue-  
 » dad no ha sido voluntaria, y yo digo que no siempre  
 » lo es<sup>5</sup>. » Envejeced, pues, tranquilo en vuestra incre-  
 dibilidad, bien diferente de aquellos que se persuaden es  
 necesario confesar tal ó tal artículo « pienso por el con-  
 » trario que lo esencial de la Religión consiste en la  
 » práctica ó en la moral: que no solo es necesario ser  
 » hombre de bien, misericordioso, humano, caritativo,  
 » sino que cualquiera que lo es verdaderamente tal,  
 » cree lo bastante para salvarse<sup>6</sup>. »

« Habéis hecho lo que habéis podido para llegar á la  
 » verdad; pero su origen es muy elevado: si os faltan

1 *Émile*, t. 3, p. 341. — 2 *Ibid.* p. 346.

3 Y tan vulgar como enseñado por el Apóstol san Pablo: *Accedentem ad Deum oportet credere, quia est, etc.*

4 *Émile*, t. II, p. 350. — 5 *Ibid.* p. 352.

6 *Lettre à M. de Beaumont*, p. 59.

» las fuerzas para pasar adelante. ¿de qué podeis ser  
 » culpable? ella es la que debe acercarse á nosotros<sup>1</sup>. »  
 ¿Qué es, pues, en vista de esto, la Religión natural  
 sino un abismo, un sumidero profundo donde vienen á  
 hundirse todos los dogmas, hasta el de la existencia de  
 Dios? Bossuet la definió completamente cuando dijo, que  
 el *deísmo* no es mas que un *ateísmo* disfrazado. Entre sus  
 sectarios unos admiten lo que los otros desechan, niegan  
 lo que afirman, y así recíprocamente. Con dificultad se  
 hallarán dos que profesen una misma doctrina; ninguno  
 tiene derecho para exigir que otro se someta á sus deci-  
 siones; cada uno como supremo juez de su fe, tiene la  
 facultad de extenderla ó restringirla á su gusto, y nin-  
 guna creencia por consiguiente es esencial en la única  
 Religión esencial al hombre. ¡Extraña Religión, cuyo sím-  
 bolo puede reducirse al ateísmo!

En segundo lugar, no siendo el culto exterior mas que  
 un vano ceremonial y un negocio puramente de policía, es  
 indiferente en sí, y nada por tanto impide que nos pa-  
 semos sin él.

« Las verdaderas obligaciones de la Religión son inde-  
 » pendientes de las instituciones de los hombres<sup>2</sup>; y el  
 » culto que Dios quiere y pide es el del corazón<sup>3</sup>. »  
 ¿Quién se atreverá á exigir lo que Dios no pide? Debe  
 pues haber plena libertad en este punto, y podrá algun  
 hombre no dar en toda su vida ni una sola señal de Re-  
 ligión, sin ofender por eso, ni faltar á las verdaderas obli-  
 gaciones de la Religión. ¿De qué sirven ni para qué se  
 quieren ceremonias, ni templos<sup>4</sup>? Un corazón recto es  
 el verdadero templo de la Divinidad<sup>5</sup>. ¿Qué importa  
 que desde el principio del mundo no haya existido na-  
 ción alguna sin culto público? « Nosotros prescindimos,  
 » dice Rousseau, de toda autoridad humana<sup>6</sup>. . . . Yo por  
 » mí despues de haberlo meditado muchos años he to-  
 » mado mi partido; y á él me atengo<sup>7</sup>. » Esta razón no tiene

1 *Émile*, t. 3, p. 128. — 2 *Ibid.* p. 196. — 3 *Ibid.* p. 134.

4 Hé aquí la razón del desprecio que hacen los libertinos de todas  
 las prácticas, y de su ninguna asistencia é irreverencia en los tem-  
 plos: es consecuencia de sus ideas.

5 *Émile*, t. III, p. 196. — 6 *Ibid.* p. 151. — 7 *Ibid.* p. 193.

réplica, y si sus discípulos hubieran sabido tomar su partido tan decididamente, y descargado con tanto cuidado la Religión natural de toda especie de ceremonias, no hubiéramos visto establecerse en Francia en el siglo XVIII, el culto de la Razon representada por una prostituta<sup>1</sup>. Pero no insistamos en esta ligera observacion, pues al fin es puramente un negocio de policia.

El único culto esencial segun Bolingbroke, y<sup>2</sup> lo mismo confiesa Rousseau, es el interior: ahora bien piénsese lo que se quiera del culto exterior, es seguro al menos que el primero depende de los dogmas, y debe dimanar de ellos. El mismo Rousseau impugnando la Religión revelada se explica en estos términos: « *Viniendo como* » viene esta doctrina de Dios, debe traer consigo el carácter sagrado de la Divinidad; y no solo debe aclarar las ideas confusas que el raciocinio nos hace formar de ella en nuestro espíritu, sino que debe tambien » proponernos un culto, una moral, y máximas correspondientes á los atributos, por los cuales solo concebimos su esencia<sup>3</sup>. »

Ahora bien: ó la Religión natural no viene de Dios, es decir, es falsa, ó debe presentar los caracteres que Rousseau juzga inseparables de una Religión que viene de Dios: debe pues proponernos un culto correspondiente á los atributos por donde únicamente concebimos su esencia: mas por desgracia vemos que cuanto mas nos esforzamos á contemplar esta esencia infinita, menos la concebimos; que no tenemos idea alguna absoluta de los atributos de Dios, que los afirmamos sin comprenderlos, que es lo mismo en substancia, que no afirmar nada<sup>4</sup>. De suerte, que « si la Religión natural es insuficiente, es por la obscuridad que deja en las grandes verdades que nos enseña<sup>5</sup>; » obscuridad que resulta de que ella se apoya en solo el raciocinio, el cual no forma en nuestro espíritu sino ideas confusas de la Divinidad.

No me detendré á observar el estrecho enlace y perfecta concordancia de estas ideas, ni á hacer notar con

<sup>1</sup> Véase la nota de la pág. 153, 154.

<sup>2</sup> Bolingbroke's Works, vol. 5, p. 97.

<sup>3</sup> Émile, t. III, p. 148. — <sup>4</sup> Ibid. p. 96. — <sup>5</sup> Ibid. p. 150.

cuanta razon nos ensalza Rousseau una religion que deja en la obscuridad las grandes verdades que nos enseña, que no ferma ni traza en nuestro espíritu sino ideas confusas de la Divinidad, y cuyos secuaces en substancia nada afirman porque nada comprenden. Confieso ingenuamente, que por mas conmovido que se encuentre el buen Juan Jacobo al darnos esta clara y sublime doctrina, por mas que se explique con la mayor vehemencia, no creo ciertamente « oír al divino Orfeo cantar los primeros himnos, y enseñar á los hombres el culto de los dioses<sup>1</sup>. » Por el contrario, mi grande embarazo está en comprender como saldrá de estas obscuridades, y de estas ideas confusas, un culto cualquiera.

Yo en verdad no veo mas que discordancia y contradicción en todo lo que los deistas nos dicen de este culto misterioso que nunca definen. Si Blount le hace consistir en la oracion y la alabanza, Rousseau acerca al instante la mitad del precepto. « Yo, nos dice, me ejercito » en contemplaciones sublimes. Medito en el orden del » universo, no para explicarle por vanos sistemas, sino » para admirarle incesantemente, y adorar al sabio autor que se hace sentir en él. Hablo con el autor del » universo, mis facultades todas se penetran de su divina » esencia; me enternezco con sus beneficios, le bendigo por sus dones; pero no le suplico, no le pido, ¿qué » le pediria yo<sup>2</sup>? » En efecto, es claro que el hombre nada tiene que pedir á Dios; ¡es tan rico él por sí mismo, su espíritu está tan lleno de luces, su corazón abunda tanto, es tan fértil de buenos sentimientos!

Pero en fin, no pienso que en la enumeracion que se acaba de leer pretenda Rousseau obligar á todos los hombres á cada una de sus prácticas personales. Ejercítense cuanto quiera en sublimes contemplaciones, medite en el orden del universo, enternézcase hasta derramar lágrimas, nada mejor; pero el enternecerse no es cosa que se puede siempre que se quiere, y un pobre rústico que con mil trabajos cultiva un rinconcillo de este globo cuyo orden no conoce, sería ciertamente muy digno de lástima si fuese necesario que meditase sobre este

<sup>1</sup> Émile, t. III, p. 128. — <sup>2</sup> Émile, p. 126.

orden á él desconocido, y se exigiesen absolutamente de él las mas sublimes contemplaciones. A lo menos lo sublime se debe creer que no es de rigoroso mandato: y aun tambien me imagino que la mayor parte de los hombres no tienen una obligacion rigorosa de que todas sus facultades se penetren de la divina esencia del Autor del universo. Seria necesario explicarles antes lo que esto significa, y no seria fácil el hacérselo entender.

Despues de tantos escritores como han hablado de la Religion natural, aun ignoramos á que nos debemos atender sobre la naturaleza y necesidad del culto interior que ella recomienda; y la incertidumbre se aumenta cuando se considera que deja una entera libertad de creer los dogmas, de los cuales, segun Rousseau, se debe derivar este culto. Querria que se me dijese, por ejemplo, que motivo pueden tener de practicar un culto sea exterior, ó interior, los que no esperan otra vida, y que culto se puede dar á Dios cuando no se cree en Dios.

Se me responderá que el Ateo está fuera de la Religion natural; muy bien: pero segun los principios de la Religion natural no se puede condenar al Ateo; y si este no está obligado á practicar ningun culto, el culto no es de obligacion para todos los hombres: cuando mas será un deber relativo á la creencia, así como la creencia no es mas que un deber relativo á la razon; aunque en dictámen de Rousseau es *razon sin principio, entendimiento sin regla*; mas no por eso deja de ser árbitro soberano del culto y de la fe, así para el docto como para el ignorante, para el mas imbécil de los mortales como para Bossuet y Newton; porque, como añade Rousseau, «en queriendo mitigar este método, y dar el menor ensañche á la autoridad de los hombres, en el instante se lo abandonais todo<sup>1</sup>.»

En tercer lugar, no permitiendo los principios de la Religion natural determinar la creencia de ningun dogma, ni por consiguiente exigir la práctica de culto alguno, se sigue que toda ella se reduce á las obligaciones de la moral; y así es que Juan Jacobo nos asegura que solo estas son esenciales<sup>2</sup>. Tampoco Voltaire las da mas exten-

1 *Émile*, t. III, p. 175. — 2 *Ibid.* p. 196.

sion, *Sed justo*, dice, *y esto basta; lo demás es arbitrario*. Este *demás* es simplemente el culto; la doctrina, la inmortalidad del alma, los premios y penas de la otra vida, la existencia de Dios; y nada mas.

Pues que los dogmas son *arbitrarios*, y solo los deberes de la moral son *esenciales*, es indispensable que estos subsistan independientemente de los dogmas: esta consecuencia es en todo rigor necesaria. Y por eso sin duda Bolingbrocke se irrita y declama contra los que «piensan que sin Dios no puede haber ley natural, á lo menos obligatoria<sup>1</sup>;» proposicion en efecto evidentemente contradictoria á sus principios, como á los de Voltaire y Rousseau.

Ahora bien, si se quiere saber que cosa es la *ley natural* para los ateos, se podrá tomar alguna nocion leyendo este pasaje de Voltaire: «Yo no quisiera, dice, verme empeñado en ningun lance de honor con un Príncipe ateo, que hallase su interés en hacerme majar en un mortero; porque estoy seguro que lo haria: ni si fuera Rey querria tampoco empeñarme en nada, ni fiarme de cortesanos ateistas, que hallasen conveniencia en emponzoñarme, porque á cada paso tendria que estar tomando contravenenos. Es pues absolutamente necesario á los Príncipes y á los Pueblos que la idea de un Ser Supremo, criador, gobernador, vengador, remunerador, esté profundamente grabada en los corazones<sup>2</sup>.» Si, en verdad lo es: mas ¿cómo lo que un momento ha *era solo arbitrario*, es ya *absolutamente necesario*? Qué ¿la verdad se muda, ó varia segun las movibles é inconstantes conveniencias de la filosofía, y la necesidad de sus sistemas? Pero abramos el *Emilio*, y veamos si Rousseau es mas consecuente.

Despues de haber pintado la influencia que debe tener en su discípulo la doctrina, nueva para él, de la existencia de Dios, y de una vida futura, «Salid de ahí, dice, y yo no veo mas que injusticia, hipocresía, y mentira entre los hombres; el interés particular, que triunfa

1 *Bolingbrocke's Works*, vol. 4, p. 284.

2 *Œuvres de Voltaire*, t. XXVIII, p. 12, edit. en 8<sup>o</sup>, artículo *Athéisme du Dictionnaire philosophique*.

» necesariamente de todas las cosas, enseña á cada uno  
 » de ellos á cubrir y disfrazar el vicio con la máscara de  
 » la virtud. Que todos los otros hombres se desvelen  
 » por mí y por mi utilidad; y me hagan bien aunque sea  
 » á costa suya; que todo se refiera á mí solo, que él gé-  
 » nero humano perezca y muera de miseria y de penali-  
 » dad, si esto es necesario para que yo no sufra un  
 » momento la hambre, y el dolor; hé aquí el lenguaje  
 » interior de todo incrédulo que raciocina. Sí, lo sosten-  
 » dré toda mi vida. El que ha dicho en su corazón, no  
 » hay Dios, y se expresa de otro modo, ó es un embus-  
 » tero, ó un insensato<sup>1</sup>. »

La imposibilidad de imponer á todos los hombres la obligación de creer dogma alguno, aunque sea la existencia de Dios, ha precisado á Rousseau á sostener que las únicas obligaciones esenciales al hombre son las de la moral; y la imposibilidad no menos completa de hallar en el Ateísmo un fundamento para las obligaciones morales, le ha forzado á confesar que *sin la fe no hay verdadera virtud, y que hay dogmas que todo hombre está obligado á creer*. ¿Qué pensaremos de un sistema del cual salen inevitablemente tantas y tan groseras contradicciones?

Pero aun supuesta la existencia de Dios, ¿por qué medios, y conforme á qué reglas descubriremos con certidumbre los deberes y obligaciones esenciales de que habla Rousseau? No estando nadie dispensado de practicarlas, tampoco debe haber persona alguna á quien no sea fácil conocerlas; y como con respecto á la salvación, Juan Jacobo dice de la moral lo mismo que el cristiano dice de la Religión, las mismas consecuencias que él deduce de la doctrina del cristianismo con respecto á la fe, podemos nosotros deducir de la suya con respecto á las obligaciones. « Es necesario pues que la verdadera moral » tenga caracteres que sean propios de todos los tiempos » y de todos los lugares, igualmente sensibles á todos los » hombres, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, » Europeos, Indios, Africanos y Salvajes. Si se diese en » el mundo una moral que solo prescribiese la pena

1 *Emile*, t. III, p. 206.

» eterna<sup>1</sup>, y hubiese en cualquiera punto de él un solo  
 » mortal que de buena fe no estuviese convencido de su  
 » evidencia, Dios<sup>2</sup> seria el tirano mas inicuo y mas  
 » cruel<sup>3</sup>. »

Todos los deistas convienen en esto; y en efecto seria un absurdo no admitir la revelacion bajo el pretexto de que encierra obscuridades, si no se hiciese mas que substituirle obscuridades de otro género. Bolingbroke lo conoció bien, y así sostiene que la *ley natural*, la cual dice no es mas que la *ley de la razon*<sup>4</sup> « igualmente inteligible en todos tiempos y en todos los lugares, y proporcionada á los mas débiles entendimientos<sup>5</sup>, tiene » toda la claridad y precision que puede dar Dios, y el » hombre desear<sup>6</sup>. »

Tal es la ley en sí misma: no se trata mas que de saber donde está, y por qué medios llega el hombre á conocerla. Escuchemos á Rousseau.

« Todo lo que yo siento<sup>7</sup> que es bueno, es bueno, y » todo lo que siento ser malo, es malo; el mejor de todos » los casuistas es la conciencia, y solo cuando se regatea » con ella es cuando se recurre á las sutilezas del racio- » cinió...<sup>8</sup>. La razon nos engaña muchas veces, y tene- » mos adquirido demasiado derecho para recusarla<sup>9</sup>; » pero la conciencia no engaña nunca; esta es la verda- » dera guía del hombre; es para el alma lo que el instinto » para el cuerpo; quien la sigue, obedece á la natura-

1 Rousseau deja en duda la eternidad de las penas; pero aun cuando la negase formalmente, basta que admita castigos en la otra vida, para que nuestro raciocinio conserve toda su fuerza.

2 Rousseau dice: *El Dios de esta Religión*.

3 *Emile*, t. III, p. 139.—4 *Bolingbroke's Works*, vol. V, p. 83.

5 *Ibid.* p. 94.—6 *Ibid.* p. 26.

7 Aunque la voz francesa *sens*, dice aquí con razon el P. Laso, puede traducirse *conozco*, la he dejado en el significado vago que la da su autor; pues el conocimiento en rigor pertenece al juicio, y aquí pretende huir de él.

8 *Emile*, t. III, p. 97.

9 Hé aquí como habla Rousseau un poco despues de *este sobrado derecho que hemos adquirido*: « Decirme que mi razon me engaña, ¿no es refutar cuanto ella me ha dicho por vuestro medio? » El que quiere recusar la razon, debe convencer sin servirse de ella. » *Emile*, t. III, p. 153, 154.

» leza, y no teme extraviarse... <sup>1</sup> ¡Conciencia! ¡O conciencia! instinto divino, voz inmortal y celeste; guía segura de un ser ignorante y limitado, pero inteligente y libre; juez infalible del bien y del mal, que haces al hombre semejante á Dios; tú eres la que forma la excelencia de su naturaleza, y la moralidad de sus acciones; sin tí, nada siento en mí que me eleve sobre las bestias, sino el triste privilegio de extraviarme de error en error, por medio de un entendimiento sin regla, y de una razón sin principio <sup>2</sup>. »

La ley natural pues, según Rousseau, no es la ley de la razón, pues que esta razón sin principio, que tenemos tanto derecho de recusar, no nos eleva sobre las bestias sino por el triste privilegio de extraviarnos de error en error. Por lo demás ya hemos visto antes que las mas grandes ideas que tenemos de la Divinidad nos vienen por sola la razón, es decir, por aquella noble facultad que, extraviándonos de error en error, lejos de elevarnos sobre las bestias, nos deprime y hace inferiores á ellas; porque en verdad, la ignorancia es menos degradante que el error. No deja esto de ser un poco singular; pero pues que en su dictámen es así, pasemos adelante. Buscamos la regla de las obligaciones, y Rousseau nos la muestra en la conciencia, guía segura de un ser ignorante y limitado, y juez infalible de lo bueno y de lo malo. La razón nos engaña muchas veces, la conciencia nunca; y antes bien es para el alma lo que el instinto para el cuerpo.

Esta doctrina sentada con tanta seguridad por él, parece hacernos vislumbrar la certeza que deseamos. Por desgracia no hallo entre los partidarios de la Religion natural aquella unanimidad de sentimientos que era de esperar en un punto de tanta importancia. Bolingbroke, por ejemplo, trata de entusiastas, y gentes que hacen ridicula la Religion natural á los que pretenden que « hay un instinto ó sentido moral, por medio del cual los hombres distinguen lo que es moralmente bueno de lo que es moralmente malo; de manera que de ello resulte una sensación intelectual agradable ó molesta <sup>3</sup>. Esto,

<sup>1</sup> *Emile*, t. III, p. 98. — <sup>2</sup> *Ibid.* p. 114.

<sup>3</sup> *Bolingbroke's Works*, vol. V, p. 86.

» añade, puede hasta cierto punto adquirirse por una larga costumbre, y por una especie de devoción filosófica; pero formar de ello una facultad natural, es una ilusión de la fantasía <sup>4</sup>. »

¿A quién, pues, hemos de creer? ¿á Rousseau ó á Bolingbroke? ¿Qué harán los discípulos cuando están tan discordes los maestros? Lo que uno mira como un principio innato <sup>2</sup>, es para el otro una quimera, una ilusión de la fantasía. Si el uno nos dice que la ley natural es la ley de la razón, el otro nos asegura que por sola la razón no se puede establecer ninguna ley natural <sup>3</sup>. Y no olvidemos tampoco que en estas aserciones opuestas se halla, y encuentra la moral clara, precisa, igualmente inteligible, según nos dicen, en todos tiempos y lugares, y proporcionada á los entendimientos mas rudos.

Pero no es esto lo mas singular; el mismo Rousseau destruye la seguridad consoladora con que nos lisonjeaba, manifestándonos que la conciencia, esa guía segura y verdadera del hombre, no camina sino apoyada en la razón. « Sola la razón nos enseña, dice <sup>4</sup>, á conocer el bien y el mal. La conciencia que nos hace amar lo uno y aborrecer lo otro, aunque es independiente de la razón, no puede desenvolverse sin ella. » Y poco antes: « Conocer el bien no es amarle: el hombre no tiene tal conocimiento innato; pero en el instante en que su razón se le hace conocer, su conciencia le mueve á amarle; este sentimiento es el innato <sup>5</sup>. »

El juez único así de las obligaciones como de la fe, es en último resultado la razón: la conciencia viene despues de ella, pues que sin ella no puede desenvolverse; ama lo que la razón le da á conocer como bien, y aborrece lo que le señala como mal: en fin, es una esclava pasiva del entendimiento, cuyas funciones se limitan á aplicar á cada idea que él la presenta un sentimiento, cuya naturaleza está determinada de antemano por el juicio de la razón. Esta sola conoce el bien y el mal; luego sola ella puede instruirnos en nuestras obligaciones, en lo que Rousseau parece convenir, porque despues de habernos ad-

<sup>1</sup> *Ibid.* p. 479. — <sup>2</sup> *Emile*, t. III, p. 107. — <sup>3</sup> *Ibid.* t. II, p. 263.

<sup>4</sup> *Emile*, t. I, p. 112. — <sup>5</sup> *Ibid.* p. 75.

vertido que « los actos de la conciencia no son juicios <sup>1</sup>, sino sentimientos <sup>2</sup>, » añade : « toda la moralidad de nuestras acciones está en el juicio que nos formamos de ellas <sup>3</sup>. » y mas expresamente en otra parte : « El hombre escoge lo bueno, si lo juzga rectamente ; si el juicio es falso, elige mal, ó escoge lo malo <sup>4</sup>. »

Es verdad que en otra parte pone en la conciencia la moralidad de nuestras acciones ; mas es porque entonces tenia necesidad de encontrar allí la regla infalible de las obligaciones y deberes. Por lo demás, esta regla está tan lejos de ser universal y suficiente á todos los hombres, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, que al contrario, por confesion de Rousseau, « es enteramente nula » para el pobre, es decir, para las tres cuartas partes del género humano. « La voz interior, dice, no se hace oír, ni sabe hacerse entender del que no piensa mas que en buscar como ha de comer <sup>5</sup>. »

¿ Qué podremos pues, ni debemos concluir de aquí, sino que en el sistema de la Religion natural no apoyándose las obligaciones mas que en la razon, que frecuentemente nos engaña, no tienen ellas ninguna regla cierta, y que la moral del deísmo es tan vaga, indecisa, variable, é insubsistente como lo son sus dogmas ? Cada uno se formará, y tendrá la suya, así como cada uno tiene su símbolo, y bastarán algunos de esos sofismas tan familiares á las pasiones, para que la razon engañándose sobre las verdaderas obligaciones, engañe por su parte á la conciencia, adornando al vicio y cubriéndole con la máscara de la virtud. ¿ Se quiere una prueba efectiva de ello ? Héla aquí. Bolingbrocke, racionando sobre la ley natural, tan clara, tan precisa á su parecer, llega, no digo hasta justificar la poligamia, la relajacion, el libertinaje, el adulterio, el incesto, etc., sino á ponerlas en ciertos casos en la clase de las obligaciones <sup>6</sup>. Si los Romanos, los Griegos, y otros pueblos prohibieron la plu-

<sup>1</sup> Así, tenemos que la conciencia no juzga, y sin embargo ella es un juez infalible.

<sup>2</sup> *Emile*, t. III, p. 111. — <sup>3</sup> *Ibid.* p. 100. — <sup>4</sup> *Ibid.* p. 75.

<sup>5</sup> *Emile*, t. III, p. 11.

<sup>6</sup> *Bolingbrocke's Works*, vol. V, p. 163, 172, 176.

ralidad de las mujeres, y estimularon á la monogamia, es, dice en su lenguaje cínico, « porque contrayendo tan les matrimonios, nada, á no ser la falta de ocasion, im- pedia á los maridos, y lo mismo á las mujeres, satis- facer libremente sus apetitos, á pesar de los vínculos sagrados que los unian, y el derecho reciproco de pro- piedad que la ley concedia á cada uno sobre la persona del otro <sup>1</sup>. »

Rousseau, aunque tan grande preconizador de la virtud, no es tampoco mas rígido en esta parte que Bolingbrocke. Confiesa, es verdad, que la continencia es un deber, una obligacion moral ; pero añade, que los deberes morales tienen sus modificaciones, y excepciones <sup>2</sup>; y no las deja de hallar para el deber y obligacion de la continencia, fundado en que la debilidad humana hace algunas veces el delito inevitable. Así es que basta ser flaco ó frágil, para tener el derecho de faltar á ella <sup>3</sup>; y así, no obligando los deberes sino en proporcion de la facilidad que se tiene de cumplirlos, habrá tantas morales diferentes como individuos y personas, y todo le será lícito al malvado envejecido y consumado, para quien el crimen ha venido á ser una necesidad casi invencible. Al estampar esto mi rostro se llena de rubor, los colores encienden mis mejillas, bajo los ojos, y me avergonzaria de ser hombre, si no me acordase que soy cristiano.

No temo ya decirlo ; el deísmo, que se nos representa como la Religion de la naturaleza, y la única Religion esencial al hombre, es la destruccion de toda doctrina, de todo culto, de toda moral ; y diga lo que quiera La Harpe <sup>4</sup>,

<sup>1</sup> *Bolingbrocke's* p. 167. — <sup>2</sup> *Emile*, t. III, p. 280.

<sup>3</sup> Es decir, de pecar : moral bien pura, propia de Rousseau, abandonado al adulterio, y vicios semejantes ; y siendo, como acaba antes de decir, inevitable, seria tambien inevitable el pecar : ¿ cómo se ve aquí el lenguaje de Calvino, así como se dan la mano las costumbres ! Véase la página 124.

<sup>4</sup> ¿ Qué decoroso es este entonces para La Harpe ! Él nos denota que fué, es verdad, pero que dejó de ser filósofo impio : designa al hombre de talentos y de conocimientos sublimes, cuyos extravíos lloró un dia la Religion ; pero que supo tambien dócil y sumiso venir á enjugar sus lágrimas. Como por desgracia al principiar su carrera en las bellas letras la filosofia del siglo habia empuñado el ce-

entonces filósofo, Condorcet tenia razon para negar que

tro de la opinion, y dominaba imperiosamente, el gozar de su favor, y sus necesidades obligaron á La Harpe á rendirle sus homenajes: trabó amistad con todos los corifeos de la impiedad, y Voltaire le llamaba su hijo querido. Dióse á conocer desde luego por las tragedias del *Warwick* y el *Filoctetes*, que son las mejores de las suyas, y el partido filosófico aplaudió tambien su *Melania*, aunque indecente, por lo mismo que lo era, y que en su arrepentimiento tuvo cuidado de recoger. Los *Elogios de Henrique IV*, *Racine* y *Fenelon* le abrieron las puertas de la academia, en la que fué recibido el 1776. Poco tiempo despues publicó la *Luisiada* de Camoens, con notas y la vida de este: compendió hácia el 1779 la *Historia de los Viajes*, que es la obra traducida entre nosotros con el titulo de *El Viajero Universal*. Empleóse por el espacio de cuarenta años en enriquecer los Diarios con varios artículos literarios, y en este estado le halló la revolucion francesa: acalorado filósofo, abrazó sus principios con entusiasmo, aplaudió en sus escritos las nuevas reformas, y cuando la revolucion tomó el carácter espantoso que la distingue, se le vió con el gorro de la libertad incensar á su ídolo, y cantar himnos á la patria. No obstante, no pudo escapar á la persecucion, y el 1794 fué arrojado en las prisiones de Luxembourg. Allí, Dios, este padre amoroso, á quien habia insultado, habló á su corazon, y abriéndole sus brazos recibió su arrepentimiento: la lectura casual de aquellas hermosas palabras de la imitacion de Jesucristo ó del Kempis. *Héme aquí, hijo mio, yo vengo á tí, porque me llamaste; quia invocasti me*: venció su espíritu, obró su conversion, y desde entonces fué otro hombre: tradujo en la prision los *Salmos*, á cuya frente puso un excelente *Discurso* sobre el espíritu de los Libros Santos: alentado de su fe no temió dar á su conversion la publicidad que exigen los escándalos que habia causado; y arrojando á un tiempo los sarcasmos de los revolucionarios y de los filósofos, se le vió en sus lecciones públicas hacer una clara y honrosa retractacion de todos sus errores. Entonces publicó su *Curso de literatura antigua y moderna*, que habia empezado el 1786, el que le mereció, y con razon el titulo de *Quintiliano francés*. Unióse por el mismo tiempo con MM. de Fontanes y de Vauxcelles para redactar el *Memorial*, periódico en donde atacó sin descanso la dominacion del Directorio, y procuró atraer á las buenas costumbres y sanas doctrinas al pueblo, á quien las malas lecturas habian arrastrado á tantos desórdenes y excesos. Su franqueza, y sobre todo el eserito que dió á luz bajo el titulo de *El Fanatismo de la lengua revolucionaria*, lleno de una energía incomparable, le hizo comprender entre los proscritos del 18 *Fructidor*, y se vió obligado, á ocultarse en las cercanias de París. Sus escritos y discursos

hubiese una religion puramente natural<sup>1</sup>; á menos que no se entienda por Religion cuatro frases bien dichas, ó que las dudas son una Religion, y que sea Religion tambien el *ateismo disimulado*.

Ahora pues, un sistema en que todo entra, todo se admite, hasta el ateismo, ¿qué otra base puede tener sino una indiferencia la mas absoluta por la verdad? Tal es la esencia del deísmo, así como la exclusion de toda revelacion es su carácter distintivo. Le refutaremos pues, probando la necesidad, y la existencia de una Religion revelada.

Pero antes de concluir esta materia, permítaseme añadir á las consideraciones que se acaban de leer una última observacion. ¿Quién lo creeria? ¿Quién se podria imaginar que el deísmo fundado única y puramente en el raciocinio habia de conducir á la razon á negarse á sí misma! Sin duda que la filosofía orgullosa en su misma

contra el partido filosófico, le atrajeron una orden de Bonaparte que le desterraba veinte y cinco leguas de la capital; pero al fin obtuvo permanecer en Corbeil, y despues debilitándose su salud se le permitió volver á París. Desde este momento se vieron en él los efectos de una resignacion cristiana: ocupado únicamente en ejercicios de piedad, trató solo de prepararse para parecer delante del tribunal de Dios, y en estos santos sentimientos murió el 11 de febrero de 1803, á los sesenta y cuatro años de su edad. Además de las obras indicadas, y de otras de que no hemos hecho mencion, dejó varias inéditas, entre las cuales se hallan unos *Fragmentos de la apologia de la Religion*, en la que además de la pureza y elegancia que son comunes á todas las suyas, se nota una uncion y una elevacion admirables hebidas en sus sentimientos religiosos y en la santa Escritura, que fué el objeto de sus meditaciones en los últimos años de su vida. ¿Qué gozo debió haber entre los ángeles de Dios sobre este pecador convertido á penitencia!

<sup>1</sup> Véase su vida de Voltaire. En su *Plan de Educacion presentado á la Asamblea legislativa el 21 y 22 de Abril de 1791*, observando Condorcet que los filósofos ateístas no están mas acordes que los teólogos sobre la idea de Dios, y sus relaciones morales con los hombres, concluye que « la proscriccion debe extenderse hasta lo » que llaman Religion natural. » Conocia la imposibilidad de pararse ó detenerse en este medio vago, y para asegurar el triunfo de la filosofía sobre el Cristianismo, no veia otro medio que *proscribir tambien á Dios*.

bajeza, no ha sabido comprender en que consiste la verdadera grandeza de esta noble facultad, á la cual unas veces la hace inferior al instinto del bruto, y otras superior al mismo Dios. Hemos visto á Rousseau caer alternativamente en estos dos excesos, casi envidiar la suerte de las bestias, de *las cuales no juzgaba distinguirse sino por el triste privilegio de extraviarse y perderse de error en error, con el auxilio de un entendimiento sin regla, y de una razon sin principio*; y querer que esta misma razon sin apoyo alguno, ni mas guia, ni mas enseñanza extrínseca, sea el árbitro exclusivo de la fe, decidiendo por sí sola de los mas elevados dogmas. ¿Y qué otra cosa es tomar á nuestro entendimiento por única regla de creencia, repeler desdeñosamente las verdades que él no haya descubierto inmediatamente, negar á Dios el derecho de revelarnos por otro medio algunos de los arcanos de su Ser; ¿qué otra cosa es, repito, sino encadenar su sabiduría y omnipotencia, someterle á las leyes que se nos antoje dictarle; y sujetar la razon eterna á nuestra débil razon? ¡Delirio extraño! ¿Quién somos nosotros para prescribir altaneramente á Dios un modo de obrar, del cual no pueda ni tenga accion, ni libertad de separarse? ¿quién somos nosotros para osar, y atrevernos á decirle: hé ahí el medio único que te permitimos emplear para ilustrarnos? ¿Mas si este medio es insuficiente; si como conviene el mismo filósofo, nuestra razon *sin principio* no es buena sino *para extraviarnos de unos errores en otros*, ¿será necesario de toda necesidad, ó perdernos y extraviarnos escuchándola, ó imponerle el silencio, y consumirnos eternamente en una ignorancia irremediable, y en las espesas tinieblas de una voluntaria imbecilidad? Tal es, en conclusion, la única eleccion que dejais al hombre; y la verdad para él no es mas que un enigma insoluble, una quimera, una ilusion.

¿Y quién lo duda, responde Rousseau? ¿he dicho yo por ventura que el hombre hubiese nacido, ni fuese formado para conocer la verdad? ¿qué él puede descubrirla, ni que debe buscarla? No, en manere alguna; comprended mas bien mi doctrina, y acordaos que á mis ojos *el hombre*

*que piensa es un animal depravado*<sup>1</sup> El uso mejor de la razon es aprender á no hacer uso alguno de ella: ella misma nos advierte que sofoquemos su voz engañosa, y aniquilemos, en cuanto esté de nuestra parte, la facultad que concibe y juzga, y extingamos con el mas escrupuloso cuidado todas las luces del entendimiento, « Su-  
» puesto que cuanto mas saben los hombres, mas se en-  
» gañan, el único medio de evitar el error es la ignorancia.  
» No juzgueis, y nunca os engañaeris. Esta es la leccion  
» que da la naturaleza igualmente que la razon<sup>2</sup>. »

¿Y era necesario raciocinar tanto, y tanto discurrir para venir por ultimo á darnos este consejo? Comparad ahora métodos con métodos, doctrinas con doctrinas. El Christianismo promulgando con autoridad, y sin vacilar un punto las verdades necesarias al hombre, no exige de él que las conciba plenamente, porque el hombre nada concibe de este modo; pero quiere que los motivos de su fe sean evidentes á la razon, *rationabile obsequium vestrum*<sup>3</sup>. La fisofofia temblando propone dudas, á estas opone al momento otras, y desesperanzada de poder conocer lo cierto, para evitar el error que la amenaza y estrecha por todas partes, renuncia á la verdad, y proclama solemnemente este axioma, que encierra en compendio toda la sabiduría humana: *La leccion de la razon* es destruirse á sí misma; y no pensar, no juzgar, ignorarlo todo, la perfeccion del ser racional.

La pluma se me cae de las manos ¿Qué he de decir á unos hombres que han llegado á este extremo? El escepticismo absoluto es una doctrina sensata en comparacion de estos delirios. ¡Cómo! ¿Dios nos ha dado el conocimiento para que nos sirva de lazo; y el pensar es errar casi infaliblemente? En fin, hé aquí lo que la fisofofia promete á los que se empeñan en seguirla; el error, y nada mas que el error. Hemos visto, y pienso que con bastante claridad, que en este punto se la puede creer. El Christianismo por el contrario, promete con no menos seguridad y certidumbre la verdad. ¿Habrà acaso

<sup>1</sup> *Discours sur l'origine et les fondemens de l'inégalité parmi les hommes.*

<sup>2</sup> *Émile*, t. 2, p. 156. — <sup>3</sup> *Épist. ad Rom.* xii, 1.

tanto riesgo en escucharle? Si por un imposible nos engañase ¿que habremos perdido? Algunas de esas horas, cuyo peso frecuentemente nos fatiga, ¿Y no nos quedaria siempre sobrado tiempo que consagrar al cuidado sublime de extinguir en nosotros las luces de la razon, y y elevarnos á la ignorancia, á la sabia estupidez de los brutos?

## CAPITULO VI.

Consideraciones sobre el tercer sistema de indiferencia, ó sobre la doctrina de los que admiten una religion revelada, pero de tal manera, que quede libertad para desechar las verdades que enseña, á excepcion de algunos artículos fundamentales.

Algunos filósofos formados en la escuela del protestantismo y criados con su doctrina, á fuerza de meditar, ahondar y profundizar en un solo error, se vieron conducidos á negar todas las verdades religiosas, morales y políticas. Precisados por un encadenamiento de consecuencias inevitables á desechar una primera causa inteligente, explicaron el orden por el acaso, el universo por el caos, la sociedad por la anarquía, los deberes y obligaciones por la fuerza, el pensamiento mismo por la extensión animada de un movimiento ciego. Sin embargo, dos hechos los embarazaban. En todas partes, y en todos tiempos veían que el hombre tenia idea de Dios, y le ha dado culto público; que en todas partes y en todos tiempos ha reconocido distinción esencial entre lo bueno y lo malo, lo justo é injusto; y á pesar de los diversos engaños y equivocaciones que suele haber en la estimación y aprecio de las acciones libres, consideradas como punibles ó virtuosas, jamás pueblo alguno ha confundido las nociones opuestas del vicio y de la virtud. Estas nociones inmutables, junto con los sentimientos y obligaciones que se derivan de ellas, son la base de toda sociedad, así como la existencia de un Ser Eterno, remunerador

y justiciero es el único fundamento de estas nociones. ¿Qué hicieron pues nuestros filósofos para conciliar su sistema con la conciencia del género humano? Convinieron en la necesidad de la Religion, y de esta misma necesidad concluyeron que la Religion no era mas que una institucion política; dijeron: para que los hombres renuncien á su independencia natural, y acepten el yugo de las leyes, es necesario hacerles creer hay sobre ellos un poder infinito que les impone este yugo pesado, y que algun dia reparará con una rigurosa equidad las injusticias de los poderosos del mundo, y aun las sinrazones de la fortuna: sin esta creencia, no puede haber sociedad; los legisladores lo advirtieron, é inventaron á Dios. Aun mas: no hay, ni puede haber sociedad sin deberes mutuos y obligaciones reciprocas, de las cuales resulte una concurrencia general de voluntades al mantenimiento y conservacion del orden, y el sacrificio de los intereses particulares al interés comun de todos: advirtieronlo tambien los legisladores, é inventaron la moral. Tal es la doctrina de los indiferentistas ateos.

Los deistas, convencidos de los absurdos que ella encierra, y de las funestas consecuencias á que arrastra, armados con argumentos irresistibles, demuestran hasta la evidencia su extravagancia y peligro. Enhorabuena, dicen á sus adversarios, deséchense todas las Religiones positivas; por ahora os lo concedemos, porque aun cuando alguna de ellas fuera verdadera, nosotros no tendríamos medios para discernirla. Pero negar la existencia de Dios, una vida futura, la diferencia esencial de lo bueno y lo malo, es cegarse voluntariamente, es autorizar todos los delitos, es trastornar la sociedad por sus cimientos. Escuchad la voz interior, y ella os dira que hay una Religion verdadera, necesaria; Religion que descansa y se apoya en sola la razon, y que nosotros llamamos *natural* porque la naturaleza la enseña á todos los hombres, cuyo juicio no ha pervertido la pasion. Así hablan los deistas; pero cuando se llega á examinar de cerca su sistema, no se encuentra en él mas que inconsecuencia y contradicción. La naturaleza tiene para cada uno de ellos distinto lenguaje: no se pueden convenir ni en símbolo, ni en culto alguno. Precisados á concedérselo to-

tanto riesgo en escucharle? Si por un imposible nos engañase ¿que habremos perdido? Algunas de esas horas, cuyo peso frecuentemente nos fatiga, ¿Y no nos quedaria siempre sobrado tiempo que consagrar al cuidado sublime de extinguir en nosotros las luces de la razon, y y elevarnos á la ignorancia, á la sabia estupidez de los brutos?

## CAPITULO VI.

Consideraciones sobre el tercer sistema de indiferencia, ó sobre la doctrina de los que admiten una religion revelada, pero de tal manera, que quede libertad para desechar las verdades que enseña, á excepcion de algunos artículos fundamentales.

Algunos filósofos formados en la escuela del protestantismo y criados con su doctrina, á fuerza de meditar, ahondar y profundizar en un solo error, se vieron conducidos á negar todas las verdades religiosas, morales y políticas. Precisados por un encadenamiento de consecuencias inevitables á desechar una primera causa inteligente, explicaron el orden por el acaso, el universo por el caos, la sociedad por la anarquía, los deberes y obligaciones por la fuerza, el pensamiento mismo por la extensión animada de un movimiento ciego. Sin embargo, dos hechos los embarazaban. En todas partes, y en todos tiempos veían que el hombre tenia idea de Dios, y le ha dado culto público; que en todas partes y en todos tiempos ha reconocido distinción esencial entre lo bueno y lo malo, lo justo é injusto; y á pesar de los diversos engaños y equivocaciones que suele haber en la estimación y aprecio de las acciones libres, consideradas como punibles ó virtuosas, jamás pueblo alguno ha confundido las nociones opuestas del vicio y de la virtud. Estas nociones inmutables, junto con los sentimientos y obligaciones que se derivan de ellas, son la base de toda sociedad, así como la existencia de un Ser Eterno, remunerador

y justiciero es el único fundamento de estas nociones. ¿Qué hicieron pues nuestros filósofos para conciliar su sistema con la conciencia del género humano? Convinieron en la necesidad de la Religion, y de esta misma necesidad concluyeron que la Religion no era mas que una institucion política; dijeron: para que los hombres renuncien á su independencia natural, y acepten el yugo de las leyes, es necesario hacerles creer hay sobre ellos un poder infinito que les impone este yugo pesado, y que algun dia reparará con una rigurosa equidad las injusticias de los poderosos del mundo, y aun las sinrazones de la fortuna: sin esta creencia, no puede haber sociedad; los legisladores lo advirtieron, é inventaron á Dios. Aun mas: no hay, ni puede haber sociedad sin deberes mutuos y obligaciones reciprocas, de las cuales resulte una concurrencia general de voluntades al mantenimiento y conservacion del orden, y el sacrificio de los intereses particulares al interés comun de todos: advirtiéronlo tambien los legisladores, é inventaron la moral. Tal es la doctrina de los indiferentistas ateos.

Los deistas, convencidos de los absurdos que ella encierra, y de las funestas consecuencias á que arrastra, armados con argumentos irresistibles, demuestran hasta la evidencia su extravagancia y peligro. Enhorabuena, dicen á sus adversarios, deséchense todas las Religiones positivas; por ahora os lo concedemos, porque aun cuando alguna de ellas fuera verdadera, nosotros no tendríamos medios para discernirla. Pero negar la existencia de Dios, una vida futura, la diferencia esencial de lo bueno y lo malo, es cegarse voluntariamente, es autorizar todos los delitos, es trastornar la sociedad por sus cimientos. Escuchad la voz interior, y ella os dira que hay una Religion verdadera, necesaria; Religion que descansa y se apoya en sola la razon, y que nosotros llamamos *natural* porque la naturaleza la enseña á todos los hombres, cuyo juicio no ha pervertido la pasion. Así hablan los deistas; pero cuando se llega á examinar de cerca su sistema, no se encuentra en él mas que inconsecuencia y contradicción. La naturaleza tiene para cada uno de ellos distinto lenguaje: no se pueden convenir ni en símbolo, ni en culto alguno. Precisados á concedérselo to-

do á la razon, y á negárselo igualmente todo, no atinan con los dogmas, la moral se desvanece á sus ojos, y de cualquiera modo que se expresen ú obren, se ven impelidos hasta la tolerancia del ateísmo, ó la indiferencia absoluta.

Aquí se presenta una nueva clase de indiferentistas, que probando sin mucho trabajo la insuficiencia, ó mas bien la nulidad de la Religion natural, establecen invenciblemente la necesidad de una revelacion, y la verdad del Cristianismo. Pero partiendo sustancialmente del mismo principio que los deistas, á saber, de la soberanía de la razon humana en materia de fe, someten la revelacion misma á la razon, y sostienen que con tal que se crean ciertos dogmas revelados, se pueden desechar los demás sin dejar por eso de ser cristiano, ni quedar excluido de la salvacion.

Contra estos, pues, que son de los que nos falta que hablar, haré ver, que reduciendo en esta forma el Cristianismo á algunos artículos fundamentales, los que jamás se han podido determinar ni definir, el hombre inmediatamente es conducido al deísmo, y á la tolerancia de todos los errores sin excepcion alguna; y como este sistema ha venido á ser la base de la Teología protestante, manifestaré que la *Reforma* forzosamente ha sido conducida á este término en virtud de sus mismos principios, de donde por último se concluirá que, segun la prediccion de Bossuet<sup>1</sup>, ella debia venir á parar necesariamente en la indiferencia absoluta de Religion.

Es demasiado importante probar la íntima conexion del protestantismo con la filosofía moderna para que temamos poder desagradar á los lectores, haciendo un análisis circunstanciado de las controversias que hacen palpable esta verdad.

En la época en que Lutero comenzó á dogmatizar, hacia ya quince siglos que existia una Iglesia ó sociedad religiosa, gobernada por un cuerpo de pastores subordinados, bajo la autoridad de un jefe ó cabeza suprema, los cuales, conforme á las palabras de Jesucristo, siempre se habian creído, y los miembros de esta sociedad los habian creído igualmente revestidos del poder de juzgar

<sup>1</sup> Véase la sexta Advertencia á los Protestantes, parte 3, núm. 3.

soberanamente; ó para expresar la misma idea con palabras mas conocidas, de poder decidir infaliblemente las cuestiones relativas á la fe y á las costumbres; no creando nuevos dogmas, porque esto seria crear verdades, lo que es imposible; ni citando tampoco al tribunal de la razon los dogmas antiguos para examinarlos en sí mismos, porque esto habria sido someter la revelacion ó la razon divina á la razon humana; sino por via de testimonio, contestando ó testificando la tradicion ó la fe universal por la tradicion ó fe de cada iglesia particular. — La doctrina que anunciais, se les decia á los novadores, es inaudita; ayer aun no se habia oido hablar de ella; luego no es la verdadera doctrina: la verdad no es de hoy ni de ayer, es de todos los tiempos; existia en el principio, y existirá hasta el fin: al contrario el error lleva consigo el sello de la novedad, y esta es su carácter mas seguro. Ahora bien, ó no nos enseñais lo que enseñó Jesucristo, y en este caso ni aun oiros se debe, ó vuestras doctrinas son conformes á las suyas, y entonces debéis mostrar que son conformes con las de la Iglesia; porque la Iglesia *docente*, con la cual ha prometido Jesucristo *estar todos los dias hasta la consumacion de los siglos*<sup>1</sup>, no ha podido ni un *solo dia* enseñar otra doctrina que la recibida de su maestro Jesucristo. Insistiendo en este principio inalterable é indestructible, sin argumentar<sup>2</sup>, sin discutir arriesgadamente lo sustancial ó el fondo de los dogmas, sin perderse en interminables disputas con los heresiarcas, los concilios pronunciaban la sentencia irrevocable, y la Iglesia entera anatematizaba á Arrio, Nestorio, Euliques, y á todos los insensatos que

<sup>1</sup> *Euntes ergo docete omnes gentes... et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi*, Matth. xxviii, 20.

<sup>2</sup> No quiere decir que no se examinase, ni discutiese absolutamente en los concilios, no; en el mismo de Jerusalem *facta est conquisitio magna*, ni como dice bien Melchior Cano, *oscitantibus et dormientibus Spiritus Sanctus assistit*, allí se discutia, se examinaba, se inquiria para ver cual era la tradicion de los mayores, y averiguada esta, entonces se proponia á creer sin argumentacion alguna.

se atrevían á sustituir los delirios de su propio espíritu á la antigua creencia.

Antes de la Reforma ningun sectario atacó directamente la autoridad de la Iglesia, ninguno la disputó el derecho de juzgar de la fe, ni puso en duda la infalibilidad de sus decisiones. Introdujeron, sí, varios incidentes ó cuestiones sobre la forma de los juicios; negaron que los concilios que los condenaban fuesen legítimos y verdaderos concilios, que se hubiesen observado con ellos las reglas indispensables; pero á ninguno de ellos se le oyó jamás pronunciar, ni aun murmurando, la palabra fatal de independencia, ni pretendió no tener otro juez que su razón; tan vivo era aun y tan eficaz el terror que inspiraban aquellas fulminantes palabras: « Si él no oye » á la Iglesia, miradle como un publicano ó un gentil<sup>1</sup>. »

El mismo Lutero en un principio protestaba con sinceridad, al menos aparente, su sumisión al juicio de la Iglesia: pedía con instancia y solicitud la convocación de un concilio, y este hombre exaltado, cuya alma no parecía sino un conjunto de pasiones violentas alimentadas por un orgullo sin límites, al pronto se mostró resuelto á humillar su orgullosa frente á la autoridad de los primores pastores, y de su cabeza el Romano Pontífice<sup>2</sup>. La práctica constante de todos los siglos, fundada

<sup>1</sup> *Si autem Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* Matth. XVIII, 17.

<sup>2</sup> « No soy tan temerario, decía, que prefiera mi opinion particular á la de todos los demás (*Protest. Lut.* título 1, fol. 195). » En sus escritos contra el Dominicano Prierias repite « que esperaba con profundo respeto el juicio de la Iglesia » declarando aun mas, « que si no se atenia á su determinacion, consentia en que se le » *tratase como hereje* (*Contra Prierias*, tit. 1, fol. 117). » El 1518 escribia tambien en estos terminos á Leon X. « *Dad la vida, ó la muerte, llamad ó repeted, aprobad ó reprobad como os parezca, que yo escucharé vuestra voz como la del mismo Jesucristo.* » Y porque no se crea que habla sin fundamento, da en otra parte la razon. « Doy gracias á Jesucristo porque con un gran milagro conserva en la tierra á esta única Iglesia, la única que puede mostrar que nuestra fe es verdadera; de suerte que ella jamás se ha apartado de la verdadera fe con decreto alguno suyo » (*Disp. lips.* tit. 1, fol. 251). » Parece que no se puede llevar á mas la deferencia.

en los textos formales de la Escritura, que aun no se habia atrevido á tergiversar, no le permitía concebir la idea de que se pudiese destruir esta poderosa barrera que Jesucristo habia opuesto á las innovaciones. Pero luego que en Roma fueron proscriptos sus errores, y el rápido acrecentamiento de su partido llevó su audacia hasta lo sumo, entonces no tomando consejo sino con sus sombríos resentimientos, mudó repentinamente de lenguaje, y no guardando moderacion alguna, enfurecido, lanzó anatema contra anatema, y enarboló el estandarte de la rebelion.

Entonces se abrió en Europa como un vasto curso de Religion experimental, porque en el espacio de tres siglos no ha quedado una sola doctrina religiosa de que no se haya hecho la aplicacion á alguna sociedad. Con todo, en el primer momento la antigua creencia estaba aun muy arraigada en el corazon de los pueblos, y aun en el espíritu mismo de los Jefes de la Reforma<sup>1</sup>, para que el sistema de los errores que se esforzaban á sustituirle, se desplegara sin obstáculos en toda su extension. Algunos hombres de penetracion y de un carácter incapaz de retroceder por temor de consecuencia alguna, divisaron de una sola mirada su último término, y avanzaron á él, y le arrostraron. Mas el pueblo, caminando con disimulo y con lentitud sobre sus huellas, descubriendo á lo léjos el término fatal que ellos le señalaban, y acercándose á

<sup>1</sup> Nos contentaremos con citar aquí á Melanethon, que es uno de los que mas brillan á la frente de sus literatos. Este, en una carta confidencial, se expresa en estos terminos: « No hay que discutir nada sobre la superioridad del Papa y la autoridad de los obispos: el Papa, así como estos, pueden muy bien conservar esta autoridad, porque es de necesidad que la Iglesia tenga inspectores que vigilen para conservar el orden, y atender á los que son llamados al servicio de la Iglesia, para examinar la doctrina de los sacerdotes, y hacer ejecutar las sentencias eclesiásticas; y hé aqui por que si no hubiese obispos, seria necesario crearlos ó establecerlos. La monarquia del Papa contribuiria tambien mucho á conservar la union en la doctrina entre las diferentes naciones: si se entendiesen sobre los otros puntos, se estaria bien pronto de acuerdo sobre la supremacia del Papa (*Melanethon resp. ad Bel.*). » Lo mismo repite en otras cien partes, y esto mismo confirman otros de los suyos.

él con repugnancia, se miraba con indignacion turbulenta adelantada y prevenida por ellos. Las sectas primitivas estaban aun fuertemente asidas á muchas de las principales verdades del Cristianismo, y ¡cosa notable! cuantas mas de estas conservaban, tanta mas inclinacion mostraban á retener el principio de autoridad, tan necesario, que sin él nada subsiste ni en el orden político, ni en el moral, ni en el religioso. Rousseau, que le excluyó en la especulativa, cuando quiere establecer preceptos positivos, le restituye todo su vigor en la práctica, y aun abusa de él hasta destruir la razon enteramente, obligando á cada uno á seguir sin exámen la *Religion de su país*, por mas absurda que sea, y aun cuando lo sea con toda evidencia. No aniquila la autoridad, la muda y saca de su quicio, y quita de su lugar; y de hecho ella existe donde quiera que se hallan dogmas, donde hay un culto cualquiera, una ley moral, sea la que fuere. La única diferencia es haberla trasladado de la autoridad legítima á la autoridad usurpada, de la monarquía establecida á la anarquía ó despotismo. La Iglesia anglicana en su organizacion esencial no es mas que una sociedad religiosa gobernada despóticamente, pues en ella uno solo lo arrastra todo por su voluntad y sus caprichos<sup>1</sup>. La Reforma en general, por la misma ley de su existencia, es una re-

1 *Esprit des loís*, lib. 2, ch. 11. La Iglesia anglicana, como que no reconoce mas cabeza que al rey, depende en un todo de lo que este ó sus ministros quieran: así todos obran únicamente como comisionados suyos, y los rigores despóticos de Henrique VIII prueban bien lo que deben esperar cuantos se separan de la verdadera Iglesia: mas contribuciones impuso él solo á sus vasallos, que todos sus antecesores juntos: esta felicidad trajo al pueblo inglés la usurpacion de las rentas de las iglesias y monasterios que confiscó, y se atribuyó con pretexto de utilidad comun; y nunca se vió mas patentemente que los bienes de la Iglesia distraidos de su verdadero destino, son un orin que consume los del erario: declarado el rey cabeza suprema de la Iglesia, vió el mundo con asombro mezclado de compasion á una mujer (Isabel) tomar el dictado de jefe supremo de la Religion, dar autoridad para todos los negocios espirituales, y arreglarse y formar una Religion á su gusto: el fondo es la Reforma; pero modificada al gusto y capricho de sus reyes. Cuando demos la *Historia de la Reforma de Inglaterra* recientemente publicada, se verá lo que han adelantado aun en literatura.

pública; ó mas bien una anarquía religiosa<sup>1</sup>, en la cual la autoridad, sin estabilidad y sin regla, pertenece al mas hábil, ó al mas atrevido; pero el principio de autoridad, á pesar de las máximas que lo proscriben, subsiste, y subsistirá mientras se crea en ella alguna cosa<sup>2</sup>. Este no parece sino con la última verdad, y aun dudo yo que hombre alguno creyese firmemente en Dios, si el testimonio de su razon no estuviese confirmado por la autoridad del género humano<sup>3</sup>. Hé aquí porque todo sistema religioso, fundado sobre la exclusion de la autoridad, encierra en sí el ateísmo, y tarde ó temprano lo da á luz.

En un principio los teólogos de la Reforma admitian los primeros Concilios ecuménicos, y oponian sus decisiones á los nuevos arrianos y socinianos: por lo general hablaban con respeto de los antiguos padres, los

1 En efecto, como no hay cabeza á quien estén subordinados los diversos ministros, no puede dársele otro título que mas bien le corresponda.

2 La falta de una autoridad general, segun observa Burke, hace que la autoridad personal de cada pastor sea allí mucho mayor que entre los católicos. Un protestante no cree á la Iglesia; pero cree á su ministro ó predicante. Véase á Edmund Burke's *Letter to his son Orthodox*. *Journal*, vol. 4, n. 37 june 1816.

3 El consentimiento general de todas las gentes en la fe de un Dios, viene con su testimonio á confirmar lo que ya antes dictaba al hombre su razon, y como que le quita todo motivo ó pretexto de recelar. Si viese que los demás hombres no pensaban así, podría sospechar si le engañaba su razon, pues á los otros no dictaba lo que á él, y no debía sin soberbia creerse mas sabio y de mas penetracion que todos ellos; ve al contrario que todos piensan así, y gozosamente se afirma en su creencia. ¿Cree pues un Dios Criador, etc., precisamente porque los demás creen? No: el sabio cree, ó diremos mas bien, asiente á esta verdad preliminar de un Dios Criador, etc. porque sus ojos, su razon, le persuaden la necesidad de un primer ser, de una primera causa, un primer motor, un remunerador que equilibre, digámoslo así, en otra vida las diversas suertes de buenos y malos, que no reciben en esta su castigo ó galardón.... el testimonio de los hombres viene y confirma con su peso esta verdad. En una palabra: el rústico fiel cree porque Dios lo dice, y la Iglesia le propone: el filósofo cristiano cree un Dios sobrenatural, y autor de la gracia; mas como autor de la naturaleza lo conoce por demostracion física, metafísica y moral.

citaban con honor, procuraban apoyarse con su autoridad, y se la atribuían muy grande en la decision de las controversias<sup>1</sup>. En efecto, es fácil de conocer que, ó la Religion cristiana no es mas que una palabra vaná, ó se la debe hallar tal cual la estableció Jesucristo en los escritos de los santos doctores que vivieron tan inmediatos al tiempo de los Apóstoles : de otro modo seria necesario decir que la doctrina de salud, esta doctrina celestial que el Hijo de Dios vivo vino á anunciar á los hombres, no se ha principiado á entender hasta quince siglos despues de su predicacion : que Lutero ha sido el primer Cristiano ; pero cristiano aun muy niño, y en gran manera ignorante, pues que sus discípulos han modificado tan extrañamente su símbolo. El corazon se estremece, y el sentido comun tiembla de horror al ver tantos absurdos ; y sin embargo la Reforma se ha visto obligada á sostenerlos, al menos implicitamente, cuando oprimida por los testimonios de los Padres, le fué forzoso reconocer que la fe de estos ilustres defensores del Cristianismo no se diferenciaba en nada de la misma que ella contradecía é impugnaba : que habian creído y enseñado todo lo que ella censuraba y zaheria á la Iglesia católica creer y enseñar hoy ; y que ella misma no podia abrir sus obras inmortales sin leer en cada página su expresa condenacion.

No fue menor el embarazo de los novadores respecto á

<sup>1</sup> Stillingsfleet, aunque uno de los defensores de la doctrina de la inspiracion particular, confiesa que los Padres son de un grande auxilio, *were admirable helps*, para interpretar la Escritura. Stillingsfleet fué limosnero de Carlos II de Inglaterra, y encargado despues por el rey Guillelmo III para *rever la Liturgia anglicana* ; y entre sus sectarios es de mucho crédito : escribió contra Locke, y en uno de sus tratados sostiene lo mismo que los otros doctores protestantes consultados por Henrique IV de Francia, que un *protestante que deje su secta por abrazar la comunión de la Iglesia católica, puede salvarse en esta*. Vid. *Catholicon*, vol. 3, pág. 100. Vid. etiam Daillé, *De vero usu Patrum*, lib. 2, c. 6, y á Caye, Grabe, Reeves, Blakvaal. Pearson, Beveridge, Bullus, Hammond, Fell, etc., y el mismo Mosheim, *Vindic. antiq. christian. disciplinæ advers. Tolandi Nazarenum*, Sect. 1, cap. 5, v. 3 y 4. *Disc. sobre la Hist. Eccles.* Sect. 9, tom. 1, p. 238.

los Concilios. Tenian que defenderse á un mismo tiempo de los Católicos, y de una turba de teólogos de su propio partido. O reputais, les decian los Católicos, á los antiguos Concilios por infalibles, ó pensais que pudieron errar : si lo primero, su infalibilidad no puede tener otro fundamento que las promesas de Jesucristo, promesas indefinidas, y cuyo efecto no está en vuestro arbitrio limitar á un determinado tiempo, ó punto de la duracion de la Iglesia. Si ha sido infalible por el espacio de seis siglos, lo es tambien hoy, y lo será siempre ; por lo tanto, resistiendo á sus decisiones, resistis al mismo Jesucristo, porque de todas las objeciones que haceis contra los últimos Concilios, y especialmente contra el que os condena, no hay una que no se pueda aplicar con la misma verosimilitud á los Concilios que recibis. Negar la autoridad de uno, es negar la de todos ; despreciar uno, despreciarlos todos ; y así, ó subsisten todos, ó caen todos juntos. Los discípulos de Eutiques y de Dioscoro hablaban del concilio de Calcedonia como vosotros hablais del de Trento ; decian como vosotros, que sus enemigos dominaban en él, y la verdad habia sucumbido á las cabalas é intrigas. No se les escuchó, y vosotros mismos confesais la justicia de este procedimiento ; porque en efecto, ¿ qué contienda se acabaria jamás, si fuese necesario que el juicio ó sentencia, para ser firme y valedera, hubiera de tener la aprobacion de cada una de las partes interesadas ? Siendo incompatible la fe con la mas pequeña incertidumbre, no hay medio ; ó no hay un tribunal para terminar las contestaciones que sobre ella se originen, ó si lo hay es infalible. No podreis pues admitir la autoridad de un solo concilio general sin reconocerlos á todos por infalibles, y por una consecuencia inevitable sin declararos rebeldes á la Iglesia y á Dios.

Y si para evitar estas dificultades urgentisimas, negais la infalibilidad á los antiguos concilios generales, ¿ qué ventaja sacareis entonces de ellos contra los arrianos y socinianos ? ¿ Les impondreis el deber de obedecer á decisiones humanas ? ¿ no os opondrán ellos vuestros mismos principios y ejemplo ? Y en efecto : ¿ por qué razon se ha de deferir en materia de fe al juicio de quien puede errar ? ¿ no seria esto evidentemente abandonar su salva-

cion á la casualidad, y creer por puro capricho, sin certeza, y sin regla alguna?

Pero los primeros concilios, decís, aunque sujetos á errar, no erraron. Dios *permió* que conservasen en su primitiva integridad el depósito de las verdades santas. Esto es precisamente lo que negamos, os dirán los discípulos de Socino: dais por supuesto lo mismo de que se disputa. Probadnos por la razon y la Escritura los dogmas que desecharnos, y entonces será superfluo alegar la autoridad de los concilios; y si no podeis probarlo de este modo, aun es mas inútil para convencernos alegar unos concilios, que como vosotros mismos confesais, pudieron errar. ¿Qué podreis responder, continuaban los católicos, ni qué replicaríais á los sectarios que os hablasen así? Será necesario, á pesar vuestro, volver á discutir la doctrina en sí misma, prescindiendo y desentendiéndose de lo que ha creído y definido la antigüedad; y con riesgo de extraviarse en el tenebroso laberinto del raciocinio, examinar una tras otra todas las verdades del Cristianismo: porque esto es lo único que resta, quitada la autoridad; y en materia de fe toda autoridad falible es nula por derecho.

Por otra parte, los *tolerantes* y los *unitarios*, mas consecuentes en los principios de la teología protestante, se quejaban con ardor de que, por tal de obligarles á admitir dogmas repugnantes á su razon, se trastornaba el fundamento de la Reforma, y se daban armas, y aun se decidía la causa á favor de los papistas. O la antigua Iglesia, decían ellos, era infalible, ó no lo era. Si lo era todavía lo es, y no se debe buscar la verdadera fe sino en sus decisiones; nuestro deber incontestable es callar y someternos. Mas si la Iglesia de hoy no es infalible, tampoco lo ha sido nunca; y siempre, aun despues de sus decisiones, se habrá podido y debido examinar; querer por consiguiente ahora obligarnos á cautivar nuestro entendimiento á la autoridad de algunos de sus decretos, cuando por otra parte os desentendeis de obedecer á todos los demás que no son menos importantes, ni menos claros, ni menos solemnes, es una grosera ilusion. ¡Qué! ¿no habreis rompido con la Iglesia católica sino para ponerlos en su lugar? ¿no la acusásteis de tiranía sino para establecer

sobre sus ruinas otra tiranía mas irritante? Porque al fin, ella tenia en su favor por lo menos una posesion larga y tranquila, y usando del poder que vosotros pretendéis usurparla, no contradecía como vosotros sus propias máximas. Vosotros recibis algunos concilios, y desecharis otros: ¿en qué principios fundais esta eleccion? ¿Cómo sabeis que habiendo entre estos concilios algunos que han enseñado el error, los que vosotros recibis han enseñado fielmente la verdadera doctrina? ¿Qué otra certeza teneis, ni qué otro criterio mas que vuestro juicio particular, y vuestra opinion? En una palabra, lo que pretendéis es sujetarnos á vuestra autoridad particular. Pero os engaíais: despues de habernos enseñado á negar la infalibilidad de los obispos de todos los siglos, y de la Iglesia entera, no es fácil decidirnos á reconocer vuestra infalibilidad personal.

Las doctrinas, lo mismo que los rios, no retroceden hácia su origen; y así la Reforma se esforzaba inútilmente en detener la corriente que la arrastraba. Fué necesario que todos sus miembros proclamasen de comun consentimiento este gran principio: «La Escritura es la única regla de fe, independientemente de toda interpretacion particular, y con exclusion de toda autoridad visible.» «Para conocer la Religion de los protestantes, dice Chillingworth<sup>1</sup>, no debemos considerar ni la doctrina de Lutero, ni la de Calvino, ó Melancthon, ni tomar la Confesion de Augsbourg ó de Ginebra, ni el Catecismo de Heidelberg, ni los artículos de la Iglesia Anglicana, ni aun la armonía de todas las confesiones protestantes; sino aquello en que todos convienen, y

<sup>1</sup> *La Religion des protestants, une voie sûre au salut.* Chap. 6, 56. \* Chillingworth fué convencido por los misioneros jesuitas que entraron en Inglaterra en los reinados de Jacobo I y Carlos I, y obligado á confesar la necesidad de un juez infalible en materia de fe, y de resultas de estas conferencias abrazó el Catolicismo; pero el interés le sedujo despues: la cancelleria de Salisbury, y la prebenda de Brixworth en el Northampton, le hicieron abjurarle de nuevo: siempre alguna pasion vil ha sido el móvil de todos los que han abandonado la fe de la Iglesia: entonces fué cuando escribió esta obra que le sirviese de excusa; pero la verdad no varia, es una: las pasiones son las que hacen al hombre abandonarla.

» á que todos suscriben como á una regla perfecta de su fe y de sus acciones, es decir, la Biblia. Sí, la Biblia, » sola la Biblia es la Religion de los protestantes<sup>1</sup>. »

Hé aquí adonde habia llegado ya la Reforma en menos de dos siglos despues de su nacimiento. Avergonzada y cansada de errar de símbolo en símbolo, los desaprobó todos, igualmente que á sus autores. Leyendo nuestras numerosas profesiones de fe, no es como se ha de venir en conocimiento de nuestra creencia, dicen los protestantes; no: nosotros nos burlamos de Lutero, de Calvino, de Melancthon, de todas nuestras iglesias, de todas nuestras *confesiones*, y aun de la *harmonía* que se hizo de ellas: la Biblia, sola la Biblia es nuestra Religion.

Mas como la Biblia es muchas veces y en varios pasajes oscura<sup>2</sup>, y no se explica á sí misma, ¿quién la ex-

1 De aquí dimana ese frenético proselitismo de las *Sociedades Bíblicas*, especie de misiones (dice La Mennais, *Conservador*, t. 3, pág. 49, 291), encargadas de propagar la independencia de toda autoridad en la interpretacion de las santas Escrituras; misiones verdaderas de anarquía religiosa, que por sí solas bastarian para arrastrar á la anarquía política. M. Wix en una docta obra las ha combatido, haciendo ver que ellas, obrando de concierto con personas de todas sectas, caminan ciertamente á propagar un vasto sistema de indiferencia: se las creen debidos los movimientos revoltosos de la juventud alemana en estos últimos años, y los de los *radicales* de Inglaterra. Su furor propagandista es tal, que en los once años que precedieron al 1815 habian empleado mas de veinte millones en repartir un millon y trescientos mil ejemplares de la Biblia, traducida en cincuenta y cinco lenguas ó dialectos, *sin nota, explicacion, ni comentario* alguno. Despues acá la Sociedad madre de Paris, con sus treinta y seis auxiliares, lleva repartidos diez millones de Biblias protestantes (*Ami de la Religion et du Roi*). Y cuando el hombre enemigo siembra á vueltas de la buena semilla tanta zizaña, ¿no velarán los encargados del padre de familias? Desconfiemos de toda traduccion, que segun lo prescrito por la Iglesia, no lleve sus notas ó explicaciones de los PP. Véase la Enciclica del santo P. Leon XII al tiempo de su exaltacion.

2 El doctor Thies ha contado ochenta y cinco explicaciones diferentes de protestantes de la Parábola tan clara del mal administrador (*Villicum iniquitatis*), que se halla en el cap. XVI de san Lucas, y 150 del vers. 20, del cap. 3 de la Carta á los Gálatas (*Mediator*

plicará? Siendo llamados todos los hombres al conocimiento de la verdadera Religion, es necesario que todos los hombres descubran claramente en la Escritura las verdades que deben creer. Los reformados convienen en ello; porque no era posible negar tampoco una consecuencia tan manifiesta; pero no han podido convenirse sin tropezar y caer en dificultades tan intrincadas, y contradicciones tan extrañas que causan rubor, y desacreditan el entendimiento humano. Despues de haber imaginado el extravagante sistema de la *inspiración particular*, y haber sostenido que los dogmas necesarios á la salud se reconocian en los libros santos por *sentimiento*, por cierta especie de *sabor ó gusto interior, como distinguimos el frío y el calor, lo dulce y amargo*, avergonzados de esta ridicula Religion *sensitiva*, acabaron por atribuir á la razon el derecho exclusivo de interpretar las divinas Escrituras, y la declararon único juez y árbitro de la fe. No tratamos ahora de examinar á fondo esta doctrina, ni es este su lugar; nos limitaremos por el pronto á considerar sus efectos.

La Religion transformada por ella en una ciencia de puro raciocinio, tomó tantas formas cuantas eran sus cabezas: nacieron unas sectas de otras, y de estas otras, sin término ni fin. Jamás se habia visto tal fecundidad de opiniones extraordinarias, semejante profusion de símbolos opuestos, y todos, segun ellos decian, fundados en *la pura palabra de Dios*. Por otra parte no faltaban ejemplos para justificar las innovaciones. En la Reforma se conservaba como si dijéramos una tradicion de duda y de inquietud; y las variaciones personales de Lutero, y las de sus discípulos, y sobre todo sus máximas, las autorizaban todas.

No obstante, á pesar de estas máximas, el apego natural del hombre á su propio dictámen, y tal vez un resto moribundo de respeto á la fe, y de amor á la verdad,

*autem unius non est: Deus autem unus est.* ¿Cuál se habrá de seguir? Convengamos en que si no se quiere que la Escritura sea inútil, y aun pernicioso, y si ha de ser regla cierta de nuestra fe, debe absolutamente estar acompañada de un tribunal que decida de su sentido, y tenga autoridad infalible.

conducian á los protestantes anatematizados por la Iglesia Romana á anatematizarse mutuamente unos á otros. Sabido es hasta qué extremo aborrecia Lutero<sup>1</sup> la doctrina de Calvino, y el suplicio de Serveto<sup>2</sup> prueba bastante que Calvino no aborreció menos la doctrina de los unitarios. No se percibe fácilmente qué es lo que podían echarse en cara mutuamente estas dos cabezas del protestantismo en punto á dogmas abominables; porque si Lutero destruía y aniquilaba la moral negando el libre albedrío, y declarando las buenas obras *nocivas á la salvación*; Calvino no la destruía menos de raíz con el dogma inaudito de la *inadmisibilidad* de la justicia, según el cual, un hombre una vez justificado<sup>3</sup>, lo quedaba pa-

1 No se pueden leer las expresiones soeces de este contra los sacramentarios y calvinistas: unas veces los llama *hombres de dos lenguas*, otras los amenaza que se *retractará de todo lo que ha dicho contra el papa, para que queden abandonados*; los epítetos de *diablos, endiablados, diabólicos, endemoniados*, son los mas frecuentes con que los saluda. — Estas y otras semejantes palabras hicieron decir á Bayle que eran « dos sectarios que se aborrecían entre sí aun mas que al tronco de que se habían separado. » La historia de la Reforma ofrece una infinidad de semejantes ejemplos. Léase la de las *Variaciones* de Bossuet.

2 Es bien conocida la conducta de Calvino con este desgraciado: habiéndose refugiado en Ginebra donde se hallaba Calvino, su mas cruel enemigo, y que gozaba de mayor crédito, este le hizo prender, y á fuerza de instar á los jueces, *de clamar y hacer clamar que Dios pedía el suplicio de este anti-trinitario*, le hizo quemar vivo en 1553. Mas hizo aun: escribió una apología de esta conducta, probando que se debían castigar con pena de muerte los herejes: lo notable es que los ministros calvinistas de Basilea, Berna y Schaffousa, consultados antes de la condenacion, respondieron unánimemente que el acusado merecía la muerte: hasta el *dulce y pacífico* Melancthon aprobó el juicio y suplicio de Serveto, y felicitó á los magistrados de Ginebra por el castigo que habían impuesto á este *unitario*. Mas si su delito era el interpretar la Escritura según su capricho, y á su parecer ver en ella sus nuevos dogmas, ¿qué otra regla tenía Calvino de interpretarla? Y si la pena según él fué justa, justo, justísimo hubiera sido habérsela aplicado á él mismo.

3 Por consiguiente un niño que lo queda en el Bautismo ya no podrá perder la gracia, y hé ahí á todos los hijos de los cristianos impecables, aunque se abandonen á los mayores delitos.

ra siempre; y á pesar de todos cuantos delitos y crímenes pudiese cometer, permanecía plenamente seguro de su salvacion. Uno y otro llegaron tambien á un mismo fin, que era la abolicion de todas las obligaciones, enseñando que no habia otra para el cristiano que la fe, como que estaba exento de todas las leyes eclesiásticas y divinas en virtud de la *libertad* que habia adquirido en el Bautismo. El temor les hizo no eximirle tambien de las leyes civiles, aunque sus principios conducian á eso; pero los *metodistas*<sup>1</sup> como buenos lógicos, franquearon este paso, y uno de los artículos de su símbolo es no reconocer ni en el órden religioso, ni en el político, mas superior que á Jesucristo. Máxima que, en verdad no temo decirlo, no será estéril. Cuando, por una terrible permission de Dios, el infierno prepara al género humano calamidades espantosas, y el espectáculo de algunos grandes crímenes, arroja un error en el mundo, y deja al tiempo que complete y acabe la obra.

No es mi intento seguir á la Reforma en todos sus extravíos, ni recordar todas las opiniones insensatas que ha abortado; seria mas fácil contar las nubes que en un dia de tempestad pasan y oscurecen el sol. En vano se hacian esfuerzos para contener este torrente ó inundacion de Religiones y creencias nuevas; la Escritura, esa *regla tan perfecta de fe*, no decidía, no fijaba, nada determinaba, callaba, ó hablaba á cada sectario un lenguaje diferente. Con la Biblia en la mano se enseñaba el sí y el no, el pro y el contra con una confianza imperturbable. Los reformadores, viendo que todas las verdades cristianas sucesivamente unas en pos de otras se les deslizaban y perdian, quisieron, á ejemplo de los católicos, retenerlas por la fuerza de la autoridad; pero este medio, cuyo uso minaba por sus cimientos la Reforma, no tuvo otro efecto que hacer patente la desesperacion á que estaba reducida. Se burlaron de los sínodos; de sus

1 Secta que junta los principios jacobinos con la Religion. El *Metodismo*, hoy muy extendido en Inglaterra, reconoce por sus autores á Juan Wesley y á Jorge Whitefield, este muerto el 1769, y aquel el 1791.

excomuniones y de sus decretos, y cada uno continuó dogmatizando según su capricho.

El medio de conciliación no tuvo mejor éxito. Todo vino á parar en algunas reuniones aparentes, ó á tratados parciales de tolerancia, que bajo el pretexto de caridad<sup>1</sup>, acostumbraban los espíritus á mirarlo y tenerlo todo por indiferente. Por otra parte, esas negociaciones religiosas eran un escándalo inaudito en el Cristianismo: en ellas se pretendía comprar la paz por cesiones, ó concesiones mutuas de dogmas; se cedían de una y otra parte artículos de fe, á la manera que después de una desastrosa guerra, cansados los príncipes se ceden mutuamente territorios y ciudades, y en donde se estipulaban indemnizaciones impías por las verdades que se abandonaban.

En el entretanto los católicos, testigos de estas continuas variaciones que desde un principio habían previsto, requerían á los novadores para que declarasen de una vez clara y sencillamente el término en que se fijaban, y mostrasen entre tanta multitud de profesiones de fe, contradictorias unas de otras, aquel carácter de unidad que es esencial á la fe verdadera, según san Pablo: *una fides*<sup>2</sup>. La Religión de Jesucristo, les decían, se funda y apoya en la revelación; siendo pues la revelación inmutable, toda secta, cuya doctrina varía, no posee la Religión de Jesucristo. Bossuet en su Historia de las Variaciones, modelo inimitable de análisis y de elocuencia, presenta este formidable argumento con una

<sup>1</sup> Siempre ha sido la caridad el pretexto de que se han valido los sectarios para que se les deje maquinarse y pervertir: porque no se turbase la caridad con disputas indiscretas extendió el Henotico Zenon, la *Ectesis* Heraclio, el *Typo* Constante, y aun se sorprendió la piedad de Carlos V para publicar el *Interin* que trajo tanto mal. ¿Y cuanto no acriminan los enemigos de Roma al Papa Honorio esta su *conivencia* ó falsa caridad en no turbar el error de los Monotelitas? No es caridad dejar el error que cunda como cancrer, es querer perderse en él; al menos es indiscreción. Sobre la verdadera inteligencia de la caridad con los impíos, sectarios, etc., véase al Filósofo Rancio Carta XI.

<sup>2</sup> *Ep. ad Ephes.* iv, 5.

energía, una profundidad de ciencia y una fuerza de raciocinio irresistible. La Reforma aterrada no supo que responder, calló, ó mas bien confesó las innumerables y evidentes variaciones de que se le reconvenía, y aun pareció admirada de no haber variado mas<sup>1</sup>: ¡tan vivamente conoció su inestabilidad!

Después de una confesión semejante no le quedaba mas que una defensa, y era sostener que los dogmas sobre que variaba, no eran esenciales, y que se podían admitir ó desechar sin perjudicar por eso en cosa alguna al Cristianismo, ni quedar excluido de la salvación. De esta manera nació el sistema de los *artículos fundamentales*, que reduciendo á algunos puntos no definidos la fe necesaria, y tolerando como indiferentes todos los demás, consagra á un mismo tiempo la libertad de creer aun los errores mas execrables, y la libertad de negarlo todo hasta el mismo Dios.

Los protestantes se vieron tambien forzosamente conducidos á este sistema por la controversia sobre la Iglesia; controversia, cuya decisión lo terminaba todo, y que los católicos por lo mismo procuraron aclarar é ilustrar con particular cuidado. Habiendo de tratar después este importante asunto, no hablaré de él aqui sino lo muy preciso para hacer comprender como la Reforma se vió estrechada á abrazar la doctrina de los *artículos fundamentales*.

Siendo la verdadera Religión, como la verdad, esencialmente *una*, la Iglesia que profesa esta Religión, es decir, la incontestablemente verdadera, debe ser *una* igualmente: *Unus Deus, una fides, unum baptisma*<sup>2</sup>.

La Religión no es un simple pensamiento sepultado allá en el fondo del espíritu; es una creencia que se manifiesta exteriormente por obras ó acciones, ó por un culto conservador de los dogmas, de que él mismo es una viva expresión; luego la Iglesia ó congregación de los fieles que profesen la verdadera Religión, debe ser y es una sociedad *visible*. Por otra parte, ó la Religión

<sup>1</sup> Vid. Burnet, *Crit. des Variat.* pág. 7, 8. Jurieu, *Lettres* 5, 6, 7 y 8, de *l'an* 1686. Basnage, *Resp. aux Variat.* Pref.

<sup>2</sup> *Ep. ad Ephes.* iv, 5.

no es mas que un ser moral, una pura abstraccion, ó hay hombres que creen las verdades que ella enseña : ahora bien, para creerlas es necesario conocerlas; para conocerlas es necesario oirlas anunciar; porque, en efecto, *la fe*, dice el Apóstol, *viene por el oido*; ¿y cómo creerán lo que no oyeron? ¿y cómo oirán si no hay quien les enseñe<sup>1</sup>?

Luego la Iglesia necesariamente se compone de pastores que enseñen, y de un pueblo que cree todo cuanto se le enseña : un pueblo y pastores son seres visibles; luego la Iglesia es visible : y en efecto, el Evangelio así lo supone cuando compara á la Iglesia, y nos la representa como *una ciudad edificada sobre un monte*<sup>2</sup>, como un tribunal adonde los cristianos deben recurrir en sus contiendas y contestaciones, *dic Ecclesie*<sup>3</sup>. Y ¿seria posible para ser juzgados dirigirse á un tribunal invisible? Además, que Jesucristo ha prometido á los pastores, que son los *que enseñan*, estar con ellos *todos los dias*<sup>4</sup> hasta la consumacion de los siglos : luego la Iglesia ha sido, y será siempre visible.

Habiendo establecido Dios la Religion para todos los hombres, y no solamente para algunos, la Religion establecida por Dios debe subsistir y subsistirá perpetuamente segun sus promesas, *omnibus diebus* : luego, por lo que respeta al tiempo, la Iglesia es y debe ser *Católica*, ó universal, es decir, que abraza todos los siglos, todos los tiempos : aun mas, Jesucristo mandó á sus apóstoles anunciar el Evangelio *á todas las naciones*, *docete omnes gentes*<sup>5</sup>; luego por su institucion la Iglesia es católica, ó universal, tambien en cuanto á los lugares ó países.

No pudiendo pues acabarse jamás la Religion, y debiendo por otra parte ser visible la sociedad de los que la profesan, los pastores deben sucederse en ella sin interrupcion, de suerte que en todos tiempos, y en todas las épocas de su duracion, se pueda subir ó llegar

<sup>1</sup> Fides est ex auditu... quomodo credent ei quem non audierunt? quomodo autem audient sine predicante? *Ep. ad Rom.* v, 17, 14.

<sup>2</sup> *Math.* v, 14.

<sup>3</sup> *Ibid.* xviii, 17. — <sup>4</sup> *Ibid.* xxviii, 20. — <sup>5</sup> *Ibid.* 19.

por una serie no interrumpida de pastores, desde los actuales hasta los apóstoles : luego la Iglesia es *apostólica*.

Estas nociones fundadas en la razon y en los formales testimonios de la Escritura, están confirmadas por una tradicion unánime, por la autoridad de los concilios, de los Padres, de los escritores eclesiásticos de todas las edades, por las liturgias, y la historia toda de la Iglesia desde su principio; de manera que la razon, los libros santos, el consentimiento unánime de los siglos, todo concurre á presentarnos como las señales, ó *notas* distintivas de la Iglesia, los caracteres que acabamos de indicar.

Supuestos y admitidos estos principios, que no se podian tampoco negar sin trastornar de arriba abajo todo el Cristianismo, los protestantes que atacaban una Iglesia establecida hacia ya tantos siglos, debian y estaban obligados á probar dos cosas : que la Iglesia católica no tenia las *notas* ó caracteres esenciales á la verdadera Iglesia, y que éstos pertenecian exclusivamente á la Reforma.

Luego que la cuestion se redujo á estos precisos y sencillos términos, no es fácil explicar el conflicto y embarazo de los novadores, convencidos de que no les era menos imposible arrogarse con alguna verosimilitud una sola de las *notas* ó propiedades de la verdadera Iglesia, como dejar de reconocerlas en la Iglesia antigua, de la cual se habian separado.

Y en efecto, ¿qué podian responder, cuando los católicos apoyados en máximas innegables, y sobre hechos tan claros y visibles como el sol, les decian : la fe es *una*, y vosotros no habeis podido concordaros en ella, ni convenir en un símbolo comun, ni quedar satisfechos con ninguno de los símbolos particulares que sucesivamente ha adoptado cada uno de vosotros, sino que *fluctuando á la ventura como niños* abandonados á su propia flaqueza, y *dejándoos arrebatat de todo viento de doctrina*<sup>1</sup>, no habeis hecho otra cosa que ir vagando sin término ni fin, de dogma en dogma, de opinion en opinion, incapaces eternamente de fijar la inconstancia de

<sup>1</sup> *Epist. ad Ephes.* iv, 14.

vuestro espíritu, y la inestabilidad de vuestra fe; luego no formáis, ni sois aquella Iglesia santa que Jesucristo ha edificado sobre una roca inmóvil é indestructible<sup>1</sup>.

La verdadera Iglesia es *una*, y vosotros estais divididos en mil sectas diferentes, esencialmente opuestas, que tan presto se toleran como se anatematizan mutuamente: luego no sois la verdadera Iglesia.

La verdadera Iglesia ha sido siempre *visible*; decidnos pues ¿dónde estaba la vuestra antes de Lutero? Mostradnos antes de este apóstata una sociedad en que se profesase vuestra doctrina. ¿Callais? Observad que callar, cuando se trata de justificar su fe, es confesar que nada hay que responder, y condenarse á sí mismo irrevocablemente. Vedlos entonces con qué fogosa inquietud ojean los anales de la herejía, como amontonan en este cieno varios restos esparcidos de errores; y siguiendo la serie de los tiempos, pero á largas distancias unos de otros, se apresuran á recoger los despojos de algunos sectarios ya sepultados en el olvido, con el fin de formarse un vestido de gala, sin poder con todo eso llegar á cubrir su desnudez. Si encuentran en el siglo V un Vigilancio, enemigo de las santas reliquias, en el X un Berengario, que negaba la presencia real, hallan tambien que estos heresiarcas, condenados por la Iglesia entera tan luego como aparecieron, apenas tuvieron un discípulo, y que el uno de ellos abjuró públicamente su impiedad. Por otra parte, no teniendo ningun error comun, se diferenciaban tambien de los reformados en puntos de la mayor importancia. En vano pues se esfuerzan estos á inquietarlos y despertarlos en sus sepulcros, á fin de que los adopten por hijos sus sombras proscriptas. Los diez primeros siglos pasan, y al verse sin *padres*, y sin *ascendientes*, su único recurso es buscarse antepasados entre los *albigenses*, aquella colonia infame de maniqueos, que pasaron del Oriente á la Italia, y de esta á las Galias, á cuyos habitantes horrorizaron con delitos y crímenes no conocidos; entre los *valdenses*, puñado de fanáticos oscuros, imbuidos en muchas opiniones desechadas por la Reforma, y que no admitían tampoco la

<sup>1</sup> *Math.* XVI, 18.

mayor parte de la doctrina que ella recibe. Avergonzándose al fin de los mayores que se habian escogido, renuncian á una filiacion tan deshonrosa como falsa, y se reducen á sostener que siempre hubo en el seno de la Iglesia católica un cierto número de *justos* ocultos, que profesaban en secreto los principios que ellos profesan. ¿Sociedad graciosa! Pero si estos pretendidos *justos*, replicaban los católicos, estaban tan ocultos que no ha quedado vestigio alguno de ellos, ¿cómo habeis descubierto vosotros su existencia? ¿cómo conoceis tan exactamente las opiniones *secretas* de unos hombres, que no han sido jamás conocidos de persona alguna? ¿Qué invencion, qué descubrimiento este tan pasmoso! Hallarse al golpe con unos justos ignorados de todo el mundo; diremos mejor, crearlos de un rasgo de pluma para eludir un argumento que estrecha é incomoda, porque no se halla respuesta. Pero aun cuando se admitiese esa absurda suposicion, ¿qué podeis inferir en vuestro favor! Nada: con ella nada remediais, á nada respondeis: porque unos *justos ocultos* no forman una Iglesia visible, y una Iglesia visible compuesta de fieles que oyen, y de pastores que enseñan es la que nos debeis mostrar. No lo habeis hecho hasta ahora, ni lo hareis jamás; luego no sois la verdadera Iglesia.

La verdadera Iglesia es *universal*, y vosotros sois de ayer: cada una de vuestras sectas, considerada por sí sola, apenas es conocida en un rincon del mundo; porque, contad, si es posible, en Francia, Inglaterra, Alemania, la multitud de diversas doctrinas comprendidas bajo el nombre general de luteranismo, calvinismo, anglicanismo, etc.<sup>1</sup>, y cada familia os ofrecerá una diferente Religion. Aspirais tan poco á la universalidad, que aun habeis abandonado á la antigua Iglesia ese glorioso timbre de *católica* ó universal, que exclusivamente la distingue, y la hace reconocer en toda la tierra. Lo que propiamente os pertenece es el espíritu particular, ese espíritu privado, que separa y divide hasta lo infinito;

<sup>1</sup> Solo en Inglaterra se cuentan mas de doscientas sectas: propietario hay que tiene en su territorio trece religiones diferentes. V. *L'Étoile*, 15 de Nov. de 1826.

ese es vuestro carácter indeleble; luego no sois la verdadera Iglesia.

En fin, la verdadera Iglesia es *apostólica*, y vosotros léjos de poder subir hasta los apóstoles por una no interrumpida sucesion de pastores, que hayan enseñado en todos los tiempos la misma fé; por vuestra confesion misma no sucedeis á nadie, ni por el espacio de quince siglos podeis nombrar, no digo un solo pastor, pero ni un solo hombre, cualquiera que sea, que haya tenido la misma Religion que vosotros teneis: luego no sois, repito, la verdadera iglesia.

La ignorancia y la necedad son atrevidas, no se amilanan por objecion alguna; charlan, y creen que esto es responder. Pero entre los teólogos reformados habia hombres ciertamente instruidos y de mucha penetracion; y estos comprendieron bien pronto que era absoluta é indispensablemente necesario, ó renunciar á la defensa de la Reforma, ó mudar y trastornar todas las ideas que los cristianos habian tenido hasta entonces acerca de la Iglesia.

Mestrezat<sup>1</sup>, y Jacobo I<sup>2</sup> bosquejaron el nuevo siste-

1 *Traité de l'Eglise*, páginas 186 y 371. \* Juan Mestrezat, este fué un teólogo protestante, que nació en Ginebra hácia el año de 1592, y murió el 1657, despues de haber sido empleado por los de su partido en diferentes negocios: dejó varias obrillas: tuvo un sobrino (Felipe Mestrezat) que fué ministro, y enseñó la teología en Ginebra, y murió el 1690: compuso un tratado contra Socino, y otras obras de controversia.

2 Rey de Inglaterra (Véase la *Réplica del Card. du Perron*, c. 60). \* Este príncipe, hijo de una madre tan católica como Maria Stuart, señaló su advenimiento al trono con un edicto que obligaba, so pena de muerte, á salir de Inglaterra á todos los católicos, é hizo correr arroyos de sangre por los cadalsos en casi todas las ciudades de sus tres reinos: ¡tal es la moderacion y tolerancia de las sectas cuando se apoderan de la autoridad! En su tiempo se formaron los famosos partidos de los *Torys* y *Wigts*: en vez de gobernar el reino se mezclaba en la controversia, y entregado á sus favoritos, mereció de los mismos protestantes el sangriento epigrama, *Rex fuit Elisabeth, nunc est regina Jacobus*. Escribió varias obras contra Belarmino, Comentarios sobre el *Apocalipsis*, y creyó engrandecer su nombre autorizando por un edicto los bailes en dias festivos, mandando á todos los obispos anglicanos, que en su ejecu-

ma<sup>4</sup>: Claudio despues viendo la causa desesperada, trató de sostenerlo á todo trance para afirmar á sus hermanos vacilantes. Háblóles de «un cuerpo de cristianos dividido» en muchas comuniones particulares, al cual en algun sentido se puede dar el nombre de Iglesia, porque todos los cristianos, bajo ciertos respectos, están tambien en el recinto general de la vocacion del Evangelio<sup>2</sup>. Parece que la conciencia del ministro detenía á cada palabra su pluma: siempre habla como quien no se atreve á expresar, vacilando, dudando, temblando: las fórmulas de *bajo cierto respecto, en alguna manera, en cierto modo en algun sentido*, no se le caen de la pluma, como si se diese en esta parte un medio, ó como si habiendo Jesucristo establecido una sola Iglesia verdadera, cualquiera otra sociedad, *en manera alguna, y bajo cualquier respecto* pudiese ser la Iglesia establecida por Jesucristo.

Jurieu<sup>3</sup>, mas atrevidamente desatinado, pero tambien

cion pusiesen el mayor esmero, con el doble objeto de que los protestantes no se hiciesen estúpidos y sombríos, y de atraer á su creencia á los católicos: ¡medios á la verdad maravillosos para propagar el puro Evangelio! Murió el año de 1625.

1 Este ministro, célebre entre los de su secta, nació en Sauvetat, cerca de Agen, en 1619: enseñó la teología en Nimes por espacio de ocho años; y habiéndose opuesto á los que trataban de la reunion de los protestantes con los católicos, se vió obligado á salir del Languedoc; llegó á Paris, y nombrado ministro de Charenton, permaneció allí desde 1666 hasta el de 1685, en que revocado el edicto de Nantes pasó á la Holanda. Es el mas seductor de todos los protestantes; pero fué rebatido vigorosamente por Bossuet.

2 *Defense de la Reforme*, pág. 200.

3 Pedro Jurieu, sobrino de los famosos Olivet y Moulins, nació en la diócesis de Blois el 1637, y sucedió á su padre en el ministerio protestante: enseñó teología y hebreo en Sedan, de allí se retiró á Ruan, y últimamente á Rotterdam: señalóse por sus extravagancias y profecías, y sus disputas con los filósofos de su partido, y particularmente con Bayle, cuyo trato amoroso con su mujer ignoró por largo tiempo, á pesar de que en su conocimiento profético veia tantas cosas ocultas en el Apocalipsis: no perdonó en sus furioses á las potencias de la Europa, opuestas al protestantismo: hizo acuñar monedas que eternizasen su demencia y odio contra Roma: era de mucha imaginacion; pero es comun sentir que fué mas propio para predicar á frenéticos que á hombres racionales: él fué el que aclaró

mas consiguiente, tomando unas veces el tono de profeta, y otras el de sofista, controversista impetuoso, y el terror de su propio partido, en el que era temido por la aspereza de su carácter, y la violencia de sus arrebatamientos; Jurieu tomó á su cargo desenvolver manifiestamente, y publicar sin rodeos el sistema que hasta entonces no se habia propuesto sino con reserva.

Sostuvo pues y defendió que la verdadera Iglesia, léjos de formar una sociedad distinta y separada de todas las demás, por el contrario se compone de la reunion de todas las sectas cristianas, que hacen profesion de creer ciertas verdades, que él llama *fundamentales*. « Quéremos, dice, que la Iglesia Católica y universal esté esparcida por todas las sectas, y que tenga verdaderos miembros en todas aquellas sociedades que no han trastornado el fundamento de la Religion cristiana, aun cuando estén tan desunidas entre sí, que lleguen á excomulgarse mutuamente<sup>1</sup>. »

Imperiosa necesidad debía ser la que obligaba á la Reforma á precipitarse en esta doctrina: en efecto, lo era: veíase reducida á no poder ya aspirar á formar parte de la verdadera Iglesia establecida por Jesucristo, sino introduciendo consigo en ella todos los errores, y aniquilando el Cristianismo; y tomó este medio: por lo demás, no consistiendo la verdadera Religion, segun ésta extraña hipótesis, sino en un corto número de dogmas comunes á la mayor parte de las sectas, y por una consecuencia inmediata, no formando estas mas que un cuerpo, ó una sola Iglesia, todas las objeciones de los católicos se desvanecian por sí mismas.

Sosteneis, decian los reformadores, que la verdadera Iglesia es *una*, tambien nosotros; pero esta unidad resulta de la creencia de unos mismos dogmas fundamentales; *todo lo que se cree fuera de esto, como es*

en un todo el sistema de los *artículos* ó *dogmas fundamentales*, por los cuales abre la puerta de la Iglesia á todas las herejias: murió el 1713, de setenta y seis años. — Como el autor va señalando los pasos de la Reforma, nos ha parecido conveniente señalar la época de sus propagadores.

<sup>1</sup> *Le vrai système de l'Eglise*, pag. 79.

*materia de opinion y no de fe*<sup>1</sup>, no rompe la unidad.

Defendeis que la verdadera Iglesia ha sido siempre *visible*, nosotros tambien. « Es cierto que ha habido y » hay siempre en el mundo una Iglesia visible; pero es » falso que esta Iglesia sea una Congregación ó Comu- » nion determinada, distinta de todas las demás Congre- » gaciones. La Iglesia permaneció y se conservó visible » en todos los siglos en aquellas Comuniones, que á pe- » sar de su separacion y los anatemas que mutuamente » lanzaban unas contra otras, conservaron siempre las » verdades principales<sup>2</sup>. »

Sosteneis y decís que la verdadera Iglesia es *universal*, tambien nosotros lo decimos; tenemos satisfaccion en confesarlo, este carácter *le es esencial*<sup>3</sup>. ¿ Pero qué mayor ni mas completa universalidad que la que no tiene otros límites que la extension, no ya de una comunión sola, sino de todas las comuniones que en todos tiempos han conservado las verdades principales?

Sosteneis que la verdadera Iglesia es *apostólica*, nosotros tambien; porque<sup>4</sup> esta es una consecuencia evidente de su perpetua visibilidad. Pero observad que el día de hoy no os acusamos de haber desechado alguna verdad fundamental; os concedemos que sois miembros de la Iglesia, miembros enfermos sí, pero miembros vivos al fin; y por último, á falta de otra sucesion constante, en vosotros hallaremos una, cuya legitimidad verosimilmente no negareis.

No se puede menos de convenir en que estas conse-

<sup>1</sup> *La Religion des protestans, une voie sûre au salut*, chap. vi, 56.

<sup>2</sup> *Le vrai système de l'Eglise*, pag. 226.

<sup>3</sup> *Accomplissement des prophéties*, par Jurieu, pag. 82.

<sup>4</sup> « Dícen que es necesario recibir el ministerio de las manos de la Iglesia, fuera de la cual no se da el Espíritu Santo: convengo en ello; pero esta Iglesia, que da el derecho de ejercer el ministerio, no es ni la Iglesia Romana, ni la Griega, ni la Protestante, es la *Iglesia Universal*; la cual tampoco da este derecho por sí misma, sino por las diversas sociedades cristianas que viven bajo diferentes confederaciones, y las cuales tienen cada una en sí misma el poder de establecer el ministerio para la edificación de los pueblos. » *Le vrai système de l'Eglise*.

cuencias se deducían claramente del sistema de Jurieu; pero en el capítulo siguiente demostraremos que este sistema es absurdo é insostenible, y que la doctrina de los puntos fundamentales es destructiva de toda Religión y de toda razón.

En el interin consideremos el espacio inmenso que habian corrido ya los reformadores en la época que tocamos. El pensamiento se estremece al calcularlo. ¡Qué terrible y espantosa es la marcha rápida del error! Lutero ofendido de algunos abusos reales, en lugar de reconocer en ellos el efecto inevitable de las pasiones humanas, los imputa, y atribuye á la doctrina misma: ataca un punto al parecer poco importante de la fe católica: ¡ espíritu débil, no conocia el íntimo y riguroso enlace de las verdades del Christianismo <sup>1</sup>! no bien desunió un anillo de esta cadena, cuando toda ella se deshizo: un error llama á otro error: ya no son algunos dogmas aislados los que impugna; de un solo golpe derriba el fundamento de todos ellos. Le embaraza la tradición, la niega: la Iglesia proscribire sus máximas; niega la autoridad de la Iglesia, y declara que no admite mas regla de fe que la Escritura: en fin, la Escritura misma le condena; excluye osadamente de los libros santos una Epístola canónica toda entera <sup>2</sup>: y cuando se le pregunta con qué derecho ó autoridad hace esto, responde con arrogancia: *Yo, Martín Lutero, lo quiero así? yo lo mando! mi voluntad vale por toda razón* <sup>3</sup>. De este modo, Lutero no era solamente el fundador y jefe de la Reforma, era tambien su Dios, pues que su voluntad, sin otra razón alguna, prevalecia contra las revelaciones divinas consignadas en un monumento auténtico y sagrado.

1 « Lutero, dice Sartorio, autor de la *Historia de la guerra de los paisanos* (pág. 42), no conocia el camino que debia correr, y así muchas veces dió en escollos que absolutamente no habia previsto: no tenia idea alguna de esos planes concebidos con un espíritu extenso, y ejecutados despues con vigor. » El Baron d'Eckstein conviene en lo mismo. *Le Catholique*, tom. II, n. 5.

2 La Epístola de Santiago.

3 Ego Martinus Luther, sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.

Con todo eso, muchos de sus discípulos sacuden el yugo de hierro que pretendia imponerles, y oponiéndole opiniones á opiniones, orgullo á orgullo; arrostran y desprecian sus furores, dividen y menoscaban su imperio. Nuevas sectas se levantan, y al punto se dividen, y se subdividen luego al infinito <sup>4</sup>. Se enseña toda especie de doctrinas, y se niegan igualmente; la confusión del infierno no es mayor, ni mas espantoso su desórden. La Reforma entonces, perdiendo la esperanza de establecer la paz en su seno, y de sostenerse por sus propias fuerzas, llama en su socorro á la antigua Iglesia que habia repudiado: llama á los herejes de todos los siglos; llama á sus numerosos hijos; los junta al rededor de sí á pesar de su recíproco é implacable odio, de su fogoso encono, y de sus símbolos contradictorios: de este heterogéneo é incoherente agregado de errores y de verdades trata de formar una sola Religión; y de esta anarquía monstruosa de sectas que se repelen mutuamente, de estos partidos irreconciliables, una sola Iglesia... ¿O eterno oprobio y vergüenza de la razón humana! Ved ahí la verdadera Religión; sí, del mismo modo que los pensamientos inconstantes del hombre son los pensamientos inmutables de Dios: hé ahí la Iglesia; del mismo modo que el imperio dividido de Satanás es el reino de Juscristo. Mas al fin, estas ideas habian prevalecido en la Reforma: á pesar y despecho suyo cedía á la superioridad y predominio invencible de sus máximas; y ofreciendo la paz á todos los errores, tolerándolo todo, hasta la verdad misma, se avanzaba á pasos agigantados hácia la indiferencia absoluta de Religión, adonde inevitablemente conduce el sistema de los dogmas ó artículos fundamentales, como inmediatamente lo vamos á ver.

<sup>4</sup> Véase la nota pág.

## CAPÍTULO VII.

Sigue la misma materia. Exámen del sistema de los artículos ó dogmas fundamentales.

Si no hubiésemos hecho ver como la Reforma, despues de haber agotado todos los otros medios de defensa, se habia visto por su naturaleza misma obligada á refugiarse al sistema de los artículos ó dogmas fundamentales, tal vez se hubiera podido creer por alguno, que este sistema no era mas que una opinion arbitraria, y no habria sido fácil comprender los motivos que determinaron á los protestantes á abrazar una doctrina no solo absurda en sí misma, sino incompatible además con sus máximas; una doctrina en fin que no podia ser verdadera á menos que el Cristianismo no sea falso, y que inevitablemente va á terminar en la tolerancia del ateismo.

Para justificar ante todas cosas la reconvenccion de inconsecuencia que dirigimos á los reformados, recordemos, que segun ellos la Escritura es la única regla de fe. Deben pues probar que la Escritura establece claramente la distincion de artículos *fundamentales* y *no fundamentales*, y que con la misma claridad especifica lo que se debe entender por unos y por otros, cuáles son fundamentales, y cuales no. Mas esto es justamente lo que nunca han podido hacer, aunque se les instó y ha estrechado á ello repetidas veces. Nunca jamás han producido un solo texto que en su sentido natural y verdadero, favoreciese ni aun indirectamente tan extravagante doctrina. Al contrario, la Escritura está llena de testimonios que la condenan. ¿Cuándo Jesucristo envió á sus apóstoles á anunciar el Evangelio á las naciones, les dijo acaso, enseñad á los hombres á discernir cuidadosamente los dogmas fundamentales de los que no lo son; á no confundir los artículos de fe que están absolutamente obligados á creer, con los que pueden negar sin quedar excluidos de la sal-

vacion? No, Jesucristo no se explicó así, ni dijo cosa semejante. ¿Qué es lo que dice? «Id, instruid á todas las naciones: enseñándoles á guardar *todo* lo que os he mandado<sup>1</sup>;» todo sin excepcion, *omnia quæcumque*: ó como se expresa otro escritor sagrado: «Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura; el que creyere será salvo, el que no creyere se condenará<sup>2</sup>.» Luego es necesario creer, implícitamente á lo menos, todas las verdades reveladas, pues que el Evangelio, ó la palabra de Jesucristo las comprende todas: y es necesario creerlas, ó *condenarse*: lo que hizo decir á san Pablo que el hereje *se condena á sí mismo*<sup>3</sup>, porque reconoce la autoridad de los libros santos en donde está escrita su condenacion. Ahora pues, un sistema de fe, al cual se opone la Escritura, ó por lo menos que no está claramente establecido en ella, es incompatible con el principio ya sentado, *que no se debe admitir otra regla de fe que la Escritura*. Los protestantes pues no pueden adoptar el sistema de los artículos fundamentales sin renunciar á sus máximas y principios, ó contradecirse groseramente.

Añado aun mas, que este sistema no puede ser verdadero, á no ser que el Cristianismo sea falso: porque en primer lugar, Jesucristo, como acabamos de ver, ha enseñado una doctrina contraria; de donde se sigue, ó que él se ha engañado, ó nos ha engañado á nosotros, y por consiguiente que era, ó un fanático ó un impostor.

En segundo lugar, sus discípulos, fieles ejecutores de las órdenes que de él habian recibido, no permitieron jamás que se alterasen, ni se tocase en lo mas mínimo á los dogmas revelados.

San Pablo declara que la fe es *una*, así como el mismo Dios es *uno*<sup>4</sup>: y por lo mismo nada se le puede añadir, ni quitar sin destruirla; y á su consecuencia fulmina

1 Euntes ergo docete omnes gentes.... docentes eos servare omnia quæcumque mandavi vobis. *Matth.* xxviii, 19, 20.

2 Euntes in mundum universum prædicate Evangelium omni creatura. Qui crediderit et baptizatus fuerit, salvus erit: qui verò non crediderit, condemnabitur. *Marc.* xxvi, 15, 16.

3 *Epist. ad Tit.* iii, 2. — 4 *Epist. ad Ephes.* iv, 5.

anatema contra cualquiera que se atreviese á predicar otro Evangelio, ú otra fe que la anunciada por él<sup>1</sup>; manda evitar y huir del hereje; enseña que todos los novadores jactándose de una falsa ciencia, han decaído de la fe<sup>2</sup>; y comprende formalmente entre los delitos que excluyen del reino de Dios los cismas y herejías: *Sectæ*<sup>3</sup>. San Pedro las llama á todas en general *sectas de perdicion*, y mira á los que las introducen como blasfemos<sup>4</sup>. « Cualquiera que se separa, dice san Juan, y no persevera » en la doctrina de Jesucristo, no tiene Dios<sup>5</sup>. » No puede ser mas terminante: el Apóstol no encuentra diferencia alguna entre negar á Dios, y negar un solo artículo de la doctrina de Jesucristo; y en vano seria buscar distinción ni restriccion alguna en sus palabras. « Si alguno, continúa despues, viene á vosotros, y no trae esta misma doctrina..... ¿Qué pensais va á decir? ¿examinareis si las verdades que desecha son ó no fundamentales; y si no ataca el fundamento, le tolerareis, y admitireis en vuestra comunión como un miembro de la verdadera Iglesia? » Esa es la respuesta que debia dar segun los protestantes; ¿pero cuál es la del Apóstol? Vedla aquí: « No le recibais en vuestra casa, ni aun le saludeis; porque el que le saluda participa en su pecado, *operibus ejus malignis*<sup>6</sup>. » Tal es la tolerancia de los Apóstoles, y tal es su doctrina: esta doctrina seria falsa, si el sistema de los artículos ó puntos fundamentales fuese verdadero; luego este sistema y el Cristianismo, segun y como le enseñaron los Apóstoles, son incompatibles.

En tercer lugar, todos los Padres, todos los concilios y todos los cristianos, así católicos como herejes, han ignorado, hasta que apareció la Reforma, la distinción de los dogmas fundamentales y no fundamentales; y creyeron que no habia mas que una sola fe, por la cual pudiésemos ser salvos; una sola Iglesia que profesase esta fe<sup>7</sup>; excluyendo

1 *Epist. ad Galat.* 1, 8. — 2 *Epist. II ad Timoth.* 11, 17. — 3 *Epist. ad Galat.* 5, 20. — 4 *Epist. II.* 1. — 5 *Epist. II.* 5. *Joan.* 1, 9. — 6 *Ibid.* 1, 11.

7 Véase *le traité de l'Unité de l'Eglise*, por Nicole; *la quinta advert. de Bossuet á los Protestantes*; Wallembourg, *de controver. tract.* 3.

de la salvacion á todas las sectas separadas de esta union y verdadera Iglesia. Ahora bien, si un error tan trascendental ha podido reinar universalmente por el espacio de diez y seis siglos; si durante todos ellos nadie ha sabido lo que era Iglesia; si recitando el símbolo de los Apóstoles, los cristianos de todo el mundo han profesado un error absurdo, que Jurieu califica de *prodigio de crueldad y de la idea mas insensata que haya cabido jamás en entendimiento humano*<sup>1</sup>; si todos estos cristianos y todas las Iglesias particulares constantemente han arreglado su conducta sobre este error absurdo y cruel, el Cristianismo es evidentemente falso, pues que un Enviado de Dios no ha podido enseñar un error, cuyas consecuencias son tan terribles, ni hombres verdaderamente inspirados consagrarle en sus escritos, y autorizarle con su ejemplo; ó en todo caso, Dios no hubiera permitido que él hubiera prevalecido sin reclamacion por tanto tiempo, en una Iglesia que habia establecido para recibir un culto digno de su grandeza, de su santidad, de su verdad.

Dejamos á los protestantes el cuidado de examinar sobre qué fundamentos estriban para tranquilizarse en sus principios anticristianos. La Escritura no es; no lo es igualmente la autoridad de los primeros siglos, como hemos demostrado; y que no es tampoco la razon, lo vamos á manifestar considerando bajo un punto de vista mas filosófico ó mas general el sistema de los puntos, dogmas ó artículos fundamentales.

¿Qué hacen los partidarios de este sistema para demostrar contra los Deistas la necesidad de la revelacion? Valiéndose de las confesiones de los Deistas mismos, prueban que es necesaria una Religion, y que por consiguiente existe una Religion verdadera. En seguida, con los Anales de la Filosofía en la mano hacen ver que es imposible por sola razon asegurarse plenamente, ni tener certeza de dogma alguno, y que tomándola por única guía no se hace otra cosa mas que errar vagando de duda en duda, de incertidumbre en incertidumbre, y que léjos de llegar por su medio á tener una creencia fija, es preciso tolerar hasta el ateísmo, ó la negacion de todo dogma,

1 *Le vrai système de l'Eglise*, pag. 79, 92.

la exclusion de todo culto, y la destruccion de toda moral. De donde exactísimamente concluyen que si, como confiesan, es necesaria una Religion verdadera, es necesario tambien que Dios haya revelado esta verdadera Religion.

¿Y qué, Dios revelará á los hombres verdades que les son absolutamente necesarias y los hombres no estarán obligados á creerle, y serán árbitros de desechar las verdades que les revela? Entonces ¿para qué se necesita la revelacion? Mejor, y mas decoroso seria para Dios guardar un profundo silencio, y no revelar cosa alguna, si el hombre es libre para desmentirle, y reformar sus instrucciones, diciéndole: *te conocemos nosotros mejor que tú te conoces á tí mismo.* Pues tal es la libertad que consagra la tolerancia. Porque querer escudarse con el pretexto de oscuridad para tener suspensa la autoridad de la revelacion, ó de una parte de ella, no siendo otro el objeto de la dicha revelacion, que disipar las dudas del entendimiento humano acerca de las verdades que debe creer, es contradecirse visiblemente, es burlarse de los hombres, y del mismo Dios.

Me parece oigo responder á los discípulos de Jurieu: « nosotros no pretendemos que sin renunciar á la salvacion se puedan negar todos los dogmas revelados, sino precisa y únicamente los que no son fundamentales. » De aquí á poco veremos que esta distincion es enteramente ilusoria. Pero admitámosla por un momento, y tomemos el sistema cual nos le presentan, con las restricciones arbitrarias, que una especie de pudor cristiano se esfuerza á ponerle. Siempre es verdad que nuestras objeciones conservan toda su fuerza con respecto á los dogmas no fundamentales, es decir, respecto á la mayor parte de los dogmas revelados. Además, permitaseme preguntar á los indiferentistas mitigados, ¿de dónde saben que Dios ha revelado verdades no necesarias? ¿Cómo, ó por dónde, decid, ha llegado á vosotros esa noticia? Esta arbitraria y gratuita hipótesis repugna á la sabiduría de Dios, y trastorna enteramente el principio en que apoyais, y sobre que estableceis la necesidad de una revelacion. Ni es esto todo; sostengo aun mas, que es un absurdo infinitamente mayor pretender sea lícito negar solamente una parte de la revelacion, que negarla

toda entera; ó en términos mas precisos y acomodados á la materia que tratamos, que el sistema de los artículos, dogmas, ó puntos fundamentales es mas absurdo, mas irracional, é inconsecuente, mas injurioso á Dios, y mas desconsolador aun para el hombre que el deísmo.

En efecto, el deísta no admite la revelacion, porque no cree que Dios haya hablado ó revelado; el cristiano de Jurieu niega una parte de esta revelacion, á pesar de que cree que Dios la ha hecho, y dicho ó anunciado á los hombres. El primero, persuadiéndose, aunque falsamente, que el Cristianismo está fundado en una autoridad puramente humana, no lo admite sino en cuanto le considera conforme á su razon: el segundo, convencido de que el Cristianismo se apoya en la autoridad de Dios, niega la obligacion de someterse en todo y siempre á esta misma autoridad: atribuye al hombre en un gran número de casos y circunstancias el derecho de anteponer y preferir su razon á la del mismo Dios, y de desobedecer á sus leyes. En fin, el deísta conociendo la insuficiencia de la razon para establecer inmovilmente los dogmas, no hace depender la salvacion de la creencia de ninguno de ellos: Jurieu por el contrario, declara que la fe y creencia de los dogmas fundamentales es de indispensable necesidad; y como ni él, ni sus discípulos han podido jamás definir clara y sencillamente cuáles son estos dogmas fundamentales; como no hay un punto de doctrina sobre que los protestantes estén menos acordes; no hay por consiguiente uno solo entre ellos que pueda estar cierto de que cree todo lo que es necesario creer para la salvacion: incertidumbre, supuesta la fe y verdad de la revelacion, tan desoladora que no es posible figurársela mayor.

Pues hé aquí adonde irremediamente se llega cuando se quiere obligar al Cristianismo á capitular con la razon humana, con sus inconstantes caprichos, y oposiciones verdaderamente desdeñosas. Ni se sabe lo que se puede ceder, ni lo que se debe conservar. Faltan los principios para hacer una distincion, lo diré sin temor, sacrilega: porque imaginarse que Dios habla en vano, y que revela dogmas superfluos, es ultrajar su sabiduría, y acreditarse de loco á sí mismo censurando los decretos

de sus impenetrables consejos. Además, ¿quién no ve que todos los dogmas de la fe cristiana están íntimamente enlazados, y encadenados entre sí? Ahora bien, donde todo está íntimamente unido, todo es esencial. El objeto de la Religión es señalar al hombre su lugar en el orden de los seres, y mantenerle en él arreglando sus pensamientos, sus afectos, y sus acciones por las dos grandes leyes de la verdad y la justicia, cuya viva expresión son los dogmas y preceptos. Y estas leyes ¿qué pueden prescribir, ni qué puede haber en ellas que sea indiferente? ¿Por qué título será menos inviolable la verdad que la justicia? No. Ambas se hermanan en su origen; separarlas, es destruirlas: la justicia no es otra cosa que la verdad sensibilizada por las obras, según aquella profunda sentencia del Apóstol: «El que obra la verdad, viene á la luz, para que se manifieste que sus obras vienen de Dios, son hechas en Dios<sup>1</sup>.» Tan repugnante como es en Dios el pecado, es el error; no puede tolerar más el uno que el otro; y así la tolerancia del crimen es un resultado necesario de toda doctrina que consagra la tolerancia del error. En el sistema mismo que examinamos hallaremos la prueba.

En el entretanto, obsérvese la inconsecuencia de sus partidarios. Admitir la revelación, es creer las verdades reveladas por la autoridad infalible de Dios que las revela; luego siendo esta autoridad siempre la misma, sea cual sea la importancia relativa de las verdades reveladas, hay siempre la misma obligación de creerlas; y desechando una, es negar la autoridad en que todas se fundan<sup>2</sup>, es destruir la base de la revelación, y abandonarla sin defensa á los deístas.

Mas para hacer sentir mejor el enlace íntimo y conexión de la doctrina de Jurieu con el Deísmo, examinemos el sistema de los artículos fundamentales, como he-

1 Qui facit veritatem, venit ad lucem, ut manifestentur opera ejus, quia in Deo sunt facta. *Joan.* III, 21.

2 Se creen porque Dios, que no puede mentir, las ha revelado: todas las ha revelado; luego todas deben creerse: tan infalible es Dios revelando unas como otras; por consiguiente si se duda de la verdad de unas, con la misma razón se podría dudar de las demás.

mos examinado la Religión natural, bajo el triple respecto de dogmas, culto, y moral; y la identidad de principios se manifestará por la identidad de consecuencias y resultados.

Supuesto que hay dogmas que se pueden negar sin quedar por eso excluidos de la salvación, y otros que es absolutamente necesario creer para salvarse, lo primero que deben hacer los protestantes es dar una regla segura para juzgar «cuáles son unos y cuáles otros.» «cuáles» son los fundamentales y distinguirlos de los que no lo son; cuestión, añade sencillamente Jurieu, espinosísima, y muy difícil de resolver<sup>1</sup>. Y vedle ahí desde el primer paso embarazado por una dificultad terrible; porque en fin, la salvación, á lo menos para un gran número de personas, depende de la solución de esta *cuestión tan espinosa, y tan difícil de decidir*. Los artículos fundamentales se encuentran en la Escritura. — Enhorabuena; pero como en la Escritura, según vuestro testimonio, «además de las verdades fundamentales se encuentra un sin fin de ellas, así de hecho como de derecho,» cuya ignorancia no puede hacernos reos de condenación<sup>2</sup>, y en ninguna parte específica lo que es fundamental y lo que no lo es, jamás nos da reglas para hacer este discernimiento. Es necesario pues que los mismos protestantes se las formen á su arbitrio; y vedlos ya dueños y señores de su fe, pues que lo son de las reglas por las cuales ellos la determinan.

Tres propone Jurieu enteramente inadmisibles, y que la Reforma también hace mucho tiempo mira con desprecio. La primera se puede llamar regla de *sentimiento*. Según Claudio y Jurieu *se sienten* las verdades fundamentales «como se siente la luz cuando se la ve, se siente el calor cuando estamos cerca del fuego, lo dulce y amargo cuando se come<sup>3</sup>.» Otro tanto dicen los deístas: oigamos á Rousseau<sup>4</sup>. «El *sentimiento*

1 *Le vrai système de l'Eglise*, pág. 237.

2 *Jurieu, Axis, Tr.* I, art. 1, pág. 19. *Tabl. Lett.* III.

3 *Le vrai syst. de l'Eglise*, lib. 2, cap. 25, pág. 453.

4 Apenas hay error que no contenga alguna verdad, y esta es la causa por que él se introduce tan fácilmente en el espíritu del hom-

» interior es el que me debe guiar y conducir<sup>1</sup>: mi regla  
 » es entregarme al *sentimiento* mas que á la razon<sup>2</sup>: Yo  
 » diviso á Dios en todas sus obras; le *siento en mí*; le veo  
 » en todo al rededor de mí<sup>3</sup>. *Siento* mi alma, la conozco  
 » por el *sentimiento* y por el pensamiento<sup>4</sup>. » La diferen-  
 cia única es que los deistas no *sienten* mas que la Religion  
 natural, y Jurieu sentia tambien la revelada. El ateo que  
 nada de esto *siente*, es digno de compasion; pero al fin  
 segun esta regla no se le puede condenar; porque nadie  
 es dueño de darse un *sentimiento* que no tiene. En el  
 seno mismo de la Reforma, teniendo cada uno su modo  
 de *sentir*; el *arminiano*<sup>5</sup>, por ejemplo, no *sintiendo* la  
 necesidad de la gracia, ni el Sociniano la Trinidad, ni la  
 divinidad de Jesucristo; el luterano *sintiendo* la presen-  
 cia real, que el calvinista no *siente*, fué necesario aban-  
 donar luego á luego esta regla extravagante, propia solo  
 para fomentar un insensato fanatismo.

La segunda regla de Jurieu para discernir los artícu-  
 los fundamentales se toma del enlace de estos con el fun-  
 damento del Cristianismo. Mas como los protestantes no  
 se han podido convenir jamás entre sí en determinar el  
 constituto de dicho fundamento, esta regla por consi-  
 guiente viene á ser inútil; porque ¿quién puede juzgar  
 del enlace ó union de un dogma con otro dogma que no

bre: abraza lo falso por razon de lo verdadero que con él se encuen-  
 tra mezclado. En el segundo tomo de esta obra se verá que hay efec-  
 tivamente verdades de sentimiento, es decir, verdades que pasan  
 del entendimiento al corazon, donde se conservan; y todas las ver-  
 dades sociales son de esta clase. Pero no se sigue de aquí que el  
 sentimiento sea el medio que se nos ha dado para conocer con cer-  
 teza la verdad; y la consecuencia opuesta, falsamente deducida de  
 un hecho incontestable, y exagerada sobre toda ponderacion por  
 Claudio y Jurieu, y aun por Rousseau, conduce primero á un fanat-  
 ismo absurdo, y últimamente á la destruccion de toda verdad.

1 *Emile*, tom. III, pág. 129. — 2 *Ibid.* p. 42. — 3 *Ibid.* p. 63. —  
 4 *Ibid.* p. 87.

5 Los *arminianos* ó *remonstrantes* tomaron el nombre de Ja-  
 cobo Arminio, natural de Onde-Water en Holanda, donde nació el  
 1560: fué ministro en Amsterdam quince años, y despues catedrá-  
 tico en Leyden. Su secta prevalece aun en Brandemburgo, Brema y  
 Ginebra. Grocio fué de ella. Son sumamente tolerantes.

conoce? Fuera de esto, es evidente que Jurieu padece  
 una ilusion grosera, y quiere hacerla sufrir á los demás.  
 Porque en efecto, ¿qué otra cosa es el fundamento de la  
 Religion cristiana sino ciertas verdades de fe, á las que  
 es necesario dar crédito para ser cristiano? Lo mismo  
 es pues fundamento que verdades fundamentales, y por  
 consiguiente la regla de Jurieu se reduce á este grande  
 y luminoso principio. El fundamento del Cristianismo se  
 conoce por su enlace y union con el fundamento del  
 Cristianismo.

No habiendo parecido, ni aun al mismo Jurieu, de  
 mucha utilidad en la práctica esta regla, propuso otra  
 tercera concebida en estos términos: « Todo lo que los  
 » cristianos han creído unánimemente, y creen aun en  
 » todas partes, es fundamental y necesario para la sal-  
 » vacion: y yo tambien creo, añade, que esta entre to-  
 » das es la regla mas segura<sup>1</sup>. » Lo que debemos con-  
 verdad inferir es, que entonces lo mas *seguro* es no  
 creer nada, ó no creer sino lo que á cada uno se le  
 antoje; porque como no hay un solo dogma que no  
 haya sido negado por algun hereje, se sigue que no  
 hay semejantes verdades fundamentales, y que el bus-  
 carlas es perder el tiempo. Que lo mas *seguro* es pen-  
 sar que se puede uno salvar en todas las sectas, aun  
 en el mahometismo; porque si, segun Jurieu, los ma-  
 hometanos no son mas que *una secta del Cristianis-  
 mo*<sup>2</sup>, nada de cuanto niegan podrá ser fundamental;  
 y el deista Chubb tendria razon en sostener « que  
 » pasar del mahometismo al Cristianismo, ó del Cris-  
 » tianismo al mahometismo, es únicamente abando-  
 » nar una forma exterior de Religion por otra forma ex-  
 » terior<sup>3</sup>. »

Pero aun quando no nos horrorizaran tales conse-  
 cuencias, la regla de que se deducian no seria me-  
 nos inadmisibile en los principios de los protestantes.  
 Su máxima principal es no reconocer ninguna au-  
 toridad humana en materia de fe; segun ellos mis-

1 *Le vrai système de l'Eglise*, pág. 237.

2 *Ibid.* p. 148.

3 *Chubb's posthumous Works*, vol. II, p. 40.

mos<sup>1</sup> el consentimiento de todos los cristianos, de cualquiera manera que se entienda, no forma mas que una autoridad humana, y por consiguiente expuesta y sujeta á errar; luego en sus principios es insuficiente para determinar con toda certeza lo que es fundamental, y lo que no lo es, y de servir por lo tanto de base y cimiento á la fe.

Hay en todos los entendimientos una cierta rectitud natural, que aun cuando se extravian, los obliga, si puedo explicarme así, á extraviarse en regla: era por lo tanto imposible que la Reforma, permaneciendo en este estado, adoptase las reglas arbitrarias de Jurieu. Se formó pues otras diferentes, las cuales universalmente han prevalecido, porque salen del fondo mismo de su doctrina. Jurieu las vió establecer, y Bossuet le demostró que no podía desechar ninguna<sup>2</sup>.

La 1<sup>a</sup> es: *que no se debe reconocer otra autoridad que la Escritura, interpretada por la razon.* En efecto, siendo esta regla el fundamento del protestantismo, no se puede desechar sin dejar de ser protestante.

2<sup>a</sup> *Que la Escritura para obligar debe ser clara.* El sentido comun lo dicta así: porque de otro modo se creeria sin saber lo que se cree, y es un absurdo; ó á lo menos sin es-

1 Para los Católicos el consentimiento general de todos los cristianos forma una autoridad divina é infalible, y no como quiera el de los cristianos todos, sino tambien el de los pastores; unidos con su cabeza el Romano Pontífice: son hombres, es verdad; pero hombres asistidos del Espíritu Santo segun sus promesas: los cristianos con sus pastores y cabeza son la Iglesia, y la Iglesia no puede errar ni en creer, ni en enseñar: Dios se desposó con ella en la fe, segun la expresion de un Profeta: ha prometido asistirle hasta la consumacion de los siglos; y si errase, así cuando consintiese en el error, como si se lo enseñasen los pastores con su cabeza, el error se atribuiria al mismo Dios. No: el padre de la mentira, que son las puertas del infierno, no prevalecerán contra ella: Satanás podrá solicitar acribar sus hijos y pastores como el trigo; pero el Hijo del hombre rogó á su Padre para que no faltase ni desfalleciese en la fe: su testimonio por consiguiente es mas que humano. Los protestantes que han negado estas promesas, no tienen que replicar: son envueltos en sus mismos principios.

2 *Sexta Advertencia á los Protestantes*, part. 3, números 17 y siguientes.

tar cierto que la Escritura obliga á creer; es decir, se creeria sin razon, lo que es contra la primera regla.

3<sup>a</sup> *Que donde la Escritura enseña al parecer cosas ininteligibles, y que no están al alcance de la razon, es necesario darla un sentido acomodado á la misma razon, aun cuando por ello aparezca que se violenta el texto:* lo que es tambien una consecuencia, ó sea aclaracion de la primera regla. En el mismo hecho de suponer que la razon es el único intérprete de la Escritura, es necesario establecer que no puede interpretarla contra lo que le dicten sus luces, ni atribuirle un sentido que choque á su modo de entender. En una palabra, las interpretaciones de la razon deben ser evidentemente racionales; pues de lo contrario, si fuesen á un mismo tiempo *claras*, como la segunda regla prescribe, y por otra parte, segun se supone, *absurdas*, resultaria la obligacion de creer un *absurdo claro y manifesto*<sup>1</sup>.

Admitido el principio fundamental del Protestantismo es necesario admitir las reglas que deducen de él los indiferentistas. ¿Pero quién no ve tambien que entonces la autoridad de la Escritura viene á ser la autoridad de la razon sola, de modo que en sustancia todas las reglas se reducen á esta: cada uno debe creer lo que su razon le dicte claramente que es verdad? Principio idéntico con el del deista y el ateo, como ya hemos manifestado. Pero en breve volveremos á tratar este punto.

En el interin, para evitar de nuestra parte hasta la mas leve sospecha de exageracion en las consecuencias del sistema que impugnamos, añadiremos á la fuerza del raciocinio la incontestable autoridad de los hechos.

Jurieu, el mas intolerante de los hombres por carac-

1 Los deistas no tienen dificultad en reconocer la autoridad de la Escritura con la restriccion puesta en esta tercera regla: « La Biblia no puede ser una guia segura para el género humano á menos, dice Chubb, que no se la interprete de un modo conforme á las reglas de la recta razon, lo que exige que se la haga violenta alguna vez. » *Chubb's posthumous Works*, vol. II, pág. 326.

ter, y el mas tolerante de todos por sus máximas, se negó á admitir á los socinianos en el número de las sectas que han conservado el fundamento del Cristianismo; pero en el momento se le preguntó, ¿con qué derecho excluía de la salvacion á unos hombres que admitian como él la Escritura? ¿qué privilegio tenia para pretender que su razon fuese superior á la de los demás? ¿con qué motivo ni derecho, en fin, decidia él lo que no decidia la Escritura, determinando los dogmas que era necesario creer para salvarse? No era fácil, en verdad, satisfacer á estas preguntas; la Reforma lo conoció, y extendió la tolerancia á los socinianos<sup>1</sup>. Fué permitido ya negar la divinidad de Jesucristo, la Trinidad, la eternidad de las penas del infierno; en fin, cuanto se quiso.

Esto supuesto, ¿de qué servian las confesiones de fe, sino de coartar la razon y la libertad que tienen todos los hombres de interpretar la Escritura? La enseñanza, por sencilla que fuese, preocupando el espíritu de los pueblos con ciertas opiniones, se encaminaba á sustituir la autoridad de los ministros al exámen particular, absolutamente indispensable, segun las máximas de los protestantes. Movidos de estos inconvenientes los brownistas<sup>2</sup> ó independientes, desecharon todas las fórmulas, catecismos, simbolos, hasta el de los apóstoles, para atenerse únicamente, segun decian, á sola la palabra de Dios; y en verdad que de todos los reformados éstos eran los mas consecuentes.

Sin embargo el fanatismo, abusando del texto sagrado, multiplicaba las Religiones á medida de sus insensatos delirios, y la Reforma se poblaba de mil sectas extravagantes, que por absurdas y contradictorias que fuesen

1 « M. de Huisseau, ministro de Saumur, publicó habrá unos quince ó veinte años una *Reunion del Cristianismo*, sobre el pie de la tolerancia universal, sin excluir hereje alguno, ni aun á los socinianos, » Bossuet, *Adv. sexta á los Protestantes*, part. 3, n. 5. — Por confesion de Jurieu estos modos de opinar estaban generalmente extendidos entre los calvinistas de Francia, Inglaterra, y de las Provincias-Unidas.

2 Rama de *Presbiterianos*, discipulos del inglés Roberto Brown, los cuales negaban toda oracion vocal, hasta la del *Padre nuestro*.

tenian todas igual derecho á la tolerancia. Así se estableció poco á poco el *latitudinarismo*<sup>1</sup> mas excesivo, cuyos progresos eran tambien favorecidos singularmente por una disposicion de espíritu, generalmente extendida entre aquellos protestantes, cuyo carácter repugnaba los excesos del fanatismo. El calor con que algunos sectarios sostenian dogmas evidentemente impíos ó insensatos, les inspiraba un disgusto interior á toda especie de dogmas. La razon, incapaz por sí sola de soportar el peso de los misterios, abatia toda la sublimidad del Cristianismo, allanaba, digámoslo así, todas sus alturas, y á fuerza de ahondar para descubrir sus cimientos, acabó por no dejar en él piedra sobre piedra. Cercenando siempre, y siempre simplificando, la Reforma vino á ser aquella Religion llana y vulgar (*de plain pied*); que Jurieu echaba en cara á los indiferentes<sup>2</sup> querian introducir, y que en realidad, aunque bajo otro nombre, no es mas que un deísmo tímido y mal disimulado. Tal es el estado á que Hoadly y sus discípulos han reducido el Cristianismo en Inglaterra. Obligados por sus principios á tolerar hasta los mahometanos<sup>3</sup>, á los deístas<sup>4</sup>, y aun á los idólatras

1 « *O Racionalismo!* Hacia el último tercio del siglo XVII se formó en Inglaterra esta secta de los *racionalistas* ó *latitudinarios*, cuyos fundamentos echó lord Eduardo Herberto Cherbury en la obra intitulada: *Religio Gentilium*, impresa en Amsterdam el 1663. No admitian mas dogmas que los que fuesen acomodados á la razon, y perceptibles por ella. Véase la nota de la pág. 156.

2 Especie de *anabaptistas*, que no tomaban partido en materia de Religion, y las creían todas igualmente buenas.

3 Vid. *Milner's Letters to a Prebendary*.

4 El doctor Watson, que murió obispo de Saint-Asaph, no hace dificultad en salvar á los deístas de buena fe, cuya conducta moral sea buena. « Los cristianos, dice, esperamos y creemos que el Supremo Juez mirará con compasion, y atenderá á nuestros hábitos originados del estudio y de la reflexion, por las diversas circunstancias que influyen en el espíritu de los hombres con una eficacia y actividad que no podemos calcular ni comprender. El D. Watson no se equivoca en ponderarnos tanto la moderacion de la Iglesia anglicana, que hega á permitir á cada individuo *et sententire que velit, et que sentiat, dicere*. » *An apology for Christianity, in a series of letters, addressed to Edward Gibbon By R. Watson, professor of Divinity in the university of Cambridge.*

mismos<sup>1</sup>, han abierto un abismo donde todas las Religiones van á reunirse, diré mejor, van á perderse; porque ninguna Religion puede subsistir sino excluyendo todas las demás. Estas en llegándose á abrazar espiran. Así es como derribando el muro que separa al cristianismo de los cultos inventados por el hombre, se ha llegado á destruir hasta el signo ó señal distintivo del Cristiano. El Bautismo, cuya necesidad enseña tan claramente el Evangelio<sup>2</sup>, no es á los ojos de Hoadly mas que un rito vano, una ceremonia pueril; y ha sido necesario en algunos Estados protestantes que intervenga la autoridad civil para estorbar su entera abolicion. Si el niño, en aquellos países, es aun un ser sagrado, si la Religion rodea todavía su cuna con su proteccion poderosa, se debe á la política, que ha defendido á la humanidad contra la inexorable indiferencia de aquella bárbara teología.

Estas doctrinas anticristianas han pasado de Inglaterra á la América. La juventud va á imbuirse en ellas á la universidad de Cambridge, y desde allí las extiende por todas las provincias de aquel vasto continente. Allí fermentan, brotan, se desarrollan, y se propagan con una celeridad que ya la *vieja Reforma* parece como sofocada bajo su sombra. Allí, como en Europa, los ministros de las diversas sectas evitan chocar entre sí predicando los dogmas controvertidos, ó en que no convienen; y como en ninguno convienen, y todos están disputados, no se enseña ningun dogma, y se contentan con disertar vagamente sobre la moral, á la que, á ejemplo de los deistas, miran como la única esencial. Sin perdonar gastos, ni medios, se pone la Biblia, sin notas, sin co-

1 El autor de una refutación de Gibbon, intitulada: *Observaciones sobre los dos últimos capítulos de la Historia de la decadencia y ruina del imperio Romano, por M. Gibbon*, protesta, en nombre de la Iglesia anglicana, contra la doctrina que Gibbon atribuye á todas las Iglesias cristianas, tocante á la condenacion de los idólatras: « No temo afirmar, dice, que las suaves decisiones de nuestra Iglesia no están manchadas con un borron tan negro cual » lo sería la condenacion de los paganos mas sabios y virtuosos.

2 Joan, III, 5.

mentario ni explicacion alguna, en las manos del pueblo, último juez de las controversias que han apurado la sagacidad, y cansado la paciencia de sus doctores; y dándole un libro que no lee, ó que lo lee sin entenderlo, se cree darle una Religion.

La Alemania protestante ofrece un espectáculo acaso aun mas deplorable. Diríase, y en efecto parece que únicamente se trabaja allí con todo empeño en destruir toda la Escritura, sin dejar por eso de reconocerla exteriormente como la única regla de fe. Se sostiene que Jesucristo no tuvo designio, ni intentó establecer una Religion distinta del judaismo; que la Iglesia, obra de la casualidad, no fué en el principio mas que una reunion fortuita de personas, ó de cortas sociedades particulares, de las cuales algunos hombres ambiciosos, favorecidos por las circunstancias, formaron una confederacion general<sup>1</sup>. A merced de lo que se llama *Exegesis biblica*, es decir, de una critica desenfadada, se niegan las profecías, los milagros, la verdad de la narracion de Moisés; y el Génesis, en el juicio de estos doctos intérpretes, es un tejido de alegorías, ó, para usar de su mismo lenguaje, de *mythos*, ó puras fábulas.

Y en los principios establecidos, ¿quién probará que estas cómodas interpretaciones, hoy casi universalmente recibidas, ofenden ni perjudican el fundamento del Cristianismo? Es verdad que parecen opuestas á la Escritura; pero si bajo este pretexto se desechan, será necesario desechar tambien al mismo tiempo la regla que prescribe *violentar* en ciertos casos el *texto sagrado*. No se podrá menos de tolerarlas, y aun, si se ha de guardar consecuencia, de admitirlas, como *mas claras*, y mas satisfactorias ó acomodadas á la razon.

Así es como se llega al *Cristianismo racional* tan celebrado en Alemania é Inglaterra. Se separa de la Religion todo lo que la razon no comprende, es decir, todos los misterios, y por consiguiente todos los dogmas; porque

1 *Geshichte der Christlich. — Kirlichen, etc., von D. Planck*, tom. 1, ch. 1. — *Kirchenstaat der drey Jahrhunderte, von F. H. Bohmer*, pág. 8. — *Oberthir Idea Biblica Ecclesie Dei*, tom. 1, pág. 1, 6, 100, 101.

no hay un solo dogma que no incluya algun misterio, pues que no lo hay que por alguna parte no diga relacion al Ser Infinito. Y entonces, ¿qué resta mas que el deísmo? Pero no puede pararse aquí: el principio arrastra mas allá; es preciso hacer *violencia* no solo á la Escritura, sino tambien á la razon, á la conciencia, al testimonio unánime del género humano; es preciso negar á Dios, porque no se puede dejar de confesar que le rodean misterios *inconcebibles*<sup>1</sup>. En llegando á este punto las divisiones cesan, no por la concordancia de doctrinas, sino por su entera destruccion. La discordancia de opiniones, la diversidad infinita de creencias llenan todo el espacio que separa la Religion católica del ateísmo: la unidad no se halla sino en estos dos términos extremos. *Unidad de fe* en la Religion católica, porque encierra la plenitud de la verdad; y *unidad de indiferencia* en el ateísmo, porque el ateísmo no es en sustancia más que la plenitud del error.

En vano los protestantes se esfuerzan á mantenerse á una distancia igual de estos dos extremos; la razon no puede sostenerse en el medio, como ellos erradamente se imaginan: tolerar dogmáticamente un solo error, es obligarse á tolerarlos todos. En el caso supuesto era necesario resolver este problema: *Conservar el Cristianismo, sin exigir fe especial de dogma alguno*; y ¿cómo se verificará? Por mas que se haga, nunca se pudo ni se podrá jamás hallarle otra resolucion que la de Chillingworth, el cual reduce los artículos fundamentales « á una fe implícita en Jesucristo, y en su palabra<sup>2</sup>. » Símbolo en verdad breve, pero que por mas compendioso que parezca, Bossuet precisaba al ministro inglés á abreviarle todavía mas; estrechándolo, sin que pudiese defenderse, hasta conceder la tolerancia del ateísmo. « Esta fe, con la cual se da por satisfecho, decia el obispo de Meaux: » á saber, yo creo lo que quiere Jesucristo, ó lo que enseña su Escritura, es lo mismo que decir: creo todo lo que quiero, y todo lo que me agrada atribuir á Jesucristo y á su palabra, sin excluir de esta fe ninguna Reli-

<sup>1</sup> *Emile*, t. III, pág. 133.

<sup>2</sup> *La Religion des Protestants, une voie sûre au salut*. Rep. á la Préf. de son advers. n. 26.

» gion, ni secta alguna de las que reciben la Santa Escritura, ni aun á los judíos, pues que ellos pueden decir » como nosotros: creo todo lo que Dios quiere, y todo lo » que ha hecho decir del Mesías á sus profetas; lo que encierra toda verdad, y en particular la fe en Jesucristo, » como la proposicion con que nuestro protestante se da » por satisfecho. Por este modelo se puede formar tambien otra fe implícita, que el mahometano y el deísta » pueden tener igualmente que el judío y el cristiano; » á saber, creo todo lo que Dios sabe; y si se quiere llevar aun mas adelante, y por explicarme así, dar hasta » al ateo una fórmula de fe implícita, fácil es; héla aquí: » creo todo lo que es verdadero, todo lo que es conforme » á la razon; en lo que implícitamente se comprende todo, y hasta la fe cristiana, pues que indudablemente ella » es conforme á la verdad, y nuestro culto es racional, » como dice san Pablo<sup>1</sup>. »

<sup>1</sup> *Sexta Advertencia á los Protestantes*, part. 3, número 109. — Chillingworth, conociendo la fuerza de estas objeciones, procura volverlas contra los católicos; modo de arguir viciosísimo en el caso presente. Porque, aun cuando tuviese razon, solo probaria que la Religion católica es falsa; pero no que el protestantismo es verdadero, que es lo que debia probar. ¿Por qué regla de derecho se justificará uno de un delito, por que acuse de complicidad á otro terceró? Además, que la acusacion del ministro es palpablemente falsa. « ¿Por qué, pregunta él á un católico, no ha de bastar una fe implícita en Jesucristo y en su palabra, así como hasta una fe implícita á vuestra Iglesia? ¿Por qué? Oigamos responder á Bossuet. » No hay una persona sola, dice este, que no conozca la diferencia que hay entre un católico, que dice: *Creo lo que cree la Iglesia*, y nuestro protestante, que dice: *Yo creo lo que Jesucristo quiere que crea, y lo que ha querido enseñar en su palabra*: porque es fácil saber lo que cree la Iglesia, cuyas decisiones sobre cada error se hallan en manos de todo el mundo; y si queda en ellas alguna oscuridad, siempre está viva para explicarlas y explicarse; de manera, que estar dispuesto á creer lo que cree la Iglesia, es someterse expresamente á renunciar á su propia opinion si es contraria á las de la Iglesia, las cuales se pueden fácilmente conocer; lo que envuelve una renuncia absoluta de todo error que ella condene, ó haya condenado. Pero el protestante que yerra, está muy lejos de esta disposicion, pues aunque él diga: *Creo todo lo que quiere Jesucristo, y todo lo que está en su palabra*, Jesucristo

Bayle, aunque interesado como protestante en justificar el sistema de los artículos fundamentales, es del mismo modo de pensar que Bossuet; y prueba<sup>1</sup> que según los principios de Jurieu, no se puede excluir de la salvación á ningún hereje, ni á los judíos, ni mahometanos ni gentiles: es decir, que aboliendo la verdad, como ley de todo ser inteligente ó racional, se proclama la libertad absoluta de creencia, y se establecen otras tantas Religiones, como pensamientos pueden ocurrir al hombre: porque no admitiendo límites el principio de donde se parte, en vano se le querrian poner á sus consecuencias. En cualquier punto que se pretenda detener su curso, al momento el principio de donde dimanar reclama contra la violencia que se le hace, y triunfa de la conciencia misma en el tribunal de una lógica inflexible.

Lo he dicho, y lo repito nuevamente: todos los errores se enlazan entre sí, lo mismo que las verdades; y así, tolerar algunos errores en un sistema religioso fundado únicamente en el raciocinio, y no tolerar los demás que se derivan de ellos, es lo mismo que absolver á una clase de hombres porque son inconsecuentes, y condenar á otros porque raciocinan mejor. Por mas que se quiera arrostrar contra lo que dicta el sentido comun, él siempre triunfará, y la tolerancia universal, ley general y necesaria del error, establecerá su imperio sobre las ruinas de todas las verdades.

En efecto, hablamos del principio que sirve de base al protestantismo, y especialmente al sistema de los artículos fundamentales. Siendo en él la Escritura la única regla de fe, y no habiendo dejado Jesucristo sobre la tierra autoridad alguna viva para interpretarla, cada uno está obligado á hacerlo por sí, y buscar en ella la Reli-

- » no vendrá á desengañarle de su error, ni la Escritura tomará otra
- » forma que la que tiene para sacarlo de él; de manera que esta fe
- » implícita, que se ha de tener en Jesucristo y su palabra, no es en
- » realidad mas que una indiferencia absoluta á todos los sentidos
- » que se quieran dar á la Escritura; y contentarse con semejante
- » profesión de fe, es expresamente aprobar toda suerte de Religio-
- » nes. » Bossuet, *ut supra*.

<sup>1</sup> *Janua Caelorum omnibus reserata*. Œuvres de Bayle, t. II.

gion en que debe vivir<sup>1</sup>. Su obligación se limita á creer todo cuanto á su parecer enseña claramente la Escritura, y no lo contradice su razon; y como ningún hombre tiene derecho para decir á los otros hombres: «yo tengo mas razon que vosotros, mi juicio es mas acertado y seguro que el vuestro» se sigue de aquí que cada uno se debe abstener de condenar la interpretacion de los otros, y debe mirar todas las Religiones como tan seguras y tan buenas como la suya. Por otra parte, aun cuando se llegase á persuadir que él solo tenia, é infaliblemente, razon, como nadie es dueño y árbitro de darse esta infalibilidad, no se podría excluir de la salvación á los que, en una hipótesis, se engañasen haciendo el mejor uso posible de la razon que recibieron.

Por la misma causa no se puede tampoco excluir de la salud á aquellos á quienes no mostrándoles claramente su razon que la Escritura es inspirada, dudan de la revelacion, ó formalmente la niegan, porque despues de haberla, á su parecer, con la mayor diligencia examinado, se imaginan que hay contra ella objeciones perentorias. Siendo pues la razon en último análisis el fundamento de la fe, como que en su dictámen es el único intérprete y juez de la Escritura, sería absurdo, contradictorio, impío obligarlos á creer lo que repugna á su razon.

Y hé aquí ya á los protestantes, ó *indiferentistas* mitigados, precisados á tolerar no solo todas las sectas que reciben la Escritura, como los arrianos, socinianos é independientes, sino tambien á los deistas que la desechan, ó mas bien, que desechan las interpretaciones humanas de los protestantes; porque realmente del modo que estos admiten la Escritura<sup>2</sup>, la admiten tambien ellos, la interpretan según el mismo método, y, como ellos, no rehusan creer

<sup>1</sup> « Todo hombre, dice el D. Middleton, tiene derecho de juzgar por sí mismo; y la diversidad de opiniones es tan natural como la diversidad de gusto. » *Introductory Discourse to a free Enquiry into the miraculous powers*, pág. 38.

<sup>2</sup> Es decir, como otro cualquier libro, cuya doctrina y contenido se examina, y se asiente ó no se asiente á lo que dice, según nos parece conforme ó no conforme á nuestra razon.

sino lo que les parece oscuro y contrario á la razon. Rousseau hace elogios manifiestos de los libros santos; se sabe que los leia con frecuencia, y confesaba que la *santidad del Evangelio hablaba á su corazon*<sup>1</sup>. El lord Herberto de Cherbury llama al Cristianismo *la mas hermosa de todas las Religiones*<sup>2</sup>. Los demás deistas usan el mismo lenguaje, y negando la revelacion, lo mismo que los socinianos negando la divinidad de Jesucristo, pretenden entender mejor la Escritura que los reformados, y obedecer mas fielmente á Jesucristo, quien, segun ellos, no predicó ni enseñó mas que la Religion natural.

Presentase tambien el Ateo por su parte, y con aire de seguridad, dice: Yo no reconozco, como vosotros, mas autoridad que la de la razon; como vosotros, creo lo que comprendo claramente, y nada mas. El calvinista no comprende la presencia real, la niega; segun estos principios tiene razon: el sociniano no comprende la Trinidad, y la desecha, en el mismo orden tiene razon: el deista, que no comprende ningun misterio, los desecha todos, é igualmente tiene razon; pues para mí, concluye, la Divinidad es el misterio mas impenetrable, mas inconcebible: no alcanzando mi razon á comprender á Dios, tampoco debo admitirle: reclamo pues para mí la misma tolerancia que el calvinista, el sociniano, y el deista. Todos tenemos la misma regla de fe, é igualmente todos excluimos la autoridad: ¿Pues con cuál se querria condenarme? ¿cuál es la vuestra para hacerlo? Si yo debo renunciar á mi razon, si me juzgais culpable porque doy oidos á lo que ella me dicta, renunciad tambien vosotros á la vuestra, que no es mas infalible que la mia; abjurad vuestra regla de fe, y declarad sencillamente, que todo lo que habeis enseñado hasta aquí, siguiéndola, no tiene apoyo, ni fundamento alguno, y que si existe la verdad, todavia no habeis dado con el medio de hallarla.

En efecto, á no abandonar sus máximas, los protestantes no pueden negar la tolerancia al ateo. Dirán acaso que él usa mal de su razon, y que carece de buena fe. Otro tanto se puede decir del deista, del sociniano, y de todos los he-

<sup>1</sup> *Emile*, t. III, p. 179. — <sup>2</sup> *Religio laici*, p. 28.

rejes sin excepcion. Esta reconvention no tiene fuerza en la boca de los sectarios, porque todos tienen igual derecho para hacérsela mutuamente. Lo que el luterano dice del ateo, el ateo lo dirá del luterano: y ¿quién será el juez que lo decida? ¿la razon? Su juicio y sentencia es lo que se disputa; porque cada parte sostiene que ella decide á su favor: apelar á la razon para terminar esta diferencia, es resolver la cuestion por la cuestion misma; es responder lo mismo que se pregunta; es mofarse claramente del sentido comun.

Por mas esfuerzos que haga el protestante para poner límites á la indiferencia, exigiendo la fe de ciertas verdades, que arbitrariamente llama fundamentales, no conseguira mas que mostrar á las claras su inconsecuencia. Porque, en primer lugar, él no determina cuales son estas verdades fundamentales; y en segundo, porque le es imposible determinarlas. Y en efecto, ¿cómo se ha de separar lo que está esencialmente unido? En la Religion nada hay aislado é inconexo; una verdad se apoya en otra, que es como su fundamento: todas ellas mutuamente se enlazan, unas se derivan de otras, se siguen y encadenan entre sí; de modo que de una en otra, sin la menor division ni interrupcion, se sube hasta el mismo Dios, fuente siempre y eternamente viva de todas las verdades. No se puede negar una sin verse forzado á negarlas todas, y el ateismo no es mas que la última consecuencia del sistema de los reformados, y su complemento necesario; y en efecto, hasta que no se llega á él, no se encuentra mas que contradiccion en sus ideas.

Parece que Jurieu llegó á conocerlo, pues para conservar la Religion, no halló otro recurso, que ponerla en manos del príncipe, ó transformarla en una institucion política; que es el grado de indiferencia mas inmediato al ateismo, sino es el ateismo puro, como antes hemos demostrado<sup>1</sup>. El ministro no quiere que se dude ni por un momento de esta doctrina; tan urgente es la necesidad que de ella tiene la Reforma. Es cierto, dice, que los príncipes son jefes natos de la Iglesia cristiana, lo mismo que de la sociedad civil; tan *igualmente señores*

<sup>1</sup> Véanse los cap. II y III.

de la Religion como del Estado <sup>1</sup>. No dicen mas Hobbes y Shaftsbury. Pero si los príncipes son árbitros y dueños de prescribir á su antojo símbolos de fe, y su voluntad forma toda la Religion, es excusado hablar de Escritura, de revelacion, ni de verdad; las creencias envilecidas vienen á ser una especie de impuestos que el soberano carga sobre la razon pública, por el bien del Estado, los cuales unas veces alivia, y agrava otras, segun las circunstancias, ó segun sus caprichos <sup>2</sup>.

Entre los protestantes las revoluciones en el culto han seguido á las de los dogmas; porque en toda Religion el culto es la expresion del dogma ó de lo que se cree.

De una doctrina, digámoslo así, indigente, pobre y mezquina, nace un culto pobre y mezquino como ella. Cuantos mas dogmas ha conservado una secta, tanto mas vida, pompa y grandeza tiene su culto. Esto se ve claramente comparando el culto de los luteranos con el de los calvinistas, y aun mucho mejor con el de los socinianos. Los independientes, que desechan toda fórmula exclusiva de fe, desechan tambien toda fórmula exclusiva de culto, y en esto obran consigüentes; porque las liturgias, respecto á los símbolos, son poco mas ó menos lo mismo que las palabras con respecto á las ideas; cuando las ideas se pierden, desaparecen las palabras, ó á lo mas, subsisten como aquellas inscripciones en lenguas desconocidas, monumentos misteriosos de algun pueblo antiguo, que ya no existe.

Sin embargo, no basta admitir algunas verdades expe-

<sup>1</sup> Tabl. Lett. VIII, pag. 478, 482.

<sup>2</sup> Ese viene á ser el término de la decantada máxima de que la Religion está en el Estado, cuando no se quiere debidamente entender; y el buscar su explicacion en autores protestantes es la causa de que los jóvenes, á quienes se les ponen en las manos, se impresionen insensiblemente de ideas perniciosas. Con esta cautela debe leerse el Grcio, pues fué hereje arminiano. *Está en el Estado*, pero en lo espiritual, no como esclava, sino como señora é independiente, así como el Estado lo es en lo que toca al orden civil: si este quisiese decidir de la fe, mudar el culto, tocar á la jerarquía, modificar su gobierno, en este caso no habria en él ya Iglesia católica, sino una Iglesia cismática, herética, separada de la comunión de Jesucristo.

culativas para tener un culto propiamente dicho. El deista admite un Dios, y no le da culto alguno, ó no sabe qué culto darle. ¿Y porqué? Porque el deismo no es una Religion, sino una *opinion*. La *fe* quiere manifestarse exteriormente con obras y acciones, porque reside principalmente en el corazon ó voluntad <sup>1</sup>, donde está el principio de accion. Por el contrario las *opiniones* no existen mas que en el entendimiento, y su expresion natural es la palabra. Así es que los protestantes, cuyas máximas destruyen el fundamento de la fe, mostraron desde el principio una gran repugnancia á las ceremonias religiosas, ó culto exterior. Sus frias liturgias compuestas casi únicamente de oraciones enfáticas, y sin jugo de devocion, excluyen todos los signos sensibles, que son la lengua del corazon; y las notas de idolatría, que la Reforma imputaba en otro tiempo á los católicos, nacian menos de la diferencia de doctrina, que de la variacion total que ella habia obrado en la naturaleza de la fe. Todos los ritos de un culto majestuoso, que era la sublime expresion de una fe sublime, debieron parecerle opuestos á la

<sup>1</sup> Esta expresion de La Mennais, en la que funda toda la fuerza del presente raciocinio, pudiera parecer oscura ó falta de solidez á los menos instruidos, y por lo mismo nos ha parecido conveniente darle alguna claridad. Es indudable que la fe es una virtud *intelectual*, y por lo mismo reside en el entendimiento. Mas como para el ejercicio de sus actos, y es de lo que ahora trata La Mennais, necesita indispensablemente de la voluntad, que es el principio de toda accion, con justo motivo atribuye al corazon, ó á la voluntad, la principal parte en las obras de la fe, como lo hizo el Apóstol cuando dijo, que *con el corazon se cree para justicia*; y en esta justicia de la fe se incluyen principalmente las obras de esta sublime virtud que *obra por la caridad*, en frase del mismo Apóstol, esto es, que recibe de la caridad accion, movimiento y energia, siendo cierto que la fe sin obras es una fe imperfecta, una fe muerta, en sentir del apóstol Santiago.

Así que cuando La Mennais hace residir la fe principalmente en el corazon ó en la voluntad, habla de la fe en toda *su extension*, y comprende toda la Religion, como aparece del período anterior, y habla de la fe en su debida *perfeccion* en cuanto al ejercicio de sus actos, y estos dimanán principalmente del corazon ó de la voluntad animada por la caridad, que es la vida de la fe.

esencia del Christianismo, cuando el Christianismo se convirtió para ella en una simple *opinion*.

Por lo demás, es evidente que obligando el sistema de los artículos fundamentales á tolerar todas las doctrinas, obliga á tolerar tambien todos los cultos, y conduce naturalmente á la abolicion de todos ellos, conduciendo como conduce á la negacion de todos los dogmas.

Pero y la moral, ¿ no escapará de este naufragio de todas las verdades? ¡ O dolor! esto es lo mismo que preguntar, si el hombre consentirá en ser inconsequente por tener el placer de desconsolar y afligir á lo que más ama, á sus pasiones. Las obligaciones dependen de la fe: cuantos sean los símbolos, otras tantas serán las especies de moral: será necesario tolerar todas estas, como se toleran todos aquellos. La regla de las costumbres es perfecta entre los cristianos, y completos los preceptos de justicia, porque en el Cristianismo se encuentra toda verdad, y se conserva por medio de una regla de fe perfecta. El mahometismo, mezclando con la verdad el error, corrompe en parte las nociones de lo honesto y de lo justo, y une á los preceptos de la virtud otros preceptos del vicio. El deísmo, como creencia incierta y limitada, no ofrece mas que preceptos limitados é inciertos: su moral es toda de opinion, todo frases pomposas lo mismo que su doctrina. El ateo no tiene mas que un deber, una obligacion, y es, no conocer ninguna. « Propiamente hablando, dice un filósofo célebre, no hay mas que un deber, y es el de hacerse feliz<sup>1</sup>. » Consagrando pues Jurieu la indiferencia absoluta de dogmas, consagra por consiguiente la indiferencia absoluta en punto de obligaciones. Cualquiera será libre de obrar como le pareciere, así como lo es de creer, ó de negarlo todo; porque estas dos facultades son inseparables.

La Reforma no lo puede ignorar, pues desde su principio, en su misma cuna, se vió obligada á unir la tolerancia del crimen á la tolerancia del error. Sabida es la famosa consulta, en la cual Lutero, Melancthon, y al-

<sup>1</sup> *Hist. philosoph. d's Établ. des Europ. dans les deux Indes*, lib. 19.

gunos otros doctores de la misma escuela autorizaron formalmente la poligamia, permitiendo al Landgrave de Hesse contraer matrimonio con una segunda mujer, viviendo y cohabitando con la primera.

¿ Pero quién no ve que apenas se desecha toda autoridad viva, la regla de las costumbres ha de ser tan variable, y tan incierta como la regla de la fe? En efecto, es necesario distinguir en el Evangelio, primeramente, lo que es de precepto de lo que no es más que de consejo; primera cuestion importante que el Evangelio deja indecisa: segundo, discernir los preceptos fundamentales de los que no lo son, y para esto explicar la Escritura segun las reglas generales de la interpretacion protestante, las cuales permitiendo en algunos casos *hacer violencia al texto sagrado*, se reducen, como hemos visto, al juicio ó dictámen de la razon particular, y por consiguiente dejan á cada uno igualmente árbitro de su conducta y de su fe.

Aun se extiende á mas la Reforma; pues como el Evangelio expresa tan claramente algunos preceptos, que es imposible desconocerlos, ó desnaturalizarlos, encuentra y pone *excepciones* al Evangelio, que es el último exceso que se puede imaginar. « La buena fe, y » las leyes del príncipe, dice Jurieu, son los intérpretes » de las excepciones que se pueden dar á la ley evangé- » lica que prohíbe el divorcio, y ellas bastan para tran- » quilizar la conciencia<sup>1</sup>. » Era muy natural que el ministro, despues de haber hecho al Príncipe árbitro soberano de la fe, lo hiciese igualmente árbitro soberano de las costumbres. « Las conciencias, dice á este » propósito el obispo de Meaux, están tan adormecidas, » y los corazones tan endurecidos en la Reforma, que, » á pesar de todas las decisiones del Evangelio, viven » tranquilos, fundados en las excepciones que le ponen » las leyes, y una autoridad humana. No es esta como » quiera la opinion de un ministro particular; es el modo » de pensar de Ginebra, donde ha nacido el *derecho* » canónico de la Reforma; lo es el de la Iglesia angli- » cana, que es su parte principal, como la llama nuestro

<sup>1</sup> *Tabl. Lett.*, p. 308.

» ministro; y M. Legrand acaba de hacer ver á M. Bur-  
 » net, que segun las leyes de esta Iglesia, *puede verifi-*  
 » *carse el divorcio por haber abandonado la consorte, por*  
 » *una larga ausencia, por enemiga capital, por malos*  
 » *tratamientos; y que en todos estos casos se puede pasar*  
 » *á otras nupcias.* Hé aquí cuatro excepciones al Evan-  
 » gelio, sacadas del Código de las leyes eclesiásticas de  
 » Inglaterra, resueltas y admitidas como leyes en una  
 » junta en que predicaba Thomas Cranmer, arzobispo  
 » de Cantorbery, el gran reformador de aquel reino <sup>1</sup>.

De este modo la Reforma, tan débil contra los vicios  
 como contra el error, sacrifica la Escritura á las pasiones,  
 se aparta de su base, y se levanta contra ella, para abrirles  
 un campo mas vasto y mas desembarazado. Pero oigamos  
 de nuevo á Bossuet.

« Nuestros *Indiferentistas*, avergonzados de las divi-  
 » siones adonde los conduce el método que proponen  
 » para entender este libro divino, creen hallar un re-  
 » medio desentendiéndose de los dogmas especulativos y  
 » abstractos, como ellos los llaman, y fijando toda su  
 » atención en la doctrina de las costumbres. Esta es la  
 » máxima de esos *Latitudinarios*, de que acabamos de  
 » hablar, quienes dicen que en las costumbres es donde  
 » se debe estrechar el camino del cielo, dilatándole y  
 » ensanchándole en lo que respeta á los dogmas.... No  
 » hablan sino de vivir bien, como si el creer bien no fuese  
 » el fundamento del bien obrar. Pero cinéndonos simple-  
 » menté á lo que ellos llaman costumbres, en lo que al  
 » parecer quieren consista toda la Religion, los socinia-  
 » nos y demás que tanto las ponderan, ¿no han sido los  
 » primeros en censurar los principios de la Reforma, en  
 » cuyos dias se había resfriado la práctica de las buenas  
 » obras, enseñando claramente que no eran necesarias  
 » para la justificación, ni para la salud, ni aun el amor de  
 » Dios, sino solo la fe de las promesas, como tantas veces  
 » lo hemos demostrado? ¿Los mismos socinianos, igual-  
 » mente que los Católicos, no probaban invenciblemente  
 » que no hay cosa mas perniciosa para las buenas cos-  
 » tumbres que la inadmisibilidad de la justicia, la certi-

<sup>1</sup> *Sexta Advert. á los Protest.* Part. 3, n. 80.

» dumbre de la salvacion, y la imputacion, en fin, de la  
 » justicia de Jesucristo en el modo que esto se ense-  
 » ñaba en la Reforma? Esto es mas que suficiente para  
 » convencerlos que se pueden hallar en la Escritura, así  
 » sobre las costumbres como sobre los dogmas, genera-  
 » lidades en que se ocultan tantas opiniones, y tantos  
 » errores diferentes. ¿Y dónde iremos á parar si, como  
 » frecuentemente se hace, nos ponemos á disputar en  
 » materia de costumbres sobre las enemistades, usuras,  
 » mortificacion, mentira, castidad, matrimonio, etc. si-  
 » guiendo el principio de que es necesario reducir la santa  
 » Escritura á la recta razon <sup>1</sup>? ¿No se ha visto ya á los  
 » Protestantes enseñar práctica, y especulativamente la  
 » poligamia? ¿Y no será igualmente fácil persuadir á los  
 » hombres, que Dios no ha querido extender sus obliga-  
 » ciones y preceptos mas allá de las reglas de un buen  
 » sentido comun, como lo ha sido el persuadirles que no  
 » ha querido extender su fe mas allá de lo que dicta su  
 » recta razon? Y en llegando á esto, ¿qué será ese buen  
 » sentido comun en las costumbres, sino lo que ha sido

<sup>1</sup> En efecto, se ha ido bien lejos. Ha habido teólogos protestantes  
 que no han tenido rubor de hacer la apología del vicio con un des-  
 carado escandaloso, que ni aun me atrevería á copiar sus pala-  
 bras. Las virtudes, que mas formalmente recomienda el Evangelio,  
 han sido despreciadas públicamente como *restos de monaquismo*,  
 y no se ha temido decir que la doctrina de las costumbres no tiene  
 otro apoyo que una fe ciega (Véanse los núm. 1 y 3 de la segunda  
 parte *du Magasin* de M. Henke de Helmstadt, y el núm. 3 de su  
*Eusebia*, y la *Crítica de la doctrina cristiana práctica*, pág. 189,  
 por el superintendente Cannabich). En fin, para derribar de un solo  
 golpe toda la moral, se ha enseñado y defendido que « la Religion  
 » nada tiene que ver con las obligaciones (*Investigateur biblique*,  
 » par M. Scherer, núm. 1), » de donde se sigue que se pueden co-  
 meter habitualmente todos los delitos, sin ser por esto menos reli-  
 gioso. Tales son las máximas que se enseñan hoy en la Reforma, y  
 todavía la oiremos hablar de Cristianismo (Esto asemeja á los que  
 tanto ensalzan hoy el Cristianismo de los griegos, sin acordarse que  
 son cismáticos). Los que deseen conocer mas circunstanciada-  
 mente el estado actual del protestantismo, pueden consultar la obra  
 intitulada: *Conversaciones filosoficas sobre la reunion de las di-*  
*ferentes comuniones cristianas, por el baron de Stark, ministro*  
*protestante.*

» ya la recta razon en los dogmas, es decir, lo que  
 » agrada á cada uno? Asi perderemos toda la utilidad de  
 » las decisiones de Jesucristo: la autoridad de su pala-  
 » bra, sujeta á interpretaciones arbitrarias, no tendrá  
 » mas fuerza para calmar nuestras agitaciones, que lo  
 » haria la libertad natural de nuestro raciocinio, y nos  
 » veremos sepultados de nuevo en las interminables dis-  
 » putas que han trastornado el juicio á los filósofos. De  
 » este modo será necesario tolerar á los que yerren en  
 » punto á costumbres, igualmente que á los que yerren  
 » acerca de los misterios, y reducir el Cristianismo, como  
 » lo hacen muchos, á la generalidad del amor de Dios y  
 » del prójimo, dejando á cada uno la libertad de aplicarle  
 » del modo que mejor le parezca. ¿Cuánto no han dog-  
 » matizado los anabaptistas y demás entusiastas, ó pre-  
 » tendidos inspirados, sobre el juramento, los castigos,  
 » el modo de orar, el matrimonio, la magistratura, y so-  
 » bre todo el gobierno eclesiástico y secular, cosas tan  
 » esenciales á la vida cristiana? Los socinianos, que na-  
 » da ponderan ni creen importante sino una vida recta,  
 » y el camino estrecho en materia de costumbres,  
 » ¿cuánto no la ensanchan sometiendo únicamente los  
 » hábitos viciosos á la pena de condenacion, y á la priva-  
 » cion de la vida eterna? Su laxitud es tal que Socino no  
 » teme decir *que el asesino ú homicida que se juzga digno*  
 » *de muerte, y que no puede tener parte en la vida eterna, no*  
 » *es aquel que ha matado á un hombre, ó cometido un acto*  
 » *de homicidio, sino el que ha contraido una especie de há-*  
 » *bito repitiendo este gran crimen.* No hay en efecto cosa  
 » mas inculcada en todas sus obras. Esta es tambien la  
 » opinion de la mayor parte de sus discípulos, entre  
 » otros de Crellio, uno de los mas célebres, y apreciado  
 » entre ellos por su moderacion en la doctrina sobre las  
 » costumbres: y sin embargo este mismo hace consistir  
 » claramente la naturaleza del pecado que excluye de la  
 » vida eterna, en el *hábito vicioso, ó costumbre de pecar...*  
 » No se trata aquí de libertarse de la condenacion por una  
 » verdadera y sincera penitencia de sus pecados, porque  
 » de esto no se habla palabra en todos estos discursos;  
 » y es bien sabido que todos los pecados, por enormes,  
 » por frecuentes y deliberados que hayan sido, pueden

» perdonarse de este modo; se trata sí, de buscar excu-  
 » sas al pecado en el pecado mismo, y esto es lo que han  
 » pensado en el particular los protestantes que mas se  
 » precian de conservar en todo su vigor la regla de las  
 » costumbres. Por lo dicho se ve cuan relajados son en  
 » esta parte, cuando por otra se nota en ellos un excesivo  
 » rigorismo, pues con los anabaptistas condenan entre  
 » los cristianos el juramento, la magistratura, la pena de  
 » muerte y la guerra, por justa que parezca, y aunque  
 » sea emprendida por la autoridad pública<sup>1</sup>. »

Se ve pues que ciento cincuenta años ha, la Reforma  
 habia llegado á tener por indiferentes todos los dogmas,  
 y que arrastrada por sus principios, al mismo tiempo que  
 ensalzaba la moral como la única cosa esencial, caia en  
 materia de costumbres en una relajacion inaudita, tole-  
 rando hasta el asesinato, con tal que no se hiciese ya  
 por hábito y costumbre<sup>2</sup>: monstruosa doctrina.

Queda pues demostrado por la razón y la experiencia  
 que el Protestantismo, ó sea el sistema de los artículos  
 fundamentales que forma su base, conduce inevitable-  
 mente á la tolerancia universal, ó á la *indiferencia abso-*  
*luta* de religiones: que en él la doctrina, culto, moral,  
 todo irremisiblemente se desploma, y solo queda el  
 ateísmo en medio de estas ruinas.

Ahora que hemos visto ya como los sistemas de *indi-*  
*ferencia*, dándose la mano unos á otros, terminan todos  
 en la indiferencia absoluta, se concibe como, refutando  
 la doctrina general de la indiferencia, se refutan estos  
 diversos sistemas, y en particular el de los Protestantes,  
 contra los cuales probaré además, que así como no hay  
 mas que una sola Religion verdadera, tampoco hay mas  
 que una sociedad que profese esta verdadera Religion;  
 sociedad, por consiguiente, fuera de la cual no hay salva-  
 cion.

Sobre todo, no olvidemos que esta obra no es propia-  
 mente una apologia del Cristianismo; y que si, despues

<sup>1</sup> *Sexta Advert. á los Protest.* parte 3, n. 114.

<sup>2</sup> Claramente se ve, sin necesidad de que yo lo diga, que no se  
 trata aquí sino de las doctrinas: En la práctica, no nos metemos.  
 En todas partes se hallan, y en crecido número, hombres inconsi-  
 guientes así para el bien como para el mal.

de haberla leído, el lector no se hallase penetrado y persuadido de la verdad de la Religión cristiana, con tal que llegue á convencerse de la necesidad de hacer un estudio serio de ella, mi fin se habria conseguido. En una palabra, mi objeto es, en ese abandono absoluto é indiferencia que en el siglo se ve, despertar en el ánimo de los extraviados una duda saludable de su error, y hacerles conocer que ese menosprecio ciego que hacen de lo que mas les puede interesar, y que la razon y el sentido comun desaprueban, es una prenda tan mezquina de seguridad, como débil título de superioridad de talento: mostrar, en fin, que á no renunciar á la racionalidad, deben comparar con todo el esmero de que el hombre es capaz, los débiles fundamentos de la incredulidad, y los ineluctables de la fe. Entremos en materia.

### CAPÍTULO VIII.

Observaciones sobre la locura de los indiferentistas por descuido é indolencia.

*Exposicion de los únicos principios en que se puede fundar la indiferencia, que se dice nacida de reflexion.*

Con placer lo decimos, ascendiendo de edad en edad por la serie de los siglos hasta el principio del género humano, siempre, donde quiera, y en todos los pueblos se encuentra establecida la fe y creencia de un Dios, y de una vida futura. Sobre esta fe, única sancion de todas las obligaciones, y garantía única del orden y las leyes, descansa y se apoya la sociedad, la cual inevitablemente se conmueve, agita, destruye, se desploma luego que se piensa en trastornarla. Sin embargo, tarde ó temprano llega una época en que el lujo deprava las costumbres, y la filosofía corrompe la razon. A los Griegos llegó esta

época fatal en tiempo de Pericles: á los Romanos, un poco antes del siglo de Augusto. Vióse entonces aparecer una nube de sofistas, que esforzándose á hacer servir la ciencia á las pasiones, sustituyeron descaradamente los desvarios de su espíritu extraviado á las tradiciones primordiales. A fuerza de sutilezas, y vanos discursos, confundieron todas las ideas, oscurecieron todas las nociones, enervaron todas las creencias religiosas, la fe de todo lo que se cree en la Religión. El mundo ya no podia mas, cuando la antigua fe, desenvolviéndose de improviso á la voz de Dios en el pueblo encargado especialmente de conservar su deposito, reasumió con magnificencia la posesion del universo. Promúlganse nuevos dogmas; pero derivándose estos de los primeros, pertenecian cuando menos implícitamente á la fe primitiva. Cúmplense profundos misterios; pero éstos misterios anunciados al primer hombre, revelados con mayor claridad á sus descendientes, se esperaban y presentian por todo el género humano. Así en la historia, como en los dogmas de la Religión, todo está enlazado, todo encadenado. Las naciones comienzan y acaban, pasan y desaparecen con sus costumbres, sus leyes, opiniones, ciencias; solo una doctrina permanece, siempre creída á pesar del interés que las pasiones tienen en no creerla; siempre inmutable en medio de ese rápido y perpetuo movimiento; siempre combatida y siempre justificada; siempre á cubierto y exenta de las variaciones que introduce el tiempo devorador en las instituciones mas sólidas, y en los sistemas mas acreditados; siempre y cada dia mas grandiosa y mas admirable, y cada vez mas admirada á proporcion que mas se la examina: que forma el consuelo del pobre y la mas dulce esperanza de los ricos; la egida y amparo de los pueblos y freno de los reyes; la regla del poder que modera, y de la obediencia que santifica: la gran Carta<sup>1</sup> de la humanidad, en

<sup>1</sup> Hace alusion á la que sirve de base al gobierno de su pais. Tal ha sido el trastorno del mundo, que ha habido que inventar nuevo lenguaje. Un periódico de París de 21 de noviembre último (*Le Globe*, que los constitucionales no recusarán), la llama «la traducción legal de la Revolucion francesa.» Nosotros no calificamos.

de haberla leído, el lector no se hallase penetrado y persuadido de la verdad de la Religión cristiana, con tal que llegue á convencerse de la necesidad de hacer un estudio serio de ella, mi fin se habria conseguido. En una palabra, mi objeto es, en ese abandono absoluto é indiferencia que en el siglo se ve, despertar en el ánimo de los extraviados una duda saludable de su error, y hacerles conocer que ese menosprecio ciego que hacen de lo que mas les puede interesar, y que la razon y el sentido comun desaprueban, es una prenda tan mezquina de seguridad, como débil título de superioridad de talento: mostrar, en fin, que á no renunciar á la racionalidad, deben comparar con todo el esmero de que el hombre es capaz, los débiles fundamentos de la incredulidad, y los ineluctables de la fe. Entremos en materia.

### CAPÍTULO VIII.

Observaciones sobre la locura de los indiferentistas por descuido é indolencia.

*Exposicion de los únicos principios en que se puede fundar la indiferencia, que se dice nacida de reflexion.*

Con placer lo decimos, ascendiendo de edad en edad por la serie de los siglos hasta el principio del género humano, siempre, donde quiera, y en todos los pueblos se encuentra establecida la fe y creencia de un Dios, y de una vida futura. Sobre esta fe, única sancion de todas las obligaciones, y garantía única del orden y las leyes, descansa y se apoya la sociedad, la cual inevitablemente se conmueve, agita, destruye, se desploma luego que se piensa en trastornarla. Sin embargo, tarde ó temprano llega una época en que el lujo deprava las costumbres, y la filosofía corrompe la razon. A los Griegos llegó esta

época fatal en tiempo de Pericles: á los Romanos, un poco antes del siglo de Augusto. Vióse entonces aparecer una nube de sofistas, que esforzándose á hacer servir la ciencia á las pasiones, sustituyeron descaradamente los desvarios de su espíritu extraviado á las tradiciones primordiales. A fuerza de sutilezas, y vanos discursos, confundieron todas las ideas, oscurecieron todas las nociones, enervaron todas las creencias religiosas, la fe de todo lo que se cree en la Religión. El mundo ya no podia mas, cuando la antigua fe, desenvolviéndose de improviso á la voz de Dios en el pueblo encargado especialmente de conservar su deposito, reasumió con magnificencia la posesion del universo. Promúlganse nuevos dogmas; pero derivándose estos de los primeros, pertenecian cuando menos implícitamente á la fe primitiva. Cúmplense profundos misterios; pero éstos misterios anunciados al primer hombre, revelados con mayor claridad á sus descendientes, se esperaban y presentian por todo el género humano. Así en la historia, como en los dogmas de la Religión, todo está enlazado, todo encadenado. Las naciones comienzan y acaban, pasan y desaparecen con sus costumbres, sus leyes, opiniones, ciencias; solo una doctrina permanece, siempre creída á pesar del interés que las pasiones tienen en no creerla; siempre inmutable en medio de ese rápido y perpetuo movimiento; siempre combatida y siempre justificada; siempre á cubierto y exenta de las variaciones que introduce el tiempo devorador en las instituciones mas sólidas, y en los sistemas mas acreditados; siempre y cada dia mas grandiosa y mas admirable, y cada vez mas admirada á proporcion que mas se la examina: que forma el consuelo del pobre y la mas dulce esperanza de los ricos; la egida y amparo de los pueblos y freno de los reyes; la regla del poder que modera, y de la obediencia que santifica: la gran Carta<sup>1</sup> de la humanidad, en

<sup>1</sup> Hace alusion á la que sirve de base al gobierno de su pais. Tal ha sido el trastorno del mundo, que ha habido que inventar nuevo lenguaje. Un periódico de París de 21 de noviembre último (*Le Globe*, que los constitucionales no recusarán), la llama «la traducción legal de la Revolucion francesa.» Nosotros no calificamos.

la que la justicia eterna, no queriendo que ni aun el mismo crimen quede sin esperanza y sin proteccion, ofrece y empeña la misericordia en favor del arrepentimiento: doctrina tan humilde como elevada, tan sencilla como sublime y magnífica; doctrina que subyuga los mas poderosos genios por su sublimidad, y se proporcióna por su claridad á los espíritus mas débiles, y de menos talentos; doctrina en fin indestructible, que á todo resiste, de todo triunfa, así de la violencia como del desprecio, lo mismo de los sofismas que de los cadalsos, y que fortalecida con su antigüedad, con sus pruebas ineluctables, y con sus beneficios, parece reinar sobre el espíritu humano por derecho de nacimiento, de conquista, de amor.

Esta es pues la Religion que ciertos hombres han elegido por objeto de su indiferencia. Lo que, despues del mas atento y delicado exámen, creyeron los Bossuet, Pascal, Fenelon, Descartés, Newton, Leibnitz, Eulero, y fué el objeto continuo de sus meditaciones, no se juzga digno de ocupar, ni aun por un instante, el pensamiento. Despreciando el Cristianismo sin conocerle, se imaginan sobreponerse y elevarse sobre lo mas grande que se ha visto en la tierra así en talentos como en virtudes, en el espacio de diez y ocho siglos; y ridiculamente pagados de un desdenoso fiescuido por la verdad, cualquiera que ella sea, se llenan de orgullo, guardando la neutralidad de la ignorancia entre la doctrina que formó á un Vicente de Paul, y la que ha producido un Marat<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Juan Pablo Marat nació de padres calvinistas en el país de Neufchatel el 1744: aplicado á la medicina en sus primeros años, ganó en un principio la vida en París haciendo de empirico curandero, vendiendo especificos para todas las dolencias, hasta que pudo lograr entrar de médico de los dependientes de las caballerizas del Conde de Artois. Desde los primeros dias de la revolucion se hizo notar por algunos folletos sanguinarios: apoyado de Danton y de Robespierre emprendió la publicacion del *Amigo del Pueblo*, periódico en el que parecia haber tomado á pechos insultar diariamente al rey, á la reina, los magistrados, generales, empleados, hasta la asamblea misma. Denunciado muchas veces, y decretada su prision, se sustrajo á ella por el favor de los jacobinos, y desde los subterráneos del club de los *cordeliers* continuó con el mismo furor que

Todo se desea saber; pero si hay Dios ó no; si á esta vida transitoria ha de seguir otra eternamente durade-

antes. Fué uno de los principales provocadores del terrible 10 de Agosto; y el que concilió el proyecto de las matanzas de septiembre, donde murieron tantos mártires de la religion, y fieles servidores del rey. Miembro de la Convencion dió rienda suelta á sus furores: en el monstruoso juicio de Louis XVI se opuso á que se diesen abogados que defendiesen al rey mártir, y votó su muerte dentro de veinte y cuatro horas, sin próroga ni apelacion. Obra suya fué la comision de *Seguridad general*, para deshacerse de todas las personas que se creian sospechosas: presidió el club de los Jacobinos; y apenas hubo horror en que no tuviese parte activa. Sin embargo, despues de su muerte la Revolucion le decretó honores casi divinos: en todas las plazas de París se le erigieron arcos triunfales y mausoleos, y en la de Carrousel se levantó una pirámide, en cuyo interior se colocó su busto, su escribania, etc., y se puso una centinela. Hasta tal punto desnaturalizan á los hombres las revoluciones anti-religiosas. Cuando la Francia volvió algun tanto en sí, indignada quebró sus estatuas, arrancó del panteon sus restos impuros, y los arrastró por el lodo. Una jóven, Carlota Corday, libró á la humanidad de este monstruo, quitándole la vida de una puñalada estando en el baño.

¡Qué contraste el de Marat y san Vicente á Paulo! Vicente á Paulo mezclándose voluntariamente entre los forzados á galeras por libertar á un infelz que dejaba sus hijos y mujer en la miseria; y Marat pidiendo la prision de cien mil parientes de los emigrados para hacer á unos y á otros infelices. Vicente á Paulo juntando los huerfanitos en un templo, para excitar la caridad de las personas virtuosas, erigiendo las casas de expósitos, y las hijas de la caridad para que cuidasen de estas desgraciadas criaturas; y Marat clamando que se levantasen ochocientas horeas en las Tullerias para ahorcar á los hombres de bien. Vicente á Paulo sumiéndose en los mas hediondos calabozos para llevar á los desventurados los consuelos de la religion y de la humanidad; y Marat proponiendo como el medio mas fácil y expedito de desocupar las cárceles el quemar á todos los presos en ellas. Vicente á Paulo volando en las alas de su caridad á llevar por sí y por sus discípulos los socorros, el pan y la abundancia á provincias enteras desoladas por el hambre y por la guerra; y Marat pidiendo de una vez doscientas setenta mil cabezas para salvar la patria. Vicente á Paulo excitando los sentimientos y dulzuras de la religion en el corazon del moribundo rey Luis XIII; y Marat rugiendo como un tigre sediento de sangre contra todos los que sentian algun remordimiento en el atroz y público asesinato de Luis XVI.... Marat... hé ahí el héroe de la revolucion filosófica. Vi-

ra; si se ha de dar rienda suelta á las pasiones, ó deben arreglarse por una ley fija y divina, se ignora con placer: no parece sino que los hombres han llegado á descubrir que todo les interesa menos su suerte eterna. No hay tiempo, dicen, de pensar en esto: ¡ah, no hay tiempo! ¡y lo hay tan de sobra para satisfacer el mas frívolo capricho! Se tiene tiempo para los negocios, para los placeres y diversiones, y no se podrá examinar si hay cielo ó infierno: hay tiempo para instruirse en todas las futilidades de este mundo, donde viven hoy y ya no serán mañana, y no lo tienen para asegurarse si hay otro donde felices ó desventurados han de habitar eternamente: tienen tiempo para regalar un cuerpo que en breve ha de perecer y reducirse á polvo, y no lo tienen para informarse, si encierra un alma inmortal: tienen tiempo para ir aunque sea léjos á convencerse por sus ojos de la existencia de un animal raro, de una planta curiosa, y no lo tienen para convencer su razon de la existencia de Dios. ¡Ceguedad increíble! ¡Cómo! exclamaremos con Bossuet: «¡El encanto de los sentidos es tan fuerte, que fuera de ellos nada podemos preveer!»

En efecto, esta falta absoluta de prevision, esta estúpida seguridad con que se precipitan en un porvenir desconocido, el cual no tiene término ni fin, ¿no es evidentemente una señal de un espíritu desconcertado? El mundo entero atestigua la existencia de una ley que no se puede violar impunemente; y sin escuchar este imponente testimonio, y sin desmentirlo tampoco, fiados en un miserable *puede ser*, arrostran y aceptan todas las fatales consecuencias de una oposicion formal á esta ley, y por desidia y negligencia se forman y atraen sobre sí la doble fatalidad del pecado, y la desgracia.

Se ha visto á algunos miserables ajusticiados reir, danzar sobre el cadalso, pero la muerte que arrostraban era inevitable, y nada les podia exentar de ella: en la irresistible é indispensable necesidad de morir, se hacian fuertes contra su misma naturaleza, y hallaban

cente á Paulo, uno de los hijos que da la religion: ¿qué mas se necesita para detestar la primera, y consagrarse enteramente á la práctica y observancia de la segunda?

una especie de consuelo en hacerse admirar del pueblo espectador, por las muestras de una alegría mas espantosa que las angustias del temor, y las agonías de la desesperacion: pero que un hombre, en la duda de si dentro de pocas horas caerá ó no su cabeza bajo la cuchilla del verdugo, y seguro de salvarse con solo querer convencerse de la realidad de aquel peligro inminente, permanezca tranquilo en esta duda espantosa, y prefiera á la vida algunos momentos de placer, y aun de tedio, que van á terminar un suplicio payoroso é infame, es lo que nunca se ha visto, ni se verá jamás. Por mas desprecio que se afecte de una vida fugitiva y llena de dolores, el hombre no se desprende tan fácilmente de ella: no hay apatía, no hay insensibilidad tan profunda de la que no despierte el anuncio, la idea sola de una muerte próxima. ¿Qué digo? todo lo que nos toca de cerca, sea en la salud, en los bienes, diversiones, hábitos, opiniones, costumbres, todo nos conmueve, sobresalta, inquieta, nos enagena é inspira una actividad infatigable: ¿y nada hemos de mirar con indiferencia sino el cielo, el infierno, la eternidad?

Entiendan, al menos los que viven tranquilos en esta indiferencia monstruosa, ó que se glorian de ella, lo que pensaba acerca de su conducta uno de aquellos hombres, que por la superioridad de sus talentos parecen nacidos para ensanchar los límites de la razon humana.

«Es la inmortalidad del alma para nosotros de tanta importancia, y tan intimamente nos toca é interesa, que es necesario haber perdido todo sentimiento para vivir en una fria indiferencia sin cuidar de saber lo que sobre esto hay. Todas nuestras acciones, y aun todos nuestros pensamientos deben tomar rumbos tan diversos, segun que haya ó no otra vida, bienes ó males eternos que esperar ó temer, que no es posible dar un paso con juicio y con acierto si no se arregla antes, puesta la mira en este punto, de cual es nuestro último fin.

» Así que nuestro mayor interés, y nuestra primera obligación es instruirnos en el particular, como que de él depende toda nuestra conducta ulterior. Por lo mismo no debemos confundir, y yo encuentro una gran

» diferencia entre los mismos que no están persuadidos  
 » de esta verdad : entre los que procuran por todos me-  
 » dios instruirse en ella, y los que viven tranquilos sin  
 » pensar jamás en este asunto.

» Compadezco ciertamente á los que hallándose por  
 » desgracia en esta duda, gimen sinceramente al con-  
 » templarse en este miserable estado, y no perdonan  
 » medio para salir de él, y mirándolo como el mayor de  
 » todos los males, emplean en esta averiguacion todos  
 » sus cuidados. Mas los que pasan sus días sin querer ni  
 » aun pensar en este último término de la vida; que solo  
 » porque no encuentran en sí bastantes luces que les  
 » persuadan su verdad, reposan tranquilos sin buscarlas  
 » en otra parte; ni cuidan de examinar á fondo si esta  
 » es una opinion que el pueblo adopta ciegamente, ó si,  
 » aunque oscura en sí, se apoya en fundamentos soli-  
 » dísimos, estos no merecen nuestra compasion. Esta  
 » *apatía*, descuido é indolencia en un negocio en que se  
 » trata de su bien ó de su mal, y bien y mal eternos, de  
 » ser ó no ser eternamente, me irrita en vez de entene-  
 » cerme : me espanta, y me confunde : es una monstrosi-  
 » dad para mí. No me hace decir esto el zelo piadoso  
 » de una devocion espiritual; el amor bien entendido de  
 » sí mismos, el interés humano, y la simple luz de la  
 » razon, bastan para excitarnos estos sentimientos; no es  
 » necesario para esto ver ni entender mas que lo que  
 » entienden y ven las personas menos ilustradas.

» No es necesario, no, un genio sublime, ni un alma  
 » superior á los demás, para entender que no hay en  
 » este mundo satisfaccion que sea sólida y verdadera;  
 » que todo en él es vanidad; que nuestros gustos y pla-  
 » cerez se disipan como el humo; que son infinitos nues-  
 » tros males; y que, en fin, la muerte, que nos amenaza  
 » á cada instante, dentro de pocos años, y acaso de pocos  
 » días, nos pondrá en un estado eterno de dicha ó de in-  
 » felicidad, ó en el caos de la nada. Entre nosotros y el  
 » cielo, el infierno ó la nada, no hay mas que la vida, y  
 » sabemos ya cuan frágil es; y no siendo ciertamente el  
 » cielo para los que dudan si su alma es inmortal, ellos  
 » no tienen que esperar mas que la nada ó el infierno.

» Ni hay cosa mas cierta ni mas terrible que esta.

» Por mas valor que aparentemos, este es el fin que es-  
 » pera á la vida mas buena del mundo. En vano apartan  
 » su pensamiento de esta eternidad que les espera, como  
 » si con no pensar en ella la pudiesen aniquilar. La eter-  
 » nidad subsiste á pesar suyo; se va acercando sin sen-  
 » tirla, y la muerte que la abrirá sus puertas, dentro de  
 » poco los pondrá infaliblemente en la horrible necesi-  
 » dad de ser, ó eternamente aniquilados, ó desventura-  
 » dos para siempre, por todo una eternidad.

» Hé ahí una duda de tan espantosa consecuencia,  
 » que solo hallarse en ella es un grandísimo mal; y por  
 » lo mismo el que se encuentre en este estado, cuando  
 » menos tiene obligacion indispensable de tratar de salir  
 » de ella. Así el que duda y no examina es á un tiempo  
 » injusto y desdichado; y si en medio de esto vive tran-  
 » quilo y satisfecho, y hace profesion de gloriarse vana-  
 » mente de su estado, y en fin, si se ríe y goza en él, no  
 » sé en qué términos poderlo definir, ni cómo calificar  
 » semejante criatura.

» ¿Dónde, en verdad, puede haber bebido tales senti-  
 » mientos? ¿qué motivo de gozo se encuentra en no espe-  
 » rar sino miserias sin remedio? ¿qué objeto de vanidad  
 » verse rodeado de sombras y tinieblas impenetrables?  
 » ¿qué consuelo no esperar jamás consuelo?

» Esta quietud, este reposo en tal ignorancia es una  
 » monstruosidad, cuya extravagancia y estupidez es ne-  
 » cesario hacer sentir á los que viven así, representan-  
 » doles vivamente lo que pasa en su interior, para que se  
 » avergüencen siquiera, y se confundan con la vista de su  
 » locura. Porque hé aquí como es preciso discurran es-  
 » tos hombres cuando eligen el vivir en esa ignorancia  
 » de lo que son, y sin cuidar de averiguarlo.

» Yo no sé quien me ha puesto en este mundo, ni que  
 » es el mundo, ni que soy tampoco yo : nada absolu-  
 » tamente sé, y estoy en una ignorancia terrible de to-  
 » das las cosas : no sé que es mi cuerpo, ni mis senti-  
 » dos, ni mi alma : y aun esta parte de mi mismo que  
 » piensa lo que digo, y que hace reflexion de todo,  
 » y sobre todo, y aun sobre sí misma, no me es mas  
 » conocida que todo lo demás. Veo esos asombrosos es-  
 » pacios del universo que me rodean, y me hallo como

» enclavado en un rincón de esta vasta extensión, sin saber por que estoy aquí, y no en otro lugar, ni por que el poco tiempo que me han dado de vida, me lo han señalado en este punto, y no en otro de la eternidad que me ha precedido, ó que me ha de seguir. No veo por todas partes mas que infinitudes que me absorben como á un átomo, y como una sombra que dura solo un momento, y pasa sin volver mas. No conozco otra cosa sino que muy pronto he de morir: y sin embargo lo que mas ignoro es esta misma muerte, que no puedo evitar.

» Así como no sé de donde vengo, tampoco adonde iré; solo sé que al salir de este mundo caigo para siempre ó en la nada, ó en las manos de un Dios vengador, sin saber cual de estas dos suertes será la mia por toda una eternidad.

» Este es mi estado, lleno de miseria, flaqueza y oscuridad: de donde infiero que debo pasar todos los dias de la vida sin pensar en lo que me ha de sobrevenir, y dar rienda suelta á mis pasiones sin reflexión y sin inquietud, haciendo cuanto pueda de mi parte para caer en la desgracia eterna, caso que lo que se dice sea verdad. Tal vez podria, preguntando ó inquiriendo, hallar alguna luz que aclarase estas mis dudas; pero yo no me quiero incomodar, ni dar un paso para averiguarla: antes bien burlandome y mirando con desprecio á los que procuran con afán el inquirirlo, quiero aventurar este suceso, y sin temor ni prevision, dejarme llevar hasta la muerte, incierto de lo que después será eternamente de mí. Así hablan practicamente estos desgraciados. ¡Qué gloria es para la Religion tener por enemigos hombres tan irracionales! Su oposición le es tan poco peligrosa, que al contrario sirve para establecer las verdades principales que ella nos enseña. Porque en efecto, la fe cristiana se apoya principalmente en estas dos verdades, la corrupcion de la naturaleza, y la redencion de Jesucristo: y ya que los incrédulos no sirven para mostrar la verdad de la redencion por la santidad de sus costumbres, al menos la sirven admirablemente para manifestar la corrupcion de la naturaleza con unos sentimientos tan fuera de razon.

» Nada hay de tanta importancia al hombre como su ser; ni nada debe serle tan temible como la eternidad: y así es fuera del orden natural que haya hombres diferentes á la pérdida de su ser, y al peligro de su eterna perdicion. ¡Cuán otros no se muestran en todo lo demás! Las cosas mas pequeñas los agitan, sienten su pérdida y la procuran precaver; y el mismo hombre que pasa los dias y las noches abandonado á la rabia y á la desesperacion por no haber logrado, ó perdido algun destino, ó sufrido una ofensa imaginaria contra su honor, sabe que va á perderlo todo dentro de pocos dias en la muerte, y vive sosegado, tranquilo, y sin la menor conmocion. Esta extraña insensibilidad sobre las cosas mas terribles en un corazón, al que tan vivamente afectan las mas pequeñas y ligeras, es una monstruosidad, es un encanto incompresible, un sopor, un letargo superior á la misma naturaleza.

» Un hombre encerrado en un calabozo, ignorando si se ha dado sentencia contra él, teniendo una sola hora para saberlo, y esta suficiente si lo averigua, para hacerla revocar, es contra la naturaleza misma la emplee, no en informarse si se ha dado, no en procurar su revocacion, sino en juegos y diversiones. Pues este es el estado de las personas de que hablamos, sin mas diferencia de que los males de que se ven amenazados, son mucho mas terribles que la simple pérdida de la vida, ó un suplicio momentáneo, única cosa que el preso podria temer. Y sin embargo, jellos corren sin recelo al precipicio, cubriéndose antes los ojos para no verlo, y se mofan de los que les advierten su peligro! Así es como prueba la verdadera Religion no solo el zelo de los que buscan á Dios, si no tambien la ceguedad de los que no le buscan, y viven en esta horrible negligencia. Es necesario que haya habido un extraordinario trastorno en la naturaleza del hombre para vivir en este estado, y aun mucho mas para hacer alarde de él. Porque, aun cuando tuviesen una certeza total de que nada debian temer despues de la muerte sino el caer en la nada, ¿no seria esto mas bien un motivo de desesperacion que de vanidad? ¿no es pues una locura

» inconcebible, sin hallarse asegurados, gloriarse de vir en esta duda?

» Sin embargo, es innegable que el hombre ha llegado á tal estado de depravación, que en esto mismo halla en su corazón una como semilla de gozo y de contento. Este sosiego brutal entre el temor del infierno y de la nada le parece tan agradable y lisonjero, que no solo los que tienen esta infeliz duda se glorian de él, sino aun los mismos que no la tienen hacen vanidad de ella, y creen que es cosa honrosa aparentar que realmente dudan. Y la experiencia, en efecto, nos hace ver que la mayor parte de los que blasonan de ella, son de esta última clase: gentes que disimulan sus sentimientos, y no son lo que quieren parecer. Han oído que este es el *gran tono*; que el gusto del siglo es hacer de *espíritus fuertes*, y... y á esto llaman haber sacudido el yugo de las preocupaciones, cuando la mayor parte no lo hace sino por imitar á otros.

» Mas si aun conservan algunas reliquias de sentido común, es bien fácil hacerles ver cuan engañados viven buscando por este camino el aprecio y la estimación.... Si lo meditasen seriamente, verían.... que no hay medio mas eficaz para granjearse el menosprecio y aversión de las gentes; y hacerles pasar por personas sin juicio y sin talento. Y efectivamente, si se les pide razón de sus sentimientos, y de los motivos en que se fundan para dudar de la Religión, dirán tales extravagancias, cosas tan fútiles y triviales, que mas bien persuadirán todo lo contrario. Esto es puntualmente lo que con mucha oportunidad decia cierta persona á uno de ellos: « Si continuais discutiendo de este modo, sin duda lograreis convertirme. » Y tenia razón; porque, ¿quién no se horrorizará de convenir en sentimientos con personas tan despreciables?

» En verdad que los que fingen esos sentimientos que no tienen, son bien desdichados, violentando su natural, para que los tengan por extravagantes y ridículos. Si allá en lo interior de su corazón sienten el no tener mas luces y conocimientos, no lo disimulen: esta declaración no debe serles ruborosa. El hombre no se debe

» avergonzar sino de haber perdido la vergüenza. Nada manifiesta mas la pequeñez de espíritu y la cortedad de talentos, que el no conocer cuanta es la desgracia de un hombre que no cree en Dios.... Dejen pues esas impiedades para los que son tan mal nacidos, que pueden ser capaces de ellas; y ya que no tengan valor de ser cristianos, sean á lo menos hombres de bien; y reconozcan en fin que solo hay dos clases de personas que con verdad se pueden llamar racionales; á saber, ó los que sirven á Dios con todo su corazón porque le conocen, ó los que de todo corazón le buscan para conocerle<sup>1</sup>.

La mayor parte de los indiferentes únicamente lo son porque se figuran acreditar superioridad de talentos, despreciando el modo común de sentir de los demás. Se avergonzarían de tener cosa alguna común con el pueblo, aun la esperanza, y esto es lo que les aparta de examinar los fundamentos de su fe. ¡Pero qué vanidad tan miserable y tan ridícula la que se alimenta de la ignorancia! Los enemigos de la Religión y sus apologistas están de acuerdo en su importancia, y no hay un solo incrédulo dogmático que se la atreva á contestar. Ahora bien: ¿el insensato que no da á todas las reflexiones mas contestación que un necio, ¿eso qué importa? ¿en qué será superior al cristiano, cuya fe, determinada por pruebas positivas, se apoya en un conjunto de hechos y consideraciones que, cuando no otra cosa, exigen al menos aplicación, investigación y reflexión?

De cualquiera manera, el indiferentista, igualmente incapaz de negar y afirmar cosa alguna, se adormece friamente entre estas dudas: *es posible que la Religión sea falsa; posible es tambien que sea verdadera*: y después de haber abortado estas dos proposiciones contrarias, su orgullosa razón en vez de deducir las consecuencias, se para y reposa dulcemente en la contemplación de su sublimidad y fortaleza.

<sup>1</sup> *Pensées de Pascal*. ¡Qué lástima que el autor de tan hermosos pensamientos se dejase extraviar por un partido enemigo obstinado de la Iglesia, y sirviese con sus talentos á los heremitas de Port-Royal, al fementido Jansenismo!

Sin entrar en discusion, se podria ante todas cosas observar que estas dos proposiciones generales no tienen, ni con mucho, un mismo grado de verosimilitud. Porque no hay una persona que deje de conocer que si la Religion cristiana fuese falsa, su existencia prolongada por el espacio de diez y ocho siglos, la victoria que ha alcanzado contra las opiniones y costumbres, leyes, pasiones y hábitos de tantos pueblos diferentes y rivales; el dominio que ha ejercido siempre sobre los genios mas elevados y sublimes, y sobre las personas de mas profunda reflexion; seria el fenómeno moral mas extraordinario, y el mas inexplicable de todos cuantos se ha oído hablar en el mundo. Error maravilloso en efecto, el que es no menos seductor para el hombre serio y reflexivo, que para las almas sensibles é imagines brillantes y ardorosas; que se enseorea del hombre, de los hombres todos, combatiendo y contradiciendo sin cesar sus inclinaciones; que favorece, fomenta y hace progresar los adelantamientos de la verdad en todos los ramos de los conocimientos humanos; error de donde nacen innumerables virtudes, hasta entonces desconocidas; error, en fin, que sucediendo á las tan ponderadas y no menos estériles especulaciones de la filosofía genética, y propagándose súbitamente por todo el mundo conocido, en el siglo mas ilustrado, rectifica todas las ideas recibidas, depura todos los principios, perfecciona los métodos del raciocinio, crea, por no decir mas, las ciencias físicas y metafísicas, hace olvidar todas las preocupaciones enemigas de la humanidad, santifica las costumbres, suaviza las leyes, une los pueblos entre sí con vínculos sagrados, substituye el amor al odio, protege á un tiempo al desvalido y al poderoso, al rico y al pobre, al fuerte y al débil, al señor y al vasallo, templá la dominacion, consolida la obediencia, y por un efecto propio y necesario produce la perfeccion del órden social.

Sin embargo, permitamos por un instante que se tenga por igualmente dudosa la falsedad y la verdad de la Religion cristiana. Para demostrar hasta la evidencia la locura del indiferentista, no hay necesidad mas que de sus propias máximas, y desenvolver esa misma proposicion en que confia: á saber, *posible es que la Religion*

*sea verdadera*; pues en ella se incluyen todas las siguientes, y acaso muchas mas.

Si es posible que la Religion sea verdadera, posible es, debe decir, la existencia de un Dios remunerador, que premie á los buenos y castigue á los malos.

Posible es que mi alma sea inmortal, y no perezca con el cuerpo.

Posible es que este supremo ser, este Dios, haya revelado á los hombres verdades que ellos no pueden aqui perfectamente comprender, y les haya impuesto obligaciones, de que no entiendan dar claramente la razon.

Posible es que yo esté obligado rigorosamente á creer estas verdades, y á cumplir y llenar estas obligaciones.

Posible es que si creo y obró así, goce un dia de una felicidad eterna é infinita en premio de mi obediencia y de mi fe.

Posible es, en fin, que si me niego á obrar y creer así, sea un dia eternamente castigado con penas y suplicios espantosos.

En vista de esto no temo afirmar, que el permanecer en esta duda formidable, saborearse en ella con placer, repeler de sí la esperanza de una felicidad sin fin; y si la Religion es verdadera, como se confiesa que lo puede ser, entregarse alegremente, y con toda reflexion, á padecer unos tormentos, cuya idea sola hace estremecer, es un delirio inexplicable, una demencia, un furor que no sé como llamar. Porque aun suponiendo que nuestros presentes intereses se hallen en contradiccion con los futuros que han de sobrevenir, en la necesidad de sacrificar unos ú otros, no se debería, prudentemente obrando, vacilar en la eleccion. Pues de una parte hay una duracion que no ha de tener fin, es la eternidad, y de la otra un momento transitorio, que apenas se puede percibir, una sombra, menos aun, el *sueño de una sombra*, segun el dicho de un antiguo<sup>1</sup>. Aun quando pues esta vida transitoria no fuese para el hombre religioso sino un continuo padecer, y para el indiferentista un placer sin interrupcion, aquel tormento y pena transitoria, y este placer que se nos huye sin sentir, no balancearian un

1 Pindaro.

instante á los ojos de la recta razon la poderosa consideracion de la eternidad. El que por no privarse de un deleite momentáneo arrostra un perpetuo padecer, y se expone voluntariamente á ser eternamente desgraciado, merece serlo ciertamente, y no tiene derecho sino al desprecio que inspira toda pasion ciega y brutal.

Quando se consideran desde cierto punto de vista los objetos en que ordinariamente emplea su actividad el espíritu humano, asombra la estrechez del círculo en que voluntariamente se encierra, y que una nonada baste para entretener su curiosidad, y burlar el deseo infinito de saber que le devora. No se halla cosa que de mas á conocer la miseria del hombre que esa pasmosa facilidad de contentarse con algunas distracciones frívolas é insustanciales, teniendo una capacidad inmensa para la verdad. Naturalmente la ama: un instinto irresistible le obliga á buscarla incesantemente; ella es su objeto, su reposo, su felicidad; y sin embargo, apenas hay cosa en que mas se deslumbre y con que no la supla y sustituya. No hablo, al decir esto, del pobre absorbido y consumido en los trabajos corporales, ni del rico que vegeta en el vacío de los placeres; sino de los mismos á quienes el cielo ha dado, junto con sentimientos elevados, una condicion independiente. Y bien; ¿qué os parece que ocupa habitualmente su pensamiento? ¿Dios? ¿las leyes inmutables que él ha establecido? ¿Ah! No, no lo creais: pasarán la vida en combinar números, en valuar el peso de las palabras, en estudiar las propiedades de los cuerpos; esto basta, no se necesita mas para contentar, para satisfacer esos genios sublimes. ¿Qué hablais de Dios á ese sabio que llena el mundo con la fama de su nombre? ¿Cómo quereis que os escuche? ¿no veis que en este momento su espíritu está todo ocupado en la descomposicion de una sal que hasta ahora ha resistido al análisis? Esperad que haga conocer al mundo el descubrimiento de un nuevo gas, de un ácido nuevo; entonces puede ser que le podais hablar de ese Ser Infinito que con un *fiat*, como jugando, ha criado el universo y todo lo que hay en él. Aquel otro compone una historia, un poema, una tragedia, un romance, una novela, de que se imagina depende su reputacion, su fama,

su gloria: no le interrumpais; es necesario se dé prisa á acabarla, porque la muerte se acerca, y ¡qué dolor tan inconsolable si llegase antes que la hubiese dado la última mano, y levantado este monumento á su celebridad! Es verdad que él no conoce su propia naturaleza, el lugar que ocupa en el orden de los seres, su destino futuro, lo que puede esperar, ó debe temer; es verdad que no sabe si hay Dios, una verdadera Religion, cielo ni infierno; eso ¿qué importa? ya ha tiempo que sobre todas estas cosas tomó su determinacion; y no se inquieta, ni piensa en ello mas: yo *no lo entiendo*, dice, *no es evidente y claro para mí*, y con esto obra, como si fuese claro y evidente que todo ello no era mas que sueños y desvarios.

Si se pudiera evitar el infierno no pensando en él, seguramente se hallaria algun motivo á esta indolencia portentosa; mas por desgracia todo es al contrario: no pensar en el infierno, es el camino mas seguro para llegar á él. Apartar su espíritu del conocimiento de la verdad, ser á ella indiferente, ese es el pecado que Dios castiga allí, y ciertamente con justicia; porque si no queremos engañarnos, comprenderemos fácilmente que esta mentida indiferencia no es en realidad mas que un odio y aborrecimiento de la verdad.

Apelo sin temor á la experiencia general, y á la conciencia misma del indiferente: ¿no es verdad que siente una extrema repugnancia á todo lo que tiene visos de Religion, y le recuerda sus promesas y amenazas? no es verdad que interiormente desearia que ella fuese falsa? no es verdad que ha huído siempre la ocasion de instruirse en estos puntos por un secreto temor de verse convencido, ó al menos turbado, con las innumerables pruebas en que se apoya su certeza? no es verdad que se contrista, y aun irrita, quando en alguna de esas disputas, que no siempre es fácil evitar, se presenta á favor del Cristianismo alguna prueba, á la que nada plausible se puede responder? no es verdad, por el contrario, que se regocija interiormente, cuando se hacen objeciones contra él, y esto tanto mas vivamente quanto ellas aparecen mas sútiles y embarazosas? ¿Pues qué es todo esto sino odio á la verdad, y por consiguiente aborreci-

miento al mismo Dios, que es la verdad suprema? ¿Y deberemos admirarnos de que arroje de sí el Señor á los que le odian y aborrecen? ¿qué otra suerte podian ni debian prometerse estos desventurados?

No hay que buscar en otra parte que en el orgullo, y en la corrupcion del corazon humano, la causa de una disposicion tan deplorable. El hombre aborrece la sujecion, y cabalmente la Religion refrena todas sus inclinaciones. Cansado de un yugo tan pesado, trata de romperle ó sacudirle. Para esto se rodea de distracciones, se hace sordo á su impresion, se embriaga de placeres y sofismas con el objeto de sofocar con menos remordimientos una verdad que tanto le importuna: á la manera que un asesino, no envejecido aun en el crimen, se embriaga antes de cometer un homicidio. Su indiferencia hácia los dogmas nace de su aversion á las obligaciones: si no temiese á estas, admitiria gustosamente aquellos: más sabiendo que no se puede separar la regla de la fe de la regla de las costumbres, busca la independenciam de las acciones en la independenciam de los pensamientos, la libertad de obrar en la libertad de pensar. Quiere dudar, y duda: quiere á todo trance no creer, y su razon trabaja sin descansar en aniquilarse á sí misma. Verdadero suicidio moral, mil veces más digno de castigo que el que solo acaba con el cuerpo.

Que el bruto, privado de reflexion, viva y muera sin inquietarse de lo porvenir, nada tiene de extraño: esta indolencia es condicion suya natural y necesaria. Pero que el hombre, dotado de potencias incomparablemente más nobles, capaz de elevarse hasta la idea de Dios, y extender sus deseos y esperanzas á lo infinito, y abrazarlo con su pensamiento, se precipite desde esta altura hasta la baja condicion de las bestias; y como ellas no tenga más Dios que sus pasiones, y satisfacer sus apetitos, y disgustado de la herencia inmortal que le señala el Criador, les envidie hasta su nada, y la aniquilacion en que á la muerte han de sumirse, es cosa que confunde, que asombra; y no hay palabras para expresar el horror que inspira tan monstruosa degradacion.

Es pues sin contradiccion la ceguedad de la indiferencia el estado de más envilecimiento en que puede caer

una criatura racional. El único caso en que un hombre de razon podria permanecer indiferente sobre la Religion, seria aquel en que no tuviésemos interés alguno de saber si es falsa ó verdadera, ó medio alguno para asegurarnos de ello. En efecto, como observa profundamente Mr. de Bonald: «Es necesario que los indiferentistas supongan » que no hay en la Religion, tomada generalmente, y en » todas sus diferencias, nada de cierto ni de falso; ó que » si lo hay en ella, como en todas las otras cosas, el » hombre no tiene medio alguno de distinguirle; ó en » fin, que la Religion, sea falsa, sea verdadera, es igualmente indiferente para el hombre.

» La suposicion, continúa el mismo escritor, de que » todas las religiones son indiferentes, es insostenible en » toda buena filosofía. No hay filosofía sin un primer » principio, causa de todos los efectos físicos y morales, » así como no hay, ni puede haber aritmética sin una » primera *unidad*, madre, digámoslo así, de todos los » números; ó geometría sin un primer *punto* generador » de las líneas, superficies y sólidos. ¿Ni cómo es posible » suponer que nada hay de verdadero ni falso en religio- » nes opuestas entre sí; que al fin, sean como quieran, » son en todas partes la relacion verdadera ó falsa de » Dios al hombre, y del hombre á sus semejantes; la » razon del poder, la regla de los deberes, la sancion de » las leyes, la base de la sociedad? ¿cuando hay verdad » y falsedad, verdadero y falso en todo cuanto los hom- » bres alcanzan con su razon y sus pasiones; verdadero » y falso hasta en los *dramas*, en la *ópera*, y hasta en los » objetos más frívolos de nuestros conocimientos, y de » nuestros placeres? Pues si hay verdad y falsedad, ór- » den y desórden en las diversas religiones consideradas » en general; ¿cómo es posible, en buena filosofía, supo- » ner que el ser supremo, que es la inteligencia y verdad » por esencia, haya negado á los hombres, seres también » inteligentes y racionales, capaces de conocimiento y de » eleccion, de amar y aborrecer, los medios de distinguir » lo verdadero y lo falso en las relaciones que deben » tener y tienen con él? ¿de qué les serviria entonces, ni » para qué les habria dado ese ardor insaciable de saber, » y les habria permitido descubrir las relaciones que tie-

» nen hasta con las cosas insensibles? Y si el hombre  
 » puede distinguir lo bueno y lo malo, el bien y el mal,  
 » lo que hay ó no de bueno en las diversas religiones,  
 » ¿cómo le hemos de suponer indiferente al error y á la  
 » verdad, cuando no debe serlo á cosa alguna, y que la  
 » indiferencia es en él el carácter mas conocido y seguro  
 » de estupidez? »

Estas breves observaciones del filósofo mas profundo que ha aparecido y se ha conocido en Europa desde Malebranche, hacen ver claramente lo absurdo de los únicos principios en que se podría fundar la indiferencia de Religiones. Sometiendo de nuevo estos principios á un examen circunstanciado y rigoroso, esperamos no dejar excusa alguna racional ni á la credulidad que los adopta, ni á la mala fe de los que fingen adoptarlos. Para esto no se necesita talentos; el arte es necesario alguna vez para vestir al error con los colores de la verdad; pero para restituir á esta su esplendor, no se necesita mas que descorrer el velo con que se la ha pretendido cubrir.

A fin de que el lector siga fácilmente la discusion, conviene que de antemano se forme de ella una idea clara y distinta, conozca el fin adonde se dirige, y la senda y camino que le ha de llevar á él. Pues hé aquí en pocas palabras lo que vamos á establecer y el método y orden con que nos proponemos realizarlo.

Se ha querido decir que la Religion, verdadera ó falsa, es indiferente para el hombre; y nosotros haremos ver que, supuesta la existencia de una Religion verdadera, esta es para el hombre, tanto considerado en particular, como en union y sociedad con sus semejantes, y con respecto al mismo Dios, de la mayor importancia, de una importancia infinita: de donde se sigue que tiene un interés tambien infinito en cerciorarse si hay en efecto esta Religion verdadera, y por consiguiente que es una locura infinita querer permanecer indiferente. Para aclarar nuestros principios, aplicándolos á una Religion conocida, supondremos además que el Cristianismo es esta Religion verdadera, cuya importancia se trata de manifestar.

<sup>1</sup> *Sur la tolérance. Spectateur françois au XIV<sup>e</sup> siècle, tom. IV, pag. 72, 73.*

Se dice que todas las Religiones en sí son indiferentes; y nosotros probaremos que ninguna lo es en sí misma; que en toda Religion hay bien ó mal, verdad ó error; que necesariamente existe una Religion verdadera, es decir, una Religion de una verdad ó de una bondad absoluta; y que esta no lo es sino una sola; de donde se deduce la obligacion de abrazarla, si es posible el llegar á reconocerla.

Se dice que, aun cuando haya una Religion verdadera, el hombre no tiene medio alguno para distinguirla de las falsas; y nosotros probaremos que en todo tiempo han tenido los hombres un medio fácil y seguro de reconocer cual es la verdadera Religion; de donde resulta que la indiferencia es no solo un estado irracional, y destituido de todo fundamento, sino tambien criminal.

Dejamos á cada uno que juzgue por sí mismo de la fuerza de las pruebas que vamos á presentar; pues no queremos contestar á nadie este derecho. Pero diremos si, que el que rehusare examinar los fundamentos de la indiferencia, no se debe contar entre los indiferentistas dogmáticos. Por el hecho solo, él mismo se constituye en el número de aquellos insensatos, que queriendo á todo trance confundir los terrores de la conciencia con la repugnancia de la razon, temen mirar de frente á la verdad, y se forman contra ella una funesta muralla de tinieblas, defensa débil contra los remordimientos.

## CAPÍTULO IX.

Importancia de la Religion con respecto al hombre en general.

La felicidad es el fin natural del hombre, no hay uno que no desee de un modo invencible ser feliz; pero frecuentemente la razon incierta y las pasiones ciegas le extravían y llevan lejos del término á que aspira con tanto ardor. El bruto sometido á leyes invariables, toca seguramente á su destino: ni error, ni afeccion alguna

» nen hasta con las cosas insensibles? Y si el hombre  
 » puede distinguir lo bueno y lo malo, el bien y el mal,  
 » lo que hay ó no de bueno en las diversas religiones,  
 » ¿cómo le hemos de suponer indiferente al error y á la  
 » verdad, cuando no debe serlo á cosa alguna, y que la  
 » indiferencia es en él el carácter mas conocido y seguro  
 » de estupidez? »

Estas breves observaciones del filósofo mas profundo que ha aparecido y se ha conocido en Europa desde Malebranche, hacen ver claramente lo absurdo de los únicos principios en que se podría fundar la indiferencia de Religiones. Sometiendo de nuevo estos principios á un examen circunstanciado y rigoroso, esperamos no dejar excusa alguna racional ni á la credulidad que los adopta, ni á la mala fe de los que fingen adoptarlos. Para esto no se necesita talentos; el arte es necesario alguna vez para vestir al error con los colores de la verdad; pero para restituir á esta su esplendor, no se necesita mas que descorrer el velo con que se la ha pretendido cubrir.

A fin de que el lector siga fácilmente la discusion, conviene que de antemano se forme de ella una idea clara y distinta, conozca el fin adonde se dirige, y la senda y camino que le ha de llevar á él. Pues hé aquí en pocas palabras lo que vamos á establecer y el método y orden con que nos proponemos realizarlo.

Se ha querido decir que la Religión, verdadera ó falsa, es indiferente para el hombre; y nosotros haremos ver que, supuesta la existencia de una Religión verdadera, esta es para el hombre, tanto considerado en particular, como en union y sociedad con sus semejantes, y con respecto al mismo Dios, de la mayor importancia, de una importancia infinita: de donde se sigue que tiene un interés tambien infinito en cerciorarse si hay en efecto esta Religión verdadera, y por consiguiente que es una locura infinita querer permanecer indiferente. Para aclarar nuestros principios, aplicándolos á una Religión conocida, supondremos además que el Cristianismo es esta Religión verdadera, cuya importancia se trata de manifestar.

<sup>1</sup> *Sur la tolérance. Spectateur françois au XIV<sup>e</sup> siècle, tom. IV, pag. 72, 73.*

Se dice que todas las Religiones en sí son indiferentes; y nosotros probaremos que ninguna lo es en sí misma; que en toda Religión hay bien ó mal, verdad ó error; que necesariamente existe una Religión verdadera, es decir, una Religión de una verdad ó de una bondad absoluta; y que esta no lo es sino una sola; de donde se deduce la obligacion de abrazarla, si es posible el llegar á reconocerla.

Se dice que, aun cuando haya una Religión verdadera, el hombre no tiene medio alguno para distinguirla de las falsas; y nosotros probaremos que en todo tiempo han tenido los hombres un medio fácil y seguro de reconocer cual es la verdadera Religión; de donde resulta que la indiferencia es no solo un estado irracional, y destituido de todo fundamento, sino tambien criminal.

Dejamos á cada uno que juzgue por sí mismo de la fuerza de las pruebas que vamos á presentar; pues no queremos contestar á nadie este derecho. Pero diremos si, que el que rehusare examinar los fundamentos de la indiferencia, no se debe contar entre los indiferentistas dogmáticos. Por el hecho solo, él mismo se constituye en el número de aquellos insensatos, que queriendo á todo trance confundir los terrores de la conciencia con la repugnancia de la razon, temen mirar de frente á la verdad, y se forman contra ella una funesta muralla de tinieblas, defensa débil contra los remordimientos.

## CAPÍTULO IX.

Importancia de la Religión con respecto al hombre en general.

La felicidad es el fin natural del hombre, no hay uno que no desee de un modo invencible ser feliz; pero frecuentemente la razon incierta y las pasiones ciegas le extravían y llevan lejos del término á que aspira con tanto ardor. El bruto sometido á leyes invariables, toca seguramente á su destino: ni error, ni afeccion alguna

desordenada le separa del fin que le señaló la naturaleza; y la muerte, de que ni tiene prevision, y cuyos terrores desconoce, llegando para él en el momento en que sus órganos debilitados ya solo podrian hacerle experimentar sensaciones dolorosas y desagradables, es para él un beneficio.

No sucede así con el hombre: inteligente y libre, si ha de gozar de la felicidad, es necesario que la busque, y se aplique á distinguirla de la que no es mas que su sombra, ó imágen; que su voluntad la escoja libremente; y nunca en verdad se aparta mas de ella, que cuando, como el animal, obedece únicamente á sus apetitos. Las nobles facultades que degrada, vengando entonces sus derechos ultrajados, le hacen sentir bien presto, por la amargura que derraman en sus placeres, que hay para él otra ley que la de los sentidos.

La felicidad de las criaturas está y se encuentra en su perfeccion; y así cuanto mas se aproximan á esta, tanto mas se acercan á aquella. Hasta tanto que la consiguen, se las ve agitadas é inquietas, porque todo ser que no ha llegado á la perfeccion que le es propia, ó que no es todo lo que puede y debe ser, se halla en un estado de tránsito, y busca el lugar de su repóso, á la manera que un viajero, extraviado en países desconocidos, busca con ansia solícita su patria. Y es digno de notarse que todos los hombres, dominados sin advertirlo por el sentimiento de esta verdad, unen constantemente á la idea de la felicidad la del descanso y quietud, que en sí mismo no es mas que esa paz profunda é inalterable, de que necesariamente goza un ser que ha llegado á su perfeccion, y que tan sabiamente llama S. Agustin la *tranquilidad del orden*; y así cuando la Escritura quiere pintarnos la mansion horrorosa del sumo mal, nos la presenta como una region desolada, una tierra de oscuridad y de miseria, *de tinieblas y de muerte, de la cual está desterrado todo orden, y habita un horror, y espanto sempiterno*<sup>1</sup>.

Siendo pues la perfeccion de los seres relativa á su

<sup>1</sup> Terram miseriæ et tenebrarum, ubi umbra mortis, et nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat. *Job*, x, 22.

naturaleza, se sigue que ninguna criatura, y con particularidad el hombre, podria ser feliz sino por una perfecta conformidad á las leyes, que resultan de su naturaleza. En una palabra, que no hay dicha, ni felicidad sino en el orden; y que el orden es la fuente del bien, como el desorden del mal, tanto en el mundo moral como en el mundo fisico, lo mismo para los pueblos que para los individuos; y que cuando ellos desconocen esta verdad eterna, el castigo sigue de cerca, proporcionado siempre á la gravedad del desorden; y si este ha llegado á ser extremo, si un pueblo ó particular se hace, digámoslo así, culpable de un crimen ó delito capital, violando las leyes fundamentales de su ser, la naturaleza inexorable le castiga de muerte.

Mas para conformarse á las leyes del orden, es necesario conocerlas. Luego no hay felicidad para el hombre sin que se conozca á sí mismo, y sin que conozca á los otros seres y criaturas con quienes tiene relaciones necesarias, es decir, á sus semejantes; porque solo entre seres semejantes es en quienes se halla sociedad y relaciones necesarias. Y en efecto, el hombre puede conocer á Dios, y á sí mismo, y por consiguiente conocer las relaciones necesarias que le unen á Dios y á los otros hombres, y que se derivan de la naturaleza del hombre y de la de Dios. En otro caso seria un ser contradictorio, porque teniendo un fin, que es la perfeccion ó felicidad, no tendria medio alguno para conseguirla y alcanzarla.

Esto muestra claramente cuan absurda es la doctrina del fatalismo; porque si las acciones humanas fuesen efecto de una necesidad invencible, todas ellas se ordenarian necesariamente á la perfeccion del hombre, y por consiguiente, él seria siempre tan feliz cuanto puede serlo. Solo un ser libre puede obrar contra las leyes de su propia naturaleza; y así ni la desgracia, ni el desorden pueden explicarse sino por la libertad.

La naturaleza, que es inmutable, como que no es mas que el orden inmutablemente determinado por Dios, impone y prescribe al hombre leyes inmutables como ella; leyes necesarias, porque son la expresion de relaciones necesarias; leyes fuera de las cuales no se encuentra

paz ni felicidad, porque fuera de ellas no hay mas que desórden. Nadie les puede señalar su origen, ni menos nombrar su inventor. Se reconocen fácilmente por su antigüedad y universalidad, por no sé qué carácter de sencillez, de fuerza y de grandeza que las distingue esencialmente, y las conserva indestructibles en medio de las revoluciones de las costumbres, y de las vicisitudes de las opiniones.

Sin embargo, el hombre seducido por una falsa ciencia, ó arrastrado de las pasiones, frecuentemente se esfuerza á sustituir á esta legislación natural una legislación facticia, que es como intentar mudar su naturaleza, y la de los seres sus semejantes. De este modo, ya sea que tratando de establecerse arbitrariamente en sociedad con Dios, combine dogmas, é invente Religiones; ó que queriendo establecerse á su antojo en sociedad con los demás hombres, combine formas de gobierno, é invente constituciones; su vana sabiduría viene toda á parar en sustituir opiniones á creencias, pasiones á obligaciones y deberes, y á colocar, tanto en el Estado como en las familias é individuos, la agitación del desórden, y el frenesí de la disolución en vez de la tranquilidad del órden: siendo de notar que los mayores males que han afligido al género humano en todas épocas, han nacido de las constituciones arbitrarias, y de las Religiones inventadas á placer.

La Religion, la moral y la sociedad, son hechos generales como la gravedad y pesantez: leyes generales é independientes de nuestras ideas, como lo pueden ser las del equilibrio. En el punto en que se las mire como puras abstracciones, cuéntese todo perdido. Entonces una filosofía delirante lo querrá todo inventar, en política, en moral, en Religion; poco mas ó menos como si un fisiologista, que no viese en la vida y sus fenómenos más que un sistema voluntario, pretendiese inventar un nuevo modo de existir: locura á que efectivamente llegaron los estoicos, cuando en la imposibilidad de sustraerse á todas las penas y aflicciones del ánimo y del cuerpo, pusieron la felicidad en la insensibilidad á todos los dolores así morales como físicos; insensibilidad

incompatible con el modo de existir que es esencial al hombre.

Ni es menos frágil la base en que se apoyan los demás sistemas y teorías sobre la felicidad y sumo bien, que en tanto número inventaron los sabios de la antigüedad<sup>1</sup>: vacías de esperanza, no consideran al hombre sino en el breve espacio de esta vida, sin mirar al destino eterno que le ha de suceder: triste y vana filosofía, que se viene á estrellar contra el escollo de la muerte.

Conocer, amar, obrar, hé aquí el hombre, y lo que entre los demás animales le distingue. De la armonía de estas facultades, y su perfecto desarrollo, resulta la felicidad del individuo, porque es en un todo conforme al órden, ó á la naturaleza de los seres que sus facultades se desenvuelvan y desplieguen; y todo ser privado de una de ellas, ó en quien se encuentre ociosa por falta de objeto correspondiente á que se pueda aplicar, está en un estado contrario á su naturaleza, y por consiguiente doloroso.

El objeto propio del entendimiento ó de la facultad de conocer, es la verdad; luego la ignorancia, que es un estado de imperfeccion, y el error, que lo es de desórden mental, son contrarios á la naturaleza del ser inteligente, é incompatibles con la felicidad.

Así como lo verdadero es el objeto del entendimiento, así lo bueno lo es de la voluntad, como que lo es del amor; y como nada puede ser amado, sin que antes sea conocido, y el amor no es otra cosa en realidad que el goce y fruicion íntima de la verdad conocida, el amor depende de la inteligencia.

La inteligencia<sup>2</sup>, pues, es el principio del amor; y el

<sup>1</sup> Varron cuenta doscientos ochenta y ocho.

<sup>2</sup> Si por *inteligencia* entendemos el alma, no hay duda que ella es el principio del amor, como lo es del conocimiento, acción, etc., aunque obra por medio de sus potencias; de la manera que en el sentido de la vista el alma es la que ve, aunque se vale para ello de los ojos. Mas si por *inteligencia* se quiere significar el conocimiento ó acción de conocer, este podrá decirse principio remoto del amor, en cuanto *nihil est volitum quin præcognitum*: si la potencia misma, en igual forma, por cuanto el entendimiento impera á la voluntad para que elija y ame, aun cuando esta es la que media.

amor, principio de acción, tira á realizar exteriormente su objeto, es decir, el bien ó la verdad : y así está escrito de la verdad suprema revestida de nuestra humanidad por efecto de un amor infinito, *que pasaba siempre haciendo bien : pertransiit benefaciendo.*

El hombre, eficaz, activo por sus sentidos, y por ellos inclinado tambien á las cosas materiales, dividido de este modo entre dos amores y dos voluntades, que le impelen violentamente á contrarias direcciones, no podrá gozar de paz, sin que haya antes establecido el orden entre sus facultades, y sujetado los sentidos á la ley de la razón, ó de la verdad; orden que, en sus relaciones con las acciones de los seres libres, no es mas que la justicia inmutable del Hacedor : luego no hay felicidad sin virtud, ni virtud sin amor predominante de los bienes intelectuales, ó de la justicia y la verdad.

Quitad esta armonía y dependencia entre nuestras facultades, y en el instante vereis nacer del mismo desorden la pena, el dolor, que no cesarán sino cuando se acabe aquél. El hombre en el estado de ignorancia vive, y obra á ciegas; ni sabe lo que debe amar, ni lo que es lícito y se puede permitir; ni lo que debe huir, y el orden le manda evitar; y si la ignorancia es total, como en el idiotismo absoluto, se acaba todo amor, toda acción se destruye, y el individuo muere<sup>1</sup>, á menos que una inteli-

tamente ama y elige. Del mismo modo la *voluntad* ó el *amor*, que es acción suya, se dice justamente principio de acción ó de obrar, por cuanto ella es la que impele á las potencias exteriores á la ejecución. Nos ha parecido conveniente dar esta explicación por las diversas acepciones que pueden darse á esta voz *inteligencia*, no queriendo limitarla á una sola por no hacerlo con el sentido del autor, y parecernos que las dichas expresiones deben acomodarse unas veces á la misma alma, y otras á sus potencias.

1 Dos sentidos admiten estas frases, expresiones ó locuciones : uno en el orden *intelectual* ó *racional*; otro en el orden *físico*, como contrapuesto al *intelectual* : no podemos persuadirnos que M. de L. M. hable del *orden físico*, á pesar que las expresiones suenan despues *muerte física, aun del cuerpo*; porque en este caso los que nacen estúpidos que nada entienden; los escépticos que de todo dudan; los ateos que nada creen, y los hombres entregados á la sensualidad y á todos los vicios, deberían morir al principio de su

gencia extraña le conserve. El error, viciando al amor, desarregla las acciones, y pone al hombre en relaciones

carrera, y es indudable que cuanto mas estúpidos, viven mas y mas sanos, como que viven y obran sin aprension; y aun en el *orden moral* los impíos prosperan, segun la expresión de un profeta, y sabemos que en esta vida se han prolongado hasta la ancianidad. Por lo mismo creemos que las indicadas expresiones deberán entenderse en el primer sentido, ó en el *orden intelectual*. No puede dudarse que la ignorancia es una especie de enfermedad intelectual, y que el error es una verdadera llaga del entendimiento, como los crímenes lo son de la voluntad; pero jamás la ignorancia ni el error podrán disminuir, ni mucho menos extinguir, ó hacer que el *ser* de la inteligencia se destruya, ni aun es posible esta total extincion, ni menos la destruccion de su *ser intelectual*, y por consiguiente ni el *físico* ó el *cuerpo*. El *ser* de la inteligencia en todo sistema filosófico, ó es el alma, que en cuanto aprende, juzga y discurre se llama *entendimiento*, ó si quieren *inteligencia*, y en cuanto desea y ama se llama *voluntad*; ó bien la alma tiene sus potencias ó facultades para entender y conocer, y á esta llamamos *entendimiento*, y para querer y amar el bien, y llamamos *voluntad* : en cualquiera de estos sistemas, así la facultad ó el *ser intelectual*, y el *ser volitivo*, es un ser espiritual, incapaz por lo mismo ni de disminucion, ni menos de extincion ó destruccion, como prueba santo Tomás; y es tan evidente, que la sustancia espiritual no tiene en si mismo principio alguno de destruccion, ni causa alguna extrínseca que pueda obrar en ella esta muerte, sino el mismo criador, el cual conserva, no destruye ni aniquila los seres que ha criado, que no podemos persuadirnos sea este el sentido de La Mennais, ni que se le pueda haber ocurrido una idea tan extravagante, y que repugna al mismo sentido comun. Resta pues únicamente que esta disminucion ó extincion del ser inteligente, se entienda en cuanto á la *inclinacion* del entendimiento y de la voluntad á sus respectivos objetos : esta *inclinacion* puede disminuirse, debilitarse, como en efecto se ha disminuido y debilitado por el pecado original, cuyas dos llagas principales son la ignorancia y la malicia, herencia de todos los hombres, y se debilita asimismo por la multiplicacion de pecados; pero jamás puede extinguirse ni destruirse su *ser*, porque es la misma sustancia espiritual; y así dice santo Tomas que ni en los demonios ni en los condenados se destruye esta inclinacion, antes bien de ella misma dimanen los remordimientos de conciencia que los atormentan. Debemos pues decir, que cuando La Mennais afirma que el error causa disminucion del *ser* en la inteligencia, habla del ejercicio ó de la acción propia del entendimiento, y lo mismo se ha de decir de la voluntad; porque si el entendimiento llegase

falsas, y por consiguiente dolorosas con sus semejantes. Si permaneciendo la verdad en el entendimiento, la voluntad se extravía, se enciende entre la razón y las pasiones una guerra terrible que desconcierta, y constrieta el alma, y es lo que forma los remordimientos con sus terrores y angustias insufribles. Cuando los sentidos, ú órganos destinados á servir<sup>1</sup>, se llegan á apoderar del mando y del poder, el desórden llega hasta lo sumo; todo perece, la inteligencia, el amor, el cuerpo mismo<sup>2</sup>. Cuando estábamos sometidos á la ley de la carne, dice enérgicamente ese libro divino en que se encuentra toda verdad, obrando en nuestros miembros las pasiones desahregadas, daban frutos de muerte<sup>3</sup>.

Es pues la primera condicion de la felicidad, que las diversas facultades del hombre estén convenientemente ordenadas entre sí, y que cada una goce de su objeto propio y peculiar. Alcanzar su perfecto desarrollo, y gozar cada una del objeto que le corresponde en toda la extension de que es capaz, es indudablemente la segunda. Ahora bien, los deseos, no las obras, son el índice seguro de esta capacidad; y en efecto, el hombre que

á una privación total de la verdad ó del amor, se acabaria toda accion del entendimiento y voluntad, como que realmente carecian de objeto, y á esto sin duda llama La Mennais *extincion, destruccion, muerte*; porque, así como cuando vemos á un hombre sin accion ni movimiento decimos que está muerto, así el entendimiento y la voluntad sin accion pueden llamarse muertos intelectualmente, porque no darian en este caso señal alguna de vida; y aun en esta posibilidad de esta hipótesis, podria ser tal el trastorno de los sentidos que aun el cuerpo mismo muriese como dice La Mennais. Nos hemos extendido en su explicacion para que nuestros lectores no hallen el menor tropiezo en una obra tan interesante.

<sup>1</sup> Es bien conocida la hermosa definicion que da del hombre M. de Bonald, á saber: *El hombre es una inteligencia servida por órganos corporales.*

<sup>2</sup> Entiéndese en cuanto los placeres sensuales embotan el entendimiento y embrutecen, y aun abandonándose ó entregándose desmedidamente á ellos, gastan el cuerpo, acaban la salud, y quitan la vida prematuralmente. Véase la cita anterior.

<sup>3</sup> Cum enim essemus in carne, passiones peccatorum.... operabantur in membris nostris, ut fructificarent morti. *Ep. ad Rom.* vu, 5.

siente en sí un deseo infinito de saber y de amar, porque puede y debe conocer la verdad infinita, y amar el sumo bien, no se ve atormentado de un deseo infinito de obrar, porque su accion, como ser físico, es natural y necesariamente limitada. El sabio que desea conocer las leyes del movimiento de los astros, y trabaja y vela por descubrirlas, no piensa en someterlas á su voluntad; porque sabe que su poder de obrar es limitado, y su inteligencia no conoce límites.

Sentados estos principios, consideremos á la filosofía y á la Religion relativamente á la felicidad: y para comenzar por la primera, digasen de buena fe: ¿qué verdades son las que ella nos revela, y presenta á nuestra consideracion? ¿qué bienes son los que nos ofrece, los deberes y obligaciones que nos prescribe? ¿Qué nos enseña del lugar que ocupamos en el órden de los seres? ¿qué de nuestro origen, de nuestra naturaleza, y nuestro último fin? ¡Ay! Mas débil é impotente aun que presuntuosa, burla ó degrada todas nuestras facultades y potencias. Nuestro entendimiento reclama, y le pide la verdad infinita, que es la única proporcionada á sus deseos, y ella no le presenta mas que dudas, conjeturas vanas, absurdos palpables. Todas las creencias huyen á su vista; y cayendo ella como un sifon, ó un furioso torbellino sobre el entendimiento humano, trastorna todos los principios, arranca de raíz todas las ideas, acaba, destruye todas las esperanzas. Los sistemas son tantos en número como los filósofos, y tan vagos y fugaces como los sueños de la noche. Representémonos un hombre á quien el deseo de la verdad, natural á todos los seres racionales, le excita á buscarla, y que con este objeto, auxiliado de una razon recta, emprende el exámen de los sistemas filosóficos. ¿Qué oscuridades; ¡cuántas incertidumbres! ¿qué de contradicciones! ¿qué mar inmenso se le presenta, cuyas riberas nadie hasta ahora ha podido divisar! O tú, á quien engaña la esperanza de descubrir en él algun dia el dichoso puerto á que aspiras, cree á la experiencia de los viajeros desengañados, y escucha la voz de Rousseau. «Yo he consultado, le dice, á los filósofos, he ojeado sus libros, he examinado sus diversas opiniones; á todos los hallo soberbios, orgullosos, de-

» cisivos, aun en su pretendido escepticismo; gentes que  
 » nada ignoran, todo lo saben, nada prueban, y se bur-  
 » lan unos de otros; y este punto, que es comun á todos,  
 » me parece el único en que todos tienen razon. Triun-  
 » fantes y exaltados cuando atacan, son cobardes y sin  
 » vigor cuando se defienden. Si quereis examinar sus  
 » razones, no las tienen sino para destruir; si contais los  
 » votos, cada uno está reducido al suyo; en nada se  
 » avienen sino en disputarlo todo<sup>1</sup>. »

Pero el hombre, en los pocos momentos de vida que se le conceden, no está destinado para disputar: lo está si para conocer, y obrar, y por consiguiente para creer; y ¡ay de aquél á quien la duda le abre las puertas del sepulcro!

« Yo pienso, añade Rousseau, que la cortedad del espí-  
 » ritu humano es la primera causa de esta prodigiosa di-  
 » versidad de sentimientos, y el orgullo la segunda. No  
 » tenemos las medidas de esta máquina inmensa; ni  
 » podemos calcular sus relaciones, ni conocemos sus pri-  
 » meras leyes, ni su causa final; ignoramos lo que somos  
 » nosotros mismos; no conocemos ni cual es nuestra na-  
 » turaleza, ni nuestro principio activo; apenas sabemos  
 » si el hombre es un ser simple ó compuesto: por todas  
 » partes nos rodean misterios impenetrables y superiores  
 » al orden sensible: creemos tener inteligencia, y no te-  
 » nemos mas que imaginacion. Cada uno se abre al tra-  
 » vés de este mundo imaginario un camino que juzga ser  
 » el único verdadero; mas nadie puede saber si el suyo  
 » es el que lleva al término<sup>2</sup>. »

¡Extraña condición por cierto la del hombre; siempre aspirando con un ardor inexplicable al goce y posesion de la verdad, y sin poder estar jamás seguro si en lugar de ella abraza la mentira y el error! Incapaz naturalmente de alcanzar la certidumbre, la duda es un suplido para él. Sin embargo, como observa Pascal, « es necesario que cada uno tome su partido, y se decida » y determine, é indispensablemente se coloque ó en las » filas del *dogmatismo*, ó bien del *pirronismo*: porque el » que pensare quedarse neutral, seria pirronista en sumo

<sup>1</sup> *Emile*, t. III, p. 27. — <sup>2</sup> *Emile*, t. III, p. 28.

» grado: esta neutralidad es la esencia del pirronismo;  
 » el que no está contra ellos, está manifiestamente á su  
 » favor. ¿Qué hará pues el hombre en este estado? ¿du-  
 » dará de todo? ¿dudará si está despierto, si le punzan,  
 » ó le queman, cuando experimenta esta sensacion? ¿du-  
 » dará si duda? ¿dudará aun si existe ó no? Es imposi-  
 » ble, llegar hasta aquí, y no temo asegurar que no ha  
 » habido jamás un pirronista que pueda decirse efectiva  
 » y perfectamente tal. La naturaleza sostiene á la razon  
 » débil, y la impide llegue á extraviarse hasta este extre-  
 » mo; Dirá por el contrario que posee con certeza la ver-  
 » dad, cuando, á pocas instancias que se le hagan, no  
 » puede mostrar título ni dar razon alguna de ella, y  
 » está precisado á abandonarla?

» ¿Quién desembrollará este caos tan profundo? La  
 » naturaleza confunde á los pirrónicos, y la razon á los  
 » dogmatistas. ¿Qué será pues de tí, ó hombre; en qué,  
 » ó dónde irás á parar inquiriendo tu verdadera condi-  
 » cion por tu misma razon natural? Ni puedes evitar una  
 » de estas sectas, ni subsistir tampoco en ninguna de  
 » ellas<sup>1</sup>. »

Criado el hombre para obedecer á las leyes del orden, para vivir en sociedad con Dios, autor y vínculo de todos los seres<sup>2</sup>, para poseer la verdad infinita por la inteligencia, y gozar de ella por el amor; si por desgracia la pierde, no viendo ya entonces cosa mas grande ni mas perfecta que á sí mismo, comienza á amarse sin medida en su interior, á enamorarse ciegamente de lo mas intimo que hay en sí, de su pensamiento y sensaciones; y, consiguiente en el desorden, despues de haberse elegido á sí mismo por objeto de un amor infinito, se constituye centro de todas las cosas, se hace un Dios: y la vana filosofía no viene á ser otra cosa que la idolatría del hombre, idolatría la mas funesta de todas, porque exal-

<sup>1</sup> *Pensées de Pascal*, chap. xxxi, édit. de Paris, in-12.

<sup>2</sup> Quitad á Dios del mundo, y todos ellos se desquician y desordenan: parecen entonces un monton de materiales para una obra, sin orden y sin conexion: poned á Dios, y todo está ordenado. ¡Cuán otros aparecen colocados por el sabio arquitecto en su lugar;

tando el egoísmo hasta lo infinito, rompe todos los vínculos sociales.

Ciertamente, si hay un espectáculo triste y lastimoso, digno de compasión, es el de una criatura débil, ignorante, oprimida por la calamidad, que habiendo perdido de vista su verdadero fin, remueve con furiosa obstinación este fondo inmenso de miseria, para buscar en él su bien y su tranquilidad. Verácela á esta desventurada criatura recorriendo el árido desierto de la vida, saltar de gozo y de contento al hallazgo de los mas viles placeres, á la manera que los salvajes mas embrutecidos dan gritos de alegría, cuando errantes y hambrientos por medio de los bosques, descubren cerca de sí algunas frutas silvestres, ó los restos asquerosos de alguna presa abandonada de las fieras.

Todas las teorías filosóficas sobre la *felicidad* se reducen á los sistemas de Epicuro y de Zenon, diversamente combinados y modificados; y por la razón poco antes indicada, en las acciones y deseos del hombre separado de Dios, todo, en último resultado, se refiere y ordena al orgullo ó al placer. Se ama con un amor infinito en lo que hay mas íntimo y mas grande en sí, á saber, su pensamiento é inteligencia. Pero este amor, léjos de hacerle feliz, le atormenta y le fatiga, porque siendo evidentemente desproporcionado á su objeto, y pidiendo sin cesar un nuevo alimento, que rara vez llega á obtener, y que jamás le sacia y satisface, le obliga á confesar su extrema indigencia, y á pesar de sus repugnancias le detiene y fija en el sentimiento penoso de su imperfección. El deseo de gloria, los empleos y destinos, los honores, la pasión del estudio, el amor de las riquezas, cuando no tienen á los placeres físicos por fin ulterior; los enajenamientos y delicadezas suspicaces de la sensibilidad, las mismas virtudes puramente morales no son, si me es lícito hablar así, mas que tentativas del orgullo, para alejar de sí este sentimiento doloroso. Se esfuerza á suplir la perfección absoluta por una superioridad únicamente relativa. Engañado de esta vana esperanza, el hombre trabaja para elevarse sobre sus semejantes en poder, en reputación, ciencia y riquezas, y no hay ven-

taja, por mezquina que sea, aun en lo corporal, donde la vanidad no vaya á buscar deleites y placeres.

Mas aun cuando llegase á poseer todas estas ventajas juntas, todo esto nunca seria mas que posesión del hombre imperfecto y miserable, y el corazón no tardaria en pedirle nuevos bienes. *Yo he sido todo*, decia el emperador Severo, que desde la última clase del ejército, de simple soldado habia llegado á ser emperador, y ocupar el trono de los Cesares; *yo he sido todo, y por la experiencia he visto que este todo de nada sirve*<sup>1</sup>. Hé aquí el resultado de treinta años de trabajo, y de una ambición afortunada. Recorred los otros campos de la gloria; preguntad á los filósofos y favorecidos de las musas, desde Homero y Plinio el viejo, hasta Voltaire y Diderot, y donde quiera no oireis mas que quejas amargas, llantos y gritos de dolor. Semejantes á los dioses del paganismo, á quienes la polilla y los gusanos roían en sus mismos altares, el tedio, la zozobra, el disgusto y aversión despedazan en secreto esas almas soberbias, cuya felicidad envidia un vulgo necio.

Lo mismo podemos decir de las otras condiciones y estados, porque el orgullo alcanza á todos. Plebeyos, grandes, sabios, ignorantes, todos se fatigan y anhelan por ser admirados, y elevarse en el concepto de los otros, y en su propia imaginación. Casi todas las vanas ocupaciones de los hombres no tienen otro fin: solo por esto, únicamente por engrandecer la idea que tienen formada de sí mismos, uno devasta, abrasa, asola toda la tierra, y otro pasa la vida en estudiar sus producciones; aquél se encierra en su gabinete para escribir un libro, y este se va á hacer matar á mil leguas de aquí, por obtener un pedazo de cinta, que ensalzándole en su propia estimación, le distraerá, á su parecer, de la memoria importuna de su miseria, y de su nada. No tienen otro móvil nuestras opiniones y diversiones las mas frívolas: buscamos ansiosamente en ellas un sentimiento de superioridad, cualquiera que él sea, que nos oculte nuestra imperfección real; y nuestro orgullo es á un tiempo tan desordenado é indigente, que cualquie-

<sup>1</sup> Omnia fui, et nihil expedit.

ra cosa le sirve de pábulo y alimento; la suerte de una carta, la vuelta favorable de un dado, y lo que sin horrorizarse, no se puede imaginar, hasta la separacion misma de Dios, y la pérdida de toda esperanza.

Hé aquí en lo que venimos á parar cuando empeñados en buscar en nosotros mismos la felicidad y nuestro bien, nos lisonjeamos de encontrarla en la triste contemplacion de nuestra excelencia propia. Y como donde no hay regla ó verdad, todo es exceso y desórden, esta especie de culto intelectual y de adoracion, que el hombre se tributa, le conduce á un desprecio excesivo de sí mismo. Fatigado de un trabajo sin fruto, y sin utilidad, se abate y envilece tanto, cuanto antes se habia querido elevar. Desprecia, desdeña su inteligencia, su razon, y la degrada hasta preferirle el instinto de los brutos. Le da en rostro, y reconviene de haberle engañado con promesas lisonjeras, y buscando en adelante un bien estar, una felicidad independiente de su alma, ama en sí sus mas ciegas sensaciones, segun la profunda observacion del Apóstol: « Teniendo oscurecido con espesas tinieblas » el entendimiento; separados de la vida de Dios por » la ignorancia que produce en ellos la ceguedad de su » corazon, se abandonan ya desesperados á la disolucion » y á todas las obras de impureza<sup>1</sup>. »

Pero siendo mucho mayor aquí la desproporcion entre el amor y su objeto, entre las facultades y los deseos, el hombre nunca es mas miserable que cuando se abandona, y deja dominar de los sentidos. Todo el ser moral padece entonces, y á la momentánea embriaguez del deleite ó del placer, sucede repentinamente la turbacion, el remordimiento devorador, largas y dolorosas angustias.

Lo hemos dicho, los placeres físicos, cuando el hombre apeteciéndolos por sí mismos, hace consistir en ellos su felicidad, destruyen la inteligencia, el amor, el cuerpo mismo, porque pidiendo á los órganos un bien infinito, ó

<sup>1</sup> Tenebris obscuratum habentes intellectum, alienati à vita Dei, per ignorantiam quæ est in illis, propter cæcitatem cordis ipsorum, qui desperantes, semetipsos tradiderunt impuditiæ, in operationem immunditiæ omnis. *Ad Ephes.* iv, 18, 19.

una accion infinita; el hombre trastorna las leyes fundamentales de su ser, y rompe, quiebra el frágil instrumento que le fué dado para muy distinto fin.

Los filósofos materialistas, que no ven en el hombre mas que los sentidos, muestran una aversion, y un odio insuperable á la castidad, y esto solo basta para probar cuan perniciosa y falsa es su doctrina, aun considerada solo con respecto á la vida presente. Porque la castidad, antes de ser un deber ú obligacion moral, es una ley de conservacion que la naturaleza impone á todos los vivientes; y si ella es tambien una obligacion para el ser moral, en parte es, porque es una ley para el ser físico. Así es que los animales, si se exceptúan algunos cortos momentos destinados á la reproduccion, son castos por instinto, sin lo cual, mucho tiempo ha las especies hubieran perecido, se habrian acabado. Léjos de que la union de los dos sexos tenga por fin el deleite ó el placer, este deseado y buscado como fin, contraria directamente las miras de la naturaleza en esta union, y se encamina aun á alejar al un sexo del otro, introduciendo costumbres infames, harto comunes entre los antiguos, y justificadas y aconsejadas por los filósofos de hoy. « ¡O, y qué criatura » tan vil y despreciable es el hombre, si no conoce que » hay en él alguna cosa celestial que lo eleva de estas » cosas materiales y sensibles<sup>1</sup>! »

Por poco que haya conservado, no digo de conciencia, de gusto á la virtud, ni de respeto de sí mismo, sino únicamente de prevision y de razon, nunca jamás se ha oido que hombre alguno haya llegado á engañarse hasta el extremo de poner la felicidad en una pasion brutal, que tarde ó temprano conduce al último exceso de miseria, envilecimiento y degradacion. Aprenda, aprenda la fogosa juventud, contemplando las funestas consecuencias del desarreglo de los sentidos, á reprimir sus funestos apetitos, que fácilmente enfrena una voluntad decidida, y que eficazmente lo desea.

El primer efecto, y efecto inevitable de los hábitos y costumbres voluptuosas, es embotar las pasiones del alma, y excluir de ella todo otro pensamiento que no sea

<sup>1</sup> Montaigne.

el de los hediondos y viles placeres de que se halla esclavizada. Distruido y disipado el espíritu por deseos que se reproducen sin cesar, y rodeado de fantasmas impuros, pierde su vigor y su fecundidad; se altera todo y descaece; la memoria se pierde, el carácter se enerva y debilita, y se endurece el corazón. Ya no se sabe lo que es amar, ni tener compasión, ni derramar deliciosas lágrimas de ternura ó enternecimiento. El semblante mismo se reviste de una expresión ceñuda y desagradable. Las facciones muertas y apagadas anuncian que el manantial, la fuente de los dulces sentimientos de las emociones puras, de las alegrías inocentes se ha secado y extinguido. Se diría que la vida se había refugiado toda entera, y concentrado en los órganos de los sentidos. Pero estos mismos órganos, gastándose prontamente, se ven acometidos de tropel por los achaques, dolencias, enfermedades y dolores.

He visto, y ¡ay! no se borrará este espectáculo jamás de mi memoria; he visto algunas de estas desgraciadas víctimas de una pasión devoradora, en la flor de la edad ofrecer ya la asquerosa imagen de una completa decrepitud. La frente calva, las mejillas pálidas y hundidas, el mirar lleno de una tristeza estúpida, el cuerpo trémulo y como encorbado bajo el peso del vicio, cadavéricos, sin acción, sin pensamientos, sin amor, víctimas horribles ya de la disolución; á su aspecto parecíame oír los pasos de los sepultureros que venían á toda prisa á llevarse aquel cadáver.

¡Hasta tal extremo, sin embargo, puede la filosofía degradar al hombre! ¡oh y qué bien justifica por los efectos, lo que no ha tenido rubor de sostener de palabra como un principio incontestable, *que entre el hombre y el bruto no hay mas diferencia real que la del vestido* <sup>1</sup>! Pero esto era colocarle aun á demasiada altura, y para ser consiguiente, es necesario hacerle inferior á las bestias, porque al fin estas, mas felices en esta parte que el hombre, no están como él atormentadas de deseos inútiles, y obedecen á leyes inmutables que las conservan y

<sup>1</sup> *Essai sur les régnes de Claude et de Néron*, tom. II, pag. 140.

conducen á la perfección que les corresponde. ¡Oh hombre! que hablas con tanto orgullo de tu dignidad y grandeza, descende, baja de ese trono que formaste en tu imaginación y en tu pensamiento; la filosofía te lo manda: ven á colocarte detrás de los brutos animales; mas ilustrados y nobles que tú; y sacia tus deseos disgustados ya y fastidiados de Dios, con los deleites vergonzosos é inmundos, que ellos te abandonan sin pesar y sentimiento.

Los dos sistemas absolutos de felicidad, fundados el uno en el orgullo, y el otro sobre los deleites, se combinan y modifican al infinito, segun el carácter, temperamento, preocupaciones y situación de cada individuo; y se puede observar, como una nueva prueba de la influencia necesaria de las doctrinas sobre las acciones, que los filósofos no varían menos en sus reglas prácticas de conducta que en sus principios especulativos, y que hay constantemente una relación exacta entre estos principios y estas reglas. Y como el principio mas general de la filosofía es que no hay ningún principio enteramente cierto, ni ninguna verdad absolutamente incontestable, su regla de conducta principal y mas general es tambien, que no hay regla alguna ciertamente verdadera, ó absolutamente obligatoria. De manera, que siendo todo arbitrario, y la verdad misma no siendo tampoco ya el objeto eternamente subsistente de la inteligencia, sino una operación, abstracta del entendimiento, una propiedad, digámoslo así, individual, las voluntades individuales suceden, y se sustituyen á las leyes inmutables del orden; y el hombre, independiente de todo, aislado, separado de sus semejantes, alejado de su Hacedor, rey de la nada que él ha creado al rededor de sí, queda dueño y señor absoluto de creer, amar, y obrar á su arbitrio y segun sus caprichos.

— Pero por mas que haga, no podrá mudar la naturaleza de las cosas, ni hallar la paz en el seno del desorden. El único deber, dicen, la única obligación es hacerse feliz; cuando al contrario, la verdadera, única y sólida felicidad es sujetarse, y ceñirse á la práctica rigurosa de los deberes y obligaciones. Júntense en uno todos los deleites y placeres, diversifíquense cuanto quieran, multiplíquense sin fin, no se tardará mucho en sentir su insuficiencia y

vacío. Estos frutos de la tierra, incapaces de satisfacer el hambre del corazón, aunque alhagüenos en lo exterior, ocultan todos una secreta y punzante amargura. Los deleites, y las afecciones mismas se gastan y consumen, con dolor y prontitud; y son bien conocidas las quejas lamentables que arrancaba al gran Bossuet la inconstancia de nuestras amistades pasajeras, *que se van y pasan con los años, y los intereses*. Lo mismo sucede á ese ardor, y esa ansia que nos arrastra hácia las ciencias, igualmente que á los dulces sueños, é ilusiones encantadoras con que nos saboreamos en la juventud. Todo pasa, y no deja en pos de sí mas que el disgusto, la ansiedad, y ese *tedio inexorable que forma el fondo de la vida humana*<sup>1</sup>. Así es que todo lo que no hemos aun experimentado, lo que nos es desconocido, viene á ser para nosotros una especie de infinito que el alma abraza ansiosamente, como un objeto proporcionado á la extension de sus deseos. Pero cuando ella á pocos momentos advierte y conoce su error; cuando descubre la limitacion, y siente el vacío, y la nada de aquel objeto que la embelesaba y seducia; entonces el encanto cesa, y cae en una tristeza profunda; repeliendo, y alejando de sí hasta la esperanza, se alimenta con un gozo sombrío y melancólico de sus propias angustias, y busca en una estupidez, á que siguen largos sufrimientos, una fria imágen de descanso. Recurso vano; la enfermedad va en aumento, y en llegando á su último término, conduce á los desgraciados que están tocados de ella, á un crimen execrable, el único irremisible, porque es el único de que no se da ya arrepentimiento. Arrojadlos léjos de la fuente de la verdad y del amor, se libran de una existencia que se les ha hecho intolerable; y el alma, privada de todo bien, pretende sepultarse bajo las ruinas del cuerpo, al modo que un rey destronado se sepulta bajo las de su palacio.

Y no nos imaginemos que graduando y mezclando artificiosamente los placeres, corriendo perpetuamente de unos en otros, se pueda prevenir el tedio, y satisfacer plenamente los deseos. No; porque además de que á ninguno es posible evitar los innumerables males anejos á

1 Bossuet.

esta vida presente, las enfermedades, los pesares, desazones, achaques y dolencias de la edad, la pérdida de los amigos y de los parientes, las injusticias, é ingraticudes; además de que las ventajas de la condicion, talento, del cuerpo y de la fortuna no dependen en manera alguna de nuestra voluntad, hay tambien entre los bienes de aquí bajo, y las necesidades de nuestro corazón, una desproporcion que no hay medio alguno en el mundo que pueda hacerla desaparecer. Pero sobre todo, aun cuando estos bienes fuesen tan reales y verdaderos como son vanos y quiméricos, no por eso, serian tampoco mas á propósito, en suposicion de que todo se acabe para nosotros en la muerte, para procurar la felicidad á que aspiramos. Siendo como somos criaturas finitas, y por el hecho mismo esencialmente limitadas, incapaces de abrazar á un tiempo todas las verdades que querríamos conocer, y todas las perfecciones que desearíamos amar, solo por una serie infinita de actos sucesivos podemos llegar á tocar el término á que nos dirigimos, y alcanzar el fin para que fuimos criados: de donde se sigue que siendo necesaria una duracion sin término ó eterna, para el cumplimiento de nuestros deseos, ó el desarrollo perfecto de nuestras facultades, la filosofía que no anuncia al hombre mas que la nada, es tan contraria á su naturaleza como conforme la Religion que le promete la inmortalidad. Y ciertamente, si hubo jamás una doctrina bárbara y desconsoladora, eslo sin duda la que dice á los hombres, condenados por la mayor parte á duros y continuos trabajos, á la indigencia, privaciones, abatimientos y dolores de toda especie: *Padeded y morid*; esa es vuestra herencia, no esperéis otra jamás.

Rousseau, á pesar de sus extravíos, tuvo á lo menos horror de esta triste y desoladora filosofía. «Tiemblo,» escribia á un discípulo de Diderot, y me estremezco al veros contristar, y afligir á la Religion en vuestros escritos. Desconfiad, querido Deleyre, de vuestro genio satírico. Sobre todo, aprended á respetar la Religion; la humanidad misma os impone este respeto. Los grandes, los ricos, los dichosos del siglo se regocijarian en extremo de que no hubiese Dios; pero la esperanza de otra vida consuela en esta al pueblo y al miserable des-

» dichado. ¡Qué crueldad, el quererles quitar tambien » esta esperanza <sup>1</sup>! »

Por lo demás, ya hemos visto á que se reduce, y que es en sustancia esa pretendida é imaginada felicidad de los grandes, ricos, y afortunados del mundo. Vista de léjos, se asemejan á aquellos maravillosos y encantadores palacios que parecen descubrirse en el horizonte de los mares que bañan las riberas de Nápoles: acercaos, ¿y qué hallais? vapores condensados, y nubes preñadas de tempestades y borrascas.

Y no olvidemos que el mérito y valor de los bienes no depende únicamente de su naturaleza, sino tambien de

<sup>1</sup> *Oeuvres de Rousseau*, édit. de Paris, 1788, tom. XXXI, pag. 202. Alejandro Deleyre, criado en sus primeros años con buenos maestros, mostró por algun tiempo una piedad ejemplar; pero por desgracia habiendo trabado en Paris amistad con Montesquieu, D'Alembert, Diderot, Rousseau y Duclous, se impregnó en los principios filosóficos. Compuso varios artículos para la Enciclopedia, entre otros el de *fanatismo*, con un tono, y tal *fanatismo filosófico*, que motivó esta carta de Rousseau. Pero Deleyre no se aprovechó de unos consejos que por otra parte Rousseau no apoyaba con su ejemplo. Su impiedad era tal, que los sacerdotes de su parroquia se negaron á celebrar su matrimonio. Publicó entre otras obras el *Genio de Montesquieu*, y el *Espíritu de Saint-Evremont*; y por el favor del duque de Nivernais obtuvo la plaza de secretario de los carabineros: despues fué agregado á la embajada de Viena, y nombrado bibliotecario para la educacion del duque de Parma, cuyo ayo principal era Condillac. En qué manos se ponian los destinos de los Principes! Vuelto á Paris, con una pension de dos mil libras, ayudó á Raynal en la eleccion de materiales para su *Historia del Comercio de las Dos Indias*. Empapado en todas las ideas liberales sobre la *Soberanía del Pueblo*, abrazó con furor la causa de la revolución. Diputado á la *Convencion*, votó la muerte del rey Luis, sin apelacion, y pronunció con esta ocasion un discurso lleno de invectivas contra los reyes y sacerdotes; que siempre los enemigos del altar lo han sido del trono. En 1795 tuvo la direccion de las escuelas *normales*, en seguida fué miembro del consejo de los *quinientos*; y al fin en la ereccion del *Instituto*, constituido individuo en la clase de las ciencias políticas y morales. Murió el 1797. ¿Qué influjo el de las buenas ó malas compañías! Deleyre, súbdito fiel, bueno, piadoso con los buenos, por juntarse con los filósofos se convirtió en un impio y un regicida: temen los padres descuidados por sus hijos, y velen sobre ellos.

su duracion. Contenta y se goza poco de lo que al momento nos falta, ó puede faltarnos á cada instante; de ahí esas anticipadas y largas previsiones por las cuales el hombre prolonga en su imaginacion su existencia en un porvenir indefinido. La filosofía misma, asombrada de ese deseo que tienen los hombres de perpetuar su ser, y desesperada de poder contrarestarle y vencerle, se ha creído obligada por condescendencia sin duda á una debilidad tan general, á prometernos la inmortalidad <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Véase la obra de Condorcet, intitulada: *Esquisse d'un Tableau historique des progrès de l'esprit humain*, en donde este autor expone el celebrado sistema de la *perfectibilidad* del hombre hasta lo infinito, y anunciando á las generaciones futuras, para cuando no haya reyes ni sacerdotes, unas luces, unas virtudes, una *felicidad de que no es posible formarse idea*, promete al hombre la prolongacion *indefinida* de su existencia en la tierra. En medio de estas extravagancias, y de estas locuras, ¿qué consuelo es para la religion ver á una filosofía atea obligada á confesar que la felicidad del hombre está en su perfeccion, y que él es llamado á una perfeccion *infinita*, la cual no puede lograr sino con una sucesion *indefinida* de tiempo! Este solo principio, bien entendido, debe hacer abrazar la religion á todo incrédulo que racione. El marqués de Condorcet se hizo notar en un principio por sus progresos en las matemáticas, y despues mas por sus furores contra la religion: admirador exaltado de Voltaire, viajó de propósito á Ferney para visitar ó venerar á aquel filósofo, y participó tanto de su veneno filosófico, que sus mismos amigos le llamaban el carnero rabioso, *le mouton enragé*. Declarado republicano desde la guerra de la América, lo fué desde el momento en que estalló la revolución: escribió sobre las *juntas provinciales*; y cuando el viaje desgraciado del rey Luis XVI á Varennes, pidió en la asamblea su *suspension*, y redactó el *Manifiesto á los Franceses* para motivar esta medida: adherido al partido de la *Gironda* votó por la pena mayor contra el rey, como no fuese la de muerte; y formó parte de la odiosa comision de *Salud pública*, y de la de *Constitucion*. Al fin proscrito por Brissot, y huyendo de unas en otras partes, se quitó la vida con un veneno que llevaba siempre prevenido. Lo que asombra es, que esta obra aquí citada, en que tanto declamó contra los sacerdotes y los reyes, la escribiese en este tiempo en que se veia perseguido de los enemigos de unos y otros. Tan cierto es que cuando el hombre se abandona á los principios filosóficos, todo, hasta su interés, cede al deseo del triunfo de su opinion. Fomentado Condorcet en sus primeros años por el obispo de Lisieux, convirtió sus tiros contra la Iglesia y sacerdocio; y malogrando sus talentos, que le pudieran ha-

en la tierra, pero dejando á los siglos futuros la ejecucion de sus promesas consoladoras.

Mientras llega, la ley general se ejecuta. El tiempo, á quien nada detiene, trae velozmente á cada uno su hora postrera, y llegándose al ateo le anuncia que es preciso morir. ¿Qué le sucede, qué pasa en él en este momento? ¡Ah! Quiero suponer, lo que es casi imposible, que haya sofocado los remordimientos, y que ni duda alguna turbe ni alarme su incredulidad: ¿está por eso libre de terror, de angustias y congojas? Preguntad á los que han visto al ateo en el lecho de la muerte; no tocado de una de esas enfermedades que privan del uso de los sentidos y de las facultades del alma, sino con todo su conocimiento, y gozando enteramente de sus facultades morales, y sabiendo que va muy pronto á espirar. La imágen viva de lo que pierde, ocupa todo el espíritu del moribundo. Inclinationes, amistades, hábitos, costumbres, mil lazos que le unian á la vida se rompen de una vez; rompimiento horroroso, que separando repentinamente al alma de todo lo que amaba en este mundo, la deja sola, herida, y lastimada en un vacío infinito. Aquel abismo sin fondo á donde va á descender, aquella soledad oscura, aquel silencio eterno, aquel sueño frio, aquella noche perdurable que jamás tendrá aurora, aquella privacion de todo bien, junto con el deseo invencible de ser feliz, todas estas ideas, y otra infinidad de ellas no menos desoladoras, pesan sobre aquella alma miserable, la trastornan, la despedazan, y dan principio á su espantoso suplicio. ¿Mas qué diré de su miserable situacion, si la considero con algunos aunque débiles restos de duda sobre los principios que se habia formado? ¿Cómo pintar sus ansiedades, sus remordimientos, su arrepentimiento tardío casi sofocado por la desesperacion, y aquel mirar consternado que no encuentra por todas partes mas que inconsolables recuerdos de lo pasado, y un porvenir sin esperanza? No es entonces la nada la que teme; al contrario la desea, la llama de todo su corazon; pero en

ber hecho célebre en las ciencias, se ha hecho odioso á la posteridad. Notable casa es que todos los filósofos impíos hayan sido revolucionarios.

vano; la eternidad sola le responde. Corramos un velo sobre lo que resta de esta escena espantosa, y dejémos al infierno sus secretos.

Sin embargo es preciso decirlo para gloria de la fe; hay pocas incredulidades que no vacilen y se estremezcan al aspecto de la muerte. De cualquiera manera que se haya vivido, al menos se desea morir en los brazos de la Religion, y en el seno de sus esperanzas: la razon fluctuante hasta entonces, se fija al acercarse la eternidad, cuya luz formidable disipando todas las flusiones, aumenta de tal modo el brillo de la verdad, que solo una larga y funesta costumbre de no creer, junta con un orgullo sin medida, puede entonces hacerla desconocer; efecto á veces de una espantosa permission de Dios, que es principio ya de sus venganzas<sup>1</sup>. El mismo Bayle, á pesar de ser un escéptico, hace esta observacion: «Casi todos los que viven en la irreligion, dice, no hacen mas que dudar; no llegan jamás á la certidumbre. Por eso al verse luego en peligro, en el lecho de una enfermedad, donde la irreligion ya de nada les sirve, toman el partido mas seguro, que promete una felicidad eterna, en caso que sea verdadero, y que no expone

<sup>1</sup> Se puede formar una lista bien larga de los incrédulos que en la hora de la muerte han rendido sus homenajes y respeto á la religion. No citaremos mas que algunos de los mas célebres, y cuyo nombre es mas conocido. Boulanger, Toussaint (*Véase sobre este la pág. 150*). Boulainvilliers, el marqués de Argens, Montesquieu, Maupertuis, Buffon, Dumarsais, Fontenelle, Damilaville, Thomas, Bouguer, de Langle, Tressau, Mercier, Palissot, Soulavie, Larcher. Diderot queria tambien confesarse; pero le quitaron todos los medios de conseguirlo. De d'Alembert, decia Condorcet: *Si no ha sido por mí, canta la palinodia*. Las mismas precauciones, á lo que aparece, se tomaron contra la *debilidad* de Voltaire, el cual, segun la relacion de Tronchin (médico protestante que le asistió), murió entre convulsiones rabiosas, y lanzando el grito fatal de: *Muero abandonado de Dios y de los hombres*. Juan Jacobo Rousseau, segun todas las apariencias, se quitó la vida á sí mismo. Habia escrito en favor del suicidio, despues en contra de él, y terminó autorizándole con su ejemplo (*en las Memorias para la historia del siglo XVIII, año de 1778, t. III, pág. 185, traduc. española*, se da por mas que probable que fué de un pistolazo.)

» á ningun riesgo, dado que fuere falso <sup>1</sup>. » La vanidad cede entonces á otro interés mayor. « Si ellos son locos con extremo, decía Montaigne, no son igualmente fuertes y arriesgados : no dejarán de juntar y levantar sus manos al cielo, si les dais una estocada en el pecho ; y cuando la enfermedad ha calmado ya el hervor licencioso de su humor voluble é inconstante, no dejarán de volver en sí, y dejarse dirigir discretamente por la creencia y los ejemplos públicos. Hay mucha diferencia de un dogma meditado seriamente, y esas impresiones superficiales, originadas de la disolucion de un espíritu desconcertado, que temeraria é inciertamente ruedan por la fantasía. Hombres miserables y descabellados, gentes sin seso, que se empeñan en ser peores de lo que pueden ser. »

No obstante, es por desgracia cierto, que á fuerza de pertinacia y de trabajo se puede llegar á corromper de tal manera la razon, que se haga casi imposible su vuelta á la Religion en la hora de la muerte. La duda, voluntaria en los principios, se arraiga luego en el alma, crece, se afirma, y no se puede arrancar sino con grandes esfuerzos. El prodigio mayor de la omnipotencia de Dios, es una conversion repentina; pues no se necesita para ello menos que la suspension de las leyes de la naturaleza y de la moral. No creer cuando se desearia creer y cuando se conoce su ventaja y la necesidad, es el castigo de no haber creído por una resistencia culpable de la voluntad, en aquel mismo tiempo en que nos arrastraba con todo su peso hácia la verdad manifiesta. Negándose el entendimiento pervertido á toda conviccion, la única doctrina que queda es un escepticismo absoluto <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Dictionnaire critique*, art. *Bion*.

<sup>2</sup> El ejemplo que voy á citar es tan convincente que me excusa de dar otra prueba. Estando el celebre médico Barthez próximo á la muerte (acaeció está en 1806), una persona de la mas alta recomendacion, que tenia con él algunas relaciones, fué á visitarle con la esperanza de hacerle aceptar los consuelos de la religion, que su situacion debía hacerle tan apetecibles. Hallólo, como se lo habia pensado, triste, sombrío, inquieto. Por mas que procuraba disimular, su turbacion y angustias se manifestaban á cada instante. Este amigo, conmovido de su situacion, y viéndole padecer, le habló de

« Hé aquí lo que puede el hombre por sí mismo con respecto á la verdad y á la felicidad. Ni el *nogmatismo* puede vencer la imposibilidad en que nos hallamos de probar lo verdadero, ni el *pirronismo* puede triunfar de la idea de la verdad que poseemos. Deseamos la verdad; y no encontramos en nosotros mismos mas que incertidumbre. Ansiamos, anhelamos por la felicidad, y no hallamos mas que miseria. No podemos dejar de desear la verdad y la felicidad, y somos incapaces de una y otra.... La voluntad no da un paso, por pequeño que sea, que no se dirija hácia este objeto; este es el móvil de todas las acciones de los hombres, aun de los mismos suicidas: y sin embargo, después de tantos dias, de tan larga serie de años, no ha habido uno que sin la fe, sin la Religion, haya llegado á este punto, adonde todos continuamente se dirigen. Todos se quejan de su suerte; reyes, príncipes, súbditos,

la Religion, único recurso capaz de consolarle. Pero habia ya mucho tiempo que la duda é indiferencia se habia enseñoreado de su alma para que diese lugar á ninguna creencia. — ¡ Creer! dijo: esto es propiedad exclusiva de los tontos: ya nadie cree cosa alguna sino los necios. — Nada? ¿pues no hay materia y cuerpos? — Yo ni sé lo que es eso, ni lo que con ello se quiere decir. — ¿Pero interiormente la conciencia?... — Eso es efecto de las preocupaciones: si me hubiesen inspirado otras en mi niñez, ella creeria bueno todo lo que cree malo, y no me causaria ahora turbacion alguna. — Pues ¿qué! ¿nada hay cierto para vos? ¿pues no es mejor, por ejemplo, no asesinar á su padre que asesinarle? — Monsieur, replicó el enfermo, si se ha de hablar ingenuamente, yo en verdad no sé sobre qué principio podemos, en buena filosofia, apoyarnos para decidirlo: nada sé. — ¿Pero las matemáticas no tienen alguna certeza á vuestros ojos? — En las matemáticas veo una serie de consecuencias perfectamente conexas; pero por lo que respeta á su base, no sé cual es. — ¿Estais seguro que no teneis nada que temer? — Nada sé. — De allí á pocos dias Barthez ya no existia (Barthez fué médico de consultas de Bonaparte, y antes lo habia sido del rey: amigo de la mayor parte de los filósofos impíos, y uno de los colaboradores del Diario de los sábios, publicó varias obras de medicina, en las que trabajó por extender ese bajo materialismo que abate al hombre á la triste condicion de las bestias. Sirva de cautela para los profesores de esta facultad que lean sus obras. De nada sirven los conocimientos, si nos han de hacer eternamente desdichados.)

» vasallos, nobles, plebeyos, jóvenes, ancianos, fuertes  
 » y débiles, sabios, ignorantes, sanos, enfermos, de todo  
 » país, tiempo, edad, sexo, condicion.

» Una experiencia tan larga, tan continua, y tan uni-  
 » forme, debería convencernos de la imposibilidad en que  
 » nos encontramos de llegar por nuestros propios esfuer-  
 » zos á la felicidad. Pero la experiencia no nos instruye....  
 » Caido el hombre de su estado natural, no hay cosa á  
 » que no sea y haya sido capaz de dejarse llevar. Luego  
 » que perdió el verdadero bien, todo indistintamente  
 » puede parecerle tal, aun su misma destruccion, por  
 » mas contraria que sea á un tiempo á la naturaleza y á la  
 » razon.... Extraviado visiblemente, siente en sí los  
 » restos de un estado feliz, de que ha caido, y que no  
 » puede recobrar. Rodeado, y en medio de unas tinieblas  
 » impenetrables, le busca por todas partes con inquietud,  
 » pero inútilmente y sin suceso<sup>1</sup>. »

En efecto, es absolutamente indispensable que el  
 hombre busque su felicidad, y que la busque ó en Dios, ó  
 en sí mismo, y en los objetos que le rodean. Si dócil á  
 las instrucciones de la Religion, considera á Dios como  
 su verdadero bien, la virtud, que es el amor al orden, ó  
 la preferencia que respecto de sí mismo da á los otros por  
 Dios, se identifica para él con el amor de la felicidad, ó  
 del bien estar.

Mas si busca su felicidad en sí, obligado á colocarla ó  
 en el alma ó en el cuerpo, viene á ser infaliblemente  
 esclavo del orgullo ó de la sensualidad y del placer; por-  
 que el orgullo no es mas que el sentimiento de una alma  
 que se complace y se paga de sí misma, y se ama como á  
 su último fin. Así es que el efecto inevitable de toda  
 filosofía irreligiosa es un refinado egoismo: por consi-  
 guiente, toda filosofía impía es esencialmente destructiva  
 del orden y de la virtud; y así como la irreligion conduce  
 á todos los vicios, así el hábito y costumbre de pecar  
 conduce á la irreligion; porque es muy natural que el  
 hombre se procure persuadir que la felicidad está donde  
 él la busca, y que, cuando el desorden se ha enseñoreado  
 de los afectos é inclinaciones, la voluntad introduzca

<sup>1</sup> *Pensées de Pascal*, chap. 21.

tambien el desorden en los pensamientos para terminar la  
 guerra dolorosa entre los apetitos y la razon. Asimismo,  
 cualquiera que despues de haber creido, deja de creer,  
 cede sin duda á un interés de orgullo ó de deleite; y en  
 este particular apelo sin temor á la conciencia de todos los  
 incrédulos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Este carácter duplicado de orgullo y de voluptuosidad, se mani-  
 fiesta singularmente en las palabras, obras, instrucciones, doctrinas,  
 conducta, y hasta en el tono altanero, arrogante, seco, decisivo, des-  
 deñoso y amargo de los filósofos de todos los siglos, llamados con  
 tanta razon por san Jerónimo *animales de gloria*. Un filósofo *man-  
 so y humilde de corazon*, y un filósofo casto, serian en efecto el fe-  
 nómeno moral mas inexplicable; pero no hay que temer, no nos ve-  
 remos en el embarazo de explicarlo: donde acaba el orgullo comi-  
 enza la fe. Siendo de tanto peso para los filósofos la autoridad de  
 Rousseau, apoyaremos estas observaciones con sus mismas confe-  
 siones y ejemplo. « Aun quando, dice, los filósofos se hallasen en  
 » estado de descubrir la verdad, ¿cuál se tomaria interés por ella?  
 » Todos y cada uno sabe bien que su sistema no está mejor fundado  
 » que el de los demás; pero lo sostiene, porque es suyo. No hay si-  
 » quiera uno de ellos, ni uno solo, que aunque llegue á conocer lo  
 » verdadero y lo falso, no prefiera la mentira inventada por él, á la  
 » verdad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que por un  
 » vislumbre de celebridad de gloria no engañaria voluntariamente  
 » al género humano? ¿Cuál de ellos se propone en el secreto de su  
 » corazon otro objeto que el de distinguirse? Con tal que él sea en-  
 » salzado sobre el vulgo, ó eclipse la gloria de sus concurrentes ó  
 » rivales, lo demás ¿que le importa? El punto esencial está en  
 » pensar de distinta manera que los demás. Entre los que creen es  
 » ateo, y entre ateos creyente. (*Emile*, t. III, p. 30). » — Séneca no  
 se detiene en colocar sobre Dios á su pretendido sabio. Horacio no  
 pedía á la Divinidad mas que salud y riquezas; por lo demás él sa-  
 bria adquirirse la perfeccion moral: *Det vitam, det opes, æquum  
 mihi met animum ipse parabo*; y en efecto, dió la prueba en sus  
 poesias licenciosas. Las costumbres de los filósofos griegos, sin excep-  
 tuar los mas graves, son bien conocidas; y si se duda de su orgullo,  
 léase á Luciano, que con tanta gracia se burla de ellos, y que siendo  
 él mismo tambien filósofo, se rie segun la máxima favorita de  
 d'Alembert, de todo, y lleva la inmoralidad hasta el último grado de  
 cinismo. No nos quedan mas que algunos restos de los monumentos  
 de la antigüedad; pero esto poco es mas que suficiente para justifi-  
 car la observacion de Montaigne, de que en todas las clases y escue-  
 » las de la filosofía antigua, un mismo obrero publicaba en ellas re-  
 » glas de templanza, y juntamente escritos amorosos y de disolucion

« ¡ O hijo mio ! exclama el autor del Emilio, despues de haber establecido los dogmas consoladores de la exis-

» ( *Essai*, libro 3, ch. 9 ). — Pero pasemos, por abreviar, á los filósofos modernos. El escéptico *Bayle* abunda, hierve en obcenidades groseras. *Helvecio* no menos licencioso, hace aun mas, forma como *Mandeville*, la apologia directa del vicio. A uno y otro superó *La Mettrie*, quien parece no halla contento sino en el lodazal de las máximas mas disolutas. *Voltaire* llegó hasta el incomprensible orgullo de tener envidia del mismo Dios. *Creéis acaso*, decia él, y no puedo sin dolor repetir sus palabras sacrilegas, *creéis que Jesucristo tuvo mas talento que yo*? Este mismo hombre, además de una multitud de cuentos y folletos obscenos, escribió un poema infame que Condorcet justifica, alaba y celebra ardentemente, declarando contra la *afectacion de la austeridad en las costumbres, y contra el aprecio excesivo que se hace de la pureza y de la castidad* (Vie de Voltaire). — El autor de la *Histoire des Etablissements des Européens dans les deux Indes* (Raynal), se queja tambien amargamente de la *importancia que se ha querido dar á la disolucion*; delto, añade, *tan digno de perdon en sí mismo, tan indiferente por su naturaleza, y tan poco libre por sus halagüenos atractivos* (lib. 19). — *Diderot* niega sin rodeos la distincion de lo bueno y de lo malo, del vicio y de la virtud. « Me parece, dice, que si hasta hoy no se hubiese hablado sobre las costumbres, todavía estaríamos sin saber lo que es vicio, ni lo que es virtud » ( *Essai sur les régnés de Claude et de Néron*, t. II, pag. 84 ). — No reconvenir ni censurar cosa alguna á los demás, *ni arrepentirse de nada*, hé aqui, escribia á un amigo suyo, los primeros pasos hácia la sabiduria ( *Lettre à M. L\*\*\*. Correspondance de Grimm. et de Diderot*, t. II, pag. 62 ). « No es posible dejar mas á sus anchuras los vicios. El patriarca de los filósofos impíos, y modernos ateístas, á quien solo el nombre de Dios enfurecia, jutando la práctica á la especulativa, consagraba una parte de sus ocios á dar á sus contemporáneos, y á las generaciones venideras, lecciones infames de lujuria por medio de romances y novelas obscenas que componia al intento. — De *Rousseau* todo el mundo sabe que estaba realmente embriagado, y loco de soberbia. En su opinion se le debian levantar estatuas ( *Lettre à M. de Beaumont* ). Y en el libro mismo en que descubre con un cinismo impudente las numerosísimas torpezas de una vida sumamente infame y vergonzosa, citando á todos los hombres ante el tribunal del soberano Juez, los desafía á que se presente uno que tenga valor para decir : *Yo fui mejor que él* ( *Confes.*, lib. 1 ). Esta expresion puesta al frente de un libro, en el cual parece que la Providencia habia obligado á *Rousseau* á consignar y publicar por sí mismo, y firmar por su pro-

» tencia de Dios, y de una vida futura; ojalá que puedas  
» algun dia sentir de cuanto consuelo es, despues de haber descubierto á fondo la vanidad de las opiniones humanas, y gustado la amargura de las pasiones, hallar al fin tan cerca de sí la senda de la sabiduria, el premio de los trabajos de esta vida, y la fuente de aquella felicidad, que ya no la esperabas! Todos los deberes y obligaciones de la ley natural, casi borrados de mi corazón por la injusticia de los hombres, se trazan de nuevo en mi alma á solo el nombre de la justicia eterna, que me los impone y me los ve cumplir. Ya no veo en mí mas que la obra é instrumento del Ser supremo, que quiere el bien y le obra, y hará tambien el mio por el concurso y conformidad de mi voluntad á la suya y por el buen uso de mi voluntad: me conformo con el orden que establece, seguro de gozar algun dia de este orden, y encontrar en él mi felicidad: ¿ y qué felicidad mas dulce y placentera, que verse ordenado y comprendido en un sistema donde todo está bien todo es justo y arreglado? Si me veo expuesto al dolor, lo sufro con paciencia, considerando que es pasajero y momentáneo, y que proviene de un cuerpo extraño, que no es mio. Si hago una buena accion á solas y sin testigos, sé que Dios la ve, y en la otra vida premiará la conducta que he observado en esta. Si padezco una injusticia, me digo á mí mismo: el Ser justo, que todo lo rige y gobierna, sabrá bien indemnizarme; y de este modo las necesidades del cuerpo, las miserias de la vida me hacen mas soportable la idea de la muerte. Serán otros tantos lazos menos que romper, cuando sea necesario dejarlo todo! » « Lo que le im-

» pia mano su descrédito y deshonra, es hasta donde puede llegar el orgullo. — Despues de haber citado á los maestros, seria superfluo hablar de los discipulos, y ostentar una lista triste y vergonzosa de nombres odiosos ó despreciados, desde el autor horrorosamente inmoral de la *Guerra de los Dioses*, hasta ese ridiculo astrónomo que *poseia*, segun decia él mismo, *todas las virtudes*. Y por otra parte, ¿ de qué serviria desenterrar del sepulcro del olvido esos nombres infectos y podridos, ni quién tendria valor tampoco para revolver este fango cenagoso?

1 *Emile*, t. III, p. 119.

» porta al hombre es llenar sus deberes, cumplir con sus  
 » obligaciones en la tierra, y cuánto mas se olvida de sí  
 » mismo, trabaja mas para sí. El interés particular, hijo  
 » mío, nos engaña; solo la esperanza del justo es la que  
 » no engaña jamás<sup>1</sup>. »

Se ve pues que la misma filosofía, en los momentos que tiene de buena fe, nos enseña y advierte que no hay felicidad en el mundo fuera de la Religión, porque fuera de ella no hay certeza ni esperanza. « Cuando quiero instruirme, dice Maupertuis<sup>2</sup>, sobre la naturaleza de Dios sobre la mía, sobre el origen del mundo, y sobre su fin, mi razon se confunde. Si en esta noche profunda encuentro el único sistema que puede satisfacer el deseo que tengo de ser feliz, ¿no deberé en el hecho mismo, y por esto solo reconocerlo por verdadero? ¿No deberé creer que el que me conduce á la felicidad, es el que no puede ni sabría engañarme? » Pero el hombre depravado por el orgullo, es tan extrañamente enemigo de sí mismo, que aborrece la única doctrina que da valor y estimacion á su existencia; miraria como un triunfo establecer sobre las ruinas de esta doctrina celestial y divina, errores igualmente absurdos y desoladores, y se gozaria, y tendria no sé qué alegría desesperada en asegurarse, si pudiese, á costa de su misma razon, una miseria sin remedio y sin fin. Hé aquí la razon porque ha sido necesario que el Cristianismo humillase, abatiese, aniquilase el orgullo humano, para reconciliar al hombre con la felicidad. « Si alguno, dice el apóstol san Pablo, no abraza las sanas palabras de nuestro señor Jesucristo, y aquella doctrina que es conforme á piedad, es un soberbio, nada sabe; flaquea y se consume sobre cuestiones y contiendas de palabras, de donde nacen y se originan envidias, rencillas, blasfemias, sospechas malas, pensamientos perversos, altercaciones continuas de opiniones entre hombres de entendimiento corrompido, y que están privados de la verdad<sup>3</sup> » porque están privados de Dios.

<sup>1</sup> *Emile*, t. III, pág. 203. — <sup>2</sup> *Essai de philosophie moral*.

<sup>3</sup> Si quis... non acquiescit sanis sermonibus Domini nostri Jesu-christi, et ei quæ secundum pietatem est doctrinæ, superbus est, ni-

En efecto, toda verdad dimanada de Dios, que es por esencia la verdad infinita; y donde Dios no está, como dice Tertuliano, no hay verdad alguna<sup>1</sup>. Dios no está en el entendimiento del ateo; y el ateo, si es consiguiente, repele de sí todas las verdades, aun las físicas, y cae en un pirronismo universal. Dios no está tampoco sino muy imperfectamente en el entendimiento del deísta; y el deísta, indeciso, no posee mas que verdades imperfectas, oscuras, que varían á merced de las opiniones, é incesantemente arrebatadas por el torrente de la duda.

Sin embargo, no hay felicidad sino en la posesion de la verdad infinita, ó del bien infinito; porque el bien y la verdad son una misma cosa: luego no hay felicidad sino en la posesion de Dios; « y la vida eterna, dice la Escritura, es conoceros á vos, que sois el único Dios verdadero, y á Jesucristo á quien enviásteis<sup>2</sup>. »

Dios es el supremo y soberano bien del hombre: luego el ateísmo, que negando á Dios, separa al hombre de la verdad infinita, y de toda verdad, es la privacion absoluta de todo bien, ó el sumo mal.

El deísmo, que admite á Dios sin conocerle, porque niega ó no cree en Jesucristo, ó el mediador, por quien únicamente podemos conocer á Dios; el deísmo, que desconociendo las relaciones necesarias que unen al hombre con Dios y con los demás hombres, establece otras arbitrarias, ó no establece ninguna: el deísmo, que no presenta al entendimiento sino probabilidades sin certidumbre; el deísmo, como que no es mas que una pura opinion, deja al hombre dueño absoluto de sus pensamientos, amor y acciones, independiente de toda ley de justicia y de verdad: estado contrario á la naturaleza, estado de desorden; y el mas miserable despues del ateísmo, á que conduce.

hil sciens, sed languens circa quæstiones et pugnas verborum, ex quibus oriuntur invidiæ, contentiones, blasphemias, suspiciones mala, conflictationes hominum mente corruptorum, et qui veritate privati sunt. *Epist. I ad Timoth.* vi, 3, y sig.

<sup>1</sup> Ubi Deus non est, nec veritas ulla est. *De Præscript. adv. hæretic.*, cap. 43.

<sup>2</sup> Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. *Joan.* xvii, 3.

Luego si la felicidad no es una ilusion; si nuestros deseos no nos engañan; si al nacer no recibimos facultades ó potencias sin objeto; si nuestra existencia tiene un fin, como le tienen todos los demás seres, no podemos evidentemente llegar á obtener este fin sino por la Religion, única que se atreve á asegurar que nos hará conocer ciertamente nuestra naturaleza, nuestro origen, y nuestros destinos, y única que nos promete la posesion de la suprema verdad, y del soberano bien. Y ciertamente, aun antes de exponerse á examinarlos, es de gran consuelo saber, que despues de haber recorrido inútilmente todos los sistemas filosóficos, nos queda aun esperanza.

En la Religion todo es infinito, porque todo está lleno de Dios. Hay pues entre ella y nuestras potencias una armonía perfecta; y hé ahí la razon porque en todos tiempos, y bajo todos los climas, el hombre, llevado naturalmente hácia ella, ha conocido la necesidad de ser ilustrado por sus dogmas, consolado y vivificado con sus esperanzas, dirigido por sus mandamientos; y cuanto mas pura, mas santa, y por decirlo así, mas rigurosamente justa y verdadera es la Religion, tanto mas poder tiene sobre el hombre, ó conformidad con su naturaleza; y no se debe buscar en otra parte la causa de la inclinacion que muestran todos los pueblos al Cristianismo luego que se les anuncia. El hombre no cesa de ser sensible á esta divina armonía, sino cuando el orgullo ó los sentidos, extraviándole y sacándole de sí, corrompen y depravan su naturaleza, como de propia experiencia lo observa san Agustin. « Reflexionando conmigo mismo, » dice, sobre el orden y hermosura soberana, en vano » ¡ó verdad dulcísima! probaba yo á elevarme hasta vos, » para regocijarme en vuestra melodía interior y encantadora. Rodeado de fantasmas materiales, la voz del » error me arrastraba fuera de mí mismo, y el peso del » orgullo iba sumergiéndome en un abismo insondable! »

El hombre quiere gozar de la verdad, y gozarla sin término ni medida, pues nunca se sacia de amar y conocer. Sin embargo, nuestro espíritu, abandonado á sí mis-

1 *Confess.*, lib. 4, cap. 4. p. 4.

mo, se fatiga, deslumbra y se pierde en sus propios pensamientos. Nada abraza en toda su extension, nada aprende con bastante firmeza para estar seguro que la duda no se lo vendrá á arrebatar. ¿Quién desatará esta contradiccion? ¿quién restituirá al hombre el reposo, restableciendo el equilibrio entre sus potencias y deseos? La filosofia hace sus ensayos; ¿pero cómo? ¿en qué conformidad? Unas veces diciéndole que su razon puede abrazarlo todo por sí sola; otras persuadiéndole que por sí nada puede alcanzar, y prohibiéndole su uso; es decir haciendo de él ó un Dios, ó una bestia; negando su naturaleza, sin poderla con todo aniquilar.

No es así, no, como procede la Religion: para resolver tan gran problema da principio abriendo á nuestra vista la eternidad, á la cual el tiempo sirve como de pórtico, y nos muestra en sus profundidades insondables como una serie infinita de grados, por los cuales, elevándose sin cesar nuestra alma, debe tambien, auxiliada de una duracion sin término, acercarse tambien sin cesar á la fuente inagotable de la felicidad eterna<sup>1</sup>. Y desde luego presenta y entrega á nuestra alma esta verdad infinita que es su vida y alimento, y desde ahora se la hace poseer toda entera por medio de la fe, del amor, ó la esperanza; porque la esperanza, modificacion de un sentimiento natural é indestructible, aunque de un modo pasajero y relativo á la vida presente, no es otra cosa que un amor que cree.

Hé aquí la razon del dogma, que forma de la fe, de la esperanza y caridad otras tantas virtudes, pero virtudes madres, virtudes *divinas* ó infinitas. La ley que manda *crear* la verdad infinita, único medio de poseerla aquí perfectamente; la que dicta esperar y amar el bien infinito, único medio de gozarlo plenamente en la tierra, es la ley esencial del orden, y por consiguiente la ley de la felicidad. Todas las demás leyes se derivan de esta, como la accion se deriva del amor, y sin esta ley fundamental, todas las demás son

1 Nos verò omnes, revelata facie gloriam Domini speculantes, in eandem imaginem transformamur, à claritate in claritatem, tanquam à Domini Spiritu. *Ep. II, ad Corinth.* iii, 18.

nulas, quiméricas, contradictorias; la moral es solo un nombre vano, y no hay crimen tampoco ni virtud<sup>1</sup>.

¡Maravillosa economía la de la Religión! Mientras que la filosofía, comenzando por la ignorancia, quiere que la razón incierta y limitada del hombre edifique, sin otro auxilio ni socorro, sobre tan ruinoso fundamento el edificio de la verdad y la felicidad, el Cristianismo investido de una autoridad divina, cuya realidad acredita aun á los mismos sentidos con títulos incontestables, habla á los hombres con la confianza que inspira una perfecta certidumbre, y desde el primer momento en que el espíritu se abre para recibir sus impresiones, deposita en su seno la verdad toda entera, para que á un mismo tiempo sea su luz, su bien, su regla; y aunque todos no la comprendan igualmente, todos igualmente la poseen, y pueden amarla del mismo modo. La fe borra todas esas diferencias intelectuales, bien sean originarias, ó provengan de la educación, de la condición ó de otras circunstancias accidentales: y comunicando una fuerza infinita á la razón, aun á la de los niños, porque la une en sociedad con la razón infinita que es Dios, decide irrevocablemente sobre todas las grandes cuestiones que han hecho perder el tino á los filósofos, y la eleva á una inmensa altura, desde donde, en la calma feliz de una inalterable convicción, descubre á la sabiduría humana agitándose con inquietud en medio de incertidumbres desoladoras, y de una duda eterna. De este modo, aspirando todos á una misma felicidad, á todos se ofrece esta misma felicidad; y lo que es bien digno de notar, esta felicidad, que es su último fin, es también su primera obligación, porque el amor es el primer precepto, y de él nacen todos los demás<sup>2</sup>.

1 No se piense aquí que M. de La Mennais exige la fe divina para que las obras sean buenas moralmente, y diese así en la proposición «abotada por el jansenismo de que «todas las obras de los infieles son pecados.» No: para M. de L. M. (*Pensées divers.*) «El jansenismo, con sus dogmas absurdos y desoladores, y su Dios duro, y siempre armado para castigar crímenes inevitables, es el infierno de la razón.» Hablando de virtudes *divinas*, debe entenderse en el orden sobrenatural, ó merecedoras de vida eterna. Adviértase que va contraponiendo la religión á la filosofía.

2 Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, de toda tu alma,

Desde este punto el hombre ya nada tiene que inquietar; conoce el lugar que ocupa en el orden de los seres; conoce á Dios, se conoce á sí mismo, y sin trabajo ni esfuerzo halla en la contemplación de la verdad inmutable la paz de la inteligencia y del amor, del entendimiento y voluntad. Enterado de sus obligaciones y destino, nada ignora de cuanto le es necesario ó verdaderamente útil saber, y vive tranquilo sobre todo lo demás. De aquí esa quietud y paz profunda, ese bien inexplicable, independiente de las sensaciones, que nada es capaz de turbar, porque tiene su origen en lo más íntimo del alma, abandonada, entregada sin reserva enteramente en las manos del Supremo Ser, esencialmente bueno y todopoderoso, que se manifiesta y une por medios inefables á los corazones dóciles á sus impresiones. Ilustrado de una nueva luz, y apreciando todas las cosas por lo que son, el hombre deja de ser el juguete de las pasiones. La regla invariable del orden determina y modera sus afecciones y deseos, y en las vicisitudes inseparables de esta vida transitoria, no ve más que unas ligeras pruebas, que hallarán por término y galardón una felicidad eterna, que nunca tendrá fin. Casi insensible á los viles intereses de la tierra, una abundancia inagotable de sentimientos puros y afectuosos le une estrechamente con sus semejantes, y le hace tomar parte en sus males y compadecerse de ellos, y lo inclina y mueve á aliviarlos por todos los medios y sacrificios de una caridad tierna é infatigable; y así es como sacrificándose por sus hermanos, se sacrifica también por sí mismo; ¡tan íntima es la unión que establece el Cristianismo entre los hombres, y tan poderoso el sagrado encanto de la misericordia! Si las obligaciones que impone la Religión parecen á algunos duras y rigorosas, ¡ah! es porque no conocen la unión que las dulcifica; es porque no han gustado sus consuelos, ni el atractivo amable, y gozos deliciosos de la virtud.

Nos hablan de placeres: ¿dónde los hay que puedan

y toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento, y el segundo es semejante á él: amarás á tu prójimo como á ti mismo. En estos dos mandamientos está pendiente toda la ley y los profetas. *Math. xxii, 37, 39.*

compararse con aquellos á que acompaña la inocencia? ¿Se reputa y se tiene por nada el estar siempre contento de sí mismo, y contento y satisfecho con los demás? ¿Es cosa de poca monta verse libre de arrepentimientos, y del gusano roedor de la conciencia, ó hallar en aquellos un asilo seguro contra este? ¡Ah! las lágrimas de la penitencia tienen en sí mas dulzura que tuvieron las faltas que las hacen correr. En el corazón del verdadero cristiano se celebra una fiesta continua: mas gozo; recibe él en aquello mismo que se niega, que el incrédulo en todo cuanto se permite. Dichoso en la prosperidad, lo es aun mas en los trabajos, porque estos le ofrecen un medio de acrecentar la felicidad que espera; y así atravesando las llanuras de la vida, abanza con paso tranquilo hácia la elevada montaña en cuya cima está la *ciudad permanente*, celestial morada de la paz, de las delicias eternas y de todos los bienes.

El anuncio solo, la fruición anticipada que se tiene de esta paz, llena el alma de un deleite inagotable. El que no la conoce, no ha experimentado aun lo que es dulzura y suavidad; cuando mas podrá saber lo que son placeres, pero dicha y felicidad, no. Lo diré, sí, y lo afirmo con toda seguridad; un cristiano humilde, orando en la sencillez de su corazón al pié de un altar solitario, experimenta un sentimiento de dulzura mil veces mas delicioso que el deleite deslumbrador de las pasiones. El filósofo mismo, no bien olvida el orgullo de sus sistemas para entregarse dócilmente al atractivo de la fe, cuando al punto recibe la recompensa prometida á los que creyeren. Juan Jacobo Rousseau y el autor de los *Estudios de la naturaleza*<sup>1</sup>, yendo un día de paseo vinieron á parar al monte Valeriano, y tocando á la capilla de los heremitas se entran en ella por curiosidad. Rezaban ellos entonces las letanias de la Providencia. Los dos filósofos heridos, y tocados de la calma de aquel lugar, y penetrados de una religiosa emoción, se postran de rodillas, y mezclan sus oraciones con las de los asistentes. Terminadas las oraciones, se levanta Rousseau, y todo enterrecido dice á su compañero: « Ahora veo por experien-

1 Bernardino de Saint-Pierre.

» cia lo que dice el Evangelio; que *cuando muchos de vosotros se reunieren en mi nombre, yo estaré en medio de ellos*. Hay aquí un sentimiento de paz y de felicidad que penetra el alma<sup>1</sup>. » Fundados pues en una experiencia que no se desmiente jamás, no temo repetir con Montesquieu: « ¡Cosa admirable! La Religión cristiana, que parece no tiene mas que la felicidad de la otra vida » hace tambien nuestra felicidad en esta<sup>2</sup>. » Así se verifican diariamente á nuestra vista las palabras del soberano Maestro: « El que lo hubiere dejado todo por mí, » recibirá aquí bajo cien veces doblado de lo que dejó, y » despues la vida eterna<sup>3</sup>. »

Las doctrinas filosóficas marchitan y secan la vida, y privando al hombre de todo, menos del sentimiento de su miseria, le conducen al sepulcro cercado de la inquietud y de mil pesares. ¿Y á cuantos incrédulos no vemos, pasada la primera ilusión, envidiar la dicha de los creyentes? Fatigados por sus deseos, consumidos de tedio, atormentados de su vana ciencia, ¡ay! dicen, ¡si yo pudiera creer! Conocen que la fe los reanimaria y volveria á vivificar su alma afeminada. La vista de un cristiano los asombra y los confunde. Su tranquilidad habitual, su serenidad inalterable, un no sé qué de pureza y de dulzura, que escapándose del corazón se extiende y pinta en las facciones, y da á su semblante una expresión celestial y divina, los pasma, los enagena, y los arranca muchas veces suspiros involuntarios. Y con todo ¿qué es lo que ven? Solo algunos signos exteriores, débiles indicios de los sentimientos ocultos en el fondo de su corazón. ¡Ah! qué seria si pudiesen penetrar hasta su interior, y entrar en el santuario de la conciencia, donde la virtud recibe ya el premio anticipado por el delicioso consuelo que ella inspira! Si pudiesen sentir siquiera una vez aquella paz llena y perfecta del entendimiento saciado con la verdad infinita, cuya posesion le da la fe; aquella esperanza divina, en la cual vienen á extinguirse todos los deseos de la tierra, y que se arroja y lanza sin

1 Véanse les *Etudes de la Nature*, de Bernardino de Saint-Pierre.

2 *Esprit des Loix*, l. 24, ch. 3.— 3 *Matth.* XIX, 29. *Marc.* X, 30.

obstáculo ni fin en las profundidades de la eternidad; aquel amor deleitable en que el alma incesantemente se embriaga; aquel gozo íntimo, inexplicable, procedente de Dios, el cual conversa y habla, si me es lícito decirlo así, familiarmente con su criatura, como un amigo con otro amigo, uniéndose y entregándose todo á ella, para que le posea y halle en él su bien, su gozo, su alimento incomprensible; ¡ah! ¡de qué admiración no se verían repentinamente arrebatados! Y entre el pesar de verse privados de bienes tan inefables, ¿con qué ardor, y con que gozo no se desembarazarían de las fajas y envolturas de una razón imbecil, para llegar por medio de la fe, según la expresión de los libros santos, á *la medida del hombre perfecto, ó al perfecto conocimiento de Dios, en su hijo Jesucristo*<sup>1</sup>.

En fin, la muerte, tan terrible para el incrédulo, pone el colmo á los deseos del cristiano. Este, como san Pablo, la desea *para estar con Jesucristo*<sup>2</sup>, y empezar á vivir, y verse libre del peso de los órganos de este cuerpo<sup>3</sup>, de los lazos materiales que le retienen aun sobre la tierra, donde los deleites puros que goza, no son mas que una ligera sombra de la felicidad que se promete. ¿Se ha visto jamás en aquella hora á un cristiano dar esos ejemplos que hemos visto en tantos incrédulos, de abjurar su doctrina, y arrepentirse de haber creído? ¡Ah! en este momento es cuando él especialmente conoce todo su valor y precio, y la verdad consoladora brilla á sus ojos con todos sus resplandores. La muerte es el último rayo de luz que viene á herirle; pero luz tan viva que hace casi imperceptible el tránsito de la fe á la visión clara de su objeto. La esperanza moviendo dulcemente su antorcha junto al lecho del moribundo, le señala con el dedo el cielo abierto, á donde la caridad le llama. La cruz que tiene entre sus manos débiles, y que de tiempo en tiempo aplica á sus labios, y aprieta sobre su corazón, despertando de tropel

<sup>1</sup> *Epist. ad Ephes. iv, 13.*

<sup>2</sup> *Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo. Epist. ad Philip. i, 23.*

<sup>3</sup> *Infelix ego homo, quis me liberabit à corpore mortis hujus? Ad Rom. vii, 24.*

en su espíritu felices recuerdos de misericordia, le fortifica, le entenece, le anima. Pasados unos instantes, de allí á poco, todo se habrá consumado; la muerte será vencida, y el profundo misterio de su libertad y de su rescate se verá cumplido. Una pequeña congoja, último desfallecimiento de la naturaleza, anuncia que este instante es llegado: la Religión entonces haciendo el último esfuerzo de ternura, levanta la voz, y dice: «Parte, alma cristiana; sal de este mundo, en el nombre de Dios» Todopoderoso que te crió; en el nombre de Jesucristo, » Hijo de Dios vivo, que por tí padeció muerte de cruz; » en el nombre del Espíritu Santo, que te infundió sus » gracias y sus dones. Al separarte del cuerpo encuen- » tres abierto el camino para la montaña de Sion, y ac- » ceso libre á la ciudad del Dios vivo, á la Jerusalem ce- » lestial, á la innumerable sociedad de los ángeles y de » los primeros hijos y primogénitos de la Iglesia, cuyos » nombres están escritos en el cielo. Levántese Dios, y » dispéese el poder de las tinieblas; huyan todos los es- » píritus malignos, y no se atrevan á tocar á una oveja » rescatada con la sangre de Jesucristo. Librete de la » muerte eterna Jesucristo, que murió y fué crucificado » por tí; reconozca este buen Pastor á su oveja, y coló- » quela en el rebaño de sus escogidos. Veas eternamente » á tu Redentor cara á cara, y siempre presente ante la » divina esencia, desnuda de todo velo, la contemples y » la goces sin fin en un eterno éxtasis de felicidad<sup>1</sup>. »

En medio de estas bendiciones, el alma elevada hácia Dios, rompe las trabas que la detenían en el mundo<sup>2</sup>, y va á recibir el premio de su fidelidad y de su amor. Aquí el hombre debe callar; su palabra espira con su pensamiento. «No, el ojo no vió, ni el oído oyó, ni el entendi- » miento puede comprender lo que Dios tiene reservado » á los que le aman<sup>3</sup>. «No es esto un mar que tiene su » flujo y reflujo, es el inmenso Océano, que rebosa á un

<sup>1</sup> *Commendat. animæ.*

<sup>2</sup> El sabio y piadoso P. Suarez, estando á punto de espirar; decía: *Nunca habia creído que fuese tan dulce el morir.* Había allí mucha virtud.

<sup>3</sup> *Epist. I ad Corinth. ii, 9.*



tiempo por todas sus márgenes y riberas. « Tú, ¡oh Dios  
» mio! exclama un profeta, eres fuente inagotable de  
» luz y de vida<sup>1</sup>, y yo me saciaré en ella cuando vea vues-  
» tra gloria<sup>2</sup>. »

Concluyamos. Es innegable que la filosofía, léjos de hacernos felices, es incompatible con la felicidad, porque en lugar de la verdad infinita que desea nuestro entendimiento, ella no le presenta mas que errores, incertidumbres y dudas; en lugar del bien infinito á que nuestro corazón aspira, no le ofrece mas que placeres fugitivos y mentirosos, incapaces de satisfacerle; y en fin, porque exentando al hombre y dándole por libre de toda obligación, le constituye en un estado de desórden, y por consiguiente lo tiene fijo en un estado de tormento.

No es menos cierto que la Religión hace la felicidad del hombre en la tierra, y si sus promesas no son engañosas, que le conducirá á una felicidad todavía mayor, que no se acabará jamás.

Tienen pues todos los hombres un interés inmenso en saber si la Religión es verdadera; deben desear ardientemente que lo sea; y así, permanecer en este punto indiferentes, es probar lo que la Religión por otra parte tambien nos enseña, á saber: que no hay locura tan incomprendible, ni exceso tan criminal y tan monstruoso, de que no sea capaz el hombre despues de su caída.

O vosotros, que extraviados por doctrinas funestas, buscáis todavía la felicidad en las ilusiones del orgullo, ó en los placeres y deleites de los sentidos, permitid que os dirija las palabras de uno de los mayores genios que ha producido el Cristianismo. « Donde está  
» Dios, ahí está la verdad: está en el fondo de vuestro  
» corazón, pero vuestro corazón se ha alejado de él. Vol-  
» ved, volved, entrad de nuevo en vosotros mismos, y  
» allí hallareis, no lo dudeis, no, al mismo que os ha for-  
» mado. ¿A dónde correis por tantos lugares ásperos y  
» desiertos? ¿á qué ese pasar y repasar, ir y venir in-  
» cesantemente por esas sendas incultas y escabrosas? El

<sup>1</sup> Apud te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lumen. Ps. xxv, 10.

<sup>2</sup> Satiabor cum apparuerit gloria tua. Ps. xvi, 15.

» descanso, la quietud, el reposo no está donde le bus-  
» cais. Buscáis la vida feliz; no está allí: ¿cómo podria  
» hallarse una vida feliz, donde ni aun vida se ha-  
» lla<sup>1</sup>? »

El que habla así, vivió engañado como vosotros; como vosotros recorrió por largos años, con increíble fatiga, los sombríos laberintos de una filosofía engañosa, y comió el pan amargo del error con el sudor de su rostro. Pero cansado ya de errar tristemente léjos de la verdad, y léjos de Dios, volvió en sí, y gustó la paz. Imitad su ejemplo, y cogereis el mismo fruto. Despues de haber conocido los bienes de la tierra, y los del cielo, era cuando su corazón se desahogaba en estas tiernas expresiones: « ¿Quién desenvolverá los dobleces de una vana y  
» falaz sabiduría? ¿quién escudriñará el fondo de sus en-  
» trañas tenebrosas, donde se ocultan tantos secretos  
» vergonzosos? Yo no quiero ni aun pasar por ellos mi  
» vista. Solo á vosotras, á vosotras solo me dirijo, ó jus-  
» ticia é inocencia, á quienes rodea una luz pura y bri-  
» llante, y que saciais enteramente nuestros deseos insa-  
» ciabiles. En vosotras se halla un reposo, una quietud  
» profunda, una vida llena de una calma inmensa. El que  
» entra en vosotras, entra en la plenitud de la alegría, y  
» apaga su sed, y se refrigera deliciosamente en la fuente  
» misma del sumo bien. ¡Ay de mí! En los días de mi  
» juventud, corriendo de deleite en deleite, me alejaba  
» rápidamente de vos, ó verdad inmutable! y errando á  
» la ventura, luego á luego, vine á ser para mí mismo  
» una region de indigencia y de dolor<sup>2</sup>. ¿Y qué otra suer-  
» te debia prometerme? Nos hicisteis, Dios mio para vos,  
» y nuestro corazón estará inquieto eternamente, hasta  
» que descanse en vos<sup>3</sup>. »

<sup>1</sup> August. Confes., lib. 4, cap. 12, n. 1 y 2.

<sup>2</sup> August. Confes., lib. 2, cap. 10. — <sup>3</sup> Ibid. l. 1, c. 1, n. 1.

## CAPÍTULO X.

Importancia de la religion con respecto á la sociedad.

Seguramente nadie esperará que nos detengamos en probar la necesidad política de la Religion. Una verdad de hecho, tan antigua como el mundo, ¿dejará de ser incontestable, porqué despues de seis mil años de un consentimiento universal, se les haya antojado á algunos insensatos oponer sus paradojas á la experiencia de los siglos, y sus aserciones al testimonio del género humano? « Mas fácil seria, decia el sabio Plutarco, edificar » una ciudad en el aire, que formar un Estado que no » creyese en Dios<sup>1</sup>. » Mas sin poner en duda ni un solo instante la necesidad de una creencia religiosa, se pueden bien inquirir las razones de esta necesidad; y esto es lo que vamos á hacer en este capítulo, donde habremos de mostrar que la filosofía, destructiva de la felicidad del hombre, y del hombre mismo, lo es igualmente de la felicidad de los pueblos, y de los pueblos mismos; y que la Religion, única que conserva al hombre y le conduce á la felicidad, poniéndole en un estado conforme á su naturaleza, es tambien la única que conserva los pueblos y los conduce á la felicidad, estableciéndolos en un estado conforme á la naturaleza de la sociedad.

Una de las locuras mas peligrosas de nuestro siglo es la de persuadirse que se constituye un Estado, ó se forma una sociedad de la noche á la mañana, como si fuese una manufactura. Las sociedades no se hacen; la naturaleza y el tiempo las forman de concierto; y hé aquí porque es tan difícil que renazcan, cuando el hombre las ha destruido; pues la misma accion que las destruye, se opone á la accion reparadora del tiempo y

<sup>1</sup> *Contra Colot. Plut. oper.* pág. 1125. Él como gentil dice los Dioses, nosotros como cristianos hemos traducido Dios: creemos que nada se perderá por esto.

de la naturaleza. Se quiere crearlo todo instantáneamente con la imaginacion, y en cierto modo fundir la sociedad de un golpe, en un modelo ideal, como se funde una estatua de bronce. Se sustituyen en todo las combinaciones arbitrarias del ingenio á las relaciones necesarias, y á las leyes simples y fecundas, que se establecen por sí mismas cuando no se les pone obstáculo, como las condiciones indispensables de su existencia. Cuando llevados de teorías quiméricas se consiente en trastornar, de nada se duda, porque nada se sabe; en seguida se cree saberlo todo, porque se ha trabajado y sufrido mucho, y porque despues de haber disecado vivos á los pueblos para buscar en sus entrañas los misterios de la organizacion social, la ciencia debe ser completa, y la sociedad estar perfectamente conocida. Con esta confianza, en nada se repara, ni hay cosa que embarace: se constituye un Estado, y se vuelve de nuevo á constituir, se escribe en un pedazo de papel: que somos una monarquía ó una república, esperando llegar á ser en realidad alguna cosa, sea pueblo, sea nacion. Saber qué tiempo podrá subsistir en este estado una reunion de criaturas humanas, es un problema que está por decidir. Mas hay una ley inmutable, contra la cual nada puede prevalecer. Toda sociedad que, habiendo salido de las sendas de la naturaleza, se obstina en no volver á ellas, no se renueva sino por la disolucion, y no recobra su vigor sino perdiéndolo todo, y muchas veces hasta el nombre de nacion. Es indispensable que ella pase, lo mismo que el hombre, por las sombras del sepulcro; para volver á la vida segunda vez.

En esto no cabe excepcion; y es cosa triste pensar que lo que hoy se llaman *luces*, es decir, el menosprecio del buen sentido, y una curiosidad desmedida de saber plenamente lo que solo se debe creer firmemente, y un deseo altanero de juzgar lo que se debe respetar, infaliblemente producen este resultado. Como la Religion y la política abrazan los mayores intereses de los hombres, estos hacen entrar á la parte, primero sus pasiones, y luego con mayor riesgo su razon; porque las pasiones moviéndose siempre por lo presente, y deteniéndose allí,

nunca producen por sí solas las grandes revoluciones; pero la razón, pasando repentinamente de lo que es, á lo que se imagina que debe ser, y no encontrando en las ideas el obstáculo que las pasiones encuentran en las cosas, arruina por su base el orden existente, y disgustándose de todo, ó no contentándose con nada, todo lo destruye. « El arte de desquiciar los estados, decia excelentemente Pascal, es trastornar, y mudar las costumbres » establecidas, sondeando, y queriéndolas penetrar y » profundizar hasta en su origen..... no hay medio mas » seguro de perderlo todo <sup>1</sup>. » Nada hay que resista al raciocinio, y mucho menos la sociedad. Así cuando todo un pueblo se entromete á disputar sobre la mejor forma de gobierno, se puede con seguridad pronosticar que no conservará por mucho tiempo el suyo, suponiendo que aun lo tenga.

Ahora bien, pues que es constante que hay sociedades mas ó menos afortunadas ó felices, sociedades pacíficas y otras agitadas é inquietas, unas estables y otras siempre movibles, sin duda hay una causa de esta diferencia. Tratemos de descubrirla, y sentemos para élllo algunos principios sencillos, algunas de aquellas máximas sólidas arraigadas en los siglos, y que el sentido comun ha deducido inmediatamente de la observacion de los hechos de los cuales vienen á ser una expresion abreviada.

Toda sociedad aspira á la perfeccion, porque aspira y desea ser feliz; y la felicidad, así para las sociedades como para el hombre particular, no es mas que la *tranquilidad del orden*, en el cual está la perfeccion. Donde quiera que hay desorden, hay incomodidad, inquietud, y por consiguiente esfuerzos para llegar á un estado mas perfecto. La sociedad, cuando se halla en esta situacion penosa de padecer y sufrir, procura colocarse en sus relaciones naturales, y se echa de ver que lo ha conseguido por la calma y tranquilidad interior que disfruta, y por la profunda paz de que goza. Así la Escritura, que nos propone las verdades mas sublimes bajo de imágenes familiares, para que puedan percibir las los mas pequeños y sencillos, cuando anuncia al pueblo Judáico una felicidad

<sup>1</sup> *Pensées de Pascal*, ch. 25, n. 6.

que llenaria enteramente sus deseos, dice, que « cada uno » se sentaria debajo de su parra y de su higuera, y nadie » turbaria su reposos. »

El reposo ó tranquilidad, resultado del orden, es, y forma la felicidad de los pueblos ó naciones; y una sociedad donde reinase un orden perfecto, gozaria de un completo reposo, y de una tranquilidad perfecta; y esta es acaso la razón oculta de esa indolencia aparente que los pueblos *imperfectamente* constituidos censuran y echan en cara á ciertas naciones mas adelantadas que ellos en la verdadera civilizacion <sup>2</sup>. Pero tarde ó temprano llega un tiempo, en que provocada y puesta á prueba la energía de estas naciones *perezosas*, con sus nobles y generosos esfuerzos, sorprende y enseña á esos mismos que las insultan á discernir el noble reposo, que es fruto del verdadero valor, de la degradante languidez y decaimiento, fruto de la apatía.

<sup>1</sup> Et sedebit vir sub tuis vitem suam, et sub tuis ficum suum, et non erit qui exterreat. *Mich.* iv, 4.

<sup>2</sup> Aun cuando no fuera mas que por esta expresion, era M. de La Mennais acreedor á la estimacion de los españoles: hé aqui un francés que ha conocido exactamente y hecho justicia á nuestro carácter: elevado sobre la pasion baja de la envidia, que arrastra á tantos otros nacionales suyos, y tantos espurios nacionales nuestros, cuando tratan de nuestras cosas, da el verdadero nombre á lo que ellos neciamente, no pasando de la corteza de las cosas, califican de *pereza y apatía*: cuando ha llegado el caso, esta nacion *apática y perezosa* ha sabido dar lecciones de actividad y virtud al mundo. En la elevacion de su alma el español mira con indiferencia ó con desprecio esos objetos frívolos, en que otros pueblos se entretienen y enagenan, y aun en sus diversiones muestra la fortaleza de su temple. La guerra sola de la *independencia* ocupará con honor nuestro muchas páginas de la historia, y dirá lo que para su verdadera libertad debe la Europa á la España. « En los reveses y calamidades, cuando se trata de morir voluntariamente por su rey » y por su patria, dice M. de La Mennais (*Mélanges*, pág. 206), es » donde se aprende á distinguir un pueblo seista ó indiferente de » una nacion católica. Una batalla bastó para conquistar la Prusia, » y despues de treinta victorias la España se conservaba como en un » principio. Se derrotaba un ejército, al instante renacia otro... Pero » si hubiese reinado en aquella noble nacion la filosofía, estaria » gimiendo bajo una dominacion extranjera. » Véase la pág. 104.

La unidad es la esencia del orden, porque el fin y el objeto del orden es unir; y la sociedad misma en su noción ó acepción mas general no es otra cosa que la reunión de seres semejantes. Donde no hay unidad, hay separación ó división, oposición, choques, desórden y desgracias.

Para que haya unidad social, es necesario que cada parte este ordenada con relación ó respecto al todo; cada individuo, con respecto á su familia; cada familia con la sociedad particular de que es parte; cada sociedad particular con la gran sociedad del género humano; y el mismo género humano con respecto á la sociedad general de los seres inteligentes, cuyo supremo monarca es Dios.

En no remontándose hasta este principio, la idea misma del orden es contradictoria. Porque no hay orden social sin jerarquía social, sin superior y súbditos, sin derecho de mandar y obligación de obedecer. Ahora bien, entre seres iguales, naturalmente no hay deberes ni derechos, ni súbditos ni superior, ni puede por consiguiente haber orden: y jamás se constituirá una sociedad con hombres solamente<sup>1</sup>; es indispensable que el hombre esté primero en sociedad con Dios, para que pueda entrar en sociedad con sus semejantes.

Aun mas: no hay orden social sin el sacrificio de los intereses particulares al interés comun y general; mas no hay razón para este sacrificio, quiero decir, es absurdo el pedirlo, y no menos imposible el obtenerlo, cuando es un hombre el que lo pide á otro hombre; porque él nada puede ofrecer en compensación, y porque este sacrificio, que no es otra cosa que la virtud, seria evidentemente la locura mas inconcebible, si no hubiese una sociedad mas excelente y mas duradera, donde recibirá su recompensa.

Y supuesto que ni aun se puede imaginar sociedad sin una autoridad ó jefe que gobierne, y súbditos que sean gobernados, estos y aquél, súbditos y superior son correlativos y seres necesarios, y entre ellos existen relaciones mutuas y necesarias. La expresión de estas relaciones ó respetos mutuos, es lo que se llama constitucion.

<sup>1</sup> Es decir, sin Dios; ó una república de ateos.

Si la constitucion expresa las verdaderas y naturales relaciones de los súbditos y de la autoridad, es perfecta; y bajo su imperio goza la sociedad del mas alto grado de fuerza y de poder, de quietud y de felicidad. Estará al contrario en una continua agitacion y llena de desdichas, si la constitucion se forma sobre relaciones arbitrarias, ó que no se deriven de la naturaleza de los seres sociales; porque establecer relaciones arbitrarias, es constituir el desórden y sembrar calamidades.

Nunca jamás ha existido un Estado sin constitucion, pues que en todo Estado existe de absoluta necesidad un poder y súbditos ó personas sociales ligadas por relaciones verdaderas ó falsas. Y así cuando un pueblo habla de *darse una constitucion*, principia suponiendo un absurdo, que es que no la tiene. Si no la tuviera, no seria pueblo, seria nada. Y así, *darse una constitucion es mudar de constitucion*; no es llenar un vacío, es crear uno, que no se llenará tan pronto; es desquiciar el Estado por su base, es *obrar una completa revolucion*, por el gusto de rehacer la sociedad á su arbitrio y á la ventura. Así esta manía por lo comun no se apodera de las naciones sino en su decadencia ó declinacion.

Hay entre las diversas sociedades relaciones necesarias, cuyo conjunto forma lo que se llama *derecho de gentes*; y las sociedades están mas ó menos tranquilas, son mas ó menos felices, segun que este derecho es mas ó menos conforme al orden inmutable, ó á la naturaleza de los seres de que se componen las sociedades.

Finalmente, hay relaciones necesarias, públicas y privadas, entre los miembros de una misma sociedad. Las leyes son la expresión de las relaciones públicas, ó la regla de las acciones públicas; y las leyes son mas ó menos buenas, mas ó menos perfectas, segun que expresan relaciones mas ó menos perfectas, es decir, mas ó menos naturales, mas ó menos verdaderas.

Las acciones privadas, ó las costumbres, deben tambien, y aun mas necesariamente, si es posible, estar arregladas por leyes, que penetrando hasta el corazón del hombre, establezcan el orden en los pensamientos y afectos; porque los afectos y los pensamientos son el principio y móvil de todas las acciones humanas.

Constitucion, leyes, costumbres, hé aqui toda la sociedad.

Una simple agregacion ó reunion de hombres viene á ser sociedad, constituyéndose, es decir, por el establecimiento de la autoridad ó poder, que es el fundamento necesario de todo orden; y aun en el universo físico no hay orden sino porque está gobernado por un poder inteligente.

Las leyes del derecho de gentes unen esta sociedad naciente con las otras sociedades, ó con la grande sociedad del género humano, y la ordenan con respecto al todo de que forma parte.

Las leyes civiles y criminales, arreglando las acciones públicas, fijan las relaciones públicas de los miembros de la sociedad entre sí, y establecen el orden público.

Las costumbres, ó las leyes morales, acaban lo que las otras leyes han comenzado, y ponen en orden las acciones mas secretas é independientes de la justicia humana, arreglándolo todo en el hombre, hasta sus pensamientos y deseos.

El Estado está bien ordenado, y la sociedad es feliz cuando la constitucion, leyes y costumbres, concurriendo acorderamente y con perfecta armonía al mismo fin, son la expresion exacta de las relaciones naturales ó necesarias de los seres sociales.

A estas relaciones verdaderas ó necesarias llamamos verdades sociales. Cuanto mas participen de verdad la constitucion, leyes y costumbres de un pueblo, tanto mayor será la felicidad de que este pueblo goce; y la felicidad ó bien social no es mas que la verdad realizada por la constitucion, las costumbres y las leyes. Así que, los pueblos, igualmente que los individuos, no son felices sino por el conocimiento y amor de la verdad, que es el orden, ó el bien por excelencia, y por la práctica de las obligaciones que forman una parte de esta verdad.

Examinemos ahora el influjo de la filosofía sobre la sociedad bajo los tres respectos de constitucion, de leyes y costumbres; y para llegar á un resultado independiente de toda teoria, de la que se pudiera disputar, limitémonos á consideraciones aplicables á todas las formas de gobierno.

Donde quiera que hay hombres, la naturaleza forma sociedades, y el estado de sociedad no es menos natural al hombre que su existencia; pues que no se conserva, ni se perpetúa sino en el estado de sociedad. Esto consta y se prueba por los hechos, y si puedo decirlo así, se prueba tambien físicamente, por la suma y larga necesidad que tiene un niño de socorros extraños, antes de ser capaz de proveer á su propia conservacion.

La sociedad, cuyo germen es la familia, nace y se desarrolla del mismo modo que el hombre, y muchas veces á pesar del hombre mismo, cuya accion imprudente, contrariando á la naturaleza bajo el orgulloso pretexto de perfeccionarla ó reformarla, retarda ó detiene los progresos de la sociedad que iba formándose, y altera su constitucion, así como los errores de una falsa ciencia, ó las pasiones alteran la de los individuos.

Sin embargo, así como á pesar de los desórdenes parciales, el hombre subsiste interin respeta las leyes fundamentales de su ser; así tambien la sociedad subsiste, á pesar de los desórdenes, algunas veces gravísimos, mientras que la ley fundamental de toda sociedad permanece intacta.

Esta ley es la ley de la autoridad, ley sagrada y divina, y que el hombre está tan léjos de haberla inventado, que ni aun la puede comprender, si no se la explica la Religion.

Esto es lo que se ve claramente, cuando el hombre, despues de haber excluido á Dios, y colocándose en su lugar, se empeña en construir la sociedad por sola su razon, con esa razon, que de suyo no sabe mas que dudar y destruir.

La filosofía parte de este principio: « que cada hombre » es dueño absoluto ó soberano de sí mismo, que nada » debe á nadie, ni nadie le debe á él tampoco cosa alguna. » En esta suposicion, es indispensable que dé por base á la autoridad ó la fuerza, ó un pacto libre.

Rousseau prueba muy bien que de la fuerza no puede resultar derecho ni obligacion alguna, y que así ella se diferencia esencialmente de la autoridad<sup>1</sup>. La fuerza es

<sup>1</sup> *Contrat. social*, lib. 1.

el poder de compeler por violencia; la autoridad es el derecho de mandar. Del derecho de mandar resulta la obligación de obedecer; del poder de violentar ó compeler por violencia resulta la necesidad de ceder. Hay pues una distancia infinita éntre estas dos nociones. Para confundirlas, es necesario trastornar hasta el lenguaje, y decir, que el viento que arranca de raíz una encina, usa de un derecho, y que la encina al caer, cumple una obligación.

La fuerza, que es potencia física, mantiene el orden en el mundo físico, porque obra siempre por ciertas leyes inmutables y sabiamente ordenadas por una inteligencia infinita. La fuerza introduce el desorden en el mundo moral, porque en manos de agentes libres é imperfectos, no sirve las mas veces sino para realizar voluntades imperfectas ó desarregladas. Además, poner por base del orden social la fuerza, es suponer que el hombre es un ser puramente material, es deprimirle, es hacerle inferior á los animales, que conocen otra ley que la fuerza, pues resisten á esta obedeciendo al instinto. Y sin embargo se verá que en último análisis la filosofía no ha podido descubrir otro fundamento de la sociedad, ni dar otra noción del poder ó autoridad.

Nos habla con una asombrosa confianza de un *pacto primitivo*, por el cual, todos y cada uno por su propio interés, ó utilidad particular, depositan bajo ciertas condiciones su soberanía, ó el ejercicio de su soberanía, en las manos de uno solo ó de muchos; y si se les ha de creer, este *pacto* es la base verdadera del orden social. ¡ Ah! si hubo jamás una doctrina absurda, funesta y degradante, esta es.

Y en primer lugar, jamás se ha visto que sociedad alguna comenzase por un pacto semejante, y es bien sencilla la razón: el pacto supone á lo menos un principio de sociedad, ó la reunión de un cierto número de hombres con un lenguaje comun, una habitación comun y relaciones habituales; cosas imposibles todas si no existia entre ellas algun orden, y por consiguiente leyes, y una autoridad encargada de su ejecucion. Por otra parte, ¿ en dónde estos hombres que se reúnen de una plumada para deliberar sobre intereses comunes, tomarian las nocio-

nes de gobierno, si no habian tenido ninguno hasta allí? En este caso no solo establecerian la sociedad, la inventarian. ¡ Idea extraña! hacer salir el orden social de una deliberación, no de salvajes, porque los salvajes están unidos por vínculos sociales, sino de hombres reunidos por casualidad en los bosques, donde ocupados necesariamente en solas las necesidades físicas, á duras penas se alimentarían de algunas bellotas, que escaparon de la voracidad de los animales<sup>1</sup>.

Si se dice que este pacto, explícito ó no explícito, existe de derecho, se supone lo mismo de que se disputa, y se dice además un absurdo: porque la esencia de todo pacto es la voluntad expresa de los contratantes; de otra suerte, ¿ quién arreglaría las condiciones?

Además, todo pacto incluye esencialmente la idea de una sanción que lo haga obligatorio. ¿ Y dónde se hallará esta sanción, fundamento necesario de la obligación moral, y sin la cual no hay ni puede darse verdadero contrato? La concurrencia de voluntades, que tanto se quiere hacer valer, de nada sirve porque no siendo la voluntad del hombre obligatoria para sí, ¿ cómo lo sería obligatoria para los otros? El que cede pues su soberanía, ó el ejercicio de ella, en realidad nada cede; pues por confesion misma de Rousseau, puede volver á tomar cuando quiera lo que ha cedido. El que recibe la soberanía no recibe mas que una facultad temporal, una potencia física de gobernar, que se le puede quitar á cada instante; ni está obligado con condicion alguna, pues ni puede obligarle la voluntad de los otros, ni la suya propia. No veo pues resultar del imaginario pacto social ni deber, ni derecho alguno, y por consiguiente ni autoridad alguna verdadera. No veo mas que una mutacion, ó dislocacion de la fuerza, que en último recurso queda único árbitro de la sociedad. Si el pueblo tiene mas fuerza, quitará y depondrá al soberano cuando le acomode; y todos los partidarios de la soberanía del pueblo le conceden este derecho, que en verdad no podían negarle segun sus princi-

<sup>1</sup> Véanse sobre este pacto ridiculo é ideal las graciosísimas y no menos eruditas y sólidas cartas del *filósofo Rancio*. Carta IV, V, VI y VII.

prios. Por el contrario, si la fuerza está de parte del soberano, este agravará las cadenas del pueblo según sus caprichos ó sus temores, como se acorta la cadena de una fiera por miedo de no ser devorado de ella.

En lugar pues de la tranquilidad del órden, el supuesto pacto social no establece mas que un choque ó competencia de voluntades arbitrarias; y destruyendo la noción de derechos y de deberes, ó el principio de obediencia, pone en un estado de guerra á la autoridad y los súbditos. Cuando la fuerza del soberano prevalece, entra el despotismo; si la del pueblo, la anarquía; y es indispensable que tarde ó temprano una de las dos prevalezca. Cualquiera lucha que tiene por objeto el poder, es demasiado violenta para que pueda durar mucho tiempo; y mientras dura, el Estado es víctima de todos los males que pueden oprimir á un pueblo. Esto es lo que hace preferible con muchas ventajas el despotismo á la anarquía: porque la anarquía es el choque de todos los poderes ó autoridades particulares, sobre todos los cuales cada uno quiere prevalecer; y hasta tanto que uno lo consigue, el desórden es general, llega á su colmo, y la única ley es la destruccion. En este combate terrible de cada uno contra todos, todos perecerian si no fuesen vencidos.

La soberanía, de que el hombre podria gozar antes del establecimiento de la sociedad, no siendo relativa sino á sí mismo, no consiste mas que en no depender sino de su voluntad; y como la voluntad no puede naturalmente enagenarse, tampoco la soberanía. Tan imposible es querer por la voluntad de otro, como pensar por su entendimiento, ver por sus ojos, oír por sus oídos y obrar por sus órganos. Luego miradas las cosas bajo este aspecto, y en la mentida hipótesis, el hombre despues del pacto social se queda lo mismo que estaba antes, es decir, soberano de sí mismo, é independiente de cualquiera otra voluntad que la suya: ceder el poder, no es ceder su voluntad, ó dejar de ser lo que es, porque esto es imposible, sino únicamente poner su fuerza á la disposicion de otro. En el supuesto pacto, el depositario del poder no es mas que el depositario de la fuerza; y como todas las voluntades conservan su independencia

originaria, en lugar del derecho de ordenar que se ejerce sobre las voluntades mismas, no tiene mas que el poder de obligar por la fuerza, poder que el pueblo, si es mas fuerte, cuando quiera puede quitar.

Bajo el imperio, pues, del *contrato social*, no hay en la sociedad otros derechos, ni mas obligaciones que la voluntad del mas fuerte. Ni se atribuye al pueblo la soberanía ó poder soberano, sino porque tiene la mayor fuerza física; y esta fuerza es tambien el único derecho, en términos que *el pueblo*, dice Jurieu, *no necesita de razon para validar sus actos*, ó, como se explica Rousseau, *la voluntad general* (es decir, la voluntad del pueblo) *siempre es recta*<sup>1</sup>. De este modo, las ideas de autoridad, poder, derecho, órden y justicia vienen á confundirse y perderse en la idea de la fuerza, ley general y única razon de la sociedad.

Observad además, que todo cuanto se dice del pueblo, debe decirse igualmente de cada parte de él, ó de cada individuo, porque la voluntad y la fuerza general no son mas que la coleccion de todas las voluntades y fuerzas particulares ó individuales; y seria una contradiccion que la voluntad y la fuerza del pueblo fuesen la única regla y medida de sus derechos, si los derechos de cada individuo no tuviesen igualmente á su voluntad por única regla, y á su fuerza por única medida.

En efecto, los partidarios del sistema que examinamos, parten de este principio para establecer su pacto social. Exigen la adhesion formal de todas las voluntades particulares; adhesion que, no obligando por otra parte sino mientras le agrada á la voluntad, la deja por consiguiente en su independencia primitiva, y no constituye órden alguno que no esté en su mano trastornar cuando y como guste, solo porque le acomode.

Mas no determinándose la voluntad sino por algun motivo ó razon, ha sido preciso hallar uno que inclinase las voluntades de todos sin excepcion á adherirse al pacto social; y como la idea misma de deber ú obligación es incompatible con el sistema, no queda mas que el amor de sí mismo, ó el interés particular; y en efec-

<sup>1</sup> *Contrat. social*, lib. 2, ch. 3.

to, sobre esta base se esfuerza la filosofía á fundar la sociedad. Rousseau, que adopta esta doctrina, es tanto mas inconsequente, cuanto que él sienta por otra parte máximas contrarias. « Si, como dice, es tan poco lo que los » intereses particulares tienen de común, que nunca jamás equilibrará ó balanceará á lo que tienen de opuestos<sup>1</sup>; » es claro que la sociedad no ha podido, ni pudo jamás establecerse, ni podrá conservarse por el concurso unánime de las voluntades particulares; ó por la concordia de los intereses particulares; y el sistema que exige esta concordia ó convenio imposible, es contrario á la naturaleza del hombre; pues que este, por confesión de Rousseau, « es sociable por su naturaleza, ó á lo » menos hecho y formado para serlo<sup>2</sup>. »

Obsérvese además, que así como excluyendo á Dios de la razón del hombre, se destruye toda verdad, toda ley moral, todo deber y obligación, y toda virtud, para dejar solo el amor exclusivo de sí mismo, ó el interés personal; del mismo modo, excluyendo á Dios de la sociedad, se destruye toda verdad social, todo poder y autoridad, toda virtud, para establecer en su lugar el interés particular, que viene á ser el único principio de orden en la sociedad, igualmente que en los individuos.

Cuando estas opiniones funestas llegan á extenderse y generalizarse en un pueblo; cuando se ha llegado á persuadir á los hombres que á nadie son deudores de cosa alguna sino á sí mismos; que el interés personal es la única regla de la voluntad, y que se puede lógicamente todo lo que se puede hacer impunemente; en una palabra, cuando no hay mas autoridad que la fuerza, otro orden social que la fuerza, ni otra moral que la fuerza, cada uno hace prueba de la suya, y trabaja por acrecentarla, sometiendo y subyugando la de los otros, y la independencia produce una tendencia universal á la dominación. La sociedad se transforma en un vasto anfiteatro, ó circo donde todos los intereses se atacan unos á otros, se combaten con furor, ya en masa, ya cuerpo á cuerpo, según la conveniencia de las pasiones. En medio de este desorden, si el Estado subsiste aun algun

<sup>1</sup> *Emile*, tom. III, pág. 199, *note*. — <sup>2</sup> *Ibid.*, pág. 112.

tiempo, es porque cierto número de intereses particulares se ligan con el interés particular del poder ó autoridad, y oprimen á todos los demás; verdad que no se ocultó á Rousseau, y de que manifestó estaba bien penetrado cuando examinando las instituciones de los pueblos antiguos se preguntaba: *¿Pero cómo? ¿la libertad no se mantiene ni conserva sino con el apoyo, y por medio de la esclavitud?* y con una sola palabra se daba esta respuesta terrible: *Puede ser*<sup>1</sup>.

Lo que él llama *libertad*, no es mas que la falta del poder general de la sociedad; ó en otros términos, el reinado mas ó menos libre de todos los poderes particulares. Es claro que en este caso, cada poder particular debe tener sus súbditos á quienes gobierne por sus voluntades particulares, es decir, esclavos; porque la esclavitud esencialmente consiste en la sujeción á la voluntad del hombre; y todo el que obedece al hombre solo, es esclavo; aunque este hombre fuese él mismo. Otro tanto sucede en las naciones, y la *teoría de la soberanía del pueblo* no es mas que la *teoría de la esclavitud*. Esto es lo que, bajo otro respecto, hacia necesaria la esclavitud en los gobiernos antiguos, y esencialmente en las repúblicas: porque servia para aquietar el orgullo de los ciudadanos, y mantenerlos en la dependencia, alucinándolos sobre su verdadera condición: eran esclavos, y se imaginaban libres, porque veían bajo de sí otros esclavos mas miserables<sup>2</sup>.

No hay calamidad que no se origine de una doctrina que constituye á los seres sociales en tales relaciones, que no es posible imaginarlas mas arbitrarias, y que abandona la sociedad á merced y discreción del mas fuerte, al modo de aquellos animales flacos que se echan á morir á los bosques cuando no se puede sacar servicio de ellos. No estando la autoridad ligada por ninguna ley obligatoria, libre de todo deber y obligación, porque esta, desnuda de todo derecho, no tiene ni conoce mas

<sup>1</sup> *Contrat. social*, lib. 3, ch. 15.

<sup>2</sup> De propia experiencia lo hemos visto en los últimos trastornos: los agentes del poder revolucionario no eran mas que unos esclavos que tenían otros esclavos bajo de sí.

regla que su voluntad ó su interés, y todo interés limitado á las cosas de la tierra, no siendo mas que un interés de orgullo ó de voluptuosidad, el pueblo, instrumento vil de la ambicion ó de los placeres de su dueño, se verá reducido á la alternativa, ó de alimentar con su sudor el lujo de un príncipe afeminado, ó de engrasar con su sangre la gloria de un monstruo<sup>1</sup>.

Pero los pueblos tienen tambien su voluntad, su interés, y orgullo, aun más terrible que el de ningun tirano: de ahí un odio secreto contra el poder que los humilla y oprime, odio que se extiende desde la primera autoridad á todos sus agentes, instituciones, leyes y distinciones sociales; y si se les deja un momento conocer su fuerza, abusarán de ella hasta destruirlo todo, y se precipitarán en la anarquía creyendo correr á la libertad.

De este modo el principio desastroso de que todo poder ó soberanía viene del pueblo, conduce infaliblemente á los pueblos ó á no tener gobierno alguno, ó á tenerlo tiránico y opresivo. La misma doctrina que destrona á Dios, destrona á los reyes, destrona al hombre mismo, abatiéndole y deprimiéndole más que á las bestias; y tan luego como la razon se encarga de gobernar ella sola al mundo, el interés individual, manantial eterno de odios y discordias, viene á ser el único vínculo social. Así como la autoridad entonces no es mas que la fuerza, tampoco la obediencia es más que la debilidad, porque el interés del orgullo nunca ha sido el obedecer. El deseo innato de dominar, comprimido por la violencia tiene su reaccion, é impele incésantemente á los súbditos á la rebelion. Cuando el poder está errante y sin base fija en la sociedad, las turbulencias se suceden unas á otras, y el fin de una revolucion es principio de la siguiente.

La mas desenfrenada democracia, que no es otra cosa que la exclusion de todo orden y de toda ley, ó el go-

<sup>1</sup> Uno y otro experimentó bien la Francia en su revolucion, en esa leccion tan imponente para todos los gobiernos y todos los pueblos: sirviendo primero á la voluptuosidad de un Felipe de Orleans, y despues á la ambicion de un Bonaparte. Entre nosotros cada uno hará sus aplicaciones, segun lo que de público sabe de las costumbres de nuestros austeros catones. Pueden servir de reseña las orgias de las Carnestolendas en los años que dominaron.

bierno de las pasiones, en vez de satisfacerlas, las irrita; y el pueblo siempre codiciando, y siempre destruyendo, atormentado de vagos deseos, y de temores desasosegados, se afana y fatiga en abrir su sepulcro, y busca con ansia el extremo del desorden con la esperanza de encontrar en él un verdadero descanso. La sombra sola de la autoridad le horroriza; toda desigualdad, cualquiera distincion, excita su desconfianza y hiere su orgullo. Honrando con su odio á todo lo que se eleva sobre él, á toda clase de superioridad sin excepcion alguna, castiga inexorablemente los servicios que se tuvo la generosidad de hacerle, castiga las riquezas, los talentos, el genio, la gloria, la virtud misma; y Aristides es desterrado de la ciudad que salvó, porque los Atenienses se cansaban de oírle llamar *el Justo*<sup>1</sup>.

¿Cómo es que hay quien se atreva á celebrar una doctrina tantas veces experimentada, y de la cual nunca han salido mas que calamidades y delitos? Volved los ojos á esa Grecia tan culta, tan sabia, si es que la filosofía, como quieren suponer, es sabiduría, y vedla tal, cual nos la pintan sus propios historiadores. En toda ella no se hablaba de otra cosa que de independencia, y sus campos y ciudades hervian en esclavos<sup>2</sup>; se encadenaban na-

<sup>1</sup> Cuando por la ley que decian del *Ostracismo*, los Atenienses trataron de desterrar á Aristides, llegóse á este mismo un paisano que no sabía leer, y le rogó encarecidamente le escribiese en su conchita (que era el método que tenían de dar su voto de destierro) el nombre de *Aristides*: *¿te ha hecho ese hombre á ti algun daño*, le dijo Aristides? *no*, respondió el paisano; *pero estoy ya cansado de oírle llamar continuamente el justo*. Esta es comunmente la justicia de las democracias.

<sup>2</sup> Había en Atenas veinte y un mil ciudadanos, y cuatrocientos mil esclavos, de modo que correspondian á veinte por ciudadano (*Athené*, lib. 1, c. 20). En Sparta formaban casi otra nacion los *Ilotas*, que este era el nombre que les daban. El tratamiento era horroroso. Durante la guerra del Peloponeso, segun refiere Tucídides, temiendo que se rebelasen ofrecieron la libertad á todos los que se mostrasen valientes contra el enemigo, con el objeto de descubrir los mas esforzados para deshacerse de ellos; y habiendo por este medio separado dos mil, los llevaron de templo en templo para dar gracias á los dioses por la libertad alcanzada; y luego les quitaron la vida. Aun mas: era costumbre entre ellos poner de noche de tiem-

ciones enteras á la estatua de la libertad. Pero no era bastante vender los hombres y cambiarlos por viles animales; los mas virtuosos de los Griegos los degollaban para habitar á la juventud á derramar la sangre, y los envilecian para dar lecciones de moral á la infancia.

¿Y estos bárbaros, propietarios de rebaños de criaturas racionales, lograron al menos lo que con tanto ardor buscaban? Ellos se decian, y se creian libres, y en la inconstancia perpetua de sus instituciones arbitrarias, no hacian mas que mudar de yugo, pasar de una tiranía á otra, y sufrirla bajo todos sus aspectos, unas veces sujetos á la de uno solo, y otras; y cuánto mas duramente! esclavizados por una multitud envidiosa, caprichosa é insolente.

La historia tan instructiva de esta nacion célebre, casi no es mas que la historia del crimen y de la desgracia. Un odio furioso sublevaba á unos Estados contra otros Estados, y á las guerras exteriores se unian las intestinas. Sediciones, conspiraciones, asesinatos, proscripciones, hé aquí el único objeto, y uniforme materia de los escritos de sus historiadores. No se citará una sola ciudad que no estuviese dividida en muchas facciones y bandos, tanto mas encarnizados é implacables, cuanto que en una poblacion poco numerosa los odios públicos se convertian en rencores personales. Triunfando cada partido sucesivamente; el mas débil tenia que sufrir la pena y venganza no solo de la derrota presente, sino de sus triunfos anteriores; y el destierro, acompañado siempre de la confiscacion de bienes, era la condicion mas suave que podian esperar los vencidos. De ahí esas bárbaras crueldades que nos asombran, y aquellos usos atroces que los legisladores combatieron con otros usos infames. En fin,

po en tiempo en parajes ocultos por donde debian pasar los ilotas á los jóvenes para que degollasen cierto número, cuidando antes de que los infelices no llevasen armas para defenderse, que es como quien dice, llevarlos á la carniceria. Otras veces para que sus hijos no se aficionasen al vino los embriagaban, y en esta disposicion los trataban indignamente. Estos eran aquellos célebres Lacedemonios, cuyas virtudes no acaban de ponderarnos Mably, y tantos filósofos de nuestros dias.

se llegó á tal exceso de indigencia moral, que ya no se hallaba que oponer al crimen mas que el vicio.

Entretanto la razon se consumia en combinar formas de gobierno, y complicar los resortes de la máquina política, esperando que el órden naceria de un equilibrio justo de las fuerzas. En estos cálculos, mas vanos todavía que ingeniosos, todo se tenia presente menos las pasiones, y con mil trabajos se buscaba en la multiplicidad de contrapesos, ó en la division del poder, una doble garantía contra la anarquía y el despotismo; pero este poder dividido, ó estos diversos poderes, atacándose prontamente, desolaban el Estado por sus discordias interminables. Todo el fruto de tantas precauciones se reducía á prolongar una lucha funesta, y á comprar á mayor precio una opresion mas dura. De modo que se sufría la tiranía, y se sufrían además sus venganzas.

En un principio Roma fué gobernada por reyes, y esta fué la causa de su duracion. Bajo su autoridad pacífica tuvieron tiempo de arraigarse la Religion, las costumbres y las leyes. Casi no se puede dudar que fuese feliz, porque la historia no ha conservado de esta época mas que una memoria oscura y muy incierta. Bruto, dice Tácito, instituyó el consulado y la libertad<sup>1</sup>; es decir, que puso el poder mas á la mano del pueblo, y desde entonces la autoridad fué siempre decayendo<sup>2</sup>. Los grandes se esforzaban inútilmente á retenerla; su resistencia no tuvo otro efecto que hacer mas ruidosas las victorias que alcanzaba sobre ellos la plebe, la cual á nada menos aspiraba que á realizar el sistema de una igualdad absoluta, que equivale á decir, un sistema de absoluta y total destruccion; porque, en efecto, despues de haber destruido la sociedad, destruyendo las distinciones sociales, las pasiones envidiosas de las distinciones naturales que solo la muerte puede quitar, destruirían al hombre mismo, y acabarían por establecer sobre un suelo desierto, en el

1 Urbem Romam à principio reges habuere. Libertatem et Consulatum L. Brutus instituit. *Annal.* lib. 1, n. 1.

2 « Interin quedaron algunos privilegios á los patricios los plebeyos no descansaron hasta que se los quitaron. » *Esprit des lois*, lib. 11, c. 16.

silencio de los sepulcros, la lúgubre igualdad de la nada. Afortunadamente para Roma, las circunstancias impidieron este mal; y las naciones vecinas atacándola, la salvaron. Obligáronla á pensar ante todas cosas en su existencia, y á apoderarse de su propio territorio, al que en seguida enviaron colonias. Esto trajo dos grandes utilidades; la de reducir el número de la gente infima, y la de ofrecer un objeto exterior á la ambición. Si desde un principio el orgullo de los Romanos no se hubiera dirigido hácia las conquistas, este pueblo en breve tiempo se habria exterminado á sí mismo. La guerra suspendia las disensiones intestinas, y como la pasión de mandar buscaba y hallaba siempre fuera nuevas satisfacciones, Roma subsistió interin el mundo le ofreció naciones que conquistar. Vencido ya el universo, cada Romano pretendió reinar sobre él; y el imperio fué trastornado hasta sus fundamentos por conmociones horrosas. Se habia sostenido contra todos los pueblos, pero no pudo defenderse de sí mismo, de su constitucion, y de la doctrina que la servia de base; y entonces fué cuando, para eterna instruccion de la sociedad, se descubrieron enteramente los espantosos secretos de la soberanía del hombre. No sé qué furia rencorosa saliendo impetuosamente de los profundos senos del corazon humano, y arrastrando tras sí todos los crímenes, se arrojó sobre esta nacion, condenada por el cielo á castigarse á sí misma. Sus ejércitos, al modo de aquellos facinerosos á quienes se les lleva á ajusticiar en el lugar mismo en que cometieron el delito, conducidos por la mano de Dios, iban á sufrir su juicio allá en las mismas regiones que habian devastado; y no hubo un rincon en el imperio, donde la Providencia no obligase á estos fieros adoradores de la libertad á dejar montones de huesos, que fuesen otros tantos monumentos de la sabiduría y de la felicidad del *Pueblo Soberano*, del Pueblo Rey<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Esta misma leccion tan imponente la ha repetido la Providencia en nuestros días, y la Europa toda, los arenales de la Siria y Egipto, y los climas abrasadores de las islas del Nuevo Mundo, presentarán al viajero espantado los restos de los feroces republicanos, que á las órdenes de un déspota fueron á sufrir el castigo de sus de-

Pero no era solo en el campo de batalla, y en el furor de los combates donde los ciudadanos caian bajo la espada de los conciudadanos. Cada dia listas sangrientas de proscripcion, fijadas en las puertas del senado, ó en las paredes de los templos, anunciaban á millares de Romanos que el vencedor les mandaba morir<sup>1</sup>. Vióse en

litos contra la humanidad y sus leyes, contra Dios, y contra sus ungidos. Aquellas bandadas de buitres que en la huida de Rusia venian siguiendo los desechos de un ejército, que se dijo *grande*, para acabarlo de sepultar en sus entrañas; aquellos batallones enteros yertos, helados en los bosques, de pié, como espectros, dirán elocuentemente á la posteridad el bien que trajo su soberanía: el suelo español, engrasado con millares de cadáveres, debe hacer abrir los ojos á sus hijos para no dejarse arrastrar de vanas teorías.

<sup>1</sup> Horriza solo el recordar las proscripciones de Syla y Mario, y las de los *triumviros* Octavio, Antonio y Lépido. Mario hizo correr á rios la sangre; la órden dada á sus satélites á su entrada en Roma despues de su destierro, era matar á todos los que llegando á saludarle él no les contestase: los mas ilustres senadores perecieron en esta ocasion, saqueándoles además las casas, y confiscando sus bienes. — Syla, su competidor, llevó aun mas léjos su fria atrocidad: hizo asesinar de una vez en el anfiteatro de seis á siete mil prisioneros de guerra, á quienes habia prometido la vida, y como el senado reunido entonces en el templo de Belona, contiguo al circo, é ignorando un proyécto tan atroz, se conmoviese al oír los ayes dolorosos de tantos moribundos; *nada es, padres conscriptos*, dijo friamente Syla, *son unos cuantos rebeldes, á quienes se castiga de mi órden*. Todos los dias se fijaban los nombres de los que se habian de asesinar: no se veía donde quiera sino una carnicería: se premiaba al esclavo que presentaba la cabeza de su amo; al hijo que traía la de su padre: aquí fué donde se ensayo Catilina, quien despues de haber quitado la vida á su hermano, se encargó del suplicio de M. Mario Graciano, Pretor, haciéndole arrancar los ojos, cortar las manos, y romper los huesos de las piernas, antes de cortarle la cabeza; en premio de lo cual se le dió la comandancia de los soldados, que hacian la mayor parte de estas ejecuciones. — Si cabe aun fué mayor, por mas reflexionada, la matanza y proscripcion de los *triumviros*: disputaron largo tiempo entre sí sobre los que se habian de proscribir, y concluyeron eediéndose uno á otro la cabeza de sus mutúos amigos y parientes. La cabeza de Cieeron, á quien Octavio debía tanto, fué dada en cambio de la del tio de Antonio y de la del hermano de Lépido, y este tratado de sangre se cimentó con la palabra de matrimonio entre Octavio y Claudia, hija de la mujer de Antonio. Mas de trescientos senadores y dos mil ca-

esta época horrorosa á los jefes de las facciones cederse mutuamente la vida, la cabeza de un amigo, de un pariente, de un hermano, y especular sobre las proscripciones. Uniéndose la sed del oro con la de mandar, se vendian los asesinatos, se traficaba con la muerte. El imperio en fin, rendido y *fatigado de tantas discordias*<sup>1</sup>, vino á descansar en el seno del despotismo militar, y algunos monstruos devoraron tranquilamente ese pueblo que había devorado al mundo.

Establécense nuevos principios con una nueva Religión, que salva la sociedad, haciéndola conocer las verdaderas relaciones del hombre con su autor, y de los hombres entre sí. Las voces tutelares de *derecho* y de *deber* adquieren un sentido; la autoridad sucede á la fuerza, y el reino de Dios, que es el orden por excelencia, sucede al reino del hombre ó al desorden absoluto. Bajo el influjo de esta Religión sublime, el género humano caminaba á grandes pasos hácia la felicidad, abanzando al término de su perfección, cuando repentinamente aparecen de nuevo en la sociedad las doctrinas del paganismo sobre el *poder*. El ensangrentado espectro de la *Soberanía del Pueblo*, invocado por la *Reforma*, sale del sepulcro donde le había desterrado el Cristianismo. Al momento el espíritu de independencia subleva las pasiones contra la autoridad: guerras atroces desolan toda la Europa, y la discordia con su implacable encono penetra hasta el seno de las familias. Lutero y sus discípulos justifican la rebelion, la autorizan, la promueven y excitan con sus escritos y sermones sediciosos. Un no sé qué violento fermenta en lo

belleros fueron asesinados: los hijos llegaron á entregar á sus mismos padres por aprovecharse de sus bienes, etc. Esta es la dulzura y suavidad de los gobiernos democráticos. — La Francia en los días de su delirio nos dió los mismos ejemplos, aunque aquí se mezclaba las mas veces el odio de la Religión. Un tal *Philip*, presentándose en un dia en la sala con dos cabezas, *estas son*, dijo, *de mi padre y de mi madre que acabo de cortar, porque no querian oír la misa de un sacerdote juramentado (intruso)*. No se pierdan estas lecciones para nosotros, y veamos el fruto del árbol del *bien* y del *mal* á que nos incitan que comamos los disimulados demagogos.

<sup>1</sup> *Cuncta discordiis civilibus fessa, nomine principis (Augustus) sub imperium accepit. Taciti Annal. lib. 1.*

interior de los corazones, y el fanatismo de la libertad *religiosa* produce el fanatismo de la libertad *politica*. La Alemania, la Francia, los Países-Bajos, Inglaterra y Escocia, sirviendo de presa á los furios de una multitud embriagada en doctrinas anti-sociales, se cubren de ruinas y nadan en su sangre. Los pueblos reclaman por primera vez después de quince siglos, lo que ellos llaman sus *derechos*, es decir, el *poder*, objeto eterno de los deseos desenfrenados del orgullo, citan con altanería á los Príncipes á su tribunal, los miran únicamente como sus mandatarios, y se esfuerzan á fundar la democracia sobre las ruinas del orden actual. Vacilan los tronos, y llegan á hundirse algunos. El genio de Wicléff agita segunda vez la Inglaterra, destinada por la Providencia para servir de ejemplo á las demás naciones. La Religión se retira, y abandona este pueblo á las opiniones que le han seducido: héle ahí ya soberano de sí mismo. En el momento desaparece el orden juntamente con la paz, y todas las plagas reunidas inundan esta tierra proscripta. Constitución, leyes, justicia, humanidad, todo desaparece; no quedan mas que la fuerza y las pasiones. La hacha de los *niveladores* pasándose de un extremo del reino al otro, allana todas las preeminencias sociales, y hasta la dignidad real pereció sobre el cadalso con el mas desgraciado de la familia de los Stuardos<sup>1</sup>.

En todos tiempos unos mismos errores tuvieron siempre unos mismos efectos, y pronto veremos una nueva prueba bien memorable: Desde el punto que se le dice al hombre: tu razon es la fuente de la verdad, y tu voluntad la del poder; ya no hay mas verdad que lo que lisonjea las pasiones, ni mas poder que la fuerza, la cual

<sup>1</sup> *Cárlos I*, rey de Inglaterra, Escocia é Irlanda, que fué degollado en un cadalso el 9 de febrero de 1649 por sus súbditos rebeldes, acalorados por el pérfido Cromwel con las ideas de la *Soberanía del Pueblo*. El mismo escándalo dió después la Francia, llevada de las mismas doctrinas. Eran su consecuencia necesaria: el filósofo *Diderot* había expresado su deseo « de ahorcar al último de los reyes con » las tripas de los últimos sacerdotes; » y *Barrere* erigió luego en máxima « que el árbol de la libertad no podía crecer si no se regaba » con sangre de reyes: » y sus bárbaros satélites lo ejecutaron.

dirigida por el interés particular ó por las pasiones, introduce el desórden y la muerte hasta en los últimos elementos de la sociedad; y sus miembros, con derechos iguales é intereses contrarios, se destruirian hasta no quedar uno, si, como dotados de fuerzas desiguales, el mas fuerte no sojuzgase é hiciese servir al mas débil á sus caprichos, que vienen á ser la única ley, el único derecho, única justicia. Tal es el resultado necesario del absurdo contrato social soñado por la filosofía, y que en realidad no es otra cosa que una sacrilega declaración de guerra contra la sociedad y contra Dios. La razón y la experiencia, los hechos y el discurso están acordes en demostrarlo; y cualquiera que sabe ver y reflexionar, reconocerá, que abolida la noción de la autoridad, y de todos los principios conservadores del órden, de la paz, de la felicidad, y de la libertad de los pueblos, las doctrinas de independéncia, carta sangrienta de la discordia y de la opresion, jamás han producido, ni podido producir, sean las que se quieran las formas de gobierno, desde el despotismo mas absoluto hasta la mas ilimitada democracia, otra cosa que tiranos y esclavos, revoluciones y maldades.

Ni es esto todo. Cuando las relaciones sociales que unen á los hombres en una misma sociedad, han sido destruidas ó alteradas, las que unen á los pueblos entre sí en la gran sociedad del género humano, se destruyen y alteran igualmente. No se conoce ya otro derecho de gentes que el interés particular de cada nacion, ni mas derecho de guerra que la fuerza. El odio á los otros, fruto del amor exclusivo de sí mismo, anima á los pueblos del mismo modo que á los individuos, y los hace duros, envidiosos, destructores. Esta pasion bárbara, modificacion odiosa del orgullo, forma especialmente el carácter de las naciones, en las que el principio ateo de la soberanía del hombre está públicamente consagrado por instituciones populares. Y esto es tan cierto, que el mismo Rousseau mira al Cristianismo como poco á propósito para formar ciudadanos, á causa del espíritu de dulzura y mansedumbre de corazón que inspira, y desprendimiento de las cosas terrenas<sup>1</sup>; es decir, por-

<sup>1</sup> *Contrat. social*, lib. 4, ch. 5.

que sustituye el amor universal de todos los hombres á ese patriotismo feroz, tan fatal á la humanidad, á esa pasion violenta, desapiadada y cruel que, léjos de producir un amor recíproco entre los ciudadanos, inspira únicamente el odio á todo el que no es ciudadano. Rousseau en esto va consiguiente. Vió con toda claridad que no se podria fundar un gobierno sobre el interés particular, sin que el odio fuese su principal resorte; y por otra parte tenia el ejemplo de las repúblicas de la antigüedad. Lo único, que, si nos fuese menos conocido el orgullo filosófico, nos podria sorprender, es, como Rousseau, advertido por los fatales resultados y consecuencias no se estremeció á su vista, y horrorizado no retrocedió y abominó de tal principio; porque ciertamente, cuando uno se llega á representar los funestos y horrosos efectos de los odios nacionales entre los antiguos, el alma consternada busca por todas partes un refugio contra estos recuerdos espantosos; y poseida de asombro, se pregunta á sí misma ¿cómo el hombre ha podido ser suficiente para sentir tantos males, y para inventar el solo bosquejo de tantos crímenes?

Enemigos natos unos pueblos de otros, nunca en paz, cuando mas gozaban unas cortas treguas, cuya observancia no tenia otro garante que el interés particular de guardarlas, ó la impotencia de romperlas. No habia entre ellos vínculo alguno de justicia, y la fuerza no reconocia mas regla que un horrible derecho de exterminio. Hé ahí la verdadera causa de aquellos esfuerzos inauditos, y de aquellas resistencias prodigiosas que nos asombran. Se peleaba por los bienes, por la libertad, por la vida; porque todo pertenecia al vencedor<sup>1</sup>. ¿Mas se quiere ver cómo la filosofía protegía entonces á la humanidad? « Los Griegos, dice Platon, no destruirán á los Griegos, no los reducirán á esclavitud, no talarán

<sup>1</sup> Una ciudad sin poder ó fuerzas corria aun mayores riesgos. La conquista le hacia perder no solo el poder ejecutivo y legislativo como hoy, sino tambien todo cuanto se conoce bajo el titulo de propiedad entre los hombres: libertad civil, bienes, mujeres, hijos, templos, hasta las sepulturas mismas. *Esprit des Loix*, lib. 9, ch. 1.

» sus campos, no darán al saqueo y al fuego sus casas ;  
 » pero todo esto lo harán con los bárbaros<sup>1</sup>. »

La política de los Romanos, tan injusta como desapiadada, fué aun más funesta al mundo que sus armas. ¿Quién no sabe la sentencia del austero Catón<sup>2</sup>, á cuyos ojos toda acción útil á los intereses del Estado era lícita? Con la misma razón, ó acaso con más justo título que se decía la *fe púnica*, se hubiera podido decir la *fe Romana* : tan hábil era Roma en eludir sus juramentos, ó tan osada en violarlos<sup>3</sup>. La ruina de Cartago es una buena prueba, así como el saqueo de las ciudades del Epiro por Paulo Emilio, es un monumento de la *mansedumbre* y *equidad* del senado, cuyas órdenes ejecutaba este consul<sup>4</sup>. Y nótese que estos dos rasgos son de los tiempos más florecientes de la república, y que su historia ofrece otros semejantes, si no más horriblos, en casi todas sus páginas. La *humanidad* era un sentimiento tan extraño para este pueblo, que en su idioma ni aun se encuentra la palabra que lo expresa<sup>5</sup>.

Sola la Religión, suavizando los corazones, ó aterrando las conciencias, ponía algún límite á los furioses y devastaciones de la guerra, y defendía contra las pasiones y las doctrinas del orgullo y del odio, una débil tradición de misericordia. Y cuando ya no quedaba esperanza al-

<sup>1</sup> *De Republ.* lib. 5.

<sup>2</sup> Catón jamás daba su voto en el senado sobre ningún negocio, que no añadiese : *Delenda est Carthago*.

<sup>3</sup> Díganlo sino Viriato, Numancia, y Sertorio entre los españoles.

<sup>4</sup> El cónsul Paulo Emilio, por sobre nombre Macedónico, habiendo vencido á Perseo, rey de Macedonia, demolió setenta ciudades del Epiro, se llevó ciento cincuenta mil esclavos, y asoló en tales términos el país, que sus soldados no tuvieron necesidad de acamparse en tiendas como acostumbraban, sino que se alojaron en las casas que quedaron desiertas; y esta devastación se premió por el senado con los honores del triunfo, y la facultad de usar, durante los juegos del circo, el vestido triunfal. — Cartago en la tercera y última guerra púnica fué tomada por Scipion, y solo quedaron vivas cinco mil personas de una ciudad, que por tanto tiempo había disputado á Roma el imperio del mundo. *P. Laso*, nota 9.

<sup>5</sup> *Humanitas*, en los autores antiguos, no significa más que *política, cortesanía, dulzura, afabilidad, amenidad*.

guna al vencido, la Religión misma le abría sus templos, y el asesinato se suspendía alguna vez al pie de los altares.

En los tiempos modernos se encontrarían también, sin fatigarse mucho, no pocos ejemplos que confirmasen estas observaciones. Hay en Europa un país donde las opiniones religiosas han consagrado el principio de la soberanía del pueblo. Desde entonces el gobierno medio popular de esta nación, más célebre por su orgullo y altanería que por la pureza de sus costumbres, parece no haber conocido otra regla de conducta, ni más justicia política que el interés. Sirviéndose de la fuerza y de la astucia lo mismo que los Romanos, ha extendido su pesada dominación sobre regiones lejanas, que oprime con una sagacidad desapiadada, y con una estudiada barbarie : reina como ellos, y por las mismas máximas, y acabará como ellos.

Iguales ó análogos principios, esparciéndose por la Europa, y penetrando con una filosofía anti-religiosa en la mayor parte de los gabinetes, han hecho retrogradar visiblemente el derecho de las naciones, que ha vuelto á ser, poco más ó menos, lo que era entre los paganos, á saber, el interés armado de la fuerza. Perdida la santidad de la fe pública, los tratados faltos de sanción se han transformado en simples convenciones humanas, muy semejantes por su naturaleza y efectos, al soñado pacto social. Sustituyendo á la doctrina de los derechos el sistema de la conveniencia, se han roto y quitado los límites que separaban las herencias de los pueblos, como las de los particulares. Así como en el orden moral unos sofistas envidiosos se cubrían con el velo de la naturaleza y de sus leyes, para justificar la violación de las propiedades particulares; del mismo modo en el orden político, otros sofistas autorizándose con las mismas máximas, han usurpado las propiedades públicas, las provincias, los reinos, bajo el pretexto de que así lo exigía la naturaleza. Desde entonces cada Estado, temiendo ser de la noche á la mañana invadido, y usurpado en nombre y por orden de la naturaleza, según pareciese á la desmedida codicia de sus intérpretes, la seguridad, madre de la paz, huyó de una tierra abandonada á los caprichos funestos de los hombres. Las na-

ciones para conservarse no han contado mas que con la fuerza, y no bastando los ejércitos mas numerosos para conseguir este fin, los pueblos enteros, obligados á descender á la arena, han combatido por su vida con el encarnizamiento que inspira un interés tan urgente y ejecutivo. La sociedad, bajo el influjo de las doctrinas filosóficas, ha retrogradado hasta el estado salvaje, y esos horribles duelos de nacion á nacion han espantado y estremecido al universo, que desde el establecimiento del Cristianismo no habia visto cosa semejante. Nunca jamás se llevó á tal extremo el arte de oprimir, ni jamás tampoco se supo aprovechar tan bien todo el fruto de la victoria. Una avaricia ingeniosa abrazando en sus tiznados cálculos á las generaciones futuras, ha sabido hacer cómplices de sus exacciones al tiempo, al suelo, la industria, y hasta las necesidades mismas de los venidos.

En el entretanto, á la estabilidad del orden, á la antigua y santa union que formaba de los pueblos de la Europa un solo cuerpo político, y casi una sola familia, arraigada, como una encina robusta y majestuosa en esta tierra antigua de la civilizacion, ha sucedido repentinamente una movilidad espantosa, un espíritu turbulento de discordia; y sin que se haya mudado mas que la Religion y las costumbres, esta misma Europa ha venido á ser como una grande sucesion que unos herederos codiciosos y mas poderosos que las leyes, se disputan con las armas en la mano, la devastan, despedazan y empapan en sangre sus miserables restos. Una insaciable avaricia se ha apoderado de los Gobiernos, y el interés particular disponiendo de los imperios, en cierto modo los ha despojado de su existencia moral, de la dignidad tutelar que tomaban de la noble idea de la sociedad, para hacer de ellos..... ¿lo diré? un objeto de negociacion, una especulacion mercantil, una moneda corriente para el uso de los poseedores de la fuerza; y á fin de dar á ese rápido comercio de Estados unas seguridades independientes de la buena fe de las altas partes contratantes, la fuerza ha intervenido tambien para suplir á la justicia, y en el siglo diez y nueve, en el siglo *de las luces y de las ideas liberales*, se ha establecido

contra las naciones el decreto de arresto, ó mandamiento de prision y confiscacion. Cuando se ha llegado ya á este término, no creo se deban celebrar tanto los progresos del orden social, ni los de la felicidad, ni los de la libertad.

*Incedo per ignes.* Se conoce bien que yo apenas puedo tirar una pincelada en un cuadro que cada uno acabará fácilmente por sí mismo. Por otra parte mi objeto en esta obra no es tanto presentar un tratado ó un conjunto completo de reflexiones, quanto el dar ocasion á reflexionar. Lo que un escritor, sea el que quiera, dice ó escribe, no suele ser acomodado á toda clase de personas, sino á cierto número de talentos; pero si logra de sus lectores un grado de atencion que los obligue á formar sobre la materia que trata pensamientos propios suyos, habrá adelantado mucho mas que si él por sí los hubiese expresado. Parece que la verdad nos hiere y toca mas de cerca, y nos pertenece mas, cuando nosotros mismos la descubrimos; y nos inspira menos desconfianza y mas adhesion.

No pudiendo pues la filosofia establecer otra constitucion ni otro derecho de gentes que la fuerza: no establece tampoco otra legislacion, que la fuerza, porque no queriendo subir hasta el supremo legislador, y deteniéndose en el hombre, no puede hallar la razon de los deberes y obligaciones en voluntades iguales é independientes.

Las leyes son la expresion de las relaciones que unen entre sí á los miembros de una misma sociedad. Quanto mas naturales ó perfectas serán las relaciones que expresan, tanto mas perfectas serán las leyes, y mas propias para conducir á los seres sociales á su fin, que es la felicidad, ó la *tranquilidad del orden*. Al contrario, si las leyes expresan relaciones arbitrarias ó falsas, serán un manantial perpetuo de desorden y desgracia, y se encaminarán á destruir al hombre, en lugar de conservarle.

Estando las leyes destinadas á arreglar las acciones, son por su esencia obligatorias; de otra suerte no serian una regla, sino quando mas un consejo, á menos que no se las suponga apoyadas por la fuerza; y aun en este caso no prescribirian obligaciones; impondrian si necesidad.

La noción pues de la ley está intimamente unida y enlazada con la noción de la autoridad, y así toda doctrina que destruye la noción de esta, destruye por consiguiente la noción de la ley.

De este modo los filósofos, que excluyendo á Dios de la sociedad, hacen dimanar el poder y la autoridad de un pacto dependiente de las voluntades libres de los hombres; ó en otros términos, que atribuyen á los hombres la facultad de crear la autoridad y poder, se atribuyen igualmente la de crear la ley; y la ley, según ellos, no es mas que la voluntad del hombre, ó según la definición de Rousseau, *la expresión de la voluntad general*, es decir, de todas las voluntades particulares de los miembros del cuerpo social; y *siendo* (en su sentir) *la voluntad general siempre recta*, las leyes serán siempre justas; el pueblo crea la justicia como crea la ley; y aun para esto no es necesario que sus voluntades sean racionales ó fundadas, porque no consistiendo la esencia de la ley en la razón, sino en la voluntad, *no tiene necesidad de razón para validar sus actos*; por consiguiente puede legitimamente todo lo que quiere, aunque sea despedazarse y aniquilarse; «porque si le agrada, dice» Rousseau, *hacerse mal á sí mismo, ¿quién tiene derecho para impedirselo?*»

Al leer estas máximas tan fecundas en calamidades y delitos, se cree leer el código mismo del desorden, y la teoría de la muerte. Si el caos y el infierno tienen una legislación, sin duda alguna, debe estar fundada sobre esta base.

El interés particular, único móvil de las voluntades particulares, cuya colección forma la voluntad general, es en este sistema la única razón de la ley. Ahora bien, como por confesión de Rousseau, «lo que tienen de común los intereses particulares nunca equivaldrá á lo que no lo es, y tienen de opuesto entre sí;» si es necesario que las leyes sean efectivamente *la expresión de la voluntad general*, ó de todas las voluntades particulares sin excepción, los pueblos vivirán eternamente sin leyes. Y no pudiendo subsistir los pueblos sin ellas, y

<sup>1</sup> *Contrat. social*, lib. 2, ch. 12.

sin alguna autoridad ó poder, la ley viene á ser de hecho la expresión de la voluntad del poder, ó de la voluntad del mas fuerte. No teniendo otro fundamento que la fuerza, tampoco tiene mas garantía: no se obedece, se cede. Es un interés particular que sofoca y oprime momentáneamente á todos los otros. De aquí un manantial nuevo y perenne de odio; porque el hombre aborrece naturalmente todo lo que se opone á su bien estar, ú ofende su interés personal.

De este modo desaparecen todas las verdades sociales con la verdad suprema de que dimanen. Realizadas por las leyes y forma de gobierno, producen el orden, la paz, la felicidad, uniendo y estrechando con vínculos de amor las diversas partes del cuerpo social. Mas cuando las sustituye el error, todo padece, se desconcierta y divide todo, y la sociedad cae á pedazos. Un rencor mutuo arma incesantemente á los súbditos contra la autoridad, á los pueblos contra los pueblos, á los ciudadanos contra los ciudadanos; y la anarquía reina y obra en todos los miembros del Estado, aun cuando la fuerza conserva en lo exterior una apariencia de orden.

El principio conservador que advertimos en las leyes y creencia, ó Religión de los antiguos, no era invención suya; porque cuanto mas nos remontamos hácia la antigüedad, tanto mas puras, y firmemente establecidas se encuentran las creencias. Ellas claramente provenian de la tradición primitiva, herencia común del género humano. Mas alteradas poco á poco por las pasiones, y la razón, se ve decaer su influencia con el progreso de los tiempos, y doctrinas contrarias producir contrarios efectos. Así el espíritu del gobierno, tanto en Roma, como en la Grecia, poniendo incesantemente en movimiento al interés personal, tiraba á oscurecer los principios de la justicia, y favorecido de una filosofía corruptora, acabó por borrarlos enteramente de los corazones. Las costumbres entre los antiguos, exceptuadas las épocas de una extremada disolución, eran mucho mejores, y, sin comparación, valian generalmente mas que las leyes, porque la Religión, que en parte habia conservado las verdades esenciales, formó en un principio las costumbres sin obstáculo, mientras que las leyes, que vinieron despues, se

acomodaron á la naturaleza del gobierno, y como él, no expresaron casi siempre mas que relaciones falsas: y esta diferencia explica las contradicciones singulares que se observan en las mismas costumbres: lo que habia en ellas de bueno, puro, generoso, era propio del hombre ilustrado por la Religion primitiva; lo vicioso, violento, atroz, venia del ciudadano pervertido por las instituciones políticas, y las doctrinas que estas hicieron nacer. Seria inexplicable la duracion de esos Estados populares, cuyos anales parecen tan gloriosos, si no hubiesen tenido fuera de su gobierno un principio de conservacion; y Montesquieu lo conoció bien cuando dijo: « Que Roma » era una nave en tempestad sostenida por dos áncoras, » la Religion y las costumbres<sup>1</sup>. »

La legislacion de los pueblos paganos, especialmente en las repúblicas, oprimia al débil: y la razon es, porque las leyes, expresion en ellos de la voluntad del mas fuerte, no tenian, ni podian tener otro objeto que proteger sus intereses. La esclavitud, oprimiendo la debilidad de la condicion ó clase, protegía la soberbia, y el orgullo del hombre libre; la poligamia y el divorcio, oprimiendo la debilidad del sexo, protegían la voluptuosidad y los caprichos inconstantes de los maridos; las horribles leyes sobre deudores, oprimiendo el hambre y la indigencia, ó tal vez la flaqueza ó debilidad de la naturaleza misma, protegían la avaricia de los ricos; el derecho de vida y muerte concedido á los padres sobre sus hijos, oprimiendo la debilidad de la niñez, protegía la codicia bárbara y todas las pasiones del padre, ó del que era mas fuerte en las familias. Y cuando toda la fuerza vino á concentrarse en una sola mano, y el imperio no conoció mas que un dueño y Señor, tampoco hubo mas que una sola ley, que fué su voluntad, la cual disponia de trescientos millones de hombres, de sus bienes, de su libertad, y de su vida, á medida de sus deseos ó intereses.

No parece sino que en el momento en que los antiguos trataban de legislacion práctica, toda idea de justicia y de pudor los abandonaba. ¿Quién no ha oído ha-

<sup>1</sup> *Esprit des Loix*, lib. 8, ch. 13.

blar de las leyes de los Tebanos y Cretenses, y de las instituciones de Esparta? El divino Platon ¿no quería establecer en su república la comunidad de mujeres, y fundar la sociedad sobre la abolicion de la familia? Hé aquí el mayor esfuerzo de la razon humana en política, en el siglo de oro de la Grecia. Aristóteles pone el latrocinio en el número de las diferentes especies de caza<sup>2</sup>. Y va consiguiendo. Cuando se constituye al hombre en guerra contra el hombre, debe permitirse á cada uno hacer el daño que pueda á su enemigo, porque se conserva destruyéndole. Y de tal manera era este el espíritu de los antiguos Estados populares, que Solon cuenta entre las otras profesiones ú oficios el de ladrón<sup>3</sup>; y solamente observa que no se ha de robar á los conciudadanos, ni á los aliados de la república. No acabaríamos si hubiésemos de recordar todas las leyes y máximas semejantes. Pero lo que no debemos pasar en silencio, es que, aun las mas infames, han encontrado un crecido número de apologistas entre los filósofos modernos<sup>4</sup>; y que algunos han llevado el cinismo de los principios á mayores excesos que los mismos paganos llevaron el cinismo de las costumbres. Basta el buen sentido para ver que una ley inmoral debe producir malos efectos: un ingenio agudo, travieso, vivo, sutil, puede figurarse que los tiene buenos, y dar aparentes razones; pero el genio, ó un juicio sólido, que abraza todas las relaciones de su objeto, piensa como el buen sentido, esto es, que de una ley mala no pueden nacer costumbres buenas. Montesquieu, cuyo ingenio no cedia á nadie en vivacidad<sup>5</sup>, apenas ha encontrado en pueblo alguno leyes que

<sup>1</sup> *De l'homme*, t. I, sect. 4, note 27, pag. 605. *Quest. sur l'Encyclop. Guerre.* — <sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> Véase la nota de la pág. 283 y sig.

<sup>4</sup> El baron de Montesquieu (Cárlos de Secondat), nació cerca de Burdeos el 1689. Empleado, desde muy tierna edad, en el parlamento de aquella ciudad, se dió á conocer en él por su elocuencia; pero lo fué mucho mas por sus escritos, por desgracia demasiado célebres. Aun estaba en el parlamento cuando publicó las *Cartas Persianas*, llenas de invectivas contra la religion y las cosas santas, y tales que él mismo se vió obligado á hacer una segunda edicion con varias correcciones para poder entrar en la academia francesa.

no haya justificado. Según él, siempre hay en el clima, costumbres ó constitucion, algunas circunstancias, que

Viajó por la Alemania, Hungría, Italia, Suiza, Holanda, y por dos años permaneció en Inglaterra. De vuelta á su patria publicó las *Causas de la grandeza y decadencia de los Romanos*, para cuya obra no falta quien diga se aprovechó del escrito de Walter-Moyle, aunque sin citarle. Pero su obra principal es el *Espiritu de las Leyes*, en la cual entre algunas buenas reflexiones, y bastante conocimiento de los gobiernos, se encuentran paradojas en lugar de verdades, ideas atrevidas, relaciones inexactas, sistemas singulares, epigramas en lugar de reflexiones, y lo que es peor que todo, principios de deísmo y de irreligion. El abuso actual de la filosofia puede decirse que principia en esta obra desgraciadamente célebre. Impugnada desde un principio por Debonnaire, por Crevier y otros, sintió y temió tanto Montesquieu de la impugnacion del asentista general Dupin, que fué á quejarse á la marquesa de Pompadour cuando no se habian repartido mas que cinco ó seis ejemplares á algunos amigos, y ella le obligó á recogerlos, é hizo quemar toda la impresion; que tal es siempre la tolerancia de los que mas la predicaban. Sin embargo, al fin de su vida Montesquieu dió las pruebas mas decisivas de su arrepentimiento, y no solo hizo una abjuracion de todos los errores vertidos en sus obras, sino que tomó todas las disposiciones necesarias para reparar los escándalos por medio del P. Routh, jesuita, que le confesó. Preguntado por este, si habia vivido algun tiempo en un estado de incredulidad, respondió que interiormente no; é instado por el motivo de haber aventurado tales ideas que hacian sospechar tanto de su fe, añadió sencillamente: *que el gusto á la novedad, el deseo de singularizarse, y de pasar por un genio superior á las preocupaciones y máximas comunes, y la ansia de agrandar y obtener los aplausos de las personas que daban el tono á la estimacion pública, que no la concedian mas seguramente que cuando se les autorizaba á sacudir el yugo de toda dependencia, etc.*, era lo que le habia hecho obrar así. Recibió los santos sacramentos con mucha devocion, repitiendo, juntas las manos, las oraciones de la Iglesia. Acaeció su muerte el 10 de febrero de 1755, á los sesenta y seis años. — Su retractacion nos trae á la memoria la de otro célebre magistrado español de nuestros dias (D. G. M. de Jovellanos), quien en su última enfermedad expresó casi en los mismos términos su sentimiento de haber abanzado en sus escritos algunas expresiones é ideas poco conformes. No ponemos en una misma categoria á Jovellanos con Montesquieu; pero es muy decoroso á un cristiano disipar hasta las sombras que pudiera haber sobre sus opiniones religiosas. Este testimonio le honra mucho para que le omitiésemos: él quiso que se hiciese pú-

debieron determinar al prudente legislador á corromper la legislacion. Su libro, hecho en un todo para el siglo en que apareció, no ha producido en política ninguna utilidad verdadera, y ha contribuido singularmente á debilitar la moral pública.

Toda verdadera legislacion emana de Dios, principio eterno del órden, autoridad y poder general de los seres inteligentes. En saliendo de aquí, no se ven mas que voluntades arbitrarias, y el imperio degradante de la fuerza; hombres que avasallan insolentemente á otros hombres; esclavos y tiranos. El código variable de los intereses sustituye al de la justicia, tan inmutable como la naturaleza de los seres que debe regir, y que conserva manteniéndolos en sus verdaderas relaciones. En efecto, considérense las leyes tomadas y bebidas, si se puede decir así, en esta fuente divina, y se verá que, inflexibles y severas como la verdad, y no obstante eso rebosando no sé qué espíritu de dulzura que consuela y tranquiliza á la humanidad, inspiran á un tiempo confianza y respeto, temor y amor. El hombre, sin duda, puede violarlas, pero es violando su razon, su conciencia, su naturaleza toda, y renunciando á la paz y á la felicidad. Siempre estables en medio de la movilidad de las cosas humanas, se afirman con los siglos, sobreviven á las opiniones y sistemas, y reinan sin envejecer jamás sobre las generaciones, que se suceden unas á otras, y pasan enriquecidas con sus beneficios. Por el contrario, si el interés particular viene á ser el principio de las leyes, al punto vuelven estas á entrar en la clase de aquellos caprichos inconstantes y desordenados que el tiempo arrebató con desprecio entre sus olas. Duras

blieo, y siguiendo su voluntad, no podiamos hacer mejor servicio á su memoria. El Señor parece quiso premiarle en el momento; pues siendo los tiempos que eran, durante la guerra de la independencia, y fuera de su casa, entendida la noticia de sus sentimientos, se juntaron y asistieron á su entierro ciento nueve eclesiásticos entre seculares y regulares. Hoy vive en Madrid de prelado, y predicador de S. M., el religioso capuchino que le asistió en el puerto de Vega en las Asturias: pues no murió en una conmocion popular, como dicen las biografias francesas, sino de enfermedad en su cama, y con todos los auxilios de la religion.

ó afeminadas, extravagantes y mudables, algunas veces disolutas, siempre crueles y desapiadas como las pasiones, no subsisten sino seduciendo y engañando al odio con bajas condescendencias, ó consternado la indocilidad con el terror. Pero ya sea que lisonjeen, ya que aterren; siempre oprimen; y las leyes formadas para adular al pueblo, constantemente son las mas opresivas. Todo el que en Roma aspiraba al favor del populacho romano, proponia la *ley agraria*, ó la abolición de las propiedades; y en cierta nacion que se cree libre, no ha mucho que el que queria agradar al pueblo, solicitaba leyes de expoliacion y de sangre contra los católicos. El hombre es siempre el mismo en todos los países, y en todos los tiempos.

Las legislaciones puramente humanas tienen aun otro inconveniente terrible, y es, que las leyes protectoras del orden son las que la multitud sufre con mas impaciencia, porque se dirigen á sostener lo que su interés pretende derribar. Tolerará leyes inmorales, porque consagran el desorden, del que se aprovecha mas ó menos; pero como sus pasiones no esperan sacar ventaja alguna de las buenas leyes, porque su objeto es reprimirlas, no encontrará necesariamente en ellas mas que un obstáculo á sus deseos, y un atentado contra sus derechos. Y como ninguna ley, emanada del hombre solo, es obligatoria para otro hombre, será necesario poner á la equidad bajo la protección de la fuerza, y arrancar del temor lo que en vano se pediria á la conciencia. Cuanto mas profundo sea el temor, la sumision será mas grande; la seguridad pública no tendrá otro fiador que el verdugo, y se proclamará la justicia en nombre de la muerte, por no haber querido proclamarla en nombre de Dios.

Hemos manifestado que la filosofía destruye la autoridad, el derecho de gentes y las leyes ó reglas de las acciones públicas; réstanos probar que destruye tambien la moral, ó regla de las acciones privadas.

Lo que hemos dicho sobre esta materia al refutar los diversos sistemas de indiferencia, nos dispensa de una larga discusion: bastará por lo tanto observar que la filosofía, no pudiendo hallar fuera de Dios la razon de

las obligaciones y deberes, se ha visto precisada á fundar la moral, lo mismo que la sociedad, sobre el interés personal limitado á la vida presente; doctrina, en dictámen y juicio de Bayle y de Rousseau, subversiva de toda virtud.

« Si no fuera por la esperanza de los bienes futuros, » dice Bayle<sup>1</sup>, se podrian poner la virtud y la inocencia » en el número de aquellas cosas, sobre las que pronunció » Salomon aquella sentencia decisiva: *vanidad de vanidades, y todo es vanidad*. Confiar en su inocencia seria » apoyarse sobre una caña cascada, que atraviesa y hiere » la mano del que se quiere servir de ella. » La virtud pues, en esta buena filosofía, no es mas que para los tontos: es el resultado de la ignorancia, ó de la pobreza y debilidad de espíritu, y no debe ya sorprendernos el ver los progresos del vicio y del crimen seguir los progresos de *las luces* con tanta regularidad.

Rousseau percibió claramente estas consecuencias del ateísmo. « Por mas que se haya querido establecer la » virtud por sola la razon; ¿ qué base sólida, pregunto, » se la puede dar? La virtud, dicen, es el amor al orden: » bien; ¿ pero este amor al orden, puede, ni debe sobre- » pujar en mí al amor y deseo de mi bien estar? Denme » una razon clara y suficiente para preferirlo. Digan lo » que quieran; su pretendido principio, en realidad de » verdad no es mas que un juego de palabras; porque yo » tambien diré, y digo, que el vicio es el amor al orden, » tomado este en un sentido diferente. Donde quiera que » hay sentimiento é inteligencia, hay orden moral. La » diferencia está en que el bueno se ordena todo al bien » general, ó al todo; y el malo todo lo ordena y dirige á » sí. Este se constituye centro de todas las cosas, y el otro » mide su radio, y se mantiene en la circunferencia. De » este modo está ordenado con respecto al centro comun, » que es Dios, y con respecto á todos los círculos concén- » tricos, que son las criaturas. Si no hay Dios, solo el » malvado es el que raciocina, el bueno es un insensato<sup>2</sup>. »

<sup>1</sup> *Dict. crit.* art. *Brutus*. De Bayle diremos en otra parte: de sus amores con la mujer de Jurieu, véase la página 203.

<sup>2</sup> *Emile*, t. III, p. 118.

Ciertamente, la filosofía debería hablar con menos arrogancia de la razón, cuando vemos que *por sola la razón* no puede establecer mas que el crimen; debería tambien no ponderar tanto sus beneficios, cuando señala á la virtud por herencia de los *insensatos*. Todo su poder consiste en el raciocinio, y en el momento que *raciocina*, el hombre que la escucha se hace *un malvado*, y entonces, y solamente entonces, es cuando comienza á ser verdadero discípulo suyo; y á cualquiera que se conserva y permanece *bueno*, le aleja de sí, y excluye como indigno de recibir sus lecciones, ó como incapaz de comprenderlas. Ahora bien, filósofos, id, reunid los hombres, dictadles leyes, escribid constituciones, códigos: buscad *insensatos* que consientan en arreglarse ó *ponerse en orden*, por vuestro interés, *relativamente al todo*, despues que les habeis enseñado que la sabiduría consiste en *ordenar el todo á sí mismos*. Filósofos, que ensalzais con tanto orgullo, en vuestras frases pomposas la razón del hombre, es preciso que contéis extrañamente con su imbecilidad. ¡Qué lenguaje el vuestro para persuadir! «O hombre: ninguno tiene derecho para mandarte: re-» conoce pues por consiguiente un señor. No hay mas » regla para tí que tu voluntad; por consiguiente, obe-» dece á las leyes que se le oponen y la contrarian. Tu » única obligacion y deber es hacerte feliz en la tierra; » el saber cómo, importa nada; en consecuencia, re-» nuncia á todos tus intereses, ahoga la voz de tus de-» seos, y aun la de tus necesidades; sé justo á tus espen-» sas; sométete sin murmurar á las mas duras privacio-» nes, á la indigencia, al trabajo, al dolor, al hambre. » Nada debes esperar despues de esta vida: en conse-» cuencia, obra como si esperases otra, respeta religio-» samente el orden establecido contra tí, hazte volunta-» riamente nuestra victima; y te pagaremos el servicio » con un profundo desprecio.» Filósofos, dad gracias al inventor de la horca; él solo ha encontrado el funda-» mento y la sancion de vuestra moral.

Mas como se podría sospechar por alguno que Rousseau ha exagerado, quiero presentar las consecuencias que él mismo atribuye al ateismo, deducidas metódicamente de este error monstruoso por el hombre mas frio,

y el razonador mas hábil que hasta hoy ha combatido la creencia unánime del género humano. Este es Espinosa<sup>1</sup>: oigámosle:

«Yo no entiendo por derecho natural otra cosa que » aquellas leyes por las cuales concebimos que cada *ser* » está determinado á existir y obrar de una cierta y de- » terminada manera: los peces, por ejemplo, están de- » terminados por la naturaleza á nadar, y los mas gran- » des á comerse á los pequeños; por eso el agua perte- » nece á los peces, y los grandes se comen los pequeños » por derecho natural. Siguese de aquí que cada *ser*, ó » criatura, tiene un derecho soberano á todo lo que » puede. Y en esto no admitimos diferencia alguna entre » el hombre y los demás seres, ni entre los hombres do-

<sup>1</sup> Espinosa, hijo de un judío portugués, mercader de profesion, nació en Amsterdam el 1632. Estudió la lengua latina con un médico, y se dedicó todo á la filosofía. Cuanto mas adelantaba esos conocimientos, se excitaban en él dudas sobre el judaismo; y como sus rabinos no acertasen á satisfacerle, se separó enteramente de su comunión, y abrazó el calvinismo frecuentando las iglesias de los arminianos, mudando su nombre primitivo de *Baruch* en el de *Benito*. Aunque exteriormente sumiso á su secta, tomó de ella mas que otra cosa la libertad de pensar, y su orgullo le precipitó en un abismo aun mas profundo. Retirándose de Amsterdam se ocupó de tiempo en tiempo en hacer telescopios, y dió á luz su *Tratado teológico*, donde sembró los principios de ateismo, que abiertamente se enseña en sus *Obras póstumas*. Sostiene atrevidamente que Dios no es un ser inteligente, ni infinitamente perfecto, ni otra cosa sino esa virtud de la naturaleza que está esparcida en todas las criaturas: atribuye todo cuanto existe á la necesidad, y no reconoce mas sustancia que una, etc. Su aire tético, su color amarillento, y no sé qué rasgos siniestros, anunciaban en su fisonomía como un carácter de reprobacion. Dicen de él que sus costumbres eran buenas; pero prescindiendo de que todas esas aserciones son vagas, y de que un epicureo consiguiente, segun sus principios, de nada se debe privar, atendido su orgullo desmedido, ¿qué se concluiría de ello que no se pudiera decir con mas razón de los ángeles degradados y convertidos en demonios? la soberbia conduce á los mismos precipicios que los vicios de la carne. Y sirva de respuesta para cuantos nos hablan de las costumbres rígidas de otros sectarios, que por desgracia con esta capa se disimulan y seducen á los inocentes. Espinosa murió á los cuarenta y cinco años. Las extravagancias de sus errores han sido reproducidas en el *Systeme de la nature*.

» tados de razon, y los que les falta. Así es, que mien-  
 » tras los hombres viven bajo el imperio de sola la natu-  
 » raleza, el que no conoce todavía la razon, ó no ha  
 » adquirido el hábito de la virtud, vive únicamente se-  
 » gun las reglas de sus apetitos con igual derecho que el  
 » que arregla su vida por las leyes de la razon: es decir,  
 » que así como el sabio tiene un supremo y soberano  
 » derecho á todo lo que su razon le dicta, ó á vivir se-  
 » gun las leyes de su razon; el ignorante ó el hombre  
 » apasionado, lo tiene á todo aquello á que sus apetitos  
 » y pasiones le inclinan y arrastran; es decir, un dere-  
 » cho soberano de vivir segun las leyes de sus apetitos.  
 » El derecho natural, pues, no está determinado en cada  
 » hombre por la recta razon, sino por sus deseos y po-  
 » der. Cada uno, considerado bajo solo el imperio de  
 » la naturaleza, tiene un derecho soberano de desear  
 » lo que, ilustrado por la sana razon, ó arrastrado por  
 » las pasiones, juzga que le es útil; y puede lícitamente  
 » apoderarse de ello, sea á fuerza abierta, sea por dolo  
 » ó astucia, ó por cualquier otro medio; y por consi-  
 » guiente tener por enemigo á cualquiera que trate de  
 » impedirle el satisfacer sus deseos. De donde se sigue,  
 » que el derecho de la naturaleza, bajo el cual todos los  
 » hombres nacen y viven comunmente, nada prohíbe  
 » sino lo que no se desea, ó no se puede, y que per-  
 » mite las contiendas, altercaciones, los odios, la ira, el  
 » fraude, y absolutamente todo lo que excita nuestros  
 » apetitos. Así que el derecho natural no está determi-  
 » nado en ninguno sino por su fuerza; y ninguno puede  
 » estar cierto de la fe de otro, mientras no tenga mas  
 » fiador y garante que su promesa, porque cada uno  
 » por el derecho natural, puede obrar dolosamente, y  
 » los pactos no obligan sino por la esperanza de mayor  
 » bien, ó temor de mayor mal.<sup>1</sup> »

Constituyendo la sociedad por sola la razon, sin la  
 intervencion de Dios, el hombre se ve reducido á no  
 reconocer otra autoridad, ni otro derecho, ni mas ley,  
 que la fuerza, dirigida por el interés particular ó por las

<sup>1</sup> *Tract. theolog. polit.*, cap. 16. *De jure uniuscujusque natu-  
 rali et civili*, pag. 85.

pasiones; y cuando se trata de formar las costumbres  
 por sola la razon, sin la intervencion de Dios, es tambien  
 indispensable no reconocer mas ley, ni mas derecho que  
 la fuerza dirigida por el interés particular ó por *los ape-  
 titos*: es decir, que en uno y otro caso, se atribuye al  
 hombre la soberanía absoluta de sí mismo; y es de ad-  
 mirar que Rousseau no haya visto que su doctrina del  
*contrato ó pacto social* no es mas que *el ateísmo puro  
 aplicado al órden social*, y que ha adoptado en política  
 los principios cuyas consecuencias desecha con horror  
 en la moral. Sin duda proviene esto de que queriendo  
 establecer una teoría rigorosa de la sociedad, se ha visto  
 obligado á seguir hasta donde sus máximas lo arrastra-  
 ban, y por consiguiente hasta el ateísmo, el cual no es  
 mas que un Deísmo rigoroso.

¿Mas qué sociedad podrá conservarse, cuando los de-  
 rechos de los hombres no tengan mas regla que los  
 deseos de cada uno, ni otros límites que su fuerza, á la  
 cual se añade por suplemento el dolo, el fraude, la as-  
 tucia? ó mas bien: ¿cómo concebir bajo la noción de  
 sociedad, una reunion de seres humanos, enemigos na-  
 turales unos de otros, é incesantemente ocupados en  
 hacerse daño mutuamente? En esta anarquía horrible de  
 voluntades contrarias y de intereses opuestos, de fuer-  
 zas é intereses desiguales, el amor de sí mismo se con-  
 funde con el aborrecimiento de los otros, y el hombre  
 sujeto únicamente á la ley de los apetitos, independiente  
 de toda autoridad y libre de toda obligacion, lo mismo  
 que el *pueblo soberano*, no tiene tampoco necesidad,  
 como este tampoco la tiene, de razones para legitimar  
 sus actos; basta que quiera y pueda: con estas dos con-  
 diciones todo le es permitido. El campo, casa y mujer  
 de mi vecino, su vida misma me pertenece por derecho  
 natural, si la deseo y soy mas fuerte que él. La natura-  
 leza nada prohíbe al hombre sino lo que le es física-  
 mente imposible alcanzar: su derecho no tiene mas  
 límites que el de su fuerza ó el de sus apetitos. Tiene  
 hambre y desea comer carne humana: si tiene fuerzas  
 bastantes contra su semejante, puede comer su carne, y  
 beber su sangre con tan poco escrúpulo como se comería  
 un pedazo de pan, ó bebería un vaso de agua de la

fuente <sup>1</sup>. Y no hay que esperar en este conflicto de las pasiones, un vislumbre siquiera de la posibilidad consoladora de la paz, ni aun de tregua, porque ningun pacto es obligatorio; cada promesa puede envolver un lazo pérfido, y nadie está ligado sino por su propio interés. Por consiguiente, á Dios estado, familia, union, seguridad. El hombre temblará de terror al encontrar á otro hombre, que será mas terrible á sus ojos que el caiman del Ganges y el tigre de Zara. Y si alguna vez el instinto une casualmente á dos individuos de diferente sexo, satisfecho que sea su apetito brutal, se mirarán uno á otro con horror, y el mas débil se apresurará á huir por temor de ser por el otro devorado.

Si la filosofía pues llegase á establecer enteramente su reino sobre las ruinas de toda Religion, destruiria la sociedad, acabaria con el género humano, y realizaria el aniquilamiento ó la nada, que forma la esencia de sus doctrinas. Pero limitándonos aquí á lo que la experiencia nos enseña de su influencia sobre las costumbres, contemplemos los siglos filosóficos. ¡Qué olvido tan profundo en ellos de todas las obligaciones! ¡Qué insolente menosprecio de la virtud! Declarados el orgullo y el deleite, por único móvil de las acciones humanas, abortan y dan á luz una concupiscencia desenfadada, triste pero infalible síntoma de la extincion del sentido moral. Cuando la sed del oro llega á apoderarse de un pueblo, se puede firmemente asegurar que se precipita en la barbarie. Aun las ciencias no sirven entonces sino para conducirle mas prontamente; porque ellas por sí mismas nada conservan, y estando determinada su tenden-

<sup>1</sup> Esto pareceria una exageracion si la filosofía no hubiese sacado por sí misma esta horrible consecuencia de sus principios. En una obra publicada el 1791, Brissot (autor del *Patriota*, periódico francés, tan célebre en los fastos de las atrocidades revolucionarias) estableció claramente el derecho de la *antropofagia* (esto es, de comer carne humana); ¿y quién no ha oido hablar de los *bebedores de sangre* durante aquellos dias de muerte? Se atribuyen tambien al mismo autor la *Teoria del robo*, y la *Apologia del robo*. ¡Qué grande filósofo era este Brissot!... Lo cierto es que sus obras precedieron á las grandes expoliaciones que se hicieron de todas las propiedades, así de corporaciones como de los particulares.

cia al bien ó al mal por las doctrinas reinantes, apresuran con su propio movimiento el curso de las costumbres que las arrastran, hasta que vienen á sepultarse junto con las instituciones, con las leyes y con la sociedad entera en el propio abismo. En el entretanto, todo lo que forma y hace la felicidad de los hombres reunidos, á saber, la concordia y la paz, la union doméstica, la dulce confianza, la amistad fiel, la tierna compasion, la seguridad mutua, todo desaparece. Ya no se siente, se calcula. Las combinaciones bajas del sórdido interés reemplazan, y sustituyen á los movimientos generosos del corazon: un frio egoísmo ahoga hasta los sentimientos de la naturaleza; porque el egoísta, ó el que solo se ama á sí mismo, no espere ser amado de nadie. Grandes y pequeños, ricos y pobres, anhelando todos igualmente por gozar, devoran con furor una existencia de un momento. El matrimonio, sin estabilidad, sin inocencia ni fidelidad, no es mas que una sociedad rápida y pasajera del deleite, que un capricho lo forma, y un capricho lo disuelve. El adulterio y el divorcio, que no es mas que un adulterio legal, destruyen la familia por sus fundamentos. Lo que queda es una carga tan pesada, que pocos hombres tienen valor de soportarla. En vano, para aligerarla, se permite á la avaricia del padre calcular lo que le tendrá de coste la vida del hijo abandonado á su discrecion; la paternidad con este horrible derecho, es aun demasiado onerosa, y el vicio casi solo se encarga de poblar el estado.

« En Atenas, dice Montesquieu, el pueblo excluyó del número de ciudadanos á los bastardos, para que les tocase mayor porción del trigo que les habia enviado el Rey de Egipto <sup>1</sup>. » Este rasgo solo puede dar una idea del número de bastardos, y por consiguiente de las costumbres de esa ciudad que tanto se admira.

Los Griegos, con sus instituciones filosóficas, habian comenzado por quitar el pudor á la virtud; y siempre filosofando, llegaron á perder el rubor y vergüenza del vicio mismo. La filosofía les enseñó desórdenes, que en

<sup>1</sup> *Esprit des Lois*, l. 23, c. 6.

la mayor efervescencia de sus apetitos, la naturaleza ni aun hizo sospechar á los animales.

Cuando las doctrinas materialistas, que reducen la moral al interés particular, se introducen en un pueblo, su primer efecto por lo comun es turbar el órden político, y dividir los ciudadanos, exaltando desmedidamente el deseo de la dominacion. Todos quieren mandar, y nadie obedecer: se disputan unos á otros rabiosamente el poder, el mando, la autoridad; y el Estado despedazado sucumbirá á las facciones, si las almas degradándose poco á poco, y preparadas en fin para soportarlo todo, no se precipitasen por sí mismas y arrojasen voluntariamente á los piés del despotismo; porque, observémoslo, los elementos de la esclavitud se preparan en la anarquía, y cuanto mas completa es esta, mas profunda es la esclavitud que se la sigue.

Es muy notable este duplicado efecto de la depravacion de costumbres producida por la impiedad, el cual consiste en irritar de tal modo el orgullo de los hombres, que se les haga odioso el Gobierno mas suave, y en extinguir de tal manera en ellos el noble sentimiento de su dignidad, que nada se les haga intolerable, ni les choque, ni asombre en la tiranía mas feroz. El que no se tiene en mas; ni piensa que es mas que una bestia, no se indigna de ser tratado como ella, y se consuela de todo con tal que se le deje la vida y los deleites de los brutos. *Panem et circenses*, era el grito de los romanos en tiempo de los Césares: un poco de pan empapado en sangre, hé aquí todo lo que pedia á sus amos aquel pueblo tan orgulloso, y civilizado, que habia conquistado el mundo.

En el principio de las sociedades, los pueblos pelean por la vida, y de ahí es que las guerras son entonces casi siempre atroces; pero la humanidad recobra su imperio en el tiempo de la paz. Por el contrario, en las naciones corrompidas, la paz es mas cruel que la guerra misma. La codicia y el orgullo producen como un espíritu general de barbarie fria y meditada, la cual rompe y se manifiesta segun las circunstancias, unas veces en las costumbres del pueblo, otras en la política de los Gobiernos.

Los conocimientos, dice Montesquieu, hacen á los hombres mansos y suaves: no es así. Véanse á los ro-

manos en tiempo de Augusto. Sin hablar ahora de la exposicion de los niños y de los espectáculos sangrientos del circo, no podemos formar hoy una idea cabal de cual era la desgraciada suerte de los esclavos en aquel pueblo heredero universal de los conocimientos y de los vicios de todo el género humano. Estos infelices, á quienes se les escaseaban hasta los alimentos mas groseros, pasada la hora del trabajo yacian aherrojados en los campos en unas especies de subterráneos infectos, donde apenas penetraba el aire. Expuestos á los caprichos de un amo avaro, y de unos celadores ó sobrestantes desapiadados, se les oprimia con toda especie de trabajos, mas soportables sin embargo que los caprichos crueles de sus tiranos; y en llegando á viejos, ó cayendo enfermos, se les enviaba á morir de hambre á una isla del Tíber. Algunos romanos los hacian arrojar vivos en los viveros de peces para engordar con ellos á las murenas<sup>1</sup>. La muerte misma hacia parte de todas las diversiones de aquel pueblo. Para dar mas aire de verdad á las representaciones trágicas, degollaban, si así lo exigia el drama, á uno sobre la escena; se veia á Hércules quemado vivo, y á Orfeo despedazado por osos que hacían el papel de bacantes. En fin, ¿qué sé yo? el hombre habia llegado á ser tan vil y despreciable á los ojos del hombre, que se le mataba para alegrar los festines ó para entretener el tiempo, sin que se hiciese alto, ni formase el menor escrúpulo sobre ello. Y lo que no se imaginó jamás hasta aquel siglo, tan brillante de literatura y filosofía, se llegaron á sacrificar al Tedio víctimas humanas.

Pero aun añadiremos otra cosa acaso mas increíble. Ephorion de Chalcide refiere<sup>2</sup>: que entre los Romanos se proponia algunas veces cinco *minas* ó monedas de premio ó recompensa al que se aviniese á dejarse cortar la cabeza, por manera que la suma ofrecida se habia de entregar á los herederos: y varias veces, añade el mismo autor, muchos concurrentes se disputaban á este precio

<sup>1</sup> Vedio Polion lo hizo así con un infeliz esclavo suyo, porque habia quebrado un vaso, sin que le pudiese valer Augusto César, que comia convidado á la mesa.

<sup>2</sup> *Apud Athen.*, l. 6.

la muerte. Júzguese en vista de esto cuál sería la miseria de las familias, cuando un miembro de ellas se sacrificaba así para librar á los otros de los horrores de la hambre, y de la atrocidad de un pueblo, en el cual la indignidad estaba reducida á mendigar la preferencia en estas execrables transacciones. Se encontraban hombres que compraban el deleite monstruoso de sufrir un homicidio; y no se hallaba quien fuese sensible á las dulces ternuras de la piedad y compasion.

¿Y qué diremos de los excesos, invenciones y refinamientos espantosos de disolucion, convertidos en costumbres públicas en aquellos siglos abominables? El pensamiento mismo se niega á recordarlos ni aun vagamente. Hay ciertos vicios tan enormes, que debemos tratarlos y considerarlos como á aquellos grandes criminales, á quienes la ley, horrorizada de tamaños delitos, mandaba conducir al suplicio, cubierta la cara con un velo fúnebre.

Parecen inexplicables tanta corrupcion y barbarie, y sin embargo es demasiado cierto que el corazon humano abriga su germen, cuyo desarrollo sola la Religion es la que puede impedirle. Sembrad en este terreno infecto las doctrinas de la nada, y bien pronto cogereis la muerte, y todos los delitos. Sí, lo diré, aunque supiese que por ello habia de atraer sobre mí los gritos y anatemas de los numerosos prosélitos de esa sabiduría del día; y lo diré sin emblemas ni rodeos, porque ya es tiempo de no ocultar nada; la filosofía irreligiosa, cuyo principio es el orgullo, necesariamente hace á los hombres crueles<sup>1</sup>. El que quiere ser superior á los otros, y saborear-

<sup>1</sup> En todos tiempos, dice un hombre sensato, ha habido una alianza mutua y completa entre los filósofos y revolucionarios. Los filósofos que escriben, son revolucionarios especulativos: los revolucionarios que degüellan, son filósofos activos; y como decia un miembro de la Convencion francesa, cuando se trató de poner al autor del *Contrato social* en el Panteon entre Marat y Voltaire: *Lo que J. J. Rousseau queria, nosotros lo ejecutamos*. Efectivamente, hecho el cotejo, se puede con toda verdad decir que es imposible citar una atrocidad, una locura, una necesidad de las practicas durante la revolucion, que no se encuentre aconsejada en un libro filosófico, principiando desde la mutacion de los nombres de las calles, propuesta por Voltaire, hasta esas horribles ejecuciones

se en esta superioridad, se complace y recrea en someterlos á sus caprichos; y cuanto mas bárbaros y desordenados son estos, tanto mas grande le parece la dependencia ó inferioridad de las personas que esclaviza y domina. De aquí esos monstruos de atrocidad y de disolucion desenfrenada<sup>1</sup>: de aquí los bárbaros juegos del

y matanzas, de que dejamos á Raynal y Diderot se disputen la prioridad. Véase la nota de la pág. 150.

<sup>1</sup> Los cabellos se erizan solo al recordar los nombres de Ropespierre, Marat, Carrier, Lebon, Fouquier Tainville, Saint-Just, etc. Carrier, habiendo oido decir que estaba muy poblada la Francia para ser república, fué de dictámen que se *suprimiese* la tercera parte de sus habitantes. Enviado de comision á Nantes el octubre de 1793 anunció su llegada con la proclama de « que harian antes » un cementerio de la Francia, que dejar de regenerarla: » propuso hacer perecer á todos los presos sin ser juzgados, y para verificarlo inventó el medio tan pronto como atroz de aquellos barcos que sumergiéndose en el Loira anegaban á cien personas de una vez: para prueba hizo desde luego entrar á noventa y cuatro sacerdotes en una barca con pretexto de trasladarlos á paraje mas seguro, y levantando las válvulas los sumergió en un momento; lo mismo hizo á pocos dias con otros cincuenta y ocho eclesiásticos, y despues de estos con otros muchos seculares, llamando á estas expediciones; el bárbaro! *baños y deportaciones verticales*. Pareciéndole luego este medio muy lento, los hacia atar de dos en dos, y los arrojaba al rio Loira, teniendo la bárbara complacencia de atar juntos á un hombre con una mujer para anegarlos, á lo que irrisoriamente llamaba *matrimonio republicano*; y esta ejecucion duró por mas de un mes todas las noches. Otra vez, habiendo á causa de su disolucion contraido una enfermedad vergonzosa, hizo venir á si cien mujeres públicas, y las anegó é hizo ahogar todas. No perdonó sexo, edad ni condicion, ni al anciano mas venerable, ni al niño de doce años; computándose de quince á veinte mil los muertos de este modo. — *Fouquier Tainville* en menos de un año hizo morir treinta mil personas, sin mas proceso que juzgarlos *revolucionariamente*, es decir, sin fórmula alguna, mas que llenar con cualquiera nombre los huecos de las listas de proscripcion que tenia impresas, lo que muchas veces hacia entre los brindis almorzando en un café cerca de la Conserjeria; no siendo una sola en la que equivocándose los satélites en traer unas personas por otras, respondia: « no importa, » lo mismo tiene hoy que mañana. — El apóstata oratoriano y cura juramentado *Lebon* todos los dias despues de comer se ponía en un balcón para asistir al suplicio de sus víctimas; hacia alarde de su disolucion y de su crueldad: varias veces hizo pasar á algu-

circo, y las sumersiones de Nantes : y como la accion de dar la muerte es el acto mayor de superioridad que el hombre puede físicamente ejercer sobre otro hombre, el orgullo, ó el amor de sí mismo produce el amor ó deseo del homicidio, y el hombre destruye á otro hombre, impulsado del mismo sentimiento, y con la misma complacencia que manifiestan los niños cuando hacen pedazos sus juguetes ó entretenimientos.

Y si las doctrinas filosóficas, y las costumbres formadas por ellas, llegan á dominar en un Estado, ó aunque sea solamente en una parte considerable de sus miembros, entonces el pueblo todo, como si fuese una sola persona, es arrebatada lejos del orden por los sistemas del orgullo y de la avaricia: Entonces el único objeto de todos los deseos, y el delirio de todos los espíritus es independencia en lo interior, y dominacion sobre los extraños. No se conoce mas grandeza ni mas prosperidad que la gloria que acompaña á las conquistas, y las riquezas que son su fruto. El frenesí de la guerra y la sed ardiente del oro agitan y consumen los pueblos: La ciencia de gobernarlos, que es toda moral, se pierde, y en su lugar entra el arte material de administrarlos, á espensas de lo que constituye la estabilidad, vigor y felicidad real y verdadera de los imperios. Toda la política se reduce á la Hacienda y rentas, transformadas en una vil negociacion de billetes y cédulas de banco, y sobre todo, de fondos públicos, al comercio, las manufacturas y los ejércitos; porque el dinero es toda la felicidad de los Estados, y el cañon toda su fuerza. Las naciones,

nas infelices, despues de haberlas violentado, desde sus brazos al cadalso : otra hizo suspender la ejecucion de uno al tiempo mismo de descargar el golpe, para que le leyesen las noticias ventajosas que acababa de recibir del ejército, y que tuviese ese desconsuelo mas. — *Guffroy*, su amigo, pidió *guillotina permanente*, hasta que no quedasen mas que cinco millones de habitantes : estos dos eran del mismo pueblo que Robespierre, y el último abogado como él, y periodista. Sobre *Marat* véase la nota de la pág. 240. *Saint-Just... Collot...* ¿qué sé yo? La pluma se cae de las manos al recuerdo solo de tanta atrocidad; solo queremos recordar que todos ellos estaban impregnados de las máximas filosóficas, ó excitados por los filósofos.

ansiado y afanando por gozar, cierran los ojos á lo pasado y á lo porvenir, y atormentadas al parecer por el presentimiento de su fin, no ven sino lo presente, y se apresuran á devorarlo. Bajo pretexto de acelerar la circulacion de las riquezas, es decir, para dar mas energía y movimiento á los deseos, temores y esperanzas, á todas las pasiones y á todos los vicios, se favorece todo lo posible el lujo; se llega hasta tender lazos á la codicia; se multiplican los teatros, las mujeres públicas, las ruinosas loterías y casas de juego : bancos horrorosos de crímenes, donde la inocencia misma arrastrada por una debilidad imprudente, va bajo la proteccion de la autoridad pública á abrir una cuenta fatal, que con demasiada frecuencia se cierra sobre el cadalso, ó con el suicidio<sup>1</sup>. La moral y la conciencia caen en tal menoscabo, que se teme, y como que se avergüenzan de pronunciar su nombre; y si se presentan algunas de esas grandes y sencillas cuestiones, que la justicia inmutable ha decidido, digámoslo así, desde la eternidad, no espereis que su voz se haga oír, ni sea escuchada : sus máximas serán tratadas de escrúpulos, tal vez de escándalo, y entre el despojador opulento y su víctima contumaz á no comparecer en juicio, la sabiduría del siglo no verá mas que intereses que asegurar, y quejas que reprimir. Así, mientras que la verdadera política, que establece y conserva, es una profunda y soberana equidad, ó en otros términos, la ciencia del orden aplicada al gobierno de las naciones, la política filosófica, mezquina y ratera, como los intereses materiales en que se fija, y únicamente considera, no conoce mas virtud que la astucia, ni mas delitos que las pérdidas, porque toda se reduce á una especulacion de gloria ó de dinero.

Las ciencias, vano alimento del orgullo, podrán por

<sup>1</sup> En efecto, donde ha habido mas espíritu filosófico son mas los suicidios; por eso son tantos en Inglaterra, que hasta el célebre Young (inglés) no se detiene en darle el epíteto de *Nacion suicida* : en Francia con el espíritu filosófico se introdujo tambien esta peste. El 1780 en sola la generalidad de Paris hubo mil cuatrocientos tres suicidios de personas de uno y otro sexo, el 1818 fueron trescientos treinta, y el 19 trescientos setenta y seis. Estos son los grandes bienes que causa la filosofía.

un momento dar algun brillo que deslumbre; pero su resplandor durará bien poco. ¿No las hemos visto en toda la tierra seguir constantemente los progresos de la civilizacion, nacer, desarrollarse, estancarse y apagarse con ella? Mustia y pálida imágen de las verdades fecundas que vivifican la sociedad, brillarán por un instante como vagos meteoros en el horizonte del mundo moral desolado, para desaparecer muy pronto y para siempre.

El cultivo de las ciencias, además de cierta estabilidad en el órden político, exige un vigor, una fortaleza de alma, y una constancia de aplicacion, que son incompatibles con la movilidad de las instituciones, y las costumbres afeminadas de un pueblo materialista. La concupiscencia acaba y gasta las pasiones, porque los apetitos no son pasiones; y por consiguiente acaban con la literatura, ciencias y artes, y no dejan actividad mas que para lo que dice relacion á las necesidades y placeres de los sentidos. Y esa es la razon oculta de la preferente estimacion, que la filosofia concede á las ciencias físicas sobre las ciencias morales. Esta preferencia se echará de ver hasta en la educacion; y si en el pueblo que suponemos la hubiese pública, infaliblemente estará dirigida segun las máximas que le dirigen á él mismo, y por el espíritu que le anima; es decir, por un espíritu de orgullo, que da la mayor importancia á una instruccion fútil, propia para fomentar la vanidad, sin reprimir las inclinaciones ni apetitos del corazon; por un espíritu de voluptuosidad, de donde resultará una indulgencia homicida por el desarreglo de las costumbres; ó, aun cuando se procuren reprimir por consideraciones puramente físicas, resultará una corrupcion lenta, mil veces mas desastrosa en sus consecuencias que la ignorancia. Esta, por mas que se pondere, ni es tan temible, ni tan digna de lástima; porque en verdad, para la mayor parte de los hombres destinados á pasar esta vida triste y transitoria en el trabajo continuo, el único conocimiento indispensable es el de Dios, y el de las obligaciones que nos impone. El que esto sabe, sabe lo bastante para ser feliz, y para hacer felices á los otros. Lo poco mas que el hombre puede aprender, por lo comun no sirve sino para corromperle,

y casi siempre para atormentarle; *et qui addit scientiam, addit et laborem.*

A proporcion que la verdad desaparece de la constitucion, de las leyes y costumbres, el Estado se debilita, su vida se extingue, y llega por fin un momento en que es preciso de toda necesidad, ó que todo perezca, ó todo se renueve. Los pueblos no subsisten, ni se reaniman sino por la Religion. Alejándose de Dios se acercan á la nada, dominio propio de todos los seres finitos, y su única soberanía. Esta es la razon porque Maquiavelo, á quien verosímilmente no se le tendrá por un fanático, ni espíritu débil, condena sin detenerse á la execracion universal á los que conmoviendo y destruyendo la Religion, trastornan la sociedad: y no duda llamarlos «hom-» bres infames y detestables, destructores de los reinos » y de las repúblicas, enemigos de las virtudes, de las » letras y de todas las artes que honran al género hu- » mano, y contribuyen á su prosperidad<sup>1</sup>. »

Mas de un siglo ha que Leibnitz veía con espanto multiplicarse por toda Europa esta raza de hombres, que siempre se dejan ver en el mundo, cuando el cielo quiere ejercer el rigor de su justicia sobre los pueblos; y este profundo observador anunció desde entonces los desastres, de que á nosotros estaba reservado ser testigos y víctimas. Sus palabras, tan asombrosas cuando se consideran con relacion al tiempo en que escribió, merecen aun mas atencion acaso hoy dia, despues que los sucesos ¡ay! tan completamente las han verificado.

« Los discípulos de Epicuro y de Espinosa, creyén- » dose libres del temor importuno de una Providencia » vigilante y del temor de una vida futura, dan rienda » suelta á sus pasiones brutales, y convierten su talento » á seducir y corromper á los demás; y si son ambicio- » sos y de un carácter un poco duro, serán capaces, por » diversion y entretenimiento, de poner fuego á las cua- » tro partes del mundo. He conocido á algunos de este » temple, que por fortuna han muerto.

<sup>1</sup> Sono infami e detestabili gli uomini destruttori delle Religioni, dissipatori de' regni et delle repubbliche, inimici delle virtù, delle lettere e d'ogni altra arte che arrechi utilità honore e alla humana generatione. *Mach. lib. 1, de' Discorsi.*

» Veo que opiniones muy semejantes, insinuándose  
 » poco á poco en el espíritu de los hombres del gran  
 » mundo, que dirigen á los demás, y de quienes dependen los negocios, é introduciéndose en los libros de  
 » moda, disponen y preparan todas las cosas para la  
 » revolución general de que la Europa se ve amenazada.  
 » Se ridiculiza á los que tienen á su cargo el cuidado  
 » del público, y cuando algun hombre bien intencionado  
 » habla como presagiando el triste porvenir de la posteridad, friamente se le responde: *entonces como entonces, ahora como ahora.* Pero acaso podrá suceder que  
 » estas personas lleguen ellas mismas á experimentar los  
 » males que creen reservados á otras. Si no nos corregimos de esta enfermedad epidémica de espíritu, cuyos  
 » efectos empiezan ya á ser visibles, si continúa creciendo y progresando, la Providencia corregirá á los hombres por la revolución misma que ha de nacer de ella.<sup>1</sup>»

Nació en efecto, llegó y se verificó esta revolución: ¿quién hay en el mundo entero que lo ignore? Los golpes dados en Europa á la sociedad y á la Religion, resuenan todavía en este instante, en las riberas de la América, y hasta en lo interior de sus bosques ensagrentados. Sí, ha venido el castigo sobre los hombres; ni aun el orgullo filosófico puede negarlo: han sido castigados como nunca jamás lo fueron; ¿pero se han corregido? ¡Ay! Donde quiera que vuelvo los ojos veo al rededor de mí la rebelion escrita en las frentes señaladas por el rayo de las divinas venganzas, Si aplico el oído, oigo blasfemias altaneras y risas mofadoras. Dios es todavía un objeto de escándalo para los que habian jurado aniquilarle, y guardaos de pensar que han perdido la esperanza, ni abandonado el designio de destronarle. Si queda todavía, si subsiste aun un resto de fe, si la tierra es aun esclava de la esperanza, sólo es, dicen, porque se ha atacado mal al cielo. Llenos de esta idea, reúnen á nuestra vista delante de nuestros ojos, y vuelven á anudar los hilos rotos y dispersos de su vasta conjuración. Provocando ruidosamente y llamando del polvo del sepulcro á los primeros jefes de la guerra sacrílega que han resuelto prolongar,

<sup>1</sup> Nouveaux Essais sur l'entendement humain.

gar, se lisonjean de que sus espectros trastornarán segunda vez el mundo. ¡Mas qué! ¡no hemos visto aun bastantes desgracias, y bastantes maldades! Y por insaciables que puedan ser de calamidades y delitos, ¿no deberian estar ya hartos y fastidiados? Contemplad esa Europa, poco ha tan floreciente y ahora tan profundamente miserable, que para pintar sus dolores no se hallan otras expresiones que las del Profeta: *Su cabeza toda es una llaga, y su corazon un gran desfallecimiento*<sup>1</sup>. Feliz aun, y felicísima, si este desfallecimiento no degenera en un entorpecimiento incurable, que la conduzca insensiblemente, despues de algunas nuevas crisis, al último sueño.

Mas sea cual fuere el resultado de esta revolucion memorable, procuremos sacar de ella algunas de las instrucciones que encierra. Nos cuestan demasiado caras para que al menos no tratemos de sacar algun fruto.

Treinta años ha existia una nacion gobernada por una estirpe antigua de Reyes, segun una constitucion ó forma de gobierno el más perfecto que se conoció jamás, y por unas leyes, que con mas justa razon que las de los antiguos Romanos, se pudieran creer bajadas del cielo: tan sabias eran, tan puras, tan benéficas, tan favorables, á la humanidad. Esta nacion célebre por su franqueza agrado, benignidad y sus luces, por su amor á sus Reyes y á la Religion, á quien debia catorce siglos de gloria y felicidad, florecia en paz en medio de la Europa, cuya envidia excitaba, y cuyo ornamento era, por la belleza de su legislacion, por la noble cultura de sus costumbres, y por los admirables y famosos modelos de todo género, con que las letras, las ciencias y las artes la habian como á porfía y de concierto enriquecido. Feliz en lo interior y respetada exteriormente, su fama extendida en todas partes se atraía los homenajes de las regiones mas lejanas, y el Universo admiraba en ella á la Reina de la civilizacion.

Tal era el pueblo que Dios excogió para dar al género humano una grande y terrible leccion. De repente, á la

<sup>1</sup> *Isai.* 1, 5, segun el hebreo.

voz de algunos sofistas, opiniones nuevas, nuevos deseos se apoderan de este pueblo extraviado. Se disgusta y fastidia de su Religión, y de las doctrinas tutelares que la habían elevado á tanta grandeza. Tentado por el fruto del *árbol de la ciencia*, quiere salir de su condición, y *ser semejante á Dios*, á quien sola y únicamente pertenece y de quien dimana toda soberanía. Súbitamente este atentado recibe su castigo, como el del primer hombre, por un irrevocable decreto de muerte, que el culpable mismo está encargado de ejecutar.

La muerte de una sociedad no es otra cosa que la extinción de toda verdad social: á su consecuencia se ve que todas las verdades sociales abandonan de una vez á esta nación proscripta, y la dejan entregada á sí misma, á sus propias fuerzas, sin protector y sin regla, como aquellos pueblos perdidos sin esperanza de remedio, de quienes los antiguos decían: *los Dioses han huido*.

De la verdad nace el amor, que produce y conserva; y esta nación poco ha tan amante, ahora ya sin verdad, se ve al punto apoderada de un horroroso espíritu de odio que la anima é impele á su propia destrucción.

La razón humana cansada de toda autoridad, y hasta del mismo Dios, emprende constituir sin él la sociedad, y hasta le misma Religión; porque la filosofía no solo se abrogaba y atribuía la dignidad real, el trono y centro, ó el derecho de imponer leyes políticas á los pueblos, sino también el sacerdocio, ó la función de arreglar su creencia y su culto. « *Vos sois el sacerdote de la razón* » escribía D'Alembert<sup>1</sup> al viejo de Ferney. Esta frase no debe mirarse como una expresión sin consecuencia: la idea que ella enuncia es una deducción rigurosa del principio de donde partía, ó en que estribaba la filosofía; y desde el punto en que lo sometía todo, hasta el mismo Dios, á la razón del hombre, era preciso que este viniese á adorar su razón; es decir, llegase á adorarse á sí mismo, ó á declarar por un acto solemne que no conocía nada superior á sí; porque el culto público no es mas que la declaración de la creencia pública; y cuando un pueblo no cree nada, su culto es

<sup>1</sup> *Lettre de d'Alembert à Voltaire*, del 13 de diciembre de 1764.

una declaración pública de ateísmo, ó de incredulidad.

Pero consideremos los progresos, y por decirlo así, la filiación lógica de los acontecimientos. Se proclamó la *Soberanía* del hombre, y sus *Derechos* comprendidos todos en esta sola palabra, vinieron á ser el único dogma político y religioso: entonces necesariamente no se vió en la antigua Religión del Estado, en su símbolo, y en su culto, mas que un atentado sacrílego contra la razón del hombre. Dios es tratado como usurpador; y todo el que se declara por el, tomando partido en la guerra que existe entre Dios y el hombre, y en la cual de nada menos se trata que del imperio, se hace á un tiempo reo de lesa-majestad divina, negando la independencia absoluta ó la divinidad de la razón, y de lesa-majestad humana, atacando la soberanía del hombre. Debe pues como impío, y como rebelde, sufrir la pena capital<sup>1</sup>. Todo cuanto pertenecía á la Religión proscripta, sus ministros, sus bienes, instituciones, usos, y hasta los nombres mismos que había consagrado; en una palabra, todo cuanto tiene relación, y recuerda, ó trae á la memoria al Dios enemigo, debe perecer; todo, todo, hasta sus templos y hasta sus imágenes: así como á la vuelta del legítimo Monarca se rompen las estatuas del tirano. Así es que en el furor de esta guerra asombrosa del hombre contra Dios, se trató de destruir has-

<sup>1</sup> Digo *como impío*, porque quien niega á Dios, es castigado de muerte, ó separado eternamente de la sociedad de Dios, que es la vida, porque es la verdad: *Ego sum veritas et vita* (Joan. xix, 6). Este terrible castigo es una consecuencia ó relación necesaria con el delito, ó una ley inmutable de la justicia; y así porque esta ley revelada al hombre es eminentemente conforme á su razón, resulta que luego que él se pone en lugar de Dios, separa para siempre de su sociedad, ó castiga de muerte, á cualquiera que rehusa ó se niega á reconocerle por Dios: esto se vió en los antiguos imperios de Oriente, y en Roma en tiempo de los Emperadores, como en nuestros días en Francia bajo el reino del ateísmo. Dios, como que es Eterno, no castiga (con la última pena se entiende) á sus súbditos rebeldes sino cuando han entrado en la sociedad eterna, y hasta entonces da lugar y espera á que se arrepientan; mientras que el hombre, ser de un día, ni aun espera hasta la tarde, que acaso no verá, y se da prisa á dar la muerte, no sea que á él le llegue antes, y la reciba primero.

ta los libros mismos donde se exponian, y defendian los derechos del Soberano Sér<sup>1</sup>. Y esto no era mas que una consecuencia justa de las máximas dominantes, y solo la imposibilidad de una destruccion total fué la que impidió al fanatismo filosófico dar á la Europa el mismo espectáculo que en otro tiempo habia dado en Egipto el fanatismo musulman<sup>2</sup>.

El mundo habia visto muchas veces el escándalo de la apotheosis individual del hombre, y tal fué el origen de la idolatría entre todas las naciones paganas. Pero el hombre al hacerse Dios, dejaba de ser hombre. Transformado por la opinion en otro sér mas perfecto, mudaba de naturaleza; y aun entonces mismo la tradicion conservaba la creencia de un Dios supremo, elevado eminentemente sobre todas estas divinidades subalternas. Pero el escándalo de la filosofía ha sido mucho mayor: ella,

<sup>1</sup> Es decir, en defensa de la Religion. Esta fué siempre la práctica de la impiedad. Así lo hacian los gentiles en las persecuciones, los Iconoclastas en el siglo VII, Lutero en el XVI con los de los teólogos, que hizo quemar públicamente; y nuestros ímpios revolucionarios, como hijos de un mismo padre, y animados de un mismo furor diabólico, con todo lo que podia decir relacion á Dios. La Francia vió en esta clase horrores que hacen estremecer. Chaumette, uno de los inventores de las *fiestas de la razon*, hizo quemar todos los libros piadosos, y aun los cuadros que representaban objetos de Religion; en su furor diabólico dejó su nombre de bautismo por el de Anaxágoras, por tener por patrono, decia, un santo que hubiese sido ahoreado por su republicanismo. Hasta donde hubieran llegado en este camino nuestros demagogos, es bien de presumir: por de pronto, en el plan de instruccion pública ya se habian suprimido los cursos de *teología natural* y de *metafísica*; es decir, de la parte filosófica que trata de Dios, el alma y espiritus, etc.: buenos discipulos de Rousseau querian sin duda que no se hablase á los jóvenes de Dios, hasta que lo discuriesen ellos mismos. Se aumentaban las cátedras de *Zoología*, ó tratado de renacuajos é insectos, como cosa de mucho interés; pero saber si tenemos alma, si hay Dios, no merecia su atencion. Quien piensa aun y habla de sus buenas intenciones, ó es ciego, ó no quiere ver, ó es un necio privado de razon, ó es su partidario.

<sup>2</sup> El califa Omar hizo quemar la famosa biblioteca de Alejandria en Egipto; y Maribon Montaut, su digno émulo, en la Francia revolucionaria, propuso incendiar todas las bibliotecas.

excluyendo todo sér superior, diviniza, no al hombre individual, sino lo que es mucho mas, al hombre en abstracto, ó á la humanidad concebida bajo su nocion propia. De este modo el hombre se adora como hombre, y hallando en su orgullo, y en su concupiscencia desmedida el carácter de lo infinito, los escoge naturalmente por objeto directo de su culto. Adora su orgullo bajo el nombre de razon, y le adora bajo el emblema del deleite porque la voluptuosidad, ó la independenciá desenfundada de los apetitos, no es mas, si se me permite esta expresion, que el orgullo de los sentidos, así como el orgullo es el deleite de la inteligencia ó del entendimiento. Y como no hay ningún vicio, ni deleite alguno que no nazca necesariamente de estas dos pasiones madres, cuando el hombre no reconoce otra autoridad, ni mas ley, ni mas Dios que su razon; para representarla dignamente, es necesario buscar todos los vicios y todos los crímenes personificados en el mismo sér vivo, y este simulacro horroroso se encuentra en las pocilgas de la prostitucion<sup>1</sup>. Y en efecto, ¿qué imagen mas perfecta del error absoluto que destruye toda verdad, que el desorden profundo que destruye toda virtud, acaba con el hombre, las familias, y con la misma sociedad? ¡Leccion para siempre memorable! La razon humana, cuyos beneficios, anunciados de antemano con tanto fausto, debian transformar la tierra en una mansion de paz y de felicidad; esta razon poderosa reina en fin, se proclama su divinidad, y sus altares son ruinas, sus himnos cánticos de proscriccion, sus sacerdotes los verdugos, su culto la muerte, y la nada la esperanza de sus adoradores.

Hay en las doctrinas una virtud oculta, una fuerza secreta, ó perniciosa ó benéfica, que no se percibe sino por los efectos; y esta sola verdad deberia ser suficiente para probar que el hombre no fué criado para elegirse sus creencias ó su Religion, sino para recibirla de aquel que ni puede engañarse, ni querer tampoco engañarnos; porque si el juicio ó dictámen de la razon sola decidiese,

<sup>1</sup> Véase este espantoso suceso, y monstruosas *fiestas de la Razon*, p. 153, nota.

el hombre casi siempre engañado ó seducido de falsas apariencias, ó por los sofismas de su espíritu, perecería mil veces víctima de sus vanos discursos, antes de llegar á descubrir las verdades convenientes á su naturaleza, y necesarias á su conservacion, porque ellas le asombran y confunden, aun cuando las conoce con certidumbre, y las cree con entera fe. ; Objeto grande de meditacion para quien sabe reflexionar! el instrumento de un suplicio ignominioso, la Cruz levantada en medio de los pueblos, detiene la efusion de sangre, é inspira al hombre una dulzura celestial. Se echa abajo la Cruz, preséntase en su lugar á la adoracion pública un símbolo de la voluptuosidad, y en el momento la sangre corre á rios, un furor nunca visto se apodera de los corazones, y los primeros sacrificios ofrecidos al idolo obscuro son hecatombes<sup>1</sup> de víctimas humanas.

Hay verdades y errores que son á un tiempo religiosos y políticos, porque la Religion y la sociedad tienen un mismo principio, que es Dios, y un mismo término, que es el hombre. Así un error fundamental en Religion, lo es tambien en politica, y reciprocamente. Si existiese pues un error destructivo del poder ó autoridad en la sociedad religiosa, este error, el mas general ó vago que se quiera imaginar, deberá igualmente ser destructivo del poder y autoridad en la sociedad política<sup>2</sup>; y en efecto, así nos lo demuestra prácticamente la historia de la revolucion francesa. El hombre, en virtud de su soberanía, se subleva y levanta contra Dios, se declara *libre é igual á él*: en virtud del mismo derecho, el

<sup>1</sup> Así llamaban á los sacrificios en que se degollaban cien víctimas.

<sup>2</sup> Hé ahí la razon porque los jansenistas y sus secuaces son y tienen que ser siempre revolucionarios: como yerran en su fin, que es deprimir y quitar la autoridad del papa igualándolo con los obispos, y deprimir la de los obispos igualándolos con los curas y simples presbiteros, figurándose en su delirio que este es el mejor gobierno, de necesidad hacen la aplicacion á los gobiernos civiles, entablado en ellos las mismas máximas. La Francia é Italia en sus revoluciones nos han dado de ello elocuentes testimonios, y entre nosotros véase si todos los que estaban tildados de jansenistas no han sido constitucionales.

vasallo se levanta contra su rey, y se declara *libre é igual á él*. A nombre de la *libertad* se echan abajo la constitucion, las leyes, todas las instituciones politicas y religiosas; en nombre de la *igualdad*, se anula, se borra toda jerarquía, y toda distincion religiosa y política. Clero, Nobleza, Magistratura, Legislacion, Religion, todo se desploma de una vez, y hubo un momento en que todo el orden social se halló concentrado en un solo hombre. En tanto que este *hombre-poder*<sup>1</sup>, mediador entre Dios y el hombre en la sociedad política, como el *Hombre-Dios* lo es mediador entre Dios y el hombre en la sociedad religiosa; mientras tanto, repito, existia este hombre, no estaba todo desesperado, y el orden, retirado, por decirlo así, en él, podía salir un dia, y volver á aparecer en lo exterior por un solo acto de su poderosa voluntad. Se conoció esto, y su muerte, resuelta desde aquel instante, fué como la última ruina que debía consumar y eternizar todas las otras. Desde el deicidio de los judios no se habia cometido jamás crimen mas enorme; porque el asesinato mismo de la inocencia no puede comparársele. Cuando Luis XVI subió sobre el cadalso, no fué solamente un mortal virtuoso el que sucumbió y cayó bajo la rabia de algunos malvados; fué el poder, la autoridad misma, imágen viva de la Divinidad de quien dimana; fué el principio del orden y de la existencia política; fué la sociedad entera quien pereció.

Y ciertamente no se pudo dudar de ello, cuando se vió colocar el derecho de rebelion en el número de las leyes fundamentales del Estado, y consagrar la *insurreccion* como el *mas santo de los deberes*, como la *obligacion mas santa*. Nunca jamás en el trascurso de las edades precedentes, se vió á ningun pueblo llegar á este portentoso exceso de delirio, de protestar en el principio de su constitucion contra toda especie de gobierno: este absurdo incomprensible estaba reservado al siglo de la razon. Entonces, sobre las ruinas del altar y del trono, sobre los huesos del sacerdote y del monarca, comenzó el reino de la fuerza, del odio y del *terror*, cumpliéndose espan-

<sup>1</sup> Así lo personifica el autor, y no hallamos voz con que poder expresar la idea de un rasgo solo.

tosamente aquella antigua profecía : « Un pueblo entero » se arrojará con violencia, hombre contra hombre, y » cada uno contra su vecino: tumultuosamente se levanta el joven contra el viejo, y el plebeyo contra el noble.... por cuanto la lengua de ellos y sus designios son contra el Señor<sup>1</sup>. » Sería necesario para pintar esta escena espantosa de desórdenes y maldades, de disolución y carnicería, esta orgía de doctrinas, este choque confuso de todos los intereses y de todas las pasiones, esa mezcla de proscripciones y fiestas impuras, esos gritos de blasfemia y esos cantares simiestros (*patrióticos*)<sup>2</sup>, aquel ruido sordo y continuo del martillo que demuele<sup>3</sup>, y de la hacha que hiere las víctimas, y aquellos terribles y desentonados clamores, y aquella algazara feroz<sup>4</sup>, anuncio lúgubre de una vasta mortandad, tantas ciudades viudas de habitantes, aquellos rios cubiertos de cadáveres, tantos templos y pueblos reducidos á cenizas, tantos asesinatos en fin, y voluptuosidad juntos, tantos placeres obscenos y vergonzosos con tantas lágrimas y sangre; sería necesario pedir al infierno sus coloridos y su lengua, como algunos monstruos la usurparon sus furiosos<sup>5</sup>.

1 El irruet populus, vir ad virum, et unusquisque ad proximum suum: tumultuabitur puer contra senem, et ignobilis contra nobilem... quia lingua eorum et adinventiones eorum contra Dominum. *Isai.* III, 5, 8.

2 El *ca ira*, que equivale á *trágala*, y el *vive le son* de la *Carmagnole*, que tan bien supo imitar el *lairon*, etc., para que se vea cuales aun en esto eran los modelos.

3 Mil y doscientas libras gastó la filósofa y económica Francia solo en piear los bajos relieves del famoso templo de santa Genoveva, y arrancar las estatuas de los santos del antiguo y nuevo Testamento que le adornaban, y hacian de él uno de los mejores templos del mundo; ¿y para qué? para convertirlo en un *panteon nacional*, sustituyendo en lugar de santa Genoveva á un Mirabeau, que murió podrido de gálico, y recibir á un Marat, un Rousseau, etc., y á todos los furiosos hijos de la filosofía; mereciendo con toda razon el titulo, no de *panteon*, sino de *muladar nacional* que le dieron los buenos.

4 De *Constitucion* ó *muerte*, *mueran los birretes*, *l'aristocrate á la lanterne*, etc. Véase la *Historia* de la revolucion francesa por *Grimaud*, y se hallarán tales fórmulas y otras semejantes.

5 Véanse las notas de las págs. 342 y 443, y por aquellos leyes ras-

« Si el mundo, habia dicho Voltaire, hubiese de ser » gobernado por ateos, seria lo mismo que estar bajo » el imperio inmediato de los demonios, de aquellos » seres infernales que se nos pintan encarnizados contra » sus víctimas<sup>1</sup>. » Gobernaron los ateos la Francia, y en el espacio de algunos meses amontonaron en ella mas ruinas que un ejército de tártaros habria podido dejar en toda Europa, á los diez años de su invasion. Nunca jamás, desde el principio del mundo, fué dado al hombre tal poder de destruccion. En las revoluciones ordinarias el poder se disloca, pero descende, cae poco. No así cuando triunfó el ateismo. Como si hubiese sido necesario que bajo el imperio exclusivo del hombre, todo tomase un carácter particular de envilecimiento, la fuerza huyendo de las nobles y altas partes del cuerpo social, se precipitó entre las manos de sus miembros mas viles; y su orgullo á quien todo ofendia, nada escaseó, nada perdonó. No perdonaron al nacimiento, porque ellos habian salido del polvo de la tierra; no á las riquezas, porque hacia largo tiempo que las codiciaban y envidiaban; no á los talentos, porque la naturaleza se los habia negado todos: no á la ciencia, porque se veian profundamente ignorantes<sup>2</sup>; no á la virtud, porque estaban cubiertos de crímenes: en fin, ni al crimen mismo, siempre que este les anunció alguna especie de superioridad. Empezar colocar todas las cosas á su mismo nivel, era empeñarse en aniquilarlas todas. Así desde aquel momento, *governar*, vino á ser lo mismo que proscibir, confiscar y proscibir de nuevo. La muerte se

se podrá venir en conocimiento de las atrocidades cometidas. La Vendée, Marsella y Leon arrasadas, para que el viajero, segun la expresion de su verdugo Collot, viniese á contemplar sobre sus ruinas, y en lugar de sus hermosos edificios recrease su vista con algunos toscos monumentos, levantados á la gloria de los amigos de la libertad, nos recuerdan á nosotros las Provincias, Cataluña, y aquel negro paredon, único resto de donde estuvo Castelfollit.

1 *Homel, sur l'atheisme.*

2 « No estoy seguro, decia La Harpe, que nuestros filósofos sepan muchas cosas que los otros hombres no saben; pero me atrevo á asegurar que en sus libros á cada paso tienen aire de ignorar lo que todo el mundo sabe. »



## CAPÍTULO XI.

Sigue la misma materia.

Ante todas cosas oigamos como pensaba la sabia antigüedad. « La ignorancia del verdadero Dios es para los Estados la calamidad mayor que puede sobrevenirles; quien trastorna la Religión, y echa por tierra el fundamento de toda sociedad humana<sup>1</sup>. » « Es una verdad innegable, que si Dios no ha presidido al establecimiento de una ciudad, y esta solo ha tenido un principio humano, no puede librarse de los mas grandes males. Es preciso pues tratar por todos los medios imaginables de imitar el régimen primitivo; y poniendo nuestra confianza en lo que hay de inmortal en el hombre, debemos fundar las casas, igualmente que los Estados, consagrando como leyes las voluntades de la suprema inteligencia. Si un Estado está fundado sobre el vicio y gobernado por gentes que huellan y miran con desprecio la justicia, no le queda medio alguno de salvacion<sup>2</sup>. » — « Las ciudades y las naciones mas adietas y dadas al culto divino; han sido siempre las mas durables y mas sabias; así como los siglos mas religiosos han sido siempre los mas distinguidos en ingenios sublimes<sup>3</sup>. »

Estas máximas de una razon elevada pertenecen con especialidad á la escuela de Sócrates, la menos corrompida entre las filosóficas de la antigüedad; porque en

1 *Plat. de leg.* lib. 10.

2 *Ibid.* t. VIII, edit. bisp. pág. 180, 181.

3 *Xenophon, Memor. Socrat.* 1, 4, 16. El siglo XVI es entre nosotros una patente prueba de hecho. ¿Cuándo mas sabios, mas literatos, mas célebres artistas, mas esforzados guerreros, mas santos? Pues no habia libertad de imprenta. No es esta la que fomenta y da impulso á las ciencias; sino la aplicacion y la proteccion debida, y la sana sobriedad en no desear saber mas de lo que conviene.

ella se habian conservado mejor, y en mas número, las tradiciones primitivas.

Los mismos filósofos que en nuestros dias se han formado una funesta gloria en combatir la Religión, por la mayor parte no han podido menos de reconocer su necesidad, aunque con riesgo de ser tenidos, y con bastante justicia, por malos ciudadanos, y hombres perversos, al ver sus esfuerzos para destruir una institucion eminentemente útil, y aun indispensable por su propia confesion. « Buscad, dice Hume, un pueblo sin Religión; y si le hallais, estad seguros que no se diferenciará en mucho de las fieras<sup>1</sup>. » Ya hemos citado tambien el dicho de Rousseau, de que « jamás se ha fundado estado alguno que no tuviese por base la Religión<sup>2</sup>. » La misma razon de este hombre y su corazon le arrastraban al Cristianismo, que solo su orgullo repelia, y llevado de él se irritaba contra la Religión por los mismos motivos que le inspiraban aquel profundo odio á la sociedad civil, que se nota en sus escritos. Mas luego que sus pasiones calman, vuelve la verdad á cobrar su imperio sobre su espíritu. Así es que en el *Emilio* se dilata con complacencia en manifestar los grandes y felices efectos de la Religión en la sociedad. El pasaje es tan interesante y á propósito, que aunque largo no temo copiarlo todo entero; tanto mas, cuanto que mi designio es apoyarme cuanto me sea posible en las concesiones de los adversarios.

« Uno de los sofismas mas familiares al partido filosófico, dice, es oponer un imaginario ó supuesto pueblo de buenos filósofos á un pueblo de malos cristianos, como

1 *Hist. nat. de la Rel.* pág. 133. Cuando Hume lo confiesa, se puede creer con toda seguridad; pues en efecto es uno de los escritores inercdulos mas peligrosos: rara vez ataca directamente: afecta calma é imparcialidad; pero su metafísica sutil tira á minar la Religión: entre otros delirios sobre el alma, suicidio, etc., hace consistir la virtud en la aprobacion general; y él, además de la de los filósofos, se conoce buscaba la de las personas del otro sexo, pues en su *vida*, escrita por él mismo, se gloria de los favores de las damas. Estos favores parecen siempre ser la virtud favorita de los filósofos. Murió Hume el 1776.

2 *Contrat social*, l. 4, c. 8.

si fuese mas fácil formar un pueblo de verdaderos filósofos, que de verdaderos cristianos. No sé si entre los individuos, ó hablando de particulares, será mas fácil hallar uno que otro; pero sé muy bien, y es constante, que en tratándose de pueblos, es necesario suponer que abusarian de la filosofía sin Religion, como los nuestros abusan de la Religion sin filosofía; y esto me parece hace variar mucho el estado de la cuestion<sup>1</sup>.

» Bayle, continúa, ha probado muy bien que el fanatismo es mas pernicioso que el ateísmo, y esto es indisputable<sup>2</sup>; pero lo que no ha tenido cuidado de decir, sin que por eso deje de ser verdadero, es que el fanatismo, aunque sanguinario y cruel, es sin embargo una pasión grande y fuerte, que eleva el corazón del hombre, le hace menospreciar la muerte y le da una actividad prodigiosa, que solo necesita dirigirse mejor para producir las mas sublimes virtudes; en lugar de que la irreligion, y en general el espíritu razonador y filosófico, apega al hombre á la vida, afemina y envilece las almas, concentra todas las pasiones en la bajeza del interés particular, en la abyección de sí mismo, y mina de este modo sordamente los verdaderos cimientos de toda sociedad; porque lo que los intereses particulares tienen de común es tan poco, que nunca balanceará á lo que tienen de opuesto.

» Si el ateísmo no hace derramar la sangre de los hombres<sup>3</sup>, es menos por amor á la paz, que por indife-

<sup>1</sup> Hay además esta diferencia esencial, que la filosofía tiene una tendencia directa al desorden, y conduce á él por su propio peso ó efecto á cualquiera que raciocina y es consiguiente: cuando al contrario la Religion tiene tendencia directa á la virtud; de manera que no se puede ser á un mismo tiempo vicioso y fiel sin contradicción y de aquí nace que el vicio inclina y lleve á los hombres á la incredulidad.

<sup>2</sup> El ateísmo se encargó por sí, no mucho ha, en Francia de refutar las pretendidas pruebas de Bayle, aunque incontestables á juicio de Rousseau; y en mi concepto habrá pocos hoy que se vean tentados á desejar al mismo precio una nueva refutación.

<sup>3</sup> La ha hecho derramar á mares: esto sí que es incontestable. Véase la nota de la pág. 135 — En el *Conservador*, periódico que se publicaba en Paris el 1818, t. I, pág. 370, se forma por

rencia al bien; pues vaya todo como quiera le importa poco al pretendido sabio, con tal que él viva descansado en su gabinete. Sus principios no hacen matar los hombres, pero estorban que nazcan, corrompiendo las costumbres que los multiplican; haciéndolos perder el amor á su especie, y reduciendo todos sus afectos á un egoísmo secreto, tan funesto á la población como á la virtud. La indiferencia filosófica se asemeja á la tranquilidad de un estado bajo el despotismo: es la tranquilidad de la muerte, es mas destructiva que la guerra misma.

» Así el fanatismo, aunque mas funesto en sus efectos inmediatos que lo que hoy se llama espíritu filosófico, lo es mucho menos que él en sus consecuencias. Por otra parte, es muy fácil ostentar pomposas máximas en los libros; la cuestion es si son propias de la doctrina, y se deducen necesariamente de ella; y esto es lo que hasta ahora no se ha visto con claridad. Resta saber tambien si la filosofía dejada á su libertad, y colocada sobre el trono, dominaria bien sobre la vanidad, interés, ambición y demás pasiones bajas del hombre, y si pondría por obra esa humanidad tan suave y apacible que tanto nos pondera en sus escritos<sup>1</sup>.

« La filosofía en fuerza de sus principios, no puede hacer bien alguno que no lo haga todavía mejor la Religion; y la Religion hace muchos que no podría hacer la filosofía. »

» En la práctica es cosa diferente; pero todavía es necesario examinarlo. Ningun hombre sigue en un todo su Religion, en caso de tenerla; esto es cierto<sup>2</sup>: la

menor el cálculo individual de las víctimas de su revolución, y el resultado de las diversas partidas es el de ocho millones cuatrocientas setenta y seis mil trescientas cincuenta y nueve personas. Esto en la Francia sola. Véase ahora si la filosofía no ha hecho mas extragos en treinta años que lo que ella infamemente llama fanatismo cristiano en diez y ocho siglos. P. Laso. *El Citador ante el tribunal de la Razon*, t. III, pág. 501 y sig.

<sup>1</sup> Lo que quedaba por saber en tiempo de Rousseau, es bien sabido ahora; y en puntos de experiencia nada nos falta para nuestra instrucción.

<sup>2</sup> En cierto sentido, sí; porque es cierto que ningun hombre es

mayor parte casi no la tienen; y aquellos que la tienen no la siguen, no la practican del todo, ó en toda su extension: esto es igualmente cierto<sup>1</sup>; pero al fin hay algunos que tienen una, y la siguen al menos en parte, y es indudable que por motivo de Religion dejan frecuentemente de obrar mal, y por los mismos respetos religiosos practican virtudes y acciones laudables, que sin estos motivos no practicarían.... Todos cuantos delitos se cometan así por los eclesiásticos, como por los seglares, no prueban que la Religion es inútil; sino que hay muy pocos que tengan Religion.

» Nuestros gobiernos modernos incontestablemente deben al Cristianismo la solidez de su autoridad, y que sus revoluciones sean menos frecuentes: les ha hecho además menos sanguinarios, como se prueba por los hechos, comparándolos con los gobiernos antiguos. La Religion mejor conocida, destestando el fanatismo, ha dulcificado las costumbres cristianas. Esta mutacion no es obra de las letras; porque donde estas han brillado no ha sido mas respetada la humanidad; y las crueldades de los atenienses y egipcios, las de los Emperadores romanos y chinos lo testifican.... ¡Pero cuántas obras de misericordia no ha producido el Evangelio! ¿Cuántas restituciones y reparaciones no ha obligado á hacer la confesion entre los católicos? Entre nosotros, ¿cuántas reconciliaciones y limosnas no vemos al acercarse el tiempo de la comunión? El jubileo de los hebreos, ¿cuánto no disminuía la avaricia de los usurpadores? ¿Cuántas miserias no prevenia y evitaba? La fraternidad legal estrechaba y unia toda la nacion, y no se veía en toda ella un mendigo, como ni se ve hoy entre los turcos, en donde las fundaciones piadosas son innumerables. La hospitalidad en ellos, por principio de religion, se extiende hasta los enemigos de su culto.»

» Los mahometanos, segun Chardin, dicen, que despues del juicio que seguirá á la resurreccion universal, todos los cuerpos pasarán un puente llamado *Poul-Serrho*, que está echado sobre el fuego eterno; puente que

absolutamente perfecto, mas fuera de esta restriccion me parece que Fenelon y Vicente de Paulo seguan muy bien su Religion.

<sup>1</sup> El autor dirá un poco mas abajo lo contrario.

se puede llamar, dicen ellos, el tercero y último juicio, y verdadero juicio final, porque allí es donde se hará la separacion de los buenos y los malos.

» Los persas, continúa Chardin, están muy infatuados con este puente, y cuando uno padece alguna injuria, de que por ningún medio ni camino puede esperar satisfaccion, su último consuelo es decir: ¡Ah! *Vive Dios, que me la pagarás doblado en el último dia: no pasarás el Poul-Serrho, sin que antes me hayas dado satisfaccion: yo me asiré entonces de tu ropa, y me abrazaré de tus piernas.* He visto á muchas personas distinguidas y de todas profesiones, que temiendo que al pasar este puente formidable, se gritase contra ellos; *justicia!* pedian perdon á los que tenían de ellos algun motivo de queja; y á mí mismo me sucedió así un sin fin de veces. Algunas personas de calidad que con sus importunidades me habian obligado á dar pasos, y hacer cosas que yo por mí no hubiera hecho, al cabo de algun tiempo, y cuando suponian que ya se me habria pasado el disgusto, venian á mí, y con todo rendimiento me decian: *halal bechon ant-chirra*; es decir, *yo te suplico que me hagas licito ó justo este negocio.* Algunos llegaron hasta hacerme regalos, y varios obsequios, á fin de que los perdonase, declarando que lo hacia de todo corazon y de buena voluntad, y la causa no era otra que esta creencia en que están, de que no pasarán el puente del infierno sin haber antes satisfecho hasta el último cuadrante á los que han vejado ú oprimido<sup>1</sup>.

» ¿Y qué? ¿se me podrá persuadir que la idea de este puente que repara tantas iniquidades, no las evita y previene? No. Quitese á los persas esta idea, persuadiéndoles que no hay tal puente; ni tal *Poul-Serrho*, ni cosa que se le parezca, donde los oprimidos despues de la muerte se verán vengados de los que los oprimieron é injuriaron; ¿no es claro que esto daria rienda suelta á los opresores, y los libraria del cuidado de dar satisfaccion á aquellos infelices? Luego esta persuasion que se les quisiese inspirar, seria nociva: y si novicia, claro es que no era verdadera.

<sup>1</sup> *Voyages de Chardin*, t. VII, pág. 50.

» Filósofo, tus leyes morales son excelentes; pero muéstrame, te ruego, su sancion. Cesa, cesa por un momento de hablar fuera del caso y desatinar, y dime claramente qué es lo que pones en lugar del *Poul-Serrho*<sup>1</sup>. »

Por poco aprecio, pues, que se haga de la paz y seguridad publica, de la moderacion y estabilidad del gobierno, de las buenas costumbres y de la virtud, no se puede dudar de la importancia de la Religion. Pero quiero hacer sentir y conocer aun mas vivamente esta importancia de la que solo podria formarse una idea muy baja y muy imperfecta, si, contentándonos con mirar la Religion por el lado de sus beneficios en cierto modo menos principales, no la considerásemos por otro, sabiendo hasta la causa primera de tantos felices efectos, es decir, como el único y necesario fundamento de todo orden social.

El orden, segun su nocion mas extensa, es el conjunto de las relaciones que se derivan de la naturaleza de los seres; y estas relaciones son verdades, pues que existen independientemente de los pensamientos del espíritu que las considera. Toda verdad viene de Dios, porque él es el que es; es decir, el sér por excelencia, sin restriccion ni límites, inmenso é infinito, ó la verdad infinita; y cuando determinó criar ó dar sér á las cosas, la creacion toda entera no fué mas que una manifestacion magnífica de una parte de las verdades que incluye ó encierra el Sér divino. Estando estas verdades unidas y enlazadas entre sí por relaciones necesarias en la idea ó pensamiento de Dios, su voluntad, al realizarlas *ad extra*, ó al criarlas, por el mismo hecho ha realizado estas relaciones inmutables que constituyen el orden. Establecido este por la voluntad de la inteligencia Suprema, ó la omnipotencia y poder soberano del Criador, el mismo poder lo conserva, continuando en criar á cada instante los seres, ó en manifestar algunas de las verdades eternamente existentes en Dios, y sus relaciones igualmente eternas; y así reinaría un orden perfecto en el universo, si la voluntad no inteligente de los seres libres no le turbase frecuentemente por un ciego abuso de una fuerza ciega, que empleada en realizar el error, ó lo que no es, se dirige por lo mismo, y camina á destruir lo que es, ó á manifestar la nada.

<sup>1</sup> *Emile*, t. III, p. 198, 202.

El poder pues, ó la voluntad de la inteligencia suprema, es el medio general del orden, así como la fuerza dirigida por voluntades libres no inteligentes<sup>1</sup> es el medio general del desorden; y la sociedad humana, que se compone de seres libres sujetos al error, está dividida entre estos dos poderes, uno que pretende destruir, y otro que procura conservar.

La filosofía, por un desconcierto y trastorno de ideas, hasta ahora nunca visto, se afana y esfuerza por fundar la sociedad sobre el principio mismo del desorden. Negándose á reconocer otra inteligencia que la razon del hombre, no puede constituir otro poder que la fuerza: y el género humano sometido á esta potencia destructora, pereceria, si la Religion no acudiese pronto á su socorro.

« La Religion, dice excelentemente Mr. de Bonald, » introduce el orden en la sociedad, porque sola ella » da la razon del poder y autoridad, y de las obligaciones<sup>2</sup>. »

En efecto, ¿qué es el poder en la sociedad sino el derecho de mandar, el cual trae consigo, é importa la

<sup>1</sup> Levantada una pared fuera de su nivel cae, porque hay falta de verdad, digámoslo así, en las leyes ó reglas de su construccion, ó falta de inteligencia en el arquitecto. Otro tanto sucede con la sociedad. El hombre trastornaría el universo si pudiese someterle á su accion, porque solo conoce imperfectamente las leyes que mantienen el orden en el mundo fisico; y cuando ignora ó no quiere conocer las leyes que conservan el orden en el mundo moral, cuando no se conoce ó se conoce mal á sí mismo, su fuerza tira á destruir, porque tira á colocar los seres bajo falsas relaciones, ó que son contrarias á su naturaleza. Quiere lo que la *inteligencia* no puede querer, es decir, cosas imposibles, absurdas y contradictorias. Desear la felicidad, ó el bien estar, es un sentimiento natural á todos los hombres; pero no todos ven igualmente en qué consiste su bien estar ó felicidad. El que la busca en el desorden, no tiene luces. Si tuviese un talento más ilustrado, comprendería que fuera del orden no puede haber felicidad, pues que ni aun hay vida. El desorden, pues, es producido por *voluntades libres no inteligentes*. El sér soberamente inteligente, es esencialmente bueno, feliz, perfecto; y la perfeccion de las criaturas libres, así como su felicidad, consiste en conformar sus voluntades con la de aquel supremo sér.

<sup>2</sup> *Le Divorce considéré au XI<sup>e</sup> siècle*. Disc. prél. p. 42.

obligacion de obedecer? Mas el que manda es superior al que obedece, y tan superior que no se puede imaginar superioridad mayor; porque ella no envuelve en sí solamente una simple diferencia de naturaleza. El ángel, por ejemplo, por su naturaleza es de un orden superior al hombre; sin embargo el hombre rigurosamente hablando nada debe al ángel. Tome un ángel una forma sensible, y descienda sobre la tierra: ¿en dónde está aquí la razon de obedecerle? De una parte no veo derecho alguno, ni obligación alguna por la otra. Todo sér criado está en una independencia natural de cualquiera otro sér criado; y si el mas excelso de los espíritus angélicos viniese de su propio movimiento, y sin mas título que su voluntad, á dictar leyes al hombre, y someterle ó sujetarle á su dominación, yo no veria en el mas que un tirano, y esclavos en sus súbditos. ¿Qué será pues cuando el hombre mismo se arroga este imperio sobre el hombre, igual á él en derechos, y acaso y muchas veces superior en talentos, en conocimientos y virtudes? ¿Hay, ni puede darse una pretension mas inicua, mas insolente, ni una esclavitud mas ignominiosa? ciertamente no temo decir con Rousseau? « que es necesario » una extraordinaria alteracion de sentimientos y de » ideas para poderse resolver á tomar á un semejante » suyo por dueño y señor <sup>1</sup>. » Y sin embargo, el mismo Rousseau, para constituir filosóficamente la sociedad, se ve precisado á imponer al hombre el yugo del hombre, y someterle al imperio de la fuerza ciega y brutal. No nos admiremos pues, que á consecuencia de sus principios, la sociedad civil le haya parecido contraria á la naturaleza <sup>2</sup>. Confundiendo, como confundia, la independencia con la libertad, la falta de todo poder y de toda obligación, es decir, de todo orden, debia ser á sus ojos el estado mas perfecto, ó el estado natural del hombre. Mas teniendo el orden, y el poder ó autoridad que lo mantiene y conserva, una relacion necesaria con la inte-

<sup>1</sup> *Contrat. social*, liy. 4, chap. 8.

<sup>2</sup> « Todo lo que no es natural tiene sus inconvenientes, y la sociedad civil mas que ninguna otra cosa. » *Contrat. social*, l. 3, c. 15.

ligencia, Juan Jacobo llegó hasta el extremo de sostener que el hombre que piensa es un animal *depravado*, consecuencia rigurosamente justa y exacta del error sobre que se apoya su sistema. De este modo, el orgullo proclama la Soberanía del hombre, y desde este momento es necesario que el hombre sea el esclavo vil de la fuerza en la sociedad, ó esclavo todavía mas vil de sus apetitos, y apenas igual á las bestias en lo interior de los bosques, su comun morada. A la verdad, es extraño que se hallen almas tan bajas que se complazcan en la abyeccion, y cieno de las doctrinas filosóficas, ó espíritus tan débiles que se dejen seducir de ellas. Pero conviene, decia Pascal, que haya muchas de estas gentes en el mundo, para hacer ver que el hombre es capaz y muy capaz de las opiniones mas extravagantes, y de los sentimientos mas desnaturalizados.

¿Qué grandeza no brilla en los pensamientos de la Religion, comparados con estas máximas tan degradantes! ¿Cuán sencilla y profunda es su doctrina! ¿Qué luz no derrama y esparce sobre la sociedad! ¿Cómo ensalza y eleva al hombre, sin lisonjear su orgullo! Jamás le dice: *tú no tienes otro dueño y señor que á tí mismo*, porque desde entonces el hombre seria esclavo de cualquiera que se dignase dominarle; antes bien le dice y le repite: « el único sér que tiene sobre tí un poder legítimo y natural, es el Sér infinito que te ha criado, te conserva » y dispone soberanamente de tus destinos. Su voluntad » es tu única ley; y así tu felicidad, como tu libertad, » consiste en conocerla y someterte á ella. Ser libre, es » caminar sin obstáculo á su fin; el tuyo es la perfección; obedece pues, y serás libre. Te conservarás en » tus verdaderas relaciones, que designan el lugar que te » compete; tu razon no dependerá sino de la inteligencia suprema; ni tu voluntad mas que de las leyes » inmutables, á que el mismo Todopoderoso está sometido. »

Por mas que se hable con énfasis de independencia, y de soberanía, esta orgullosa ficcion de soberanía humana no es mas que el velo con que se cubre una esclavitud irremediable. Luego que la filosofía quiere establecer la simple apariencia del orden, es necesario in-

mediatamente que el hombre obedezca; ¿y á quién? á su semejante: es preciso que ceda y se humille á la voluntad de un igual suyo: cuando por el contrario, el hombre es tan grande que Dios solo tiene derecho de mandarle: ¡vasallo noble, que solo depende del Eterno! Comprenda pues el hombre lo que es; y si dominado por las pasiones, se siente aun muy débil para elevarse hasta una plena obediencia á las leyes emanadas del poder supremo que gobierna á todos los seres criados, conozca al menos que esta obediencia, el mas precioso y el mas glorioso de sus derechos, es la única que constituye su verdadera libertad, y que aspire por el momento de adquirirla.

Un escritor célebre, que conocia tan mal al Cristianismo como á la sociedad, se ha atrevido á decir, que los *verdaderos cristianos han sido hechos para ser esclavos*<sup>1</sup>. Es verdad que él mismo creia que los antiguos Griegos y Romanos eran libres, y no nos debe extrañar esta paradoja. No vió que la libertad, independiente de la forma de los gobiernos, es únicamente relativa á la naturaleza del poder. Mas pues que queria hablar del Cristianismo, ¿porqué no consultó á lo menos al Evangelio, *ley perfecta de libertad*<sup>2</sup>, como lo llama un Apóstol? Habria leído en él estas palabras que confunden y llenan de admiración á cuantos saben penetrar su profundidad: *la verdad os libertará*<sup>3</sup>; *Cristo nos hizo libres*<sup>4</sup>: *donde está el espíritu de Dios, allí hay libertad*<sup>5</sup>. En efecto, cuando Jesucristo se dejó ver en el mundo, el hombre, como lo hemos hecho ver ya, era en todas partes esclavo del hombre. Para verse libre de esta dura esclavitud, era necesario que entendiese esta profunda verdad, que, en todos sentidos, fué para la sociedad *la buena nueva de salud*; á saber; que *todo poder viene de Dios*<sup>6</sup>. Identificándose entonces la autoridad humana con la autoridad

1 *Contrat. social*, l. 4, c. 8. — 2 *Ep. Jacob*, 1, 25.

3 *Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos. Joan.* VIII, 32.

4 *Christus nos liberavit. Ep. ad Galat.* IV, 31.

5 *Ubi autem spiritus Domini, ibi libertas. Ep. II ad Corinth.* III, 17.

6 *Non est enim potestas nisi à Deo. Ep. ad Rom.* XIII, 1.

de Dios, el poder establecido sobre una base inalterable inspiró respeto y amor. El hombre pudo obedecer sin dejar de ser libre, ó mas bien, fué libre porque obedeció. Y así en efecto lo entendieron los cristianos desde un principio, como lo testifica Tertuliano. Tratábaseles de rebeldes y enemigos del César, porque no querian adorar las imágenes de los Emperadores; ¿y qué respondia su apologista? « Los traidores no se deben buscar entre nosotros, sino en vuestras propias filas; esos mismos que prodigan al Emperador las mas bajas adulaciones de la esclavitud, son los que traman en secreto las conspiraciones contra él, y no asisten á las solemnidades que se celebran en su honor, sino para profanar el regocijo y alegría pública con votos criminales, mudando en su corazón el nombre del Príncipe, para presagiar la esperanza de otro reinado<sup>1</sup>. » « Por lo que respeta á nosotros que jamás tuvimos parte en rebelion alguna, si se duda aun de nuestra sumision y religioso amor, entiéndase que es para nosotros una obligacion religiosa respetar en el Emperador la eleccion del Dios á quien adoramos, y al mismo soberano como constituido y puesto por Dios. En cuanto á lo que se nos manda y exige, consiento en dar al César el nombre de señor, con tal que no se me obligue á tenerle por Dios. Fuera de esto, en lo demás soy libre. No tengo mas señor que al Dios Todopoderoso y eterno, que es tambien señor del César<sup>2</sup>. »

De esta sublime idea del poder ó autoridad, único fundamento de toda obligacion moral, se ve salir, junto con todos los deberes, el orden conservador de la sociedad.

1 *Non ut gaudia publica celebrarent, sed ut vota propria jam edicerent in aliena solemnitate, et exemplum atque imaginem suam inaugurarent, nomen principis in corde mutantes. Apolog. advers. Gentes*, cap. 35.

2 *Sed, quid ego amplius de religione atque pietate christiana in imperatorem quem necesse est suspicamus ut eum quem Dominus noster elegit. Et merito dixerim, noster est magis Caesar, ut nostro Deo constitutus. — Dicam planè imperatorem Dominum, sed quando non cogor ut Dominum, Dei vice, dicam. Cæterum liber sum illi. Dominus enim meus unus est Deus omnipotens et æternus, idem qui et ipsius. Apologet. adv. Gentes*, cap. 33 y 37.

« La autoridad queda justificada, la obediencia ennoblece, y el hombre debe igualmente temer mandar, y honrarse de obedecer <sup>1</sup>. » La justicia desarma á la fuerza, y el imperio noble de la conciencia reemplaza la tiranía vil de las pasiones excitadas por el interés. ¿Qué digo? La Religion, concentrando los intereses particulares en el comun y general, los hace concurrir todos á la conservacion del orden, uniendo y enlazando la vida futura con la presente; y desasiendo al hombre de los bienes caducos y perecederos que busca con tanto afan. Sustituye al odio que engendran las doctrinas filosóficas, un espíritu general de benevolencia mutua y de amor; y este es el carácter distintivo del Cristianismo. En él todo respira amor de Dios y de los hombres; el amor es la base de todos sus preceptos, y el compendio de la ley. No amar, es lo mismo que no ser cristiano, es excluirse, desterrarse á sí mismo del reino de Jesucristo, sociedad de amor, para entrar en la sociedad del odio, cuyo monarca es el ángel de soberbia. El cristiano no solamente obedece á la autoridad, la ama; porque viene de Dios, y le representa en la sociedad; y este amor, que se eleva desde los súbditos á la cabeza ó al poder, vuelve á descender en cierto modo, bajo la forma de toda suerte de beneficios, desde el poder á los súbditos, y es la prenda mas segura, y la mas sólida garantía de la estabilidad de los gobiernos, y de la felicidad de los pueblos. Unidos entre sí por una confianza poderosa, de la cual nacen la seguridad y un obsequio mutuo, se les puede con toda razon aplicar aquella sentencia profunda del Evangelio: *vuestra fe os ha salvado* <sup>2</sup>.

De este modo, para bien y felicidad de los hombres y tranquilidad de los Estados, se establece y conserva el culto sagrado del poder ó autoridad, que Tertuliano, en su lenguaje enérgico, llama *la Religion de la segunda majestad*. Y el mismo principio, que pone orden en la sociedad, constituyendo el poder ó autoridad social, ordena tambien las familias constituyendo la autoridad doméstica. Estos dos poderes ó autoridades, semejantes, porque una

<sup>1</sup> *Le divorce considéré au XIX<sup>e</sup> siècle*. Disc. prélim. p. 94.

<sup>2</sup> *Fides tua te salvum fecit. Marc. x, 52.*

familia no es otra cosa que una pequeña sociedad; y desiguales, porque la sociedad es una gran familia, ó la reunion de todas las familias particulares; no son una ni otra sino el poder mismo de Dios, de quien *toda paternidad trae su nombre* <sup>1</sup>, segun la expresion de San Pablo, es decir, su autoridad; porque bajo la ley de la verdad y del orden, nada es arbitrario; ni aun los nombres, porque es preciso que ellos expresen relaciones verdaderas ó falsas; y hé aquí porque, observémoslo de paso, el lenguaje se muda con las máximas, y se desnaturaliza con las ideas. Así pues como la autoridad paterna es el poder social doméstico, ó de familia, así el poder social es un poder paternal en la sociedad, y esta es la razon de la inmortalidad, y al mismo tiempo de la suavidad del poder en los pueblos cristianos.

Unir y enlazar al superior con los súbditos y á los súbditos entre sí, no es mas que el principio de los beneficios del Cristianismo. El espíritu de amor que inspira, no se detiene, permitaseme decirlo así, en la frontera como el exclusivo y duro patriotismo de los antiguos. Jesucristo cuando manda amar al hombre, no distingue al compatriota del extranjero; no exceptúa ni aun á los enemigos, ni á los que nos persiguen y maldicen; de modo que por una admirable universalidad de amor, su doctrina no menos se dirige á unir los pueblos entre sí, que á los miembros de una misma sociedad, ó mas bien, quiere formar una sola sociedad de todos los pueblos. « El mundo, decia diez y seis siglos ha el autor del *Apologético contra los gentiles*, el mundo entero no es á nuestra vista mas que una vasta república, patria común del género humano <sup>2</sup>. » ¿Nos deberemos ya admirar que unas máximas y sentimientos tan extraños á los gentiles lo hayan mudado todo, derecho político y de guerra, leyes y costumbres?

Y ¿á quién, sino es al Cristianismo, somos deudores

<sup>1</sup> *Hujus rei gratia flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Jesu Christi, ex quo omnis paternitas in cælis et in terra nominatur. Ep. ad Ephes. iii, 14, 15.*

<sup>2</sup> *Unam omnium rempublicam agnoscimus mundum. Apologet. adv. Gent. cap. 38.*

de esta admirable civilización europea, de que no se encuentra modelo en la antigüedad? Admite esto en verdad tan poca duda, que el autor de la *Historia filosófica de los establecimientos de los europeos en las dos Indias*; conviene en ello formalmente, al menos por lo que toca á los pueblos del Norte. Dónde quiera que se introduce el Cristianismo, produce los mismos efectos; y tan luego como se retira, entra la barbarie á reemplazarle. Él civilizó en otro tiempo una parte del Africa y del Asia; quince siglos despues convirtió en hombres á los antropófagos del Nuevo Mundo; y por las maravillas que se le vió obrar en el Paraguay, se puede juzgar de lo que habria sido la América bajo su influjo, si una política falsa y cruel no hubiera arrancado á la Religion estos pueblos niños, digámoslo así, á los que con la autoridad del cielo y la ternura de una madre, conducia al orden por el camino de la verdad. Mientras que la filosofía, armada de la ciencia y de la fuerza, y disponiendo como soberana de veinte y cinco millones de hombres, y de sus bienes; en un país rico y fértil, no ha podido realizar mas que la anarquía, la indigencia y todos los males, algunos pobres sacerdotes, sin mas armas que una cruz de madera en la mano, penetrando en regiones incultas, habitadas por salvajes feroces, crearon en ellas, por solo el poder de la verdad y de la virtud, una república tan perfecta, que la imaginacion mas risueña no se la pudo figurar jamás semejante en sus alhagüenos desvarios. Al verlos, se hubiera creido eran algunos afortunados hijos de Adán, que escapados de la maldicion que hirió á toda su descendencia, gozaban en paz de la inocencia y felicidad que sigue á esta, en los jardines deliciosos de Edem. Quiso Dios que al menos una vez la Religion, obrando sin obstáculo sobre un pueblo, le formase por sí sola al estado social, á fin de mostrar con una grande é incontestable prueba, que todas las verdades realmente útiles al hombre, y toda la felicidad de que aquí bajo le permite gozar su condicion, están encerradas en sus dogmas y preceptos.

Pero considerando al Cristianismo sobre una escena mas vasta, ¿qué fuerza de conservacion no da él á los gobiernos, especialmente en los países donde, como en

la Francia, el principio religioso habia adquirido mas vigor y perfeccion? Este reino *formado por obispos*, segun la observacion de Gibbon, ha permanecido catorce siglos sin que su forma de gobierno haya sufrido alguna alteracion esencial; y todavia veriamos hoy este antiguo gobierno en pié y floreciente, si para destruirle no se hubiese comenzado por arrancarle el apoyo de la Religion, que con tanta solidez lo habia fortalecido: Y ciertamente no se querrá decir, que durante esa dilatada sucesion de reinados, y bajo la autoridad tutelar de setenta y seis reyes, cuyo cetro pacífico protegió á nuestros antepasados, y los guió por la senda de la civilizacion, hayan tenido los pueblos que gemir de mutaciones obradas en el orden social, ni hayan adquirido el derecho de menospreciar ese magnífico don del poder divinamente constituido, que recibieron del Cristianismo.

Hemos citado poco ha lo que acerca de este dijo el autor del *Emilio*; no es menos formal el testimonio de Montesquieu: «Mientras que los Príncipes mahometanos dan sin cesar la muerte, y la reciben, la Religion entre los cristianos hace á los Príncipes menos tímidos, y por consiguiente menos crueles. El Príncipe cuenta con sus súbditos, y los súbditos con el Príncipe. ¡Cosa admirable! La Religion cristiana, que parece no tiene otro objeto que la felicidad de la otra vida, nos hace dichosos tambien en esta.

» La Religion cristiana ha sido la que, á pesar de la grandeza y extension del imperio, y el vicio del clima, ha impedido que el despotismo se establezca en Etiopia, y ha llevado al centro del África las costumbres y leyes de la Europa.

» Considérense por una parte las carnicerías continuas de los reyes y jefes griegos y romanos; y por otra la destrucción de pueblos y ciudades causada por estos mismos jefes: á Timur y Gengis-kan, que han devastado el Asia, y se hallará que debemos al Cristianismo en el gobierno cierto derecho político, y en la guerra un derecho de gentes, que la naturaleza humana no podrá agradecer bastantemente.

» Este derecho de gentes es el que hace que entre nosotros la victoria deje á los pueblos vencidos la vida, la

» libertad, las leyes, los bienes, y siempre la Religion,  
» cuando el hombre no se ciega á sí mismo<sup>1</sup>. »

La Religion cristiana que manda al hombre ver y considerar en todos sus semejantes otros tantos hermanos, es naturalmente incompatible con la esclavitud<sup>2</sup>; así es que donde quiera se ha establecido, ha terminado por abolirla<sup>3</sup>. Pero cuando los intereses en union y de acuerdo con las doctrinas, alimentaban entre los pueblos una enemistad implacable, cuando no se reconocia otro derecho de guerra que el derecho terrible del exterminio, reducir á esclavitud era un favor, un beneficio; degollando se creia obrar en justicia, y la esclavitud era la misericordia pagana, y aun se reputaban felices los vencidos, cuan-

<sup>1</sup> *Esprit des Lois*, l. 24, c. 3.

<sup>2</sup> No de manera que sea imposible ser cristiano y tener esclavos, ó que el esclavo, en el hecho mismo de hacerse cristiano, quedase libre, y dejase de serlo. Sabemos que Philemon, hombre justo, y amigo del apóstol San Pablo, los tenia; y fuera de Onesimo es muy célebre, entre otros mil, el nombre de la esclava Santa Blandina, en las actas de los mártires de Leon, para entenderlo así; sino en cuanto la religion cristiana por su espíritu de mansedumbre inclina á perdonar á los vencidos, se niega á hacer guerras determinada-mente para hacer esclavos, etc., y así en efecto, desde luego se introdujo, donde quiera que reinó el Cristianismo, la laudable costumbre de que no se hiciesen esclavos. Por los mismos principios es constante que el cristiano que tuviese esclavos los trataria como hermanos, y como hermanos redimidos igualmente que él con la sangre de Jesucristo; es decir, con dulzura y mansedumbre, como lo hemos visto practicado en las posesiones españolas de América. Por lo demás sabemos que á Onesimo, esclavo convertido por el apóstol San Pablo entre sus cadenas, el Santo le envió á su amo, recomendado sí, pero no como *liberto*, sino es en *Jesucristo*. Cada uno, decia tambien á los Corintios (1, cap. vii, v. 20), permanezca en la vocacion en que ha sido llamado: *Servus vocatus es? non sit tibi cura*, responde; *esto es*, dice Santo Tomás, *ut velis servitatem effugere* (ib. lect. 4). Véase á Santo Tomás en el 4 de las Sent. d. 36, art. 1, donde explica con su claridad y solidez acostumbradas esta materia. El autor habla de la esclavitud activa, y en este sentido y no en otro el espíritu del Cristianismo es incompatible con la esclavitud.

<sup>3</sup> Plutarco en la *vida de Numa* dice: « que en tiempo de Saturno no habia ni amos ni esclavos. El Cristianismo ha renovado » entre nosotros esta edad. » *Esprit des Lois*, l. 15, c. 7.

do la avaricia los protegía de la espada aherrojándolos con cadenas.

Después de una sangrienta victoria alcanzada por Germánico contra los Germanos, algunos de estos infelices trepando á lo alto de los árboles buscaban entre sus ramas un asilo contra el furor de los Romanos; y *se tomó por diversion*, dice con una indiferencia horrorosa el grave Tácito, *atravesarlos con flechas; admotis sagitariis per ludibrium figebantur*<sup>1</sup>. El primer libro solo de sus Anales contiene otros muchísimos rasgos no menos atroces, referidos con la misma indiferencia. El ejército romano en medio de la noche cae de improviso sobre los Marsos sepultados en un profundo sueño de resultas de una fiesta, en la cual se habian abandonado á toda suerte de excesos. « César, continúa el historiador, divide en » cuatro cuerpos las legiones hambrientas, á fin de ha- » cer mayor la devastacion. En el espacio de cincuenta » mil pasos todo es llevado á sangre y fuego; ni edad, ni » sexo excitó la menor compasion; se arrasaron hasta el » suelo los edificios sagrados y profanos, entre otros un » templo llamado *Taufana*, muy célebre entre aquellas » naciones. De parte de los Romanos ni una sola gota de » sangre se derramó, pues el soldado heria á su salvo á » enemigos medio dormidos, desarmados, ó errantes á la » ventura<sup>2</sup>. » El año siguiente se toman de nuevo las armas, y Germánico, dice tambien Tácito, « conjuraba á » los soldados á encarnizarse en la matanza: ¿qué necesidad, les decia, tenemos de cautivos? no se acabará » jamás la guerra sino exterminando á estos pueblos sin » dejar un solo hombre vivo<sup>3</sup>. »

No olvidemos jamás que la filosofía antigua, tan fecunda en especulaciones estériles, ni aun soñó en levantar la voz en favor de la humanidad. No se encuentra un solo filósofo que haya tenido siquiera la idea de otro derecho de gentes que el que acaba de representarnos Tácito, ni que haya reclamado por la abolicion de la esclavitud, ni aun formado de ello el mas simple deseo. La sabiduría

<sup>1</sup> *Annal.* lib. 2, cap. 16. — <sup>2</sup> *Annal.* lib. 1, cap. 51.

<sup>3</sup> *Orabatque insisterent cædibus: nil opus captivis, solam inter-  
necionem gentis finem bello fore.* *Annal.* l. 2, c. 21.

humaná contemplaba sin conmoverse ni admirarse la opresion del hombre, insensible él mismo por su parte á su degradacion, y estúpidamente sepultado en su infame y deshonorosa miseria. ¡ Cosa pasmosa! Fué necesario que la sabiduría misma de Dios descendiese á la tierra, no digo solamente para librar al género humano de las calamidades que le oprimian, sino aun para darle esperanza, é inspirarle el deseo de verse libre.

La guerra ha sido en nuestros dias el tema general de las declamaciones filosóficas, y jamás ha habido mas guerras, ni mas destructoras, que en el siglo en que unos filantrópos necios han declarado que todas las guerras son injustas. El Cristianismo no declama: exhorta á la paz, y la establece por sus máximas, quitando la causa de discordia; y cuando el cuidado de su conservacion obliga á los pueblos á recurrir á las armas, fija por primera ley de los combates la humanidad. La Religion penetra hasta el campo de batalla para desterrar de él el odio y la inexorable avaricia, para contener el abuso de la fuerza, para dulcificar la victoria, y cubrir al débil con su proteccion inviolable<sup>1</sup>. No pudiendo quitar la espada,

<sup>1</sup> La historia ofrece un ejemplo singular de la diferencia que hay en este punto entre las doctrinas paganas y la del Evangelio, y nos enseña á bendecir á la Religion, que sustituyó á los usos y costumbres atroces, consagrados por el derecho de guerra entre los romanos, un espíritu de dulzura y, si puedo explicarme así, una delicadeza de humanidad tan tierna y tan sensible que hasta entonces era desconocida. « Se habia visto á Constantino, despues de sus primeras victorias ( es decir, antes de ser cristiano ), arrojar á las fieras los jefes enemigos que habia hecho prisioneros. Los panegiristas paganos celebraron con el mayor enarecimiento esta barbarie y se complacian, y como que se recreaban en pintar este triunfo, en el cual un Emperador realizaba la magnificencia de los juegos, y aumentaba la diversion del pueblo con la carniceria ó matanza de los enemigos en el circo. Pero luego que el Cristianismo principió á alumbrar su alma, un orador hizo tambien mención de estas victorias contra los Francos; pero nada dice de su suplicio. Léjos de eso Constantino prometia á los soldados una suma de dinero por cada enemigo que le trajesen vivo. » *Des changements opérés dans toutes les parties de l'administration de l'empire romain; sous les régnes de Dioclétien, Constantin et de leurs successeurs, jusques à Julien;* par J. Naudet, t. I, pag. 51.

embota su punta, y derrama tambien bálsamo en las heridas que ha hecho.

No quiere decir esto que la historia de las naciones christianas no esté manchada alguna vez con rasgos horrosos de barbarie. Pero ¿ qué ganaria la filosofia con oponérselos? Prueban contra ella, y no contra nosotros; porque siempre fueron efecto ó de un error expresamente condenado por la Religion, ó del menosprecio de sus máximas, desprecio que, como lo haremos ver muy pronto, sustancialmente no es otra cosa que una verdadera incredulidad. Ciertamente seria muy extraño que se pidiese cuenta al Cristianismo de los excesos que dimanaban del olvido de su doctrina, y que se negase que él hace á los hombres mansos, misericordiosos y compasivos, porque en dejando de ser cristianos, se hacen duros y crueles.

Obsérvese además que las devastaciones y mortandades, de que ofrecen tan frecuentes ejemplos los anales antiguos, eran de esencia del derecho de guerra, tal como ellos le concebían; cuando entre nosotros estos actos de un sumo rigor son una violacion de este mismo derecho: así no se puede negar que en los pueblos cristianos son infinitamente mas raros; y el profundo horror que inspiran, prueba cuanto se ha mudado el espíritu general en esta parte.

No es menos completa y feliz la revolucion que la Religion cristiana ha obrado en la legislacion, que la causada en el derecho político, y en el derecho de gentes. La ley no es ya la expresion de la voluntad del mas fuerte; ni tiene tampoco por objeto el proteger intereses particulares, sino establecer la justicia, que es el interés supremo de todos; y no siendo la justicia otra cosa que el orden mandado por Dios, la ley, bajo el imperio del Cristianismo, es la expresion de la voluntad del poder ó de la potestad, y por consiguiente se debe desde luego someterse á ella como á la voluntad del mismo Dios; porque *el que resiste á la potestad, resiste á Dios*<sup>1</sup>.

Así todas las verdades sociales dimanar de esta grande

<sup>1</sup> Qui resistit potestati, Dei ordinationi resistit. *Ep. ad Rom.* XVI, 2.

y primera verdad, que *todo poder viene de Dios*; y el principio fundamental del derecho político es también el principio fundamental de la legislación. Se obedece á las leyes por la misma razón que se obedece á la potestad; y la doctrina que afirma y modera el poder, afirma igualmente la autoridad de las leyes, las dulcifica y perfecciona.

No se admira, como se debe, la sabiduría y hermosura de las leyes cristianas. Ellas expresan tan perfectamente las verdaderas relaciones de los seres sociales, que su misma conformidad con nuestra naturaleza hace que ya no nos llamen la atención. Cuando todas las cosas son lo que deben ser, no se admiran sino haciendo atenta reflexión sobre ellas. La sencillez del orden oculta á nuestros ojos su grandeza. El espíritu se detiene á contemplar los gobiernos artificiales, así como los ojos se fijan sobre las obras complicadas del arte. La vista de un ser vivo no causa en nosotros impresión alguna; pero muéstrenos un autómató, al punto nos llenamos de admiración. Las antiguas legislaciones se dirigian todas á oprimir al débil; las nuestras no dejan género alguno de debilidad á que no señalen protección; y esto no nos sorprende á causa de la armonía perfecta en que están la conciencia y la ley. Sin embargo es cierto que solo la Religión ha podido dar á las leyes este carácter noble y consolador, y solo ella puede conservarle. En el momento en que se prescinde de su autoridad, todo se conmueve y todo se confunde; las verdades mas claras se hacen problemáticas, y el orden inflexible é inmutable, es relegado desdenosamente al dominio indeterminado de las opiniones. ¿Qué cosa hay mas evidente que la igualdad natural de los hombres? Sin embargo la razón, por el espacio de mas de veinte siglos, ha fundado la sociedad sobre la esclavitud de una parte de sus miembros; y ni aun siquiera le ocurrió que fuese posible abolirla. Al Cristianismo es deudora también la humanidad de este grande beneficio; y él solo es, el mismo Dios es el que ha querido que el hombre fuese libre; y para que lo lograrse, ha sido necesario que tuviese fe en la libertad. El raciocinio, lejos de dársela, hubiera remachado para siempre sus cadenas, puesto que raciocinando sobre el orden social, el mismo Rousseau establece, en un pasaje que ya hemos citado,

la necesidad de la esclavitud. Y si él pensaba así en Francia en el siglo diez y ocho de la era Cristiana, ¿se podrá creer que en Roma, bajo la república, el paganismo le hubiese inspirado opiniones mas generosas?

Donde no hay familia, no hay Estado; ahora bien, la poligamia, y el divorcio, que es la peor especie de poligamia, destruye las familias, oprime á la madre y al hijo, é introduce la anarquía en la sociedad doméstica. Pues bien, solo la Religión es la que ha proclamado la indisolubilidad del lazo conyugal. ¿Y la razón? la razón filosófica, aun despues de haber conocido el principio, y observado por largo tiempo sus admirables efectos, ilustrada con las luces del Cristianismo, recusando sin embargo su autoridad, ha juzgado que era mejor convertir el matrimonio en un contrato temporal, en una especie de arrendamiento revocable á su antojo, sin otra condicion que repartir los hijos, como al espirar el término contratado se reparten los animales nacidos en un rebaño habido de mancomun. Y obsérvese que al mismo tiempo que se daba á la mujer el derecho de repudiar al marido ó su cabeza, se concedia á los vasallos el derecho de repudiar su Soberano; ¡tan íntima es la conexlon que hay entre el poder doméstico y el político!<sup>1</sup>

Aun mas: ¿puede imaginarse un delito, un crimen que repugne mas á la naturaleza, que el asesinato de un hijo causado por su padre; ni costumbre mas bárbara que la exposicion de esas inocentes criaturitas, condenadas por las pasiones á nacer, y á no vivir mas? Pues no obstante, las leyes de casi todos los pueblos antiguos<sup>2</sup> permitian

<sup>1</sup> El citado Villete, miembro de la Convencion, propuso no solo el *divorcio*, sino la *independencia de la mujer al marido*, y que toda viuda y soltera en estado de mayoría que tuviese las condiciones necesarias en el varon para ser ciudadano, fuese admitida á votar y resolver en las asambleas primarias. Se observa en la historia del último siglo, que á proporción que se iban extendiendo las ideas filosóficas, se aumentaban las causas de divorcio. En el momento de la revolucion habia cuatrocientas causas en apelacion en el parlamento de París, y doble número en el tribunal dicho del *Chatelet*.

<sup>2</sup> Sabido es que los Lacedemonios, por ley expresa de su famoso Licurgo, á todos los niños que nacieran ó parecían de complexion débil, los arrojaban á la cueva ó sima del monte Taijeto.

la exposicion de los niños, y el infanticidio; y aun hoy dia es universal este uso en una gran parte del globo<sup>1</sup>. Dejád á la razon filosófica que pese el *pro* y el *contra* de esta atrocidad, que calcule hasta donde se extienden las obligaciones de los padres, el interés del Estado sobrecargado de una poblacion embarazosa, el interés del mismo niño á quien se le ahorran tantos trabajos, y tal vez delitos, abreviándole una vida tan poco digna de sentirse; y me engaño mucho, si fundada sobre estas consideraciones, y otras mil semejantes á estas, por poco que el interés agite su sutileza sofística, no llega hasta ver en este asesinato monstruoso el ejercicio de un derecho legitimo, y aun un acto de humanidad. No se me acuse que recurro á suposiciones odiosas é inverosímiles; porque los razonamientos, que acabo de aplicar á la infancia, pueblos enteros los han aplicado á la vejez, y sustancialmente son los mismos con que Rousseau pretende justificar su conducta cruel con los tristes frutos de su disolucion y libertinaje. ¡Gracias eternas al Cristianismo, que del niño, *sér* despreciable y vil á los ojos de la política, y frecuentemente carga insoportable á la avaricia, ha hecho un *sér* sagrado á los ojos de la Religion! ¡Cuántos que insultan á esta Religion santa, la deben tal vez la vida<sup>2</sup>! ¡Quién sabe si á no ser por ella, unos padres desnaturalizados no los habrían arrojado luego que nacieron á la corriente de un rio, como lo practican los Indios, ó abandonado por la noche en alguna calle pú-

1 En la China, Indias Orientales, etc. Los progresos de la filosofia vinieron tambien á dar este nuevo testimonio de su malhadada influencia: la série progresiva de exósitos iba al nivel de la extension de sus *lucos*. En 1670 eran *quinientos doce* los exósitos del Hospicio general de Paris: bajo la Regencia del duque de Orléans el 1720 se contaban ya *mil cuatrocientos cuarenta y uno*: hácia la mitad del reinado de Luis XV por los años de 1745 *tres mil doscientos veinte y cuatro*; y bajo el gobierno de Luis XVI, en que la filosofia habia llegado á su colmo, ya no tenían número, y hubo que crear nuevos hospicios donde recibirlos. Hé aqui los grandes beneficios de la filosofia del siglo. *M. de La Mennais, mélanges.*

2 Uno de estos fué d'Alembert, expuesto en Paris en la puerta de una iglesia; contra la cual, con un reconocimiento propiamente filosófico, convirtió despues todos sus tiros.

blica, como lo acostumbran los Chinos, para que los devorasen los perros, ó por la mañana los llevasen á un muladar en los mismos carros que van recogiendo la basura é inmundicias de las calles? Entiéndanlo, si no lo saben, esos hombres que se creen sabios porque lo desprecian todo, y profundos, porque no alcanzan las verdades mas sencillas; sí, el Bautismo salva mas niños entre las naciones Cristianas, que hombres destruye la guerra. Y sin embargo la filosofia no verá en el Bautismo mas que una supersticion absurda, y la vereis reirse de esta institucion sublime, que aun considerada bajo un punto de vista puramente político, seria todavía un beneficio inapreciable, y la obra mas perfecta de la humanidad.

La dulzura y equidad de nuestras leyes criminales, su inflexibilidad santa, las precauciones infinitas del legislador para evitar en su aplicacion equivocaciones funestas, son tambien otros tantos efectos del espíritu establecido por el Cristianismo. El solo ha enseñado al hombre, á respetar al hombre, cuando la filosofia, igualmente que el paganismo, no nos enseña mas que á despreciarle; y esto es lo que hizo decir á Tertuliano, reconvieneo y dando en cara á los perseguidores de los Cristianos con el menosprecio feroz que hacian de la humanidad: *¡oh hombre. qué sér, qué nombre tan grande el tuyo. si supieras conocerte!* El hombre en efecto se conocia entonces tan poco, que se valuaba á precio de dinero, se le compraba ó vendia como el ganado mas vil; y para abolir este tráfico infame, fué necesario que el mismo Dios fuese vendido en treinta dineros. Esta venta execrable fué el tratado de nuestro rescate<sup>3</sup>.

1 Tu homo, tantum nomen, si intelligas te! *Apolog. adv. Gentiles, c. 48.*

2 En el tiempo de la conquista de América por los españoles la Religion, cubriendo con su manto á los pueblos vencidos, protegió con todo su poder su libertad. Los protestantes y los mismos filósofos no han podido menos de alabar la conducta del clero católico en esta ocasion (véase á Robertson, *Histoire de l'Amérique*, y á M. de Humbolt). El solo ✠ en esta época memorable, se interesó por la humanidad, y defendió sus intereses con valorosa constancia contra la avaricia de los conquistadores. Y véase aqui tambien cuán de

Las leyes paganas, no menos bárbaras que las costumbres, se burlaban, y jugaban con la vida de los hom-

acuerdo están los hechos con los principios establecidos en este capítulo y en el precedente. Donde quiera que la política, guiada del interés particular, obró sola, los infelices naturales, oprimidos, encadenados, fueron destruidos en poco tiempo. Al contrario, donde se les puso en manos de la Religión, recibieron de ella los dos grandes beneficios de la civilización y la libertad. Por lo que respecta á la esclavitud de los negros, la Iglesia la tolera, mas nunca la aprobó, antes bien esta esclavitud sin duda se opone al espíritu de la Religión cristiana, que la prohíbe formalmente por sus leyes. (*Entiéndase esto en el sentido que hemos dicho en la nota de la pág. 376. y distingase bien entre la esclavitud ó servidumbre legal en común, la que San Pablo no reprobó, y la esclavitud ó comercio de los negros, sin mas fundamento ni causa que el robo ó plagiato que se hace de estos infelices, y la codicia de los negociantes; lo que, como decía el profundo D. Soto, es injusto é ilícito*). Ella, preparando poco á poco la abolición en nuestras colonias, suavizando la suerte de los esclavos, formándolos para el estado social, y cultivando con esmero en estos niños tardos, menozes y pesados, las facultades y virtudes, cuya manifestación anunciaría para ellos la edad oportuna de la emancipación. La Religión, así como la naturaleza, no obra arrebatadamente. Va disponiendo las mutaciones apetecidas, y las verifica por medios suaves y por grados insensibles. Este es el modo de proceder de la sabiduría. La filosofía quiso de golpe turbar esta marcha: proclamó á grandes gritos la libertad de los negros, sin precaución, ni prevision alguna, sin examinar si estos hombres, á quienes súbitamente daba libertad, eran capaces de ser libres. ¿Y qué sucedió? El incendio de las colonias, el asesinato de los colonos, una anarquía completa, y guerras de exterminio. — \* Nuestros reyes, llevados de los mismos principios de Religión, obraron siempre con la mayor humanidad respecto de los indios. A la Reina Católica doña Isabel desagradó tanto que Cristóbal Colón trajese algunos pobres indios esclavos, que por un decreto real mandó que fuesen devueltos libres otra vez á su país, y se declaró y llamaba no tanto Reina, quanto Patrona y Madre de los Indios. El Emperador Carlos V, por su cédula de 1528, ordenó: « que ni los jefes ni los capitanes inferiores hiciesen ni pudiesen hacer esclavo » á ningún natural de aquellas partes, por ninguna vía ni manera, » ni por razon ó condicion alguna, sino que los dejasen en su libertad, como á vasallos suyos libres, y señores de sí mismos y de sus bienes y hacienda, como lo eran los vecinos y moradores de Castilla. » Toda la legislación de Indias rebosa los mismos sentimientos. Las imposturas de las Casas se sabe hoy bien en el concepto que se deben tener.

bres con una indiferencia que horroriza. Si sucedía en Roma que un ciudadano fuese asesinado, se hacia morir á todos sus esclavos. ¿Era su amo acusado? se les atormentaba. Si la ley habia olvidado, ó no previsto algun capricho del Príncipe, ó de la plebe, se remediaba por un duplicado crimen, como la historia lo observa con motivo del asesinato de la hija de Seyano. Convengamos en que esto se parece bien poco á las obligaciones sagradas que la Religión impone á nuestros Reyes. « Yo juro, » este es el juramento que exige de ellos antes de ungir su frente con el óleo santo: « juro guardar, y hacer guardar justicia y misericordia en todo juicio, para que Dios » omnipotente y misericordioso haya tambien misericordia de mí. » Todo se encuentra reunido en estas palabras: la equidad severa y la mansedumbre cristiana, la obligación y la razon de ella, el precepto y su sancion.

Uno de los caracteres de la Religión es no entrar jamás en contestacion con los hombres. Dice á las sociedades, igualmente que á cada uno de sus miembros: *haz esto, y vivirás*<sup>1</sup>. Nada mas admirable que este método, pero él conviene solo á Dios. Sola la verdad suprema tiene derecho de prescribir con autoridad lo que hemos de creer, y la soberana justicia el derecho de imponer leyes que obliguen sin exámen. Y como los pueblos no viven sino por la Religión<sup>2</sup>, ni el orden se sostiene y conserva sino con el auxilio de las leyes, síguese, que ninguna sociedad puede subsistir sin una autoridad ó poder divino, bajo el cual se humillen todos los entendimientos y voluntades. El hombre que no tuviese mas medio de conservarse que su facultad de raciocinar ó discurrir, perecería en breve tiempo: lo mismo acaece con las naciones. El discurso se extravía, se pierde, y titubea luego que la autoridad deja de sostenerle. Las pasiones disponen entonces de él, y le prestan su fuerza

<sup>1</sup> Hoc fac. et vives. Luc. x, 28.

<sup>2</sup> Quien dice pueblos, dice sociedad; sociedad ninguna puede subsistir (que esta es su vida) sin Religión; luego los pueblos no viven sino por la Religión: por consiguiente, quien trata de quitar la Religión, trata de destruir los pueblos. Recuérdense los testimonios de los mismos filósofos, citados en el principio de este capítulo.

enteramente destructiva. ¿Qué sucedería, por ejemplo, si se dejase el derecho de propiedad al arbitrio de la razón? ¿Qué no diría, y qué no ha dicho para probar su nulidad é injusticia? Filósofos, dejémonos ya de frases, y palabras, responded sencillamente. ¿Con qué título querriais mejor poseer vuestras tierras, y qué garantía os parece más segura para ello, la ley que dice: « No codiciarás la casa de tu prójimo, ni su campo, ni su vaca, ni nada que le pertenezca<sup>1</sup>; » ó los racionios de Raynal, Diderot, y Rousseau sobre el origen y fundamento de la propiedad?

Las buenas costumbres acaban la obra de las buenas leyes. ¿*Quid leges sine moribus vanae proficiunt?* decían los mismos paganos. ¿De qué sirve que se escriban las leyes del orden en un código, si la Religion no graba su amor en los corazones? Por otra parte, las leyes se limitan á proscribir ciertos delitos, y no mandan virtud alguna. La Religion se ha reservado esta parte sublime de la legislación, que lo arregla todo en el hombre, hasta sus deseos más secretos, y sus más ligeros afectos. ¿Cuántos delitos no se ocultan á la justicia humana! ¿Cuántos otros no se ve obligada á tolerar! la Religion no tolera ningún desorden; prohíbe hasta el pensar mal; y nos manda aspirar á una perfección infinita: *sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial*<sup>2</sup>. Y ¡cosa maravillosa! al mismo tiempo que abate el orgullo humano con la sublimidad de sus preceptos, y reprime todo sentimiento de presunción en el justo, mostrándole incessantemente nuevas virtudes que adquirir, anima la confianza del pecador, abriendo al arrepentimiento el seno inmenso de la misericordia divina. Al contrario en todo de la filosofía, que arranca á la virtud hasta la esperanza, la Religion quita la desesperación al mismo crimen.

¿Qué hombre habrá de corazón tan empedernido que no se enterezca al contemplar la hermosura de la moral evangélica? ¿Qué pureza, y profundidad en sus

<sup>1</sup> Deuteron. v. 24.

<sup>2</sup> Estote ergo vos perfecti, sicut et Pater vester caelestis perfectus est. Matth. v. 48.

preceptos! ¿qué perfección en sus consejos! ¿qué amor tan tierno á la humanidad! ¿qué dulzura tan amable, y qué unción tan penetrante en la sencillez de sus máximas! ¡Oh, y cómo van directamente al corazón, y conmueven la conciencia! Se puede quebrantar esta ley divina; se puede violar, sí, verdad es; ¿pero poner en duda su excelencia, quién, á no haber perdido todo sentimiento de honradez, quién se atreverá? La paz y felicidad son frutos suyos. Ella une, consuela, previene ó repara los males de la naturaleza y de la sociedad. Si los hombres quisiesen, observándola, consentir en ser felices, el cielo descendería sobre la tierra, ó en ella viviríamos como en el cielo.

¿Y qué hace el Cristianismo para obligarlos á ser felices? ¡Ah! No presenta á su vista una imagen abstracta, un fantasma ideal de virtud; que tal vez admirarian sin resolverse á imitarlo, no; les ofrece á la virtud misma, la perfección viva en la persona de Dios Hombre; y añadiendo después á sus preceptos una sanción de infinita fuerza, abre á los pies del crimen el abismo tenebroso del infierno, región desolada de dolores y suplicios eternos, y muestra á la virtud en lo alto de los cielos el premio inmortal que la espera. Una recompensa y un castigo finito no serian dignos de la justicia y bondad de Dios, ni suficientes tampoco para contener al hombre en el orden; pues que la esperanza misma del soberano bien, y el temor del sumo mal, no alcanzan muchas veces á vencer las ilusiones de los sentidos, y la ciega impetuosidad de las pasiones.

En esto, como en todo lo demás, es incontestable la eminente superioridad del Cristianismo sobre la filosofía. En los labios de esta, la palabra *deber ó obligación* carece de sentido, no tiene significación alguna, y desafío á todos los filósofos juntos á que me den una definición inteligible. Mas aun cuando lo verificasen, aun cuando llegasen á convencer á la razón de la realidad de la virtud; ¿qué vendría á ser esta virtud privada de sanción, sino un vano simulacro? ¿y dónde encontrarían motivos bastante fuertes que me determinasen á seguirla, y me empuenasen á sacrificárselo todo, hasta mi felicidad? Al contrario, atiendo y oigo á la Religion, y la comprendo

cuando me habla de penas y premios eternos; veo en ellos un motivo, un interés de infinita consecuencia: mi razón lo aprueba, y mi corazón se conmueve..... Pero ¿dónde está el cielo de la filosofía? ¿dónde está su infierno? ¿dónde la palma inmortal y corona inmarcesible que reserva para los que siguen la virtud? que nos la muestre, y entonces puede que me anime á merecerla. Pero que no pretenda seducirme con quimeras. Porque, ¿qué viene á ser ese desprecio con que me amenaza, si me dejo llevar de mis apetitos? ¿Cuál el bien verdadero que me quitará? La opinión de los demás..... y la opinión ajena ¿en qué puede perjudicar á mí ser? ¿me quitará ella acaso la salud, las riquezas, la sensación del deleite, la independencia? no. El desprecio es nada, si yo mismo le desprecio, ó no hago caso de él; y aun cuando fuese tan débil que el desprecio obrase en mí alguna impresión, ¿quién me impide el sustraerme de él, como tantos otros lo hacen, ocultando mis acciones y deleites viciosos bajo el velo espeso del misterio? Mas ocultándolos á los otros, no me los podré ocultar á mí mismo: y será necesario comprarlos á costa de remordimientos. Esto en verdad es algo más grave; sin embargo veamos aun. Quiero conceder que en los sistemas filosóficos, la conciencia no sea una preocupación, ó que si lo es, yo no haya podido vencerla; siempre es cierto, que puesto entre un placer, ó deleite que deseo, y el remordimiento que temo, la elección del crimen ó de la virtud es un negocio de pura sensación. Si el deseo es mayor, sucumbo; y por el contrario, resistiré si el temor es mas vivo que el deseo. Ahora bien, cítenme una pasión, que no teniendo que temer mas castigo que este, se contenga solo por la simple aprensión del pesar de haber violado las leyes abstractas del orden.

No, la filosofía no puede imponer al vicio mas que frenos débiles é insuficientes, así como tampoco puede proponer mas que premios quiméricos á la virtud. En efecto: ¿qué es lo que me promete? Un nombre, que no estoy seguro de gozar; una vana reputación, que el hombre prudente desprecia, y no puede aliviar un solo infortunio de la vida. Pero y aun esto, ¿quién me lo asegura? ¿quién me afianza que la virtud no atraerá por el

contrario sobre mí insultos, desprecio, odios y persecuciones? ¿Seria yo el primero que ha cogido este aciago fruto de su fidelidad en cumplir obligaciones penosas y difíciles? En este caso se me ofrece por compensación la alegría que lleva consigo el bien obrar, y acompaña al buen testimonio de sí mismo. ¡Qué irrisión! ¡qué alegría, qué gozo el de la pobreza, de la hambre, de la sed, de las enfermedades y tormentos del cuerpo y de los dolores del alma, la alegría de las prisiones y cadalsos, y el símbolo de una miseria sin esperanza! ¡preciosa alegría! yo en verdad no encuentro cosa alguna con que comparar esta alegría extraña, sino es con aquella otra que dicen nos debe hacer experimentar la estéril contemplación del orden, que quebranta y contradice todos nuestros apetitos bajo sus leyes inflexibles. ¡Ah! ¿qué importa la hermosura de la máquina al infeliz que es despedazado y deshecho por sus ruedas?

Sin embargo estos son los mas poderosos motivos que ha podido hallar la filosofía para apartar á los hombres del crimen y moverlos á practicar la virtud. No sabiendo sobre qué principio estribar para exigir de ellos el sacrificio de sus intereses, sacrificio que constituye propiamente la virtud, le ha ocurrido sostener que la virtud no es otra cosa que este mismo interés<sup>1</sup>. Esto seria cierto

1 « Todas las cuestiones que dicen relacion á la moral tienen » siempre en nuestro corazón una solución pronta, que las pasiones » nos impiden seguir alguna vez; pero que nunca consiguen des- » truir, y la solución de todas estas cuestiones viene á terminer » siempre, con mas ó menos rodeos, á su centro ó trono comun, á » saber, nuestro interés bien entendido, que es principio de todas las » obligaciones morales. (D'Alembert, *Eclaircissement sur les » Elém. des philos.* t. 5, *des Mélanges*, p. 6.) » — Me admiro ciertamente de que teniendo talento se puedan decir tan grandes necedades. ¿Cómo mi interés, que solo es relativo á mí, puede imponerme obligaciones para con los demás? No creo que se hayan unido jamás dos ideas menos conciliables. Equivaldría á decir lo que francamente habia dicho Diderot, que nuestra única obligación es vivir contentos; á lo menos esto se comprende. Pero sea lo que se quiera de la máxima de d'Alembert, considérense sus consecuencias. Y lo primero, ¿quién sale fiador de que la generalidad de los hombres *conocerá bien* su interés, en el sentido en que este interés es el de toda la sociedad, y depende de todas las relaciones que pue-

si la práctica y cumplimiento de nuestras obligaciones nos hiciese siempre actualmente felices. Entonces los hombres, que no pueden engañarse sobre lo que sienten, serían virtuosos por la misma necesidad invencible que los obliga á desear su bien estar. Pero está muy léjos de suceder así; y la Religión, demasiado rica en verdades para necesitar jamás de la impostura, no teme advertirlo terminantemente á sus discípulos. « Si nuestras esperanzas, dice San Pablo, se limitan solamente á esta vida, somos entonces mas miserables que todos los hombres<sup>1</sup>. »

den existir entre sus miembros? ¿Cuántos conocimientos, luces y experiencia; cuántas reflexiones, qué profundidad y sagacidad de espíritu no se necesita para abrazar tantos objetos diversos, examinarlos, compararlos, y deducir en cada circunstancia reglas para conducirse debidamente en cada posición? La moral, pues, no sería sino para los filósofos, cuando mas. En efecto, pues que nuestro interés bien entendido es el principio de todas las obligaciones morales, no habria obligacion moral alguna para los que, por cualquiera motivo, no pudiesen entender bien su interés. Si se engañasen, sería una desgracia; pero no un delito. Hay mas: el picaro que cree que robándose, conoce bien su interés, léjos de merecer un castigo es digno de elogio, pues cumple escrupulosamente su obligacion, tal cual la conoce. Dirán que se engaña, y que debía raciocinar mejor. ¿Mas quién os ha dicho que puede? Además, ¿qué derecho tenéis para pretender que en lo que á él le toca particularmente deba prevalecer vuestro juicio sobre el suyo? ¿Cómo le probareis que entendéis mejor que él sus intereses? Nuestro interés, que no es mas que nuestra felicidad, ¿no depende de nuestro modo de pensar y de sentir? Vos teméis la infamia; él la desprecia. — Le mostrais la horca; pues qué, ¿á todos los ladrones los ahorcan? La probabilidad de robar impunemente es uno de los elementos de su cálculo. — Pero dando este mal ejemplo, se expone á que le imiten algun dia á costa suya; es decir, que á él tambien le roben. Sea enhorabuena: hay riesgo, y corre peligro; pero, ¿por qué ha de preferir la certeza de no ser jamás robado por falta de bienes, al peligro hipotético de perder una parte de lo que adquirió por esta via? Lo peor que le puede suceder es volver al estado en que queriais que permaneciese. Entretanto, ya ha disfrutado de algo; y como, mirando solo á la vida presente, este es su interés bien entendido, el robo hecho con las debidas precauciones, es evidentemente para él una obligacion moral.

<sup>1</sup> Si in hac vitá tantum in Christo sperantes sumus, miserabiles sumus omnibus hominibus. Ep. I ad Cor. xv, 19.

El interés de un cristiano es ganar el Cielo aunque le sea necesario sufrir penas y trabajos en esta vida; mas el que no espera otra, no tiene mas que un interés, que es hacerse dichoso en esta por cualquier medio que sea. ¿Y qué felicidad mas extraña, ni mas quimérica podria proponerse al hombre, que combatir y contrariar incessantemente sus deseos, sus inclinaciones, hasta las necesidades mismas de la naturaleza; y sacrificarse en toda ocasion por la felicidad ajena, sin esperanza alguna de recompensa? ¡Qué! ¿es interés del pobre verse privado de lo necesario, cuando puede apoderarse de una parte de lo que sobra al rico? — Le ahorcarán si roba. — Lo entiendo, y es decir que el interés de vivir debe prevalecer al interés de saciar el hambre. Sea así; pero si el pobre se cree seguro de evitar el suplicio, el segundo interés, siendo ya solo, determinaria una obligacion contraria, le obligaria á robar. Quitad el verdugo y se mudó la moral; él es el padre de todas las virtudes. Sin embargo, por mas que se haga, este poderoso moralista no podrá alcanzar á todo. La mayor parte de los vicios que arruinan sordamente la sociedad, ó que turban su armonía; la avaricia, el egoismo, la ingratitude, la dureza de corazón, la invidia, el odio, la calumnia, el libertinaje, no son de su jurisdiccion. No pondrá á cubierto de seduccion á vuestra hija ni á vuestra esposa. Ahora bien, si en el ardor de una violenta pasion, el hombre es dueño de complacerla en secreto, y con la certeza ó seguridad de no ser jamás descubierto; ¿me podreis persuadir que es mi interés propio el que me manda repeler obstinadamente el deleite que se me ofrece? ¿será tambien mi interés el que me hará renunciar á mis hábitos y costumbres, á mis comodidades, bienes, patria, familia, á todo lo que mas amo por la utilidad de mis semejantes, ó del estado á que pertenezco? Hasta ahora, á lo ménos que yo sepa, no se ha echado de ver, que en semejantes casos las virtudes de los incrédulos, comparadas con las de los Cristianos, hayan tenido un carácter tan relevante de superioridad, que acrediten mucho el principio del interés personal. Ni ¿cómo es posible encontrar en este interés la razon del mayor sacrificio que la sociedad puede pedir á sus miembros, y que el hombre pueda hacer al hombre

el sacrificio de su existencia misma? Todos nuestros presentes intereses se comprenden en el supremo de todos ellos, que es la vida. El que la da, nada se reserva, ni aun la esperanza. Antes pues de aspirar á la virtud, cuyo último grado es este sacrificio, busque la filosofía en el seno de la nada un interés que equivalga por sí solo á todos los otros; que nos muestre en el fondo del sepulcro, en medio de aquel polvo frio, y aquellos huesos áridos que, según ella, nunca han de reanimarse, el precio con que ha de pagar el mayor de todos los sacrificios, el desprendimiento mas sublime.

Con sofismas no se destruye la realidad de las cosas. Por mas que se quieran confundir los intereses particulares con el interés comun, siempre habrá entre ellos una oposicion superior á todos los razonamientos del mundo. En mil ocasiones y circunstancias, el interés general exigirá que yo gimya y me consuma en la miseria, que gaste mis fuerzas y salud en trabajos penosos, de que otros cogerán el fruto, que sofoque mis deseos é inclinaciones y afectos; en fin, que padezca, sufra y muera: é interin no se pruebe que la miseria, los trabajos, los padecimientos y la muerte, son bienes preferibles á las riquezas, á los deleites, á la vida, siempre será falso, y evidentemente falso, que el interés particular, separado del temor de los castigos y recompensas eternas, sea la regla de las obligaciones, y el fundamento de la moral. Si se diese un país donde esta doctrina se hallase universalmente recibida, reinaria en él la mas horrible confusion en vez del orden, y seria preciso huir apresuradamente de esta tierra desventurada, donde el crimen sin remordimientos dominaria arrogantemente con el nombre de virtud.

¿Quereis dividir en bandos y parcialidades á los hombres, excitar entre ellos el odio, exaltar el egoismo, la avaricia, todas las pasiones? poned en accion el interés personal. Por el contrario ¿deseais unir los miembros de las familias y del Estado, crear una dulce concordia entre ellos, la tierna humanidad? haced que cada uno, olvidándose de sí mismo, se sienta, por decirlo así, existir en los otros, y no conozca mas interés que el interés de todos. Tal es el espíritu del Cristianismo; y desde que hay

pueblos, ninguno ha subsistido sino por la participacion mayor ó menor de este espíritu, y de las verdades en que se apoya. Su extension total en un pueblo seria la entera extension de la vida de él; así como de su perfecto desenvolvimiento resulta en las naciones la mayor fuerza de vida.

Es una inclinacion natural en el hombre sacrificarlo todo á sí mismo, porque naturalmente se prefiere á todo. Luego el principio del interés particular y el de los deberes y obligaciones son esencialmente opuestos, y la criatura que no tuviese mas regla de ellas que su interés, seria esencialmente insocial; porque en los miembros de cualquiera sociedad el desprendimiento de sí mismo es la primera condicion de la existencia de esta sociedad. Así la Religion, que es una sociedad entre Dios y el hombre, está fundada en el mutuo don ó sacrificio de Dios al hombre, y del hombre á Dios, y la sociedad humana lo está igualmente en el reciproco don ó sacrificio de un hombre á otro, ó de cada hombre á todos los hombres; y el sacrificio es de esencia de toda sociedad verdadera. La doctrina evangélica de la renuncia y abnegacion de sí mismo, tan extraña para los sentidos, no es mas que la expresion de esta verdad, ó la promulgacion de esta grande ley social. Hé aqui porque en las naciones cristianas se ve unida la idea de *renuncia* ó *abnegacion de sí mismo, y la de consagracion* á toda funcion pública: idea sublime, que la Religion nos ha hecho tan familiar que apenas llama ya nuestra atencion. Gozamos desdeñosamente de los beneficios del Cristianismo, como de los beneficios de la naturaleza; cuanto mas grandes, multiplicados y continuos son, menos nos admirán, y nos mueven menos.

Sin embargo, si queremos conocer la diferencia de nuestro estado social al que le ha precedido, oigamos al mismo Jesucristo; porque mas verdades hay en una sola de sus palabras, que en los discursos de todos los filósofos juntos.

Jesus, dirigiéndose á sus discípulos, les dice: « Sabeis » que los que parecen poseer el poder entre las gentes, » los dominan y se enseñorean de ellos; y sus Príncipes » tienen potestad sobre sus personas. »

Así, de una parte tenemos la apariencia, y, por decirlo así, la sombra del poder, y en realidad la dominación de la fuerza, *videntur principari..... dominantur*; y la otra la esclavitud, *potestatem habent ipsorum*; falta de autoridad, violencia ciega, sumisión tímida y servil, y nada de obediencia: hé aquí la sociedad pagana.

« Ahora pues, añade el Salvador, entre vosotros no será así: sino que, cualquiera que quisiere ser mayor »  
 « ó elevarse sobre los demás, será vuestro siervo, y el »  
 « que quisiere ser el primero entre vosotros, será siervo »  
 « de todos: porque el Hijo del hombre no ha venido »  
 « para ser servido, sino para servir y dar su vida por la »  
 « redención de muchos<sup>1</sup>. »

Aquí todo se muda: el poder establecido por el bien é interés de todos, se convierte en un cargo, y la obediencia en un derecho. Reinár, es servir; y el Soberano es el primer servidor de los pueblos<sup>2</sup>; cuanto es mas grande que los demás, tanto tiene de mas laborioso su ministerio; y mientras que no hay un miembro solo de la sociedad que no tenga el derecho de ser *servido*, solo él, despojado del privilegio de la obediencia, y sacrificándose como el Hijo del hombre por la felicidad de los hombres, vive en medio de la libertad general, esclavo del orden y de la felicidad pública. Hé aquí la sociedad cristiana.

El espíritu de sacrificio ó de amor, combate y pelea en ella sin descanso, y con un éxito proporcionado al grado de fe, contra el principio desastroso del interés

<sup>1</sup> *Jesús autem vocans eos, ait illis: scitis quia hi qui videntur principari gentibus, dominantur eis; et principes eorum potestatem habent ipsorum. Non ita est autem in vobis, sed quicumque voluerit fieri major, erit vester minister; et quicumque voluerit in vobis primus esse, erit omnium servus. nam et Filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis. Marc. x, 42, 45.*

<sup>2</sup> Pero no en manera alguna el *mandatario* ó ministro que ellos se hayan puesto, dándole la autoridad, sino ministro de Dios, puesto por Dios, que en su nombre y con su autoridad los gobierne y sirva; es decir, mire por su bien y felicidad, aun temporal, para que pasando una vida quieta y tranquila, puedan trabajar sin embarazos y turbación por la eterna.

particular. El abandono absoluto de este interés es como el alma de nuestras instituciones religiosas y políticas; y nada hay, ni es en los Estados duradero y verdaderamente social, sino lo que descansa y se apoya sobre esta base. La abnegación de sí mismo es la primera condición de todas las grandezas cristianas. No todos los hombres saben soportar este peso. La dignidad real, imagen y fuente de todos los poderes conservadores del orden social, comienza en la desnudez del pesebre, se ejercita y crece en los trabajos, fatigas y vigiliás, recoge de paso algunas palmas, y algunas aclamaciones pasajeras, á que siguen bien pronto gritos de muerte y de maldición, las angustias y pavor del huerto, los azotes del Pretorio, y por último, agoviada bajo el peso de la Cruz, y ceñida con una corona de espinas la cabeza, va bendiciendo antes y rogando por sus verdugos á espirar sobre la montaña que corona el valle de Tophet.

Es propio de talentos escasos y genios limitados asombrarse de las debilidades de los individuos, y no pararse en las del espíritu general de las instituciones. Todo cuanto se echa en cara á la nobleza y al clero, no tiene otro principio ni fundamento. Pero muéstrennos en la antigüedad una cosa que sea comparable á esa consagración hereditaria de ciertas familias, y de ciertas clases de ciudadanos al servicio de la sociedad, en las elevadas funciones del sacerdocio, de la magistratura, de la milicia ó de las armas; consagración tan completa, sacrificio tan perfecto del hombre á su semejante, que nada exceptúa, ni el descanso, ni los gustos y satisfacciones domésticas, ni la hacienda, ni la vida. ¿Se quiere por un solo hecho juzgar de la variación que en este punto ha obrado la Religión en las ideas? El austero Bruto desangraba á mano armada con usuras horribles las provincias sin que su reputación padeciese en lo mas mínimo. Entre nosotros, cualquiera hombre público que en nuestros días se hubiera dejado dominar por el vil interés personal, habria cargado con la execración pública, y se veria despreciado como el mas miserable de los hombres.

Hemos visto á la filosofía, que ha sucedido al Cristianismo, introducir en la sociedad toda especie de desórdenes y delitos, y nadie se ha sorprendido, porque nada

es mas fácil, ni mas fácilmente se concibe que el tránsito del bien al mal, ó sea la depravacion del corazón humano; porque esta es la propension de la naturaleza. Diez y ocho siglos antes de esta época, el Cristianismo, que vino despues de la filosofía, habia introducido en la sociedad todas las virtudes, y nunca jamás un prodigio tan singular habia asombrado la tierra; porque el paso del mal al bien, el esfuerzo con que los pueblos se elevan desde el seno de la disolucion y de una anarquía univ-  
 « La multitud de los creyentes no tenia mas que un co-  
 » razon y una alma: ninguno llamaba suyo lo que po-  
 » seia, sino que todo era comun entre ellos<sup>1</sup>. » El mundo  
 absorto y pasmado de un espectáculo semejante, se sob-  
 bresaltó; y en su inquietud, no pudiendo la razon, desti-  
 tuida de la fe, elevarse á tanta altura; los hombres, que  
 no conocian otro móvil de las acciones humanas que el  
 interés, se vieron precisados á imputar á los cristianos  
 crímenes y delitos secretos, para poder concebir y expli-  
 car sus virtudes públicas. Y en parte, para refutar éstas  
 acusaciones indignas, é indicar á los paganos la fuente y  
 origen de las virtudes que calumniaban, publicó Tertu-  
 liano su admirable Apologético.

« ¡ O Jueces, les decia, que presidís diariamente en los  
 » tribunales para juzgar á los reos, á vuestros mismos  
 » procesos apelamos: decidnos, ¿qué cristiano está in-  
 » cripto como ladrón, asesino, sacrilego, ó seductor de

<sup>1</sup> Multitudinis autem credentium erat cor unum, et anima una; nec quisquam eorum quæ possidebat aliquid, suum esse dicebat, sed erant illis omnia communia. Act. iv, 32.

» la inocencia en vuestros registros? ó si cuando os pre-  
 » sentaron algun cristiano preso, ¿os lo entregaron como  
 » culpable de alguno de estos delitos? no, no: de los  
 » vuestros hierven las cárceles, y las minas; de los vues-  
 » tros se engordan las fieras; y entre los vuestros es  
 » donde los empresarios de asesinatos reclutan incesan-  
 » temente esas cuadrillas ó manadas de malhechores  
 » destinados á vuestros juegos. Allí no se halla ningun  
 » cristiano sino puramente porque lo es; si entró por  
 » otro delito, dejó en el mismo hecho de serlo bueno.

» ¿Con qué vosotros solos, nos direis, sois los inocen-  
 » tes? ¿Qué os admira, si es para nosotros de necesidad  
 » el serlo? Sí, esta ilacion es entre nosotros necesaria.  
 » Enseñados por Dios, conocemos perfectamente la vir-  
 » tud como revelada por tan perfecto maestro; y con  
 » toda fidelidad la guardamos, porque lo manda así, y  
 » porque tiene continuamente puestos los ojos en nues-  
 » tras acciones el inexorable juez. Vosotros la aprendeis  
 » únicamente de los hombres, y un hombre es el que os  
 » la manda cumplir. No podeis pues ni conocerla tan  
 » perfectamente como nosotros, ni tan perfectamente  
 » practicarla: os falta todo, la plenitud de la verdad,  
 » y la formidable sancion que impone la obligacion de  
 » su observancia; por consiguiente ni la enseñanza puede  
 » ser llena, ni la trasgresion cumplidamente temida.  
 » ¿Qué prudencia y sabiduria es la del hombre para mos-  
 » trarnos sin equivocarse lo que es verdaderamente  
 » bueno? ¿Ni cuál tampoco su autoridad para mandarlo,  
 » y obligar á que se guarde? tan fácilmente se engaña  
 » la una, como se desprecia la otra.

» Y en efecto, ¿cuál ley es mas cumplida, mas llena  
 » de perfeccion y de inocencia; la que dice no matarás,  
 » ó la que prohíbe hasta el encolerizarse y enojarse?  
 » ¿Qué es mas perfecto: prohibir el adulterio, ó refrenar  
 » hasta una simple concupiscencia de los ojos? ¿prohibir  
 » las obras malas, ó prescribir que ni aun se digan malas  
 » palabras? ¿mandar no hacer injurias, ó impedir aun el  
 » repelerlas y vengarlas? Sabed mas; que eso poco de  
 » virtud que aparece en vuestras leyes no nació de vues-  
 » tra prudencia; lo copiaron de una ley aun mas antigua,  
 » de la ley divina.

» Pero en fin ; ¿qué es en sustancia , ni cuánta la au-  
 » toridad de las leyes humanas, pues que el hombre la  
 » elude ocultando sus delitos, ó la arrostra voluntaria-  
 » mente, ó por necesidad? Considerad por otra parte la  
 » brevedad del castigo, que por mas grande que sea, se  
 » acaba con la muerte..... Pero nosotros, que sabemos  
 » hemos de ser juzgados por un Dios que todo lo ve,  
 » hasta los mas ocultos secretos del pecho, y siempre  
 » nos está mirando, y que antevemos que la pena con  
 » que castiga es eterna; no tenemos otro refugio, sino  
 » acudir á la inocencia de la vida; abrazamos la virtud,  
 » porque la conocemos perfectamente, y porque no hay  
 » sombras, ni lugar por retirado que sea, donde podamos  
 » ocultarle el delito, y tambien porque el castigo con que  
 » amenaza no solo es largo, sino eterno : tememos, en  
 » una palabra, no al juez que juzga á los que temen  
 » á Dios, sino á su juez mismo; á Dios, no al Procón-  
 » sul<sup>1</sup>. »

Si la filosofía conoce otros motivos mas poderosos,  
 que los indique. Si no los halla, retírese y deje á la Reli-  
 gion reinar pacíficamente en la sociedad, en la cual sola  
 ella establece y mantiene el orden. Diga el orgullo lo que  
 quiera, es muy flaca la mano del hombre para sostener el  
 cetro del mundo moral. Nunca jamás, ni á la voz de la  
 razon, ni bajo el imperio de las leyes humanas, se vieron  
 nacer virtudes semejantes á las que nos pinta Tertuliano  
 en el siguiente cuadro.

« Oramos el bien sin acepcion de personas, porque le  
 » obramos por nosotros mismos, sin esperar recompensa  
 » de los hombres, cuyas alabanzas y gratitud no atende-  
 » mos, sino de Dios que nos manda amemos á todos uni-  
 » versalmente. Toda accion, y palabra que pueda perju-  
 » dicar á otro hasta el deseo y simple pensamiento del  
 » mal, nos esta igualmente prohibido. ¿A quién pueden  
 » aborrecer los que deben amar á sus enemigos? Si ni  
 » aun tomar venganza debemos de los que nos ofenden,  
 » porque esto seria hacernos igualmente culpables que  
 » ellos, ¿á quién podríamos ofender?..... Sed vosotros  
 » mismos los jueces. ¿Cuántas veces os ensangrentais

<sup>1</sup> Tertul. *apolog. adv. Gent.* c. 45.

» contra los cristianos, ó por seguir vuestra inclinacion  
 » feroz y cruel, ó con pretexto de dar cumplimiento á  
 » las leyes? ¿Cuántas veces el populacho enemigo, sin  
 » aguardar siquiera vuestras órdenes, y sin mas derecho  
 » que su rabia, ha incendiado nuestras casas, y nos ha  
 » abrumado con piedras? En el furor de las bacanales,  
 » ni aun se ha perdonado á los muertos, arrancándolos  
 » de los sepulcros donde reposaban, arrebatándolos del  
 » asilo sagrado de la muerte, aunque deshechos por la  
 » putrefaccion, se les ultraja, mutila, despedaza, arrastra  
 » y dispersan sus restos..... ¿Y qué? ¿en tan inhumanos  
 » tratamientos se nos ha visto usar jamás de represalias  
 » contra ese odio frenético y furioso que nos perseguia  
 » aun mas allá de la muerte? Una sola noche, y algunas  
 » teas encendidas bastarian para tomar una completa  
 » venganza, abrasando la ciudad, si fuera lícito al cris-  
 » tiano pagar un agravio con otro. Pero no plegue á Dios  
 » que nosotros recurramos á medios humanos para ven-  
 » gar de sus enemigos una Religión divina, ni que ella  
 » se aflija de verse probada por toda clase de tormentos.  
 » Indiferentes á la gloria y á los honores, vuestras  
 » asambleas públicas no tienen para nosotros atractivo  
 » alguno. Renunciamos á vuestros espectáculos, á causa  
 » de su origen supersticioso. Nada comun, ni que se le  
 » parezca tenemos con las extravagancias del circo, con  
 » las obscenidades del teatro, la barbarie y atrocidades  
 » de la arena, ni con la futilidad de los gimnasios. No for-  
 » mamos mas que un cuerpo, úniido por los vínculos  
 » de una misma fe, una misma disciplina, una  
 » misma esperanza. Nos juntamos en una congrega-  
 » cion; pero es para hacer, como de comun, una santa  
 » violencia á Dios con nuestras oraciones. Esta violencia  
 » le es sumamente agradable. Allí rogamos por los Em-  
 » peradores, por sus ministros, por todas las potestades,  
 » por el estado presente del mundo, por la paz y por la  
 » retardacion del fin del universo. Nos reunimos para  
 » leer las Escrituras, y segun las circunstancias, se dan  
 » las luces y advertencias de que tenemos necesidad.  
 » Esta palabra divina alimenta nuestra fe, anima nuestra  
 » esperanza, arraiga la confianza, y estrecha los vínculos  
 » de la disciplina inculcando los preceptos.

» Presiden Presbíteros ancianos, que alcanzaron esta  
 » honra no por dinero, sino por el testimonio de sus vir-  
 » tudes, que aquí el honor no se compra sino con cos-  
 » tumbres. El dinero no influye en nada en las cosas de  
 » Dios. Si se halla una especie de tesoro, su origen es  
 » muy puro, y no tenemos que avergonzarnos de haber  
 » vendido la Religión. Cada uno da una monedilla al mes,  
 » ó cuando quiere, y de la manera que quiere, ó puede;  
 » sin que á nadie se obligue, pues las ofrendas son ente-  
 » ramente voluntarias. Es como un depósito de piedad,  
 » del que no se saca para disiparlo en banquetes y gloto-  
 » nerías desordenadas, sino para sustentar los pobres,  
 » enterrar los cuerpos de los indigentes, alimentar niños  
 » y niñas huérfanos, sostener domésticos encorvados de  
 » la vejez, aliviar desgraciados que padecieron naufra-  
 » gio; y si por la causa de Dios hay cristianos condena-  
 » dos á las minas, ó presos en las cárceles, ó desterra-  
 » dos á las islas, la Religión abre sus maternales entrañas  
 » en favor de los que la han confesado.

» Sin embargo, á pesar de esto, aun hay quien nos  
 » censure estas obras de caridad. *Ved*, dicen, *como se*  
 » *aman*: como nuestros enemigos se aborrecen recípro-  
 » camente, se admiran de nuestro modo de obrar: *mi-*  
 » *rad como están prontos á morir unos por otros*; ¡ah!  
 » ellos lo están para degollarse mutuamente. Nos calum-  
 » nian y difaman hasta por el nombre de hermanos con  
 » que nos tratamos; porque entre ellos, y creo es la úni-  
 » ca razon, todos los nombres de parentesco son, no de-  
 » mostraciones de amor, sino voces de cumplimientos afec-  
 » tados. Hermanos vuestros somos tambien nosotros por  
 » derecho de la naturaleza, que es madre comun de to-  
 » dos los hombres; aunque vosotros no pareceis herma-  
 » nos de hombres, siendo como sois hombres sin huma-  
 » nidad: ¿Cuánto mas dignamente se llaman y son her-  
 » manos aquellos que reconocen por padre á un mismo  
 » Dios; que bebieron un mismo espíritu de santidad; que  
 » esperan una misma herencia; y que habiendo salido  
 » del seno de una misma ignorancia, han contemplado  
 » enajenados y llenos de un justo pavor, la luz de la ver-  
 » dad? Pero acaso se tenga nuestra fraternidad por ile-  
 » gítima, porque no ha dado ocasion aun á que resuenen

» los teatros con trágicas escenas, ó porque la hacienda  
 » que entre vosotros deshace la hermandad, entre nos-  
 » otros la establece y corrobora. Mas cuando los senti-  
 » mientos y los corazones están unidos, ¿como podian  
 » los bienes estar separados? Excepto las mujeres, todo  
 » lo demás es comun entre nosotros. La única cosa que  
 » nos reservamos como propia y peculiar, es la sola que  
 » los otros hombres miran y tienen como comun; pues  
 » hacen entre sí un como cambio y permuta de los dere-  
 » chos que les da el matrimonio, á ejemplo sin duda de  
 » sus sabios, Sócrates entre los Griegos, y un Caton en-  
 » tre los Romanos, que brindaban con sus mujeres á su-  
 » amigos, para tener en ellas hijos de quienes no se re-  
 » conociesen por padres. No puedo decir si era con re-  
 » pugnanza de ellas: pero ¿qué estimacion podian ha-  
 » cer de la fidelidad conyugal unas mujeres que á cada  
 » paso se veian entregadas á otros hombres por sus ma-  
 » ridos mismos? ¿Qué ejemplo tan maravilloso de la sa-  
 » biduria de Atenas, y de la gravedad romana! un filó-  
 » sofo, y un censor ministros é instrumentos de prosti-  
 » tucion<sup>1</sup>! »

Tertuliano al pintar como hemos visto las virtudes cris-  
 tianas, tan sublimes, tan humildes, tan puras y tiernas  
 apela á cada instante al testimonio de los mismos paga-  
 nos. Los provoca intrépidamente, y desafia á que le  
 desmientan; si afirma alguna cosa que no esté pública-  
 mente averiguada<sup>2</sup>. En nuestros mismos días, la filoso-

<sup>1</sup> *Apolog. adv. Gent.* 36, 37, 38, 39.

<sup>2</sup> La idea que tenían los gentiles de la pureza de las costumbres cristianas forma una contraposición singular con la depravación de las suyas en las actas del martirio de Santa Afra, que fué quemada viva el año de 304 en Ausbourg, en la Rhetia, durante la persecución de Diocleciano. El juez llamado Gayo, sabedor de que Afra habia vivido hasta entonces desordenadamente, le dijo: « Sacrifica á los dioses; vale mas vivir que morir entre los tormentos. — Afra. He sido una gran pecadora antes de conoger á Dios, y no añadiré nuevos crímenes á los que tuve la desgracia de cometer, haciendo lo que exiges de mí. — Gayo. Vé al templo, y sacrifica. — Afra. Jesucristo es mi Dios, y siempre le tengo delante de mis ojos. Sin cesar le confieso mis pecados; y porque soy indigna de ofrecerle un sacrificio (Los pecadores, durante la penitencia ca-

fía, no atreviéndose á poner en duda una verdad de hecho que atestigua toda la historia, ha procurado servir de ella para explicar naturalmente la propagacion rápida del Evangelio. Por no confesar que el establecimiento del Cristianismo ha sido obra de Dios, se ha visto obligada á reconocer y confesar que produce y práctica virtudes divinas<sup>1</sup>.

Por el espacio de treinta siglos, el hombre testigo de las miserias inseparables de la condicion humana, no habia soñado si quiera en el alivio de sus hermanos afligidos. En efecto, no se encuentra en toda la antigüedad ni aun sombra de una institucion á favor de los desgraciados: ni la filosofia ni el paganismo enjugaron jamás una sola lágrima. Aunque la compasion sea un sentimiento natural, acaso por este mismo motivo la razon

» *nónica, no podian asistir á la celebracion de los santos misterios. Permanecian á la puerta de la iglesia, á la parte exterior, orando mientras se decia la misa*, deseo sacrificarme á mi misma por la gloria de su nombre, á fin de que este cuerpo, que tantas veces he manchado con mis culpas, se purifique por los tormentos. — *Gayo*. Ya sé que eres una prostituta. Sacrifica, pues, porque tú no puedes aspirar á la amistad del Dios de los cristianos. — *Afra*. Nuestro Señor Jesucristo ha dicho que habia bajado del cielo para salvar á los pecadores; y el Evangelio refiere que permitió á una mujer pecadora como yo, que le besase los pies y regase con sus lágrimas, y que la perdonó sus pecados. Léjos de desear á los pecadores, hablaba familiarmente con ellos, y se sentaba á comer á su mesa. — *Gayo*. Sacrifica, y tendrás muchos amantes que te llenarán de riquezas. — *Afra*. Renuncio para siempre á semejante ganancia. Me he desecho de todos los bienes que habia adquirido de esa suerte. Ni aun los pobres de entre nuestros hermanos han querido recibirlos, aun cuando se los daba para que rogasen á Dios por mí (*La Iglesia, segun el rigor de la antigua disciplina, no queria recibir, ni aun para el socorro de los pobres, las ofrendas de los pecadores públicos, ó el dinero adquirido por medios ilícitos.*) — *Gayo*. Jesucristo no te puede mirar como suya. En vano es que te mires como tu Dios: una mala mujer no pudo jamás llamarse Cristiana. — *Afra*. Confieso que no merezco llevar este nombre; pero Jesucristo me ha hecho la gracia de admitirme en el número de los que creen en él, etc. » *Vies des Saints trad. de l'angl. par Godescard, t. VII, p. 121, 122, édit. de Versailles.*

<sup>1</sup> Véase la *Histoire de la décad. de l'Empire rom.* par Gibbon.

la separa, la aleja de sí. Séneca tuvo valor para llamarla *vicio de una alma débil*. No llorar con los que lloran, era uno de los preceptos de Marco Aurelio, y la doctrina comun de los estóicos. *El sabio*, dice Virgilio, *no se compadece de la indigencia ajena: neque ille, aut dohuit miserans inopem, aut invidit habenti.* ¿Cuánto dista este frio egoismo de la caridad cristiana? ¡Qué! ¿tan sensible es el hombre á los males de los otros, que sea necesario endurecerle, empapando su alma en bárbaras doctrinas? Por el contrario, el milagro mayor del Cristianismo es hacerle sensible á los males ajenos; y este al menos no se negará, porque salta á los ojos de todos, aun cuando no mueva todos los corazones. Venid pues, seguid los pasos de esta Religion de amor; contad, si es posible, los beneficios que á manos llenas derrama sobre las criaturas, las obras de misericordia que inspira, y que ella sola puede recompensar. En una peste, que en el siglo tercero desoló una parte del imperio, los paganos, abandonando á sus amigos y parientes, no pensaron más que en preservarse del contagio por medio de la fuga. Los cristianos, entonces tan cruelmente perseguidos, tomaron sobre sí el cuidado de todos los enfermos, así idólatras como fieles, y se vengaron de sus enemigos, como se vengán los cristianos, sacrificándose por ellos. ¿Cuántos ejemplos semejantes, no nos ofrece la historia de la Iglesia? Los discípulos de Jesucristo fatigaban con la profusion de sus beneficios á sus mismos destructores. «¿No es una vergüenza para nosotros, escribia el Emperador Juliano Apóstata á Arsacio, Pontífice de Asia, que los galileos, además de sus pobres, sostengan tambien los nuestros?»

El Cristianismo no degenera con los siglos. Sus anales están llenos de toda especie de servicios, que ha hecho en todas épocas á la humanidad. El mismo espíritu de amor que produjo tantos prodigios de amor en los primeros tiempos, los produce semejantes é iguales todos los dias entre nosotros. ¿Quién no recuerda con una tierna emocion aquellos religiosos españoles, que tocando una campanilla, corrían las calles de una ciudad apestada<sup>1</sup>,

<sup>1</sup> Málaga. Tampoco olvidará Tortosa la caridad generosa de las

avisando por este medio á todos los vecinos de su vida, para que pudiesen reclamar sus socorros? ¡Ah! casi todos murieron mártires de su caridad.

Pero dejemos hechos particulares con que podríamos llenar innumerables volúmenes: pasemos en silencio los Borromeos, los Belsunces, y aquel Vicente á Paul, que en tiempos de calamidad alimentaba provincias enteras, cuya inmensa caridad se dilataba mas allá de los mares, hasta las playas de Madagascar, y los bosques de la Nueva-Francia, y que parecia haber tomado á su cargo aliviar por sí solo todas las miserias humanas; hombre prodigioso, que ha forzado á nuestro siglo á creer en la virtud: dejemos á estos y otros mil, y consideremos únicamente los establecimientos perpetuos, los beneficios generales y permanentes de la Religión. ¿A quién sino á ella se deben esos asilos solitarios de la inocencia y del arrepentimiento, que los pueblos echarán de menos cada día mas? ¿Quién sino ella levantó esos pacíficos recogimientos de la desgracia, esos suntuosos palacios de la indigencia? La filosofía en el momento que dominó, no supo mas que destruirlos. La razon humana nada perdonó de cuanto había creado la fe en favor de la humanidad. ¿Y con cuánta profusion no había multiplicado el Cristianismo los institutos de caridad tan eminentemente sociales? Su número casi infinito igualaba al de nuestras necesidades. Aquí la *Hija de san Vicente á Paul* visitaba al anciano enfermo, y al mismo tiempo que le hablaba del cielo curaba sus llagas asquerosas; ó transformada por la ternura de su caridad en madre sin dejar de ser virgen, fomentaba y acariciaba en su regazo al niño expósito. Allí la *Hermana hospitalaria* asistía y consolaba al enfermo, y se olvidaba de sí misma para prodigarle día y noche los servicios mas penosos y repugnantes. Allá el *religioso de San Bernardo* estableciendo su mora-

litas de la Caridad y de los Jóvenes Jesuitas, que se consagraron últimamente á la asistencia de los apesados en los años mismos de nuestros trastornos revolucionarios. Así se vengaban los institutos religiosos de la persecucion sangrienta y vilipendiosa, que entonces mismo les hacia la filosofía de la revolucion.

da en medio de las nieves<sup>1</sup>, acortaba su vida para salvar la del viajero extraviado y perdido en las montañas de los Alpes. En otras partes hubiérais visto al *Agonizante* cerca del lecho del moribundo, ocupado en hacerle mas dulce el último paso de la vida; ó al hermano de la *buena muerte*<sup>2</sup>, llevando en sus hombros y dando tierra á su ya frio y yerto cadáver de los indigentes. Al lado de aquellos *caballeros* valientes, hijos y hermanos del Santo Abad de Fitero<sup>3</sup>, de aquellos *soldados rezadores*, que casi solos protegieron por largo tiempo la Europa contra la barbarie musulmana, se descubria al *P. Mercenario*, rodeado como un triunfador, de los cautivos que había, no encadenado, sino redimido de sus cadenas, exponiéndose á mil peligros y á fatigas increíbles. Sacerdotes y religiosos de todas las Órdenes, rompiendo por una virtud sobrehumana los vínculos de su mas tierno amor, iban con indecible gozo á regar con su sangre regiones lejanas y salvajes, sin otra esperanza ni deseo que la de arrancar á la ignorancia, al crimen y á la infelicidad hombres no conocidos. El laborioso *Benedictino*, despues de haber fecundado con su sudor nuestras colinas incultas, y nuestros estériles desiertos, retirado en su celdilla desmontaba el campo no menos árido de nuestras antiguas leyes é historia. Ni la educacion, ni el púlpito, ni las misiones, ninguna obra útil era extraña al *Jesuita*. Su zelo lo abrazaba todo, y bastaba para todo. El *Capuchino* humilde recorria sin cesar las aldeas y los campos para

1 Los monasterios establecidos en las cimas de los Alpes para el amparo de los viajeros.

2 En la antigüedad eclesiástica son muy conocidos los nombres de los *Copiatas* y *Fossarios*, que se empleaban por instituto en dar sepultura á los difuntos. En varias ciudades de España hay otras congregaciones semejantes de piadosos Tobías, que se ocupan en hacer este último servicio á sus hermanos en Religión. En Madrid es muy nombrada la piadosa congregacion de la *Paz y Caridad* para dar sepultura á los delinquentes: no sabemos el nombre de las destinadas á esta obra de caridad entre los extranjeros, y por eso hemos expresado así la idea del autor.

3 Los caballeros de las órdenes militares, á cuyas proezas se debió por tanto tiempo el enfrenamiento de la morisma en España, de que dió el primer ejemplo San Raimundo, Abad de Fitero.

ayudar á los pastores en sus santas funciones, bajaba al interior de los calabozos mas profundos para hacer oír palabras de paz á las víctimas de la justicia humana; y semejante á la esperanza, cuyo ministro era, acompañando hasta el último suspiro al infeliz que iba á morir, participaba de sus angustias, reanimaba su valor abatido, y le confortaba á un tiempo contra los terrores del suplicio, y los del remordimiento. Sus manos compasivas no se desasiaban, digámoslo así, del desventurado que habian recibido al pié del tribunal inflexible del hombre, hasta haberle depositado al pié del tribunal del Dios clemente y misericordioso.

¿Quereis detener vuestros ojos contristados por esta escena dolorosa sobre un espectáculo mas dulce y alhagüeno? Contemplad al *Hermano de las escuelas cristianas*<sup>1</sup>, enseñando á los niños los elementos de las letras, la doctrina de las ciencias, y la mas preciosa de las obligaciones, hablándoles de Dios con unción, y preparándolos para la felicidad, formándolos en la virtud. Nunca olvidemos esto, la Religion es la educacion única del pueblo. Sin la Religion nada sabría, nada especialmente de lo que mas importa á la sociedad que sepa, y que á él mismo mas le interesa saber. Sin ella ignoraria no menos sus obligaciones que su fin; en medio de tantas academias, universidades y gimnasios, vegetaria en un embrutecimiento feroz, cien veces peor que el estado sal-

<sup>1</sup> El instituto de los *Hermanos de las Escuelas Cristianas* es fundacion del P. La Salle: ellos son los que en Francia tienen á su cargo en gran parte la educacion de la niñez, viéndose con placer á los Consejos de los distritos pedir incesantemente que se ponga la educacion en manos de estos, y otras personas religiosas, y se quiten las *Escuelas Lancasterianas*, ó de *enseñanza mutua*. La experiencia les ha abierto los ojos, y hecho ver que una institucion de un *Quákaro* inglés, é introducida en Francia por Bonaparte para afirmar con la generacion naciente su despotismo y dinastia, no podia menos de ser nociva á su felicidad. Luego que se han visto y palpado las consecuencias, no se ha dudado en la preferencia: ¿qué mucho? « la cuestion era muy sencilla: se trataba nada mas, dice el Ab. La Mennais (*Mélanges*, fol. 379), de escoger entre la sociedad y la anarquía. » Llámense tambien los *Hermanos de San Yon*. Entre nosotros hay los PP. de las Escuelas Pias.

vaje. La Religion le civiliza; ella alimenta al pobre no menos con la verdad, que le sustenta con el pan; ilustra, engrandece su inteligencia, y el menor de los niños enseñados en su escuela, mas verdadero filósofo que esos pretendidos sabios que no conocen otra guia que su razon, con el catecismo en la mano, confundiria su altivez por la sublimidad de sus doctrinas. Era digno de una filosofía materialista creer perfeccionar la educacion del pueblo, sustituyendo evoluciones á instrucciones, y poniendo en sus manos una pizarra muda en lugar del libro en donde bebía estas profundas é importantes lecciones<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Hace alusion á las Escuelas de *Enseñanza mutua* ó *Lancasterianas*, tan preconizadas en estos últimos tiempos. Este método, salido de la cabeza de un Quákaro inglés, pedido por el regicida Carnot, é introducido en Francia por Bonaparte durante el reinado de los *Cien dias*, si pudo por algun tiempo engañar la buena fe de algunas personas bien intencionadas, hoy ya está demostrativamente reconocido no como quiera por un *procedimiento*, sino como un *medio* de propagacion liberal. El no es otra cosa que una aplicacion de la vergonzosa definicion del hombre dada por Saint-Lambert; que el *hombre es una masa organizada, que recibe las impresiones de todo lo que le rodea*. Haciendo de la educacion un puro mecanismo, es de una parte nulo para el fomento de las buenas costumbres, y de otra singularmente acomodado para sembrar las ideas de independencia en la juventud. En Francia desde luego se observó que estas Escuelas tiraban todas á favorecer las nuevas doctrinas; y los pueblos enseñados por la experiencia, en vista del aumento progresivamente espantoso de desórdenes que se iba notando en los niños y jóvenes criados en ellas, se han apresurado á desecharlas, y pedir al gobierno las sustituyan, y sustituir los Hermanos de las Escuelas cristianas (Véase la cita de la pág. anterior). El zelo de nuestros mas fogosos constitucionales para establecerlas aun en los cuerpos militares en los dias de su dominacion, confirma la idea de M. Dubois-Bergeron, de que estaban secretamente dirigidas por los propagandistas de las nuevas luces. ¿Qué nos cansamos? Cítese un solo enemigo de la Religion y de la monarquía, que no sea amigo del nuevo sistema de Enseñanza mutua ó Lancasteriana. Ya en Alemania los *niveladores* de la educacion pública, con el objeto de sacar al gobierno austriaco del embarazo en que se hallaba para suplir el vacío que habia quedado en la educacion general por la supresion de los Jesuitas, habian inventado unos cincuenta años antes un sistema semejante; y contaban tanto con él, que para que no se des-

No acabaría si hubiese de recordar aun en compendio todos los servicios hechos á la sociedad por el Clero católico. ¡Oh! ¡qué hermoso pensamiento fué colocar al lado de los ministros inexorables de las leyes los ministros sagrados de la humanidad y de las costumbres, y hacer que la misericordia fuese un cargo, una función pública! Entrad en el seno de las familias, preguntad á sus individuos, y ellos os diran lo que deben á esta admirable institución. ¡Cuántas enemistades terminadas! ¡cuántos esposos, parientes y conciudadanos reconciliados! ¡cuántas víctimas arrancadas al vicio, cuántos agravios reparados, cuántas iniquidades prevenidas, penas consoladas, miserias secretas redimidas! O vosotros, á quienes el nombre solo de eclesiástico, de clérigo, ó de fraile os irrita, ó hace reír de menosprecio, ¿sabeis bien lo que es un sacerdote? ¡Ah! un sacerdote por obligación, por su estado, es el amigo del menesteroso, la providencia viva de todos los infelices y desgraciados, el consolador de los afligidos, el defensor nato de todo el que carece de defensa, el apoyo de la viuda, el padre del huérfano, el reparador de todos los desórdenes y males, que engendran vuestras pasiones y doctrinas funestas. Su vida toda no es otra cosa que un dilatado y heroico sacrificio por la felicidad de sus semejantes. ¿Quién de vosotros consentiría en trocar como él todos los consue- los y satisfacciones domésticas, todos los bienes que con tanta ansia buscan los hombres, por unos trabajos oscuros y obligaciones penosas, por funciones cuyo ejercicio lastima, y quiebra el corazón, repugna y molesta á los sentidos, sin haber de recoger frecuentemente otro fruto de tantos sacrificios que el desprecio, la ingratitud, el insulto? Aun estais vosotros sepultados en un profundo

conociere ni su origen ni su fin, afectaron designarlas por el instrumento simbólico mas usual y común en las logias de los iluminados, dándolas el nombre de *normales*, de la palabra *norma*, esto es, escuadra ó nivel, que es su adorno favorito. ¿Cuánto mejor es para los pueblos que sus hijos se formen cristianos que charlatanes ó filósofos! *Véanse la vérité sur l'enseignement mutuel considérée dans la nature, son origine et ses effets. — Les nouvelles écoles à la Lancaster cités au tribunal de l'opinion publique,* par M. Dubois-Bergeron.

sueño, y ya este hombre caritativo anticipándose á la aurora, ha vuelto á dar principio otra vez á sus obras de misericordia. Ya ha consolado al pobre, visitado al enfermo, enjugado las lágrimas del desdichado, ó hecho correr las del arrepentimiento, instruido al ignorante, alentado al débil y afirmado en la virtud á muchas almas turbadas por el tumulto de las pasiones. Despues de un dia ocupado en tales obras, empleado todo en hacer tales beneficios, llega la noche, pero no viene para él el descanso. A la hora misma en que el placer os convida, y os llama á vosotros á los espectáculos y diversiones, vienen á toda prisa buscando al ministro sagrado. Un cristiano está cercano á su último instante, va á morir, y acaso de una enfermedad contagiosa: no importa, el buen pastor lo deja todo, vuela al momento; no, no permitirá espire su pobrecita oveja sin aliviar sus congojas, sin dulcificar su agonía, sin prestarle todos los consuelos de la esperanza y de la fe, sin orar á su lado al Dios que murió por ella, y que en este mismo instante la da, en el Sacramento de su amor, una prenda segura de la inmortalidad.

Ved ahí el sacerdote, miradlo bien; hé ahí lo que es: no cual, juzgándole por algunas excepciones escandalosas (qué vuestro trato y doctrinas han producido), se complace vuestra aversion en figurársele; sino como real y verdaderamente existe en medio de nosotros. Sí, la Religion es la misma hoy que lo fué en su origen. Hay memos cristianos; pero los verdaderos cristianos no se han mudado. Las virtudes mas puras, virtudes dignas de los primeros siglos, honran todavía al Cristianismo. No quiero alegar otra prueba que esas Congregaciones piadosas, esos establecimientos útiles, que un zelo tan vivo como ilustrado forma todos los dias á nuestra vista. ¡Cuántos hombres y mujeres de todas clases y condiciones, y aun cuantos jóvenes, recatándose de todos para obrar el bien conforme al precepto del Evangelio, dedican y consagran á buscar la infelicidad y remediarla, el tiempo que vosotros perdeis en diversiones frívolas, ó que tal vez empleais en insultar la Religion santa que les inspira este maravilloso desprendimiento! No los conoceis, ya lo sé; pero son bien conocidos en los hospitales, en las cárce-

les, en esos aposentillos y rincones oscuros, donde la indigencia que han sócorrido los bendice. La *Hija de la caridad* no ha olvidado el camino que conduce á la choza del pobre, y si vosotros no la encontrais jamás, preguntaos á vosotros mismos la razon.

Mas no, la diré yo, porque importa mucho que llegue á conocimiento de todos; es porque vuestros frios discursos y apática *filantropía* no tiran sino á extinguir hasta el mas pequeño gérmen y sentimiento de humanidad. Cuando el Cristianismo empieza á entibiarse en un pueblo, bien presto se ve á este mismo pueblo sumergido, y hecho presa de la desgracia, conspirar contra todos los infelices. Se inventan mil pretextos para excusarse de socorrerlos. Dar limosna á un mendigo, es fomentar la ociosidad y holgazanería: ¿el otro infeliz se muere de hambre? ¿no tiene con que cubrir su desnudez? ¿se le ve yerto en carnes vivas? — Que trabaje. — Es un anciano encorvado por la vejez. — En toda edad, si se quiere, no falta ocupacion. — Es un niño. — Ah! guardaos de criarlo en la ociosidad; desde un principio se deben combatir los malos hábitos. — Es una pobre madre cargada con una numerosa familia, rodeada de un enjambre de hijuelos. — Lo dice, pero será ó no será así: antes de gratificarla magníficamente con una *blanca*, es necesario informarse; pero no hay tiempo. — Aquel otro busca trabajo, y no lo halla. — Porque no quiere; si quisiera de de veras, no le dejaria de hallar: en fin, se verá, lo pensaremos; y en el interin no se le da, ni se socorre por temor de dar mal ejemplo. Regla general. Todo el que pide, es sospechoso: dar oidos á los pobres, es invertir el buen órden, y pensando hacerles bien, perjudicarles á ellos mismos; es fomentar su perdicion.

De este modo la filosofía, sin recurrir al mismo expediente que Galerio, que mandó reunir en barcos y sumergir á todos los mendigos de su imperio, la dulce filosofía logra con corta diferencia el mismo fin con sus sabios sistemas y benéficas instituciones. Ella llama en su auxilio á todas las ciencias físicas, para arrancar á la naturaleza el secreto de algun alimento tan vil, que la avaricia le pueda ofrecer sin pena á los necesitados, y para calcular con precision la medida de padecimiento,

y el grado de necesidad en que el hombre muere si no es socorrido: ¡tanto teme el lujo de la conmiseracion! Feliz aun y muy feliz el indigente, si no tiene que gemir mas que de este favor irrisorio; pero por lo comun no se para aquí. A fin de evitar á los afortunados del siglo la vista importuna de los miserables, se les *retira* de la sociedad, se levantan gruesas murallas entre los suspiros del pobre y los oidos del rico; se arrebatá la libertad á los que han perdido todos los otros bienes; se trata como delincuentes á los que no tienen mas delito que el ser miserables y padecer; y sin embargo, ¿aun se nos celebrará esta horrible inhumanidad como una obra perfecta de administracion? ¡Ah! si sois indiferentes, al menos no seais bárbaros: abrid vuestros calabozos filantrópicos; no temais, los desventurados Lázaros que encierran no os pedirán las migajas de pan que caen de vuestras espléndidas mesas, no: tampoco la vida, que esto seria mucho; lo que os piden es, que les dejéis morir echando sus últimas miradas sobre los lugares que los vieron nacer, sobre los campos que cultivaron para vosotros, y no los alimentaron á ellos; lo que únicamente os piden es lo que concede la naturaleza á todos los seres, y vosotros mismos no negais á los animales.

Entre tanto, oídlo de boca del gran Maestro: por mas que hagais, *habrá siempre pobres entre vosotros*<sup>1</sup>. Sí, habrá siempre pobres, para estorbar que el hombre se endurezca; para turbar el funesto reposo de la opulencia, y despertar en el fondo de los corazones la piedad y misericordia: habrá siempre pobres, á fin de que siempre haya virtudes: habrá pobres y dolientes, para representar al linaje humano tan doliente, y tan pobre y miserable el mismo, que un solo movimiento de orgullo en un hijo de Adán es un prodigio eternamente inexplicable á la razon.

Mas si siempre ha de haber pobres, tambien habrá siempre una Religion que los consuele. He recordado solo una parte de sus beneficios, que son tan grandes, como conocidos é indisputables. Pues ¿cómo es que una,

<sup>1</sup> Semper pauperes habetis vobiscum. *Matth.* xxvi, 11.

Religion que tanto favorece á la humanidad, tenga enemigos entre los hombres? ¿Es posible que tanto amor no haya de desarmar su odio? ¡Ay! este odio lo excita la hermosura, la misma perfeccion de la ley evangélica. Las severas obligaciones que impone, aterran las pasiones, y se le disputa y no se quiere conocer el bien que hace, por no practicar el bien que manda obrar.

No hay sofisma mas comun que el que quiere hacer responsable al Cristianismo de todos los delitos que se cometen entre los pueblos cristianos. Ha habido guerras de Religion: luego la Religion manda derramar la sangre. Hay latrocinios, asesinatos: luego la Religion no reprime unos ni otros. Hay malos sacerdotes: luego la Religion no es mas que una capa con que el Clero cubre sus desórdenes. Pero, decidme: ¿pensais que la moral es una quimera, un origen y manantial de calamidades? Si así lo creéis, ya concibo la causa de vuestras acusaciones contra la Religion. Pero si no lo pensais así, responded vosotros mismos á vuestra objecion; en otro caso, yo la haré valer con mucha mayor fuerza contra la moral.

Seguramente es acreditar una pequenez bien rara de talento, repetir con tanta simplicidad aquellas añejas declamaciones que hacian reir de lástima y compasion á Montesquieu. Recordad con qué desdenoso desprecio confunde al sofista Bayle. « Decir que la Religion no re-  
» prime y contiene el mal, porque no lo contiene y re-  
» prime siempre, es decir que las leyes civiles no son  
» tampoco un motivo que reprime. Es discurrir muy mal  
» contra la Religion reunir en una grande obra una larga  
» enumeracion de los males que ha producido, sin hacer  
» otro tanto de los bienes que ha hecho. Si yo quisiera  
» contar todos los males que han producido en el mundo  
» las leyes civiles, la monarquía y el gobierno republi-  
» cano, diria cosas horribles<sup>1</sup>. »

¿Qué cosa hay de que no abusen los hombres? Abusan de los alimentos destinados á sustentarlos, de las fuerzas que se les dieron para obrar y conservarse; abusan de la palabra, del pensamiento, de las ciencias, de la libertad, de la vida; abusan del mismo Dios. ¿Ha-

<sup>1</sup> *Esprit des Loix*, lib. 24, ch. 11.

bremos de decir por esto que estas son cosas perniciosas? ¿Habremos de decir que no hay bueno mas que la nada?

Las guerras, muertes, y las maldades todas, á que sirvió de pretexto el Cristianismo, están tan léjos de poder atribuírsele, que para impedir las, hubiera bastado aumentar su energía y fervor. Con algunos grados mas de fe, la virtud hubiera triunfado con la Religion.

En efecto, ¿qué viene á ser un ladrón, un asesino, un avaro, un sacerdote desapiadado, ó de perversas costumbres? Un hombre sin fe, ó de una fe débil y flaca, pues que ella cede á la pasion que debería domar, es un rebelde, que la Religion condena á muerte, si él no se condena á sí mismo por el arrepentimiento: es un incrédulo ó especulativo ó práctico, un ateo consecuente, ó un inconsecuente cristiano. No se comete pues en el mundo ni un solo delito, del que no tengamos derecho para pedir cuenta á la incredulidad. Ella sola es la que los produce todos, aun los mismos que con tanta arrogancia echa en cara al Cristianismo: ella es la que abortó la matanza de *San Bartolomé*<sup>1</sup>, y movió el puñal de *Ravaillac*<sup>2</sup>.

En poniendo á un lado las preocupaciones y sofismas, no queda en propiedad á la Religion mas que sus beneficios. Ella sola establece el orden en la sociedad, dando la razon de la potestad y de las obligaciones, perfeccionando las leyes, purificando las costumbres, uniendo todos los miembros del cuerpo social con vínculos de amor. ¿Habrà pues quien niegue la importancia de una institucion tan benéfica y necesaria? Y si esta se conoce y confiesa, ¿con qué motivos se justificará la indiferencia apática, en que muchos afectan mantenerse respecto á una doctrina de la cual dependen la felicidad del hombre en particular y la de los pueblos, y aun lo diré tambien, la gloria exterior de Dios? Porque suponiendo la existencia de una Religion verdadera, esta Religion, único medio de sociedad entre Dios y el hombre, es tambien, como probaremos en el capítulo siguiente, el medio que Dios

<sup>1</sup> Sobre esta hablaremos á su tiempo.

<sup>2</sup> Asesino de Henrique IV de Francia.

ha elegido para manifestar exteriormente sus perfecciones ó su gloria, y para establecer el orden en la sociedad de los seres inteligentes y racionales, de los que él es el Monarca. Violar pues este orden, es uno de los mayores delitos que un ser racional puede cometer; y exponerse á violarlo, no queriendo asegurarse de su existencia, es una locura tan extraña, que no encuentro términos para calificar la criatura que fuese capaz de ello.

Ahora bien, pueblos, oid. Desde el abismo de desgracias, adonde os ha precipitado vuestra crédula confianza en una falsa sabiduría, madre del desorden y de la muerte, escuchad á la Religion que os dice: ¿Oh vosotros todos los que infructuosamente trabajais para renacer, los que sucumbis bajo el peso de las instituciones humanas, y de las doctrinas materialistas, venid á mí: naciones moribundas, venid; abandonad á esos empíricos falsos y engañadores que os prometen la fuerza, y no saben mas que acabar con la poca que os queda en convulsiones dolorosas. Venid, apresiraos, mirad que el tiempo insta: cada dia se debilita mas la vida en vosotras; la corrupcion cunde, la gangrena se extiende, y la disolucion va á consumarse: bien pronto ya no se-reis mas que un cadáver hediondo y podrido: venid á mí, y os aliviaré: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos*<sup>1</sup>.

## CAPÍTULO XII.

Importancia de la Religion con respecto á Dios.

Supuesto ya que hay una Religion verdadera, quiero hacer ver cuán injurioso es á Dios; y cuán criminal en el hombre el desprecio de sus dogmas y la violacion de sus preceptos.

Elevémonos sobre el imperio de los sentidos, cerremos

<sup>1</sup> *Matth. XI, 28.*

los ojos y apartemos por un instante nuestra alma de las impresiones de los objetos exteriores, que llenándola de vanos fantasmas la distraen de la contemplacion de las realidades intelectuales, y la hacen olvidar hasta su propia naturaleza, extraviándola en el mundo corpóreo, patria fugitiva de las ilusiones que nos engañan sobre nuestro verdadero ser, obligaciones y destino. Comprendamos que los órganos no son el hombre, que la creacion material no es mas que la sombra de una creacion mas noble, que las sociedades de la tierra solo son una imagen débil; una dependencia relativa á nuestro estado presente, de la grande sociedad de todos los seres inteligentes, cuyo monarca es Dios: sociedad perfecta, y eterna, á la cual el hombre debe pertenecer, y en parte pertenece desde este mundo; pero en la cual no se le señalará fija é irrevocablemente el asiento, que en calidad de *ser libre* ha de escoger por sí mismo, hasta tanto que despojado ya de la librea mortal, haya dejado de pertenecer á la sociedad mixta, en la cual orden exige que sea probado temporalmente. Comprendamos que esta última sociedad no consiste tampoco en la reunion de los cuerpos y combinacion de intereses materiales; que ella no es sociedad verdadera sino cuando sus miembros, unidos por leyes relativas á su naturaleza inteligente, obedecen al poder Supremo, que rige y gobierna todos los seres inteligentes; porque no hay verdadera sociedad sino entre ellos; y esta es una de las razones porque la sociedad humana se disuelve cuando el hombre, materializándose, no pone, digámoslo así, en la sociedad mas que su cuerpo, su accion, y sus necesidades físicas. Comprendamos en fin, que si el Criador ha establecido un orden lleno de sabiduría y de majestad en la coleccion de los seres materiales; si los ha sometido á leyes acomodadas á su naturaleza, y de las que depende su conservacion; es un absurdo pensar que no hay ni existe orden alguno determinado por Dios en la sociedad de las inteligencias, que estarán abandonadas sin regla y sin leyes al destino que se formen ellas mismas. Esto repugna á las luces mismas de la razon. Todo cuanto es, y existe, está ordenado. La existencia simultánea de muchos seres semejantes encierra en su nocion la de ciertas relaciones natu-

ha elegido para manifestar exteriormente sus perfecciones ó su gloria, y para establecer el orden en la sociedad de los seres inteligentes y racionales, de los que él es el Monarca. Violar pues este orden, es uno de los mayores delitos que un ser racional puede cometer; y exponerse á violarlo, no queriendo asegurarse de su existencia, es una locura tan extraña, que no encuentro términos para calificar la criatura que fuese capaz de ello.

Ahora bien, pueblos, oid. Desde el abismo de desgracias, adonde os ha precipitado vuestra crédula confianza en una falsa sabiduría, madre del desorden y de la muerte, escuchad á la Religion que os dice: ¿Oh vosotros todos los que infructuosamente trabajais para renacer, los que sucumbis bajo el peso de las instituciones humanas, y de las doctrinas materialistas, venid á mí: naciones moribundas, venid; abandonad á esos empíricos falsos y engañadores que os prometen la fuerza, y no saben mas que acabar con la poca que os queda en convulsiones dolorosas. Venid, apresiraos, mirad que el tiempo insta: cada dia se debilita mas la vida en vosotras; la corrupcion cunde, la gangrena se extiende, y la disolucion va á consumarse: bien pronto ya no se-reis mas que un cadáver hediondo y podrido: venid á mí, y os aliviaré: *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos*<sup>1</sup>.

## CAPÍTULO XII.

Importancia de la Religion con respecto á Dios.

Supuesto ya que hay una Religion verdadera, quiero hacer ver cuán injurioso es á Dios; y cuán criminal en el hombre el desprecio de sus dogmas y la violacion de sus preceptos.

Elevémonos sobre el imperio de los sentidos, cerremos

<sup>1</sup> *Matth. XI, 28.*

los ojos y apartemos por un instante nuestra alma de las impresiones de los objetos exteriores, que llenándola de vanos fantasmas la distraen de la contemplacion de las realidades intelectuales, y la hacen olvidar hasta su propia naturaleza, extraviándola en el mundo corpóreo, patria fugitiva de las ilusiones que nos engañan sobre nuestro verdadero ser, obligaciones y destino. Comprendamos que los órganos no son el hombre, que la creacion material no es mas que la sombra de una creacion mas noble, que las sociedades de la tierra solo son una imagen débil; una dependencia relativa á nuestro estado presente, de la grande sociedad de todos los seres inteligentes, cuyo monarca es Dios: sociedad perfecta, y eterna, á la cual el hombre debe pertenecer, y en parte pertenece desde este mundo; pero en la cual no se le señalará fija é irrevocablemente el asiento, que en calidad de *ser libre* ha de escoger por sí mismo, hasta tanto que despojado ya de la librea mortal, haya dejado de pertenecer á la sociedad mixta, en la cual orden exige que sea probado temporalmente. Comprendamos que esta última sociedad no consiste tampoco en la reunion de los cuerpos y combinacion de intereses materiales; que ella no es sociedad verdadera sino cuando sus miembros, unidos por leyes relativas á su naturaleza inteligente, obedecen al poder Supremo, que rige y gobierna todos los seres inteligentes; porque no hay verdadera sociedad sino entre ellos; y esta es una de las razones porque la sociedad humana se disuelve cuando el hombre, materializándose, no pone, digámoslo así, en la sociedad mas que su cuerpo, su accion, y sus necesidades físicas. Comprendamos en fin, que si el Criador ha establecido un orden lleno de sabiduría y de majestad en la coleccion de los seres materiales; si los ha sometido á leyes acomodadas á su naturaleza, y de las que depende su conservacion; es un absurdo pensar que no hay ni existe orden alguno determinado por Dios en la sociedad de las inteligencias, que estarán abandonadas sin regla y sin leyes al destino que se formen ellas mismas. Esto repugna á las luces mismas de la razon. Todo cuanto es, y existe, está ordenado. La existencia simultánea de muchos seres semejantes encierra en su nocion la de ciertas relaciones natu-

rales entre sí, y por consiguiente la idea del orden; y de aquí viene que destruyendo el orden natural entre los seres, se destruyen los seres mismos.

Pero para concebir aun mejor la importancia del orden en la sociedad de las inteligencias; y el delito que se comete violándole, es preciso saber que desde la eternidad el Sér soberanamente perfecto, amándose con un amor infinito, gozaba en su inmenso reposo de una felicidad infinita; y que cuando resolvió crear, no debiendo nada á nadie fuera de sí, pues que no existia sino él, no pudo proponerse mas que un fin relativo á sí mismo, es decir, su gloria, ó la manifestacion de sus perfecciones infinitas.

Ahora pues, manifestar sus perfecciones, era manifestar su Sér, produciendo exteriormente una viva imagen suya, y el hombre en efecto, fué criado á la *imagen y semejanza de Dios*. Participando, aunque en un grado finito y limitado de todo su sér, fué y tuvo, como Dios, poder, entendimiento y voluntad: pudo conocer la verdad, amar el bien, y realizarlo exteriormente por sus obras.

Y á fin de que su semejanza con el Sér supremo fuese mas perfecta, quiso Dios que el hombre, concurriendo libremente á sus designios, se hiciese en cierto modo voluntariamente su imagen, arreglando el uso de las facultades con que le habia enriquecido, sobre las relaciones inmutables ó leyes eternas, que ponen, si es lícito decirlo así, el orden en Dios mismo.

Le reveló pues todo lo que era necesario que conociese de estas leyes; y la Religion, vínculo de union entre Dios y el hombre, como su nombre mismo lo indica, no es otra cosa que esta inmortal y sublime legislacion.

Cualquiera pues que la quebranta, en cuanto está de su parte degrada al Sér eterno, le priva de una parte de su gloria, introduce el desorden en la sociedad de las inteligencias, se rebela contra la autoridad y poder que la gobierna: crimen tan grande que solo Dios podria no juzgarlo inexpiable.

Mas es indispensablemente necesario que este crimen ó se expie, ó sea castigado; porque así es como, á pesar de la culpable oposicion del hombre, los designios de

Dios se cumplen, y se restablece el orden. « La pena » rectifica el orden: el pecado es un desorden; castigar » cuando se ha pecado, es la regla. Pues por la pena se » vuelve uno al orden de que se habia separado por la » culpa ó falta cometida. Pecar impunemente es lo sumo » del desorden; porque seria desorden, no del hombre » que peca, sino de Dios que no castiga. Pero este desor- » den nunca se verificará, porque Dios no puede estar » desarreglado en nada, siendo el mismo como lo es la » regla. Y como esta regla es perfecta, y perfectamente » recta, y en ningun modo ni sentido torcida, todo lo que » no está conforme á ella se rompe, quiebra, y sentirá » el esfuerzo de la invencible é inmutable rectitud de la » regla <sup>1</sup>. »

Antes pues de desechar desdeñosamente la Religion, aprenda el hombre á conocerla. El despreciar es muy fácil; es un placer que la ignorancia procura á poca costa al orgullo; pero extendiendo la vista mas léjos, convendria, aun mirar á las consecuencias de este desprecio, y pensar en lo que se ha de responder al supremo legislador cuando llegue la hora de pedirnos cuenta. No basta sonreirse; Dios tambien se reirá, dice la Escritura: *ridebit et subsannabit eos* <sup>2</sup>. Pero en aquel dia formidable, que será el dia de su justicia, la criatura rebelde contemplando, y viendo con toda claridad el orden que ha violado y turbado, y admirándole desesperada; le sentirá de tal modo conforme á su naturaleza, que será para ella menos tormento concurrir á él por su suplicio, que turbarle, si posible fuese, por el goce injusto de la felicidad que mereció perder.

¿ Para qué es engañarnos? ¿ Qué ventaja nos resulta de ello? ¿ Qué es, ¡ ay! qué vale ese corto adormecimiento, que se procura á favor de algunos sofismas encantadores, que es, repito, comparado con aquel pervigilio terrible que le sucede, y al cual eternamente nada sucederá? Sin embargo hay quien se tranquilice sobre motivos tan frívolos, que me avergüenzo de referirlos. Una criatura soberbia, envileciéndose por orgullo, bus-

<sup>1</sup> *Médit. sur l'Evang. le.* t. 1, pag. 51, édit. in-12.

<sup>2</sup> *Psaln.* xi, 4.

cará la independencia en el fondo de la abyección, y lisonjeándose de escapar, á fuerza de su profunda bajeza, de la vista del Sér supremo, intentará atravesar clandestinamente el mundo moral, como aquellos vagamundos miserables y oscuros que la policía ó no conoce, ó desprecia. Hasta en la humildad hipócrita de su lenguaje se reconoce el espíritu de rebelión, y la aversión á la regla. « ¿ Qué es el hombre, dice, respecto de Dios? ¿ Como á la infinita distancia que los separa, podría la criatura ofender al Criador? ¿ Qué le importan al Eterno los estériles homenajes, ó los locos insultos de un sér de un día? ¿ Qué sus pensamientos, sentimientos y acciones? Débiles mortales, dejad de atribuir al Altísimo vuestras ideas mezquinas. Dios, no lo dudeis, es demasiado grande para bajarse hasta el hombre, y el hombre es demasiado pequeño para elevarse hasta Dios. »

Inteligencia degradada, ¿ es esa tu excusa? ¿ Es este el fundamento de tu estúpida seguridad en el olvido de tus obligaciones? ¿ El Sér que te ha criado es muy grande para haberte criado para sí! ¿ Es muy perfecto para que se ocupe en la perfección de su obra! ¿ Dios es muy superior á tí, para irritarse de que tú te prefieras á él, y de que tu voluntad se oponga á su voluntad soberana! ¿ Dios es muy sabio para haber establecido órden alguno entre sus criaturas inteligentes, y haberles prescrito leyes, y exigir de ellas que las observen! Al darte el sér te ha dicho: Yo te crio para que me adores, ó me ultrajes, como mejor te parezca: para que me ames, ó me aborrezcas, segun se antojare á tus caprichos: la verdad, el error, el bien, el mal, todo en tí me es indiferente: tu existencia aislada con nadie tiene conexión en mis consejos: vil producción de mis manos, no mereces fije en tí mis miradas: quitate de mi vista, sal de mi pensamiento, y el tuyo sea tu ley, tu regla, tu Dios!

¿ Qué asombro! ¿ que el hombre se desentienda de todas sus obligaciones para con su Criador por las razones mismas que prueban mas ineluctablemente la importancia de estas obligaciones, y su criminalidad en violarlas! Te niegas á adorar á Dios, y ¿ por qué? porque es muy grande y perfectísimo, es decir, porque es digní-

simo de que se le adore. Rehusas obedecer á Dios, y ¿ por qué? porque es todopoderoso é infinitamente sabio; es decir, porque tiene muchos derechos á que se le obedezca. No quieres amar á Dios, y ¿ por qué? porque es infinitamente bueno, justo, santo; es decir, porque es muy amable. No me espanto ya que habiendo preparado respuestas tan perentorias, esperéis tranquilamente el juicio formidable que decidirá de vuestra suerte eterna.

Ciertamente es una prueba grande de la degradación y caída original del hombre, el que estas extravagancias puedan hallar lugar en su espíritu. Pero, aun cuando fuesen otras tantas verdades incontestables, es necesario hacerle ver que no podría deducir de aquí ningun motivo sólido para tranquilizarse en el estado de independencia absoluta en que procura colocarse; porque la Religión nos enseña que entre Dios y el hombre hay un Mediador, que uniendo en sí la naturaleza divina y la naturaleza humana, llena el espacio inmenso que nos separa del primer Sér, y da á nuestros homenajes unidos con los suyos, á nuestras obras unidas con las suyas, un valor infinito. Desde entonces todos los pretextos fundados sobre la nada del hombre para dispensarse de dar á Dios el culto que exige de nosotros, se desvanecen como sombra. Nuestra flaqueza natural, que parecia desterrarnos para siempre léjos del Sér infinito, sirve aun para hacernos comprender la enormidad del crimen que cometemos violando las leyes de una sociedad, que Dios ha establecido por medios y caminos tan maravillosos.

Sabemos que existe, y la analogía sola bastaria para hacernos juzgar que deben existir inteligencias puras mas perfectas que el hombre, y miembros como él de esta excelsa sociedad, cuyo vínculo y lazo es el Mediador. Pero no nos es dado conocer plenamente la vasta jerarquía de seres espirituales, ni el conjunto de leyes que los gobiernan. Hay entre ellas algunas únicamente relativas á un estado muy diferente del nuestro, para que Dios haya querido descubrírnoslas. Nos ha dispensado la medida precisa de luz de que teníamos necesidad en nuestra condición y situación actual; pero nada mas. Concediendo al hombre todo lo que le es necesario para llegar á su fin, le niega lo que solo le serviria para satis-

facer su vana curiosidad; porque además de que la fe para ser meritoria debe estar mezclada de oscuridad, y parecerse, según la expresión de un apóstol, á una lámpara que alumbrá en un lugar oscuro<sup>1</sup>, hay un orden de conocimientos que nuestra naturaleza no puede comportar aquí abajo; y en los mismos conocimientos á que podemos alcanzar, hay un cierto grado de claridad, que lejos de sernos útil, sería peligrosísimo, y desconcertaría enteramente la economía de los designios de Dios respecto de nosotros. Nuestra libertad y nuestra existencia misma dependen de esta mezcla de luces y oscuridad. Si percibiésemos toda la grandeza del alma humana, sin descubrir al mismo tiempo las perfecciones infinitamente mas elevadas y excelsas del Sér supremo, arrebatados, sin poderlo resistir, de una admiración desordenada de nosotros mismos, caeríamos al instante por la soberbia como el ángel rebelde. Y si Dios, recorriendo repentinamente el velo que le cubre, nos permitiese contemplar una pequeña parte de su gloria, el alma transportada y fuera de sí, rompería los lazos que la detienen, y quebraría sus órganos, cuya fragilidad no podría resistir á la impetuosidad de sentimientos que esta vista excitaria en ella.

Se ve pues, que las leyes generales de la Religión se modifican según la naturaleza de los diferentes seres que une, y conforme á los diferentes estados en que ellos pueden encontrarse. Así el hombre, sér misto ó compuesto de alma y cuerpo, tiene obligaciones relativas á su doble naturaleza y á su condición presente; y como no se conserva, ni sus potencias se desenvuelven sino en el estado de sociedad, Dios tuvo cuidado de establecer una sociedad depositaria de las leyes destinadas á arreglar el uso de estas facultades, ó á poner orden en todo el hombre, tanto en sus pensamientos, como en sus deseos y obras: sociedad *espiritual* y á un mismo tiempo *visible*, porque el hombre es espíritu y cuerpo: sociedad *una*, porque la Religión es una; sociedad *universal*, porque la Religión es universal; sociedad *perpetua*, porque la Religión es perpetua; sociedad *santa*, ó perfecta, porque está regida y gobernada por leyes perfectas, bajo la autoridad de un Monarca perfecto.

<sup>1</sup> B. Petri. Ep. cap. II 1, 19.

Cualquiera que se separa de esta sociedad fundada por el Mediador, y gobernada por él, no poseyendo, ni conservando ya ningun derecho al beneficio de la mediación, se priva (cuanto es de su parte) de todo medio de comunicar con Dios. Le usurpa la gloria que el quería sacar de los homenajes de su criatura, divinizados por su union con los del Mediador, y se declara demasiado grande para necesitar de la mediación del hombre-Dios para unirse al Sér infinito. Se hace él mismo un Dios, oponiendo su razón á la razón divina, que ha juzgado necesaria la Encarnación para establecer esta admirable y asombrosa sociedad del hombre y de su Hacedor: Desecha y desprecia la señal mas grande de amor, que ha podido darle el Todopoderoso. Desdeña sus beneficios, se rebela contra sus voluntades, turba la armonía de la creación, y donde el Eterno, principio inmutable de todo bien, habia querido realizar una imagen de sus perfecciones, le obliga á contemplar el mal. Ciertamente se forman una idea bien extraña de Dios los que le suponen insensible á tal ultraje. Quanto mas perfecto es, tanto mas opuesta es la indiferencia á su naturaleza. Odia soberanamente el desorden; lo aborrece, como el hombre su destrucción, con la diferencia, de que este aborrecimiento en el hombre es un sentimiento ciego y limitado, y el odio del desorden, reglado en Dios, prescripto, ordenado por su sabiduría infinita, es tan infinito como ella.

Ahora bien, siendo indudable que la Religión comprende y abraza en sí todas las leyes á que el hombre debe obedecer; desechar la Religión, es desechar, es desaprobar de una vez todas las obligaciones; es romper á un tiempo todos los vinculos de la sociedad de los seres inteligentes, y constituirse en el estado mas completo y horroroso de desorden, en que una criatura libre se puede hallar. El cielo y la tierra pasarán antes que un delito tan enorme llegase á quedar impune; porque el trastorno de la naturaleza física, y la aniquilación misma del universo, serian un mal infinitamente menor que la violación de una regla sola de la justicia.

La poca importancia y estimación que se afecta hacer de la Religión, proviene de que no se la conoce; y la

mayor desgracia es que se cree conocerla, porque se ha oído hablar mucho de ella, y porque cada uno por su parte ha hablado también, sin tener de ella otra idea que la que por casualidad se ha formado bajo la influencia de mil preocupaciones, y de tantos intereses opuestos á la verdad, cuantas eran sus pasiones. Si se comprendiese solamente que la Religion es en el mundo moral el único medio de establecer y conservar el orden, se podría aborrecerla sin duda, como se puede aborrecer á Dios; pero no se menospreciaría. El delito de los que la quebrantan, no sería menos enorme, pero sería menos estúpido. Escogerían á la manera que Luzbel, entre el bien y el mal, con conocimiento. La perversion de la voluntad no se extendería hasta la razón. Asombrarían al mundo por su audacia desesperada, pero no excitarían esa compasión humillante, que inspira su desden fatuo é imbecil.

Entiendan, pues, que Dios al criar al hombre á su imagen, es decir, capaz de conocer, de amar y obrar con libertad, no habiendo tenido otro designio que manifestar sus perfecciones, ha querido que las leyes inmutables de su sabiduría fuesen la regla de sus potencias, de su entendimiento y voluntad, ó lo que es una misma cosa, quiso establecer en el hombre, imagen suya, el mismo orden que en sí mismo.

Esto supuesto, no hay duda que la Religion llena eminentemente este importante fin; y desde luego lo primero: ella ordena los pensamientos del hombre, arreglándolos por la ley eterna de la verdad. Le enseña á conocerse á sí mismo, á conocer al Mediador que le une á Dios, y á conocer al mismo Dios; de suerte que posee implícitamente todas las verdades, pues que posee á Dios, que es el principio de ellas. Esto no es decir que abrazando por todas partes al sumo Sér, se pueda formar de él una noción exenta de oscuridades; no, porque este conocimiento comprensivo es peculiar del mismo Dios. Viéndose por un solo acto de su poderosa inteligencia cual es en sí, y según todo lo que es, no es para sí mismo sino un gran pensamiento; y confundiéndose en algún modo todas sus perfecciones en la idea inmensa del Sér, que es la mas positiva de todas las ideas, no

puede el mismo definirse sino por esta sublime afirmación: *yo soy el que soy.*

Mas la inteligencia humana, por el hecho mismo de ser limitada, nada percibe con esta perfecta claridad. Lo que ignora oscurece mas ó menos lo que conoce; porque teniendo cada parte relaciones necesarias con el todo, es preciso conocer el todo para conocer perfectamente la menor de sus partes. De donde nace que la razón nada comprende perfectamente. Una débil y vacilante luz señalará apenas algunos perfiles exteriores, algunos ligeros rasgos de los objetos que considera. Pero luego que quiere penetrar lo íntimo de su naturaleza, densas y espesas sombras detienen sus miradas, y la repelen hácia la ignorancia de que pretendía salir. Hé aquí su condicion tan triste como irremediable, cuando está reducida á buscar la verdad por sus propias fuerzas. Incapaz de afirmar y de negar, fluctuando perpetuamente á merced de probabilidades contrarias en el vasto mar de la duda, no podrá jamás fortalecer y corroborar el pensamiento del hombre hasta hacerle tan firme é inalterable como el pensamiento de Dios<sup>1</sup>: y sin embargo esto es indispensable para que nuestra inteligencia sea verdaderamente la imagen de la inteligencia divina tan infinita en certidumbre como en extension. ¿Quién vendrá pues al socorro de esta débil inteligencia? ¿Qué mano poderosa la levantará hasta esta altura? ¡O hombre! ¿Quién pondrá en tus labios trémulos aquella palabra que debes pronunciar con igual firmeza y seguridad que Dios mismo: *El es el que es?* La Religion. ¿Y cómo? No pienses que ella vaya locamente á cargar la razón con el peso de la verdad infinita que no podría soportar. No: suplirá la flaqueza de la inteligencia con la fe. Despues de haber probado su autoridad divina, mandará al hombre que crea lo que no puede

<sup>1</sup> Tengamos presente que todas las comparaciones y semejanzas que se toman de las cosas humanas respecto de las divinas: *plus habent dissimilitudinis quàm similitudinis*. El hombre es ciertamente hecho á la imagen y semejanza de Dios; pero no es una imagen perfecta que lo exprese todo: esto está reservado al Verbo, que es la verdadera imagen de su sustancia.

comprender, y pondrá en sus creencias, infinitas en su objeto, é infinitamente ciertas, porque se apoyan en un testimonio divino, el mismo orden que existe en las ideas de Dios; y como unas mismas verdades son conocidas por la misma fe de todos los seres inteligentes, hay sociedad entre ellos y el supremo Sér que las ha criado para sí.

El Mediador es el vínculo esencial de esta sociedad; pues por él es por quien conocemos á Dios. *Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo*<sup>1</sup>. Ciertamente en nosotros mismos no podríamos encontrar esta sublime idea, que encierra el infinito. ¿Qué digo esta? no hallamos en nosotros mismos ni una verdad sola<sup>2</sup>; todas nos vienen de fuera: la razon no es mas que la capacidad de recibirlas; reconocerlas y combinarlas; y á causa de nuestra doble naturaleza, para que se nos hagan perceptibles, es preciso que se revistan de una forma sensible, y por decirlo así, que se encarnen. La palabra es como el cuerpo, que nos hace visibles las ideas, las cuales se borran de nuestro espíritu con su expresion. No debe pues sorprender-

1 Nemo novit Patrem, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. *Matth.* xi, 27.

2 Suponemos que M. de La Mennais habla de las verdades sobrenaturales, como lo indica en varias partes del capitulo, y en este único sentido es cierto que la razon no es mas que la capacidad de recibirlas, de reconocerlas y combinarlas; pero si quisiese extender este principio á las verdades naturales, no podemos convenir en principios, ni en sus consecuencias. En esta hipótesi, el entendimiento, la mas noble de todas las potencias, seria la única criada por Dios, sin medios, sin virtud *propia* para conseguir su objeto *proporcionado y connatural*; y por consiguiente un hombre, criado en los bosques, no teniendo quien le comunicase la verdad, obraria sin libertad, y sin pecado aun en las acciones de suyo mas criminales, y viviria en la imposibilidad de conocer á Dios. No creemos que para negar á la razon la soberania en orden á la verdad, sea justo privarla de la mas noble de sus atribuciones, cual es, *inquirir, investigar y hallar* la verdad proporcionada á su capacidad. De lo contrario todas las ciencias son inútiles, y con solo formar la *historia* de las poquisimas verdades que contienen, nos veriamos libres de aquella terrible verdad, que forma gran parte de la pena del pecado original: *qui addit scientiam, addit et laborem*.

nos que no conocamos á Dios mismo<sup>1</sup> sino por su *Palabra* ó su *Verbo*; ni que esta palabra inmaterial, queriendo comunicarse á nosotros, sin alterar nuestra naturaleza, se haya revestido de ella: *y el Verbo se hizo Carne, y habitó entre nosotros*<sup>2</sup>; porque en el orden establecido era preciso que tomase cuerpo para *hablar* á nuestro entendimiento. La Sabiduría eterna, sin dejar de ser lo que era, se ha puesto en relacion con el hombre, quedando tambien él lo que es; y la union de la divinidad con la humanidad en la Persona del Verbo representa rigorosamente la union que vino á establecer entre Dios y el linaje humano. *Yo he venido*, dice el mismo Hombre Dios, *á traer al mundo la verdad*, ó segun la expresion admirable del Evangelio, *para darla testimonio*; es decir, no para hacerla comprender al hombre perfectamente, lo que es imposible, sino para declararle que ella es, y lo que es ella misma; ó para manifestarle sin equivocacion la verdad, y su verdadero carácter: *el que ama la verdad, me oye*<sup>3</sup>. De este modo, la certidumbre del testimonio reemplazando á la certeza de la evidencia, el hombre ha podido sin mudar de naturaleza poseer plenamente la verdad infinita; *ha podido hacerse hijo de Dios*, ó entrar en sociedad con él, porque la familia es la imagen y elemento de toda sociedad; y todo esto libremente, porque si el entendimiento no es libre para dejar de asentir á la evidencia, la voluntad lo es siempre para *escuchar* ó no un *testimonio*, para admitirle ó desecharle, y así es como el hombre creyendo, sin ser forzado á ello, por una evidencia intrinseca é invencible, rinde voluntariamente á Dios un homenaje digno de él: verdadera adoracion en espíritu y en verdad, que consiste en reconocer la dependencia infinita en que está nuestra razon de la razon divina por una sumision perfecta á su palabra.

No bastaba sin embargo haber promulgado la verdad,

1 Como autor sobrenatural. Véase la nota 3 de la página 187.

2 Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. *Joan.* i, 14.

3 Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis qui est ex veritate, audit vocem meam. *Joan.* xviii, 37.

era tambien necesario proveer á su conservacion, porque su reino debe ser eterno; era necesario preservarla de todo vicio ó mezcla de error, y hacerla accesible y de fácil conocimiento á todos los hombres por un medio ó camino análogo á su naturaleza. Jesucristo, ó el Mediador, llenó maravillosamente este grande objeto; y en el medio que escogió, se admira á un tiempo un tan profundo conocimiento del hombre, que no podia pertenecer sino á un Sér sobre-humano, y aquel hermoso carácter de unidad tan particularmente propio de las obras de Dios. Y en efecto, ¿qué hace? ¿Escribe su doctrina en un libro? ¿Procura circunvalarla de tantas pruebas de razon que el entendimiento no pueda menos de adherir á ella? Esto es sin duda lo que hubiera tratado de hacer un filósofo. ¿Pero quién no ve que atendida la debilidad de nuestro entendimiento, esto hubiera sido abrir un campo mas vasto á las dificultades, y que dirigiéndose de este modo á la razon del hombre, y por el hecho mismo autorizándole á no admitir sino lo que concibiese plenamente, se habria levantado entre él y el Sér incomprendible una barrera insuperable? Jesucristo, desdenando todos los vanos apoyos de las opiniones, descendiendo hasta el fondo de nuestra naturaleza para sentar en ella y cimentar el fundamento de la perpetuidad de la Religion. Conserva la verdad en el pensamiento del hombre, como el pensamiento mismo se conserva, por la palabra trasmitada<sup>1</sup>; y para asegurar su trasmision, une con vínculos exteriores é indisolubles á los que ha unido interiormente por la misma fe; los constituye en sociedad bajo un gobierno de que él es cabeza; en una palabra, funda su Iglesia. Enviado por su Padre, envia él tambien á su tiempo pastores á quienes reviste de su autoridad: *Id y enseñad á todas las naciones, y sabed, que ya estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos*<sup>2</sup>. Y así como él decia de sí mismo: *el que me ha enviado*

1 La tradicion.

2 Euntes docete omnes gentes, ... et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi. *Matth.* xxvii, 19, 20.

*es veraz, y yo digo al mundo lo que le oí*<sup>1</sup>; así estos pastores dirán tambien: *El que nos ha enviado es veraz, y nosotros decimos al mundo lo que hemos oido de él.* Simples testigos, deponen de lo que han oido á su Maestro, y su testimonio no es otro que el de Jesucristo, *que ha prometido estar con ellos todos los dias*, sin interrupcion alguna; así como el testimonio de Jesucristo es el testimonio de Dios que le ha enviado, y dice de él: *ese es mi hijo muy amado*; oidle<sup>2</sup>. Por esta razon añade Jesucristo: *el que á vosotros oye, á mí me oye, y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia, quien á mí me desprecia, desprecia al que me envió*<sup>3</sup>. Para entrar en sociedad con Dios, ó segun la expresion del Evangelio, *para hacerse hijo suyo*, es necesario recibir la verdad de la Iglesia *docente*, así como ella la recibió de Jesucristo, y Jesucristo la recibió de su Padre: recibirla con toda seguridad y fe, *fide*, porque éste es en la tierra el único medio de poseerla; y la mas pequeña duda seria una injuria á la autoridad infinita que la atestigua. Salid de aquí, haced intervenir á la razon para juzgar si debe admitir ó no, ó si ha de desechar los dogmas que Dios nos ha revelado, y al punto el magnífico é inmenso edificio de la Religion trasportado fuera de su cimiento, y estribando sobre esta frágil base, se desploma por todas partes, y oprime bajo sus ruinas á la presuntuosa razon, que se habia creído capaz de sostenerle.

Obligados pues á oír á la Iglesia, y apoyándose el órden de la sociedad espiritual sobre su testimonio, el de Jesucristo, y el de Dios, hay tres grados correspondientes de desórden, ó tres grandes crímenes contra la verdad: porque se la puede atacar negando el testimonio de la Iglesia, ó el testimonio de Jesucristo, ó el del mismo Dios; negaciones que constituyen los tres sistemas generales de error expuestos é impugnados en el principio de esta obra.

El primero, que es la *herejía*, consiste segun la signi-

1 Qui me misit, verax est; et ego quæ audivi ab eo hæc loquor in mundo. *Joan.* viii, 26.

2 Hic est Filius meus charissimus; audite illum. *Marc.* ix, 6.

3 Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit. Qui autem vos spernit, spernit eum qui misit me. *Luc.* x, 16.

ficación misma de la palabra, en *escojer ó elegir* entre las verdades reveladas las que mas contentan á la razón, desechando las otras ó como inútiles, ó como dudosas, ó como errores ciertos. Pero luego que se rehusa escuchar á la Iglesia sobre un punto, ya no hay razón, ni motivos para oirla ó escucharla sobre ninguno. Su autoridad es indivisible como su testimonio; el que le recusa en parte, le recusa todo entero. Esto ó aquello que se dice creer, nada importa, nada vale: desde el momento en que se desecha una verdad, la fé se apaga, no hay verdadera fe; porque en lugar de someter su juicio á la ley de la verdad, somete la verdad á su propio juicio. Por lo mismo trastorna todas las relaciones de la Sociedad espiritual; se hace de la razón que debe obedecer, la autoridad que debe mandar; se trabaja por sustituir la certidumbre de la evidencia á la certidumbre del testimonio; y trasformando por este medio la Religión en una pura opinión, se destruye el fundamento de las mismas verdades que se conservan, lo que hizo decir á un apóstol: *el que viola un solo punto de la ley, quebranta toda la ley*<sup>1</sup>; principio verdadero, ya se aplique á las costumbres, ó á la doctrina.

La herejía, pues, trastorna toda la economía de la mediación. El hereje negándose á creer por el testimonio de los enviados de Jesucristo, niega su autoridad, y su misión. Se erige en juez árbitro del medio que el Mediador ha debido escoger para hablarle, y por una consecuencia inevitable se constituye juez de su palabra. Sobreponiéndose á la Iglesia, se sobrepone igualmente sobre su cabeza y sobre el Hombre Dios. Y como realmente todo cuanto sabe de él, no lo ha podido aprender sino de la Iglesia, por su tradición y sus monumentos escritos; de ahí es, que dejando de creer á la Iglesia, en breve, si es consiguiente, llega á no creer al Mediador mismo, á negar su autoridad, su misión, su existencia; y es el *segundo sistema* general de error, ó el deísmo.

El deísta, así como el hereje, desechando la intermediación del cuerpo de pastores, que forma la Iglesia

<sup>1</sup> Quicumque autem totam legem servaverit, offendet autem in uno, factus est omnium reus, *Ep. D. Jacob. xi, 10.*

*docente*, quiere establecerse en relación inmediata con el Mediador; así él, desechando la intermediación del Verbo encarnado, quiere establecerse en inmediata relación con Dios: tal es el carácter esencial de su doctrina. Niega el testimonio del Mediador por quien únicamente conocemos á Dios, así como el hereje niega el testimonio de la Iglesia, por la cual sola conocemos al Mediador. De este modo el desorden va creciendo en el pensamiento del hombre, y esta imagen infiel de la divinidad, dejando de reflejar sus perfecciones, se desfigura mas y mas porque pretender conocer á Dios por otro medio que por su Verbo, es querer conocerle como él mismo no se conoce; es querer, separándole de su sabiduría sustancial, mutilar su esencia, y trasladar á él nuestra tenebrosa razón para aclarar y ver los restos de su Sér. Así es como desde entonces todo se nos convierte en una duda inmensa. Lo vemos rodeado de misterios tan impenetrables, que ni sabemos lo que es, ni aun si existe. « No es poco, dice Rousseau, llegar en fin á conocer que le hay (Dios); mas cuando hemos llegando á este punto, cuando nos preguntamos ¿cuál es? ¿dónde está? nuestro espíritu se confunde, se extravía, y ya no sabemos qué pensar<sup>1</sup>! »

Mas para que se comprenda mejor cuán insensata es la pretension de quererse unir á Dios, y conocerle por la pura razón<sup>2</sup>, obsérvese que nosotros no conocemos así á ningun sér espiritual. ¿Cómo nos aseguramos de la existencia del alma en los otros hombres, sino por la comunicación de los pensamientos? ¿y el pensamiento de los otros no nos seria enteramente desconocido, si no nos lo manifestase por la palabra? Sin esta manifestación ó revelación, nuestra alma eternamente solitaria, viviría en una ignorancia absoluta de los seres que la son semejantes. Ahora pues, si es necesario que el hombre hable al hombre para ser de él conocido, ¿cómo conocería el hombre á Dios, si Dios no le hablase? Buscando vanamente al Sér infinito en su razón, incapaz de formar por

<sup>1</sup> *Emile*, t. II, p. 341.

<sup>2</sup> Véase la nota 3 de la pág. 187, para excusar repetirnos aquí.

si sola esta idea inmensa, el deísta acaba por negar á Dios, á quien no comprende: y hé aquí ya el *tercer sistema* general de error, ó el *ateísmo*,

Hasta aquí el hombre conservaba algunos, aunque débiles ragos, de semejanza con su autor: el *ateísmo* acaba de borrarlos. Todos los fundamentos de la certidumbre conmovidos á la vez, todos se desploman, y hunden. Una noche profunda cubre el entendimiento; la razón, titubeando entre las tinieblas, no sabe á qué atenerse, y se sepulta en el escepticismo absoluto. Perdiendo á Dios, pierde el hombre todas las verdades. Tal es el último término del desorden en el Sér inteligente.

Temblemos á la vista de este desorden, mas horroroso en verdad que podría serlo el caos de la naturaleza, si apagándose el astro del día, se hallase repentinamente sepultada en una oscuridad impenetrable.

¿Quién podrá concebir la desgracia de una criatura sin Religión y sin Dios? pero sobre todo, ¿quién formará una verdadera idea de su crimen? Sectarios, deístas, ateos, no digais; ¿cómo, ó por qué hemos de ser culpables en engañarnos, buscando sinceramente la verdad? por que esto mismo es acusar á Dios, y suponer en él voluntades contradictorias; á saber: que mandando al hombre creer la verdad, le niega los medios de conocerla. Ni la ignorancia, ni el error son un crimen en sí, porque aquella y este pueden ser involuntarios. Ninguno pues es culpable precisamente, porque ignora, ó porque se engaña; y aun por esto mismo, porque el hombre ignora naturalmente, y se engaña con una facilidad tan lastimosa, no ha querido Dios hacer depender de su razón, sino de su voluntad, el conocimiento de las cosas necesarias. El lo ha concertado y dispuesto todo de manera, que en todos los tiempos le fuesen atestiguadas por un testimonio de una autoridad infinita. Por tanto su voluntad, desechándolas, se hace culpable, y sin excusa alguna de un crimen infinito, cuyo principio es un orgullo sin límites.

Calvino, dínos: ¿con qué fundamento niegas la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, que la Iglesia toda cree y atestigua? — Fundado en mi razón, que no puede comprender este misterio. — Luego el testimonio

de los apóstoles, y de sus sucesores, con quienes Jesucristo ha prometido *estar todos los días hasta la consumación de los siglos*, deberá ceder á tu razón individual; y será necesario que la Iglesia, aquella Iglesia á la cual San Pablo llama *fundamento de la verdad*<sup>1</sup>, haya mentido, porque tú no comprendes.

Rousseau, ¿con qué fundamento, di, niegas la revelación y el Mediador? tú que dijiste que « los hechos de Sócrates, en los que nadie pone duda, están menos atestiguados que los de Jesucristo <sup>2</sup>. » — Fundado en mi razón, que no puede comprender la necesidad de la revelación, ni los dogmas revelados por el Mediador<sup>3</sup>. — ¡Segun eso, el testimonio de tantos millones de cristianos, que han creído con pruebas de hecho, el testimonio mismo *del Hijo de María, cuya vida y muerte son de un Dios*<sup>4</sup>, debería ceder á tu razón individual; y será necesario que Jesucristo, el Verbo encarnado haya mentido<sup>5</sup>, porque tú no comprendes!

Diderot, ¿con qué fundamento niegas la existencia de Dios, comprobada por la tradición universal del género humano? — Fundado en mi razón, que no puede comprender á Dios: — ¡Segun eso el testimonio unánime de los pueblos, que atestigua de siglo en siglo un hecho revelado anteriormente, deberá ceder á tu razón individual; y será necesario que todo el género humano, y el mismo Dios hayan mentido, porque tú no comprendes!

El orgullo, sí, un orgullo desmedido, que por nada se amedrenta, es el pecado, el delito, el crimen del ateo, del deísta y del hereje. Todos tres, implícitamente al menos, niegan el testimonio de Dios, se declaran mas grandes y mas perfectos que él, erigiéndose en jueces de su palabra: verdadera idolatría de la razón humana, cuya última declaración y confesión pública hemos visto en el culto de la Diosa Razon<sup>6</sup>.

<sup>1</sup> Ecclesia Dei vivi, columna et firmamentum veritatis. *Ep. I ad Timoth.* III, 15. — <sup>2</sup> *Émile*, t. III, p. 182.

<sup>3</sup> *Émile*, p. 183. — <sup>4</sup> *Ibid.*: t. III, p. 182.

<sup>5</sup> Qui credit in Filium Dei, habet testimonium Dei in se. Qui non credit Filio, mendacem facit eum: quia non credit in testimonium quod testificatus est Deus de Filio suo. *Ep. I Joan.* v, 10.

<sup>6</sup> Véase la nota de la pág. 153.

En desconociendo la regla que dirige, es indispensable llegar hasta este extremo; no hay cosa que detenga: el principio arrastra hasta allí, y cuanto mas vigor y rectitud<sup>1</sup> hay en el espíritu, tanto mas se pierde y extravía. Una de las maravillas del Cristianismo es el que no solo nos ofrece la verdad, sino que nos asegura su posesion, y la defiende en el hombre contra el hombre mismo. Esto solo bastaria para probar la divinidad de la Religion cristiana; porque el hombre no tiene en sí medio alguno de resistirse á si mismo, pues lo que remedia la flaqueza de la naturaleza es evidentemente superior á ella.

Pero Dios no se ha acercado al hombre por medios y caminos tan admirables, para dejarle luego en la libertad libre de separarse y alejarse de él. Si sus dones son sin arrepentimiento, es porque admitidos ó despreciados, sabe sacar siempre de ellos su gloria, ó bien sea coronándolos con el último don, que es el de la bienaventuranza eterna, ó sea arrojando de sí á los que los han desechado y despreciado. La recompensa de haber amado aquí abajo la luz, será el poseerla eternamente en su misma fuente: *in lumine tuo videbimus lumen*<sup>2</sup>. Mas á los que la aborrecen, y se complacen en las tinieblas de su entendimiento ó inteligencia, ¡oh Dios mio! ¿qué les reservais, sino aquellas tinieblas horrosas, de las cuales está escrito que *allí habrá llanto y rechinar de dientes*<sup>3</sup>?

En segundo lugar, la Religion ordena los afectos del hombre, arreglando su voluntad del mismo modo que su entendimiento, su amor como su inteligencia, enseñándole á proporcionarle al grado de perfeccion de los seres; y de este modo viniendo á ser bajo un nuevo respecto imagen de Dios, acaba de formar en sí aquella maravillosa semejanza, para la cual resolvió criarle el Todopoderoso.

1 No moral, sino lógica, porque deduciendo consecuencias é ilaciones de una en otra, se precipita en este abismo. No hay duda, cuando un caminante se ha apartado del camino, cuanto mas veloz anda mas se extravía.

2 *Psaln. xxxv, 10.*

3 *Ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus et stridor dentium. Matth. vii, 12; et ibid. xxi, 13.*

Aquí tambien el Cristianismo se eleva sobre las doctrinas humanas tanto, quanto la Sabiduria divina es superior á la nuestra. En efecto; qué grandeza, qué profundidad no se encuentra en aquel precepto al parecer tan simple y tan sencillo: « Amarás al señor tu Dios de todo tu corazón, » con toda tu alma y con todas tus fuerzas: este es el primero, y el máximo y principal mandamiento. El segundo le es semejante á él: amarás á tu prójimo como á tí mismo<sup>1</sup>. El hombre semejante á Dios, debe ser amado con un amor semejante al que debemos á Dios, pero no igual: debe entre estos dos amores reinar la misma distancia que hay entre una imagen y su prototipo. Con una palabra sola nos lo enseñó Jesucristo, recordándonos nuestro origen, cuya grandeza es el título mismo de nuestra dependencia: « En estos dos preceptos se encierran la ley » y los Profetas<sup>2</sup>; » es decir, que abrazan á un tiempo la sociedad presente, y la sociedad eterna, cuya puerta ó entrada vino á abrirnos el Mediador anunciado por los Profetas.

Dios como infinitamente perfecto, ó soberanamente amable, se ama á si mismo con un amor infinito; esta es la ley del orden que debe regir al hombre, como dirige al mismo Dios. Todo amor infinito y limitado es indigno de él. Es el bien por excelencia, el bien sumo, el único bien, y por consiguiente el fin único adonde deben dirigirse todos nuestros afectos y deseos. Debemos amarle sobre todas las cosas, mas que á todas ellas, y mas que á nosotros mismos, ya por causa de nuestra imperfeccion, y ya tambien porque no siendo nosotros nuestro bien para nosotros mismos, el amor bien entendido de nosotros debe dirigirse hácia Dios, y fijarse allí por nuestro propio interés. Es necesario que nos amemos en él como él se ama en nosotros; que nada amemos sino por él, y que le amemos como él mismo se ama. ¡Insonda-

1 *Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota animâ tuâ, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tuâ. Luc. x, 27. — Hoc est maximum, et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Dilige proximum tuum sicut te ipsum. Matth. xxii, 38, 39.*

2 *In his duobus mandatis uniuersa lex pendet, et Prophete. Matth. xxii, 40.*

ble misterio! porque ¿dónde hallará el hombre flaco y miserable el amor infinito que debe á Dios? ¿cómo satisfará esta deuda inmensa? La naturaleza desfallecida conoce su impotencia. Sin embargo; oh hombre! aliéntate: *lo que te es imposible á ti, es fácil á Dios*<sup>1</sup>. ¿No te hallabas naturalmente en igual impotencia de conocerle? El te ha enviado á su Hijo, y tú le conoces plenamente por la fé. Este Hijo divino, unido á su Padre, te enviará al Espíritu que los une, para remediar tu flaqueza<sup>2</sup>; y así como tú conoces á Dios por su Verbo, le amarás por su amor. Uniéndose á ti este Amor sustancial<sup>3</sup>, divinizará tu amor, le revestirá del carácter de infinito, que es solo el que puede hacerle digno de Dios. De este modo entrarás en la sociedad inmortal *de los verdaderos adoradores, que adoran al Padre en espíritu y en verdad*<sup>4</sup>; es decir, por su Verbo, que es la verdad<sup>5</sup>, y por su Espíritu, que es amor; porque *la verdad ha sido efectuada por Jesús*<sup>6</sup>, y *el amor de Dios se ha difundido en nuestros corazones por su Espíritu que se nos ha dado*<sup>8</sup>.

El segundo mandamiento es semejante al primero: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo*. Siendo todos los hombres iguales por naturaleza, ó igualmente perfectos tienen derecho á un amor igual. La preferencia que cualquiera de ellos se tomase sobre los otros, no estando

1 *Quæ impossibilia sunt apud homines, possibilia sunt apud Deum. Luc. xviii, 27.*

2 Entiéndase siempre en el mismo sentido en que hemos dado á entender en las notas anteriores. Suponemos que el autor habla de un Dios sobrenatural, como se ve por el conocimiento de la Trinidad que inmediatamente expresa, y que solo por la fé sabemos; pues aunque las criaturas nos lleven al conocimiento de un Dios Criador, como el reloj nos lleva al conocimiento de un relojero que lo formó, pero no al conocimiento de un Dios Trino y Uno, que es el primero de los misterios.

3 *Spiritus adjuvat infirmitatem nostram. Ep. ad Rom. viii, 26.*

4 Por su gracia y dones.

5 *Venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate. Joan. iv, 23.*

6 *Christus est veritas. Ep. I Joan. v, 6.*

7 *Gratia et veritas per Jesum Christum facta est. Joan. i, 17.*

8 *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis. Ep. ad Rom. v, 5.*

fundada en ninguna superioridad de naturaleza, seria una violacion del órden. Y hé aquí el principio de aquel sentimiento sublime que se llama *humanidad*, sentimiento nacido del Cristianismo, y que extiende á todo el género humano el amor que cada hombre se tiene así.

No quiere decir esto que la Religion destruya los afectos de familia, ni el noble amor de la patria; al contrario, convierte en obligacion esta inclinacion natural, la fortalece y corrobora arreglándola, é impide que degeneren en pasion exclusiva, azarosa é infausta, subordinándola á esta gran ley general; á saber, la preferencia de todos á algunos, de la patria á la familia, de el género humano á la patria, de la sociedad eterna á la sociedad presente ó temporal.

«El órden, dice Bossuet, será perfecto, si el hombre ama á Dios mas que á sí mismo, á sí mismo por Dios, al prójimo no por sí mismo, sino como á sí mismo por Dios. En esto está toda la virtud<sup>1</sup>:»

El amor sin regla es *egoismo*, esto es, una preferencia absoluta de sí á sus semejantes y á Dios. El amor arreglado únicamente por las leyes de la sociedad presente, es *humanidad*, ó amor igual de todos los hombres, á causa de la igualdad de la naturaleza. El amor arreglado por las leyes de la sociedad eterna, es *caridad*; sentimiento enteramente divino, pues que no es otra cosa que el amor mismo de Dios al hombre.

Ahora bien, *Dios ha amado al hombre hasta el extremo de darle su Hijo único, para adquirirle la vida eterna*<sup>2</sup>. El hombre pues debe amar al hombre hasta sacrificarlo todo, y aun la misma vida, para procurarle esta vida inmortal.

Y como ella no es otra cosa que la posesion de Dios, ó del sumo bien, el hombre nada debe amar, ni amarse á sí mismo, sino el órden, y con respecto á este último fin. Todo cuanto le aparta de él, es un mal, y debe aborrecerlo; lo que no tiene relacion sino á una existencia

1 *Médit. sur l'Evangile, t. I, p. 475, in-12.*

2 *Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret: ut omnis, qui credit in eum, non pereat, sed habeat vitam æternam. Joan. iii, 16.*

pasajera y transitoria, no es un bien verdadero, y el orden siempre inflexible le prohíbe fijar en él su corazón. El tiempo es corto, dice el Apóstol; y la naturaleza nos lo repite todos los días; y todos los días la muerte, con mano de hierro, graba sobre millares de féretros esta grande lección: «El tiempo es corto, el tiempo es breve; los que tienen mujeres, vivan como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se regocijan, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que usan de este mundo, como si no usasen; porque pasa la figura de este mundo<sup>1</sup>.» ¡Infeliz de aquel que viciase su amor, y lo dejase extraviar y encenagarse en este mundo que pasa! porque, cuando dentro de poco se haya pasado, ¿qué quedará á esta miserable alma sino un vacío infinito, y en una separacion eterna de Dios, la imposibilidad eterna de amarle?

El mismo principio que introduce el desorden en nuestro entendimiento, desarregla tambien nuestra voluntad. El orgullo ó desconcierto de la razon, por el cual nos queremos sobreponer y hacer superiores á todo, produce la concupiscencia, ó el desarreglo del amor, por el cual nos amamos á nosotros mismos mas que á todas las cosas; primero, mas que á nuestros prójimos, y luego mas que á Dios. ¡Exceso extraño! Pero ello es así. El hombre llega á tributarse un culto exclusivo de amor, y un culto no menos exclusivo de admiracion: enamorado de su propia excelencia, se ama sin regla y sin medida; y al punto, juzgando de los bienes y de los males con respecto á su naturaleza corrompida, llama *bien* á todo lo que lisonjea su orgullo y sus sentidos, y *mal* á todo lo que los lastima y ofende. La gloria, las riquezas, los deleites, aun los mas vergonzosos, hé aquí lo que esta criatura inmortal buscará como su fin; y con los ojos fijos sobre un vil metal, y el oido ansiosamente

<sup>1</sup> Tempus breve est: reliquum est, ut et qui habent uxores, tanquam non habentes sint: et qui flet, tanquam non flentes: et qui gaudent, tanquam non gaudentes: et qui emunt, tanquam non possidentes: et qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur: præterit enim figura hujus mundi. *Ep. 1 ad Corinth. vii, 29, 31.*

atento á un vano rumor de reputacion, decidirá interiormente que hay mas perfeccion, ó *bien* real y efectivo en este rumor que le embriaga, ó en aquella pieza de oro que codicia, que en el Criador del mundo, fuente eterna y perenne de todo bien; ¡Y qué! ¿Dios podria ser insensible á tal ultraje? Aquel, á quien el orden obliga á querer ser amado como él se ama, ¿aceptará los derechos de amor que las pasiones saciadas le abandonan con desden, ó la indiferencia ó el odio. No: seria alucinarse demasiado. El que desprecia al soberano bien, no debe prometerse sino el sumo, el último mal. No hay gracia ni perdon para este crimen que los encierra todos. *Al que habla contra el Hijo del hombre, puede perdonársele su culpa*, porque puede volver todavía á la verdad por el amor; *pero al que habla contra el Espiritu Santo*; al que se endurece obstinadamente contra el mismo amor, este no tiene remedio, ni esperanza<sup>1</sup>; porque ¿quién podrá hacerle volver en sí, habiendo resistido juntamente á la luz de la verdad y á las inspiraciones del amor? Dios mismo nada mas puede hacer por él; ha agotado el poder y la misericordia del sér infinito; y su pecado, como que envuelve en sí una oposicion total de la voluntad al orden, *no le será perdonado, ni en este siglo ni en el futuro*<sup>2</sup>.

Finalmente, la Religion ordena las acciones del hombre, y por eso prescribe ciertos deberes y obligaciones exteriores, y prohíbe los actos contrarios. Ahora bien: el hombre está en relacion con sus semejantes y con Dios. El orden, en las acciones que dicen relacion á Dios, se llama *culto*; y en las que dicen relacion á nuestros semejantes, se llama *moral* ó *virtud*.

Las acciones son determinadas por el amor, y este por el conocimiento del bien ó de la verdad. Hé aquí la razon porque la moral y el culto toman entre los sectarios un

<sup>1</sup> Se entiende habla al autor de la *impenitencia final*, que es consecuencia necesaria de la dureza del corazón en el orden regular. Solo un milagro de la gracia puede evitarla. En el mismo sentido se entienden las siguientes palabras de que no le será perdonado ni en este siglo ni en el futuro.

<sup>2</sup> Quicumque dixerit verbum contra Filium hominis remittetur ei, qui autem dixerit contra Spiritum Sanctum, non remittetur ei, neque in hoc sæculo, neque in futuro. *Matth. xii, 32.*

carácter vago como su fe y creencia, y propenden como ella á su destruccion : á los ojos del deista uno y otro (culto y moral) son indiferentes, pues no sabiendo lo que cree, permite no creer nada, y por consiguiente no amar cosa alguna; y á los del ateo, que no cree mas que en sí mismo, ni ama á nadie sino á sí, se convierten en la moral horrorosa del interés personal, y en el culto monstruoso del orgullo y de la voluptuosidad.

El hombre, como compuesto de dos sustancias, debe á Dios el homenaje entero de su sér; ó hablando con el lenguaje profundamente filosófico del *Catecismo*, debe conocer á Dios, amarle y servirle; conocerle con su entendimiento, amarle con su voluntad, y servirle con sus sentidos. La necesidad pues de un culto exterior se deriva de la naturaleza del hombre, sér inteligente y físico. En culto puramente espiritual es el culto de los puros espíritus; es el culto de los ángeles, pero no el del hombre, que por un efecto de la union íntima del alma con el cuerpo, no puede entrar en sociedad sea con Dios, sea con sus semejantes, sino por medio de los órganos de sus sentidos. — « El culto que Dios pide, dicen<sup>1</sup>, es el del corazón. » ¿Quién quita ya decir del mismo modo : « que las virtudes que Dios exige son las del corazón; » y de aquí concluir que amando interiormente al prójimo, se cumple toda justicia? ¿Qué miseria! ¿qué compasión! como si el amor no se manifestase necesariamente con actos externos. El que de veras ama al hombre, le sirve; y del mismo modo, el que ama á Dios, sirve á Dios. El culto, lo mismo que la virtud, consiste en obras y acciones; y así como cada uno debe concurrir con su acción ú obrar en las sociedades políticas á la conservacion del orden, de donde resulta la felicidad del hombre, así también en la sociedad religiosa debe concurrir por su acción á la conservacion del orden, de que resulta la gloria de Dios: y á la manera que el *culto exterior* es una relacion que dimana y procede de la naturaleza del hombre, el *culto público* es una relación que procede y dimana de la naturaleza de la sociedad.

<sup>1</sup> Rousseau (*Emile*, t. III, p. 134), y también los jansenistas, disimulando así su odio á las prácticas exteriores.

Sin embargo, la ignorancia dejará entrever una sonrisa de desprecio á solo el nombre de culto, sin advertir que este conserva la fe, y alimenta la caridad. Ella no descubre mas que prácticas molestas y pueriles, y ceremonias extravagantes en esta sublime manifestacion de la fe. Filósofo, riete cuanto quieras de nuestras *genuflexiones*, y de vuestras *ceremonias*<sup>1</sup>; pero despues de haber reido, dínos : ¿qué hubiera sido del género humano, si no se hubiera arrodillado delante de la Cruz? Compara con tu culto interior, que consiste en *ejercitarse en contemplaciones sublimes*<sup>2</sup>, el culto cristiano, que consiste en ejercitarse en sublimes sacrificios; cuenta las virtudes que han producido tus coloquios solitarios con el Eterno<sup>3</sup>, y las que produce todos los dias una sola mirada echada sobre la imagen de su Hijo,

Mas la Religion nos manda elevar nuestro espíritu á consideraciones aun mas sublimes. No basta admirar esta maravillosa unidad de plan, esa íntima correspondencia que enlaza los dogmas y el culto tan estrechamente como el alma humana está unida con el cuerpo : de manera que habiéndonos comunicado la verdad por un medio exterior, ó por la palabra, la gracia, ó la caridad, se nos dé y comunique también por medios exteriores, ó por los Sacramentos : es preciso además concebir que el Culto, en su conjunto magnífico, no es mas que la realizacion exterior de la verdad infinita y del amor infinito, el mutuo don, el sacrificio efectivo de Dios al hombre, y del hombre á Dios, ó la consumacion y complemento de su sociedad. Y en efecto, yo veo sobre nuestros altares á la Verdad infinita realmente presente en la persona del Verbo Encarnado, aunque oculta bajo las apariencias ó especie de pan, símbolo de la vida que nos comunica, así como el mismo Verbo estaba oculto bajo el velo de la naturaleza humana : veo á este Verbo hecho carne, dándose al hombre á quien redimió con su sangre, y alimentándole al mismo tiempo con su cuerpo inmolado por él, con su verdad, con su amor, con su divinidad toda entera, para divinizarle á él mismo, y prepararle á una union, mas real no, pero sí mas íntima,

<sup>1</sup> *Emile*, p. 135. — <sup>2</sup> *Ibid.* t. III, p. 126. — <sup>3</sup> *Ibid.*

mas deliciosa, y mas durable. Así el amor infinito de Dios se manifiesta por una accion infinita, y la Religion sin este misterio, me seria mas incomprendible que lo es el misterio mismo.

Por su parte el hombre asociado al Sacerdocio eterno de Jesucristo <sup>1</sup>, el Hombre-Pontífice, ministro é imagen del Pontífice-Dios, realiza exteriormente la verdad y el amor infinito, por la produccion del Verbo Encarnado sobre los altares; produccion prodigiosa, que nos hace participantes de la Omnipotencia divina, y que la Iglesia en su lenguaje tan asombrosamente profundo expresa por la palabra absoluta de *Accion*, porque en efecto, ninguna otra accion puede compararse con esta accion infinita que se ejerce sobre el mismo Dios.

El hombre realiza tambien la Verdad infinita por la profesion pública de la fe, y el amor infinito que el Espíritu Santo le inspira, por los actos públicos de adoracion, obediencia y anonadamiento; por el sacrificio entero de su sér, y de su razon por la fe; de su corazon, por el desapropio de los bienes temporales y percederos; de sus sentidos, por las prácticas de mortificacion que la ley manda ó aconseja. Así es como cumplé el precepto, y ama á Dios con todo su entendimiento, con todo su corazon, y con todas sus fuerzas; porque su fuerza, ó sus sentidos, no obran sino para manifestar su amor. Ahora bien, « el mayor esfuerço del amor es dar su vida por aquel á quien se ama <sup>1</sup> : » este es el último, el perfecto sacrificio, y tambien el medio necesario para llegar á una union perfecta con Dios. Y hé aqui lo que es la muerte para el cristiano, el último acto del culto que debe al Sér Supremo. Aquí tambien se nota la estrecha correspondencia del orden de la naturaleza y el sobrenatural. Pero ¿ se quiere ver á la Religion triunfar de la naturaleza misma, y subordinarse el orden de la sociedad presente al orden de la sociedad eterna? ¿ Se quiere ver una re-dencion, si me es permitido decirlo así, mas asombrosa

<sup>1</sup> Tu es Sacerdos in æternum secundùm ordinem Melchisedech, Ps. cix, 4. Vide et Joan, xii, 34. Ep. ad Hebr. v, vi, vii, 11. — Pontifex factus in æternum, Ibid. vi, 20.

<sup>2</sup> Majorem hác dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis. Joan. xv, 13.

que la del linaje humano? contemplad á los Mártires. Dios ha muerto para salvar al hombre; y cuando es preciso ó que el hombre perezca, ó que la verdad, la caridad, en una palabra, Dios perezca en él, el hombre á su vez muere por salvar á Dios.

Espíritus débiles, que venis á estrellaros contra las piedras del altar, comprended ahora esta sentencia: *adorarás al señor tu Dios, y á él solo servirás* <sup>1</sup>. Los homenajes exteriores, la oracion, todos los actos del culto son inseparables de la adoracion del espíritu. El amor por necesidad se ha de manifestar exteriormente; y en vano es que sacudiendo el yugo de Dios, y rompiendo los vinculos de su sociedad, os atreveis á decir: *non serviam!* A pesar vuestro será preciso servir: *servireis á vuestros deseos y pasiones* <sup>2</sup>; hareis de ellas otros tantos Dioses <sup>3</sup>; porque todo lo que anteponemos á Dios, es Dios para nosotros: les tributareis el culto que negais al Todopoderoso. Os adorareis á vosotros mismos en vuestra altanera razon, y en vuestro orgullo insensato, *in omni colle sublimi*; os postrareis delante de vuestros vicios; erigireis en templos las oscuras guaridas de la prostitucion, *sub omni ligno frondoso, tu prosternebaris meretrix* <sup>4</sup>; servireis vilmente, como un pueblo envilecido sirve al tirano que casualmente lo domina, hasta que inopinadamente arrebatados por el torrente impetuoso de la justicia <sup>5</sup>, vayais tambien y pára siempre, léjos de la fuente eterna del amor y del sumo bien, á servir, sin esperanza, en las regiones desoladas del odio, y en el imperio del sumo mal.

Del precepto de amar al prójimo como á sí mismo por Dios, dimanán todas las leyes de la moral y de la sociedad. Este solo precepto pone orden en las familias, en el Estado, y entre los pueblos; porque los pueblos tienen

<sup>1</sup> Dominum tuum adorabis, et illi soli servies. Luc. iv, 8.

<sup>2</sup> Servientes desideris et voluptatibus variis. Ep. ad Titum. iii, 3.

<sup>3</sup> Quorum Deus venter est. Ep. ad Philip. iii, 12.

<sup>4</sup> A sæculo confregisti jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: non serviam. In omni enim colle sublimi, et sub omni ligno frondoso, tu prosternebaris meretrix. Jerem. ii, 20.

<sup>5</sup> Et revelabitur quasi aqua judicium, et justitia quasi torrens fortis. Amos, v, 24.

entre sí las mismas relaciones y están sometidos á las mismas obligaciones que los individuos. La perfecta observancia de este precepto haria de la sociedad presente una imágen perfecta de aquella sociedad eterna, de la cual un dia hemos de ser miembros. Observad que en efecto esta plena observancia no es mas que el sacrificio completo que hacemos de nosotros mismos por los otros; sacrificio que constituye propiamente la virtud, como sacrificar los otros á sí mismo constituye el crimen. La virtud misma es pues un verdadero culto que el hombre rinde á Dios en su imágen; y como Jesucristo *venido en calidad de Rey<sup>1</sup>, no para ser servido, sino para servir<sup>2</sup>*, Jesucristo, *inmolado desde el principio del mundo<sup>3</sup>*, es á un tiempo en su sacerdocio eterno sacerdote y víctima; cada miembro del cuerpo de que es cabeza, ó de la sociedad espiritual que él ha establecido asociado á su *reinado* para servir á su sacerdocio para inmolarse, es del mismo modo sacerdote y víctima: *vos regale sacerdotium<sup>4</sup>*. Mas si la virtud es un culto real, el crimen es una verdadera idolatría, ó una adoracion sacrilega que el hombre se tributa á sí, inmolando el órden á sus pasiones, y declarando que ellas deben ser *servidas* por seres semejantes á Dios: y así como el mayor acto de virtud, ó el último esfuerzo de amor hácia los otros, es sacrificar su vida por ellos, así tambien el mayor crimen, ó el último exceso del amor desarreglado de sí mismo es sacrificar en beneficio de sí mismo la vida de los otros; y sino en vano el Verbo encarnado quiso que se dijera de él: *Hé aquí el hombre*; todo asesinato en cierto sentido es un Deicidio.

Apliquense estas consideraciones al pormenor de las obligaciones domésticas, ó sociales, y se verá que sin la Religion todo es desórden; porque todo órden es relativo á Dios. El órden en nuestros pensamientos es conocerlo; en nuestros afectos y voluntad, amarle; en nuestras

1 Dixit itaque ei Pilatus: Ergo rex es tu? Respondit Jesus: Tu dicis, quia Rex ego sum. *Joan. xviii, 37.*

2 Filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis. *Marc. x, 45.*

3 Qui occisus est ab origine mundi. *Apoc. xiii, 8.*

4 *Ep. I Petr. ii, 9.*

acciones, servirle; bien sea inmediatamente por el ejercicio del culto establecido por el Mediador en la sociedad religiosa, ó bien sea mediatamente por el ejercicio de las virtudes morales, ó del culto que tributamos á su imágen en la sociedad política. Porque nosotros nada debemos al hombre en cuanto tal; y Dios es el principio y término de todas las obligaciones. Esto se ve claramente en el Evangelio, cuando anunciando aquel dia formidable en que todo el linaje humano comparecerá delante de él para oír su sentencia final, el Hombre-Dios promete recompensar las obras de caridad y amor, y castigar las contrarias, no precisamente porque se habrá hecho bien ó mal al hombre, sino porque sirviendo ú oprimiendo al hombre, se habrá servido ú oprimido al mismo Dios: *Quandiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis....., quandiu non fecistis uni de minoribus his, nec mihi fecistis<sup>1</sup>*. Fuera de esto, no veo ni crimen, ni virtud; y nada menos se necesita que estas palabras para explicarme las que siguen: «Venid, benditos de mi Padre.... apartaos de mí, malditos..... y es-»  
«tos irán á las penas eternas; y los justos á la vida eterna<sup>2</sup>.»

Hé aquí lo que es la Religion por respecto á Dios, y lo que es con respecto al hombre. Mas no nos engañemos: no pensemos que ella es un sistema sometido á nuestro juicio: no es un sistema; es una ley, á la cual debemos someter nuestros corazones. Así es que la primera voz que se hace oír en la aparicion del Hombre-Dios sobre la tierra, impone silencio al sentido humano, revelando el secreto del órden que el Mediador viene á establecer: *Gloria á Dios en las alturas de los cielos, y paz sobre la tierra á los hombres de buena voluntad<sup>3</sup>*. Oigamos con atencion: *Gloria á Dios*: este es el objeto principal, la causa primera de la encarnacion, porque Dios no obra sino por sí mismo. Si envia á su Hijo al mundo, es para hacer resplandecer su gloria, para manifestar su sér, dar testi-

1 *Matth. xxv, 40, 45.*

2 Venite, benedicti Patris mei... discedit à me, maledicti... et ibunt hi in supplicium æternum, justi autem in vitam æternam. *Matth. xxv, 34, 41, 46.*

3 Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis. *Luc. ii, 14.*

monio á la verdad, y extender el reino del amor: hé aquí la mision del Verbo hecho carne. Mas acaso, ¿él se dirigirá á la razon? no, sino á la voluntad, porque no depende de la razon el comprender, pero sí depende siempre de la voluntad el creer<sup>1</sup> lo que está atestiguado por el testimonio de una autoridad suficiente; depende de la voluntad amar el bien, y obedecer las leyes del orden. *Paz á los hombres de buena voluntad.* Aquellos escucharán á Dios en su Enviado, y le glorificarán por su fe, por su amor y sus obras, cuya voluntad será buena, exenta de la corrupcion del orgullo, principio de todo mal, y que inclinarán su corazon á creer, á amar y obedecer, en lugar de atormentar su razon con el deseo de comprender; ó mas bien, aquellos cuya razon ilustrada comprenderá que es sumamente racional creer sin comprender, cuando Dios habla para revelarnos verdades tan elevadas, que solo él es capaz de comprenderlas perfectamente. *Paz á los hombres de buena voluntad;* paz, es decir, sociedad, union con Dios, fuera del cual no hay paz para ningun sér inteligente: *paz sobre la tierra,* por el goce íntimo del orden que la Religion establece en sus pensamientos, en sus afectos, obras y acciones. Lo que turba la paz de la inteligencia es el combate del error contra la verdad, del error que nace de la razon orgullosa, contra la verdad que no es conocida por el testimonio del Verbo: la voluntad obligando á la razon á someterse, y dándola la fe por regla, termina este combate. Lo que turba la paz del corazon, es la *lucha de la carne contra el espíritu*<sup>2</sup>, del amor desarreglado de nosotros mismos contra el amor de Dios, que su Espíritu excita en nosotros: la voluntad, cediendo á sus impresiones, y consumando el sacrificio de todo nuestro sér á su Autor, pone término á esta lucha. Lo que turba la paz de la sociedad, es el combate perpetuo del interés individual contra el interés general, y de todos en

1 Aunque el creer es acto del entendimiento, le acompaña la *pia* *mocion* de la voluntad.

1 Caro enim concupiscit adversus spiritum: spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur. *Ep. ad Gal.* v, 17.

comun: la voluntad tambien, sometiendo las pasiones á la obligacion, ó á la ley que manda sacrificarse por sus hermanos, pone fin á este combate. Digamos pues otra vez: *Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad,* y en el cielo hartura eterna de gloria: *satiabor cum apparuerit gloria tua*<sup>1</sup>.

Pero á los hombres, cuya voluntad pervertida rehusa oír la palabra divina, y no quiere amar al bien infinito, ni obedecer al orden inmutable; guerra, guerra eterna. Guerra primero, consigo mismos; todos sus pensamientos, armados los unos contra los otros, se atacan, chocan y se destruyen hasta no quedar uno; y su inteligencia devastada se asemeja en su espantosa soledad á una ciudad silenciosa, sombría y ensangrentada, en la cual bandos encarnizados y furiosos no dejaron sér á vida. Guerra en su corazon, atormentado de inquietudes, devorado por deseos, corroido de remordimientos. Guerra en las familias, en el Estado, hecho presa miserable de las disensiones y anarquía, agitado, trastornado, desecho por continuas conmociones. Guerra entre los pueblos, que unos á otros se devorarán *como se devora un pedazo de pan*<sup>2</sup>. Guerra en fin con Dios, separacion de su compañía, odio mutuo, rebelion impía del hombre contra su Hacedor, á quien intentará aniquilar para ponerse en su lugar. Guerra hasta el dia señalado para el triunfo del orden, en el cual el Eterno, extendiendo su brazo, y apoderándose de sus débiles enemigos, sentirán en su profunda consternacion la espantosa verdad de esta palabra, que se ha de cumplir como todas las suyas: ¡*Cuán horrible cosa es caer en las manos de Dios vivo*<sup>3</sup>!

Basta. Hemos hecho ver que la Religion, si hay una verdadera, es de una importancia infinita para el hombre, para la sociedad, para el mismo Dios; y con esto hemos destruido uno de los fundamentos de la indiferencia dogmática. Para acabar de destruir la base sobre que se apoya, probaremos que efectivamente hay una Religion

1 *Ps.* xxvi, 15.

2 *Devorant plebem meam sicut escam panis.* *Ps.* xlii, 14.

3 *Horrendum est incidere in manus Dei viventis.* *Ad Hæbr.* x, 31.

verdadera, que no hay mas que una, que esta es para todos los hombres el único medio de salvacion, y que todos tambien pueden fácilmente discernirla de las Religiones falsas. Pero antes conviene investigar como en nuestra presente condicion llegamos á tener un conocimiento cierto de la verdad. En el entretanto, procuremos excitar en nosotros el amor de esta verdad santa; porque solo el amor da precio á la verdad. Aun cuando á fuerza de trabajo llegásemos á descubrirla, si no la amásemos, no seria para nosotros mas que una estéril opinion filosófica. Mas nosotros, como Pascal, «pensamos que toda la filosofía junta no vale ni merece una hora de trabajo<sup>1</sup>.»

O. S. C. S. R. E

<sup>1</sup> *Pensées de Pascal*, t. II, p. 233, édit. de 1803.

## INDICE

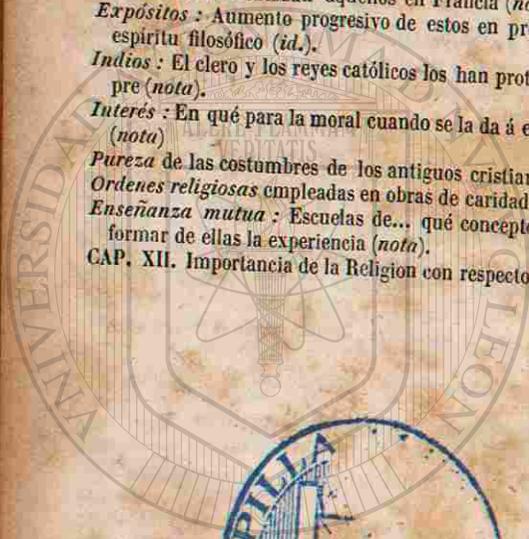
## DEL TOMO PRIMERO.

	Pag.
DEDICATORIA.	1
DISCURSO PRELIMINAR.	1
ENSAYO sobre la Indiferencia en materia de Religion de M. La Mennais.	35
ADVERTENCIA de los Editores, y juicio de esta obra por M. de Genoude.	37
INTRODUCCION al <i>Ensayo</i> por el autor.	49
CAPÍTULO I. Consideraciones generales sobre la indiferencia religiosa.	73
Exposicion de los tres sistemas á que se reduce la indiferencia dogmática.	<i>ibid.</i>
Noticia sobre la <i>Reforma</i> de los Protestantes ( <i>en la nota</i> ).	77
CAP. II. Reflexiones sobre el primer sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de los que, no viendo en la Religion mas que una institucion politica, no la creen necesaria sino para el pueblo.	89
Noticia sobre Gibbon ( <i>en la nota</i> ).	93
Reflexiones de M. Clausel sobre lo que debe la libertad de la Europa á la España ( <i>en la nota</i> ).	104
CAP. III. Continuacion de las reflexiones sobre el primer sistema de indiferencia.	108
Noticia de Hobbes ( <i>en la nota</i> ).	112
Propagacion extraordinaria de los libros impios ( <i>en la nota</i> ).	114
CAP. IV. Consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia, ó sea sobre la doctrina de aquellos, que dudando de la verdad de todas las Religiones positivas, creen que cada uno debe seguir la del pais en que ha nacido, y no admiten, ni reconocen otra por incontestablemente verdadera que la Religion natural.	122
Noticia sobre Rousseau ( <i>en la nota</i> ).	123
Fatalismo de Rousseau, y su extravagancia para acallar sus remordimientos.	129
Noticia sobre el deísta Chubb, modelo de Rousseau.	131
Mortandad inmensa causada por los filósofos revolucionarios en Francia ( <i>en la nota</i> ).	135

	Pag.
CAP. V. Siguen las consideraciones sobre el segundo sistema de indiferencia y reflexiones sobre la Religión natural.	140
Socinianismo : noticia de sus autores ( <i>en la nota</i> ).	145
Influencia del duque regente, Felipe de Orleans, en la corrupción de la Francia, y como preparó así la revolución ( <i>en la nota</i> ).	148
Noticia sobre <i>Toussaint</i> , filósofo ( <i>ib.</i> ).	150
Id. sobre <i>Voltaire</i> , y su influencia en la revolución ( <i>ib.</i> ).	<i>ibid.</i>
Fiestas monstruosas de la <i>Razon</i> en la revolución francesa.	153
Noticia del deísta <i>Cherbury</i> ( <i>nota</i> ).	156
Id. de <i>Blount</i> ( <i>ib.</i> ).	157
Id. de <i>Bolingbrocke</i> ( <i>ib.</i> ).	158
Noticia sobre el filósofo <i>La Harpe</i> ( <i>ib.</i> ).	175
CAP. VI. Consideraciones sobre el tercer sistema de indiferencia, ó sobre la doctrina de los que admiten una Religión revelada, pero de tal manera, que quede libertad para desechar las verdades que enseña, á excepcion de algunos artículos fundamentales.	180
Conducta de Lutero en sus principios ( <i>en la nota</i> ).	184
Id. de sus discípulos ( <i>ib.</i> ).	185
Iglesia anglicana : supremacía de la ( <i>ib.</i> ).	186
Como el consentimiento general prueba la existencia de Dios.	187
Noticia de <i>Stillingfleet</i> ( <i>ib.</i> ).	188
Id. de <i>Chillingworth</i> ( <i>ib.</i> ).	191
<i>Sociedades bíblicas</i> : Proselitismo de las ( <i>ib.</i> ).	192
Diversidad de interpretaciones de la Escritura por los protestantes ( <i>ib.</i> ).	193
Furores de Lutero contra <i>Calvino</i> , y de <i>Calvino</i> contra <i>Serveto</i> ( <i>ib.</i> ).	194
Metodistas ( <i>ib.</i> ).	195
<i>Caridad</i> : pretexto de todos los sectarios para que se les tolere.	196
Noticias de <i>Mestrezat</i> , y <i>Jacobo I</i> de Inglaterra ( <i>ib.</i> ).	202
Id. de <i>Claudio</i> , y de <i>Jurieu</i> ( <i>ib.</i> ).	203
CAP. VII. Sigue la misma materia. Exámen del sistema de los artículos fundamentales.	208
Noticia de los <i>Arminianos</i> ( <i>nota</i> ).	216
<i>Latitudinarismo</i> , ó <i>Racionalismo</i> ( <i>nota</i> ).	221
<i>La iglesia está en el estado</i> : recta explicacion de esta máxima.	230
CAP. VIII. Observaciones sobre la locura de los indiferentistas por descuido ó indolencia.	238
Exposicion de los únicos principios en que se puede fundar la indiferencia que se dice nacida de reflexion.	<i>ibid.</i>
Noticia sobre <i>Marat</i> , y contraste suyo con <i>San Vicente á Paulo</i> ( <i>nota</i> ).	240

	Pag.
CAP. IX. Importancia de la Religión mirada con respecto al hombre.	257
Diversas acepciones de la palabra <i>inteligencia</i> ( <i>nota</i> ).	261
Como se entiende que el <i>error</i> ó la <i>ignorancia</i> disminuyan el ser ( <i>nota</i> ).	262
Noticia sobre el impío <i>Deleyre</i> ( <i>nota</i> ).	276
Id. sobre <i>Condorcet</i> ( <i>nota</i> ).	277
Número grande de impíos que se han retractado, y el nombre de varios de ellos ( <i>nota</i> ).	279
Muerte funesta de <i>Barthez</i> , médico de <i>Bonaparte</i> ( <i>nota</i> ).	280
El orgullo y los placeres, y máximas horrendamente escandalosas de los modernos sobre esto, señales distintivas y móvil de los impíos ( <i>nota</i> ).	283
<i>Jansenismo</i> : Definicion que da de él <i>M. La Mennais</i> ( <i>nota</i> ).	290
CAP. X. Importancia de la Religión con respecto á la sociedad.	298
<i>España</i> : Concepto formado por <i>M. La Mennais</i> ( <i>nota</i> ).	301
<i>Ostracismo</i> de <i>Aristides</i> ( <i>nota</i> ).	<i>ibid.</i>
Multitud de esclavos en las repúblicas griegas ( <i>nota</i> ).	316
Castigo de los romanos y republicanos franceses ( <i>nota</i> ).	317
Proscripciones horrosas de <i>Syla</i> y <i>Mario</i> ( <i>nota</i> ).	317
<i>Carlos Stuardo</i> , rey de Inglaterra, doctrinas que le llevan al cadalso ( <i>nota</i> ).	319
<i>Humanidad</i> republicana de los romanos con los vencidos ( <i>nota</i> ).	322
Noticia sobre <i>Montesquieu</i> , y su muerte ( <i>nota</i> ).	329
Noticia de <i>Espinosa</i> ( <i>nota</i> ).	335
<i>Brissot</i> : sus obras en defensa del robo y <i>antropophagia</i> ( <i>nota</i> ).	338
La filosofía irreligiosa siempre cruel ( <i>nota</i> ).	342
Atrocidad de los revolucionarios filósofos de Francia ( <i>nota</i> ).	343
<i>Suicidios</i> en los países infieccionados del espíritu filosófico ( <i>nota</i> ).	345
Furores de los revolucionarios contra los objetos religiosos y científicos ( <i>nota</i> ).	352
<i>Jansenistas</i> : por consecuencia de su doctrina jerárquica republicanos ( <i>nota</i> ).	354
Panteon nacional francés, llamado <i>muladar national</i> ( <i>nota</i> ).	356
Recompensas y premios dados á las prostitutas por los revolucionarios ( <i>nota</i> ).	358
Columna de asesinos pedida contra los reyes por los revolucionarios ( <i>nota</i> ).	<i>ibid.</i>
CAP. XI. Sigue la misma materia.	360
Noticia sobre el impío <i>Hume</i> ( <i>nota</i> ).	361

	Pág.
Cálculo de las víctimas de la revolucion filosófica francesa ( <i>nota</i> )	362
<i>Esclavitud</i> : si es incompatible con la Religion, y en qué sentido ( <i>nota</i> ).	376
Constantino M. : su conducta diversa despues de convertido ( <i>nota</i> ).	378
<i>Divorcios</i> : A proporecion que se extendian las doctrinas filosóficas se aumentaban aquellos en Francia ( <i>nota</i> ).	381
<i>Expósitos</i> : Aumento progresivo de estos en proporción del espíritu filosófico ( <i>id.</i> ).	382
<i>Indios</i> : El clero y los reyes católicos los han protegido siempre ( <i>nota</i> ).	383
<i>Interés</i> : En qué para la moral cuando se la da á este por base ( <i>nota</i> )	389
Pureza de las costumbres de los antiguos cristianos ( <i>nota</i> ).	401
Ordenes religiosas empleadas en obras de caridad.	405
<i>Enseñanza mutua</i> : Escuelas de... qué concepto ha hecho formar de ellas la experiencia ( <i>nota</i> ).	407
CAP. XII. Importancia de la Religion con respecto á Dios.	414



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



GENERAL DE BIBLIOTECAS





GEN  
OTE